

*¿Puede ponerse a prueba el amor?*

**E** **X** **VAGOS**  
♥ *Adi* ♥

---

LA PRUEBA

---

*Beatriz Gefer*

Licencia de uso para esta edición La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de descargar tu propia copia en el sitio web correspondiente. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

\*\*\* \_ \*\*\*

# INDICE

CAPITULO1  
CAPITULO2  
CAPITULO 3  
CAPITULO 4  
CAPITULO 5  
CAPITULO 6  
CAPITULO 7  
CAPITULO 8  
CAPITULO 9  
CAPITULO 10  
CAPITULO 11  
CAPITULO 12  
CAPITULO 13  
CAPITULO 14  
CAPITULO 15  
CAPITULO 16  
CAPITULO 17  
CAPITULO 18  
CAPITULO 19  
CAPITULO 20  
CAPITULO 21  
CAPITULO 22  
CAPITULO 23  
CAPITULO 24  
CAPITULO 25  
CAPITULO 26  
CAPITULO 27

\*\*\* \*\*  
\_

## CAPITULO 1

*“El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad”*

*Víctor Hugo*

- Una visita más - susurró para motivarse a seguir intentándolo. El arrojito con el que había emprendido su proyecto estaba diluyéndose, entre las horas y los días que pasaban, sin que Helena consiguiese alguno de los objetivos que se había marcado. Su estado anímico podría definirse como de agotamiento general. Ya llevaba casi dos semanas recorriendo los impresionantes rascacielos de la ciudad de Madrid. En aquellas torres estaban las sedes de las grandes empresas donde centenares de personas trabajaban en jornadas interminables. Allí, entre esos trabajadores, Helena pretendía encontrar clientes para su pequeño proyecto de negocio. Aquello no estaba resultando nada sencillo. Comer tenían que comer, pero el ritmo frenético de la capital hacía que, en muchas ocasiones, no fuese posible abandonar la sede de la empresa a mediodía. Ella pretendía ahorrarles tiempo al llevarles, previo pedido, la comida a la mesa de trabajo. ¡Comida casera! No comida rápida, grasienta y con mil calorías, tampoco nada de sándwiches o aburridas ensaladas sacadas de una triste máquina. La suya sería comida sana y no excesivamente cara. Por eso no acababa de entender por qué le estaba costando tanto. ¿Por qué recogían su tarjeta casi sin mirarla? ¿Por qué no podía tener una oportunidad de demostrar su talento?. A pesar de que no había estudiado en ninguna escuela de hostelería era una gran cocinera, y se trataba de comida de verdad, no alimentos ultra procesados. Estaba reflexionando sobre ello cuando comprobó la hora en su reloj, eran las diez de la mañana y aún no había conseguido ninguna presentación para su proyecto.

- Una visita más - pensó. Se detuvo en la entrada de un edificio para leer las placas informativas de las empresas que allí se ubicaban, unos abogados, una consultoría... y una empresa de seguridad con un enorme rotulo brillante, “Anderson & Asociados”. ¡Bueno, vamos allá!. Empujó la puerta y se dirigió al mostrador de recepción, donde una mujer perfectamente uniformada y perfectamente maquillada atendía al teléfono. Mientras se acercaba observó su reflejo en los espejos distribuidos a lo largo del vestíbulo y no pudo más que compararse con aquella mujer. Ella pensaba que no llevaba demasiado mal sus veintisiete años, sin embargo, hoy no tenía un buen día. Unos ojos castaños, casi negros, le devolvían una mirada cansada, tenía los mofletes colorados por la larga caminata y sus manos, con una manicura libre de esmalte, sostenían

con fuerza la carpeta que contenía los menús para los clientes. Llevaba un sobrio traje gris de hace varias temporadas, camisa blanca y unos zapatos negros de tacón bajo que no estilizaban para nada su figura de apenas metro cincuenta y cinco. La recompensa por la falta de estilo era que, al final de la jornada, sus pies no iban a protestar demasiado. Se detuvo a comprobar su peinado. ¡Dios qué pelo! Era todo rizos, a pesar de que esa mañana había sido generosa con la espuma, la fría niebla primaveral había conseguido que su pelo empezase a tener vida propia. Revisó su color y suspiró, por lo menos había tenido suerte con el color, un brillante moreno natural que no necesitaba ni mechas ni tintes. Lo agradecía, porque su economía no podía permitirse una visita quincenal a la peluquería para mantener su pelo en perfecto estado, y eso, a pesar del buen descuento que, le hacía Lola, su vecina y peluquera. Ahora llevaba una larga melena que caía hasta la mitad de su espalda. ¡En fin! Tendría que valer. Mañana procuraría maquillarse algo mejor, quizá ahí estaba la clave, la presencia era importante. Tan absorta se había quedado mirando su reflejo que, cuando quiso volverse para continuar, tropezó con un grupo de hombres trajeados que se dirigían a la salida. Emitió un pequeño grito por el impacto contra el costado de uno de ellos y cayó arrodillada sin soltar su bolso, en cambio, no pudo sujetar la carpeta que salió volando, al caer al suelo, se abrió y los menús quedaron esparcidos por todo el vestíbulo.

-¡Qué demonios! – Dijo el hombre agachándose junto a ella - ¿Se encuentra usted bien?

Helena levantó sus ojos y su mirada se topó con dos ojos verdes de mirada intensa y curiosa encajados en la cara más perfecta que jamás había visto. La palabra guapo se quedaba corta para describir a aquel rostro de fuertes rasgos y mandíbula cuadrada. Lo miró durante unos segundos hasta que, finalmente, el hombre arqueó su ceja derecha de manera inquisitiva y sonrió burlescamente. Helena se sonrojó ¡Por Dios! ¿Se podía caer tan bajo?. Agachó su cabeza y miró al suelo deseando que la tierra se la tragase en ese mismo instante, la vergüenza no le permitía levantar la mirada de nuevo, sobre todo cuando oyó las risitas de uno de aquellos ejecutivos.

- Vaya Jack, no sabía que ahora también se tiraban a tus pies para conseguir tu atención.

Sintió crecer una furia interior y se levantó de golpe desentendiéndose de la mano de ese adonis que sujetaba su antebrazo con fuerza. Les dirigió una mirada fulminante a todos ellos.

- Disculpen – dijo con toda la dignidad que pudo encontrar – no miraba

por donde iba, lamento haber interrumpido su... reunión.... pero yo nunca... - iba a decir que no estaba tan necesitada como para tirarse a los pies de nadie, pero consiguió morderse la lengua porque aquellos cuatro energúmenos podían ser clientes potenciales, así que, tragándose sus palabras, les dio la espada.

Helena se alejó unos pasos mientras iba recogiendo uno a uno los menús esparcidos a su alrededor. Respiró aliviada al escuchar cómo los murmullos y los pasos de aquella pandilla se alejaban por el immaculado vestíbulo. Sólo entonces se paró y cerró los ojos resignándose a su mala suerte.

- ¿Se encuentra bien?

Sobresaltándose, se giró para volver a encontrarse con esos ojos verdes que ahora la miraban con preocupación.

- Sí, yo... -balbuceó...- lo siento – dijo sin poder apartar la mirada mientras su corazón sufría un vuelco.

- Eso ya lo ha dicho antes y, francamente, no ha sido sólo culpa suya, yo también iba distraído hablando con mis...eh... colegas.

- Ya... bueno... – Helena no sabía qué más decirle. Decidió apartar la mirada de sus fascinantes rasgos y volvió a ver todos sus menús en el suelo, fiel reflejo de dónde iba a acabar su brillante idea, en el suelo. Tras la horrible semana que llevaba, unida al evidente fracaso de su proyecto, no pudo evitar que su barbilla empezase a temblar mientras intentaba contener sus lágrimas. ¿Llorar? De ninguna manera iba a descomponerse delante de un desconocido.

Jack seguía observando a aquella pequeña morena de ojos increíblemente negros que intentaba no echarse a llorar delante de él. ¿Quién era aquella chica? Sin pensarlo un momento la cogió de la mano, la de ella diminuta se perdió en la suya y aquellos ojos lo miraron de nuevo asombrados. Una especie de corriente eléctrica les recorrió los brazos desde la mano hasta los hombros. Ambos se miraron fijamente unos instantes intentando averiguar a qué venía esa sensación.

- Te ayudaré a recoger tus papeles – era lo mínimo que Jack podía hacer por ella.

- Vale – murmuró Helena mientras su corazón latía al ritmo de unos tambores africanos. ¿Se daría cuenta él?

La soltó de la mano y en apenas un par de minutos ya no quedaban papeles dispersos por el suelo. Cuando acabaron, Helena vio que aquel hombre se había detenido a leer uno de sus menús. Se inquietó. Él era un ejecutivo,

estaba claro, y ella, bueno, ella intentaba convertirse en una especie de cocinera, comercial, administrativa y empresaria, es decir, lo que en España se conoce vulgarmente como autónomo. ¿Qué pensaría?

Jack la miró asombrado. ¿Menús?. ¿Era repartidora de publicidad? Pero... no podía ser, los repartidores normalmente llevaban unos uniformes de colores cantosos, y, aunque el traje que llevaba la chica no estaba a la última, distaba mucho de la vestimenta típica de un repartidor. Inexplicablemente cada vez se sentía más intrigado por aquella pequeña mujer y sin detenerse a pensarlo formuló una petición.

- ¿Puedo invitarte a un café?

Helena estaba alucinando, la estaba invitando a un café, a ella, en uno de sus peores días, con su peor traje, el maquillaje hecho un desastre y los pelos de loca, él, un hombre que emanaba clase y seguridad en sí mismo por todos sus poros.

- ¿Por qué? – le preguntó entre intrigada y sorprendida.

- ¿Por qué qué?

- Que por qué quieres invitarme a un café.

- ¿Es que tiene que haber un motivo? – Jack estaba empezando a impacientarse.

- No. Pero yo iba a....

Jack no le dejó explicarse. Deseaba conocer un poco más a esa chica.

- Estupendo, vamos. - La volvió a coger de la mano mientras tiraba de ella hacia fuera.

Helena volvió la cabeza para ver la mirada alucinada y un tanto despectiva que le dirigía la recepcionista. Bien, olvidado intentar visitar este edificio. Estaba claro que aquella mujer no le facilitaría el acceso a las empresas.

- ¿Pasa algo?- Jack se paró al observar su gesto resignado.

- No, bueno sí.... Otra oportunidad perdida.

- Ahora me lo cuentas – la miró con extrañeza.

Jack no se explicaba su reacción, pero necesitaba conocer más a esa chica, algo de ella la atraía, no era exactamente guapa, estaba claro que no era como las modelos que últimamente le habían acompañado, claro que tampoco la había conocido como a ellas, en una noche de copas. En conjunto, toda ella le resultaba interesante. Luego estaba lo de aquel calambrazo que había sentido al tocarle la mano por primera vez. ¿Cuándo coño había sentido él un calambrazo al tocar a una mujer? Tenía treinta años y llevaba saliendo con chicas desde los quince. Quizá llevaba demasiado tiempo sin nadie a su lado,

en realidad, nunca había tenido nadie a su lado. Muchas chicas para una noche o dos, sexo fácil, sin compromiso. Todo consensuado, por supuesto, aunque en el fondo, sabía que la mayoría intentaban atrapar al heredero de Anderson & Asociados. ¡Joder! Ni que fuese tan estúpido como para caer en sus redes. Su padre le había enseñado esa lección desde su primera novia de instituto. Ninguna de ellas lo conocía realmente, ninguna había logrado que deseara profundizar en una relación formal.

Helena no daba crédito a lo que le estaba sucediendo, su mano seguía perdida entre la de aquel hombre, él no le había dirigido la palabra desde que salieran a la calle, iba ensimismado en sus pensamientos mientras la arrastraba hacia no sabía dónde. Quería protestar. Su corazón le decía que le gustaba ir de su mano y su mente lo justificaba con el argumento de que, al fin y al cabo, él era un ejecutivo, un posible cliente, podría ser un café de trabajo, ya que era evidente que un hombre como él no se fijaría en ella para otra cosa. Su parte racional le decía que no empezase a soñar con aventuras similares a las novelas románticas que nunca se cansaba de leer. Acabas de mirarte en un espejo, le decía, eres del montón, ¿de verdad piensas que le interesas por algo más? Tal vez él sólo buscara disculparse con ella. Volvió su cabeza para mirarlo. ¡Era tan guapo! Alto, apenas le llegaba al pecho, con ese pelo castaño revuelto, perfectamente trajeado, seguro de sí mismo y ella tan canija y con tantas inseguridades en su mochila. No, de ninguna manera podía dejar volar su corazón. Debía de hacer caso omiso a la corriente que le subió por el brazo cuando él le sostuvo la mano. Se sensata- se dijo - aprovecha tu café y consigue una entrevista para exponer tu proyecto. Estaba tan perdida en esos pensamientos, que no se percató de que su acompañante le sostenía la puerta de un elegante hotel de la zona para que pasara. Una vez dentro, miró a su alrededor el lujo que la rodeaba y al que no estaba acostumbrada, sintió como la mano del hombre se apoyaba en el bajo de su espalda para guiarla hasta la entrada de la cafetería. Una vez allí, observó que la mayoría de las mesas estaban ocupada por hombres y mujeres de negocios, un murmullo de serenas conversaciones los acompañó hasta una mesa del fondo. Nada que ver con el bullicio de la cafetería de Jorge donde se tomaba su cortado diario. Jack le sostuvo la silla para que se sentase y Helena sintió que sus piernas temblaban, ¡Vaya! ¡Un caballero! Esos gestos de cortesía, tan escasos hoy en día, la desarmaban. Sabía que era una antigua al respecto, pero esos detalles hacían que se sintiese apreciada. Hacía ya mucho tiempo que no se sentía así, tenía un hormigueo de anticipación por todo el cuerpo y su corazón estaba latiendo



cada vez más deprisa, tuvo miedo de que él fuese capaz de oírlo.

Jack se sentó a su lado y no enfrente como hubiese sido habitual en una reunión entre desconocidos, no sabía por qué, pero necesitaba sentirla cerca. La miró a los ojos y observó que se ruborizaba, esbozó una sonrisa al pensar que no recordaba la última vez que una chica se había ruborizado en su presencia, normalmente actuaban con desenvoltura y sin el mayor asomo de vergüenza.

- ¿Hay algo que te resulte gracioso? – Le preguntó Helena algo desconcertada ante su escrutinio.

- Sí. Te has sonrojado. - Se rio abiertamente al comprobar que sus mejillas se parecían cada vez más a un semáforo en rojo – Dime, ¿tendré que te llamarte semaforito?, porque aún no sé tu nombre.

- Bueno, estamos empatados porque yo tampoco sé el tuyo, quizá yo también te busque un apodo.

Helena miró hacia el techo simulando pensar, mientras se golpeaba suavemente sus labios con el dedo índice. A Jack se le cortó la risa de golpe al ver ese dedo tocando con delicadeza sus labios del color de las cerezas, tan besables, que sintió que se endurecía sólo con pensar en que fuese su dedo el que se pasease por ellos.

- Quizá te llame ejecutivo engréido.

Helena se giró para comprobar su reacción y se quedó paralizada al ver la expresión seria de su rostro y algo parecido al deseo, ¿deseo?, en sus ojos. Sintió que se ruborizaba aún más pero no pudo apartar la mirada, él tampoco lo hizo y tuvo que ser el eficaz camarero el que, tras toser discretamente para llamar su atención, rompiese el hechizo que los unía.

Jack sacudió la cabeza desconcertado ante como estaba transcurriendo esa mañana.

- Yo quiero un zumo de naranja natural y un café con leche, y tu ¿qué quieres tomar?, semaforito – sonrió de nuevo dirigiéndose a ella.

- Yo tomaré un cortado, gracias, señor ejecutivo engréido. - Helena le devolvió la broma y la sonrisa.

Jack sintió un golpe en su pecho cuando comprobó lo que esa sonrisa hacía en su cara. Dos profundos e increíbles hoyuelos aparecieron en sus mejillas y una fila de perfectos y blancos dientes se descubrieron para llenar una sonrisa que llegaba hasta sus brillantes ojos negros.

El camarero se retiró sin hacer más comentarios, pensando que tenía que haber de todo en este mundo, por lo que decidió llevarles su pedido cuanto

antes y observarlos divertido.

- Soy Helena, Helena Ramos.- Helena se presentó y sonrió de nuevo tendiéndole la mano ya que él parecía algo consternado.

- Soy Jack, Jack Anderson – le estrechó la mano sintiendo de nuevo un hormigueo.

Ahora Helena reía a carcajada limpia. Jack alzó su ceja en una pregunta no formulada.

- Es que nos hemos presentado como en las películas del agente 007, soy Bond, James Bond.

Jack se rio y se relajó. Parecía una chica sencilla y divertida. Quería saber más. Se giró en su silla para contemplarla, al tiempo que el camarero les dejaba en la mesa sus consumiciones.

- Y bien Helena, cuéntame tu historia, eso de otra oportunidad perdida.

Helena también se acomodó mejor para poder charlar, y mirando esos ojos verdes en los que se estaba perdiendo sopesó la historia le iba a contar.

- ¿Por qué quieres saber mi historia? – necesitaba ganar algo de tiempo.

- ¿Otro por qué más, semaforito?- Jack volvió a sonreír y su mano, por voluntad propia, se acercó y pellizcó ligeramente su mejilla - Me gustaría saber que significan todos esos papeles que hemos recogido del suelo y a dónde te dirigías tan concentrada.

Helena se quedó petrificada, aquella especie de caricia estaba haciendo estragos en todo su cuerpo. De acuerdo - pensó - trabajo, terreno seguro.

- Está bien, a eso sí puedo contestarte.

Lo miró a los ojos. Le gustaba hablar a la gente mirando a los ojos, porque su dilatada experiencia en el trato con clientes le permitía anticipar las reacciones que tendrían a sus palabras e ir cambiando de estrategia según su interés, claro, que esta vez estaba con un ejecutivo, que probablemente sabría de este tema tanto como ella o más.

– Bueno, como ya sabrás, debido a la crisis muchas empresas han reducido personal y es por ello por lo que hace seis meses perdí mi trabajo. Llevaba seis años en una aseguradora, ejerciendo labores administrativas, a veces labores comerciales, básicamente atendiendo todo el papeleo de los clientes. Un buen día los jefes decidieron que tenían que elegir entre mi compañera y yo, ya que consideraban innecesarios los dos puestos. Yo no fui la elegida y me fui al paro – Hizo una pausa y lo miró para sondear su reacción. Lo que observó le gustó, había comprensión y sincero interés, por lo que decidió proseguir – Tras un mes de descanso y de reorganización de mi vida decidí

mudarme aquí y empezar de cero. Después de enviar tropecientos curriculums y no conseguir ni una sola entrevista, pensé en hacer algo por mi cuenta y como sé cocinar bien y también sé que, los que son como tú no tienen muchas oportunidades de comer sano sin salir del despacho, estoy sondeando el mercado para satisfacer esa necesidad sin asumir mucho riesgo económico, ya que mi indemnización por despido no ha sido demasiado elevada. En un principio, es algo que podría empezar desde casa como complemento a mi prestación de desempleo – Volvió a mirarlo, esta vez no consiguió desentrañar lo que pensaba – Soy consciente de que, al empezar, estoy hablando de economía sumergida, no pagar impuestos y demás, pero es que hasta saber cómo va no puedo tirarme a la piscina, necesito un mes o dos de prueba antes de legalizar todo porque la cuota de autónomos es altísima y el resto de impuestos también, luego está todo el tema de sanidad y saber si lo puedo hacer desde casa...

Helena se avergonzó. Todas sus dudas e inseguridades brotaron de repente, realmente sabía que no estaba dando una imagen profesional porque, de hecho, lo que planteaba no era nada profesional y ella estaba acostumbrada a hacer las cosas bien, no bien, lo más perfectas posibles. La idea de servir comida era una locura en sí, surgida de la desesperación de llevar cinco meses en una ciudad nueva, sin amigos, habiendo cortado los vínculos con su antigua vida y sin haber conseguido ni una sola entrevista de trabajo en todo este tiempo. El tic-tac de las horas en su casa, o paseando por el parque, le había llevado a esta locura. El hecho de expresarla delante de Jack, que parecía tan dueño de sí y era todo un ejecutivo, le llevó a asumir que estaba destinada de nuevo al fracaso en el terreno laboral.

- Esta mañana estaba haciendo visitas en la zona para captar clientes potenciales que estuviesen interesados en mi oferta, que es lo que llevo haciendo estas últimas semanas.

- ¿Y qué tal te ha ido?

Jack le preguntó con cautela. Sabía que le estaba costando Dios y ayuda no derrumbarse delante de él. Experto en negociaciones, en medio de su pequeño discurso, se había percatado de varias cosas. A saber, primero había huido de su vida anterior por algún motivo personal, segundo, era una de tantas personas empezando a desesperarse, o desesperada ya, por la falta de oportunidades y el miedo a agotar la prestación por desempleo, y tercera, estaba sola, porque de lo contrario cualquier familiar, amigo o pareja le habría sacado esa loca idea de la cabeza. El proyecto en sí no estaba mal, pero ella

sola y sin financiación no podría llevarlo a cabo. Al mismo tiempo que pensaba esto, la admiraba por su valentía al intentar salir de su situación aprovechando su habilidad para cocinar. Le gustaría comprobarlo por sí mismo, porque la comida era una de sus debilidades, a pesar de que para disfrutarla como era debido, luego tenía que machacarse en el gimnasio varias veces por semana. Detectó el momento justo en que empezaban a flaquearle las fuerzas y casi se jugaría su nuevo coche a que Helena estaba tomando conciencia de que aquella empresa no tendría éxito. Sus siguientes palabras se lo confirmaron.

- No me ha ido bien, la verdad, es decir, no es lo mismo entregar un presupuesto o vender cualquier producto a alguien que acude a tu negocio, que ir puerta a puerta solicitando que te permitan presentar tu empresa. Las empresas reciben, o recibís – lo miró con tristeza – demasiadas visitas comerciales en el día, seguros, protección de datos, cursos de formación, los bancos, telefonía... Las recepcionistas están hasta el moño de tener que interrumpir su trabajo para escuchar, es más, ocuparían el cien por cien de su jornada si prestasen atención a todos los comerciales que entran por la puerta, así que, se limitan a recoger tu tarjeta y ponerla en el montón; y de verdad que lo entiendo, no lo critico. Así que, sé que este proyecto va directo al fracaso.

Helena agachó la cabeza resignada.

- ¿Cuándo lo has decidido? - Jack estaba conmovido. No entendía muy bien sus reacciones ante esta mujer pero quería más.

Helena miró su reloj.

- Si te digo que hace más o menos cinco minutos, pensarás que estoy loca, pero es la verdad. Verbalizarlo, tal y como he hecho contigo ahora, me ha abierto los ojos a la realidad.- Se incorporó de su silla para alcanzar el bolso y se puso a rebuscar en él hasta sacar un monedero. – Supongo que debo de darte las gracias por escucharme y así, ayudarme a ver el disparate de mi proyecto. Lo menos que puedo hacer es invitarte yo a este café.

Jack no quería que Helena se fuese tras haber reconocido ante él, un perfecto desconocido, su fracaso. A pesar de la decepción, intentaba salir de allí con su orgullo intacto. No entendía por qué le parecía estar perdiendo algo si Helena salía por la puerta, alejándose de él sin más. Quizá nunca se volviesen a cruzar sus caminos y él aún no había tenido suficiente. Se propuso retenerla con él, para conocerla mejor, por lo que decidió utilizar todos los medios a su alcance para se quedase. Apoyó una mano en su antebrazo e impidió que se marchase.

- Helena, siéntate.

Helena lo miró entre enfadada y desconcertada.

- Por favor, siéntate.

Helena elevó la vista al techo y cogió aire para evitar que las lágrimas se desbordasen. Hacía tanto tiempo que no lloraba que tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. ¿Qué narices querría ahora?. Ya la había desarmado con sólo dos preguntas y no quería seguir torturándose más, quería irse a su casa, a su pequeño apartamento de una habitación, para enroscarse en el sofá con su manta vieja y ajada y no pensar. Pero se sentó. Jack la dominaba con una mirada, parecía que él movía los hilos de su cuerpo, y a su cuerpo le gustaba. ¡Y tanto que le gustaba!. Nunca un hombre atractivo le había prestado tanta atención. Jack había sido amable con ella, sintió que se lo debía y se sentó.

- Gracias.- Jack acompañó esa simple palabra con un apretón a su mano.

Ese gesto fue más de lo que Helena podía soportar en esos momentos y una lágrima solitaria descendió por su mejilla. Agachó la cabeza para ocultarla.

Jack la vio intentar ocultar sus lágrimas y algo se removió de nuevo en su interior. Apretó la mandíbula y lentamente acercó su dedo índice, lo colocó bajo su barbilla levantándole la cara para que lo mirase, y deslizó sus fuertes manos por debajo de su pelo, mientras que con los pulgares barría las lágrimas de sus mejillas.

Helena cerró los ojos y sintió que otra y otra lágrima brotaban sin poder detenerlas, quería parar, no quería dar un espectáculo ante un desconocido, aunque ese desconocido la hubiese conmovido de esa manera.

- Shh... Pequeña, no llores ahora. ¡Eh! Semaforito...., has sido valiente al reconocer todo esto. Me gustaría ayudarte, voy a proponerte un trato. Seguro que llevas alguna copia de tu curriculum en tu carpeta, me gustaría que me acompañases a mi despacho para revisarlo juntos.

Helena lo miró asombrada. ¿Jack tenía telepatía o qué? Ella siempre llevaba en el bolso un pen con todos sus documentos personales. Le gustaba sentirse preparada para cualquier eventualidad.

- No me mires con esa cara como si me fueses a soltar otro por qué ¿vale?  
- Jack sonrió al ver que ella también esbozaba otra sonrisa. - Sé que acabamos de conocernos y quiero que confíes en mí. Probablemente esta no sea otra oportunidad perdida, en más de un sentido, te lo digo yo, como ejecutivo engreído que soy. Sólo tengo una condición. No quiero ver ni una lágrima más en tu preciosa cara. ¿Estamos?

-Estamos. Tengo un pen con todos los documentos. – Le aclaró rápidamente. Al tiempo su cabeza repetía las palabras de Jack. Preciosa, la acababa de llamar preciosa, los tambores africanos volvieron a hacer su aparición. Jack era guapo, educado y muy dulce. ¿Dónde estaba la cámara oculta?. Helena consiguió contestar a pesar de que él aún le sostenía la cabeza y seguía acariciando sus mejillas ya secas. Esas caricias estaban haciendo estragos en todo su cuerpo. Se estremeció.

Jack notó su temblor y sonrió para sus adentros. Él no era el único que sentía esa electricidad entre ambos. Desde el momento en que posó las manos en sus mejillas y noto su suavidad deseó besarla, morder su labio inferior para luego lamer su labio superior y hacerla perder el sentido, pero allí no podía hacerlo, y tenían que irse ya o iba a levantarse con una evidente erección. La deseaba, la deseaba y mucho. No sabía por qué, no era alta, ni escultural, era una pequeña toda colorada, todo ojos negros asombrados, pero la deseaba como hacía tiempo no deseaba a nadie.

- Antes de irnos quiero aclararte una cosa, Helena. Mientras estés conmigo, yo lo pago todo, no me ofendas otra vez sacando tu monedero. Por no decir, que yo te invité primero.

Helena le lanzó una mirada ofendida.

- Oye Jack, siento haberme derrumbado así. No suelo comportarme de esta manera, y menos con desconocidos. pero el que esté en paro no quiere decir que no pueda invitarte a un café porque yo....

No pudo seguir hablando porque el índice de Jack selló sus labios y le replicó con gesto contrariado.

- Yo invito siempre en mis citas.

- Creo que yo no soy una de tus citas – aunque perfectamente podría imaginarse una cita con Jack.

- Pues tendremos que ponerle remedio a eso – Jack no iba a desaprovechar la oportunidad.

- Pero...

- Hoy hablaremos de negocios, pero mañana te llevaré a cenar sólo por placer. No acepto un no por respuesta. ¿Estamos?

Helena estaba alucinando. No entendía cómo una oferta para revisar su curriculum había acabado en una cita, una cita por placer. Aquello no podía ser verdad, en cualquier momento se despertaría en su sofá y descubriría que había estado soñando de nuevo con una de las historias románticas que leía en su Kindle.

- Helena, ¿Estamos?

Helena no pudo hacer otra cosa que asentir.

- Dímelo, quiero oírlo.

- Si Jack, hoy hablamos de negocios y mañana cita de...

- Pacer, Helena.

- Si – asintió por lo bajo.

- Dilo – necesitaba oírlo de sus labios.

- Placer.- Helena lo miró con ojos suplicantes para que terminase esa tortura.

Jack gruñó, la acercó a su pecho y la besó en la frente. Entonces respiró aliviado. Ya estaba solucionado. Hoy la tendría a su disposición unas horas más y había conseguido una cita para mañana.

- No te arrepentirás Helena – murmuró contra su frente - Tú también sientes la conexión.

Helena se separó un poco y elevó la cabeza para mirarlo. Sí que la sentía, se sentía cómoda y segura y no recordaba de antes esa sensación, quizá es que nunca la había sentido realmente. Quiso decir algo pero no pudo.

- No digas nada y vayámonos de aquí. - Jack la cogió de nuevo de la mano. No podía dejar de tocarla, satisfecho, la llevó de nuevo a la calle.

Entraron en el edificio aún cogidos de la mano y a la perfecta recepcionista casi se le salen los ojos de las órbitas, Helena la vio y bufó. ¿Es que hoy todo el mundo le veía cara de mono?

Jack se volvió al oírla y dirigió su mirada al mismo lugar que ella. Rebeca lucía una expresión de asombro y extrañeza en su rostro y no le gustó, se acercó a ella tirando de Helena que parecía querer soltarse de su mano. Le habló en tono firme.

- Rebeca, la señora Ramos estará hoy todo el día en la sede de la empresa.

- Si señor Anderson – respondió ella cautelosa.

- Una cosa más. No recibo ninguna visita hoy, de ningún tipo. ¿Estamos?

- Tomo nota señor.

- Bien. Gracias Rebeca, que tenga un buen día.

- Lo mismo le digo señor Anderson- asintió agachando la cabeza.

Sin soltarla en ningún momento, la introdujo en el ascensor. Helena, a su lado, miraba sus manos entrelazadas. ¿Despertaría ahora?. Las rodillas le temblaban porque había comprendido que Jack, sin expresarlo, había reconvenido a la recepcionista por su descaró con ella. ¿De qué iba todo esto?. Volvió a suspirar cuando el ascensor llegó a su destino y las puertas se

abrieron. Jack seguía sin soltarla cuando se adentraron en una planta diáfana, donde, por lo menos, una docena de empleados estaban pendientes de sus ordenadores o de sus teléfonos. Algunos se percataron de su presencia y, si bien no dijeron nada, sus miradas se dirigían incrédulos de su rostro a sus manos. Helena no quiso mirar a Jack, puso una expresión insondable y se limitó a seguirlo. Rodearon las mesas hasta un pequeño pasillo por el que se accedía a lo que suponía era la dirección de la empresa.

Jack se detuvo ante la puerta que daba acceso a los despachos de dirección y la miró.

- Ya llegamos a mi despacho. Te presentaré a Inés, mi secretaria. Te dejaré el ordenador para que puedas imprimir tu curriculum, mientras tanto, yo haré unas llamadas.

- Sí señor.

Helena estaba un tanto histérica tras el desfile ante todos los empleados. Ahora sólo le faltaba que esta tal Inés tuviese el aspecto de una modelo de portada del Cosmopolitan para acabar loca de remate. Resultaba evidente que todo el mundo la estaba juzgando por su aspecto al ir al lado de Jack, y que lo que veían les sorprendía, y no precisamente para bien. Estaba claro que ella no era el tipo de mujer que habitualmente veían con su jefe y le molestó. Se supone que el aspecto no importa tanto. ¡Venga Helena no te engañes!. - Su mente la regañó. - Esta no es tu liga y lo sabes.

- Helena... – la reconvino Jack, aunque al advertir su incomodidad suavizó sus palabras. – No te preocupes, todo va a ir bien.

Helena humedeció sus labios que, de pronto, estaban resecos y a Jack por poco le da un ataque al ver la puntita de su lengua deslizarse por ellos y dejarlos jugosos y brillantes para ser besados. Se enderezó de pronto al oírla.

- Jack, mira... yo... está claro que no voy a encajar aquí... ¿sabes?... Me miran raro..., es decir, igual todo esto me queda grande... no quiero sonar desagradecida ya que te has ofrecido a revisar mi curriculum pero...

Jack se enfureció brevemente con su plantilla, por parecer unos papanatas al verlos aparecer y consigo mismo, por haberla incomodado después de la mañana que llevaba, así que no la dejó terminar y apoyó de nuevo su índice en sus labios. Ella suspiró y su aliento envolvió de calidez ese dedo y fue directo a calentar también su entrepierna. Si no la besaba pronto estaría torturado todo el día.

- Helena, no te miran a ti. Me miran a mí, – mintió – no están acostumbrados a verme de la mano con nadie, es eso lo que les asombra, no



tú, semaforito.

- Ah... Vale... entonces... ¿por qué vamos de la mano?

Jack notó su voz temblorosa, se acercó su oído y le susurró.

- Otro ¿por qué? Pues porque me gusta hacerlo y a ti también te gusta. Lo sé.

Gelatina. Sus rodillas eran ya de gelatina. ¿Estaba intentando seducirla?. Pues no tenía que esforzarse mucho porque ya estaba atrapada en su red. Lo estaba desde el mismo momento de su aterrizaje forzoso en el suelo. Estaba enredada en un mundo nuevo y sorprendente, en la calidez y en la fuerza que Jack desprendía. Le miró a los ojos para responderle con franqueza.

- Sí.

- Sí ¿qué?

- También me gusta. Lo de las manos digo – bajó la voz para que nadie pudiese oírla.

- Habrá más Helena, mucho más. - Jack sonrió cuando le susurró al oído. No pudo evitar soltar una carcajada al ver la perfecta oh de asombro que salió de su boca. Sin darle tiempo a más abrió la puerta de los despachos.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 2

*“Sigo mal, y seguiré peor, pero voy aprendiendo a estar sola, y eso ya es una ventaja y un pequeño triunfo”*

*Frida Kahlo*

Helena accedió a la que era, sin ninguna duda, la zona de dirección de la empresa. Allí, una rechoncha mujer de cincuenta y pico años los miraba desde su mesa situada en el centro de la estancia. A cada lado de su mesa se situaban dos despachos. Era evidente que atendía personalmente a los dos y Helena la admiró en ese momento, porque no tenía que ser fácil bregar con varios directivos a la vez. La miró cautelosa y por primera vez en el día se topó con unos ojos azules que la observaban con simpatía.

Jack sonreía, conocía a Inés desde que él llevaba pantalones cortos y ella era la tenaz secretaria de su padre. Inés se encargaba de todo, de que al señor Anderson no se le olvidase nada, ni enviar unas flores en la fecha y la situación adecuada, ni, por supuesto, nada relacionado con la empresa y tampoco nada relacionado con su familia. Conocía a su padre igual de bien que su madre, sus caprichos y sus rabietas, y sabía llevarlo como nadie. Por descontado, también lo conocía a él, nunca pudo ocultarle nada y ante ella no necesitaba su máscara. Era como una tía cariñosa y se negaba en rotundo a sustituirla por alguien más joven. La paz que le proporcionaba Inés nunca se la daría ninguna otra secretaria. Sonrió divertido al ver que se esforzaba en morderse la lengua para no preguntar quién era la mujer que traía de la mano. Siempre sería una casamentera, y desaprobaba todas y cada una de sus aventuras, a pesar de que ella seguía soltera. Se acercaron a su mesa.

- Buenos días Inés.

- Buenos días señor Anderson – respondió ella muy profesional.

- Inés, puedes llamarme Jack como siempre. Sabes que si alguien traspasa esa puerta y más de mi mano- le señaló levantando la mano de Helena enlazada en la suya ante la sorpresa y el sonrojo de ésta última – es que es de confianza.

- De acuerdo, Jack, entonces, ¿Quién es esta chica tan guapa?

- Es Helena Ramos, va a estar aquí todo el día de hoy porque vamos a evaluar su curriculum para ver si podría encajar en nuestra estructura.

Helena se sorprendió, no esperaba que la oferta para revisar su curriculum incluyese una posible opción de trabajo. Ella sólo esperaba que Jack le hiciese alguna sugerencia sobre el documento. También el rostro de Inés mostró sorpresa. Eso hizo que se inquietase.

- ¿Quieres que llame a Ramiro?

Ramiro era el responsable de recursos humanos de todo el grupo, Inés sabía que la labor que le estaba describiendo Jack eran sus competencias directas. Nadie entraba en Anderson & Asociados sin su visto bueno, por lo que la situación con Helena era algo extraordinario en todos los sentidos.

- No, en este caso no. Helena y yo lo hablaremos personalmente. Agradecería le ayudases para que pudiese imprimir unos documentos que trae en su pen y luego la acompañes a mi despacho. Mientras, aprovecharé para hacer una llamada y, por cierto, ya he avisado a Rebeca de que no voy a recibir a nadie, aunque esté en la agenda.

Inés mantuvo su expresión impávida cuando le advirtió.

- Jack. A las doce y media está la multiconferencia con Londres y París, sabes que no puedes cancelarla.

- De acuerdo, la conferencia y nada más.

Se volvió a Helena, le soltó la mano y la sostuvo por los hombros.

- Te dejo en buenas manos. Nos vemos en un momento.

Helena asintió, porque no tenía otra opción, mientras veía como se abría y se cerraba la puerta del despacho de Jack. Se volvió a Inés y la miró, a continuación le tendió la mano. Inés pareció sorprenderse por el gesto pero se apresuró a cogérsela y a darle un apretón. Apenas le dio tiempo a abrir la boca cuando Helena habló primero.

- Inés, soy Helena, siento muchísimo irrumpir así, sin avisar, pero créeme si te digo que Jack, prácticamente me ha arrastrado desde la calle hasta aquí.

Quería disculparse ante esa pobre mujer para que no pensase que no tenía educación o que era una especie de aprovechada, que, mucho se estaba empezando a temer, era lo que pensaba todo el personal que los había visto.

Inés se sorprendió agradablemente con las disculpas de Helena y con la sinceridad que vio en sus ojos. Era un cambio refrescante respecto a otras acompañantes de Jack que había conocido, todo belleza y nada de sentido común. Lo conocía desde que llevaba pañales y tenía la sensación de que esta chica estaba allí para quedarse, y no se refería a la empresa precisamente, quizá era la adecuada para Jack, sólo esperaba que lo aceptase a él y las responsabilidades que tenía, no sólo en la empresa sino también con la familia y que muchas otras no serían capaces de asumir. Sí, que lo comprendiese, porque era evidente para sus ojos que gustar ya se gustaban. Le sonrió.

- Helena querida, no me cabe duda de que te ha traído a rastras. Cuando a un Anderson se le mete algo en la cabeza son imparables. No te preocupes. Me

alegro de tenerte aquí. Vamos dame tu pen, imprimamos esa documentación y no hagamos esperar a nuestro chico.

¿Nuestro chico? ¡Dios mío!. Se había dado cuenta de cómo lo miraba. La censuraría seguro. Se sonrojó de nuevo y la oyó reír.

- Helena, no te sonrojes, me gustas y me gustaría verte por aquí. Eso es todo. ¿Vale?

- Vale Inés, me alegro de gustarte. De gustarle a alguien hoy. No ha sido una buena mañana. - Respiró más tranquila y le tendió el dispositivo.

- Bueno cielo, creo que eso está a punto de cambiar – profetizó misteriosa - Anda, siéntate aquí en mi silla y hazlo tú.

Inés quería observar cómo se desenvolvía en el ordenador, si Helena era tan espabilada como parecía, porque se le estaba ocurriendo una idea y, una vez sembrada, esa semilla no iba a olvidarla tan pronto.

- ¿Seguro Inés?. Lo digo por la confidencialidad y demás.

Chica lista, se dijo Inés.

- No, cielo, ya has oído a Jack, si estás aquí es que eres de confianza.

- Inés verás, agradezco enormemente esa confianza, pero quizá debas saber que Jack y yo sólo nos conocemos desde hace unas horas – miró su reloj - exactamente apenas dos horas.

Inés se regocijó para sí. Aquella chica cada vez que abría la boca ganaba más puntos y Jack, ¡Oh Jack!, había caído con todo el equipo y aún no lo sabía... apenas un par de horas y ya la había traído a la guarida de los Anderson. El pobre probablemente ni entendía el porqué de su actitud. Se carcajeaba sólo para sí al pensar en las caras de la plantilla si se había paseado con ella de la mano por toda la empresa. Era la bomba. Decidió tranquilizar a Helena.

- No te preocupes Helena, a veces basta con dos horas para intuir la nobleza de una persona y tus palabras te honran, así que, imprime lo que necesites que yo, entre tanto, le llevaré la correspondencia a Jack.

Helena se encogió de hombros y empezó a buscar entre sus archivos todo lo que necesitaba.

Inés golpeó levemente la puerta y entró. Jack estaba mirando por la ventana con las manos en los bolsillos en actitud pensativa. Le habló sin mirarla.

- Y bien Inés, ¿me vas a echar la bronca esta vez?

Ay pobre. Tan despiadado para los negocios y tan cándido para el amor - pensaba Inés mientras se dirigía a la mesa de Jack.

- Siéntate Jack.

Jack se volvió y se sentó tras su mesa, Inés también tomó asiento y se dispuso a hablar con franqueza.

-Jack, te conozco desde el día que naciste y sabes que te quiero como a un hijo, aunque yo no sepa lo que es tener hijos. Nunca hemos tenido una conversación seria sobre temas personales y ahora es un buen momento. El que quieras entrevistar personalmente a esta chica me dice que no estás pensando sólo en darle trabajo. Sé que tus padres han depositado una carga sobre tus hombros desde muy joven...

- Anne no es una carga, Inés – replicó Jack.

- Por supuesto que no cariño, es una muchacha encantadora, dulce, y adorable. Todos la queremos con locura porque pone luz en nuestras vidas. Sé que los síndrome de Down no son lo mismo ahora que en mi época y me alegro por ello, pero tú sabes que, por mucha independencia que consiga, en un futuro va a depender de ti.

Jack apretó la mandíbula al oír a Inés. No le decía nada que él no supiera ya. Su adorada hermana de dieciséis años, con síndrome de Down, era su responsabilidad ahora, aun con sus padres, y cuando éstos faltasen, sería suya en exclusiva. Era una niña encantadora, le alegraba el día cuando la veía y por eso tenía en su casa un cuarto para ella, todo rosa por supuesto, sonrió, era tan femenina y tan coqueta que resultaba hasta graciosa. Nunca nadie fuera de su familia había visto esa habitación. Es más, sólo sus padres, sus amigos más íntimos, Héctor y Carlos, además de su secretaria Inés sabían lo de la prueba. Para él era vital que su futura compañera aceptase a Anne tanto como a él, no que la tolerase, si no que la quisiese como una hermana, que entendiese y aprobase que Anne viviera con ellos cuando llegase el momento. Debido a su posición social y económica era perseguido por mujeres ávidas de tener una vida resuelta, una vida repleta de actos sociales y clubs de campo, pero nada interesadas en trabajar o en ser alguien por ellas mismas. Él lo aceptaba, en ocasiones también las había utilizado para alguna noche loca de sexo pero siempre dejando claro que no quería una relación estable con ellas. Por eso cuando alguna chica despertaba algo más en él, cosa que raramente sucedía, las invitaba a cenar con sus padres y su hermana. Ellas se mostraban entusiasmadas ante la propuesta, pensando en que prácticamente tenían un anillo de compromiso esperándoles después. Pero no, el verdadero objetivo de esta cena era observar cómo reaccionaban e interaccionaban con Anne. Nunca las ponía sobre aviso sobre las circunstancias que rodeaban la vida de

su hermana porque así no podían fingir su reacción. Hasta ahora ninguna había superado esa prueba, hubo de todo, desde la que había ignorado a Anne como si no estuviera presente, hasta la que, mientras la llevaba de vuelta a casa, había sugerido que las residencias para estas personas funcionaban bien. Evidentemente ninguna de ellas había tenido más citas con él. Habían fracasado estrepitosamente en algo que para él era vital. Él y su hermana siempre vivirían juntos. Inés había percibido su interés por Helena, a la vieja bruja no se le escapaba nada y por eso escuchó con atención lo que le tenía que decir.

- Mira, Jack. Sólo sé que hace apenas dos o tres horas que conoces a esta mujer y está ya aquí. He visto como os miráis, he visto vuestras manos entrelazadas. Es pronto para aventurar un futuro, pero, por lo poco que he hablado con ella, sé que me gusta y me gusta bastante. ¡Por Dios! Si hasta se ha mostrado preocupada por la confidencialidad acerca del contenido de mi ordenador. Es honesta y franca, y permíteme decirte que creo que duda de tu cordura por la celeridad con la que la has traído aquí. Es refrescante, sobre todo después de las últimas, querido, solo huesos, Botox y media neurona funcionando – Agitó su dedo amenazador. – No te rías ¡bandido! que sabes que tengo razón.

- Lo sé – concedió Jack.

- Dime por qué está aquí.

- Bueno, esta mañana se ha caído literalmente a mis pies en el vestíbulo y al cruzar nuestra mirada algo me hizo cogerla de la mano y llevarla a tomar un café. Pretendía montar una absurda empresa de servicio de comidas a domicilio para ejecutivos y parece que estaba sondeando el mercado. Mientras me lo explicaba, algo se rompió en ella y reconoció la locura de ese proyecto. Fue valiente, y quiero darle una oportunidad. Hace unos meses que vive aquí pero creo que está sola y bueno... yo tampoco puedo entender muy bien mi actuación Inés, es lo que estaba pensando cuando entraste. No sé el motivo pero quiero saber más de ella.

- El motivo lo descubrirás poco a poco Jack. Creo que merece la pena que apuestes y lo averigües sin prisas, no la asustes, no la lastimes porque sí es cierto que tiene un aire vulnerable y por eso voy a ayudarte. La chica me gusta mucho y a cambio de mi ayuda sólo te pediré un favor.

- ¿Cuál?- preguntó Jack intrigado.

- Has de hacerle la prueba esta semana.

- ¿Tan pronto?

- Sí Jack, si ella ha sufrido no merece sufrir más y si pasa un mes contigo se enamorará de ti locamente. Si demoras la prueba y no la pasa, la destrozará.

Jack no iba a reconocer ante Inés que eso era algo que él ya había decidido hacer.

- Vale. Acepto. ¿Y cómo me ayudarás?

Inés sonrió triunfante.

- He decidido aceptar el ofrecimiento de tu padre, y tuyo también, de que me contratéis una ayudante.

Jack arqueó las cejas sorprendido. Hacía un año que su padre y él insistían en quitarle algo de trabajo de encima, y la muy terca siempre se había negado. Hasta ahora. Demonio de mujer. Vio que Inés sonreía, la muy intrigante lo estaba pasando en grande.

- Ya sabes que voy mayor y los achaques propios de la edad...

- Por favor Inés... . No mientas... Estás más sana que una manzana.

- Lo sé, pero quiero una ayudante y quiero que sea Helena, así que tú díselo a ella que de tu padre me ocupo yo.

- Suerte con el jefe, Inés, me gustaría ver su cara cuando aceptes su propuesta.

- No me hará falta.

-Lo sé. Lo tienes comiendo de tu mano.

Jack se rio, le tendió la mano para ayudarla a levantarse y se agachó para besarla en la mejilla. Acababa de resolver un dilema.

- Gracias Inés. Por todo.

- ¡Bah! – Dijo Inés quitándole importancia – tú aprovecha la oportunidad.

- Mañana por la noche conocerá a Anne y luego ya se verá.

En el fondo también temía ese momento. Quería que Helena superase la prueba para seguir explorando esas sensaciones que recorrían su cuerpo. Observó a Inés cerrando la puerta y se preparó para recibirla.

Ajena a lo decidido a sus espaldas, Helena recogía sus documentos de la impresora y los revisaba para comprobar que no contenían ningún error. Levantó la vista al escuchar a Inés.

- Bueno cielo, yo ya he terminado, puedes pasar.

- Gracias Inés.

¡Valor y al toro! - Se dijo - Que no se diga que no estas preparada para una entrevista. Respiró hondo y se dirigió al despacho de Jack. Se detuvo de golpe al oír un estruendo tras ella y alucinó al ver que la puerta de acceso a la zona

de dirección se estrellaba contra la pared y que un hombre, alto y rubio, se precipitaba al interior. Estaba furioso y se dirigía hacia ella sin quitarle la mirada de encima. Instintivamente se encogió, esperando no sabía muy bien qué, mientras oía el gemido asustado de Inés.

- Señor Brown... - intentó detenerlo – el señor Anderson está reunido en estos momentos y no acepta visitas.

El aludido le lanzó una mirada fulminante.

- ¿Con quién? ¿Acaso con esta buscona que ha montado un numerito esta mañana para encontrarse con Jack?

Inés abrió los ojos como platos ante semejante exabrupto y al ver su cara asustada Helena reaccionó con furia encarándose con aquel impresentable.

- ¿Acaso me está usted llamando buscona?

No le llegaba al pecho pero le lanzó su mirada mata gilipollas. El supuesto Señor Brown no se amilanó y acercando su cara a la de Helena alzó la voz.

- Sí. Tú, niñata... ¿Qué piensas? ¿Qué no nos hemos dado cuenta esta mañana de que venías buscando a Jack?... . No me he tragado tu actuación de pobre mujercita desvalida ni tus lagrimones en la cafetería del hotel..... Sí, estábamos allí, y el pobre tonto de ahí dentro ha tragado el anzuelo hasta el fondo, pero yo no. ¡Vaya que no!. Os tengo más que caladas a todas. Os acercáis a él buscando un polvo y si suena la flauta... ¡A pescar al heredero!. Pues déjame decirte que putitas como tú no tenéis nada que hacer, porque es mi hermana la que será la futura Señora Anderson, ¿te enteras?. Me importa un huevo que tenga amantes, pero no consentiré que las traiga aquí justo cuando mi hermana está a punto de llegar para reunirse con él. Así que, coge tus cosas y mueve tu culo hasta la calle antes de que llame a seguridad.

En toda la vida de Helena nunca nadie la había insultado de esa manera. Empezó a temblar de la furia que la embargaba, enrojeció y estuvo a un tris de abofetearlo, pero, por el rabillo del ojo vio a Inés con las dos manos tapándose la boca y blanca como la cera, parecía a punto de llorar. Entonces, se dio cuenta de que aquella no era su empresa, que no tenía por qué aguantar otra vez humillaciones y gritos como en su último trabajo, peleas y discusiones sobre quién se queda y quién se va. Simplemente se acercó a la silla de Inés cogió su bolso y se dirigió al energúmeno que aún la miraba furioso.

- Me voy. No porque usted, que no sé quién es, me eche. Si no porque no quiero pertenecer a esta empresa si usted forma parte de ella. Me acaba de insultar de la peor manera posible y ni me conoce.

Se dirigió a la salida, cuando sintió que la agarraban del brazo con fuerza.



Al girarse vio odio en los ojos de aquel hombre.

- Te vas porque aquí no tienes nada que hacer, búscate a otro para abrirte de piernas.

Helena sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, se desasíó de su agarre con un tirón y todos los papeles volvieron a volar por los aires. Esta vez no se detuvo a recogerlos, sólo echó a correr y casi sin mirar llegó al ascensor que, por suerte, estaba abierto. Pulsó el botón y respiró aliviada. ¡Estaban todos locos!. Esta era una empresa de locos. Cuando el ascensor llegó al vestíbulo siguió corriendo sin mirar a Rebeca. Por suerte, nada más salir, un taxi estaba dejando a un pasajero justo en la puerta y, sin dudarlo ni escatimar el gasto, se subió a él facilitando con rapidez la dirección de su casa. Apenas se enteró del trayecto, y el taxista no estaba interesado en conversar o se dio cuenta de que ella no quería hablar. Pagó la carrera de manera casi inconsciente y llegó a su portal. Le temblaban las manos cuando intentó encajar la llave en la cerradura, al final, consiguió hacerlo y subió corriendo las escaleras hasta su apartamento. Nada más entrar, cerró con llave la puerta y se apoyó en ella, se dejó caer lentamente resbalando hasta el suelo y respiró hondo. Se sentía sucia y se levantó necesitando una ducha purificadora, se lavó el pelo y estuvo lo que le parecieron horas debajo del chorro. Tras aplicarse su hidrante favorita, se vistió con sus pantalones tipo yoga de color gris y una sencilla camiseta blanca. Se tumbó en el sofá, cogió su cojín de corazón con brazos y lo apretó contra su pecho. Se enroscó y sólo entonces permitió que las lágrimas brotaran libremente entre sollozos incontrolados. ¡Estaba destrozada!. Aquel cabrón la había llamado putita. Ella no había buscado nada, todo le había sobrevenido sin apenas darse cuenta, arrollándola como un tren descontrolado. Pero en el fondo, sabía que ese torrente de lágrimas no era sólo por la oportunidad laboral perdida, que también. Era por Jack, se le había metido dentro un poquito, había nacido una ilusión. Estaba desconcertada porque quizá había malinterpretado sus señales, sus gestos. Recordó su mano perdida en la de él, sus pulgares acariciado su mejilla, además, no sólo había sido amable. “Habrá más” recordó que él le dijo, “mucho más”. Pero al parecer estaba comprometido con la hermana de aquel energúmeno. Ya decía ella que aquello parecía un sueño y que tarde o temprano tenía que despertar, aquel hombre guapo, supuestamente bondadoso y tierno no era para ella. Había sido una ilusión. Mejor ahora que más adelante - se dijo a modo de consuelo, pero fracasó. Ella ya se lo había dicho a Jack, otra oportunidad perdida, y él había dicho que no. Se equivocaba. Y allí siguió con la mirada perdida y secándose

las lágrimas que no dejaban de brotar.

Jack oyó el golpe, los gritos, parecía Harry pero había dicho que no recibiría a nadie. De repente su puerta se abrió y él sonrió esperando ver a Helena, pero no fue ella quien entró fue Harry, hecho un basilisco, estaba fuera de sí.

- Ya puedes borrar esta estúpida sonrisa de tu cara Jack. ¿En que estabas pensando, hombre?. Menos mal que al ver que salías con ella del hotel, he venido corriendo a preguntarle a Rebeca por ti. He llegado a tiempo de evitar que hagas una gilipollez.

- ¿De qué hablas Harry?. Te recuerdo que estás en mi despacho, sin haber llamado, diciendo estupideces y, francamente, no tengo tiempo para ti, tengo una reunión ahora mismo.

Intentó ponerlo en su sitio y controlar la furia que lo estaba embargado al pensar en que Helena estaba presenciando el espectáculo.

- No Jack. Ya no tienes ninguna reunión porque me he encargado de echar de aquí a esa putita.

Jack gritó incrédulo.

- ¿Qué dices que has hecho? ¿A quién has echado?.

- A la zorra con la que te reuniste en la cafetería. Si querías follártela, haberla subido al hotel, joder... no aquí. Os vi allí, todo aquel numerito, ella llorando y tú consolándola. Pareces un novato Jack. Menos mal que Rebeca me dijo que lo habías cancelado todo para hoy. Mi hermana va a llegar en cualquier momento para hablar contigo por la cena de gala de la Fundación. Espero que al acudir juntos consolidéis vuestra relación de una vez por todas. Así que, ya le he advertido a esa buscona que no se haga ilusiones porque ya hay futura señora Anderson.

Jack empezó a verlo todo rojo. Había llamado putita y zorra a Helena, le había dicho que se iba a casar con su hermana, la había echado de allí. Miró a Harry y dudó de su salud mental, no parecía borracho, pero últimamente estaba excitado de un modo extraño. Vio sus pupilas dilatadas y pensó si escondía alguna nueva adicción. Con Harry todo era posible. Desde la muerte de su padre, hacía un año, parecía descontrolado. Pero hoy acababa de cruzar una línea sin retorno. Le habló con toda la furia que pudo reunir.

- Harry, como vuelvas a insultar a una mujer que esté conmigo, te parto la cara. Como vuelvas a insultar, gritar, hablar o mirar a Helena, en mi presencia o no, notarás como tus dientes bajan uno a uno por tu garganta. ¿Estamos?. Te he tolerado muchas cosas en los últimos tiempos, a ti y a tu hermana, pero se

acabó. No soy el novio de tu hermana, ni lo he sido, ni lo seré. Nunca. ¿Entiendes el concepto de nunca? Pues eso, tu hermana nunca será la señora Anderson. Por supuesto que no recibiré a tu hermana hoy, ni iré como su acompañante a la gala de la Fundación. Toleraré su presencia allí porque mi madre, la única señora Anderson que conozco, le ha dado la oportunidad de centrarse como relaciones públicas de la Fundación. No volverás a este edificio, ni tú, ni ella. Anderson & Asociados no forma parte de los negocios que tú padre y el mío tenían en común. Aquí ya no eres bien recibido. Lárgate... antes de que me arrepienta de no golpearlo. Lo señaló con el dedo y Harry lo miró con odio.

- No puedes hacer eso.

- Ya lo he hecho. Fuera de mi vista, y por tu bien, espero que Helena esté ahí fuera.

- El poderoso Jack, el hijo perfecto. Te arrepentirás... cabrón.

Jack se acercaba apretando ambos puños con gesto amenazador. Harry se dio la vuelta algo asustado, nunca lo había visto tan furioso. Pero no lo dejaría estar, estaba sin un duro, con muchas deudas. Su futuro dependía de emparejar a su hermana Jimena con Jack. Hasta la fecha él había tolerado sus insinuaciones al respecto y le había dejado caer que veía a Jimena como una prima. Eso tenía que cambiar, tenía que trazar un plan para atraparlo, sí, eso haría, pensaría un plan. Salió de allí con una sonrisa de lunático y, sin mirarla, pasó al lado de Inés, que seguía blanca como la cera.

Jack respiró profundo antes de salir de su despacho deseando que Helena no lo hubiese oído todo. Cuando salió y vio lo asustada que estaba Inés se acercó corriendo a ella.

- Inés, ven.

Jack moduló su voz para no parecer enfadado. La sostuvo del brazo y de manera delicada la introdujo en su despacho acomodándola en su cómodo sofá Chester. Luego se acercó al carrito de las bebidas y llenó un vaso con agua, se lo ofreció.

- Gracias. – Consiguió murmurar Inés y procedió a beber un trago – Lo siento Jack, no he podido detenerlo, lo siento mucho. Entró como un loco y yo... Cuando le gritó y le dijo todas esas cosas... horribles... no pude moverme... no pude...

- Shh... Inés. Tranquila..., lo sé. No te preocupes – la miró – ya lo has oído todo.

- Si Jack, creo que no está en sus cabales, y la pobre Helena..., se ha ido

Jack... no pude detenerla. Primero pensé que le golpearía cuando le dijo... bueno... todo eso... Pero recogió su bolso y salió... Creo que iba a llorar..., no sé Jack.

Jack apretó la mandíbula enfurecido. No quería dejarse llevar por la rabia de haber perdido a Helena, tenía que localizarla cuanto antes para pedirle disculpas, pero ¿dónde?, no tenía ni su teléfono ni tampoco su dirección... y sabe Dios cuántas Helena Ramos habría en Madrid. Pero trabajaba en una empresa de seguridad, y podía localizar personas. Lo haría ahora mismo. Miró su reloj, casi las doce y media, primero atendería la multiconferencia y después dedicaría el día a encontrarla. Satisfecho con sus planes se dirigió a Inés.

- Inés, por favor, prepara ya esa multiconferencia y luego resolvemos el tema de Helena, ¿estamos?

Inés se levantó y asintió agradecida por tener algo de lo que ocuparse. Jack apartó de momento a Helena de sus pensamientos y se centró en la conferencia. Era algo que siempre había sabido hacer, separar las parcelas de su vida. Sin embargo, en esta ocasión, mientras hablaba con Paul y François, sus socios en Londres y París, la imagen de los ojos de Helena acudió a su mente en más de una ocasión. Menos mal que todo marchaba según lo previsto en las sedes de la empresa fuera de España, aun así se requería su presencia en ambas ciudades para cerrar los flecos de unos contratos vitales para la consolidación de la expansión de Anderson & Asociados. Estaban a mediados de marzo y quedó en visitar ambas ciudades en mayo. Le fastidió el hecho de tener que ausentarse todo el mes pero era imprescindible. Fantaseó con que Helena lo acompañase, pero antes tendría que encontrarla. Se despidió de sus socios y llamó a Inés. Cuando su secretaria entró de nuevo en su despacho ya había recuperado el color y también parecía más tranquila.

- Bien Inés, veo que estás mejor. Vamos a ello entonces, por favor toma asiento.

Jack procedió a explicarle los pormenores de la conferencia.

- Así que cierra mi agenda en España para mayo y resérvame en Londres en el hotel de siempre, sé que Paul preferiría que me alojase con él, pero con el niño tan pequeño y Susan de nuevo embarazada no quiero molestar. El hotel de París lo cerraremos desde Londres porque ahora no puedo concretar fechas. ¿Estamos?

Inés asintió y acabó de tomar sus notas. Alzó la cabeza para mirarlo esperando más instrucciones.

- Bueno, y ahora vamos con lo de hoy. Primero, avisa a seguridad de que hasta nueva orden ni Harry ni Jimena tienen autorizada la entrada aquí. Si quieren algo relacionado con la otra sociedad nos reuniremos en su sede, no aquí. Harry nunca ha sido muy estable pero hoy se ha pasado y no voy a consentirlo, aun así, por el bien de Brown & Co, concierta una cita para mañana con Tomás Suarez, nuestro investigador privado, quiero que averigüe qué esconde, si es que esconde algo, claro. Ponlo en antecedentes de lo que ha pasado. Segundo, quiero localizar a Helena hoy, si es posible, tengo que disculparme...

- Tú no has hecho nada Jack - apuntó Inés.

- Directamente no, pero ha ocurrido aquí y soy responsable de cómo la han tratado. Sigo queriendo que trabaje con nosotros. ¿Tienes alguna idea de cómo localizarla?

Inés sonrió.

- Jefe, me debes una.

- Inés te debo ya unas cuantas, dime qué has pensado.

- No he pensado, al salir antes del despacho, me he fijado en que el suelo estaba lleno de papeles que no había visto con todo el follón. Los recogí y me di cuenta que eran los que Helena te traía cuando Harry entró – rebuscó entre sus notas y se los entregó – ya lo tenía todo listo cuando venía. Es su curriculum, con su dirección, teléfono... Así que, como has cancelado todo para hoy, creo que ya estás tardando en ir a buscarla.

Jack ojeó los documentos sonriendo al tiempo que se levantaba.

- No sé si darte un beso o subirte el sueldo – bromeó mientras se agachaba para hacer lo primero.

- Las dos cosas me vendrían bien, pero prefiero que, mañana cuando llegue a trabajar, tenga nueva compañera.

- Dalo por hecho. Prepara una mesa a tu lado y llama a los del departamento informático para que habiliten un equipo con lo habitual, claves, cuenta de correo.

- Vete ya Jack, yo me encargo.

Inés lo observó salir y cruzó los dedos para desearle suerte.

Mientras conducía su deportivo de camino al barrio donde residía Helena, Jack se sonrió al pensar que por segunda vez en el día unos papeles caídos ponían a Helena en su camino.

\*\*\* \*\*

### CAPITULO 3

*“Nunca dejes de sonreír, ni siquiera cuando estés triste, porque nunca sabes quién se puede enamorar de tu sonrisa”*

*Gabriel García Márquez*

Después de una hora tumbada en el sofá las lágrimas parecieron detenerse, pero Helena continuaba mirando al infinito. Definitivamente hoy se sentía una fracasada, en todos los sentidos, en el trabajo, en el amor... no le quedaba nada. Además se sentía humillada por aquellos ejecutivos que se creían con derecho a dirigir la vida de los demás. Primero Jack, arrastrándola de un lado a otro toda la mañana, cierto era que ella no había opuesto resistencia, pero eso no era excusa para creerse con el derecho de jugar con otra persona. Sobre todo porque también había coqueteado con ella y eso ahora dolía, dolía mucho porque había despertado algo que llevaba demasiado tiempo dormido. La atracción, el deseo, el reconocimiento... todo ello para que esas sensaciones se volatilizaran con los gritos de aquel energúmeno que la había insultado. Como guinda del pastel había descubierto que Jack estaba comprometido. Podía imaginarse las risas de ambos a su costa. De aquel endemoniado ejecutivo podía esperarlo, sin embargo, de Jack no lo hubiese imaginado nunca. Él la había escuchado, consolado, acariciado.... Para ella había sido algo significativo, para Jack seguro que una más de las que babeaban por él todos los días. Eso le hacía sentir furiosa porque ella no era así. Ella buscaba algo más que un tipo guapo y con dinero, buscaba un compañero que la amase, que compartiese su vida vacía de afectos. Nunca había sido de rollos de una noche. Jack la había engañado por completo. No quería sentirse tonta por haber creído que el deseo había sido mutuo, así que se levantó y se resignó. Ese tren ya había pasado, y era otra oportunidad perdida. Pensó en salir a caminar por el parque para reflexionar qué debía hacer ahora con su vida. Estaba claro que el día de hoy suponía un punto de inflexión, sí, saldría a pasear, eso siempre la ayudaba. Antes iba a comer, sólo tenía que calentarla ya que había cocinado ayer por la noche. Tenía comida de más por si a su vecina Lola no le daba tiempo a cocinar. A veces la llamaba a última hora de la mañana para presentarse a comer, si no lo hacía hoy, le acercaría unos tupper para la cena. Se dirigió a la pequeña cocina americana de su apartamento y se dispuso a calentar lentamente la crema de calabacín y la salsa de melocotón para las pechugas de pollo que haría a la plancha. Sólo sentir los olores de la comida le levantó un poco el ánimo. Le encantaba cocinar, para ella y para los demás, y se le daba bien, siempre alababan sus

platos y su repostería casera. No era una gran chef, pero era fanática de las revistas especializadas y del Canal Cocina y, gracias a ellos, había aprendido un montón de recetas fáciles para el día a día y algo más elaboradas para los días de fiesta. Estaba pensando en hornear unas magdalenas esa misma tarde al volver de su paseo, cuando sonó el timbre de su puerta. Sonrió, comería con Lola, ella le contaría sus batallas de la peluquería, algún cotilleo y probablemente le alegraría el día. Se dirigió a la puerta, abrió sin mirar y dio un respingo al ver que era Jack, y no Lola, quien la miraba muy serio desde el rellano. Un escalofrío recorrió su cuerpo y se estremeció.

- Hola Helena.

Jack la miró, estaba preciosa con su ropa deportiva, sin maquillaje, y su pelo rizado algo húmedo todavía. Le llegó su olor, fresco, agradable, tentador. Sintió que no sabía que decir hasta que ella contestó.

- Jack... Hola...

Helena no sabía cómo la había encontrado ni lo que pretendía. Era guapísimo... de golpe recordó su compromiso con otra mujer y su gesto se endureció.

Jack observó su tensa expresión, antes parecía desconcertada de verlo allí, ahora sin embrago parecía estar enfadada. No la culpaba, tenía todo el derecho del mundo.

- ¿Puedo pasar un momento? – le dijo suavemente.

- ¿Por qué? – preguntó desafiante – Mira Jack, no sé cómo me has encontrado pero creo que por hoy ya he tenido suficientes sorpresas ¿no te parece?

- Probablemente sí, pero me gustaría explicarme. Por favor Helena.

A Jack no le importó rogar y le suplicó con la mirada. ¡Esa mirada!. Esos ojos verdes y profundos eran demasiado para ella, no pudo mantener su expresión enojada y se apartó para dejarlo pasar. Jack entró y mientras ella cerraba la puerta a sus espaldas observó su casa. Era un apartamento pequeño con cocina americana, y por lo que veía a su alrededor constaba de un dormitorio y un baño, todo el resto del espacio lo ocupaba su sofá, de un cálido color tostado con un baúl que hacía las veces de mesa de centro. En un rincón, había un femenino escritorio con su ordenador y una estantería repleta de libros y alguna que otra caja. Toda la sencilla decoración, con el inconfundible sello nórdico de Ikea, lograba transmitir calidez de hogar, gracias a los cojines de un verde suave, el centro de flores y las velas de olor. En una pared estaban expuestas un montón de fotografías, intuyó algún retrato,



paisajes, ella con un ¿novio?. Sintió una punzada parecida a los celos en su interior. No podía ser que tuviese pareja, apartó esa incómoda sensación de su cabeza y observó las cazuelas humeantes de la cocina, desprendían un olor que el hizo la boca agua. Le señaló con un movimiento de cabeza.

- Huele bien.

¡Oh Dios!. Se había olvidado por completo. Era lo único que le faltaba hoy, que se le quemase la comida. Se dirigió corriendo hasta la cocina, apagó los fuegos y posó las cazuelas sobre un salvamanteles de metal en la encimera. Se giró, y poniendo la barra de la cocina a modo de separación entre ellos, lo miró.

- Tú dirás, Jack.

Bien, había llegado el momento. No le gustó que se pusiese a la defensiva y que utilizase el mostrador de la cocina como barrera. Le tendió la mano.

- Ven, Helena, sentémonos.

Helena tembló enterita al ver esa mano tendida hacia ella, recordaba perfectamente como su mano se perdía entre la suya, su calidez y su fortaleza. Su mente le dijo que no se moviese de allí, pero su cuerpo tenía vida propia y se acercó. Jack acudió a su encuentro y cogiendo su mano la llevó al sofá. Ella se ruborizó al ver el montoncito de pañuelos de papel que había en el suelo y se apuró a recogerlos.

Jack también lo vio y entonces comprendió que había llorado, y mucho, a juzgar por el montón de pañuelos que se acumulaban al lado de un absurdo cojín con forma de corazón y brazos. Tensó la mandíbula e impidió que se agachase a recogerlos. La sostuvo para que se sentase.

- Ven, semaforito.

Helena se sentó muy derecha. Esperó tensa a que él se sentase. Parecía dominar la situación y aparentaba estar cómodo en su casa. Claro que, hombres como él raramente perdían los nervios. Se sentó en un extremo del sofá, extendió su brazo por el respaldo hacia ella y reposó la otra mano en su poderoso muslo que se perfilaba a través del excelente corte del traje.

- Has llorado.

No era una pregunta. Asintió avergonzada y volvió a enrojecer. ¿Qué demonios estaba pasando?. Decidió no contestar, aunque quisiese, no habría podido.

- Helena mírame – pidió Jack.

Negó con la cabeza mientras miraba los dibujos de la alfombra. Notó que el sofá se movía y sintió su cuerpo más cerca, los tambores africanos

atronaban de nuevo en su pecho. Cerró los ojos. La mano de Jack sostuvo su barbilla y le alzó la cabeza con suavidad.

- Por favor, abre los ojos, mírame – susurró Jack.

Se armó de valor y lo miró. Se perdió. Se perdió en la ternura de sus ojos verdes, en la sensualidad de la sonrisa que asomó a su cara y en la caricia que le dedicó a su mejilla.

- Eso está mejor, ahora puedo explicarte a qué he venido. ¿Me dejarás?

Helena volvió a asentir, había perdido toda capacidad de palabra.

-Escucha Helena, he venido a disculparme contigo por lo que ha pasado en mi empresa.

Helena lo miró asombrada. Quería saber tantas cosas que no sabía cómo empezar.

- ¿Por qué Jack?

- Por lo de esta mañana, por Harry, sé todo lo que te ha dicho. Inés me lo ha contado. Siento no haberlo oído para salir y...

- Por eso no deberías pedirme disculpas, tú no me has llamado... – No pudo pronunciar esa palabra porque un dedo de Jack se lo impidió.

- Shh... No quiero oírlo otra vez, no de tu boca - susurró. - Yo no te lo llamé pero ocurrió en mi empresa, mientras eras mi invitada, mientras esperabas reunirme conmigo y por eso me siento responsable. Además, me gustaría haberte protegido de su furia y me revienta por dentro no haberlo hecho. Te ha lastimado y quiero que entiendas que he venido a continuar lo que dejamos pendiente.

Eso era muy ambiguo, necesitaba saber a qué se refería, si a la reunión de trabajo o a aquel “Habrá más. Mucho más”, si se refería a lo primero podría adoptar un rol profesional, si se refería a lo segundo iba a cantarle las cuarenta porque estaba prometido a otra. Volvía a estar tensa cuando habló.

- Exactamente Jack, ¿qué dejamos pendiente?

Jack observó que estaba enfadándose de nuevo, rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó unos papeles doblados.

- Estábamos a punto de reunirnos para revisar tu curriculum, para tratar de encontrar un sitio para ti con nosotros. Se te cayó cuando huías, por eso pude localizarte tan pronto.

Helena suspiró. Bien. Terreno profesional de nuevo. Terreno seguro. No pudo evitar sobresaltarse cuando vio que se acercaba más a ella hasta que sus narices casi se tocaron.

- Pero no sólo he venido por eso. Tenemos pendiente algo más Helena.

Mucho más.

Su aliento penetró en su boca cuando Helena la abrió para protestar. Jack no pudo resistirse más y posó sus labios sobre los de ella, eran suaves, quiso probar su sabor pero, si lo hacía, presentía que no iba a poder parar. Fue apenas un roce pero los dos se notaron excitados. Al separarse Jack comprobó que Helena respiraba agitadamente, sus labios seguían abiertos como invitándolo a repetir y sonrió.

Helena sentía hormigas recorriendo todos los rincones de su cuerpo, la había besado y había sido como imaginaba, dulce y tierno, lo vio sonreír, seguro de sí mismo, y de repente la magia se rompió al recordar su compromiso. ¿Cómo se atrevía a besarla estando comprometido con otra? ¿Por quién la tomaba? Estaba claro que por una facilona. Se enfadó, puede que Harry la hubiese llamado buscona a la cara, pero Jack, primero le pedía perdón y luego la besaba. También se enfadó con ella misma, por dejarse hacer como si fuese una muñeca a su disposición. Pues estaba equivocado. ¡Dios qué bien besaba! Quería más, pero no podía. Ella nunca sería la otra, por mucho que Jack estuviese entrando en su vida como un elefante en una cacharrería, arrasando todo cuanto salía a su paso hasta lograr su objetivo. Seducirla, y luego si te he visto no me acuerdo. Lo miró.

Jack estaba excitado, su entrepierna latía contra la tela de sus pantalones, sólo la había rozado y ya estaba así. ¿Dónde había dejado su control? Ella lo deseaba también, lo había visto en sus ojos, también había visto rechazo, ahora veía rechazo. No le gustó. Estaba muy seria.

- No quiero que lo hagas más, Jack.

- Helena... están saltando chispas a nuestro alrededor, te ha gustado tanto como a mí.

Intentó acercarse, pero ella se levantó de golpe dejándolo solo en el sofá.

- La cuestión Jack – dijo con toda la frialdad de pudo – no es si hay chispas, rayos, truenos o tempestades. La cuestión Jack – fue elevando el tono de voz – no es que me haya gustado – prosiguió cada vez más enfadada – La cuestión Jack, es que tú estás comprometido con otra mujer y yo no soy de las que se meten en una pareja – levantó la mano cuando lo vio protestar – yo no soy una chica fácil y, si he hecho algo para que tú lo pienses así, lo siento.

Jack soltó una carcajada. Estaba preciosa enfadada y él había olvidado la segunda parte de la conversación con Harry, aquella tontería del compromiso.

- ¿Te hace gracia?

- Ay Helena, semaforito.... No te enfades, no me río de ti. Por un momento

pensé que me rechazabas.

- Y te estoy rechazando ¿Es que eres tan arrogante que no entiendes un no?

- Pero no me rechazas por los motivos adecuados – apuntó Jack divertido.

- Oye, quizá en tu mundo de ejecutivos sea normal ir besando a una chica cuando tienes otra pareja estable, pero en el mío, de toda la vida, eso ha sido poner los cuernos y no me va esa historia.

- Helena, si existiera una mujer en mi vida, si existiese una prometida, te juro por mi familia que sería el hombre más fiel de la tierra – le dijo muy serio - ¿No me preguntas por qué?

Helena no entendía nada. ¿Por qué hablaba en sentido figurado? Una duda empezó a abrirse paso en su cabeza y sus rodillas volvieron a temblar.

- ¿Por qué?

- Porque si alguna vez una mujer consigue que yo le entregue un anillo de compromiso, será que es la mujer perfecta para mí. Será que habrá pasado por situaciones a mi lado en las que me habrá conocido, las habrá aceptado y las compartiremos juntos.

Helena temblaba, ella quería eso, quería un compañero, no sólo un amante. Jack prosiguió.

- Lamentablemente, esa mujer todavía no ha aparecido, - la miró con ternura y rectificó - y en el caso de que hubiese aparecido ya, – volvió a tenderle la mano y se alegró al ver que ella se la cogía aunque estaba temblorosa – todavía nos quedarían muchas pruebas que superar para llegar a esa situación. ¿Estamos?.

Helena ya estaba de nuevo sentada a su lado. ¿No había prometida? Unas mariposas esperanzadoras revolotearon en su estómago. Lo miró.

-¿No estás prometido a la hermana de ese hombre?

- No preciosa, Harry mintió. Te insultó y mintió.

- ¿Por qué habría de hacer algo así? - Helena dudó un instante. Quizás Jack le estaba mintiendo pero no quería pensar en esa posibilidad.

- No lo sé al cien por cien, y no quiero aventurar una respuesta, por eso he puesto a alguien a investigarlo.

- ¿Un detective? - Helena alucinó por colores. Aquello era como una película.

- Sí. Anderson & Asociados es una empresa de seguridad. Básicamente nos dedicamos a gestionar la seguridad en empresas, algunos eventos, fincas privadas y a atender las necesidades en materia de seguridad de varios equipos de la Liga de Fútbol Profesional. La seguridad no sólo son

guardaespaldas, o alarmas y videovigilancia. También tenemos un equipo de abogados y detectives a nuestro servicio y al de nuestros clientes.

- Vale. Creo que tengo que pedirte disculpas por dudar de tu honradez. Estoy avergonzada, espero que no lo tengas en cuenta.

Helena sentía un enorme alivio y al ver que Jack miraba su reloj se dio cuenta de que era hora de comer y de que estaba a gusto con él. No quería que se fuese aún. Olvidó todas las precauciones cuando le dijo.

- Sé que es tarde Jack, agradezco tu visita y tus disculpas. Si no tienes otro compromiso me gustaría que te quedases a comer antes de que sigas con tu trabajo. Permíteme, por lo menos, alimentarte hoy.

Jack sonrió aliviado. ¡Qué dulce era! Acarició de nuevo su mejilla.

- Preciosa, me encantará comer contigo hoy. No tengo ninguna cita porque las he cancelado ¿recuerdas?. Después de comer, mi trabajo será sentarme aquí contigo, revisar tus documentos como teníamos planeado y hablar de tu futuro en Anderson & Asociados.

- Gracias, Jack. Me he sentido muy mal esta mañana en la empresa. Ese hombre dijo cosas horribles y, aunque aún no lo entiendo del todo muy bien, me alegro de que hayas venido.

- No volverá a acercarse a ti. Lo prometo. – Apretó su mano – Si te parece bien, tras la comida, intentaré explicarte todo este embrollo.

- Vale. - Se levantó para prepararlo todo y se alegró de que Lola no hubiese aparecido. Sintió que Jack tiraba de nuevo de ella.

- Helena, la cita de mañana por la noche sigue en pie. ¿Estamos?

Era una orden, no una petición, le irritó un poco pero decidió dejarlo correr por esta vez.

- Estamos.

-Iremos a cenar a casa de mis padres.- Jack sabía que era ya del todo imprescindible realizar la prueba, si la pasaba, mañana la besaría hasta hacerla perder el sentido.

- ¿Tus padres, Jack? - Helena se horrorizó por el anuncio.

- No muerden... semaforito. Simplemente debes conocer a mi padre, que es el presidente de la empresa y ahora trabaja más desde casa.

-Vale, pero... ¿a tu madre no le molestará que le lleves el trabajo a una cena familiar?

- No. Está acostumbrada a ello.

Pero tú no sólo eres algo de trabajo, pensó Jack para sí.

- Estupendo entonces, espero estar a la altura.

Mañana estaría como un flan, tenía que pensar qué ponerse, algo informal pero elegante. Tal vez Lola le ayudase a elegir.

- Seguro que lo harás muy bien. ¿Te ayudo en la cocina?

-No... por favor... Eres mi invitado. Siéntate y te serviré una copa de vino mientras termino. ¿Albariño está bien?

- Estará perfecto. - Tú eres perfecta, pensó Jack.

La miró mientras se volvía y recogía el desastre de pañuelos del suelo. También colocó en el medio del sofá el cojín de corazón y luego se dirigió a su escritorio donde seleccionó desde su teléfono una lista de reproducción de música tranquila. Estaba increíblemente a gusto. Cuando Helena se acercó con una copa de vino y unas olivas, que colocó diligentemente en el baúl con un mantelito y una servilleta a juego, le sonrió. Era una buena anfitriona, eso también era otro punto a su favor. Se quedó mirando las fotos de la pared y sus ojos se posaron en aquella en la que estaba abrazada a aquel chico. Ahora ya sabía que no tenía pareja pero aquel era un abrazo entre dos personas que se querían, sintió una punzada de celos y puso los ojos en blanco. ¡Por favor!. ¿Celoso él?. Sorbió tranquilamente el vino y dejó la mente en blanco apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Cerró los ojos y esa foto volvió a su mente en el momento el que sintió que Helena le tocaba suavemente el brazo. La miró.

- Jack, la comida está. Pensé que te habías dormido.

- Sólo me estaba relajando un poco.

- Vale ¿vienes?

Se levantó dispuesto a seguirla pero antes la cogió de la mano y no pudo evitar formularle la pregunta que llevaba rondándole la cabeza desde que había visto las fotos.

- Helena, he visto tus fotos y, bueno, si no quieres no me contestes, pero... ¿Es un amigo o algo más?

Helena siguió con su mirada hacia donde señalaba Jack y suspiró. Otra confesión más. Este hombre apuntaba con sus preguntas y daba en el blanco siempre. Debía de ser un adversario terrible en los negocios. Lo observó apretar de nuevo la mandíbula, parecía celoso. Sí. ¿Y qué más? Si es que era tonta de remate. Decidió en ese momento ser transparente con él, al fin y al cabo, iba a comer en su casa.

- Andrés y yo nos conocimos en el campus de la Universidad de La Coruña, donde ambos estudiábamos una Diplomatura en Empresariales. Fuimos novios casi dos años, nos fuimos a vivir juntos al año de conocernos.

Cuando yo empecé a trabajar la cosa no iba bien. Andrés se había quedado atascado con unas asignaturas y no lograba diplomarse, eso lo frustraba, no podía trabajar aún y mi círculo se había ampliado a mis compañeros de trabajo. No lo soportaba y hablamos de dejarlo, estuvimos de acuerdo, aun así, como éramos amigos, seguimos compartiendo piso. Fue un año duro, por entonces mi trabajo era lo primero. Andrés pasaba mucho tiempo sólo y aburrido, no estudiaba ni le interesaba nada. Salía todos los jueves a las fiestas universitarias y hace dos años, al volver para casa de madrugada, tuvieron un accidente, parece que todos los ocupantes habían bebido y Andrés y el conductor fallecieron en el acto. El resto sobrevivió. Fin de la historia.

Jack se quedó sin palabras, primer misterio resuelto.

- Lo siento – acertó a decir.

- Antes de que me preguntes, te diré que ya no lo quería como pareja, pero sí que éramos amigos. Buenos amigos. El me acompañó cuando mis padres fallecieron y eso siempre se lo agradeceré.

Jack seguía sin poder reaccionar, estaba realmente sola.

- ¿Fallecieron los dos? ¿Tu padre y tu madre?

- Sí, hace años. Soy hija única, mis padres eran mayores cuando yo llegué. Ya habían perdido la esperanza de tener hijos, así que cuando yo estaba en la universidad llegaron las complicaciones con la salud. Mi padre, fumador de Ducados empedernido, falleció en un par de meses tras detectarle un cáncer de pulmón. No pudieron hacer nada por él, y mi madre unos seis meses después, de un infarto fulminante. Creo que no quería seguir sin él y no hizo ningún esfuerzo por seguir aquí. No la culpo. Su compañero de tantos años ya no estaba y ella dependía mucho de él. Mi padre era el fuerte de la pareja. Así que, me quedan algunos parientes muy mayores en Galicia y otros que han emigrado a Suiza hace años. Apenas tenemos relación. Al quedarme sin trabajo, ya nada me retenía allí, fue entonces, cuando decidí intentar empezar de cero aquí.

Jack sólo pudo abrazarla. Helena recostó la cabeza en su pecho y la escuchó susurrar.

- Es lo que más echo de menos, un abrazo de vez en cuando.

- Los tendrás preciosa, lo prometo, los tendrás. - Jack la besó en el pelo, olía fresco.

Helena alzó la mirada y le sonrió.

- La comida enfría vamos allá.

Jack se resistía a soltarla, le aguantó la mirada mientras su cabeza no

dejaba de funcionar pensando en todo lo que Helena le había revelado hacía unos instantes. Realmente estaba sola, por eso tenía un aire de vulnerabilidad a su alrededor, pero era valiente, por intentar empezar de cero, por confiar en él. Confianza, ese era un pilar clave en una relación de pareja y ella la había depositado en él. Estaba deseando besarla de nuevo, pero se reprimió. No quería hacerlo hasta que superase la prueba. Inés tenía razón. Helena no merecía sufrir más y, si no conseguía superarla, podía ofrecerle su amistad, aunque en el fondo reconocía que eso no iba a ser suficiente para él.

Se sentaron en los taburetes del mostrador de la cocina y Jack vio como Helena había dispuesto una mesa en la que no faltaba detalle, dos manteles individuales de cuadritos naranjas con sus servilletas a juego, con sendas copas de vino, y dos cuencos de sencilla loza blanca con una crema de aspecto delicioso. La panera de mimbre le daba un aire rústico a la mesa. Jack probó la crema ante la atenta mirada de Helena, estaba deliciosa, suave, y cerró los ojos.

- Mnnnn... Deliciosa.

Helena no se percató de que había contenido la respiración hasta que se oyó soltar el aire retenido. Hoy no soportaría que su comida no fuese un éxito.

- Me alegro que te guste. No a todo el mundo le gusta la comida sana y casera.

- Si todo lo que pruebe hoy sabe así, me tendrás comiendo aquí más de una vez.- Jack le guiñó un ojo.

Helena se recuperó rápidamente del impacto de sus palabras en el estómago. Comer juntos a menudo, no quería ni pensar en lo familiar que sonaba eso. No quiso echar su mente a volar.

- Siempre que quieras, sólo tienes que avisar que vienes. De hecho, siempre tengo comida de más porque a veces, Lola, mi vecina peluquera viene a comer cuando no tiene tiempo.

- ¿Es una buena amiga?- preguntó Jack, deseando que Helena tuviese a alguien en quien confiar, con quien charlar.

- Bueno, podría decirse que pasamos buenos ratos juntas. Las dos vivimos solas y procuramos ayudarnos, Lola me alegra el día cuando viene a comer porque es muy vital y me encanta escuchar los cotilleos sobre su peluquería del barrio, pero ella también es reservada con su vida. Sé que está divorciada y poco más. No hablamos del pasado, pero sí goza de mi confianza.

Jack frunció el entrecejo. Él estaba acostumbrado a estar con su familia, a comer un par de días a la semana con ellos, y tenía a Héctor, su mejor amigo,



que era dueño de varios locales de copas de moda en la ciudad. Solían reunirse los jueves por la noche para tomar una copa y ponerse al día de las últimas novedades. Por otro lado, también se reunía algún día con otros empresarios pertenecientes a distintas asociaciones para establecer contactos y mantenerse al tanto de la vida empresarial de la ciudad. No se imaginaba estar muchas horas solo como parecía que Helena lo estaba, sin trabajo, sin familia y sin amigos cercanos. ¿Cómo transcurrían sus días?

- Los amigos son importantes – apuntó Jack.

- Sí, pero al ser nueva aquí y sin trabajo, cuesta entablar amistad con alguien. - Helena se explicó mientras retiraba los cuencos y le servía el segundo plato, pollo a la plancha bañado en una ligera salsa de melocotón con un toque de tomillo.

Jack lo probó y suspiró.

- Helena, esto está insuperable – alzó su copa de vino – ¿Brindamos?

- Vale, y... ¿por qué quieres brindar?

- Por la amistad, por ti y por las nuevas oportunidades. - Acercó su copa a la de ella y observó cómo se sonrojaba mientras bebía. Jack se rio mientras atacaba su plato con hambre. - Semaforito... ¿es por el vino o por el brindis?

- Por ambos. - ¡Mentirosa! Pensaba. ¡Es por ti! Sus ojos hacían estragos en su cuerpo y sus palabras la hacían temer por su cordura. Nunca le había revelado tanto de su vida a alguien en tan poco tiempo.

Terminaron de comer y Jack se recostó pasándose la mano por su estómago satisfecho.

- ¡Ah! No. No te rindas que falta el postre.

- ¿Postre?

- Claro. - Helena sonreía mientras depositaba un cuenco delante de él. Era una macedonia de fruta fresca, fresas, kiwi y piña bañados en zumo de mandarina con un poquito de azúcar moreno.

Jack lo probó y suspiró de nuevo. Si era cierto que a los hombres se les conquistaba por el estómago, él estaba muy cerca de caer rendido. Cuando terminaron, Helena se dispuso a recoger toda la mesa y a fregar los platos. Jack se levantó dispuesto a ayudarle.

- ¡Alto ahí! – le dijo - ¡De ninguna manera voy a permitir que friegues!

- ¡Eh! Que aunque soy un hombre puedo hacer eso de compartir las tareas del hogar.

Helena se carcajeó al imaginárselo con su traje y un plumero.

- Me alegro por ello, yo también estoy a favor de compartirlas, pero eres

mi invitado y mis invitados sólo disfrutaban, el trabajo lo hago yo .

Mientras se volvía hacia el fregadero sonriendo, Jack también sonrió al pensar cómo disfrutaría él exactamente siendo su invitado. No pudo evitar acercarse a ella y colocar las manos en su cintura. Helena dio un respingo cuando lo sintió a sus espaldas, un calambre recorrió su cuerpo cuando la sujetó, y el mismo centro de su feminidad palpitó ansioso cuando le susurró al oído.

- Cuando seas mi invitada, espero hacer que disfrutes, te cuidaré como tú lo has hecho hoy conmigo.

La dejó temblorosa y se dirigió al sofá. ¡Dios bendito! Apenas la había tocado y ya tenía una dolorosa erección. Calma, se dijo. Aun no es el momento. Se sentó e intentó relajarse mientras la esperaba.

Las manos de Helena temblaban mientras acababa de limpiar la cocina. Estaba excitada, muy excitada, sentía humedad entre sus muslos y los apretó para aliviarse. Ese hombre estaba volviéndola loca, enredándola más y más, haciendo que lo desease como nunca había deseado a nadie. En el terreno físico estaba perdida. Él era irresistible, alto, guapo, fuerte y con unos ojos verdes que la desarmaban, pero mucho se temía que en el resto ya la había conquistado también, era amable, era dulce y transmitía seguridad. Ella necesitaba a alguien así. Pero era inalcanzable. Demasiadas cosas los separaban y no sólo socialmente. Su cuerpo no era precisamente el de una modelo de pasarela, que seguro que era a lo que él estaba acostumbrado. A pesar de que acudía regularmente a un gimnasio cercano para mantenerse en forma y paseaba con frecuencia, quizá le sobrase algún kilo y tampoco es que tuviese un pecho que llamase la atención. Ella era del montón y los tipos como Jack no se relacionaban con gente del montón. No debería enamorarse de él. No sabía si sería capaz pero lo intentaría, no quería sufrir más. Sirvió dos cortados en una bandeja y se dirigió al sofá.

- Te traigo un café, si vamos a hablar ahora de “negocios” nos mantendrá despejados. - Se sentó junto a él tras posar la bandeja en el baúl.

- Es perfecto Helena, todo es perfecto. Estoy muy a gusto aquí contigo, pero es cierto que tenemos que hablar de trabajo. Más bien hablaré yo, tú escucharás. Te contaré la historia de la empresa, eso te ayudará a entender todo lo que ha pasado esta mañana con Harry y luego te explicaré lo que hemos pensado para ti. Antes, me gustaría decirte que, aunque no quieras aceptar la propuesta de trabajar con nosotros, quiero seguir viéndote, tomarnos un café, salir a cenar de vez en cuando, ya sabes, conocernos mejor.

Helena dudó, ¿qué es lo que le estaba diciendo?, que si no trabajaba con él estaba interesado en conocerla más, pero si trabajaba en su empresa sólo tendrían una relación profesional. Era lo lógico. ¿No?. Su empresa tendría una política de no confraternización entre empleados. No sabía por qué, o no lo quería reconocer, esa idea de sólo profesional no le atraía mucho pero aun así lo comprendía y necesitaba el trabajo así que... no había mucho que decir.

Jack notó que dudaba.

-¿De qué dudas Helena?

¿Pero es que acaso Jack leía la mente? Decían en su tierra que “quen non chora non mama”. Así que decidió ser sincera de nuevo.

- Mira, no dudo nada. Sólo quiero que sepas que necesito el trabajo, cualquier trabajo que puedas ofrecerme, me esforzaré por no defraudarte y aunque entiendo que tenga que ser una relación estrictamente profesional, la parte de tener tu amistad también resultaría agradable.

Jack sonrió, le había entendido mal. Aun así se regocijaba al comprender que no sólo él sentía esa atracción, aunque ella quisiese disfrazarla de amistad, que también, pero era algo más. Volvió a cogerle la mano.

-Helena, no me has entendido – le dijo cariñoso – Voy a conocerte mejor, voy a ser tu amigo, vamos a salir de vez en cuando tanto si aceptas mi oferta como si no. ¿Estamos?

- Estamos.

Helena sonrió aliviada. Seguiría viéndolo. Por ahora bastaba. Jack le sonrió también, mientras que con el pulgar trazaba círculos sobre el dorso de su diminuta mano, la levantó hasta sus labios y se la besó.

- Tú lo sientes, yo lo siento. Está aquí entre nosotros y aunque nos hayamos conocido hoy, no necesito tiempo para saber que quiero estar cerca de ti.

Y no le dijo más porque hasta ahí podía leer. Faltaba la maldita prueba.

- Nunca me había pasado algo así Jack. Yo también siento que..., es decir, estoy muy cómoda contigo. ¡Por Dios! Si casi te he contado mi vida entera en una mañana.

Jack se limitó a asentir.

- Te contaré la historia de Anderson & Asociados.

Helena se recostó en el sofá dispuesta a escucharlo. Jack le explicó que Anderson & Asociados era una empresa familiar fundamentalmente dedicada a la seguridad, como le había referido antes. La empresa había sido fundada por su padre Henry Anderson y su socio Ernest Brown, el padre de Harry y Jimena, al regresar a España desde Londres, recién casados con dos

españolas, su madre Lucía, y Ana la esposa de Ernest. Ambas eran hijas de dos familias salmantinas emigradas a Inglaterra para trabajar en hostelería escapando de las penurias económicas de aquella época. Llegaron siendo apenas unas adolescentes y se integraron rápidamente en la vida londinense, hasta el punto de enamorarse y casarse con dos amigos de toda la vida, Henry y Ernest. Ellos, ante las expectativas del cambio de régimen en España, decidieron venir aquí a finales de los setenta y emprender un proyecto como empresa de seguridad que, si bien, aquí era aún desconocido, en Inglaterra empezaba a ser puntero. El éxito lo tuvieron garantizado ya que fueron pioneros en su sector de actividad. Posteriormente y, tras haber nacido todos sus hijos, Ernest decidió que, dado que la democracia estaba garantizada, en España habría demanda para productos delicatessen típicos de Inglaterra, Irlanda y Escocia y le propuso a Henry un trato. Ernest le vendería la mayor parte de sus acciones en la empresa de seguridad, reservándose sólo un paquete minoritario y Henry invertiría una tercera parte del capital necesario para poner en marcha Brown & Co, una empresa de importación de esos productos para, a su vez, comercializarlos aquí en grandes almacenes y tiendas especializadas. Esta segunda empresa también tuvo un éxito importante y Ernest cada vez se fue desligando más de la empresa de seguridad. Cuando Jimena tenía diez años, Ana falleció tras un cáncer de mama, a pesar de que la llevaron a los mejores especialistas en Estados Unidos, sólo pudieron retrasar unos meses su fallecimiento. Ernest quedó destrozado y se volcó en su nuevo proyecto y en educar a su heredero Harry para sucederlo algún día, igual que Henry lo hacía con Jack. Lo de Jimena fue otra historia ya que se convirtió en una adolescente rebelde de internado en internado, aquí y en el extranjero. Colgó los estudios para ser modelo, tras un par de campañas de publicidad, decidió que quería ser actriz, Ernest se resignó a pagarle una formación en arte dramático, pero lo de estudiar no iba con ella, así que lo colgó también y se dedicó a vivir, a salir con amigos, y a toda la vida social que la fortuna de su padre podía darle. Ernest la hizo acompañarlo a todos los eventos en los que participaba la empresa, a modo de sustitución de su esposa. Hacía poco más de un año de su fallecimiento, el corazón ya le había dado varios sustos y estaba preparado para reencontrarse con Ana. Meses antes de fallecer se reunió con Henry para proponerle otro trato, le cedería totalmente su parte en Anderson & Asociados a cambio de que, cuando él faltase, ellos vigilasen a Jimena, ya que seguía siendo una asidua a fiestas y poco más. Cuando Henry le dijo que aceptaba, pero que estaba seguro de que también podía contar con su

hijo Harry, Ernest le desveló que no sabía qué le pasaba a su heredero, la empresa funcionaba ya sola como un ente con personalidad propia, directores ejecutivos se ocupaban de todo y Harry parecía que, aunque tímidamente aún, iba a adoptar el estilo de vida de Jimena. Modelos, actrices, y otros personajes de la televisión se estaban convirtiendo en sus amistades y había semanas en las que ni siquiera se dignaba a aparecer por la empresa. Le confesó que lo envidiaba porque Jack parecía centrado en hacerse con las riendas del negocio familiar. Así que cuando Ernest falleció, Harry solo hacía aparición en los consejos de administración a los que Henry lo obligaba a asistir y Jimena, bueno, Jimena simplemente disfrutaba de su herencia. Cuando nació Anne, su nombre se lo puso Lucía en honor a su amiga del alma Ana, Anderson & Asociados decidió crear la Fundación Anderson dedicada a la recaudación de fondos destinados a distintos proyectos sociales, Lucía era su presidenta, cada año elegían un proyecto nuevo y se dedicaban a él, el primer año fue el cáncer, el siguiente los niños sin hogar y así hasta el día de hoy. A los seis meses de faltar Ernest, Jimena había protagonizado un pequeño escándalo al relacionársela con un empresario casado. Lucía decidió intervenir para cumplir la promesa de Henry y en honor a la memoria de su amiga Ana la nombró relaciones públicas de la Fundación para así intentar reconducir su vida. Aunque parecía algo más tranquila, este año apenas se había dedicado a colaborar en la organización de la cena anual de recogida de fondos y el resto del tiempo seguía disfrutando de su herencia. Pero el dinero no dura eternamente, las fortunas cuesta mucho trabajo hacerlas, pero más trabajo cuesta mantenerlas y ni Harry ni Jimena parecían dispuestos a ello. Henry y Jack sospechaban que, desde hace unos seis meses, Brown & Co empezaba a tener algún pequeño problema fruto de la falta de supervisión de ninguno de los herederos. Desde entonces Harry no dejaba de forzar situaciones para que Jack se emparejase con Jimena, y ella parecía muy dispuesta. Jack lo había comentado con su padre y éste le había pedido paciencia en memoria de su socio y amigo. Jack lo aceptó, pero le dejó claro a los hermanos que Jimena no le interesaba como pareja. Ellos parecían no darse por aludidos. De ahí el numerito de esa misma mañana y Jack ya no transigiría más. Su padre le había enseñado, desde bien jovencito, a detectar a las caza fortunas y a no caer en sus trampas. Aun así, lo sucedido hoy, lo había obligado a pensar acerca de si la situación no era más desesperada de lo que parecía y por ello había puesto su detective a trabajar en ello.

- Y hasta aquí, la parte de la historia de Anderson & Asociados - concluyó

Jack.

- Vaya... - fue lo único que acertó a decir Helena, su cabeza bullía con la información recibida.

- ¿Tienes alguna pregunta?

Jack aguardaba expectante, Helena lo había escuchado atentamente pero en esta ocasión él no había podido descifrar sus expresiones.

¿Sólo una pregunta?. Helena, tenía un millón. Pero todas eran relativas a temas personales, había averiguado que tenía una hermana, los posibles motivos de Harry para su desmesurada reacción... Lamentablemente estaban en modo profesional, por lo que quedaba descartado desviar la conversación hacia esos temas por mucho que le picase la curiosidad. Así que respondió con negando con la cabeza.

-No.

- De acuerdo. – Jack estaba algo extrañado, le gustaría saber su opinión pero ella no parecía dispuesta a decir nada por el momento – En cuanto a la oferta para ti dentro de Anderson & Asociados, empezaré por contarte que Inés, ya la conoces, es la secretaria de mi padre desde que tengo uso de razón. No he conocido a nadie más dedicada y más eficiente dentro de nuestra plantilla, incluso podría decirte que le importa la empresa tanto o más que a nosotros. Gracias a ella mi padre ha cumplido siempre sus compromisos profesionales y personales. Siempre consiguió que llegase a tiempo a todos los momentos importantes de mi vida y la de Anne, aunque para ello tuviese que hacer encaje de bolillos con su agenda. Nunca se ha casado, no sé si porque no ha querido o porque pasaba demasiado tiempo ayudando a mi padre a sacar la empresa adelante. Para nosotros es más que una empleada, es familia y por ello tanto mi padre como yo le hemos planteado desde hace tiempo que descargue parte de sus funciones en un ayudante. Te diré que nos pone a caer de un burro cada vez que se lo insinuamos, pero milagrosamente – sonrió – esta mañana mientras buscabas tu documentación, vino a mi despacho y me dijo que aceptaba nuestra petición y que exigía que fueses tú su ayudante.

A Helena se le desencajó la mandíbula de la sorpresa, ayudante de Inés, le había caído genial la mujer, aprendería un montón a su lado. No esperaba eso, esperaba un puesto de mucha menos responsabilidad que el de secretaria de dirección. No le asustaba el reto, simplemente estaba desconcertada.

- Cierra la boca, Helena. No es una broma. No sé si le has apuntado con una pistola o algo para que me pidiese algo así, ella sabe que ni puedo, ni quiero negarme a su demanda.

- Yo nunca haría algo así... puede que no me conozcas pero... - Helena estaba algo ofendida. Odiaba los manejos entre compañeros. Ya había tenido suficiente en la aseguradora con los compañeros, mandos intermedios y demás.

- ¡Eh!... Preciosa... - Jack se acercó y le cogió la mano – Sé que nunca harías algo así, sólo bromeaba. Está claro que Inés, en el poco tiempo que has estado con ella, ha visto algo en ti que le ha gustado. Sabes que yo también lo veo y me alegraría que aceptases. Por ahora te haríamos un contrato de seis meses y después, si tú estás contenta y nosotros también, firmaremos un contrato indefinido. No nos gusta que nuestros empleados vivan con la incertidumbre de una renovación y, hasta ahora, nos va bien así. Las condiciones económicas, vacaciones, permisos y demás son las ajustadas al convenio de nuestro sector, ahora no te puedo concretar cifras, pero Ramiro, nuestro director de Recursos Humanos te explicará todo antes de firmar. ¿Qué me dices Helena?

Helena relajó su ceño. ¿Nada de encadenar cinco o seis contratos temporales? ¿Nada de contrato por obra o servicio? ¿Todo ajustado a convenio? ¿Dónde estaba la trampa? Apenas acertó a decirle lo que pensaba.

- ¿Eres real?

Jack no pudo más que reírse a carcajadas.

- Muy real semaforito. Voy a entender esa pregunta como un sí y vamos a sellar nuestro trato ahora mismo.

Helena le tendió mecánicamente la mano, como había hecho en multitud de ocasiones tras una reunión de trabajo. ¡Tengo trabajo!. ¡Tengo trabajo!, es lo único que repetía su cabeza una y otra vez. Jack le cogió su mano pero se acercó mucho a ella hasta que sus alientos se entremezclaron, Helena empezó a temblar ¡Me va a besar!.

- Sellaremos el trato a mi modo.

Jack le susurró esas palabras mientras acercaba sus labios a los de ella, vio que sus párpados caían pesados aceptando el beso, y volvió a sellar su boca con sus labios, moviéndolos despacio, con suavidad. Helena temblaba de excitación por ese dulce beso, sin ser consciente de ello un gemido salió de su boca. Jack sonrió sobre sus labios y aprovechó para introducir poco o poco su lengua, la deslizó por sus dientes acariciándolos. Helena dio un respingo por la invasión, pero cuando su lengua se encontró con la de Jack le respondió con dulzura. Ninguno supo cuánto tiempo duró ese beso, la ternura dejó paso a la pasión y ambos gimieron deseando más. Jack fue el primero en apartarse.

¡Dios que bien sabía!. Su erección pedía alivio inmediato pero se refrenó. Faltaba la maldita prueba y esa era una regla que no iba a romper con Helena, no quería hierirla. Apoyó su frente en la de ella y le sostuvo la cabeza con sus manos.

- Preciosa.... – le dijo – si sigo besándote no voy a poder parar – sonrió cuando sintió que un escalofrío la estremecía – y si esto tiene que pasar a más quiero que ambos estemos seguros de qué es lo que deseamos. No quiero hacerte daño y quiero que sea especial.

Helena aún no controlaba la respiración, menos mal que Jack se había detenido porque ella no hubiese sido capaz. Un deseo arrollador le impedía pensar con claridad, aun así, agradeció sus palabras.

- Jack – se humedeció los labios que, de pronto, estaban secos – yo quería decirte que..., es decir, quiero que sepas que nunca me ha pasado algo así. Estoy abrumada, y no sólo por lo de trabajo – quiso aclararle – pero nunca he sido, y no voy a empezar ahora, chica de una noche. No busco satisfacción inmediata en el sexo, busco algo más, no sólo un amante. - ¿Tú eres tonta?- le decía la diablesa frustrada que tenía en su interior. – Por eso te doy las gracias por parar tú, y me gustaría que, antes de llegar a más, consideres lo que acabo de decirte. No voy a negar que te deseo, pero si sólo va a ser una noche, no me interesa.

Helena agachó la cabeza y cerró los ojos, no se podía creer que hubiese soltado ese discurso, seguro que pensaba que era frígida o algo así, seguro que había echado todo a perder, sólo esperaba que no se retractase de su oferta de trabajo. Sintió que se separaba de ella pero seguía sosteniéndole la cabeza y comenzó a acariciarle las mejillas con sus pulgares.

- Helena mírame – pidió Jack con voz ronca.

Ella negó con la cabeza y enrojeció. ¡Eres tonta, muchacha!, pensó. ¡Lo has estropeado todo!. La voz de Jack sonó firme y autoritaria.

- Abre los ojos.

Esta vez obedeció y al abrirlos se encontró con que aquellos ojos verdes la miraban fijamente. Sus nervios se transmitieron en su tono de voz.

- Lo siento, Jack, siento haberlo estropeado.

- Preciosa... no has estropeado nada. Creo que contigo no me bastaría con una noche y sé que no eres esa clase de chicas, si lo fueses lo sabría, tengo un radar que me advierte de su presencia. Si lo fueses, no estaría aquí contigo, hablando de sexo. Lo habríamos hecho en este sofá hace un buen rato.

- Jack... Yo.... - Helena intentaba volver a explicarse. Sólo imaginarse a



ellos dos desnudos en el sofá hacía temblar su cuerpo de ansia viva por él.

- Helena – la interrumpió de nuevo – Cuando lleguemos al final, y digo cuando, no si, los dos queremos algo más que un polvo rápido y será porque estemos dispuestos a explorar durante un tiempo qué significa toda esta electricidad entre nosotros. ¿Estamos?.

- Si – le sonrió – gracias por entenderlo.

- Aunque no lo creas, yo también busco algo más, pero hay circunstancias que desconoces y quiero estar seguro de que podrás aceptarlas antes de llegar al final contigo. Cuando yo lo sepa tú también lo sabrás.

- Eso suena muy críptico, eso de tus circunstancias. - Helena intentaba aclarar el enigma. ¿Acaso ocultaba algo? Observó que Jack fruncía el ceño.

- Mi vida hasta ahora es mi trabajo y mi familia, y espero de una pareja formal que entienda ambos. No siempre me llegan las horas del día para todo lo que tengo que hacer. No siempre estoy disponible para una pareja y, si mi familia me lo pide, abandono cualquier otro plan. Eso es algo difícil de entender.

- Tienes muchas responsabilidades Jack – le acarició el ceño fruncido – y procuras atenderlas todas. Eso es una virtud, no un defecto.

Jack suspiró. Todavía no lo entendía. Hasta que viese a Anne no lo entendería. Decidió no seguir con ese tema.

- Bueno, una vez aclarado esto, Inés te espera mañana a las ocho para empezar. ¿Puedo decirle que estarás allí?

- Claro que sí. - Helena estaba deseando poder entenderlo algo mejor. Se veía que algo le preocupaba.

- Yo no creo que mañana esté por la empresa, tengo varias reuniones con los clubs de fútbol de la ciudad, así que, te recogeré aquí a las ocho para llevarte a cenar con mis padres.

- Vale - aceptó Helena.

Jack se levantó y la abrazó.

- Te prometo que no te arrepentirás de haber aceptado. Ve tranquila. sé que lo harás bien.

- Agradezco tu confianza.

Helena lo acompañó y cuando abrió la puerta, Jack se agachó y rozó suavemente sus labios como despedida.

- Hasta mañana semaforito.

- Hasta mañana ejecutivo engreído.

Cuando cerró la puerta Helena se apoyó en ella mirando embobada al

infinito, ¡Vaya día! Un nuevo trabajo, un beso. ¡Hacía tanto tiempo de un beso! ¡Una cita! No recordaba haber tenido antes una cita como tal. Se dirigió a su habitación y, abriendo el armario, empezó a decidir su estilismo para causar mañana una buena impresión en su primer día de trabajo y a pensar en qué llevaría a la cena con la familia de Jack. Esa noche se acostó temprano. Quería estar fresca y relajada para afrontar su nuevo día. Definitivamente no había sido una oportunidad perdida.

Mientras conducía su deportivo, Jack llamó a Inés para comunicarle que Helena había aceptado. Sonrió al oír el regocijo con el que recibió la noticia, se la imaginaba aplaudiendo y dando saltitos en su silla. Inés le confirmó que su padre ya se había ido a casa, llamó entonces a su madre.

- Cariño, ¿qué sorpresa? ¿Qué tal estás? – le preguntó Lucía.

- Bien, mamá y ¿tú?

- Bien, estoy aquí con Anne, repasando la lista de invitados de su fiesta de cumpleaños. ¡Está de los nervios! No sé si llegaremos cuerdos al día hijo, y eso que aún faltan quince días.

Jack se rio a carcajadas. Anne estaba organizando la primera fiesta de cumpleaños de su edad adulta, había cambiado de opinión sobre todo decenas de veces, sobre la tarta, la música, si quería un DJ o no. Su madre estaba siendo realmente paciente con ella. Todos estaban siéndolo, ya que el hecho de que Anne estuviese feliz, les hacía felices a ellos.

- ¿Vendrás mañana a vernos? – se interesó Lucía.

- Sí. De hecho te llamaba por eso. Si te parece bien iré a cenar.

- Estupendo. Le diré a Carmen que prepare algo rico para ti, aunque sé que en cuanto sepa que vienes sólo cocinará lo que te gusta.

Jack era el ojito derecho de su cocinera desde que de niño le suplicaba que le hiciese su tarta de chocolate favorita. Tenía que advertir a su madre de que tendrían una invitada.

- Mamá, llevaré a alguien conmigo.

- ¿Alguien?

Lucía preguntaba con algo de pánico. Viniendo de Jack, alguien podría ser otra chica de portada de revista que había derribado sus primeras defensas y quería que conociese a Anne. Tuvo un escalofrío. Hasta ahora todas habían resultado un fracaso.

- Si mamá. Ese alguien se llama Helena y es un alguien lo suficiente importante para que quiera que pase mi prueba ya.

- No sabía que salías con alguien.

- No mamá. No salimos – Por ahora, pensó Jack para sí – De hecho la he conocido esta mañana y, antes de que preguntes, he pasado el día con ella, la he llevado a la oficina, se la he presentado a Inés y la hemos contratado como su ayudante.

- ¿Inés finalmente ha aceptado? ¿Lo sabe tu padre? ¿Cómo lo has conseguido? – Lucía estaba desconcertada.

- No lo he hecho yo. La ha conocido y me lo ha pedido ella misma. Luego ha ocurrido algo desagradable con Harry y Helena ha huido. Por suerte pude localizarla en su casa y he comido con ella allí.

- No entiendo nada de lo que me cuentas pero si la has invitado y a Inés le gusta me basta.

-Ahora por teléfono no te puedo dar más detalles pero si mañana comemos juntos con papá, os lo contaré todo. Quedamos en el restaurante del hotel como siempre.

- Vale Jack, avisaré a tu padre- concedió Lucía.

- Mamá quiero que Anne esté en la cena, pero quiero presentársela a Helena después que vosotros la veáis primero.

- Jack – dijo Lucía con pesar – otra vez estás con lo de la prueba... cariño... no es necesario que pases por esto. Me parte por dentro ver cómo te desilusionas una y otra vez. Cuando papá y yo te pedimos que cuidases siempre de Anne, nunca pensamos que tendrías que sufrir esto. Anne saldrá adelante y tú mereces escoger a tu pareja tranquilamente.

- Mamá, no sufro, de hecho es un método estupendo para no perder el tiempo con mujeres que no merecen la pena, y sabes que no podría estar con una chica que no quisiese y tratase a Anne como una hermana.

- En eso tienes razón, pero... ¿Y esta vez Jack? ¿Merecerá la pena esta vez? ¿No te estarás precipitando? En el fondo no la conoces y....

- Mamá – interrumpió Jack – mañana te contaré todo sobre Helena. Lo único que te puedo decir ahora es que nunca he tenido tantas ganas de que una chica pase la prueba. Es cierto que sólo la conozco desde hace unas horas, pero han sido las horas más intensas de mi vida y realmente creo que Helena pasará la prueba, mamá, confía en mí, puede ser que haya encontrado a alguien que merezca la pena.

- Confío en ti Jack, aunque tus últimas invitadas no han sido precisamente de mi agrado.

- Mamá, esta vez es diferente, al estar con ella siento paz.

- Oh Jack.... – los ojos de Lucía se empañaron – estoy deseando

conocerla. Te quiero cariño.

- Yo también lo estoy deseando mamá, dale un beso a Anne. Os quiero.  
Hasta mañana.

- Hasta mañana Jack.

\*\*\* \*\*  
—

#### CAPITULO 4

*“El amor es un fruto que madura en todas las estaciones y que se encuentra al alcance de todas las manos”*

*Madre Teresa de Calcuta.*

Mañana había llegado ya. Helena había decidido levantarse muy temprano para no ir con prisas en su primer día de trabajo. Se duchó con agua templada para terminar de despertarse y decidió rizar su pelo con espuma y secarlo al aire. Desayunó tranquilamente un par de lonchas de pavo con queso de burgos, una tostada de pan integral y un cortado. Aunque estaba nerviosa se obligó a terminarlo todo ya que no sabía cuándo podría volver a tomar algo. Se recogió sus rizos en una coleta alta y se vistió con un elegante vaquero oscuro, una camisa de listas azul pastel y una americana azul marino. Se había detenido un poco más de lo habitual al maquillarse, se aplicó un ligero brillo labial en color tostado, discreta pero elegante se dijo. El día anterior se había hecho la manicura y sus uñas brillaban cuidadas con un rosa pastel también discreto. No le gustaban las estridencias a la hora de vestir para trabajar. Se calzó sus botines azul marino de punta y tacón de seis centímetros que estilizaban su figura, al fin y al cabo, hoy ya no iba a recorrer calles y calles. Cogió su bolso a juego y comprobó que llevaba su cartera, el móvil, su neceser para retoques y emergencias, además de la documentación que se solía solicitar el primer día de trabajo. Se echó un último vistazo en el espejo de su habitación, sonrió con aprobación y salió de casa para coger el metro. Afortunadamente había una estación a diez minutos de la sede de la empresa por lo que no le costaría demasiado llegar puntual, de hecho faltaba todavía un cuarto de hora para que empezase su jornada cuando se paró delante de la puerta de cristal de acceso al edificio. Estaba dudando si entrar ya o esperar un poco más cuando sintió que una mano se posaba en su hombro, se giró y se encontró con la sonriente cara de Inés.

- Helena querida... Estoy tan contenta de verte aquí. Ayer me llevé una alegría cuando Jack me llamó para decirme que te había encontrado y que hoy empezarías a trabajar conmigo, a pesar de toda aquella situación tan desagradable.

- Buenos días Inés, yo también me alegro de verte. Quiero que sepas que es un honor para mí trabajar a tu lado y que espero aprovechar tu experiencia para aprender todo lo que quieras enseñarme. Espero no entorpecerte mucho los primeros días.

- Tonterías – dijo Inés negando con un gesto con la mano – estoy segura de

que nos entenderemos a la perfección. Vamos, entremos ya.

La jornada de Helena transcurrió sin despegarse ni un minuto de Inés. Primero la llevó a conocer a Ramiro para firmar el contrato. Era un tipo regordete, calvo y con gafas, de una mirada audaz, pero muy amable. Después hicieron un recorrido por la empresa mientras Inés le iba presentando al personal con el que se iban cruzando. Helena comprobó entonces que todo el edificio pertenecía a Anderson & Asociados, que los abogados y consultores que había visto el primer día cuando visitó el edificio formaban parte de la estructura de la empresa. Cuando finalmente llegaron a la zona de dirección, Helena se admiró de que ya hubiese una mesa dispuesta al lado de la de Inés para empezar a trabajar. El resto del día transcurrió contestando e-mails, unas veces en nombre de Jack, otras en nombre de Henry y cuadrando visitas en sus respectivas agendas siguiendo escrupulosamente los dictados de Inés. No salieron a comer, Inés pidió unos sándwich vegetales a una cafetería cercana, compartieron una manzana que Helena llevaba en su bolso y una chocolatina de caramelo a las que Inés era adicta. Acordaron, que cada día cocinaría una de ellas y llevaría la comida en un tupper para la dos, así podían comer tranquilamente en la sala de descanso. Cuando Helena se dio cuenta ya eran las cinco de la tarde e Inés le pidió que se fuese a casa.

- Yo ordenaré esos documentos Helena, vete ya.

Helena quiso protestar pero Inés no la dejó.

- Cielo, sé que hoy cenas con los Anderson, así que vete a casa, tómate un baño relajante, ponte guapa y disfruta de la noche. Son una familia maravillosa.

- Gracias Inés, realmente lo parecen. Deséame suerte. Hasta mañana.

No te hará falta Helena, pensó, aquella chica era trabajadora, además de dulce y muy educada. Era guapa, aunque no espectacular, sería raro que los Anderson no cayesen rendidos a sus pies antes de acabar la cena.

El día de Jack comenzó también temprano. Apartó la ansiedad por la cena de esta noche mientras se dirigía al estadio Santiago Bernabéu. Tenía una reunión con los responsables de seguridad del Real Madrid y del Atlético de Madrid, dos de sus clientes más importantes en el sector deportivo, además de con la Policía Nacional y Local para coordinar todo el dispositivo de seguridad para el partido de alto riesgo que ambos equipos disputarían en unas semanas. No era la primera vez que coordinaban este partido, sin embargo Jack estaba algo preocupado en esta ocasión, ya que al parecer la Policía Nacional tenía conocimiento de que un grupo de radicales antisistema

intentaría utilizar la difusión mediática del encuentro para realizar algún tipo de reivindicación. No esperaban pancartas o algo así, se trataba de grupos violentos, que podían lanzar objetos al campo o provocar altercados en la grada. Así que iban a repasar y reforzar el dispositivo y a poner en común la estrategia a seguir en caso de incidentes, probablemente hubiese también algún responsable del Samur en esta ocasión.

La reunión había sido larga y tensa, Jack se aflojó la corbata mientras se dirigía al restaurante del hotel donde había quedado con sus padres, al cruzar la cafetería para acceder a su interior recordó a Helena. Allí había empezado todo. Sonrió al comprobar que sus padres ya lo esperaban expectantes. Besó a su madre en la mejilla y estrechó la mano de su padre. Tras informar a su padre de la reunión e intercambiar preocupaciones al respecto. Jack les relató la historia de Helena, desde su caída en el vestíbulo hasta su despedida en la tarde de ayer. Su madre se llevó las manos a la boca escandalizada cuando Jack les contó, sin omitir nada, los insultos que Harry profirió contra Helena. Su padre, con el ceño fruncido, aprobó las medidas tomadas por Jack, evidentemente no convenía que entrasen en la empresa y esperaba que el detective les llevase un informe al respecto de las actividades de Harry a la mayor brevedad posible.

- Jimena está empeñada en ser tu acompañante en la gala de la Fundación, Jack, incluso se ha situado junto a ti en la mesa presidencial – señaló Lucía preocupada.

- Por supuesto que no iré con ella mamá, ya se lo he dicho a ambos, no tengo intención de que me manipulen de esa manera. ¡Por Dios! Si hasta estoy empezando a entender a las mujeres acosadas. Espero que lo puedas arreglar.

- Lo intentaré Jack, pero sería más fácil si hubieses dicho que acudirías con acompañante antes de confirmar que irías solo.

- Helena me acompañará mamá.- Jack se sorprendió a sí mismo al oír lo que había dicho.

- ¿Se lo has pedido Jack?

- No, pero irá.

- Vale, entonces lo arreglaré y procuraré sentaros a los dos lejos de las intrigas de Jimena. Harry no me preocupa en este aspecto.

- Pues debería preocuparte Lucía – la regañó Henry – Harry es capaz de manipular y utilizar a Jimena si la necesita para conseguir sus fines. He oído rumores sobre su situación financiera, ambos están a punto de dilapidar, si no lo han hecho ya, sus respectivas herencias. Sabes que Jack es un objetivo

potencial para ellos, pueden aprovecharse de la relación familiar para intrigar y, al fin y al cabo, si Jimena y Jack se casasen los problemas de ambos desaparecerían ya que saben que no consentiríamos que sus deudas quedasen sin cancelar.

- No me voy a casar con Jimena, puede insinuarse todo lo que quiera. No caeré en sus redes.

- Eso espero hijo, eso espero.

Henry, lo había prevenido de este tipo de relaciones desde adolescente, le había enseñado a protegerse de ellas, le había comprado preservativos regularmente cuando era adolescente. Todo con la finalidad de que no le pasase lo que a su hermano Rex, al que una espabilada caza fortunas lo había atrapado con un falso embarazo y, aunque eran otros tiempos, aún había mujeres tentadoras dispuestas a intrigar con tal de atrapar a un marido rico.

Ya era media tarde cuando Jack se dirigió al despacho para dejar los documentos relativos a la reunión de esta mañana. Se imaginaba que Helena ya no estaría allí, estaba deseando saber qué tal le había ido y cuando entró y vio la sonrisa petulante de Inés, alzó una ceja con expresión interrogante.

- Y bien.... – le dijo – por tu sonrisa de satisfacción parece que el día ha ido bien, ¿me equivoco?

- Es fantástica Jack, es lista, es educada, trabajadora y buena compañera. No podría estar más contenta.

- ¿Y todo eso el primer día? Vaya...

- La he mandado a casa para que se relajase para la cena, realmente intuyo que irá todo bien, Jack. ¿Me llamarás para contarme? No creo que pueda esperar a mañana para saberlo.

- Inés... Inés..., está bien, te mandaré un mensaje cuando conozca a Anne, te lo debo – dijo Jack riéndose.

- Gracias jefe – Inés recogió los documentos – vete ya tú también y ponte guapo, si es que puedes estar más guapo bribón. Por cierto, ya he hablado con Suárez, dice que no hace falta que te reúnas con él, con los datos que ya le he dado tiene suficiente para empezar mañana mismo con la investigación. Espero que esta vez salga bien, Jack.

-Y yo Inés, y yo...

Jack cruzaba mentalmente los dedos implorando tener suerte, mientras conducía de camino a casa para darse una ducha y ponerse algo más informal.

Helena le había hecho caso a Inés y se había dado un baño relajante, había masajeadado su cuerpo con aceite de rosa mosqueta, se había vuelto a maquillar,



igual de discreto que por la mañana y se perfumó cuello, muñecas y escote con Allien, de Thierry Mugler, su perfume favorito. Se había puesto su última adquisición en lencería, un precioso conjunto de sujetador y braguita a juego de color fresa que realzaba su escote. Le encantaba la lencería, aprovechaba las rebajas o los outlets para comprarse sus caprichos. Se decidió por un vaquero negro desgastado por zonas, que combinó con un elegante jersey gris con brillos plateados, escote de pico y manga japonesa. Se calzó unas bailarinas negras porque quería estar cómoda. Metió todo lo que iba a necesitar en un pequeño boso de mano negro con detalles plateados. Se probó una americana y su eterna cazadora de cuero negro, que volvía a estar a la última. Se decantó por ella ya que su diseño era elegante. Se colocó unas horquillas recogiendo su largo flequillo hacia atrás para dejar la cara despejada. Cuando terminó, sonó el tono de mensaje de su teléfono. Era un WhatsApp de Jack.

“Estoy abajo. ¿Aparco o estás lista?”

“Bajo”

Recogió una maceta de cerámica morada, con una delicada orquídea blanca, que había comprado para obsequiar a la madre de Jack. No le gustaba acudir de invitada sin llevarles a sus anfitriones algún detalle, normalmente se decantaba por algo de su repertorio de repostería casera o un buen albariño de su tierra, pero como no conocía los gustos de los padres de Jack, optó por una flor. La florista del barrio le aseguró que era un regalo adecuado cuando Helena le consultó. Esperaba no haberse equivocado, pensó mientras bajaba las escaleras. Al salir a la calle su corazón sufrió un vuelco al ver a Jack apoyado displicentemente en un deportivo gris biplaza. ¡Dios mío!, si de traje estaba guapo, de sport era irresistible. Llevaba unos vaqueros azul oscuro que ceñían sus poderosos muslos, lo combinaba con una discreta camisa de cuadritos a juego con el morado de su jersey de pico que se ajustaba a su torso como una segunda piel. Se le secó la boca cuando vio su pelo húmedo algo despeinado y aquellos ojos verdes que no le quitaban ojo de encima. Su cerebro consiguió enviar un mensaje a sus piernas para que dejaran de temblar y se moviesen en la dirección correcta.

Jack no podía creer que aquella mujer que se le acercaba lentamente sosteniendo una flor fuese el mismo semaforito de ojos llorosos con el que había estado ayer. Si entonces había quedado prendado de ella, hoy caía a sus pies. Estaba preciosa, todos esos rizos sueltos, su maquillaje natural, nada excesivo. Aquellos vaqueros le revelaban una figura que ayer estaba oculta

por el pantalón deportivo, había curvas en sus caderas, en su trasero. Alzó la vista hasta su escote que, a pesar de ser discreto, revelaba unos pechos tentadores. Tragó saliva, la noche iba a ser larga. ¡Tranquilo amigo! - le susurró a su entrepierna que se había entusiasmado con la vista. Se enderezó cuando Helena bajó de la acera y se le acercó. Al ir con zapato plano parecía diminuta a su lado, su casi metro noventa la envolvió cuando la agarró por los brazos para depositar un casto beso en su mejilla.

- Hola.

- Hola - Helena sólo pudo susurrar su saludo, temblorosa por encontrarse entre sus brazos. Tuvo que alzar la vista para mirarlo.

- Estás preciosa – la halagó Jack.

- Tú tampoco estás nada mal.

Helena sonrió mientras Jack le abría la puerta del coche. Helena odiaba los deportivos, sus asientos eran tan bajos y los respaldos algo reclinados no le facilitaban la tarea de ponerse cómoda. Jack se agachó con ella y le puso el cinturón mientras Helena sostenía en sus rodillas la orquídea.

- Puedo hacerlo yo – dijo sorprendida por el gesto.

- Lo sé, pero quiero hacerlo yo – sonrió Jack – hoy eres mi invitada y prometí cuidarte.

- Gracias – logró murmurar sonrojándose.

Jack se sentó al volante y después de colocarse el cinturón arrancó el deportivo con un potente rugido y condujo concentrado hasta que abandonaron intenso tráfico en hora punta. Helena lo observaba de reojo, conducía con seguridad, sus manos fuertes y delicadas a la vez, acariciaban el volante. Sentía cosquillas por todo el cuerpo. ¡Relájate mujer! Le ordenó a la diablesa inquieta de su interior. Cuando el volumen de tráfico fue menos intenso, Jack posó una mano en el muslo de Helena, sonrió cuando ella dio un respingo para posar su diminuta mano en la de él, Jack retiró la suya para enlazarla con la de ella antes de preguntarle cómo le había ido el primer día de trabajo.

- Me han dicho que has tenido un buen día.

- Fantástico – asintió Helena – Inés ha sido maravillosa, me ha enseñado un montón de cosas hoy, me ha dicho que hemos adelantado bastante trabajo. Hemos comido juntas y hemos acordado turnarnos para llevar la comida todos los días. ¡Es encantadora!.

Jack sonrió. Al parecer se habían adoptado mutuamente. Se alegró por ambas, a las dos les hacía falta compañía.

- Me alegra oírlo, ¿y esa flor?

- Bueno... es para tu madre, ¿te gusta?
- Es bonita pero no hacía falta que llevaras nada.
- Es que no me gusta ir con las manos vacías cuando voy invitada a casa de alguien, y como no conozco sus gustos... La florista me dijo que con esta orquídea no me equivocaría.
- Le encantará – la tranquilizó – y a mi hermana Anne también.
- ¿Estará también allí? – preguntó curiosa. Estaba deseando conocerlos.
- Claro, los conocerás a todos, Anne está a punto de cumplir los dieciséis, está organizando una gran fiesta. Tiene un poco loca a mi madre con el tema.
- Es una edad bonita.
- Sí – contestó pensativo.

Jack entró en una zona residencial y recorrió varias calles idénticas. Era una zona arbolada que dejaba ver los altos muros que protegían la intimidad de cada una de las fincas. Se detuvo ante un portalón negro que se abrió cuando Jack accionó un pequeño mando a distancia. Accedieron a una finca con un gran y cuidado jardín en el que se alternaban los árboles, arbustos y macizos de flores. Estaban preciosos con la luz del anochecer. Finalmente se detuvieron ante una casa de dos plantas de estilo clásico. Jack se bajó del coche, y ayudó a Helena a descender, colocó una mano en el hueco de su espalda para guiarla con firmeza hacia el porche, al mismo tiempo que los padres de Jack abrían una enorme puerta de nogal para recibirlos. Helena se tensó, esos eran sus padres, se fijó en una mujer de aproximadamente su estatura, delgada, elegante, con su media melena perfectamente cuidada enmarcando un rostro maduro que esbozaba una enorme sonrisa. Un hombre alto rodeaba sus hombros cariñosamente, tan alto como Jack aunque no tan fornido, comprendió que estaba viendo a Jack dentro de muchos años, se parecían muchísimo y aunque su cabello ya estaba casi blanco seguía siendo un hombre atractivo. Jack le cogió la maceta a mitad del camino pero no retiró el apoyo en su espalda, Helena agradeció el gesto, perder su contacto en estos momentos la habría puesto más nerviosa, si es que eso fuese posible. Jack hizo las presentaciones.

- Mamá, papá. Esta es Helena Ramos. Helena, te presento a mis padres, Lucía y Henry.

Helena esbozó una sonrisa y le tendió la mano a Lucía, se la cogió, pero inmediatamente la envolvió en un abrazo maternal.

- Helena, encantada de conocerte.

Cuando la soltó, Henry sí estrechó su mano y la miró a los ojos mientras

Lucía besaba a su hijo y le susurraba al oído “es encantadora”.

- Bienvenida a nuestro hogar Helena- le dijo con voz profunda.

- Gracias por invitarme a su casa con tan poca antelación – logró decir algo turbada.

-¡Oh no! – Lucía acudió junto a Helena y la agarró del brazo – no nos trates de usted Helena, Lucía y Henry estará bien.

- De acuerdo.

Helena se dejó guiar por Lucía hacia el interior de la casa. Entraron a un elegante vestíbulo presidido por una enorme consola redonda repleta de retratos familiares colocados al azar alrededor de un precioso jarrón de cristal que contenía unas rosas de un rojo sangre espectacular. De repente, se oyó una voz que salía de lo que supuso que sería el salón.

- Jack. ¿Has llegado?

Jack sonrió y le tendió la flor a Helena.

-Ahora vengo – le dijo.

Helena observó cómo entraba en el salón para oír una algarabía de gritos y risas. Lucía se le acercó y le tocó el brazo.

- Mi hija Anne... siempre le digo que no grite así – sonrió resignada - pero es ver a Jack y se vuelve loca. Ahí vienen.

Helena se giró para verlos y se quedó de piedra al ver a Jack rodeando los hombros de una adolescente de baja estatura y algo regordeta, pelo castaño lacio, ojos rasgados, y labio leporino. ¡Síndrome de Down! Miles de recuerdos golpearon su mente al mismo tiempo, la imagen feliz de su tío Reinaldo hizo que se le pusiese un nudo en la garganta. Jack no la había advertido, quería que fuese una sorpresa para ver como ella reaccionaba. ¡Cabronazo! Pues se va a llevar una sorpresa, se dijo mientras sonreía. Cuando llegaron a su altura Helena miró a los ojos a Anne, ésta la observaba entre curiosa y asustada. Jack estaba serio cuando las presentó.

- Helena, esta es mi hermana Anne.

El ambiente se tensó de repente esperando su reacción y Helena notó que tres pares de ojos la escrutaban. Madre mía, a qué venía tanta expectación. Le tendió de nuevo la planta a Jack sin mirarlo. Cogió las manos de Anne, estaban algo frías, la pobre estaba nerviosa.

- Hola Anne, soy Helena. ¿Sabes una cosa?

- Qu... ¿Qué co...cosa? – tartamudeó Anne muy seria.

- Que ahora mismo estoy muy enfadada con tu hermano Jack.

Anne abrió mucho los ojos y Jack contuvo la respiración.

- ¿Quieres saber por qué?

Anne asintió con la cabeza sin quitarle los ojos de encima.

- Pues porque si me hubiese dicho que iba a conocer a una chica tan preciosa, te hubiese traído una flor sólo para ti. Pero cómo no me ha dicho nada, tendrás que compartir esta orquídea blanca con tu madre. ¿No es para reñirle?

Anne sonrió y asintiendo, consiguió decir de un tirón.

- Me gustan las flores rosas.

- Así será pues, la próxima vez traeré una flor rosa sólo para ti. ¿Me das un abrazo?

- Si – dijo mientras extendía sus brazos regordetes.

Helena la estrechó fuertemente y apoyó la mejilla en su pelo aspirando su aroma a inocencia, los ojos se le empañaron cuando miró a Jack. Estaba quieto como una estatua, su rostro parecía de piedra, y de repente lo vio relajarse al soltar todo aire que parecía haber retenido hasta ese momento. Esbozó una sonrisa de agradecimiento que hizo que el corazón de Helena diese un vuelco. Deshizo el abrazo con Anne mientras la rodeaba por los hombros y se volvió para enfrentarse a los padres de Jack, a los que había dado la espalda en todo momento. Henry rodeaba por los hombros a Lucía, ambos sonreían mucho más tranquilos que su hijo. Volvió a mirar a Jack.

- Tienes una familia encantadora Jack, eres muy afortunado - Helena hablaba con el corazón en la mano, consciente de sus ausencias familiares.

A Jack se le puso un nudo en la garganta. Asintió a modo de respuesta. Teniendo en cuenta las circunstancias familiares de Helena, aquella frase adquiriría un significado especial. Aún estaba abrumado por la reacción de Helena. No sólo había superado la maldita prueba, si no que había tratado a Anne como una persona adulta, cuando la reacción normal hasta ahora había sido una helada cortesía para después pasar a ignorar la presencia de su hermana. Además había sido muy dulce y cariñosa con ella, de hecho, todavía le rodeaba el hombro en un gesto protector que lo estaba desarmando por completo. Sus barreras se fueron derrumbando como castillos de arena en la orilla del mar. A punto estuvo de eliminar la distancia que los separaba, tomarla en sus brazos y besarla hasta fundirse con ella, pero una vocecita chillona despertó a los cuatro de su ensimismamiento.

- ¿Quieres ver mi ha... habitación? – preguntó Anne tirando de la mano de Helena.

- Nada me gustaría más Anne, pero a lo mejor tienes que pedirle permiso a

tu madre, ya sabes, tu habitación algo muy íntimo y yo soy una desconocida.

Anne arrugó la nariz, mirando a su madre dubitativa. Lucía estaba muy emocionada cuando le contestó a su hija.

- Sí cariño, sí... puedes llevarla...

- Mami, ¿estas triste?

Lucía no pudo responder, y Henry lo hizo por ella.

- Mamá está muy contenta de que haya venido Helena.

- Yo también.

Anne se olvidó del tema, como sólo los inocentes libres de preocupaciones podían hacer, mientras arrastraba a Helena hasta las escaleras que conducían al piso superior. Helena no miró atrás en ningún momento. Su corazón no podría soportar tanta emoción de golpe.

Cuando desaparecieron Jack miró a sus padres, Lucía corrió a su lado abrazándolo con fuerza mientras intentaba no llorar.

- Gracias Jack, gracias por haber esperado hasta encontrar a alguien como Helena. Estaba empezando a pensar en que la promesa que nos hiciste iba a condenarte a no encontrar a la persona adecuada, ha merecido la pena todo lo que pasamos con las demás.

- Lucía, no agobies a Jack – Henry la cogió del brazo – aún es pronto, se acaban de conocer.

- Si – asintió Lucía – es muy pronto, pero, aunque al final no llegue a nada, por fin tienes la oportunidad de vivir una relación de verdad. Te lo mereces.

Jack asintió, la cuidaría, la protegería, la mimaría y no quería pensar más. ¡Espacio Jack! Se dijo.

- Voy a ver qué hacen. Enseguida las traigo de vuelta, de lo contrario creo que Anne no me la devolverá en toda la noche.

Jack subió las escaleras de dos en dos, recorrió el pasillo hasta la habitación de su hermana, la puerta estaba abierta y los zapatos de ambas se encontraban abandonados de cualquier manera en la entrada. De la habitación salía la voz de Bisbal, sonaba a todo volumen el estribillo de la canción favorita de su hermana. Anne era una auténtica fan del artista almeriense. El tema parecía elegido a posta pensando en el secreto que acababa de revelarles a Helena. Se apoyó en el marco de la puerta y sonrió al verlas bailar cogidas de una mano y con la otra en lo alto siguiendo el ritmo, daban vueltas, saltaban y cantaban.

*Si hay diez mil maneras de olvidar*

*De rescatarnos e intentar*

*Contarnos siempre la verdad  
¿Por qué decir que no?  
Si hay diez mil silencios que olvidar  
Ningún secreto que ocultar  
No hay por qué decir que no*

La canción terminó y Anne abrazó muy excitada a Helena haciendo que las dos cayesen una encima de la otra en el sillón de cuadros rosa y blanco de la habitación. Jack carraspeó para hacerse notar, las dos lo miraron, se miraron entre ellas y estallaron en carcajadas. Se acercó a ellas con los brazos en jarras, frunciendo el ceño simulando estar enfadado.

- Vamos a ver... vosotras dos.... ¿no creéis que gritar de esa manera no es propio de dos señoritas?

- Bua... - bufó Helena mirándolo divertida – aquí llega don ejecutivo engreído a aguarnos la fiesta...

- E...eso Jack... Bisbal es el mej...mejor y no so... soy una señorita.

- ¿No? - Jack sonrió al preguntar, tendiéndoles ambas manos para levantarlas.

- Soy una chica mod.... moderna – le respondió a su hermano muy seria.

- Eso Jack... somos chicas modernas y divertidas - Helena le guiñó un ojo.

- ¿Bailamos ot... otra? – propuso Anne mientras comenzaba a dar saltitos.

- ¡Alto ahí! – la frenó Jack – Mamá está abajo esperándonos para cenar.

¿Qué te parece si bajas a preguntar si está todo listo mientras yo hablo un momento con Helena?

-¿Tú también le enseñaras tu hab...habitación?

-Buena idea, hermanita – sonrió Jack pensando en el uso que podía darle a su cama de adolescente.

- Vale, ya voy.

Y ambos la miraron mientras corría llamando a su madre al bajar a saltos las escaleras. Un silencio se creó entre ambos al quedarse solos en la habitación, Helena se dirigió a la puerta para ponerse sus bailarinas.

-¿A dónde vas?- le preguntó Jack sujetándola por el codo.

- A calzarme ¿puedo?

Helena le respondió con gesto serio. Jack suspiró. Él estaba encantado pero Helena parecía algo molesta. La soltó y la siguió al pasillo. La cogió de la mano cuando se calzó y la llevó a la habitación contigua, su antiguo dormitorio. Helena no protestó, pero tampoco dijo nada cuando Jack la introdujo en la habitación. La vio observar lo que la rodeaba, su cama con su

nórdico de cuadros rojos y azul marino, su escritorio, su estantería con los antiguos trofeos de baloncesto del equipo del colegio, algún que otro libro, la canasta de juguete en la pared de enfrente a la cama. Su madre no había cambiado nada a pesar de que ya nunca dormía allí.

-¿Y bien? – le dijo Jack mientras se sentaba en la cama.

- ¿Y bien qué?

- Estás enfadada – apuntó.

- No, no estoy enfadada, un poco molesta quizá, puede que algo mosqueada si lo prefieres así.

- ¿Por qué motivo?

Jack también se puso serio. Le dio un bajón al oírla, ahora que había pasado la prueba, se percató de que nunca se paró a pensar en cómo les sentaría a todas las chicas el hecho de no haberlas advertido al respecto de Anne. Evidentemente a Helena no le había sentado demasiado bien.

- Creo que esa pregunta es mía Jack, eres tú el que deberías de explicarme tus razones para no haberme dicho cómo es Anne.

- ¿Y cómo es Anne, Helena? ¿Qué te molesta?

Jack estaba empleando su tono más amenazador. Alzó la voz mostrando su enfado. ¿Sería posible que Helena la cagase ahora?

- Primero: No me alces la voz – le respondió poniendo los brazos en jarras - Segundo: no me insultes insinuando que tengo algún tipo de prejuicio hacia tu hermana y sus circunstancias, Jack – prosiguió cada vez más fría – y tercero: puede que tú lleves dieciséis años conviviendo con Anne pero en mi vida durante veinte años hubo una persona tan especial como ella. Mi tío Reinaldo tenía síndrome de Down, falleció con sesenta y cuatro años después de una vida feliz. Era totalmente dependiente, porque, en la época en la que nació, la sociedad no los aceptaba con normalidad, apenas sabía hablar, sólo los de la familia lo entendíamos, comía por sí mismo pero teníamos que vestirlo, lavarlo y atenderlo cómo un niño pequeño. Lo quería más que a ningún otro tío. Cuando nos dejó, mientras estaba sentada en su funeral, lo único que podía pensar es en que no nos dejaba ninguna posesión material, no quedaría mucho rastro de él en la tierra, su posesión más querida era una radio chiquitita, de la que no se separaba en todo el día, hasta se acostaba con ella. Lo que realmente nos dejó fue su amor incondicional, su alegría cuando venía a saludarte, su compañía silenciosa y su bondad, a pesar de que de niños alguno de mis primos y yo misma lo guerreábamos, nunca, y casi siempre nos lo merecíamos, nos levantó la mano. Sólo nos quedó el recuerdo de su sonrisa



y esas tres o cuatro frases tuyas que aún repito cuando se presenta la ocasión. Nunca tuve vergüenza de salir a pasear con él, le encantaba ir en coche, que lo llevaras a tomar el aperitivo, escuchar música, le encantaba Manolo Escobar y Encarna Sánchez. Nos reíamos mucho porque cuando le enseñábamos una foto del Rey, o de cualquiera de los presidentes del gobierno y le preguntábamos que quiénes eran, él decía todo convencido: “Franco”, todo el que mandaba era Franco. Así que Jack, no sé qué es lo que esperabas hoy de mí, pero esto es lo que hay.

Lo miró desafiante, tensa y al mismo tiempo temblorosa por el largo discurso y algo desconcertada porque en ningún momento Jack la había interrumpido.

Jack estaba sin palabras, no lo esperaba ni de coña. Todo lo que le había revelado lo había impresionado y alegrado al mismo tiempo. No le cabía duda de que Helena aceptaría a Anne en su vida, ahora sólo quedaba por ver si podía aceptarlo también a él.

- Ven aquí, semaforito – le dijo intentando relajar el ambiente.

- No, Jack, dime lo que tengas que decir y si quieres que me vaya me iré y listo.

Helena estaba tentada a darle una colleja por ponerse mandón y guasón al mismo tiempo.

- O vienes aquí o me levanto y te traigo yo – le ordenó secamente.

- ¿Pero tú de que vas?

Helea le gritó furiosa, sólo pensaba en salir de allí para poder analizar lo que estaba sucediendo. Apenas había acabado la frase cuando en un visto y no visto, Jack se levantó, pasó un brazo por su espalda y otro bajo sus rodillas y la levantó para sentarla sobre su regazo. Helena abrió la boca para protestar y Jack la acalló con un beso. Al principio fue brusco, sus labios apretaban los de ella y con la mano le sujetaba su nuca para impedir que se apartase, poco a poco fue tornándose más en una caricia, pequeños roces, uno detrás de otro sin descanso, un leve mordisco en su labio inferior para luego lamerlo lentamente con la punta de su lengua. Su mano abandonó la nuca y descendió lentamente por su espalda hasta llegar a la cadera, allí la detuvo y terminó el beso. La miró, estaba deliciosamente ruborizada, los párpados entornados, los labios hinchados por el beso y entreabiertos esperando más.

Helena estaba derretida en sus brazos, sentía la presión de una enorme erección en su muslo, su cuerpo respondió estremeciéndose, sus pezones estaban duros pidiendo atención. Sintió la frente de Jack contra la suya.

- Helena.... – dijo con un susurro ronco por el deseo.

Jack se alejó de ella pero la retuvo en su regazo, inesperadamente sintió que se recostaba contra su pecho como una niña pequeña buscando consuelo, notó como Helena le rodeaba la cintura en un abrazo. Su corazón dio un vuelco y con la mano que la sostenía por la cadera la apretó más contra sí, alzó la otra mano y le acarició el cabello, su perfume tentador lo envolvía por completo. Entonces le habló.

- Lo siento. Lo siento mucho. Por un momento pensé que no la aceptarías y me enfadé contigo. Me enfadé porque abajo tuve la certeza de que había encontrado a alguien que aceptaría a Anne como una igual. Luego, en su habitación, me miraste furiosa y creí que todo lo de antes no había sido más que una actuación. Tengo que confesarte que sentí miedo, porque lo que ha pasado hoy es una prueba, una prueba que tiene como finalidad decidir si una mujer puede importarme, si puedo intentar avanzar con ella. Si esa mujer no acepta a Anne, no me tendrá nunca. Anne crecerá y será todo lo independiente que pueda llegar a ser, pero será siempre mi responsabilidad. Les prometí a mis padres que cuando ellos faltasen me ocuparía de ella, que viviría conmigo siempre y por eso mi futura esposa no sólo tendrá que quererme a mí, tendrá que quererla a ella como una hermana y aceptar que seremos tres.

Helena estaba conmovida. Jack se pensaba que ella no lo entendía, pero su madre le había contado que el único miedo que tenía su abuela era que nadie cuidase de su hijo cuando ella faltase, por eso dos de sus cinco hijos le hicieron la promesa de que ellos cuidarían de él y que nunca le faltaría de nada ni lo abandonarían. Se despegó de su pecho y lo miró, estaba apenado y atormentado.

- Jack, sé lo que significa esa promesa. Sé que no podrías querer a una mujer que te apartase de Anne, que no la convirtiese en su hermana como tú dices. Te honra como persona. Hay que ser muy valiente para prometer lo que tú has prometido sabiendo que eso podría ser un impedimento, si la chica que tú quisieses como esposa no amase también a Anne. Supongo que ya has hecho esto antes ¿no?

- Si, lo he hecho dos o tres veces – confesó Jack.

- ¿Y qué tal fue?

- Fue un desastre, Helena – le dijo mirándola a los ojos – un puto desastre.

- Lo has pasado mal ¿no? – le acarició cariñosa el pelo.

- No – Jack meditó su respuesta unos instantes reconfortándose en las caricias de Helena - en el fondo también hay un motivo egoísta. No es que

busque esposa con mucho interés, pero tampoco quiero encariñarme con una mujer y luego sufrir porque no aceptase la realidad de lo que sería nuestra vida en común.

- O sea, que utilizas a Anne como una especie de filtro de candidatas – reflexionó Helena - si no superan esta prueba por algún motivo, simplemente las dejas.

- Sí.

- ¿Les explicas por qué? – preguntó intrigada.

- Nunca. Simplemente las dejo de llamar y ya está.

- ¿No insisten? ¿No sospechan el motivo?

- ¡Oh! Insisten, insisten mucho, llaman, se hacen las encontradizas, alguna ha intentado presentarse en la empresa. Se sienten estafadas porque cuando yo les pedía que viniesen a conocer a mi familia se pensaban que pronto les pondría un anillo en el dedo, que ya me tenían en el bote, a pesar de que a todas les había dejado muy claro que no buscaba una relación formal.

- Bueno Jack, es comprensible que piensen así, de hecho, si las has traído es por algo.

- Básicamente porque después de salir tres o cuatro semanas, empezaba a acostumbrarme a su compañía y, bueno, necesitaba saber si podría arriesgarme con ellas.

-¿Arriesgarte? – se extrañó Helena - ¿Arriesgarte a qué?

- A enamorarme, a quererlas – confesó Jack.

Helena tembló ante sus palabras. Una duda estaba creciendo a pasos agigantados en su cabeza y no pudo retenerla.

- ¿Y yo Jack? – le preguntó angustiada – Yo no he salido contigo nunca, nos conocimos ayer. ¿Por qué me has traído a mí?

Jack la miró fijamente a los ojos. Esos ojos negros lo volvían loco.

- Esta vez no ha sido sólo por mí. También ha sido por ti. Sabes, porque lo sientes como lo siento yo, que hay algo aquí entre nosotros, nos hemos besado, te deseo y tú me deseas también. Pero es algo más, también te has metido un poquito aquí – le cogió la mano y se la puso en el corazón – y si bien antes habría dejado pasar tres o cuatro semanas para traerte, habríamos salido juntos y nos habríamos acostado ya, contigo no quise dar ni uno sólo de esos pasos antes. No quiero hacerte daño, no quiero que sufras.

- ¿Por si me enamoro de ti?

- Sí.

- Vale – Helena cogió aire e intentó relajar la tensión - ¿Eres un poco

chulito no?

Jack no se esperaba esa salida. Soltó una carcajada.

- ¿Crees que eres irresistible o qué? – le espetó Helena.

- Preciosa – le sonrió y le acarició los labios con el pulgar – ya te gusto un poco, confíesalo.

¡Si tú supieras! Pensó Helena. No podía resistirse a él, físicamente pocas mujeres podrían, pero ella también había visto parte de su interior y aún le gustaba más. Sin embargo no lo confesaría, Jack ya tenía el ego demasiado subido, así que le respondió juguetona.

- Puede que un poquito sí.

- ¿Sólo un poquito?

Jack se acercó a ella lentamente y le dio un beso castigador, húmedo, caliente y no paró de atormentarla con su lengua hasta que la sintió gemir. Sonrió en su boca.

- Yo creo que es más que un poquito.

- Puede... – murmuró Helena.

Jack, le acarició la mejilla. Sus ojos se encontraron, los verdes de él llenos de alegría y los negros de ella llenos de esperanza.

- ¿Y ahora qué?, ¿Me dirás si he superado la prueba?

- Con sobresaliente, preciosa – la besó en la frente.

- Eso quiere decir que..... – intentó aventurar ella.

- Eso quiere decir que esta noche, cuando te lleve a casa, me invitarás “a un café” y podré demostrarte que me deseas tanto como yo te deseo a ti. Hoy quiero hacerte el amor, que nuestra primera vez sea especial – la besó suavemente.

- ¿Habrá más de una vez? – preguntó Helena juguetona acariciando su mejilla.

- No tendré bastante con esta noche, la primera vez te haré el amor, las siguientes te follaré de mil maneras hasta que pierdas el sentido.

Helena sintió palpar el centro de su ser de anticipación. Se sonrojó ante sus palabras. Jack sonrió y la besó mientras la ayudaba a incorporarse.

- Pero primero vamos a cenar con mi familia, es mejor que bajemos ya, si no mi madre pensará que estoy haciendo contigo lo que realmente deseo hacerte.

Jack la condujo hasta el comedor donde ya los esperaban para cenar. La mesa redonda estaba dispuesta de manera elegante, a pesar de que se trataba de una cena informal a base de un surtido de tapas tradicionales españolas.

Además de la típica tortilla de patatas y las croquetas de aspecto delicioso, había todo un festín dispuesto en distintos platos, ensalada de tomate y aceitunas, tomatitos rellenos, corazones de alcachofas con espárragos, champiñones al ajillo, cazuelitas de huevos flamencos, brochetas de pollo y calamares a la romana. Jack le sostuvo la silla a Helena para que se sentase, a ella no dejaban de sorprenderle aquellas atenciones, y luego se sentó a su lado. Le sirvió una copa de vino blanco y otra para él y le pasó la botella a su padre.

- Helena, espero que tengas apetito- le dijo Lucía con una sonrisa – Cuando Jack viene a cenar, Carmen, nuestra querida cocinera, nos suele preparar todo lo que le gusta a él. Lo tiene consentido hasta decir basta.

- Mamá... – la regañó Jack – sabes que desde que volví de Londres y le dije que había echado de menos sus comidas me la gané de por vida.

- Te la ganaste desde que tenías dos años y entrabas a hurtadillas en la cocina para pedirle su tarta de chocolate. – apuntó Henry – Aunque yo no me quejaré por el menú de hoy, de lo contrario tu madre probablemente me habría servido una de esas ensaladas que ahora insiste en que me tome.

- Es que hay que cuidarse, cariño, ya no somos unos niños – le sonrió cariñosa Lucía.

-Tonterías – dijo Henry yo todavía estoy hecho un chaval – y le guiñó un ojo a Helena -¿Por dónde te apetece empezar Helena?

- Creo que empezaré por probar la ensalada de tomate y aceitunas, tiene un aspecto estupendo.

Henry se dispuso a servirla mientras Lucía llenaba el plato de Anne de croquetas y tortilla.

- Anne, cariño, a ti ni pregunto ya – le dijo su madre mientras le explicaba a Helena - por ella cenaría todos los días la tortilla y las croquetas de Carmen.

- Me en...encantan – dijo Anne relamiéndose como una gatita.

- Jack nos ha contado que cocinas muy bien Helena – le comentó Lucía.

- Bueno – contestó Helena probando su ensalada, la encontró deliciosa – la verdad es que me gusta desde que era pequeña, no he recibido ninguna formación al respecto, pero como es un tema que me interesa, con el tiempo he hecho una colección de libros de todo tipo, además estoy muy enganchada al Canal Cocina. Me relaja cocinar y no me da miedo experimentar con recetas nuevas e incluso había pensado en hacerlo de modo profesional. Pero, afortunadamente, eso ya está descartado – dijo mirando a Jack, que le sonrió – Por cierto, Henry, me gustaría agradecerte personalmente el haberme acogido

en la empresa, no desperdiciaré la oportunidad.

- Tonterías, - dijo Henry – creo que soy yo el que tengo que darte las gracias por haber conseguido que la terna de Inés haya aceptado por fin la ayuda de un compañero. Pero no hablemos hoy de trabajo, cuéntenos Anne, ¿cómo va lo de tu fiesta?

Lucía suspiró mirando al cielo, y el resto de la cena transcurrió escuchando a Anne relatar al detalle todo lo que tenía pensado para su gran fiesta de cumpleaños. Terminaron de cenar y Lucía le recordó a Anne que era hora de irse a dormir.

- Venga cariño, es hora de acostarse ya, anda, despídete de Helena.

- Adiós Helena, ¿vendrás a mi fi...fiesta de cumpleaños? Faltan dos sá... sábados.

Helena se quedó de piedra, ¿y ahora que contesto?, si digo que sí, parecerá que estoy ansiosa por estar con ellos. Le encantaría ir, pero era una celebración familiar y ella no podía entrometerse así, tendría que alegar que había hecho planes, aunque fuese mentira. No podía herir los sentimientos de Anne que la miraba expectante.

- Bueno, Anne, eres muy amable por invitarme....

- Porfa, porfa.... Di que sí – la interrumpió juntando sus manos con gesto implorante.

¡Ay Dios!, en qué compromiso me está metiendo... Helena estaba agobiada. Agradeció que Jack saliese en su ayuda al ver el apuro en el que se encontraba.

-Anne, Helena vendrá, yo la traeré, es más, comeremos con vosotros y por la tarde nos quedamos a la fiesta.

Anne empezó a dar saltitos mientras abrazaba a Helena.

- Bien.... Bien.... Podremos bai...bailar otra vez.

Helena se levantó y la besó tratando de calmar su entusiasmo.

- Claro que bailaremos, cariño, pero ahora has de ser obediente y acostarte.

- Yo la acompaño mamá, si queréis esperadme en el salón para el café.

Helena los observó irse y sonrió. Jack derrochaba ternura con su hermana, siguió a Henry y a Lucía hasta el salón y se sentó en un cómodo sofá beige de dos plazas. El servicio con el café ya estaba dispuesto en la gran mesa de cristal del centro. Lucía se sentó en otro sofá igual situado enfrente del de Helena con el objetivo de facilitar la conversación. Henry se fue a servir una copa a un mueble con todo tipo de bebidas.

- ¿Un Gin Tonic, Helena? – le sugirió.
- ¡Oh no Henry!, gracias, en otro momento no lo despreciaría pero, mañana hay que trabajar.
- Entonces en el cumpleaños de Anne te prepararé una copa. Nadie se resiste a mis Gin Tonic, soy todo un maestro británico en la materia, te aseguro que no probarás otro igual.
- Lucía, a propósito de la fiesta – quiso aclararle Helena – ya sé que Anne me ha invitado pero no me gustaría entrometerme.
- Tonterías, nos encantara que vengas a comer Helena, has tenido muy buena mano con Anne.
- Bueno Lucía, he de confesarte algo, como le he dicho a Jack antes, el Síndrome de Down no me es ajeno.
- ¿Y eso? – le preguntó Henry mientras se sentaba junto a su esposa y probaba su copa.
- Tuve un tío con Síndrome de Down, mi tío Reinaldo, murió con sesenta y cuatro años, yo tenía apenas veinte años. No vivía con mis padres, si no con una hermana de mi madre, pero dos fines de semana al mes los pasaba con nosotros y luego en vacaciones íbamos todos juntos al pueblo.
- ¿Cómo era? – Lucía estaba interesada en saber más.
- Por supuesto no tenía nada que ver con Anne. Sólo tenéis que pensar que, en la época en que nació, y más en un pueblo pequeño no había los medios que hay hoy en día para atenderlos. No fue al colegio, sólo la familia lo entendía y alguno de los vecinos de mi abuela le pedían que lo encerrase porque de niño, al parecer, les hacía alguna que otra travesura. Ya de adulto era totalmente dependiente, lo que sí, comía por sí mismo e iba al baño solo, pero había que vestirlo, atarle los cordones, asearlo. Sabéis que a todos ellos les suele encantar la música, pues a él también, le encantaba escuchar la radio, hubiese música o no y no se separaba de su pequeño transistor nunca. Aunque tenía genio si se enfadaba, siempre nos trató muy bien, aunque nos mereciésemos alguna colleja que otra por guerrearlo. Daba luz a nuestras vidas y cuando se fue, ya ninguna celebración fue lo mismo sin él.
- Vaya.... Está claro que los tiempos han cambiado- reflexionó Henry.
- Sí – concedió Helena - la verdad es que sois afortunados de haberla tenido en una época en la que se han destinado recursos para que evolucionen, estudien, trabajen e incluso vivan con cierta independencia. Me imagino que, por lo bien que veo a Anne, acude a un colegio convencional, ¿no?
- Si – contestó Lucía – ya hace cuatro años que acude, evidentemente no

está con niños de su edad pero está muy contenta. Le encanta el colegio. Además está dentro de un programa de la asociación a la que pertenecemos que promueve su independencia para que puedan llegar a vivir solos.

- ¿Y le gusta la idea? –preguntó Helena.

- Le encantaría empezar ya, el problema es que no encontramos a la persona adecuada para ella. Verás, tiene que ser alguien cercano a la familia, que puede acogerla dos fines de semana de viernes a domingo durante un mes. Después, durante quince días, deben vivir juntos y Anne tendrá que aprender el día a día sin la ayuda de sus padres, es decir, tendrá que compartir las tareas del hogar, cocinar, ir a la compra, salir juntos al cine.... Como dos compañeros de piso más.

- Disculpa la intromisión Lucía, pero con toda la gente que imagino que conocéis, ¿no hay nadie que cumpla los requisitos?- se extrañó Helena.

- No exactamente, sí hay quien los cumple, pero no quieren comprometerse. No quieren abandonar su vida social, ni estar pendientes de enseñarle a vivir sola. Quizá estarían dispuestos a dedicarle una tarde de vez en cuando pero nada más. Puedo entenderlo, de veras, me duele, pero lo entiendo. No todo el mundo está dispuesto a dedicar su tiempo a esto.

Helena se quedó pensativa. ¡Qué injusto! Que una familia con los recursos de los Anderson no encontrase a nadie entre sus allegados a los que confiarle a su hija... una idea brotó en su mente y la verbalizó enseguida.

- Yo podría ayudarla.

- Helena, no te lo he contado para que te sientas obligada – le dijo Lucía.

- Lo sé, lo sé... - le contestó Helena – pero lo pienso y me gustaría hacerlo. Vivo sola en un apartamento pequeño, perfecto para las dos, tiene un solo dormitorio pero el sofá se convierte en cama así que le cedería mi habitación para que esté más a gusto y pueda tener independencia. Mi trabajo termina sobre las cinco, por lo que nuestros horarios serán compatibles. Cuando ella llegue del cole, podemos hacer la cena, conozco un montón de recetas para principiantes, limpiar, salir de vez en cuando al cine, le enseñaré a usar el transporte público, a hacer la compra. Funcionará, estoy segura.

- Helena ¿Y tu vida social? –le preguntó Henry - ¿Eres consciente de que no la tendrás el tiempo que estés con ella?

- Henry – se carcajeó – aquí donde me ves, no tengo vida social de ningún tipo. Llevo cinco meses aquí y no he hecho amigos, ya sabes que hasta ayer no tenía trabajo. Basta con decirnos que hoy es la primera vez que se puede considerar que hago vida social desde que llegué.



-Lo siento Helena – le dijo Lucía – Jack nos ha contado que estás sola, sin familia.

Helena observó su cara de pena.

- No te de lástima Lucía, yo ya estoy acostumbrada. Piensa sólo en lo beneficioso que puede ser para ambas, yo haré una amiga y Anne aprenderá todo lo que necesita para completar su desarrollo personal. Entiendo vuestras dudas, al fin y al cabo, nos acabamos de conocer. Os propongo una cosa, podéis consultarlo con los profesores de Anne y, cualquier viernes, como salgo de trabajar a las tres, os venís con Anne a merendar. Veis la casa, la zona donde vivo y sobre todo si a ella le gusta la idea y luego lo habláis y tomáis una decisión con calma. Podemos quedar en un par de semanas, así os da tiempo a valorarlo. ¿Os parece bien?

- A mí sí – asintió Henry – lamentablemente no podré acompañarte a la visita Lucía, pero creo que podemos considerarlo muy seriamente.

- De acuerdo, Helena, no sé cómo agradecerte el ofrecimiento, significa mucho para Henry y para mí.

- ¿Qué es lo que hay que agradecerle, mamá? – preguntó Jack mientras se sentaba en el sofá con Helena y servía los cafés para todos.

- Oh Jack. Le estábamos contando a Helena las dificultades que teníamos para encontrar un tutor para el programa de Anne y ella se ha ofrecido para ayudarnos. Hemos quedado un viernes para ver su casa y luego tomaremos una decisión. ¿Estás de acuerdo, cariño?

Jack miró a Helena fijamente, vio cómo se ruborizaba de nuevo. Siempre conseguía sorprenderlo. Estaba encantado con la idea por dos motivos, primero por su hermana, que se merecía la oportunidad de conocer cierta independencia de la mano de alguien de confianza y segundo por él mismo, Helena seguiría en su vida más tiempo para explorar sus sentimientos. Con algo de recelo decidió asegurarse de que era consciente de lo que suponía ese ofrecimiento.

- ¿De veras harías eso por nosotros?

- No Jack, no lo haré por vosotros, lo haré por Anne, porque me gusta la idea de poder ofrecerle algo que mi tío no pudo tener, y por mí, sé que haré una amiga de verdad.

- ¿Eres consciente de que una vez que empieces, no podrás echarte atrás? No se puede cambiar de tutor una vez esté el programa empezado.

- No cambiaré de idea, si es lo que insinúas, si me involucro en algo lo hago al cien por cien, de lo contrario nunca me hubiese ofrecido. De todos

modos, la última palabra la tenéis vosotros. - Helena le contestó algo molesta. ¿Pero qué le pasaba a este tío?, no hacía más que dudar de ella en relación a Anne.

- No te enfades – Jack había percibido su gesto contrariado – simplemente es que me sorprendes, es un ofrecimiento muy generoso. Y para que conste en acta y, antes de que mi madre me fulmine con la mirada, diré que yo creo que no hay nadie mejor que tú para ayudar a Anne con esto.

Helena se ruborizó, se relajó y suspiró.

- Gracias, Jack.

- Hijo, si no hubieses rectificado estaba a punto de levantarme para darte una colleja. ¡Por Dios!, por un momento pensé que te pondrías a presionarla como a uno de tus rivales en una negociación. Me matas con estas cosas hijo, te juro que me matas.

Henry sonrió y besó a Lucía en la cabeza.

- Relájate cariño, Jack sólo quería asegurarse de que Helena comprendía el alcance del compromiso que está a punto de adquirir, y ella, afortunadamente, no tiene pelos en la lengua para poner a Jack en su sitio cuando se pone en plan inquisidor.

- Gracias papá – le respondió Jack mientras alargaba su brazo y rodeaba a Helena por los hombros, la besó en la sien – Gracias Helena.

Lucía los miró encantada, Helena estaba ruborizada y Jack totalmente relajado la había besado delante de ellos. ¡Esto marcha! se dijo. Continuaron hablando una media hora más y luego decidieron que era hora de retirarse, ya que el día siguiente era día de trabajo. Confirmarían en los próximos días qué viernes la visitarían y se despidieron con un beso. Lucía y Henry les decían adiós con la mano mientras el deportivo de Jack se alejaba.

Helena cerró los ojos y se recostó en el asiento. Suspiró. Estaba inquieta por lo que venía a continuación, lo deseaba y lo temía. Hacía algo más de dos años que no tenía sexo, nunca había sido de las de quitarse el gusanillo con un desconocido, así que desde que Andrés y ella dejaron de tocarse, Helena no se había acostado con nadie y Jack había dejado muy claras sus expectativas respecto a lo que quedaba de noche. ¿Estaré a la altura? Se preguntó. Estaba claro que él había tenido un montón de chicas con las que practicar, seguro que cuerpos de portada. Su estómago no era totalmente plano, sus pechos eran de una talla noventa, nada fuera de lo común. ¿Le gustaría? Sintió que la mano de Jack cogía una de las suyas, abrió los ojos y comprobó que ya habían llegado.

- Ya llegamos, pequeña, ¿te has dormido?

- No, yo no... es decir, sólo cerré los ojos para descansar un momento.

- ¿Una noche intensa?

- Pues sí – le confirmó ella.

Jack la vio nerviosa, él estaba loco por subir con ella, pero no quería presionarla.

-¿Quieres que la noche termine ya?

Jack le susurró su pregunta mientras acariciaba su mejilla con el dorso de su mano. Helena tembló entera ante el roce. ¡Ni se te ocurra decir que no! Su cuerpo palpitaba ansioso. Lo deseaba. Lo miró.

- No. Si tú quieres seguir yo también.

- Preciosa, no veo el momento de llegar a tu casa, ¿vamos?

Jack salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta, Helena aceptó su mano y observó que Jack llevaba una mochila que antes no había visto. La miró pero no preguntó.

- Siempre llevo en el coche una muda de ropa para cualquier imprevisto.

Helena se enfadó mientras subían las escaleras.

- Querrás decir por si alguna chica te lo pone fácil, ¿no?

Le rechinaron los dientes mientras abría la puerta y lo dejaba pasar. Se volvió para cerrar con llave. No le dio tiempo a más, Jack la sujetó por los hombros y la pegó contra la puerta, acercó su rostro al de ella y Helena pudo ver furia en ellos.

- No soy un monje Helena – le dijo – me gusta el sexo. Me gusta mucho el sexo y lo practico siempre que puedo. Eso no quiere decir que me quede a dormir con cualquiera. ¡Maldita sea! Ni siquiera me he despertado nunca con ninguna mujer. A veces salgo por la mañana y surge la necesidad de coger un avión o un AVE y no tengo tiempo de volver a casa, por eso llevo la mochila. Ahora tú dirás, ¿me quedo o me voy?

Helena se quedó fría, hasta ahora no lo había visto tan furioso. Ella se había sentido algo insegura al pensar en sus anteriores relaciones y ello, unido al tiempo que llevabas sin un hombre a su lado la había hecho responder con sarcasmo. No iba a estropear la noche. Lo deseaba, sin importar nada, lo deseaba y punto. Acercó su mano a su pecho y lo acarició por encima del jersey.

- Estoy esperando una respuesta Helena.

Jack estaba muy serio. Había superado la prueba con Anne pero el sexo era muy importante para él, estaba seguro de que eran compatibles, pero Helena estaba hecha un flan y no iba a permitírselo. No quería miedos ni

inseguridades en la cama. Helena lo miró y negó con la cabeza. Se le había puesto un nudo en la garganta.

- Con palabras, Helena, quiero oírlo de tu boca ¿me quedo o me voy? - Estaba siendo un cabrón y lo sabía, pero en el sexo le gustaba llevar la voz cantante y estaba seguro que la dulce Helena le respondería, pero tenía que ser firme desde un principio.

- No quiero que te vayas - ¡Valor y al toro!, - se dijo – quiero que te quedes, que hagas lo que me dijiste antes.

- ¿Qué es lo que quieres? – insistió Jack con firmeza. Vio que Helena se pasaba la lengua por los labios y su erección se volvió loca deseando ser labios en ese momento, pero no cedió, se mantuvo quieto esperando una respuesta.

Helena lo miró a los ojos, sentía sus mejillas arder por lo que iba a decir. Nunca había sido demasiado explícita respecto a hablar de sexo, pero Jack no le estaba permitiendo esconderse.

- Quiero que primero me hagas el amor y que luego me folles de mil maneras hasta que pierda el sentido. Cuando acabes, quiero que te quedes a dormir.

Jack gruñó, no esperaba esa respuesta tan rápido, se la veía tan dulce. La estrechó fuertemente contra su cuerpo, la cogió de la mano y la llevó hasta la que sabía era su habitación. La luz de las farolas de la calle la iluminaba tenuemente y con eso bastaba. Tiró su mochila al suelo, se sentó en la cama y la colocó de pie entre sus dos largas piernas. Le acarició los brazos, de arriba abajo. Iba a volverla loca de deseo.

- ¿Puedo desnudarte? - Jack comprobó que asentía con la cabeza. Se levantó y se puso enfrente de ella pero no la tocó. - Dímelo con palabras preciosas, te daré todo lo que me pidas, no haremos nada que no quieras.

- Quiero que me desnudes.

- Si pequeña.... Es lo que voy a hacer....

Jack se agachó y le agarró un tobillo, se lo levantó y le sacó una bailarina, procedió igual con el otro, se incorporó y colocó las manos abarcando sus caderas, las desplazó lentamente hacia el centro hasta que localizó el botón de sus vaqueros y se lo desabrochó, le bajó la cremallera con delicadeza y metió sus manos por dentro desplazándolas hacia atrás hasta acariciar sus nalgas, una vez allí fue descendiendo por la parte trasera de sus piernas y con mucha lentitud le bajó el pantalón, volvió a agacharse, le sacó primero una pierna y luego la otra, y sonrió al ver las uñas de sus pies pintadas de rojo pasión, le

encantaba encontrarse esas sorpresas debajo de una apariencia de dulzura. Volvió a colocar sus manos en ambos tobillos y ascendió de nuevo lentamente hasta llegar a las caderas, asió los bajos de su jersey y se lo subió con lentitud, al llegar a la altura de su pecho Helena levantó sus brazos para facilitarle la tarea, respiraba agitadamente envuelta en una sensualidad que la dejaba temblorosa sólo con el liviano roce de sus manos desnudándola. El jersey se reunió con los pantalones en el suelo y Jack se quedó sin aliento al ver su ropa interior color fresa, todo encaje y lazos, tan sensual, tan inesperado que tomó aire. Helena lo miró intentando descifrar su expresión pero no lo consiguió. Jack colocó su índice y lo deslizó a lo largo de su clavícula, luego fue descendiendo hasta trazar el contorno de su pecho bordeando el sujetador.

- Eres preciosa.... cariño.... me encanta tu ropa interior.

Su índice siguió descendiendo, rodeó su ombligo redondo y perfecto y prosiguió su trazo hasta sus caderas donde posó sus manos para justo después, acariciar su trasero con gesto posesivo.

- Y estas braguitas me vuelven loco. Tendremos que comprar más pequeña.

Helena gimió desesperada, aún no la había besado, y sus labios palpitaban con el ansia. Tampoco le había acariciado los pezones, eran tremendamente sensibles, sabía que en cuanto Jack lo descubriese iba a atormentarla con ellos. No había ni rozado su clítoris y éste ya clamaba atención. Estaba húmeda, muy mojada y apenas habían empezado a tocarse. ¡Me correré antes de que acabe de desnudarme! Pensó.

Jack escuchó su gemido y sonrió, así la quería tener. Subió las manos por su espalda hasta alcanzar el cierre del sujetador y lo soltó revelando dos pechos perfectos, pequeños pero perfectos, con dos botones color café que estaban muy excitados ya. Posó las manos en sus hombros, engancho con los índices las tiras del sujetador y fue descendiendo hasta sacárselo y tirarlo al suelo. Introdujo los dedos bajo sus braguitas y descendió con todo su cuerpo hasta bajarlas del todo, se las sacó y allí arrodillado ante ella, observó el centro de su feminidad, percibió el olor de su excitación, se acercó a su pubis y le sopló.

Helena se tambaleó de la impresión, sus rodillas no la sostenían, y Jack tuvo que levantarse y sostenerla por los brazos.

Jack la observó con codicia. Sus párpados estaban entrecerrados por el deseo, sus pupilas dilatadas, sus labios abiertos gimiendo de placer. ¡Dios... quería tumbarla y hundirse en ella ya!. Follarla hasta que su erección tuviese

el alivio que llevaba tiempo reclamando. Hacerle el amor, se recordó, iba a hacerle el amor, después la follaría sin parar.

- Pequeña.... Eres perfecta.... Quiero que me desnudes tú, igual que yo he hecho contigo ¿querrás preciosa? – le dijo con voz ronca.

- Si Jack.

Helena estaba desesperada por sentir piel contra piel, así que empezó por sacarle el jersey, sus brazos totalmente extendidos no conseguían abarcarlo y Jack le ayudó. Al suelo. Luego le desabrochó los botones de la camisa con dolorosa lentitud, cuando acabó, posó sus manos diminutas en su pecho y sintió la suave caricia de su vello rizado, le retiró la camisa poco a poco bajándola por los brazos igual que había hecho Jack, él se desabrochó los puños y acabó por ella. Al suelo también. Helena posó su índice en el medio de su pecho y descendió por la línea de vello que la guiaba por sus abdominales perfectamente esculpidos hasta la cintura de sus vaqueros. Se los desabrochó.

Jack estaba impaciente y se los bajó el mismo, quitándose los calcetines y los zapatos a un tiempo, y apartándolos de un puntapié. ¡Dios! No volvería a pedirle que lo desnudara, estaba a punto de correrse. Se tensó cuando Helena lo imitó arrodillándose ante él mientras de bajaba los calzoncillos y dejaba libre una enorme erección que ya tenía una gota asomando por su glande.

¡Madre del amor hermoso!. ¡Era enorme!. Pensó Helena. No me cabrá. Tragó saliva y al igual que hiciera él, acercó sus labios a su sexo.

Jack contuvo el aliento cuando vio la punta de su lengua asomar entre sus labios y recoger apenas sin rozarlo la gota que coronaba su miembro. Vio cómo su lengua se retiraba de nuevo dentro de aquellos labios rosados y no pudo soportarlo más.

- Joder Helena... . - La levantó y la tumbó en la cama.

Se inclinó sobre ella apoyando sus brazos al lado de su cabeza atrapándola. Sentía sus pezones erectos rozarse contra su pecho con cada respiración. Estaba a punto de perder el control, antes de hacerlo, se acordó.

- Preciosa.... ¿Tomas la píldora?

La pregunta atravesó la neblina de deseo en la que estaba perdida Helena y acertó a contestar.

- Sí, hace años, tenía problemas con la regla....

- Gracias a Dios pequeña, tengo condones en el bolsillo de mi mochila pero no tengo intención de dejarte ni un segundo sola en esta cama para cogerlos. Estoy sano, acabo de hacerme la revisión médica anual de la

empresa. Sé que todos los manuales dicen que no aceptes mi palabra, pero te pido que confíes en mí, me muero por sentirte sin barreras preciosa. ¿Me dejarás?

Con Andrés la píldora no le había fallado nunca, así que no tenía por qué hacerlo ahora. Ella nunca se olvidaba de tomarse las pastillas y llevaba tiempo haciéndolo así que estaba protegida. Además también quería sentirlo a él dentro de ella, con un contacto total.

- Si Jack. Yo también te deseo así. Oye, estoy sana.... hace mucho que no me hago un análisis pero, desde el último yo no..., es decir, yo no he estado con nadie... hace tiempo.

- ¿Cuánto tiempo? - preguntó Jack al límite de sus fuerzas.

- Algo más de dos años - susurró avergonzada.

El troglodita macho alfa que había dentro de Jack, se golpeaba el pecho satisfecho, su anterior y probablemente único amante ya no estaba y ella le había esperado dos años.

- Eh... preciosa.... No te avergüences. No te imaginas lo que me excita que me hayas elegido a mí. Seré cuidadoso.

Helena lo miró a los ojos, no fue consciente del significado de sus palabras hasta que salieron por la boca.

- No hubiese podido ser con otro.

Jack gruñó, y por fin, tomó posesión de su boca, la charla había rebajado la tensión unos puntos y comenzó siendo un beso lento, suave, sus lenguas explorando los rincones de sus bocas, mordiscos insinuados, lametones tentadores. La tensión volvió a crecer y las bocas se volvieron ansiosas, se buscaron desesperadas. Las manos de Jack encontraron el sendero hacia sus pezones, los acarició con la palma y Helena se perdió, él había encontrado ya su punto más sensible. Emitió un gemido gutural con el leve roce y Jack entendió lo que significaba.

- Pequeña.... Son muy sensibles.... Apenas te he rozado....

Helena se retorció de placer bajo sus manos.

- Jack.... Por favor.... – suplicó.

- Te los voy a comer enteros.

Comenzó a lamer uno de aquellos montículos mientras estiraba el otro entre su índice y su pulgar, luego intercambió las atenciones, sin descanso, espoleado por los gemidos de Helena que estaba perdida en el placer que le producían las caricias de Jack. Estaba al límite de correrse ya, su pelvis se elevaba reclamando una atención que Jack le negaba, sus manos y sus labios

no abandonaban sus excitados pechos. Helena no dejaba de sentir corrientes de placer desde la cúspide de sus pezones hasta su entrepierna, no podía más. Volvió a suplicar desesperada.

- Jack... por favor... . Yo...

Jack levantó la vista sin dejar de lamer un pezón, la sentía temblorosa. Iba a hacer que se corriese sólo tocándole los pechos. La vio excitada, su respiración agitada, su boca entreabierta. ¡Dios, necesitaba metérsela ya!, pero primero haría que se corriese, deslizó una de sus manos lentamente dejando abandonado su pezón hasta llegar al borde de su clítoris, allí estiró sus dedos y la acarició haciendo círculos, una vez, dos... Helena sintió crecer una devastadora espiral de placer cuando un dedo de Jack se posó en el mismo centro de su ser, cerró los ojos y estalló en mil pedazos, se contrajo, se estiró y se estremeció mientras un gemido se escapaba entre sus labios entreabiertos. Jack sonrió mientras la miraba y seguía trazando círculos con su dedo empapado por los fluidos de Helena. Apenas había recuperado la consciencia cuando Helena sintió que Jack se colocaba entre sus piernas, se las abría acariciando sus muslos y se introducía lentamente en ella, abrió los ojos y lo vio desbordado de placer. Volvió a estremecerse y Jack se inclinó sobre ella, quieto en su interior, entrelazó sus dedos con los de Helena y colocó sus manos por encima de su cabeza al tiempo que su lengua encontraba la de ella y se devoraron de nuevo. Jack comenzó a embestir lentamente, dentro fuera, dentro fuera, notó que su orgasmo estaba empezando a formarse y empujó más rápido, más fuerte, la sentía algo cerrada pero no podía detenerse, no quería lastimarla pero tenía que seguir y seguir. Helena elevó sus caderas para acudir a su encuentro y mientras otro orgasmo la recorría oyó el grito de Jack derramándose en ella, sintió cada uno de sus espasmos, se soltó de sus manos y lo acogió en sus brazos cuando se desplomó sobre ella. Depositó suaves besos en su hombro mientras lo sentía relajarse, pesaba mucho pero no podía ni quería moverse. Fue Jack quien se incorporó y salió lentamente de ella acomodándose de costado a su lado aun con los ojos cerrados, devastado, intentando comprender la intensidad de lo que había sucedido entre ellos. Helena se giró para mirarlo y cuando Jack abrió los ojos se encontró con la expresión de ella relajada, los mofletes sonrosados por sus orgasmos y sus ojos negros clavados en los suyos.

- Hola – le dijo ella.

- Hola. - Jack respondió mientras alargaba su brazo y posaba su mano en la cadera de Helena acercándola, la besó suavemente en los labios. –



Preciosa.... ¿Estás bien?, ¿te he hecho daño?

- No. Estoy bien, más que bien – sonrió mientras acariciaba los rizos de su pecho - ¿te ha gustado?

- Pequeña, ha sido espectacular, por poco me corro antes de metértela.... – le cubrió un pecho con su mano – estos pequeños me vuelven loco porque te ponen a mil.... Creo que ellos y yo nos vamos a hacer buenos amigos.

Helena se sonrojó, a Jack le gustaba hablar sin tapujos de sexo y ella no estaba acostumbrada, sintió que le acariciaba la mejilla.

- Si te sonrojas así, voy a empalmarme en cero coma y me tendrás dentro otra vez – sonrió Jack al ver su rubor vergonzoso - y ahora lo que quiero es abrazarte hasta que te recuperes para poder follarte de mil maneras ¿recuerdas?

Helena sonrió y se acercó enterrando su cara en el cuello de Jack mientras se apoyaba en su brazo y sentía su mano ascender por su cadera y acariciarle de abajo a arriba la espalda. No supo el tiempo que estuvieron relajándose, acariciándose mutuamente las espaldas.

- Date la vuelta – le ordenó Jack con la voz ronca por el deseo.

Helena obedeció sin rechistar y a Jack le encantó su expresión de aceptación. La atrajo hasta él, le levantó una pierna y se introdujo en ella de golpe, Helena dio un respingo ante la invasión.

- Tranquila, pequeña, Shh..., déjame hacértelo así.

Helena se relajó y sintió como una mano de Jack se posaba en su clítoris y lo acariciaba al mismo ritmo de sus embestidas, primero lento y luego más rápido. Se agarró al brazo que la rodeaba por el pecho para aguantar sus fuertes acometidas, mientras se estremecía con la lengua de Jack recorriendo su oreja y susurrándole.

- Vamos preciosa...., dame otro,... ven conmigo....

Jack estaba siendo duro, su pelvis golpeaba su trasero bamboleante sin descanso. La agarró más fuerte y acarició su clítoris más rápido al sentir que Helena empezaba a abandonarse de nuevo y cuando sintió que sus caderas se elevaban contra su mano en los primeros espasmos del orgasmo se corrió de nuevo llenándola con su semilla. Con sus cuerpos ya relajados y sus respiraciones recuperándose Jack la atrajo hacia él apoyando su espalda en su pecho y sin dejar de rodearla.

- Descansa pequeña – le susurró al oído.

Helena se volvió a estremecer. Su cuerpo estaba relajado tras tres orgasmos. ¡Tres! Nunca había tenido sexo así, estaba abrumada, aun

desconcertada de que alguien como Jack la desease a ella, tan poca cosa, pudiendo tener a otras mujeres. Desechó el pensar en esas otras, mientras su mente intentaba adivinar cómo reaccionaría ella si mañana Jack se iba sin mirar atrás. Suspiró. Ahora no quería pensar en ello y se durmió.

Jack sintió el momento exacto en que Helena concilió el sueño. El tenerla relajada entre sus brazos, confiada y abandonada a él le provocó un vuelco en el corazón. Había tenido mucho sexo, con muchas mujeres, pero nunca había sentido algo así. Estaba claro que cuando el sexo se mezclaba con algo más, el resultado era diferente, explosivo, demoledor. No quería ponerle nombre, sólo quería más, mañana y pasado y la semana próxima y... su mente no quiso ir más allá y se durmió abrazándola.

La rueda estaba en marcha, Helena y Jack estaban comenzando su historia de manera muy rápida e intensa. Mientras ellos descansaban relajados, en otro punto de la ciudad dos hermanos valoraban la estrategia que tenían que seguir.

- ¡La has cagado Harry! – le gritó Jimena - ¡Ahora qué! Ni tú ni yo podemos acercarnos a la empresa.

- Si hubieses conseguido follártelo no estaríamos aquí – respondió Harry y la miró furioso – pero no vales ni para meterte en su cama.

Jimena encajó el golpe y se calló.

- Esto es lo que vas a hacer – le sermoneó Harry – y ¡Por Dios! ¡Te juro que como falles no respondo! Vas a ir a Anderson & Asociados a disculparte con Jack por la “horrible” actuación de tu hermano. Papá te pagó algunas clases de arte dramático así que no te resultará difícil ser amigable. Lo de meterte en su cama vamos a olvidarlo, está alerta respecto a ello. Vas a convertirte en una prima adorable y vas a conseguirme el dossier de seguridad del partido del Real Madrid con el Atlético, Rebeca nos ayudará, a diferencia de ti yo si he conseguido meterme en la cama de esa cabeza de chorlito.

- ¿Qué vas a hacer Harry?

Jimena preguntó temerosa. Una cosa era intentar pescar la fortuna de Jack a través de una trampa para el matrimonio y otra era meterse con la empresa familiar.

- Vamos a hacer Jimena – recalcó – los dos vamos a hacer que Jack fracase en ese proyecto y de paso eliminar del juego a esa putita morena que lo tiene encandilado. Después volveremos al plan inicial. Te casarás con él.

- Harry... yo no creo que....

Jimena intentaba explicar que eso no sucedería jamás. Jack no la trataba como una mujer, sólo como alguien cercano a la familia, como una prima

lejana.

- Tú no tienes que creer nada, Jimena, tú tienes que hacer lo que yo te diga si quieres seguir con tus compras y tus fiestas, así que no me jodas o te joderé yo a ti.

Harry estaba furioso, pensó Jimena, no le convenía enfurecerlo más, le haría caso y, que Dios les cogiese confesados, si todo se les iba de las manos. Prácticamente estaban perdidos ya, las deudas empezaban a sobrepasarlos a ambos así que se resignó y decidió acatar sus planes.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 5

*“Las grandes oportunidades para ayudar a los demás rara vez vienen, pero las pequeñas nos rodean todos los días”*

*Sally Koch*

Cuando Helena abrió los ojos estaba empezando a amanecer, la claridad se filtraba por la ventana de su habitación ya que ayer no se había molestado en bajar la persiana. Sólo se había ocupado de satisfacer el deseo que sentía por Jack casi desde el mismo momento en que se tropezaron en el vestíbulo de Anderson & Asociados. Jack se había ocupado de ella como nunca nadie lo había hecho antes, nunca hubiese imaginado que ella pudiese despertar el deseo de un hombre así. Mientras lo observaba dormir, sonrió, era guapísimo, sus rasgos faciales estaban relajados al igual que su respiración era reposada. El edredón se había bajado y veía como su pecho subía y bajaba suavemente, su poderoso brazo extendido hacia ella sin tocarla. Se sonrojó al recordar la noche anterior, cómo lo había desnudado lentamente, cómo había sido tan osada al lamer la corona de su miembro, ella no tenía mucha experiencia en el sexo, con Andrés nunca había sentido esa corriente de deseo que eliminaba toda su inhibición, nunca la habían tocado como cuando Jack la desnudó, definitivamente la noche anterior había sido su mejor experiencia. Se estremeció de deseo otra vez, su mano se movió hasta posarse en el hombro de Jack, descendió con una caricia suave por su brazo, con la yema de los dedos repasó su bíceps, poderoso aun en reposo, avanzó lentamente acariciando el vello que lo envolvía hasta su muñeca y volvió a subir. Jack sintió la lenta caricia de Helena antes de abrir los ojos, decidió hacerse el dormido unos minutos más para disfrutarla. Era la primera vez que dormía toda la noche junto a una mujer, había descansado como nunca, Helena lo había satisfecho como nadie antes, recordó su expresión cuando la acarició para darle su primer orgasmo juntos y su miembro se despertó con el recuerdo de sus labios entreabiertos gimiendo y suplicando que acabase con el tormento a sus pezones hipersensibles. Abrió los ojos y se encontró con los negros de Helena mirándolo, ninguno de los dos apartó la mirada durante unos minutos y Helena prosiguió con su caricia. Estaba preciosa, con el pelo revuelto, los labios sonrosados, toda suave y calentita bajo el edredón, no iba a aguantar mucho más sin tocarla.

- Buenos días, preciosa.

- Buenos días – sonrió Helena.

Jack levantó su brazo y la rodeó por la cintura atrayéndola hacia él.

Helena sintió su erección mañanera apoyándose en su vientre y contuvo el aliento. Jack acarició su espalda y posó su mano en su mejilla inmovilizándola mientras acercaba sus labios a los de Helena, la besó suavemente, deslizó la punta de su lengua por su labio inferior y luego lo mordió ligeramente tirando de él, su lengua invadió la boca de Helena hasta que ella se la atrapó con la suya en una lenta danza que los dejó jadeando. La mano de Helena acarició su pecho y la de Jack abandonó su cara para deslizarse una caricia apenas insinuada a sus pezones ya erectos para alcanzar su destino final en el centro de su placer. Con las yemas de los dedos acarició su humedad para comprobar que estaba preparada para él. Sin dejar de besarse Jack se colocó de espaldas y la arrastró con él colocándola a horcajadas en sus caderas. Helena gimió excitada, toda abierta contra el cuerpo de Jack sentía la necesidad de restregarse contra él buscando alivio, levantó las caderas y con su mano agarró la potente erección de Jack que la besó con voracidad al sentir su caricia recorriendo lentamente su miembro mientras lo guiaba para introducirlo en su interior, cuando la llenó por completo Helena comenzó a mecerse adelante y atrás, siguiendo el ritmo de sus lenguas, dolorosamente lento para el ansia que sentía Jack por ella. La sujetó por las caderas aumentando la rapidez de sus movimientos, al mismo tiempo que la danza de sus lenguas se volvía frenética y sus bocas recogían sus gemidos agitados, Jack sentía que su orgasmo estaba a punto de desbordarse, se contuvo esperando a Helena, soltó sus caderas y pellizcó con fuerza sus pezones. Helena siguió moviéndose con la cadencia que Jack le había pedido, cuando sintió los dedos de Jack estirando sus pezones un placer fulminante recorrió su vientre y un orgasmo demoledor la estremeció con fuerza, gritó en la boca de Jack y lo besó con avidez hasta que sintió como la sostenía fuertemente por las caderas para inmovilizarla mientras la embestía, una vez, dos, y se vaciaba en ella ahogando un gemido gutural en su boca. Helena se desplomó sobre el pecho de Jack, sintió como él acariciaba su espalda mientras sus respiraciones volvían a la normalidad. Se irguió para acostarse a su lado, sintiendo como una dolorosa pérdida la salida del miembro de Jack de su interior. Sus ojos volvieron a encontrarse, Jack acarició su pelo.

- Dime qué tengo que hacer para despertarme así más a menudo – dijo Jack sin reparar en el significado de esas palabras.

Helena contuvo la respiración, no se esperaba algo así, despertarse juntos a menudo daba a su incipiente relación, un halo de estabilidad que ella no había previsto tan pronto. No tenía muchas esperanzas de que Jack siguiese

interesado en ella mucho tiempo, aún no podía entender qué veía en ella para desearla con tanta intensidad. Sin embargo el que Jack expresase el deseo de volver a dormir con ella hacía realidad su mayor temor, ella ya se había enamorado de él. Probablemente acabaría estrellándose con la intensidad de ese sentimiento, pero en ese mismo instante decidió que no iba a luchar contra él, simplemente procuraría prepararse para cuando sucediese lo irremediable, que Jack se cansase de alguien tan normal como ella.

Jack vio su expresión seria, algo dudosa. ¿Acaso Helena no estaba a gusto con él?. Hacía unos instantes tenía el aspecto de una mujer completamente satisfecha, pero ahora parecía ¿arrepentida de haber pasado la noche con él? Era consciente de que iba todo demasiado rápido pero la realidad era que ni podía ni quería echar el freno con ella, porque tras lo sucedido la noche anterior en casa de sus padres ya la consideraba su pareja.

- ¡Eh!.... pequeña.... - Jack sostuvo su barbilla para encararla - ¿No me quieres aquí contigo?

- No es eso. – Se apresuró a contestar Helena. Por nada del mundo quería que Jack se fuese de su lado.

- ¿Entonces? ¿Qué te ha puesto así? Estás tristoná.

Helena respiró hondo y como había hecho hasta ahora con Jack, decidió responderle sinceramente.

- Ni en mis mejores sueños esperaba que apareciese en mi vida alguien como tú, Jack – le acarició la mejilla algo rasposa por la incipiente barba de la mañana – Anoche fue la mejor noche de mi vida, lo que tú me has hecho sentir... ¡Bueno!... pensaba que eso no era para mí. Por eso cuando has dicho que querías volver a repetirlo, simplemente he pensado en que por qué alguien como tú, desearía tener algo con alguien como yo.

- ¿Cómo tú?

- Si... como yo... ya has visto lo que hay, Jack, supongo que físicamente no soy gran cosa si lo comparo con lo que yo creo que es tu tipo de mujer.....

- ¿Mi tipo, Helena? ¿Cuál es mi tipo? - Jack lanzó su pregunta algo molesto. No podía creerse que después de lo de anoche y de lo de esta mañana Helena dudase de su deseo.

- Bueno... supongo que... - ¡Dios mío!, ¡En qué jardín me he metido!, ¡Y aun sin tomar mi primer café! Helena intentaba encontrar las palabras a toda velocidad.

- Dado que tú eres un hombre espectacular, tus.... ¿amigas? – no quería pronunciar la palabra novias – serán también espectaculares.

- Así que, según tú, mis ¿amigas?, como tú dices, son algo así como el tipo de mujer físicamente perfecta y tú no encajas en él.

Jack seguía algo enfadado todavía, pero más tranquilo porque advertía que Helena estaba muy insegura respecto a su valía como mujer. ¡Dios! Si ella supiese que él había tenido una erección permanente desde el primer momento a su lado.

- Eso es evidente. - A Helena le molestó la aclaración de Jack. Pensarlo ella era una cosa pero oírlo de su boca hería su ego ya lastimado.

- Entonces – prosiguió Jack, iba a darle una lección de autoestima acelerada – de tus palabras deduzco que tienes un pobre concepto de mí como persona. Debes de creer que te he utilizado anoche y hace un momento, esta misma mañana, para satisfacer mi deseo insaciable contigo ya que no tenía a ninguna de mis “amigas” cerca. Así que, aunque tu cuerpo es tan poca cosa comparado con el de esas otras, para un trabajito de una noche soy capaz de rebajar mis estándares en lo relativo a lo físico porque ¡Dios nos libre de pensar que Jack busca algo más en una mujer que el cuerpo de una modelo!. Por supuesto, eso significa que soy un completo capullo egoísta, ya que ahora me levantaré, me iré y esta noche buscaré a alguien cuyas medidas se ajusten a mi tipo. ¿Me equivoco Helena? ¿Es eso lo que piensas de mí?

Helena estaba anonadada por su discurso, estaba tan serio que asustaba, y sus palabras... ¡Dios!... la habían atravesado, desgarrándola por dentro, tenía un nudo en la garganta que no le permitía hablar así que se limitó a negar con la cabeza.

- Con palabras, Helena.... – la regañó – ya te dije ayer que quiero que me mires a los ojos y me digas lo que piensas, lo que deseas...

- No – murmuró Helena.

- No ¿qué? – exigió con firmeza.

- No creo que seas un capullo egoísta.

Es lo único que consiguió decir Helena mientras sentía una lágrima resbalar por su mejilla. No se podía creer que de nuevo estuviese llorando delante de Jack, al final conseguiría que pensase que era poco más que una niñata inestable.

Jack suspiró resignado, Helena era muy vulnerable, muy insegura respecto a su físico y mucho se temía que también respecto a ella como persona. Se valoraba tan poco que no entendía como alguien podía sentirse atraído por ella, sin embargo, Jack sabía que, en cuanto alguno de sus amigos la conociesen, verían lo que él había tenido la suerte de encontrar primero, una

preciosa morena pequeñaja con un corazón que no le cabía en el pecho, una conversación inteligente y una compañera encantadora. Casi podía sentir los celos al pensar en verla con alguno de ellos. Ahora sólo quedaba hacer que ella se viese así.

Helena no se atrevía a moverse, las lágrimas seguían derramándose mientras se sentía estúpida por haber sacado esa conversación tras un despertar maravilloso. En vez de disfrutarlo a tope lo había estropeado todo. Vio como Jack se incorporaba con un suspiro y pensó que se levantaba para irse. Tapó su boca con la mano al sentir que un sollozo escapaba incontrolado de su garganta. Lo vio levantarse y rodear la cama hasta donde estaba ella, se sentó a su lado y bajó la ropa de cama hasta dejarla completamente expuesta a sus ojos.

Jack no soportaba ver a Helena llorar, tenía un puño apretándole el corazón, angustiado comprobó que le había hablado con dureza pero era necesario para que entendiese lo que le tenía que decir ahora.

- Helena... no llores, cariño... - le dijo mientras volvía a limpiar las lágrimas de su rostro como había hecho ayer – Shh... pequeña... no soporto verte llorar... escucha lo que tengo que decirte, preciosa.

Su tierno gesto acompañado de la dulzura de sus palabras detuvieron el llanto de Helena. Estaba desconcertada, su gesto serio había desaparecido y, en su lugar, volvía a estar el Jack amable y comprensivo de siempre. Sus ojos volvieron a encontrarse y ya no se soltaron mientras Jack le habló.

- Helena... no voy a engañarte diciéndote que nunca he estado con una mujer con cuerpo de modelo, de hecho, casi siempre era así. Tampoco te engaño si te digo que nunca he dormido abrazado a ellas como he dormido esta noche abrazado a ti. No te engaño si te digo que nunca me he despertado haciendo el amor con ellas como lo he hecho contigo hace un momento. No te miento si te digo que me importa muy poco si piensan que fui con ellas un capullo egoísta, pero sí me importa lo que tú pienses, porque a diferencia de todas las demás, lo que hemos sentido desde que nos conocemos es tan intenso que no soporto pensar que lo menosprecias, que te menosprecias. Eres preciosa, no me canso de decírtelo, me encantan tus ojos negros, tus hoyuelos cuando sonríes, tus labios cuando nos besamos, tus pequeños pechos que me tientan y tu botón de placer que sé que cuando lo pruebe será tan dulce que me volveré adicto a él.

Helena contenía la respiración porque mientras Jack hablaba, iba acariciando con sus dedos cada parte del cuerpo que mencionaba.



- Pero lo que quiero que entiendas- prosiguió Jack posando la mano en su corazón – es que si bien hay una atracción física innegable, me gusta más lo que guardas aquí dentro, lo que me has mostrado en este tiempo, dulzura, nobleza, confianza, el compromiso que vas a adquirir con Anne y también lo que hay aquí – posó la mano en su cabeza – tu capacidad para intentar salir adelante utilizando tus habilidades, tu inteligencia al comprender mi situación personal. Resumiendo, preciosa, me gustas tú entera, tu cuerpecito cuando me abrazas, tu corazón y tu mente. Sólo espero estar a la altura de lo que tú me has dado hasta ahora.

El corazón de Helena se expandió ante sus palabras como una mariposa volando hacia un sol luminoso. Se incorporó de golpe y se abalanzó sobre él, rodeándolo con sus brazos y piernas como un mono. Jack por poco se cae hacia atrás al intentar sostenerla.

- Jack... - Helena agarró su cara para besar sus labios – lo siento... - volvió a besarlo – tú – beso – eres – beso – lo mejor – beso – que me ha pasado – beso – nunca – beso. Sólo tengo miedo de no ser suficiente para ti.

- Helena, preciosa... sólo hay una cosa que podría separarme de ti y es que no pudiese confiar en ti y, creo que eso entra dentro de las cosas que nunca sucederán.

- Nunca – prometió Helena – nunca te traicionaré.

- Lo sé – sonrió y le dio un cachete en el culo.

- Ay... - protestó Helena.

- Vamos a ducharnos perezosa, tenemos que trabajar.

A Helena le surgió otra duda.

- Jack... - le dijo - ¿Cómo quieres que actúe en el trabajo? No te preocupes, seré discreta, lo mejor será que me vaya en metro primero para que no nos vean llegar juntos...

- Para el carro Helena, no voy a esconderte, ni en la empresa, ni en ningún otro sitio. Quiero presumir de ti, así que, iremos juntos al trabajo, te voy a invitar a desayunar en la cafetería del hotel donde empezó todo y volveré a entrar en la empresa de la mano contigo.

- Jack.... – Helena sonrió. No podía ser tan feliz – en el fondo eres un romántico....

Jack se encogió de hombros y volvió a darle un cachete.

- Puede.... – le dijo misterioso – Vamos allá o no respondo de que llegues a tiempo... y aunque seas la novia del jefe hay que ser puntual.

La novia del jefe.... novia... Helena sintió que no podía ser real. Cruzó

los dedos mirando al techo. No quiero despertarme... pensó mientras se dirigían a la ducha.

Una vez en la cafetería del hotel, en la misma mesa dónde empezara todo, Helena estaba ensimismada escuchando a Jack mientras le detallaba las reuniones a las que asistiría en los próximos días.

- Realmente estamos preocupados por la seguridad del partido, esta vez parece que se está gestando algo gordo.

- Bueno... No deja de ser un partido de alto riesgo, ¿no?, dos equipos de la misma ciudad, con aficionados ultra, una final en juego. Tiene que ser difícil organizar todo el dispositivo.

- En esencia, el planteamiento es el mismo que llevamos usando en otros partidos similares, sólo que en esta ocasión reforzaremos la seguridad con más efectivos, la policía hará lo mismo. No me gusta recurrir a agencias de colocación pero no me queda más remedio.

- ¿Por qué no te gusta? Tú necesitas a alguien puntualmente y ellos tienen una cartera de candidatos a tu disposición – razonó Helena.

- Si se tratase de sustituir a un administrativo no me importaría pero me cuesta dejar la responsabilidad de un evento así en manos de personas que no son empleados nuestros, pero tampoco puedo tenerlos en plantilla todo el año porque no existe carga de trabajo suficiente – le explicó Jack – Cuando el árbitro pite el final respiraré tranquilo.

- Seguro que va todo bien – lo reconfortó Helena colocando una mano sobre la suya – si puedo ayudarte en algo...

Jack le sonrió mientras le acariciaba distraídamente el pelo.

- Ya lo haces, me relaja comentarlo contigo. De todos modos necesitaré que Inés o tú me acompañéis a la última reunión, ya sabes, hay que tomar un montón de notas, además de llevar la documentación de las personas que formarán parte del dispositivo.

- Vale, me encantaría ir contigo, pero dejaré que Inés decida lo que es mejor- respondió Helena mientras inclinaba la cabeza para aceptar el beso que Jack le ofrecía.

Volvieron a saltar chispas cuando sus labios se rozaron, pero una discreta tos los sacó a ambos de su burbuja. Cuando Helena alzó la mirada se encontró con una mujer de una belleza extraordinaria, alta con una coqueta melena rubia tan lisa que reflejaba los rayos de sol que entraban por la ventana, unos ojos azul cielo en un rostro perfectamente maquillado. Se tensó al oír el tono seco de Jack.

- Jimena, ¿Qué haces tú por aquí?

- Hola Jack, yo también me alegro de verte – le respondió Jimena con una mueca – iba a acercarme a tu despacho cuando te he visto aquí.

- Pues tenemos algo de prisa.

Jack se levantó y le tendió la mano a Helena que alucinaba con el cambio en su rostro. No sólo estaba tenso, sino que su voz transmitía furia disfrazada de una helada cortesía. Daba miedo enfrentarse a él pero parecía que a Jimena le traía sin cuidado el tono de Jack. El hecho de que Jimena la ignorase deliberadamente no la molestó tanto como la imagen de ellos dos como pareja, Jack le había asegurado que no había nada entre ellos pero realmente, el pensar en el efecto que causarían verlos aparecer juntos, tan guapos los dos, hizo que el estómago se le revolviese.

- Oye Jack... - le reprochó Jimena – solo he venido a disculparme contigo. Verás me he enterado del numerito que montó Harry ayer y realmente te digo que estoy muy disgustada con él. Me he enterado de que no permitirás que accedamos al edificio pero, tienes que entender que, por el bien de la Fundación necesito reunirme contigo por lo de la cena de gala. Por favor... Harry sólo quiere lo mejor para mí.

Helena observó con disgusto como Jimena prácticamente no apartaba la vista de Jack e intentaba despertar su interés mostrándose apenada. ¡Por Dios! Si prácticamente estaba haciendo pucheros. ¡Claro que Jack era lo mejor para ella! La tigresa celosa de su interior estaba afilando las uñas. Respiró hondo. No iba a dejarse llevar por ese camino, sólo la haría sentirse mal, recordó su máxima de que no se puede obligar a un hombre a estar con una, si Jack mostraba interés por otra mujer eso significaría que ella no le importaba lo suficiente. ¡Decirlo era muy fácil! Pensó en la conversación de esta misma mañana, en cómo Jack había derribado todas sus inseguridades. Tendría que aprender a vivir con ellas si quería que aquella relación funcionase.

Jack estaba muy enfadado, aquella era Jimena actuando en estado puro, en modo niña pequeña pidiendo perdón, no le gustaba un pelo, pero tenía que reconocerle la valentía de acudir a pedir disculpas y, en el fondo, sabía que a ella no podía evitarla como a Harry. La Fundación era importante para los Anderson.

- Mira Jimena – le dijo muy serio – el que tendría que disculparse es Harry, pero ambos sabemos que no lo hará, una porque es un cobarde y otra porque si lo vuelvo a ver cerca de Helena le parto la cara. Esta vez lo advertí, la próxima no le daré opción.

Helena se tensó. ¡Vaya con el calmado de Jack! Pensó. Observó que Jimena tragaba saliva antes de responder sumisa.

- De acuerdo Jack. Se lo recordaré.

- En cuanto a lo de la Fundación – prosiguió Jack – me reuniré contigo de hoy en quince días, sobre la una, tengo una reunión importante ese día, mi madre ya te ha dicho que estamos liados con lo del partido, y tengo que prepararla bien. No puedo atenderte antes.

Jimena asintió mientras Jack rodeaba a Helena por los hombros con gesto protector.

- Pero que te quede claro que es algo excepcional y por el bien de la Fundación. ¡Ah! Que te quede claro también que Helena me acompañará a la cena, a esta y a todas las demás. Estamos juntos y no quiero vuestras intrigas cerca. Espero que no volvamos a tener una conversación de este tipo.

Jimena abrió los ojos de una cuarta cuando Jack presentó a Helena como su pareja. A Harry le iba a dar un patatús. Decidió fingir con ellos, al fin y al cabo, tenía autorización para entrar en la empresa y en el despacho por mismas fechas en las que se celebraría una reunión por lo del partido, por lo que la probabilidad de conseguir el dossier era alta.

- Por supuesto Jack permíteme que os felicite. Hacéis una pareja estupenda. A la una entonces si te parece bien.

Jack asintió. A Helena, la sonrisa de Jimena mientras hablaba le heló la sangre, no la creía ni por todo el oro del mundo. La vio mientras salía de la cafetería saludándolos con la mano. Helena miró a Jack esperando un comentario, pero no pudo contenerse.

- Es preciosa.

- Sí – respondió Jack – preciosa pero sin alma – la miró – no como tú.

Jack la besó en la frente y de la mano se dirigieron a la oficina.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 6

*“La venganza es una herencia de las almas débiles; nunca se cobija en los corazones fuertes”*

*Theodor Korner*

Las dos semanas siguientes transcurrieron con un ritmo de trabajo frenético en todos los departamentos de Anderson & Asociados para tener lista toda la documentación que Jack necesitaría en la reunión final que iba a definir los detalles sobre la seguridad en el partido. Jack iba de reunión en reunión para no desatender a otros clientes, por el día apenas se veían pero casi todas las noches acudía al apartamento de Helena, tras cenar juntos daban rienda a su deseo haciendo el amor de manera apasionada. Jack se había acostumbrado ya a dormir con Helena y no se planteaba lo contrario, además le gustaba mucho desayunar con ella y acompañarla al trabajo cada día. El lunes de su tercera semana en la empresa Inés decidió que al día siguiente fuese Helena la que acompañase a Jack a la reunión.

- ¿Estás segura Inés?

- Sí, cielo, te vendrá bien, aprenderás un montón. Yo ya he acudido a muchas de estas reuniones y prefiero que en esta ocasión acudas tú - respondió Inés mientras recogía y archivaba los últimos documentos del día - Tú sólo toma nota de todos los cambios de última hora y lo más importante es archivarlo todo cuando llegues de la reunión, ya sabes que ese expediente no puede andar rodando por la empresa.

- De acuerdo, lo entiendo. De todos modos cuando vuelva lo revisaré contigo. Jack tiene una reunión con Jimena a la una así que tendremos tiempo.

Helena la miró a los ojos, los azules de Inés mostraban contrariedad y ella sabía que podía confiar en ella, es más, a la velocidad a la que avanzaba su relación con Jack realmente necesitaba un apoyo. Así que decidió confiarle sus inquietudes, a pesar de que Jack y Helena no se habían escondido, aún no se había atrevido a hablar con Inés del tema, lo cual le inquietaba, ya que la mujer la había acogido sin reservas y estaba aprendiendo mucho a su lado. Decidió no demorar más esa conversación.

- Inés, ¿puedo contarte algo personal?

- Claro cielo, siéntate aquí.

Inés la acompañó hasta los cómodos sofás donde se sentaban las visitas mientras esperaban a Jack.

- Cuéntame ¿qué te preocupa?

- Realmente no sé por dónde empezar - la miró a los ojos.

- Pues por el principio, cielo, por el principio, Jack ya me ha dicho que has pasado su prueba - confesó Inés.

Helena sonrió. Jack realmente confiaba en esta mujer y ella se preocupaba por él así que no dudó más.

- Si, parece que la pasé - dijo sonrojándose - Anne es un chica estupenda. Supongo que te habrá contado que me ofrecí a ser su tutora en su programa para aprender a vivir sola .

Inés asintió complacida.

- Me lo cont. Te honra Helena, que dediques tu tiempo a Anne dice mucho de ti como persona.

- No busco un cumplido Inés, sólo quería saber hasta dónde te contó Jack, lo que hago lo hago porque Anne merece avanzar todo lo que pueda.

- Bueno, Jack me lo ha contado todo, Helena, no le he dejado opción, la verdad. Lo quiero mucho y hacía tiempo que esperaba que encontrase a alguien como tú, cuando os vi aparecer al día siguiente, cogidos de la mano y cuando te besó en la mejilla al acompañarte a tu mesa supe que todo había ido como la seda.

- Ya imaginaba que sabías que estábamos juntos. - La miró algo angustiada  
- Sé que eres leal a Jack, pero también vas a ser mi compañera y no quiero secretos contigo, ni que esto suponga un problema entre las dos.

Inés se apresuró a tranquilizarla al respecto. Realmente cada vez le gustaba más Helena, era dulce y considerada.

- No hay ningún problema Helena, ya te digo que estoy encantada de que estés aquí y de que estés con Jack como pareja.

- Es que va todo tan deprisa que siento que he perdido totalmente el control de mi vida en apenas un par de semanas.

- Es normal que te sientas así - sonrió Inés - Jack es como su padre, cuando quiere algo lo quiere ya... contigo ya quería algo antes de llevarte a su casa a conocer a Anne y después de que todo salió bien... ¿Por qué esperar más?

- Lo hace todo a lo grande.... - reflexionó Helena.

- Ya lo irás viendo cielo - se carcajeó Inés - no lo pongas en duda. Pero además de eso hay algo que te preocupa. ¿verdad?.

- Se trata de Jimena - procedió a relatarle sus impresiones - Mira, en mi tierra me llamarían meiga, pero realmente creo que ha fingido todas y cada una de sus palabras aquella mañana en el hotel. Su sonrisa, sus gestos..... me han dado mala espina... y mañana viene a reunirse con Jack por lo de la

Fundación. No querría que lo incomodase. Está preocupado por la reunión... Igual estoy viendo donde no hay pero.....

- Tranquila Helena, Jack sabe manejarla a la perfección, y como mujer no tiene nada que hacer con él. De todos modos aquí estamos las dos para vigilarla ¿vale?. Si te sirve de ayuda quiero que sepas que opino como tú en esto. No me gusta Jimena pero tendremos que aprender a bregar con ella.

El sonido de la puerta del despacho de Jack al abrirse las interrumpió. Helena suspiró, estaba muy atractivo a última hora del día con su chaqueta en la mano, su corbata aflojada y el pelo revuelto. Sus ojos mostraban cansancio y su mirada denotó preocupación al verlas allí sentadas. Rápidamente se acercó a ellas.

- ¿Ha pasado algo?

Ambas negaron con la cabeza. Helena volvía a quedarse sin palabras en su presencia, verlo era al mismo tiempo familiar y extraño, familiar porque se conocían todo lo íntimamente que podían y extraño porque era todo tan reciente que se quedaba anonadada de que Jack quisiese estar con ella. Apenas se habían visto durante el día enfrascados cada uno en su trabajo y ahora se ruborizaba al verlo acercarse. Inés sonrió ante el sonrojo de Helena.

- Estaba poniendo al día a Helena sobre lo que debe hacer mañana en la reunión, he pensado que es mejor que te acompañe ella, si a ti te parece bien.

- Lo que vosotras decidáis está bien- dijo Jack y se dirigió a Helena - coge lo que vayas a necesitar porque mañana ya no pasaremos por aquí.

Helena asintió y se apresuró a levantarse e ir hacia su mesa para recoger su Tablet y su carpeta de notas. Aunque la Tablet estaba bien, se fiaba más de su mano para tomar notas con rapidez. Cogió su bolso y, al volverse para dirigirse a la puerta, observó que Jack e Inés se miraban con una sonrisa diciéndose algo con la mirada. Volvió a sonrojarse cuando Jack se acercó y la cogió de la mano.

- Hasta mañana chicos, suerte en la reunión.

- Hasta mañana Inés - respondieron a coro.

Cuando estaban en el garaje de la empresa, ya en el interior del coche, Jack se giró hacia ella cogió su cara entre sus manos y la besó posesivamente, Helena no se demoró en darle acceso y Jack no perdió el tiempo. Ansiaba saborearla con su lengua y repasar cada recoveco de su interior. Cuando la sintió gemir se separó sin soltar su cara y acariciando sus mejillas con los pulgares sonrió al ver el deseo en sus ojos.

- Hola - susurró dándole un tierno beso en sus labios.

- Hola - consiguió responder Helena, estaba temblorosa y excitada.
- Llevo deseando besarte todo el día... apenas he salido del despacho porque si te veía estaba seguro de que te tumbaría en la primera mesa que encontrase para comerte entera - confesó Jack mirándola a los ojos.
- Yo también te he echado de menos - dijo Helena acariciando las manos que sujetaban su cara - saber que estabas ahí a unos pasos....
- Dios... - gimió Jack - no me digas eso... Tengo que tenerte en mi despacho y pronto... en mi mesa, en mi sofá, en mi alfombra...
- Tenemos carabina Jack - bromeó Helena mientras se excitaba más pensando en ellos encima de la gran mesa del su despacho.
- Le daré vacaciones pronto... o no sé... la mandaré a algún recado absurdo... pero no esperaré mucho. Te deseo allí.

Volvieron a besarse con desesperación y cuando Jack introdujo su mano por debajo de la blusa de Helena ésta se estremeció y pensó que alguno de los dos tenía que parar.

- Jack... estamos en el aparcamiento... no podemos.... - consiguió decirle entre besos.

- ¡Mierda! - maldijo Jack separándose de ella- Nos vamos a mi casa, ahora mismo, recojo las cosas para mañana y nos quedamos en tu apartamento. ¿Puedo? preciosa.... Estoy loco por pasar otra noche contigo pequeña....

Helena lo miró asombrada. Llevaban durmiendo juntos casi todos los días desde la primera vez. Jack nunca le había pedido permiso para hacerlo, simplemente aparecía, cenaban y se acostaban juntos. Iba todo tan rápido, que necesitó un momento para reflexionar sobre lo que ella quería. Estaba muy excitada y lo deseaba con locura, deseaba dormir acurrucada con él de nuevo, charlar un rato, hacerle la cena... deseaba su compañía y no sólo el sexo, que también. Estaba completamente enamorada de Jack. Había caído en apenas quince días. ¡Por Dios! estaba loca por él.

Jack esperaba su respuesta con impaciencia, sin embargo el rostro de Helena revelaba incertidumbre.

- Oye preciosa.... sé que no te estoy dando tregua, pero si dudas o necesitas tiempo, dímelo.

Estaba tan duro que no sabía si sería capaz de conducir, le aterraba asustarla con su ímpetu pero no podía soportar la idea de que cada uno pasase la noche en su casa, separados, sin tocarse, sin hablarse..... Era extraña esa necesidad de compartir todo lo cotidiano del día con ella, aún no quería ponerle nombre pero esos enormes ojos negros le pertenecían, eran suyos.



Quería reclamarlos como un troglodita, para que solo lo mirasen a él, ningún otro vería su reflejo en ellos. Le iba a costar la vida renunciar a ella esta noche pero si ella se lo pedía lo haría sin recriminaciones.

- Jack... va todo muy rápido... - empezó a decir Helena pero no pudo seguir porque Jack la interrumpió.

- Lo sé preciosa... te deseo tanto que te estoy abrumando... no te preocupes te dejaré en casa...

Helena posó el dedo índice en sus labios para hacerlo callar.

- No me interpretes mal, Jack... va todo muy rápido... pero yo también deseo pasar esta noche contigo. Quiero que vengas a mi casa, me siendo más cómoda allí, quiero hacerte la cena mientras descansas un rato en el sofá, estás agotado..., después quiero ver un rato la tele acurrucada a tu lado y que me hagas lo que quieras... si aún quieres...

- ¡Dios!. ¡Preciosa!..... es la mejor propuesta que me han hecho nunca.... Pequeña, vamos muy rápido pero estamos muy seguros de todo esto ¿verdad cariño?. - Jack la besó suavemente esperando su respuesta.

- Si Jack . Estamos seguros de ello. A veces, no hace falta tener un montón de citas para saber lo que quieres.

- De hecho preciosa.... acabo de darme cuenta de que no hemos tenido una cita.... Este jueves iremos a cenar, me gustaría que conocieses a Héctor, mi mejor amigo. ¿Te importaría mucho si cenamos con él? Te prometo que tendremos más citas los dos solos.

- Me encantará conocerlo, claro que sí, cenaremos los tres - sonrió Helena

- Déjame en casa mientras tú vas a la tuya y voy adelantando todo ¿vale?

- Tu mandas preciosa.... pero antes de arrancar voy a besarte a gusto.

Y eso hizo, hasta que sus gemidos se volvieron demasiado, entonces la soltó y arrancó con un rugido su potente deportivo.

Helena trajinaba por la cocina preparando los ingredientes para dos sabrosas ensaladas, mientras tarareaba Quién, su canción favorita de Pablo Alborán, se había duchado al llegar y optó por la comodidad al vestirse con unos cómodos leggins negros y una floja camiseta amarilla que resaltaba su tono de piel. Pensaba en Jack, su corazón cambiaba la forma de latir cada vez que acudía a su mente, era tremendamente guapo pero lo que la hacía estremecerse era la ternura de sus ojos, la dulzura de sus palabras y la delicadeza de sus manos cuando la tocaba. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un fuerte timbrado, se dirigió a la puerta sonriendo ante la rapidez con la que Jack había llegado. Cuando la abrió no estaba Jack, era

Lola, su vecina.

- Hola Lola - sonrió Helena.

- Hola.... Desde el lunes que no te veo guapetona y hace semanas que no hablamos ¿cómo vas?.

- Bien..., pasa anda. Tengo que contarte - dijo Helena mientras se dirigían al sofá.

- Cuenta, cuenta.....

Helena sonrió al ver cómo Lola se frotaba las manos ávida de un buen cotilleo. Contempló a su amiga, llevaba una cuidada melena rubia a la altura de los hombros y tenía unos expresivos ojos azules que te miraban fijamente al hablar. Helena había observado que con otra gente esos ojos no transmitían nada, como si quisiera ocultarse y que nadie descubriese sus emociones. En cambio, cuando estaban juntas, Helena podía adivinar en ellos su alegría, su enfado o ese halo de tristeza que habitualmente acompañaba a Lola. No siempre la entendía, tenía veintiocho años, era esbelta, siempre arreglada por su profesión. Sabía que atraía a los hombres por cómo la miraban al pasar, pero no estaba con nadie, nunca hablaba de su divorcio y Helena se preguntaba el por qué, respetaba su intimidad, pero le gustaría verla con pareja. Todos estos pensamientos acudieron a su cabeza mientras le relataba las dos últimas semanas frenéticas que habían puesto su vida patas arriba. Al finalizar no pudo más que reírse al ver la expresión atónita de Lola.

- Cierra la boca, estás alucinando ¿no?

- Vamos a ver..... - Lola inclinó la cabeza y la miró entrecerrando los ojos - todo esto que me acabas de contar.... ¿de qué peli lo has sacado?

- Te juro que es verdad Lola.... yo todavía estoy en una nube pero es real, Jack es real, de hecho llegará de un momento a otro, te lo presentaré.

- Vaya... Helena... me alegro por ti... muchísimo... de hecho, te veo radiante - le señaló Lola pensativa.

- ¿Pero?

Helena se inquietó cuando vio a Lola suspirar, como dudando si explicarse o no.

- Por favor Lola... dime lo que piensas... eres la única amiga que tengo aquí...

Lola la miró a los ojos y relajó su expresión tensa.

- Esta bien, Helena, nunca te he hablado de esto, pero es que yo no creo en los príncipes azules de los cuentos románticos.

- ¿Príncipes azules?

- Sí, mira.... tu Jack me recuerda a Juan, mi exmarido.

- Oh.- Helena estaba asombrada. Era la primera vez que Lola sacaba el tema de su ex.

- Déjame que te explique Helena, no quiero decir con esto que Jack sea como Juan porque no lo conozco, es la historia que me cuentas lo que me recuerda a él.

- ¿Por?

Lola estaba tensa cuando la miró a los ojos y le relató su historia. Helena no salía de su asombro mientras Lola desgranaba su relato. Juan era un adinerado empresario dueño de una cadena de gimnasios en Madrid, Lola y él se conocieron porque ella abrió su negocio al lado de uno de sus establecimientos y, para darse a conocer, ofreció a los clientes del gimnasio unos bonos de descuento en la peluquería. Inmediatamente se enamoró de él, era guapo, atento, rico y parecía estar loco por ella. Le ayudó en los comienzos de la peluquería, le presentó un montón de gente guapa de Madrid, se veían a diario y pronto Lola se trasladó al piso de Juan porque él consideraba que ella tiraba su dinero pagando un alquiler cuando pasaban juntos todas las noches. Tras unos meses de convivencia, Juan le pidió matrimonio en un romántico fin de semana en París y Lola aceptó sin dudarle. Se casaron en una boda digna de un cuento de hadas y tras una luna de miel en una isla paradisíaca, Juan se quitó su careta. Al principio eran pequeños detalles, siempre tenía algo más importante que hacer cuando tocaba visitar a los padres de Lola en Toledo, poco a poco dejó de llevarla a cenar o a bailar porque decía que estaban más a gusto en casa si cocinaba Lola, en cambio él salía con sus amigos por los menos dos veces por semana. Luego empezó a presionarla para que ampliase su pequeña peluquería montando una cadena de franquicias y cuando Lola se negó porque ella no quería más e insistía que era feliz con su negocio tal y como iba, Juan comenzó a criticar su falta de ambición, su poco espíritu empresarial. Empezó a despreciar su trabajo, a criticar su aspecto, a compararla con otras mujeres empresarias de su entorno. Esas discusiones acababan a gritos y no había reconciliaciones amorosas después. Lola empezó a sentirse despreciada, minusvalorada, poco atractiva y se fue refugiando en sí misma. Un día tras una fuerte discusión, en la que Lola le recriminaba el haber llegado a casa de madrugada tras haber olvidado una cita para cenar con ella, Lola recibió su primera paliza. Estuvo tres días sin poder acudir a su peluquería por las marcas de los golpes. A partir de ahí, Juan se convirtió en un monstruo acosador y la golpeaba por cualquier cosa, la

cena no estaba a su gusto, había polvo en un mueble, no encontraba su camisa favorita... Lola vivía atemorizada, atrapada, intentando recuperar al Juan del que se había enamorado. Transcurrió un año hasta que, tras una última paliza ocurrida la víspera de que sus padres acudieran de visita, Lola no tuvo más remedio que contarles en qué se había convertido su vida. Sus padres, horrorizados, la obligaron a hacer las maletas, cerró su negocio un mes y se trasladó con ellos a Toledo. Juan se enfureció, les gritó y no paró de amenazarles hasta que un abogado amigo de los padres de Lola consiguió que firmase el divorcio a cambio de no hacer pública su condición de maltratador, lo cual, no sería bueno para la imagen de Juan y sus empresas. Tras tres meses de terapia Lola volvió a Madrid y reabrió su actual peluquería en un nuevo barrio, iniciando una nueva vida.

- De eso hace ya un año, Helena - finalizó Lola.

- Vaya.... Lola..., realmente no sé qué decir... lamento mucho lo que te ha ocurrido.

- Oye Helena, no te cuento esto porque piense que algo parecido te va a ocurrir a ti, sólo es que me dan miedo los hombres poderosos como Juan, como Jack, acostumbrados a tenerlo todo bajo su control.

- Jack no es así - lo defendió Helena - es bueno, es tierno.... me siento bien con él.

- Lo sé, Helena, no me interpretes mal - dijo Lola mientras le cogía la mano - sólo ten cuidado ¿vale? y que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

- Gracias Lola. Tendré cuidado. ¿Tú estás bien?

- Sí. Todo lo bien que puedo estar - respondió Lola - no he estado con nadie desde entonces y a veces echo de menos abrazar a alguien por las noches.

- Eres preciosa Lola, seguro que hay alguien que está esperando que aparezcas para amarte.

- Helena, no me atrevo a salir con nadie, no me atrevo a ir a una discoteca a ligar, aún tengo miedo.

- ¡Dios mío Lola! ¡Claro que tienes que tener miedo! ¿Quién no lo tendría en tu lugar? - la tranquilizó Helena – Oye este jueves Jack y yo vamos a ir a cenar con Héctor, un amigo, quiero que vengas.

- No Helena, no podría entrometerme en vuestra cita... yo... no puedo- negó Lola horrorizada.

- Lola, te lo pido por mí, ¿vale?. Va todo tan rápido que necesito a alguien

a mi lado, creo que ya estoy perdidamente enamorada de Jack y que vengas me ayudará, no me sentiré tan intimidada por cómo me verán sus amigos. Por favor.... di que sí.

- Esta bien, iré por ti, pero tienes que prometerme que no intentarás emparejarme con nadie. Seré la amiga que te acompaña pero nada de citas trampa. ¿Lo prometes?

- Lo prometo.

Helena se apresuró a aceptar. Lola necesitaba una amiga y ella también, intentaría hacerla salir de su cascarón poco a poco. El timbre de la puerta finalizó su conversación.

Jack estaba ansioso por encontrarse con Helena y cuando ésta abrió la puerta se apresuró a tomarla por la cintura y darle un beso hambriento.

- Hola preciosa - susurró en sus labios.

- Hola Jack.... - sonrió Helena sonrojándose - tenemos compañía.

Jack levantó la vista y fue entonces cuando vio a una bonita rubia con unos grandes ojos azules, estaba sentada en el sofá observándoles con expresión insondable. Se acercó a ella decidido y le tendió la mano.

- Hola soy Jack Anderson - le dijo a la desconocida.

- Encantada - Lola sonrió cautelosa - soy Lola Torres, la vecina de Helena.

La vecina misteriosa, pensó Jack. Se le daba bien calibrar a la gente pero Lola no le transmitía mucho, si cabe tenía un aire de tristeza, su mano estaba fría y algo temblorosa cuando se la cogió. Lola se excusó rápidamente.

- Bueno, yo os dejo tranquilos.

- De ninguna manera te vas - sentenció Helena, sorprendiendo a ambos con su vehemencia - te quedas a cenar con nosotros, ¿verdad Jack?

- Sí, por supuesto - respondió Jack al ver el ruego de Helena en su mirada ¡Mierda! – pensó cuando me mira así no puedo negarle nada.

- Yo no quiero interrumpir....

- No interrumpes nada - sentenció Helena decidida - Jack, quería decirte que he invitado a Lola a cenar con nosotros y tu amigo Héctor.

- Oye Helena... - intervino Lola - Jack y tú tenéis una cita... de verdad que yo... tal vez otro día...

Jack observó la expresión asustada de Lola y no le gustó, esa chica tenía miedo de algo y apostaría sus entradas para el próximo partido de Champions a que Helena estaba intentando ayudarla. Su pequeña era todo corazón, primero Anne y ahora Lola. Decidió en un instante que no iba a fallarle en esto.

- Lola, - le dijo - me alegraría mucho que pudieses venir. No es que piense que Helena se va a sentir sola con nosotros, pero me alegra saber que cuenta con amigas como tú y lo pasaremos bien. Mi amigo Héctor es un buen tío. Os caerá bien. ¿Estamos?

Helena sonrió agradecida a Jack. Decidió que luego le mostraría lo agradecida que estaba cuando estuviesen a solas.

- Bueno... pues entonces a cenar. Lola ¿me ayudas?

Lola no pudo más que asentir y acompañar a Helena a la cocina.

- Gracias.... - murmuró Lola.

- Gracias a ti Lola - respondió Helena apretando su antebrazo - encontraremos a alguien para ti...

- Helena... - reconvino Lola - no busco a nadie...

- Tranquila... a lo mejor alguien te busca a ti.

Estallaron ambas en carcajadas mientras terminaban de colocar la mesa y Jack las observó encantado desde el sofá mientras llamaba a Héctor para concretar los detalles de la cena.

- Te han pillado bien chaval - bromeó Héctor al escuchar a su amigo.

- Tú riete cabrón... que ya me reiré yo cuando te llegue a ti la hora.

- Buf... - bufó Héctor - eso tardará en suceder. Nos vemos en El Rigoletto a las nueve en punto. Ya hablaremos Don Juan.

- Ok Héctor, nos vemos.

Lola se despidió nada más terminar de recoger la cocina tras la estupenda cena que Helena les había preparado. Quedaron en volver a verse el jueves a las ocho y media. Una vez solos Helena cogió a Jack de la mano y lo obligó a sentarse en el sofá, después de acomodarlo a su gusto, se sentó a horcajadas sobre él, le rodeó el cuello con su brazos y acercó su boca a milímetros de la de Jack. Sintió como Jack se excitaba cuando la cogió por las caderas y la apretó contra la dureza que pugnaba por salir de sus pantalones. Ambos gimieron. Helena fue la primera en hablar, tras besarlo ligeramente.

- Gracias.

- ¿Por? - preguntó Jack frotando su nariz con la de Helena.

- Por entender que necesitaba que Lola aceptase acudir a la cena del jueves.

- Ah... ¿lo necesita Lola o lo necesitas tú preciosa?

- Bueno, en realidad, lo necesita más Lola, verás esta noche me ha contado lo sucedido con su matrimonio.

- ¿Y...?

Helena decidió no contarle exactamente lo que había sucedido en el matrimonio de Lola. Ella no le había dado permiso y sentía que la traicionaba si lo hacía, así que buscó las palabras que expresasen lo que Lola había pasado.

- Digamos que la ha dejado tan marcada que lleva casi un año sin salir.

- ¿Por él?

- Jack, lo que le pasó le hizo perder la confianza en todos los hombres.

- ¿Tanto daño le hizo?

Jack estaba empezando a imaginar por dónde iban los tiros y admiraba a Helena por su discreción al no desvelar las confidencias de su vecina.

- Sí... tanto.... Oye Héctor y su pareja serán amables ¿verdad?, es la primera vez que sale con amigos desde entonces y quiero que se sienta bien.

- Héctor es mi mejor amigo, le confiaría lo más preciado para mí y no te preocupes por su pareja porque está soltero.

- ¡Ah vale! no sé por qué pero lo imaginaba con novia.

- Pues no - respondió Jack estrechándola para besarla - pero ahora quiero hablar de nosotros, mejor que hablar quiero jugar.

- ¿Jugar? - sonrió Helena contra su boca - ¿A qué?

- ¿A médicos? ¿tú de enfermera?... - la besó - a lo que quieras... pequeña... pero desnudos aquí en el sofá.

- Jugaremos y seré mala - prometió Helena.

- Mmmm...

Jack deslizó las manos bajo su camiseta hasta alcanzar el cierre del sujetador a su espalda y lo soltó. Helena se estremeció ante la su suave caricia de sus yemas deslizándose por su espalda y atrevida apresó entre sus dientes el labio inferior de Jack y tiró de él lamiéndolo con lujuria después. Jack gimió y de un tirón la despojó de camiseta y sujetador, acarició con sus palmas los pezones erectos de Helena y sintió como se derretía entre su brazos.

- Quiero comerlos.- Jack se excitó aún más mientras su lengua los devoraba alternado lametazos entre uno y otro.

- Jack... - Helena estaba desesperada sólo podía gemir mientras se retorció de placer - así no puedo ser mala....

Jack alzó la cabeza para mirarla y sonrió mientras se deshacía de su polo y acto seguido tumbaba a Helena en el sofá para acabar de desnudarla acariciando sus piernas y sus tobillos mientras bajaba sus pantalones y sus braguitas. La dejó así, tumbada, con los ojos nublados por el deseo mirándola mientras se quitaba los pantalones y los calzoncillos y volvía a sentarse en el

sofá. La incorporó de nuevo a horcajadas y ambos contuvieron el aliento mientras Helena lo introducía lentamente en su interior. Cuando consiguió abarcarlo todo se inclinó para besarlo, acariciándolo con su lengua al mismo ritmo que seguían sus caderas, arriba, abajo y otra vez y otra más, ahora rotando sobre su miembro, ahora adelante y atrás, Jack se limitaba a sostenerla por sus caderas y a observar hipnotizado las expresiones de placer que mostraba la cara de Helena. Sentía que con cada embestida su clítoris se rozaba con su cuerpo, hinchándose y palpitando hasta que los movimientos de Helena se volvieron frenéticos mientras la sentía tensarse a punto de culminar la búsqueda de su placer. No necesitó más que ver la imagen erótica de Helena arqueándose, echando su cabeza para atrás y abriendo sus labios para dejar escapar gemidos de placer para que él se derramase en su interior al mismo tiempo que ella se estremecía y se dejaba caer jadeante sobre su pecho. Poco a poco recuperaron su respiración, Jack acariciaba su espalda y depositaba tiernos besos en la cabeza de Helena manteniéndose en su interior. Sonrió contra su pelo.

- Helena... preciosa... me encanta este juego.

- Mmmm...

Helena, estaba relajada y adormilada por sus caricias. Jack se incorporó con ella entre sus brazos y Helena se agarró a él como un mono mientras se dirigían al dormitorio. Sintió como separaba el edredón y la depositó en la cama. Helena no lo soltó y tirando de él consiguió tenderlo a su lado para refugiarse de nuevo entre sus brazos, lo besó.

- Buenas noches -murmuró Helena.

- Descansa pequeña.... mañana tenemos un largo día por delante.

Al rato, mientras la observaba relajada a su lado Jack intentó imaginarse una noche sin ella entre sus brazos y por más que lo intentó no pudo. Estaba muy pillado, se dijo utilizando la expresión de Héctor, pero al contrario de lo que había imaginado en su día, no se sentía agobiado por pasar la noche con una mujer, sentía que su sitio estaba allí, arropándola y velando su sueño cada noche. La apretó contra sí no dejando separación alguna entre la espalda de Helena y su pecho y así consiguió dormirse.

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 7

*“La venganza es una herencia de las almas débiles, nunca se cobija en los corazones fuertes”*

*Theodore Korner*

Al día siguiente cuando Jack y Helena volvieron de la reunión y entraron en la zona de dirección aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. Rodeando a Inés, que estaba sentada en su mesa, se encontraban Jimena y Rebeca cotorreando sin cesar sobre la cena anual de la Fundación. En ese momento Henry salía de su despacho y, desesperado, se dirigió a Jack.

- Jack, por favor, pasa a mi despacho y ponme al corriente.

Jack asintió y le tendió el expediente de la reunión a Helena.

- Helena, archívalo ya por favor, no quiero esto rodando por ahí.

Helena tomó el expediente mientras asentía y se volvió para dirigirse al archivo, cuando se disponía a coger las llaves que Inés le estaba tendiendo, estalló el caos. Se oyó un golpe seco, Jimena gritó, Inés se levantó como un resorte y Helena se dio la vuelta encontrándose a Rebeca tirada en el suelo aparentemente inconsciente, sin pensar más que en la pobre chica, Helena dejó el expediente sobre la mesa y corrió a auxiliar a Rebeca, llegó a ella un instante antes que Inés y le tocó suavemente la cara, la sacudió ligeramente y tras unos segundos que parecieron eternos Rebeca abrió los ojos y las miró desconcertada.

- ¿Que ha pasado? - murmuró con un hilo de voz.

- Te has caído, cielo, creo que te has desmayado - dijo Inés.

- ¿Puedes sentarte?- preguntó Helena mientras la ayudaba a hacerlo.

- Sí, creo que sí - respondió Rebeca.

Una vez sentada, Inés le acercó un vaso de agua y le preguntó.

- ¿Has desayunado, criatura?

- Bueno.... me he tomado un café antes de entrar... pero es que he cogido un par de kilos y quiero perderlos cuanto antes.

Helena puso los ojos en blanco mientras miraba al techo incrédula ¡Dios, esta chica es tonta de remate!. De repente, sintió a sus espaldas la presencia de Jimena, se había olvidado de que estaba allí hasta que la oyó.

- Cari... realmente no puedes dejar de comer... chiqui... te puedes hacer daño...- le dijo en tono meloso - te acompañaré para que te tomes un café, Jack me esperará.

Helena suspiró resignada, excepto Inés, estaba rodeada de cabezas huecas. Se negaba a tener a Jimena más tiempo danzando por la empresa, intuía que a

Jack no le haría gracia, así que se oyó proponer.

- No te preocupes Jimena, tú quédate a la reunión, en cuanto archive esto, yo misma acompañaré a Rebeca a la sala de personal y le obligaré a tomar un tentempié.

- Vale, tu misma- aceptó Jimena dócilmente.

Tanto a Helena como a Inés se les escapó la mirada maliciosa de entendimiento que se dirigieron Jimena y Rebeca. Por supuesto nadie se percató de que, durante la confusión, Jimena había intercambiado el contenido de la carpeta del expediente de seguridad del partido por un puñado de folios en blanco que llevaba en el maletín. El dossier con las medidas de seguridad se encontraba a buen recaudo dentro de una carpeta de la Fundación, en cuya solapa había escrito con grandes letras rojas la palabra “menús”. Con pericia abandonó esa carpeta en uno de los sofás de visitas, siguiendo al milímetro las instrucciones de Harry, cuya intención era poner en un buen aprieto a Jack. Regocijándose con lo bien que saldría todo y con las consecuencias negativas que todo aquello tendría para Helena cuando se descubriese el engaño, Jimena la observó volver del archivo, devolverle la llave a Inés y salir acompañando a Rebeca como una buena samaritana. Odiaba a esa mujer que se estaba interponiendo en los planes de Harry.

Cuando Helena volvió de atender a Rebeca, que se había recuperado rápidamente de su desmayo, se encontró con que Jack ya había terminado su reunión con Jimena y se había vuelto a encerrar en el despacho con su padre. Inés estaba con ellos, entonces el teléfono sonó y al contestar oyó la voz de Jimena con un tono falso que le puso los pelos de punta.

- Helena, cari... mira, me he olvidado los documentos con el menú y la organización de las mesas en el sofá, están en una de las carpetas de la Fundación. Churri... tengo cita en la pelu ahora mismo. ¿Puedes acercárselos a Harry que está en la cafetería del hotel porfa...?

Un escalofrío recorrió la espalda de Helena al pensar en ese hombre. Iba a negarse pero entonces Jimena le dijo algo que la hizo aceptar sin protestar.

- Bueno chiqui..., si no puedes, le digo a Harry que suba y lo coja él. Total... no creo que Jack realmente hablase en serio con eso no dejar que Harry entre.

- No - gritó Helena- ya bajo yo.

Y colgó, encontró la carpeta y se dirigió rápidamente a la cafetería. Sólo de pensar en lo que pasaría si Jack veía a Harry en su despacho hacía que perdiese el miedo a encontrarse a solas con ese hombre. Jack llevaba un día

tremendamente estresado por la reunión, que había sido dura e intensa, y lo único que le faltaba era una pelea, que estaba segura sería inevitable si ambos se encontraban. Para su sorpresa Harry no estaba en la cafetería, sino que la esperaba en la puerta de la empresa. Helena tomó aire y salió al exterior. Harry la observaba con una sonrisa burlona en la cara, ella se limitó a tenderle la carpeta y cuando él la cogió la agarró de un brazo y le susurró al oído.

- Hoy es el principio de tu fin, zorra.

Helena tembló ante la ira que desprendía su mirada. Sintió que la puerta de la empresa se abría y al mismo tiempo Harry se apresuró a soltarla y se dirigió a un taxi que lo aguardaba estacionado en doble fila. Helena lo vio alejarse y estuvo unos minutos incapaz de moverse, cuando recuperó su respiración, volvió a entrar y mientras el ascensor subía hasta su planta pensó en la conveniencia o no de contarle a Jack lo sucedido. Cuando entró en la zona de dirección todos sus pensamientos volaron de la cabeza al ver a Inés sentada en un sofá llorando y a Jack intentando consolarla, corrió hacia ellos y se arrodilló delante de Inés cogiéndole la mano.

- ¿Qué pasa Inés?- preguntó preocupada.

Inés no paraba de sollozar y tuvo que ser Jack el que contestó.

- Acaban de llamar a Inés, su hermano ha tenido un accidente con el tractor en el pueblo, está en el hospital.

- Lo siento Inés, ¿puedo hacer algo por ti?

Inés se enjugó sus lágrimas y la miró.

- Tendrás que ocuparte de todo, tengo que ir... - dijo balbuceando.

- ¡Por Dios!, olvídate de la empresa en estos momentos - bufó Jack.

- Tranquila Inés, yo me ocuparé, puedes irte tranquila - le susurró Helena reprendiendo a Jack con su mirada.

- Gracias, a los dos....

- Vamos - dijo Jack - el taxi que te he pedido está a punto de llegar, ya tiene indicaciones de llevarte a casa y luego al pueblo. No te preocupes por el taxista, tiene ordenes de cargar el coste del viaje a la cuenta de la empresa.

Helena observó cómo Jack acompañaba a Inés hasta la salida y se secó una lágrima solitaria mientras pensaba en la ironía de que todas las cosas malas les suceden a las personas buenas.

Los siguientes días, Helena resolvió con eficacia todas las cuestiones que se le fueron presentando. El jueves, al final del día, se sonrojó intensamente por enésima vez cuando Henry la felicitó efusivamente por ello al despedirse. Cuando Jack salió de su despacho Helena ya estaba apagando los ordenadores

dando por finalizada la jornada.

- ¿Qué tal Helena?

- Genial, al final me ha dado tiempo a todo. Pensé que tendría que quedarme algo más, pero no.

- Esa es mi chica – sonrió Jack mientras se acercaba para abrazarla besándola en la sien – pues vamos a prepararnos para nuestra cita, he pensado en que hoy me gustaría llevarte a mi casa después. Aún no la conoces.

Helena se quedó mirándolo fijamente. Su historia de ensueño seguía avanzando a toda velocidad, desde que se conocían habían pasado casi todas las noches juntos, le maravillaba que ese hombre la desease con tanta intensidad y al mismo tiempo le asustaba que con igual velocidad pudiese olvidarse de ella. Ahora mismo, enamorada ya sin género de duda, eso podría acabar con su cordura. Pasar la noche con él en su casa le parecía ya normal, pero ir ella a casa de él le parecía un paso de gigante y las palabras de Lola sobre Juan acudieron a su mente enturbiando su pensamiento y su semblante.

Jack la observó, dándose cuenta de su turbación.

- Preciosa ¿qué sucede?

- Nada... - se apuró a contestar Helena.

- A ver pequeña.... - Jack la arrastró hasta la silla de visitas y se sentó colocándola en su regazo – quiero sinceridad contigo, voy a ser paciente, porque sé que lo estoy cogiendo todo de ti. Pero necesito que me cuentes todo lo que pasa y todo lo que sientes para poder hacerte feliz, para cuidarte y darte lo que necesites en cada momento.

Mientras hablaba le acariciaba el brazo de arriba debajo de manera tranquilizadora, y Helena pensó en lo tonta que debía de parecer por cuestionarse todo con ese hombre maravilloso que, a pesar de la tensión a la que estaba sometido por el partido inminente, aún tenía tiempo de estar pendiente de ella. Recordó todas las veces que con Andrés no se sintió importante, sólo era relevante lo que él quería, lo que él necesitaba y nunca lo que ella prefería. En su momento lo había asumido así, era más joven e inexperta, ahora no tenía mucha experiencia tampoco pero Jack estaba poniendo mucho de su parte y ella parecía ir a remolque. No era justo. Si eran pareja, ¡Dios, qué vértigo le producía esa palabra! ella tendría que dar tanto o más que él. Lo miró a los ojos, esos ojos verdes que amenazaban con averiguar todo sobre ella. Alzó la mano hasta su mejilla y le sonrió débilmente.

- Lo siento, Jack. De nuevo. Te veo tan seguro de ti respecto a nosotros...

Jack agarró su mano para detener su caricia y la miró con el ceño fruncido.

- ¿Acaso tú tienes dudas Helena? Porque déjame decirte que...

Helena detuvo su discurso con un tierno beso en sus labios.

- Shhh.... Jack, déjame explicarme ¿vale?

Jack atrapó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

- Me encantaría conocer tu casa, de hecho, a estas alturas y, a pesar de que hace poco tiempo que estamos juntos, el pensar en pasar una noche sin ti a mi lado se me hace muy cuesta arriba, y eso Jack, me asusta terriblemente porque nunca nadie ha querido tanto de mí, porque eres un hombre tan honesto, tan bueno y atractivo que no entiendo que sea conmigo con quién quieres estar. Eso me encanta, quiero ofrecerte lo poco que tengo, mi casita, mi pequeño sofá para que descanses de un día agotador como el de hoy, acariciarte la cabeza mientras reposas en mi regazo viendo la tele. Y seré feliz haciéndolo dónde tú quieras, mientras tú quieras... porque yo creo que no querré dejar de hacerlo nunca, porque estoy enamorada de ti, irremediablemente, sin vuelta atrás. No quiero asustarte al decírtelo pero sí quiero advertírtelo. Me tienes en tus manos.

- Helena.... – Jack apoyó su frente contra la de Helena – mi pequeña.... – susurró conmovido por su discurso – no tengas miedo de sentir, yo te sostengo, no te dejaré caer. ¿Sabes lo mucho que me gustan tus palabras? Vamos en la misma dirección, tú quieres cuidarme cada noche, ¿cómo no voy a quererte conmigo? Eres perfecta para mí. El otro día se lo dije a mi madre y ahora te lo digo a ti. En estos momentos contigo, me olvido de las presiones del mundo exterior, siento paz y, créeme, ninguna otra mujer ha conseguido regalarme esa sensación. Con ninguna he pensado en mañana. Contigo, mañana es poco tiempo, necesito el día siguiente y el siguiente más. No pensemos en el poco tiempo que nos conocemos, pensemos en que ya nos pertenecemos.

Los dos se quedaron en silencio, mirándose a los ojos durante unos segundos interminables, y sus labios hablaron por ellos con un beso que les dejó a ambos el corazón temblando.

Jack dejó a Helena en su casa para que se preparase mientras él iba la suya para ducharse y cambiarse para su primera cita, asombrado del vuelco que daba su corazón cuando recordaba la conversación mantenida horas antes. Le maravillaba el hecho de no tener dudas respecto a dónde se dirigía su futuro con Helena, siempre había pensado que ese momento llegaría tras una larga relación, no en forma de diminuto torbellino poniendo patas arriba todo su interior en apenas tres semanas. Mientras se pasaba a recoger a la chicas,

pensaba en lo que le hubiese gustado prepararse con ella para la cita, ducharse juntos, bueno, más que ducharse con ella, estaba pensando en follarla en la ducha, en comérsela entera fresquita y sonrosada por el baño haciéndola llegar a un orgasmo tras otro. Su pene se mostró totalmente de acuerdo con sus pensamientos. ¡Estoy bien jodido! pensó, mientras acudía a recoger a las chicas.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 8

*“ Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien ”*

*Víctor Hugo*

Helena estaba dando sus últimos retoques al maquillaje cuando Lola llamó a la puerta. Ambas se miraron a la cara esbozando una sonrisa.

- Lola.... Estás guapísima.... Se me hace raro no verte de uniforme – señaló Helena, mientras observaba la espléndida figura de Lola resaltada por unos vaqueros pitillo azules, que contrastaban con la seriedad de una camisa blanca casi masculina y la americana azul marino. Como si dos Lolas vivieran dentro de ella y no estuviese muy claro quién ganaría la batalla final. Estaba tremendamente atractiva, sus altos stilletos rojos a juego con su bolso de mano rompían totalmente el look, estaba muy sexy, parecía una celebrity en un photocall.

- Helena, estás muy elegante.

- Ay hija.... Me sacas una cabeza con esos tacones, y eso que yo llevo mis stilletos negros. No sabía qué ponerme y he optado por el clásico vestido negro. ¿Típico no?

Helena hizo un mohín de contrariedad. Se había probado medio armario y al final, harta de no decidirse optó por un vestido negro de corte sencillo, sin mangas y con escote barco.

- Estás muy guapa.... – dijo Lola

- Me veo sosa...., no sé qué llevar por encima.... ven a mi habitación y ayúdame, anda....

Ambas se dirigieron hacia el caos de su habitación, había ropa y complementos por todos lados.

- Por aquí ha pasado alguien muy indeciso hoy.... – comentó Lola toqueteando unos collares babero de bisutería.

- Ay Lola... Es que quiero causar una buena impresión... ya sabes que dicen que no hay una segunda oportunidad para causar una primera buena impresión, y yo no quiero fallarle a Jack... quiero que esté orgulloso de mí...

- ¿Por tu ropa?- inquirió Lola incrédula.

- No. Sí. Mujer... ni se lo que digo... - suspiró Helena sentándose en una butaca llena de fulares.

- A ver, se supone que sales con un tipo estupendo, que además de muy guapo, parece ser una gran persona ¿no? – Helena asintió y Lola prosiguió - ¿Crees que será lo suficientemente maduro para quererte por ti y no por tu

aspecto?

- Claro que sí, Jack no deja de repetírmelo... pero... soy del montón Lola... Me da miedo dejar de gustarle... Yo... hoy le dije que estaba enamorada de él.

- Santo Dios mujer... ¿no podías ponérselo un poco más difícil? – preguntó Lola levantando las manos al cielo.

- No puedo Lola, estoy loca por él.

- ¿Y él?, normalmente los tíos huyen corriendo ante esas declaraciones de amor en ¿cuánto?, ¿una..., dos semanas?

- Él me dijo... Algo así como que no tenga miedo, que me sostendrá y que vamos en la misma dirección, y que esta noche la pase en su casa- respondió Helena señalando la maleta en la puerta de la habitación.

- Madre de Dios, alma cándida.... que Dios nos coja confesadas, ese hombre va a cien por hora contigo. Me preocupas Helena... pero sólo te diré que estoy aquí para lo que necesites y que, no lo tomes a mal, ojalá tú príncipe sea azul y no se convierta en rana como fue el mío.

- Lola no... - corrió Helena a abrazarla – soy idiota... no pienses en eso... por favor.... ya te dije que ese no era tu príncipe, el de verdad está aún por llegar... ¡Seguro!

- Bueno – sonrió Lola escéptica- pues mientras espero, he elegido este collar dorado para ti y ese bolso de mano negro y dorado de ahí. La gabardina que está en tu almohada es perfecta para esta noche de primavera. Venga va. Vamos a acabar con esta noche de una vez, que estoy de los nervios.

- ¿Hace mucho que no sales? – preguntó Helena mientras se colocaba los complementos que Lola le indicó.

- Dos años, Helena, un año antes del divorcio y otro de la pelu para casa y viceversa – la miró de reojo – dos años sin sexo también. Juan dejó de querer al poco de casarnos.... Hasta una noche que yo no quise y que él casi consigue.... ya me entiendes. No sé si podré volver a desearlo.

- Con el adecuado sí, Lola, con él si podrás. - Helena quiso tranquilizarla, algo estremecida por el panorama que pintaba Lola. Más le valía a Jack que su amigo fuese un caballero, de lo contrario, la noche sería un desastre.

Helena comprobó algo más tarde que Héctor era algo más que un caballero, era un rompecorazones de manual, un morenazo alto de ojos negros, vestido con unos vaqueros que le sentaban como un guante, con una camisa negra adaptada al cuerpo de su dueño como una segunda piel. No le hacía falta más para atraer todas las miradas de las mujeres que en ese momento estaban



en la barra del Rigoletto, donde Héctor los esperaba con una copa de vino blanco a su lado. Cuando los divisó, una espectacular sonrisa transformó sus rasgos duros en unas facciones amables. Helena observó cómo Jack se abrazó a él y se golpearon amistosamente la espalda, no pudo dejar de estremecerse al comprender que Héctor era alguien muy importante para Jack, su Jack, que la había dejado de nuevo sin habla al recogerlas en un todoterreno Range Rover blanco, para que Lola fuese cómoda, guapísimo con sus vaqueros azules y una camisa azul celeste remangada que dejaba a la vista sus fuertes y velludos antebrazos, que le había brindado, al verla salir del portal, una sonrisa que llegó a esos ojos verdes que la traspasaban y que la recibió con un beso de película que hizo que su tanga de encaje negro estuviese empapado desde entonces. Helena observó a Lola y sonrió internamente al ver que su amiga no podía apartar los ojos de Héctor, elevó una plegaria al cielo para que el chico no fuese un simple, le gustase Lola, tuviese tacto con ella... y no se sabe cuántas cosas más hubiese pedido si una simple pregunta no la hubiese devuelto a la tierra.

- Bueno Jack... ¿Cuál de estas dos preciosas mujeres es Helena? – preguntó Héctor.

- Soy yo.

Helena respondió antes de que Jack reaccionase. Le tendió la mano, que fue engullida por la de Héctor, el cual, sonriendo se acercó a ella besándola en ambas mejillas. Aprovechó la cercanía para susurrarle al oído, “Está loco por ti”. Jack frunció el ceño y fingiendo un enfado, agarró a Helena por la cintura y apoyándola en su pecho murmuró entre dientes.

- Que corra el aire... guaperas... - Jack la besó en la cabeza con gesto posesivo.

Héctor le guiñó un ojo cómplice a Helena y todavía sonriendo se dirigió a Lola que lo observaba fascinada. Estaba algo asustada porque su corazón latía de manera errática desde que lo había visto y porque no quería permitirse el lujo de desear a alguien como Héctor. Ahora entendía a Helena cuando decía que Jack jugaba en otra liga. Ese empresario de la noche, con todo lo peyorativo del término en su contra, estaba muy fuera de su alcance, aún en el supuesto de que ella quisiera alcanzarlo, que no quería ¿verdad?, no podía volver a caer con un tipo tan encantador, no podía. Cuando lo vio dirigirse a ella notó sus manos temblar y se agarró a su bolso como una tabla de salvación en medio de un naufragio.

Héctor observó sus nudillos blancos haciendo trizas el bolso, su mirada

que, de curiosa e interesada se había vuelto atemorizada a medida que se acercaba, provocando un ligero temblor que recorría su esbelto cuerpo. Entonces, su mente veloz, acostumbrada a lidiar con situaciones de todo tipo en sus locales de copas, sumó dos más dos, y, entre lo que le había insinuado Jack sobre tratar con delicadeza a esta mujer y lo que estaba percibiendo a través de sus sentidos, comprendió que alguien la había maltratado, un hombre, su pareja, quizás. Se enfureció cuando cientos de recuerdos de su hermana Sonia acudieron a su mente, cómo la advirtieron, cómo caía en su red una y otra vez, cómo no pudieron sacarla de sus garras hasta que ella misma decidió liberarse y saltó desde un puente para no volver más, dejando destrozados a sus padres y dejándolo destrozado a él, con un terrible sentimiento de culpa por no haber hecho algo más para proteger a su hermana pequeña. Su gesto debió de volverse amenazador porque comprobó que Lola daba un paso atrás intentando huir de él. Eso lo hizo reaccionar y cambió el semblante esbozando una lenta y dulce sonrisa.

Lola retrocedió varios pasos cuando comprobó que Helena y Jack estaban dándole la espalda se hablaban al oído y no podían prestarle ayuda ante el duro gesto de Héctor. Su huida se detuvo cuando el semblante de Héctor mudó tan rápidamente, que hasta la hizo dudar de que fuese real la furia que emanaba de todo su ser apenas unos segundos antes.

- Tú debes de ser Lola. - Héctor le hablo de manera suave, dejando apenas una cuarta de distancia entre ambos.

Lola se armó de valor, al fin y al cabo estaba en un sitio público y podía irse cuando quisiera, tal vez un oportuno ataque de migrañas le fuese de ayuda en estos instantes.

- Sí, la misma.

Lola esbozó una sonrisa insegura y le tendió la mano. Héctor se la estrechó e inesperadamente la elevó hasta sus labios depositando un liviano beso en ella. Lola dejó de respirar y Héctor aprovechó para tomarla de los hombros y preguntar.

- ¿Puedo?

Al verla asentir, acortó el poco espacio que quedaba entre los dos y la besó en ambas mejillas, demorándose algo más de lo necesario cada vez. Al igual que había hecho con Helena, también le susurró algo al oído.

- Me alegro de que tú no seas Helena.

Lola sintió la pérdida cuando él se incorporó y elevó el rostro para mirarlo ya que aún con su casi metro setenta de estatura apenas le llegaba a los

hombros. Héctor le sonrió y pasando un brazo por sus hombros la guio hacia Jack y Helena que los observaban curiosos.

- ¿Vamos a nuestra mesa? – propuso Héctor sin dejar de sonreír.

La cena fue toda una experiencia para las dos chicas. Jack y Héctor se encargaron de pedir por todos porque conocían a la perfección la carta de ese restaurante italiano, el ambiente era perfecto, las mesas redondas favorecían el acercamiento de las parejas, los manteles de cuadros rojos le daban un toque tradicional y la comida estuvo exquisita. Todos degustaron carpaccio napolitano, el tratar de salmón, los medallones de pasta fresca rellenos de boletus, los ñoquis con gorgonzola y nueces. El vino elegido fue un Chiantii que los chicos se encargaban de servirles en cuanto ellas vaciaban sus copas, siempre atentos, preguntando si estaban a gusto, si necesitaban algo más. De postre Helena y Jack decidieron compartir tiramisú y Lola degustó con Héctor una pannacotta deliciosa, no pudo resistirse a su petición y su corazón latía un poco más rápido cada vez que Héctor le acercaba su cuchara. Estaba seduciéndola. El muy “cabronazo” sólo usó una cuchara para los dos en cuanto vio que Jack hacía lo mismo con Helena.

Al salir de allí decidieron ir paseando hasta el Chances, uno de los locales de copas de Héctor que sólo estaba a unas manzanas de distancia, la temperatura era ideal, Helena y Jack iban delante, Jack llevaba su brazo alrededor de sus hombros, el perfume tan personal de Helena lo estaba envolviendo, haciéndolo desear que la noche acabase ya para llevársela a su casa, a su cama, a su ducha y a estar dentro de ella a la mayor brevedad posible. Pero refrenó a su troglodita interior porque quería ofrecerle a Helena una cita completa, con demostración pública de afecto y todo eso que les gustaba a las chicas, vamos, lo que siempre había evitado hacer. Además necesitaba tranquilizar a Helena respecto a Héctor, los dos lo veían lanzado con Lola, y ella temía por la seguridad de su amiga. Tenía que explicarle que estaba segura con él, porque no dejaba de mirar hacia atrás para comprobar que Lola estaba bien.

- Lola está bien con Héctor cariño, te vas a torcer tu precioso cuello de tanto mirarlos.

- Es que no sé si la está agobiando, Héctor es un poco intenso ¿no? – Helena dudó – aunque no sé porque lo hablo contigo, sois igualitos, parece que fuisteis a la misma escuela de rompecorazones.

- ¿Yo?- rio Jack – yo soy un santo. Yo lo único que quiero es sacarte este vestido que te queda tan bien, y ver lo que hay debajo – arqueó las cejas

repetidamente – ¿qué encontraré Helena? ¿Lencería de esa que me gusta?  
¿Todo encaje y lazos?

- Jack...- le reconvino Helena – que te van a oír, no seas burro...

- Como un burro me pones tú pequeña.... Bah...si da igual, te la arrancaré en cuanto crucemos la puerta de mi casa.

Helena se ruborizó de arriba abajo y Jack no pudo menos que reírse de ella y la besó en la sien.

- Semaforito... Me encantas.

- En cuanto a Lola...

Helena se apuró a cambiar de conversación porque se estaba excitando imaginándose a Jack desnudándola contra la puerta y quería disfrutar más tiempo de su cita. Jack suspiró, agradecido por el cambio de tema, a ver si así, su soldadito conseguía relajarse un poco.

- Helena, no me lo has dicho a la cara, pero deduzco que Lola ha tenido una experiencia terrible con un ex, puede que algo de maltrato físico o psicológico, ¿me equivoco?

Helena negó con la cabeza.

- De los dos, fue su exmarido, hace algo más de dos años.

- Hijo de puta.... – murmuró Jack entre dientes – Puedo asegurarte que no hay nadie mejor que Héctor para estar con Lola, si los dos quieren claro está, verás, no me corresponde a mí darte detalles, pero Héctor perdió a su hermana Sonia por un caso de malos tratos continuados, su familia no pudo hacer nada por ella, y ella cuando quiso liberarse, decidió acabar con su vida, dejándolos destrozados. El cabrón quedó libre y Héctor no se lo perdona. O mucho me engaño o a estas alturas Héctor ya debe de tener una idea bastante exacta de por todo lo que ha pasado Lola y si ella le atrae, y yo creo que sí, y mucho, la cuidará mejor que nadie.

- Qué triste... – murmuró Helena – gracias Jack.

- ¿Por qué, pequeña?

- Por contármelo, por cuidarme a mí y a Lola.

- Estamos para servirla a usted señora – bromeó Jack para alegrarle el semblante.

Detrás de ellos, Héctor observaba cómo actuaba Jack con Helena, y barruntaba cuánto tardaría su amigo en pasar por el altar, se merecía una chica como ella. A su lado Lola pensaba lo mismo, pero tenía sus reservas, ojalá, rezaba, a ella le salga bien. Lola era plenamente consciente del cuerpo de Héctor a su lado, no la tocaba, pero los dedos de Lola parecían querer estirarse

para cogerlo de la mano y los apretó con fuerza para evitar caer en la tentación. Seguían paseando, cuando se encontraron con que la acera se estrechaba debido a unas obras, no podían pasar a la par, Héctor le cedió el paso galantemente, y ella fue caminando despacio por las planchas de metal que recubrían la acera, muy estables no eran y sintió como Héctor ponía la mano en su cintura para guiarla y sostenerla al mismo tiempo. Su cuerpo se tensó y su clítoris, tanto tiempo en reposo, despertó de su hibernación. ¡Dios! - pensó- ¿Por qué con él? Una vez superado el obstáculo, Héctor no la soltó, la acercó más a él y ella sintió la necesidad de advertirlo de que no era ligue de una noche. Se detuvo bajo un árbol de la calle y se giró para enfrentarlo.

- Héctor...

- Dime Lola – respondió él mirándola a los ojos.

- Yo.... Bueno, quería decirte que... bueno... más bien advertirte... de que yo... ¡Dios Santo! ¡Qué difícil es esto!... a ver si me explico... no es por ofenderte porque realmente veo que eres un tipo estupendo, muy atractivo y eso... - ¿Por qué su boca no se aclaraba? Estaba haciendo el ridículo. Al grano, se dijo – Pero no estoy interesada en una noche loca - ¡Ala ya está!, que me pida un taxi y me voy para casa pensó mientras bajaba la mirada.

Héctor sonrió para sí mientras la cogía por la barbilla y le levantaba el rostro para ver su reacción a lo que le iba a decir.

- Lo primero. Gracias por lo de tipo estupendo y atractivo. Lo segundo. Yo tampoco busco una noche loca esta noche. Lo tercero. Eres tan bonita que me estoy volviendo loco por besarte ya. Lo cuarto. He visto suficientes casos como el tuyo, para no ser un bruto y pedirte todo lo que deseo de ti la primera noche, porque quiero más noches contigo, a tu ritmo, me gusta lento y me gusta un rapidito. Lo quinto. Lola, cuando tú digas, como tú digas.

Lola estaba anonadada, temblando de deseo y de miedo, se preguntó si Helena se habría ido de la lengua con Jack y éste con Héctor y se sintió vulnerable, como defectuosa. Se atrevió a preguntar.

- ¿Acaso Jack te ha dicho algo? Es decir ¿Helena le ha dicho a Jack..?, casos como el mío... ¿Cómo te atreves a...?

Héctor le soltó la barbilla temblorosa y la sostuvo por los hombros, se agachó para que sus ojos estuviesen frente a frente.

- Escucha Lola, no sé lo que Helena le habrá dicho a Jack. A mí sólo me ha dicho que no eres una chica para jugar contigo, que te trate bien, con cuidado. La verdad, no hacía falta que me advirtiese porque en cuanto te vi lo supe. Supe que no eres de esa clase de chicas, igual que no lo es Helena. Pero

déjame decirte que perdí a una hermana por violencia machista, y, por momentos, tus ojos y tus gestos son similares los que ella adoptaba. Me transmites la misma cautela que esas otras mujeres de las asociaciones a las que la llevé. Fracasé. Creo que tú conseguiste escapar pero aún falta un detalle para superarlo ¿me equivoco? – Comprobó que Lola negaba con la cabeza – Falta que te traten como una princesa, y eso quiero hacerlo yo.

- No quiero que te sientas obligado... - dijo con un hilo de voz – Tú eres un empresario de éxito, yo soy Lola de La Pelu de Lola, de barrio, sencilla, simple, llena de problemas. Tendrás muchas con las que disfrutar, jovencitas, felices y sin traumas en su mochila.

El gesto de Héctor se volvió severo.

- No me insultes, Lola, yo no estaría con ninguna mujer por pena, con las que quise sexo, fue sólo sexo porque los dos lo quisimos, jovencitas o maduritas, me da igual. Tú me atraes, mucho, físicamente tienes que saber que eres preciosa, en qué trabajos no me importa, y me importa menos saber si tienes una o una docena de peluquerías. Yo tengo cuatro locales de copas, y espero que me valoren por algo más que por eso.

- No pretendía insultarte Héctor y siento en el alma lo de tu hermana, podría haber sido yo... – Se le llenaron los ojos de lágrimas – Eres especial, pero desconfío, Juan era así al principio, y luego fue un horror – las lágrimas caían por su rostro- tengo mucho miedo a no servir ya para estar con nadie.

A Héctor se le partió en corazón en ese mismo instante. Limpió a besos sus mejillas. Tiernos y pequeños roces de sus labios.

- Déjame intentarlo, Lola, paso a paso, a tu ritmo. No te pido que vengas a mi cama esta noche. Sé que no podrías, sólo unos besos, tal vez alguna caricia... Lola dime que sí, bonita, déjame demostrarte que yo no soy como ese desgraciado.

Lola sentía sus labios rozando sus mejillas de un lado a otro, su deseo estaba despertando, su corazón volvía a latir desacompañado. Su cuerpo ya no estaba tenso al lado de él. Deseaba confiar y refugiarse en sus brazos, deseaba la suerte de Helena. Sus sentidos decidieron por ella cuando sus manos agarraron los antebrazos de Héctor y sus ojos atraparon su mirada para susurrarle.

- Sí.

- Sí ¿qué? Bonita.

- Sí quiero intentarlo, Héctor, contigo, sólo contigo. No me sentía así desde hace mucho.

Héctor la estrechó contra su pecho y abrazándola, pudo comprobar que encajaba a la perfección en sus brazos, que su aroma lo excitaba enormemente y que no quería ni podía esperar más para saborearla. La sostuvo por la barbilla y le levantó el rostro.

- Voy a besarte.

Posó sus labios suavemente sobre los de ella, estaban suaves, mullidos y frescos, sabía ligeramente al café que habían tomado con el postre. Tímidamente Lola le fue respondiendo. Los labios de Héctor eran firmes y se conducían con seguridad sobre los suyos, notaba su excitación contra su vientre, y su propia humedad entre los muslos. La lengua de Héctor recorrió sus labios lentamente pidiendo permiso para entrar y ella no pudo hacer otra cosa de entreabrir los labios y dárselo. En cuanto sus lenguas se tocaron, ambos explotaron convirtiendo un tierno beso en un apasionado anticipo de lo que juntos podrían conseguir. Absorbieron los gemidos del otro, y Héctor se obligó a ralentizar su beso, era eso o tumbarla en la acera. Cuando se separaron los ojos de Lola estaban nublados por el deseo, sus rodillas apenas la sostenían. Tardó aun unos segundos en volver a enfocar la mirada, y cuando lo hizo allí encontró el rostro de Héctor con una expresión de ternura que la hizo sonreír.

- Bonita..., si después de este beso me repites que no sirves, te pondré en mi regazo y te dejaré el culo como un tomate. ¿Te ha gustado?

- Mucho - Lola respondió temblorosa, no sabía qué más decir, allí en el refugio de sus brazos se sentía segura.

- Pues vamos a repetirlo mucho esta noche. – Recalcó Héctor – Ahora tenemos que irnos, Jack y Helena ya nos esperan en la puerta del Chances.

- Dios... ¿crees que nos han visto? – Se horrorizó Lola – Lo siento, no sabía que ya llegábamos.

- Yo no lo siento bonita y sí, nos han visto, sino mira su sonrisa cómplice. También nos han visto mis empleados de la puerta, y nos verá todo el mundo que esté dentro porque no pienso soltarte un segundo. Y Lola...

.- Dime...

- Yo te llevo a casa esta noche. No es negociable. Yo te cuido.

Lola acató su decisión estremeciéndose. Quedaba mucho todavía, pero hoy había dado un gran paso en su proceso de recuperar una vida plena, había llegado el momento de dejar de vivir media vida.

Ya en el interior del Chances, Héctor las situó en unos sillones de la zona VIP, mientras se alejaba con Jack para ir a por sus bebidas a la barra. En su

ausencia, Helena se acercó a Lola.

- Dispara ya – le dijo Lola sonriendo.

- Ay... Lola, qué beso, qué romántico... ¿qué tal? No te voy a preguntar si te gusta, porque es evidente, Jack dice que me quede tranquila que estarás bien con él, pero... no sé. No me esperaba que fuese a suceder esto hoy.

- Pues yo menos Helena, yo menos. No sé qué me ha pasado, estaba diciéndole que yo no era chica para una noche y apenas cinco minutos después nos estábamos besando.... ¡Y qué beso!, aún me tiemblan las rodillas.

- Pero tú, ¿estás realmente cómoda con él?

- Cuando me decidí y me abrazó, sentí como si me quitasen un peso de encima, como si ese fuese mi lugar, es extraño, no sé cómo explicarlo.

- Conozco esa sensación. Jack dice que es paz, como si todo lo malo desapareciese y la mente se quedase en blanco, sólo sintiendo.

- Vaya par de dos que estamos hechas – bromeó Lola – parece que estamos destinadas a caer rápidamente con estos hombres.

- Vaya Lola.... ¿Consideras que ya has caído?

- Creo que sí – Lola bajó la mirada – aún más rápido que tú.

En la barra, Jack y Héctor se acercaron a una pelirroja guapísima y muy vivaracha, para pedir sus copas.

- Hola Daniela – dijo Héctor - ¿Cómo va la noche?

- Genial jefe, a tope de gente. Pero bueno... qué guapos estáis hoy... y qué bien acompañados ¿no?

- Guapa estás tú Daniela – la piropeó Jack.

La camarera siempre coqueteaba con los dos de manera inocente. Ambos la respetaban demasiado, sabían que era una joven madre soltera que intentaba sacar a su pequeña adelante, por suerte, Luis, el jefe de seguridad de las empresas de Héctor estaba loco por ella y no tardarían en formar una bonita familia.

- Quita.... quita.... Zalameros... ¡Qué sois unos zalameros!... A ver.... Qué queréis, aparte de ocupar sitio en mi barra...

- Dos Cosmos y dos Gin Tonic, Daniela, por favor – pidió Héctor.

Mientras Daniela preparaba sus bebidas diligentemente, Héctor palmeó la espalda de Jack.

- Has tenido suerte cabrón. Es una chica estupenda.

- Lo sé, en todos los sentidos – sonrió Jack – y la he ido a encontrar en el vestíbulo de mi empresa. ¿Puedes creer que, literalmente, fue un tropiezo el que la puso en mi camino?



- Ostia, tío, a ti te pasa cada cosa con las mujeres, que si llegas a escribir un libro se convierte en best seller en un mes.

- Calla, calla... qué tú también llevas lo tuyo... ¿Qué pasa con Lola? Te he visto antes. Tío.... Ya te dije que si la jodes con ella creo que Helena me corta los huevos.

- Eh eh.... Para el carro, yo no voy a joderla, por lo menos no en ese sentido que tú piensas... - rio Héctor.

- Venga tío, hablo en serio, la chica ha pasado lo suyo con su exmarido, al parecer, el kit del maltrato completo. – Jack se puso serio y comprobó cómo Héctor apretaba la mandíbula hasta casi rompérsela – Oye, lo siento, sé que no soportas estas cosas, y menos con lo que tú has pasado... pero es que cuando la conocí.... parecía un ratón asustado.

- Oye Jack, tú has caído con Helena en menos de un día ¿Es así? – Héctor esperó a que Jack asintiese conforme - Pues a mí me han bastado cinco putos minutos con ella para decidir que es mía. Yo cuido lo mío, lo vas pillando ¿Verdad?

- Tranqui tío... – Jack levantó las manos en señal de rendición – Me alegro por ti. Te hace falta, tanto como a mí, tener a alguien sensato a tu lado. Lo de las chicas de una noche estuvo bien durante un tiempo pero a mí ya no me basta.

En esos momentos llegó Daniela algo agitada con las bebidas.

- Oye jefe... Que ya os las llevo yo hasta la mesa... me temo que vuestras chicas están en problemas...

- ¿Qué cojones pasa? – bramó Jack.

Al darse la vuelta y en la distancia, pudieron observar a un grupo de tipos muy elegantes rodeando a sus chicas. Héctor hizo estallar sus nudillos y con una mirada impenetrable espetó.

- Tío... prepárate porque no sé qué mierda hacen esos tipos ahí.

Mientras ellos hablaban en la barra, Helena y Lola vieron interrumpidas sus confidencias por un grupo de chicos trajeados a la última moda. Estaban guiados por un cabecilla que llevaba la voz cantante.

- Vaya, vaya, vaya...

Helena observó que era de los típicos guaperas de gimnasio, reventaba el traje por todos los dados, sus ojos marrones estaban fijos en Lola con una expresión furiosa y lasciva. Helena se estremeció y agarró a Lola del brazo. Cuando se volvió para mirarla, se encontró con una Lola sin color en el rostro y temblando como un cachorrillo asustado.

- ¿Los conoces? –preguntó.

Antes de que Lola pudiera responder aquel tipo lo hizo por ella.

- ¿Qué si me conoce?

Helena observó atónita como aquel individuo se hinchaba como un pavo y se giraba hacia su panda de amiguetes. Eran todos demasiado fanfarrones, bien dispuestos a reírle las gracias. Parecía evidente que llevaban horas bebiendo.

- Qué si me conoce... dice la renacuaja esta...

Helena se puso de pie furiosa con los brazos en jarras.

- Sin insultar ¿Eh?

- Oye “e-na-na” – Se burló el tipo con el consiguiente coro de risas de su acólitos – ¿Sabéis quién es esta zorrita? – dijo dirigiéndose a ellos y señalando a Helena – pues ésta... aquí, presente debe de ser la nueva puta – ahora señalaba a Lola - de esta otra puta que no es otra que mi exmujer. Esa que se esfumó del mapa hace un año y que, ya decía yo, que tenía que ser tortillera porque en la cama era fría como el polo norte.

Helena ahogó un gemido. Ese era Juan, ¡Dios! No pegaba con Lola ni de broma. Era un bruto, algo más que eso, era un maltratador. Compadeció a su amiga y se giró para mirarla.

Lola, muy avergonzada de que Helena fuese testigo de su pasado, se estaba levantando con los ojos llenos de lágrimas y sólo un hilo de voz salió de su garganta.

- Déjame en paz Juan, déjanos tranquilas.

Juan se sentía el líder de la manada esta noche, acababa de cerrar un importante trato para su cadena de gimnasios y estaba celebrándolo con su equipo. De pronto decidió que esas dos formarían parte de su celebración en grupo. Así que con un ágil movimiento agarró a Lola del brazo y tirando de ella la pegó contra su torso.

Lola sintió arcadas cuando al impactar contra su exmarido sintió la evidencia de su excitación. Forcejeó para soltarse, pero Juan era mucho más fuerte. Su aliento, que apestaba a alcohol, la ahogaba cuando se acercó para decirle.

- Podemos follar con vosotras dos esta noche – amenazó – igual así hasta te mojas algo.

No contaba con que una Helena furiosa acudiese raudamente en defensa de su amiga y se aferrase a él propinándole un mordisco en el antebrazo a través de la ropa. Juan, sintiéndose ridículo, se zafó de aquella enana de un empujón arrojándola sobre una mesa de cristal, que se hizo añicos alrededor de Helena.

- Helena... - gritó Lola aterrorizada – Juan, animal, suéltame... ya me destrozaste la vida una vez y no voy a consentir que lo hagas de nuevo.

Intentó zafarse de nuevo y se vio arrojada contra el sofá mientras Juan se tocaba el paquete con gesto lascivo. Lola se resbaló al suelo por la fuerza del impacto y Juan lo aprovechó para intentar volver a agarrarla. Jack y Héctor corrían ya hacía allí como dos locos furiosos y pudieron ser testigos de las palabras de Juan y del forcejeo con ambas mujeres. Cuando los amiguetes de Juan los vieron llegar como dos toros bravos, se dispersaron rápidamente dejando que su colega se las apañase sólo. Jack llegó a tiempo de levantar a una Helena dolorida del amasijo de cristales que había a su alrededor, al mismo tiempo le gritó a Héctor.

- Déjame algo tío, quiero mi parte, voy a matar a ese cabrón.

Héctor no atendía a razones al ver que Juan había vuelto a agarrar del brazo a una Lola desencajada y tiraba de ella para obligarla a levantarse. Saltó sobre él derribándolo al suelo. Juan cayó de espaldas por la fuerza del empujón, intentó levantarse, y aunque muy musculado, nada podía hacer frente a una potencia enfurecida de metro noventa que al primer puñetazo logró impactar contra su nariz. Héctor se levantó aún furioso y lo observó retorcerse en el suelo.

– Me la has roto, hijo de puta, te voy a demandar. Hablaré con el dueño. Es mi mujer, joder, quién coño te crees para meterte...

Esas palabras hicieron que Héctor lo viera todo rojo, se disponía a rematarlo en el suelo, cuando en su mente penetró un sollozo ahogado, se giró hacia el sonido y se le paró el corazón al ver a Lola encogida en el suelo, aterrorizada, mirando con pavor al engendro ensangrentado que estaba levantándose del suelo. No tuvo dudas y la eligió a ella, ya había sufrido bastante, debía de estar reviviendo todas y cada una de sus pesadillas. Se olvidó del hijo de puta que estaba a un metro de él pidiendo que viniese el dueño y gritando algo sobre las cámaras de vigilancia y se dirigió lentamente a Lola. Sin mediar palabra, la levantó del suelo y la acomodó en sus brazos con delicadeza, en un principio Lola se tensó cuando Héctor la apretó contra su pecho, casi al instante sintió que Lola inspiraba profundamente en su camisa y, al reconocer su olor, pareció relajarse en sus brazos. Le besó en la cabeza susurrándole con voz tranquilizadora.

- Lola, amor..., amor mío. Soy yo, voy a sacarte de aquí, ¿vale?

Lola no respondió, sólo se sujetó a él más fuerte.

- Lo sé... mi vida..., sólo una cosa más... bonita.

Héctor se giró con ella en brazos, para comprobar que Luis, el jefe de seguridad de sus locales, y Toni, uno de los porteros del Chances, ya habían llegado a ellos. Entre ambos sostenían a un furioso Juan que no dejaba de vociferar pidiendo que viniese el dueño, imaginando que podría tergiversar la situación a su favor con un par de billetes de quinientos euros.

- Escúchame, grandísimo hijo de puta, deja de llorar como una nenaza. Yo soy el dueño de todo esto. La preciosidad que tengo en mis brazos es mi mujer, como vuelvas a tocarla, a hablarle o a acercarte a ella, ¡qué cojones!, como vuelvas sólo a mirarla aunque sea de lejos te voy a cortar las pelotas. Acabaré contigo en cinco minutos, sé cómo hacerlo, vivo de la noche, recuérdalo cabrón. Puede que hace tiempo pensases que Lola era tu mujer, recuerda que sólo estaba de paso esperando a que llegase yo.

Juan se quedó mudo, ante el discurso de aquel tipo de aspecto feroz. Puta suerte la suya. La muy zorra había fichado bien. Aquello no iba a quedar así. Ahora estaba en minoría porque los cabrones de sus colegas habían huido como ratas. Decidió callarse.

- Luis, quiero a este tipo y a sus colegas fuera de aquí antes de llegar a mi despacho. No los quiero volver a ver en ninguno de nuestros locales. ¿Está claro? – bramó Héctor- Que pongan una ronda por cuenta de la casa para el resto de clientes, Toni, avisa a Daniela.

- Cristalino jefe. Yo me encargo – dijo Luis.

Héctor asintió, al volverse vio a Jack, que sujetaba a Helena entre sus brazos igual que él sostenía a Lola, le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiese. Avanzó guiándolos por el local hasta unas escaleras. Al final de las mismas, atravesaron una pasarela, en la que las gogó bailaban los fines de semana. Tras la pasarela se encontraba su amplio despacho. Abrió la puerta y se dirigió a uno de los sofás indicándole a Jack que dejase allí a Helena. Por su parte, él necesitaba unos minutos a solas con Lola, seguro que Jack agradecía lo mismo, y se dirigió al pequeño dormitorio que tenía allí para descansar aquellas noches en que, trabajando hasta el amanecer, no se sentía con fuerzas para volver a casa. Tumbó a Lola en la cama, ésta se encogió como un bebé, en posición fetal y sin decir palabra. Cuando la miró comprobó que lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas sin descanso. ¡Mierda! pensó, se tumbó a su lado y comenzó a acariciarla lentamente, el brazo, la espalda, la cabeza. Pasaron unos minutos así, hasta que el torrente de lágrimas disminuyó y Lola consiguió mirarlo.

- Lo siento Héctor, lo siento mucho.

- Amor, no tienes que sentir nada.... Es ese hijo de puta el que lo va a sentir, mi vida. No me puedo creer que estuviese aquí, lo conozco, viene de vez en cuando, y las camareras le escapan como la peste.

- Llevaba sin verlo desde que me fui de su casa, lo hice todo a través de un abogado para no encontrarme con él. Incluso me mude al otro extremo de Madrid al volver. Supe que durante algún tiempo me buscó y me recliné, le cambié el nombre a la pelu y desde entonces sólo iba del trabajo a casa, hasta esta noche. Helena me invitó a salir y estaba siendo perfecto, Héctor, estaba siendo una noche mágica... - ahogó un sollozo.

- Shh... Bonita..., tendremos nuestra noche mágica cuando quieras, hoy sólo es el principio, no ha acabado aún.

- ¿Seguro Héctor? ¿Seguro que aún lo deseas después de haberte hecho una idea de lo que le consentí?

Lola le preguntó temerosa de que todo hubiese terminado ya. Sintió cómo Héctor cogía su mano y la llevaba hasta posarla en su abultada entrepierna, ahogó un gemido.

- Compruébalo tú misma, te deseaba antes, te deseo en estos instantes, aunque sea un hijo de puta por enseñártelo ahora que estás vulnerable, y te voy a desear mañana también. ¿Lo quieres Lola? ¿Lo quieres tú conmigo?

- Sí. Lo quiero Héctor – Apenas le hizo una delicada caricia y se sorprendió por el gemido que emitió Héctor. Necesitaba volver a aclararle su situación. – No busco sólo sexo. Lo sabes. Si eso es lo que quieres, lo respeto, pero no me interesa, a pesar de lo mucho que te deseo. Quiero más – lo miró a los ojos.

- Mi princesa...

Héctor apartó la mano de Lola de su erección o se correría en los pantalones como un adolescente, apoyó una mano en su mejilla y la besó en los labios, dulcemente al principio y apasionado después cuando sus lenguas comenzaron a danzar juntas.

- Amor, ya es más que sexo, cariño. Cuando tengamos sexo será completo, bonita. Ahora descansa. Voy a ver cómo están Jack y Helena.

- ¿Están aquí? – Se incorporó en la cama rápidamente – Tengo que ver a Helena, me defendió y él la empujó, se cayó, se hizo daños con los cristales.

Héctor se levantó y le tendió sus brazos y Lola corrió a refugiarse en ellos respirando agitadamente, sentía que corría a refugiarse en casa.

- Deja que te abrace un momento, necesito tocarte y saber que estás bien para tranquilizarme antes de salir.

Jack se sentó en el sofá del despacho de Héctor con Helena en brazos. Su corazón latía incontrolado por no haber podido descargar a puñetazos toda la adrenalina que corría por su cuerpo. Sintió la pequeña mano de Helena contra su pecho.

- Jack... - susurró – te late muy deprisa el corazón.

Jack suspiró, abrazándola más fuerte.

- Me has quitado por lo menos veinte años de vida cuando te vi volar por los aires y caer en la mesa de cristal, nena.... Tienes arañazos por todos los brazos, tienes alguno en la frente. Pequeña, déjame mirártelos.

A Helena le dolía horrores el costado derecho, pero no quería salir de los brazos de Jack, allí estaba segura, había sido una escena horrible, sólo pensaba en cómo Lola había podido soportarlo tanto tiempo. Se estremeció de frío. Jack no cedió.

- Luego te abrazaré y te haré el amor toda la noche, cariño, pero déjame mirarte.

A regañadientes Helena se levantó, se tambaleó un poco cuando Jack la soltó.

- Epaaa... Preciosa, no te me caigas.

La sostuvo por los brazos de nuevo y los extendió para revisarlos, decenas de pequeños arañazos recorrían sus antebrazos, no sangraban pero estaban rojos. Jack apretó fuertemente la mandíbula, poniendo una nota mental de encargar a sus detectives que localizasen al tal Juan a la voz de ya. Héctor había dado satisfacción a su furia, Jack lo tenía en su lista de asuntos pendientes. En el número uno. Al alzar la mirada de sus brazos comprobó que Helena estaba pálida y un gesto de dolor asomaba a su rostro.

- Me duele mucho....

- ¿Dónde preciosa? – respondió Jack preocupado.

- Aquí, en el costado derecho.

Jack acercó los dedos con cuidado al costado que Helena señalaba y apoyó la mano en su cintura para ir ascendiendo lentamente hasta localizar el punto exacto de dolor. Cuando llegó a él, sintió humedad en los dedos y al revisarlos comprobó que era sangre. Se asustó enormemente pero se lo tragó.

- Cariño... tengo que sacarte el vestido...

- ¿Por qué? – susurró Helena mareada.

- Hay sangre mi pequeña, tengo que ver de dónde sale.

Jack localizó la cremallera trasera del vestido y se lo bajó lentamente, lo deslizó por sus brazos y lo empujó desde su cintura hasta que cayó al suelo. La

imagen del cuerpo de Helena, enfundado en un body de encaje negro le secó la boca. Era deliciosa. Al revisar su costado derecho descubrió un desgarró en la exquisita pieza que dejaba al descubierto un profundo corte de cuatro dedos de largo, del cual manaba sangre lentamente. Se le puso un nudo en la garganta. En ese mismo momento se abrió la puerta del dormitorio y aparecieron Héctor y Lola, al verlos, Lola ahogó un grito y se acercó corriendo.

- Helena, cariño..., te ha herido... hijo de puta... – masculló Lola – Héctor, por favor una toalla....

Héctor obedeció con celeridad y trajo del aseo varias toallas blancas inmaculadas.

- Te las voy a estropear- consiguió decir Helena, aunque su voz sonaba algo entrecortada.

- A la mierda con las toallas- rugió Jack – le compraré toda una puta tienda de toallas, joder.

- No me grites Jack – susurró Helena cada vez más débil.

- No preciosa, lo siento, túmbate y déjame taponar la herida.

- Voy a llamar a una ambulancia, Jack – dispuso Héctor – esa herida no tiene buena pinta.

Jack asintió. Tenía el corazón en un puño. Ver a Helena así de desvalida y no poder solucionarlo él mismo lo estaba matando.

- Me van a ver en body – susurró Helena.

- Precioso por cierto – sonrió Héctor ante lo ridículo de la objeción – te dejaré una de las camisas que guardo aquí.

- Ni de broma colega – masculló Jack mientras comenzaba a desabrocharse la camisa – ella llevará mi camisa, yo llevaré una tuya. ¿Estamos?

- ¡Oh cielos!... No podéis ser más trogloditas ¡Por Dios! ¡Qué más dará de quién sea la puñetera camisa! – farfulló Lola elevando las manos en un gesto de frustración.

Héctor la rodeó con sus brazos y la besó con pasión.

- Bonita, ni de broma te dejaría llevar yo una camisa de Jack o de otro hombre, eres mía y yo te cuido.

Lola lo miro con cara de incredulidad y elevó una plegaria al cielo.

- Virgen Santa... danos paciencia con este par, que la vamos a necesitar.

Helena sonrió débilmente tomando la camisa de Jack entre sus manos. En ese momento llamaron a la puerta y entró Daniela con unas copas acompañada de Luis y de los paramédicos de la ambulancia.

- Tomad chicos, lo necesitáis, he llamado a una ambulancia hace un rato, al ver la sangre supuse que alguien iba a necesitarla.

- Gracias Daniela – respondió Héctor.

Los sanitarios atendieron eficientemente a Helena, limpiaron la herida, que al final no resultó ser tan profunda como parecía, aunque sí necesitó una ligera sutura, se realizó bajo la atenta mirada de Jack, que no soltó la mano de Helena en ningún momento. Mientras tanto Luis le daba a Héctor un informe detallado de la situación. Antes de irse le recomendaron visitar a su médico mañana y le dejaron las dosis necesarias de antibiótico para pasar la noche.

Al fin solos Lola dio rienda suelta a los pensamientos que la reconcomían desde que vio a Helena herida.

- Helena – dijo arrodillándose a su lado – lo siento mucho..., si yo no hubiese accedido a venir hoy... no estarías herida. Juan está loco, no sé cómo pude pensar que cuando algún día me lo encontrase pasaría de mí... yo... no sé qué decir.

- No pienses eso – Helena sostuvo sus manos – no ha sido culpa tuya, sino suya... Francamente, por una amiga soportaría esto de nuevo y más. Llevamos meses apoyándonos la una en la otra. Tú habrías saltado en mi defensa, sólo que con más acierto que yo... ya lo ves... soy poca cosa hasta para eso.

- Tonterías – dijo Lola fundiéndose con ella en un abrazo – gracias, Helena, por todo.

Jack y Héctor asistían conmovidos a la conversación con las amigas, percatándose cada uno por su lado en que habían encontrado dos almas muy valiosas para acompañarlos en su viaje.

Héctor se acercó a Lola, la levantó, sostuvo su cara entre sus manos y la besó dulcemente.

- Tienes a Helena, y me alegro, pero ahora te apoyarás en mí, amor – le ordenó.

Jack mientras tanto ayudaba a Helena a ponerse su camisa que le quedaba como un vestido. Decidieron salir por la puerta de atrás y Jack se fue para acercar su coche hasta el callejón. Lola recogía su bolso dispuesta a irse con ellos cuando Héctor la detuvo.

- ¿A dónde crees que vas?- preguntó enarcando una ceja.

- A casa, Héctor, es tarde, Jack me llevará.

- Ah no... bonita, no lo has entendido bien. – La agarró de la cintura y la atrajo hacia él - Te apoyas en mí, yo te cuido a partir de ahora, si quieres dormir en tu casa iremos allí, prefiero llevarte a la mía pero lo dejo en tus



manos. Dormirás abrazada a mí esta noche, no voy a dejarte sola después de esto.

Lola no sabía qué responder, debía decidir si cedía a sus exigencias, ello podría inclinar la balanza de su relación, si se volvía como Juan, dominante, perverso.... Su semblante debió de delatarla porque Héctor la atrajo hacia sí, estrechándola más y le susurró al oído.

- Yo no soy él, princesa, déjame demostrarlo. Soy yo el que necesita dormir contigo esta noche, saber que no tienes pesadillas, es por mí Lola, es puro egoísmo. Si quieres dormiré en el sofá, a tu ritmo Lola. Quiero tenerte esta noche, con sexo o sin sexo.

Lola se estremeció. Se visualizó sola en su apartamento y no pudo soportarlo. De nuevo se arriesgó y, dejando de lado su parte racional, permitió que su corazón respondiese.

- De acuerdo, Héctor, pero creo que no podré soportar una casa ajena esta noche. ¿Podemos ir a la mía?

- Amor, lo que tú quieras, bonita. Recojo una muda y nos vamos.

Selló su respuesta con un dulce beso.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 9

*“ Amor es el verdadero precio del amor ”*

*Anónimo*

Jack abrió la puerta de su amplio dúplex en una de las mejores zonas de Madrid. Traspasó el umbral con ella en brazos sin reparar en el significado de ese gesto. Subió las escaleras que llevaban al piso superior y la condujo hasta la suite principal. La depositó dulcemente en su cama King Size y le ordenó que descansase mientras le preparaba un baño. Helena se relajó tanto que casi estaba dormida cuando Jack la desnudó y la introdujo de rodillas en una bañera con aroma a vainilla, se lavó como pudo mientras Jack sostenía su brazo derecho en alto para alzarla y no mojar la venda del costado. Al finalizar la envolvió en una gran toalla mullida que olía a limpio, secó su cuerpo con minuciosidad y la introdujo entre las frescas sábanas de su cama, asegurándose de dejar su costado derecho protegido con un *cojín* para no lastimarlo. La dejó cerrando los ojos mientras él se dirigía a tomar una larga ducha que limpiase todo lo feo que había sucedido esa noche, luego, ya desde el despacho de su casa le mandó un mail a Tomás para que averiguase todo lo que pudiese sobre el tal Luis. Sabiendo que esa noche no podría hacer nada más al respecto, decidió repasar algunos informes pendientes que tenía en el ordenador. Cuando terminó había transcurrido una hora. Ya en la habitación se desnudó por completo para meterse en la cama con Helena. Estaba entusiasmado por tenerla allí con él. Dudaba seriamente que de ahora en adelante le permitiese dormir sin él, y más, desde el susto de esta noche. Acarició ligeramente su mejilla y se sorprendió cuando Helena le dirigió una gran sonrisa al verlo tumbado a su lado.

- Hola.

La voz ronca por el sueño de Helena hizo que, en tiempo record, el miembro de Jack pasase del estado de reposo al de firmes.

- Hola – respondió Jack- ¿Cómo va mi pequeña? ¿Te duele, cariño? ¿Necesitas más calmantes?

Helena negó con la cabeza.

- Te necesito a ti Jack, ahora, dentro de mí.

Se sonrojó por su franqueza, pero estaba excitada desde que se había percatado de que estaban ambos desnudos bajo las sábanas. Jack sonrió.

- Será mejor que descanses, preciosa, no querría lastimarte.

Helena frunció el ceño y acercó su mano por debajo de las sábanas hasta palpar la erección de Jack.

- ¿No me deseas? Dijiste que me harías el amor esta noche, Jack... por favor...

Jack contuvo la respiración al sentir la manita de Helena recorrer su miembro. Cómo podría negarle lo que ambos deseaban más que nada en ese momento. Se decidió con rapidez.

- Será con mis normas o no será Helena.

- Como tú quieras- asintió Helena.

Jack la sostuvo y la colocó de espaldas, lentamente acarició sus tobillos ascendiendo por sus piernas al tiempo que Helena las separaba para permitirle colocarse de rodillas entre ellas. Con las yemas de su dedos repasó el interior de los muslos de Helena, que ya se estremecía de anticipación con cada caricia, evitó tocarla donde ella más lo deseaba y siguió deambulando lentamente por su vientre hasta llegar a sus pechos. Sus pezones erguidos solicitaban atención, la lengua de Jack se acercó a uno de ellos y comenzó a torturarlo con lentas pasadas, mientras hacía rodar el otro entre sus dedos. Helena ya no era consciente cuando Jack intercambió las atenciones en sus pezones. Sentía la humedad palpitante entre sus muslos, sentía un vacío que necesitaba ser llenado por Jack. Quería correrse con él dentro y ya estaba a punto. Jack lo notó porque con delicadeza sujetó sus muñecas y las elevó por encima de su cabeza, haciéndolas reposar en la almohada.

- Si las mueves paro. No quiero hacerte daño.

Sin darle tiempo a asentir, asaltó su boca con su lengua al mismo tiempo que la embestía en una única estocada que sintió hasta el fondo de su ser. Inició un combinado de movimientos de penetración y rotación que hizo que un enorme orgasmo se formase rápidamente en el vientre de Helena, se enroscó en ella y se elevó y se elevó hasta que estalló en mil pedazos apretando fuertemente el miembro de Jack mientras no dejaba de estremecerse. Tan fuerte fue el orgasmo de Helena que Jack no pudo contenerse y mientras los gemidos de ella inundaban la habitación, se corrió en su interior en un orgasmo que no parecía tener fin. Helena acariciaba rítmicamente la espalda de Jack, mientras lo sentía aún en su interior, nunca había tenido un orgasmo semejante, con una conexión tan profunda, de tal calibre que su corazón quedó expuesto, y besando el hombro de Jack no pudo evitar que lo que sentía saliese a la luz.

- Creo que ya te quiero Jack.

Jack se regocijó ante sus palabras, se irguió apoyando los codos a los lados de su cara inmovilizándola y sin salir aún de su lugar favorito le respondió.

- Yo también te quiero, Helena, lo supe hoy, cuando te desnudé y vi tu herida en el costado, supe que no podía soportar no tenerte a mi lado.

Ambos sonrieron al notar que Jack volvía a estar duro y comenzaba a empujar de nuevo dentro de ella, a un ritmo constante y mirándose fijamente, la penetró hasta que la hizo llegar de nuevo al orgasmo, inmediatamente después se corrió de nuevo. Cuando salió de ella y la envolvió entre sus brazos con cuidado de no lastimar su costado Helena ya dormía.

Helena se despertó sintiendo unos ligeros besos repartidos por toda su cara, se estiró para desperezarse y sintió un leve tirón en el costado que trajo a su mente todo lo ocurrido la noche anterior. Alzó la mano para acariciar la cara de Jack y lentamente abrió los ojos.

- Buenos días – dijo aun adormilada.

- Hola pequeña. – Respondió Jack besando sus labios - ¿Cómo te encuentras? ¿Te molesta la herida?

- Mmmm... sólo una pequeña molestia. Ya estás vestido.

- Sí. En una horita me iré a trabajar, he llamado al Dr. Navarro, el médico de la empresa, vendrá en media hora a echarte un vistazo y a traerte la medicación necesaria.

- Oh... de acuerdo, pensaba en ir al Centro de Salud esta mañana después de trabajar.

- Hoy no vas a ir a trabajar – sentenció Jack – tienes que descansar.

- De eso nada, en cuanto se vaya el médico me visto y me voy contigo al trabajo, en ausencia de Inés tengo que estar allí, le prometí que me ocuparía de todo.

- Helena, la herida es muy reciente, me quedo más tranquilo si sé que estás descansando.

- Lo siento, Jack, lo único que te prometo es que iré con cuidado.

- ¿Vamos a tener nuestra primera pelea por esto?- preguntó Jack contrariado.

- Yo no pienso pelearme Jack. Hoy es viernes, voy a ir a trabajar, salgo a las tres y me iré a casa a preparar la merienda para Anne y tu madre. Por si no lo recuerdas, hemos quedado hoy – insistió Helena.

- Las llamaré para anularlo. No puedes forzar todo el día.

Helena agitó su índice en el aire a modo de advertencia.

- Hazlo y de aquella tendremos una bronca monumental. No pienso defraudar a tu madre y mucho menos a Anne.

Jack elevó los ojos al cielo. No le quedaba más remedio que ceder, pero

impondría sus condiciones.

- De acuerdo, me rindo. Pero no protestarás si te mando para casa antes de la hora. En cuanto yo me vaya, tú te vienes conmigo. Ni se te ocurra preparar tú la merienda. Te llevaré a comer y compraremos unos dulces en la pastelería preferida de Anne. ¿Estamos?

- De acuerdo, jefe. – Sonrió al salirse con la suya – Ahora quiero vestirme, a no ser que prefieras que ese tal Dr. Navarro me encuentre desnuda en tu cama.

Jack esbozó una media sonrisa juguetona.

- Pequeña... se está rifando que a alguien le pongan el culo colorado como un tomate y llevas todas las papeletas.

Al mismo tiempo retiró las sábanas que cubrían su cuerpo y le dio un ligero cachete en el culo. Helena sonrió y se acercó a Jack para besarlo. Estaba guapísimo con su camisa azul, aún no se había puesto la corbata, aprovechó para deslizar los dedos por su cuello y acariciarle la nuca mientras se besaban hambrientos. Fue Jack el que detuvo el beso, le retiró las manitas de su cuello y se las besó.

- Preciosa.... Si sigues besándome así, el Dr. Navarro nos encontrará a los dos desnudos en la cama. Teniendo en cuenta que debe de rondar los sesenta años y que es muy amigo de mi padre, no quiero ser el responsable de que le suba la tensión y tengamos un disgusto. Tienes ahí tu maleta, te espero abajo con el desayuno.

Helena sonrió e hizo un puchero. Jack no pudo resistirse a ese gesto y con ambas manos le pellizcó ligeramente sus pezones extraordinariamente receptivos. Helena gimió y Jack la besó fraternalmente en la frente.

- Con esto tendrás que tener suficiente hasta la noche, semaforito.

Y levantándose de la cama abandonó la habitación. Helena suspiró resignada y después de recoger su neceser, acudió al baño de la suite de Jack y se dispuso a arreglarse. Anoche casi no había sido consciente del lujo que suponía un baño de esas características. Ahora, la luz de la mañana entraba por el ventanal del enorme baño, que ocupaba desde la mitad de la pared hasta el techo, bajo él y de forma continua se situaban una enorme bañera alargada y una ducha completamente acristalada. Le apetecía una ducha “de lluvia” como decía ella, pero no tenía demasiado tiempo y no tenía nada para cubrir la venda, al haberse bañado esa misma noche optó por afeitarse y aplicarse un ligero maquillaje en el amplio lavabo de doble pileta, que estaba incrustado en un exquisito mueble de madera oscura. Se alegró de haber optado por unos

vaqueros básicos y una blusa blanca suelta sin botones, que aunque le costó un poco ponérsela, no tendría que sacársela del todo cuando viniese el doctor, unas bailarinas con print de leopardo completaban su sencillo look, metió todo lo que necesitaba en su bolso color camel favorito y sin olvidarse de su chaqueta de punto dorada, por si la mañana estaba fresca, abandonó la habitación en busca de Jack.

Al salir del dormitorio, se encontró con un amplio pasillo pintado en color neutro y que distribuía varias estancias de la planta superior. Le había encantado la habitación de Jack, a pesar de que era muy masculina con todos los muebles de madera oscura. Frente a ella divisó un gran vestidor en el que se veían perfectamente colocadas por colores sus camisas. Suspiró pensando en su diminuto armario, y bajó las escaleras que la llevaban a la planta inferior, éstas finalizaban en un luminoso recibidor, a mano izquierda podía divisar un amplio salón con sofás de color arena y una moderna mesa de comedor de cristal para seis comensales coronada por un precioso jarrón de hortensias azules y moradas, sus favoritas. Estaba claro que Jack tenía una asistente, ya que no se lo imaginaba disponiendo los arreglos florales de la casa. A mano derecha estaba la cocina y allí se dirigió Helena siguiendo el aroma del café. Cuando traspasó la puerta no pudo ni pronunciar palabra al contemplar la enorme cocina de Jack, era exactamente la cocina de sus sueños, blanca, con la encimera de madera clara y electrodomésticos de acero inoxidable. Una gran isla central con la zona de fuegos y un mostrador de desayunos dividía la cocina en dos mitades, en una, la zona de aguas y todos los electrodomésticos y en la otra una amplia mesa de cristal translúcido y patas de acero, con unas cómodas sillas blancas en dónde hacer las comidas de diario. Jack se encontraba apoyado en el mostrador con un café en la mano, observando risueño la cara de Helena.

- Madre del amor hermoso – consiguió decir Helena – me acabo de enamorar.

- Eso ya me lo dijiste ayer – sonrió Jack, malinterpretando a posta las palabras de Helena.

- De ti no, idiota, de tu cocina... – Le reconvino Helena – Es preciosa, un sueño, mataría por cocinar aquí a diario, tiene todo de todo. Podría hacer....

Jack se acercó a ella y la agarró por la cintura, callándola con un beso le dijo con sorna.

- Gracias por la parte que me toca. No tienes que matar a nadie para cocinar aquí, puedes hacerlo cuando quieras, toda tuya, siempre que yo

disfrute de los resultados.

Helena se sintió de repente como una pueblerina recién llegada a la ciudad, como cuando ibas a un baño moderno y te sentías idiota por no encontrar la cisterna. Estaba claro que había un abismo entre la situación económica de Jack y la de ella, eso ya lo suponía, pero verlo en la realidad acrecentaba sus dudas sobre las posibilidades de su relación. Su semblante se entristeció y se sintió algo avergonzada por no haber sabido contener sus emociones. ¡Cómo si fuese posible contenerse cuando la cocina de Gordon Ramsey aparecía ante sus ojos! Sintió que enrojecía y bajó la mirada.

Jack maldijo para sí, ya que había leído en el rostro de Helena todas y cada una de sus emociones, desde el asombro y el regocijo inicial hasta el sonrojo vergonzoso de después. Sabía perfectamente que estaba calibrando la distancia económica entre ambos, y deseó que eso no supusiese un escollo en su relación. Tenían que zanjar el tema ya, de no hacerlo, la mente de Helena empezaría a alimentar su inseguridad, y ésta ya estaba demasiado alimentada para su gusto. Así que le sostuvo la barbilla obligándola a que lo mirase.

- ¿Qué pasa, preciosa?

- Nada.... – intentó escaquearse Helena.

- Helena.... – suspiró Jack – no me obligues a repetirme de nuevo que quiero saber lo que pasa por tu cabeza.

Maldita fuera su perspicacia. No se le escapaba una. No le quedaba más remedio que sincerarse de nuevo, y ya había perdido la cuenta.

- Bueno..., me siento un poco paleta..., la verdad, abriendo la boca de una cuarta como si nunca hubiese visto una cocina – cogió carrerilla y ya no pudo parar – pero, la verdad, es que nunca había visto una así, la había imaginado, un millón de veces, por si me tocaba la Primitiva, porque de lo contrario...., con mi sueldo nunca podría tenerla - ¡Mierda!, pensó en cuanto lo dijo, pero si estoy hablando con mi jefe, ahora pensará que soy una desagradecida..., mi primer mes y quejándome del sueldo, si es que.... – y no quiero decir que no me paguéis bien ¡eh!.. Que conste en acta, que no me quejo, solo que yo... y tú..., es decir, me he metido en un jardín yo solita, ¿verdad?- preguntó sintiendo que enrojecía cada vez más.

- Continúa.

Jack colocó en su rostro una expresión insondable para ponerla aún más nerviosa antes de darle el golpe final.

Este cabrón no me lo va a poner fácil, pensó Helena. Decidió como otras veces coger el toro por los cuernos.

- En resumen, económicamente nos separa un abismo, probablemente vuelva a comportarme como una paleta cuando vea el resto de tu casa, si es que aún quieres enseñármela para entonces. Pero ante todo quiero que sepas, que no tengas la más mínima duda, de que yo lo que quiero es estar contigo, pero no por todo esto – hizo un gesto abarcando la cocina – te quiero por lo que eres, por cómo me has tratado, por cómo eres con tu familia y con tus amigos. Quiero decir, por todo tú.... ¿lo entiendes verdad?, no es que piense que yo no valgo... pero....

- Estás mintiendo – sentenció Jack.

A Helena se le congeló la sangre en las venas. ¿Acaso pensaba que estaba con él por su dinero? ¡Dios mío, qué horror!, se tambaleó ligeramente mareada por la impresión.

- ¿Qué insinúas? – consiguió preguntar con un hilo de voz.

Ahora es mi turno. Voy a ponerte en tu sitio, pequeña, pensó Jack.

- No insinúo, Helena, no insinúo, yo afirmo, afirmo que mientes cuando dices que no piensas que eres poca cosa para mí, lo crees de verdad, y yo ya no sé cómo demostrarte el valor de todo lo que me das cuando estamos juntos. Si investigo un poco, podría darte un presupuesto exacto de lo que costó esta cocina. ¡Qué coño! ¿Por qué no hablamos del valor de toda la casa? ¿Te gustaría más? – Estaba siendo de nuevo muy duro con ella, era consciente, pero, una vez más, Helena no le dejaba otra opción. Observó cómo su barbilla comenzaba a temblar – Ya puestos, Helena, ya que mi familia tiene recursos suficientes como para que me pueda permitir esta casa, los coches, este reloj... ¿Por qué no comprar también el resto de lo que necesito? Podría pagar por el sexo, no cabe duda. – Comprobó que Helena estaba a punto de quebrarse, ahora venía la estocada final – Incluso podría pagar por el amor de una mujer, porque... ¿Cuánto me costaría? Helena... ¿Qué precio tiene lo que tú me ofreciste hace días? Todo aquello de acariciarme mientras estamos relajados en el sofá, esa sensación a la que yo llamo paz... Dime ¿es suficiente lo que tengo para pagarlo? ¿Qué precio le pones tú?

Las lágrimas ya brotaban sin control por el rostro de Helena. Se sentía humillada, se sentía superficial. Ella no era así, no valoraba a las personas por sus posesiones, sin embargo, acababa de hacerlo con Jack, acababa de restregarle a la cara el dinero que él y su familia habían conseguido con su trabajo. Se sentía despreciable y no conseguía encontrar las palabras para contrarrestar el discurso de Jack. Sólo suplicó.

- Basta... Jack. Por favor...



- No. Helena. No basta. No voy a parar hasta que entiendas que eres tú, y no tus circunstancias. Eres tú a quién quiero tener cada noche a mi lado, para hacerte el amor y para que me lo hagas tú, para que me acaricies viendo la tele y para acariciarte yo, para que me des paz y para que me hagas feliz, igual que yo quiero que seas feliz. Y, francamente, no pienso renunciar a todo lo que he conseguido en la vida para que esa diferencia de clases – hizo el signo de comillas con los dedos – no te ofenda. Muchos de mis conocidos no piensan así, pero en mi familia, y más con Anne entre nosotros, valoramos a las personas por lo que son, no por lo que tienen o dejen de tener. No creo que ni yo ni mi familia te hayamos hecho sentir menos en ningún momento, si es así, te pido disculpas.

Helena estaba encajando aquella lección, tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar, tapó su rostro con las manos para ocultar el llanto desgarrado que no podía detener. Entonces Jack la remató. Agarró fuertemente sus muñecas y no permitió se ocultase más.

- Mírame Helena. –le ordenó inflexible guardando silencio hasta que la vio elevar su rostro haciendo un esfuerzo por mantenerle la mirada.

- Te quiero por lo que eres, Helena, quíereme tú por lo que soy, preciosa.

Helena consiguió contestar entre sollozos.

- Te quiero Jack, te quiero mucho. Estoy aterrorizada por la intensidad de lo que nos pasa, estoy aterrorizada por miedo a que se termine, porque no sé cómo podría vivir sin ti después de haberte conocido.

Jack la atrajo hacia sí, la abrazó fuertemente depositando besos en su cabeza, mientras la consolaba.

- Pequeña, confía en nosotros, cariño. Lo vamos a hacer bien.

Helena alzó sus manos para coger su rostro y lo besó, toda la dulzura que quiso imprimir al beso se convirtió en pasión desenfrenada cuando sus lenguas comenzaron a danzar desesperadas por encontrarse. Un fuerte timbrazo detuvo el beso y lo que venía después.

- Es el Dr. Navarro, le dije al portero que lo dejase subir. Ve a recomponerte un poco si quieres, preciosa, lo llevo hasta el salón y te voy a buscar. ¿Estamos bien Helena?

Helena asintió y se dio la vuelta para subir a calmar sus ojos enrojecidos, Jack la detuvo agarrándola por el brazo.

- No lo olvides, semaforito, todo esto no podría pagar lo que tú me das. No tiene precio.

Volvió a besarla y, dándole un cachete el culo, la despidió para ir a recibir

al doctor. El Dr. Navarro era un hombre entrañable, tenía el pelo totalmente blanco y no era demasiado alto, fue muy delicado en su auscultación, le hizo una limpieza de la herida y le indicó que tenía muy buen aspecto. Le dejó las dosis de antibiótico que necesitaba y le permitió hacer vida normal, para disgusto de Jack, a cambio de no realizar esfuerzos físicos o cargar pesos. Los puntos se caerían solos así que, salvo que notase algo raro, no sería necesaria una nueva visita.

Cuando se quedaron solos, Jack decidió hacerle un tour por toda la casa para que el tema de su economía quedase zanjado definitivamente. Helena mantuvo su boca cerrada durante todo el trayecto, le calculó unos quinientos metros cuadrados. En la primera planta, además del recibidor y la cocina, que eran las estancias que ya conocía, estaba el salón comedor, era muy amplio, la decoración era sencilla pero exquisita, desde él se accedía a una de las terrazas de la vivienda, lo suficientemente espaciosa para considerarla otro salón comedor al estar decorada con muebles de madera de teca tapizados en color arena para ambos usos. Existía además un completo baño de cortesía, más grande que el del su apartamento. En la planta superior, además de la suite principal, que ya conocía, y el vestidor de Jack, que le pareció el sueño de cualquier mujer, había una biblioteca despacho con mobiliario muy moderno y funcional y dos dormitorios más, cada uno con su baño, uno era para invitados y el otro le arrancó una gran sonrisa cuando Jack abrió la puerta para descubrir un mundo totalmente rosa, paredes rosa bebé contrastaban con un sencillo mobiliario blanco y con la ropa de cama y tapizados en distintos tonos de rosas fuertes y morados. El resultado era algo abrumador pero, conociendo a Anne, previsible. Aquel era su dormitorio y decía mucho de Jack. El hecho de que le hubiese permitido incorporar ese colorido a una casa que destacaba por sus colores neutros y sin estridencias, le hablaba del amor que sentía por su hermana. Cuando cerraron la puerta y se dirigieron de nuevo a la suite principal Helena estaba un poco más enamorada de Jack. Cada vez entendía más lo de la prueba, muchas mujeres no hubiesen permitido que una cuñada se apropiase de un gran dormitorio, decorándolo además con un estilo opuesto al principal. Jack la condujo a través del dormitorio hacia una puerta que le había pasado desapercibida anteriormente y que, para su sorpresa, daba acceso a una pequeña terraza privada, amueblada con el estilo de la terraza inferior, la obligó a recostarse en una de las dos tumbonas que estaban separadas por una pequeña mesita. Jack se sentó en la otra, cruzó sus manos entre sus rodillas y le preguntó.

- ¿Y bien?

- ¿Qué? – respondió Helena.

Jack sonrió.

- Dime todo lo que quieras sobre la casa ahora o calla para siempre.

- Elijo callarme – sonrió ella también – no, en serio, es un sueño de casa Jack, tienes mucha suerte de poder disfrutarla y déjame recalcar que Anne es increíblemente afortunada de que seas su hermano, por no mencionar la tranquilidad que para tus padres supone todo lo que haces por ella.

Jack hizo un gesto restándole importancia al tema.

- No Jack, antes fui muy injusta, y no lo mereces.

- Entonces, ¿te gusta?- preguntó Jack, al comprobar cómo Helena asentía continuó - ¿Cocinarías aquí para mí?

- Claro Jack, qué tontería, claro que lo haría.

- Espero que lo hagas pronto. Extiende la mano.

Helena observó cómo Jack estiraba una de sus piernas para coger algo que tenía en el bolsillo y que quedaba oculto a sus ojos.

- ¿Cómo?

Helena se puso algo nerviosa, su corazón latía desacompañado intuyendo un momento importante.

- Que...extiendas...la...mano – casi silabeó Jack.

Helena extendió su mano temblorosa para comprobar que Jack dejaba caer en ella un juego completo de llaves, al intuir de qué llaves se trataba se le atenazó la garganta y sólo alcanzó a mirarlo interrogante.

- No te voy a pedir que vengas a vivir conmigo, preciosa, por lo menos que vengas a vivir conmigo hoy – sonrió Jack – quiero que lo medites bien, que lo decidas sin sentir presión.

Helena seguía con la mano extendida, sin poder articular palabra. Jack le cerró el puño y lo llevó a sus labios besándolo con ternura.

- Mientras lo piensas, no me importará nada llegar a casa y encontrarte en ella – levantó una de sus cejas buscando confirmación.

Helena se perdió en sus ojos verdes, y se obligó a no gritar que cuándo hacía la mudanza. Era un paso de gigante, y recordando la advertencia de Lola, optó por la prudencia.

- Estoy abrumada, Jack, no sé qué decir...

- Sólo prométeme que lo pensarás seriamente – Jack la ayudó a incorporarse y la abrazó – lo nuestro sólo tiene un final, Helena, pero aún no estás preparada para ni para verlo, ni para escucharlo.

- Lo prometo Jack.

Jack la besó dulcemente y como siempre, esa dulzura mudó en pasión en breves segundos. Tuvieron que volver a refrenarse porque el trabajo les esperaba y ya iban con retraso. Salieron de casa de la mano, Jack muy seguro del paso que acababa de dar y Helena en una nube, sintiendo cómo su vida se escapaba de su control y daba giros de ciento ochenta grados a velocidad vertiginosa. Tenía que pensar en cómo le hacía sentir eso.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 10

*“Aquí estoy, amigo, para celebrar una fiesta, la mejor posible mientras viva en la tierra. Creo que ese es también tu deber”*

*Janis Joplin*

Tras dar por finalizada la jornada sobre la una del mediodía y después de un breve almuerzo en el hotel, Jack consiguió aparcar en las cerca de la pastelería favorita de su hermana, rodeando con su brazo los hombros de Helena, pasearon hasta allí aprovechando el sol de las primeras horas de la tarde. Helena nunca había estado allí y sus fosas nasales se inundaron con los exquisitos aromas. La elección era difícil, delicados bizcochitos con distintas formas, de aspecto tan delicioso como los perfectos hojaldres, todos ellos coronados de moras, arándanos, frambuesas, nueces, avellanas, chocolate en distintas texturas y una colorida exposición de macarons, los había de caramelo, pistacho, praliné... toda una explosión para la vista.

- ¿Quieres algo en especial? – le preguntó Jack.

- ¿Puede ser todo? – dijo Helena sonriendo – No sabría por dónde empezar, tú pide lo que les guste a ellas que a mí seguro que me gusta también.

Una vez llegaron al apartamento y, mientras Jack se acomodó en el sofá para contestar algunos mails desde su teléfono, Helena dispuso sobre una bandeja su mejor juego de café, de unas rebajas en La Oca, y dobló unas delicadas servilletas bordadas, herencia de su madre. Luego trasladaría todo al baúl que hacía las veces de mesa en el salón. Al lado del salón de Jack, parecía un chiste llamarle salón a su breve espacio ocupado por un par de muebles de Ikea, esperaba no defraudarlas. Rápidamente se reprendió por ese pensamiento. Aun recordaba lo enfadado que estaba Jack esta mañana y había que reconocer que tenía toda la razón. No merecía la pena querer ser alguien distinto a quien uno era. Si alguien no la quería por lo que era, esa persona no merecía estar en su vida. Era necesario repetir ese mantra una y otra vez para conseguir ganarle la batalla a su inseguridad. En esas estaba, cuando sonó el timbre de su puerta. Presa de unos repentinos nervios se acercó presurosa a abrir sin esperar a que Jack se levantara.

Pobre... - pensó Jack - está hecha un flan. Tendré que relajarla después. – el cómo lo tenía claro, en la cama, el dónde, aquí o en su casa, era harina de otro costal.

Con una sonrisa se lo encontró Helena cuando condujo a Anne y a su madre hasta él. Jack las besó a ambas.

- Jack, no contábamos contigo hoy – exclamó Lucía.

- Eeee... era una meee... merienda de chicas – lo miró Anne con cierto fastidio.

- Bueno... Anne, lo siento – dijo Jack fingiendo arrepentimiento, Anne era muy buena pero sus rabieta, aunque escasas, dejaban huella – pero es que Helena tuvo ayer un accidente y estoy cuidándola.

- ¿Estás malita? – Anne corrió a abrazar a Helena - ¿Ya no voy a poder merendar? ¿Podrás venir a mi fiesta?

Helena le devolvió el abrazo.

- Ay... no te disgustes Anne, claro que merendaremos, y claro que mañana voy a ir a tu fiesta. Sólo tengo una pequeña herida aquí.

- ¿Pu... puedo verla? –inquirió Anne curiosa.

Helena levantó la vista, esperando la conformidad de Lucía, ésta asintió intrigada por el gesto preocupado y protector de Jack. Emitió un quejido de disgusto cuando Helena dejó al descubierto su vendaje levantándose la blusa.

- Madre mía... Helena, cariño... ¿Cómo te has lastimado? ¿Llevas puntos? – La sostuvo del brazo y la acercó al sofá – Siéntate por favor..., tu aquí convaleciente y nosotras invadiendo tu espacio. Jack, deberías de habernos avisado – lo regañó mientras se sentaba.

Jack suspiró resignado, iba a ser una tarde muy larga rodeado de aquellas tres. Se sentó al otro lado de Helena, mientras Anne se acomodaba en la alfombra a los pies de Helena y apoyaba su cabeza en las rodillas de ésta, ofreciendo y buscando mimos por igual. Helena acarició su cabello distraídamente.

- Lo he intentado, mamá, he intentado posponerlo, pero Helena me amenazó con algo así como una bronca monumental si lo hacía.

A continuación procedió a relatarle la aventura de la noche pasada, con pelos y señales, para disgusto de Helena, que prefería que Lucía no pensase que Lola y ella no eran buena influencia para su hijo y su amigo. De nuevo se tuvo que reprender mentalmente, se llamó mezquina y otras lindezas cuando escuchó la respuesta de Lucía.

- ¡Qué horror! – protestó Lucía – que en estos tiempos pasen estas cosas. Déjame decirte Helena que Héctor es un chico maravilloso, tu amiga Lola no puede estar en mejores manos, es todo un caballero. Jack, tienen que venir a la cena de la Fundación, este año más que nunca. ¿Ya le has contado a Helena?

Helena asintió.

- Pues eso. Los fondos que se recauden este año se repartirán entre varias casas de acogida para mujeres maltratadas en Madrid. Héctor me lo pidió el

año pasado y no pude ni quise negarme, Helena, ese chico quedó destrozado por lo que le sucedió a su hermana.

- Muy bien mamá – respondió Jack – le recordaré a Héctor que puede llevar pareja, aunque dudo sinceramente que no estuviese ya entre sus planes llevar a Lola. Parece que han conectado bien.

Lucía sonrió, si Lola era igual a Helena, Héctor era muy afortunado. Todo parecía ir encajando poco a poco. Sus chicos, a Héctor lo querían como un hijo, estaban a punto de sentar cabeza. Ya se imaginaba con nietos en pocos años.

El resto de la tarde transcurrió con tranquilidad, merendaron, Anne no dejó de dar entusiasmadas vueltas por el apartamento. Lucía se mostró contenta por ello, y decidió que la casa de Helena era perfecta para Anne, y que ella era la persona adecuada para ayudarlas en esta fase de maduración de su pequeña. Quedaron en que en tres semanas comenzarían la convivencia de fin de semana y le costó Dios y ayuda convencer a Anne para irse a casa, sólo la promesa de Helena, de que al días siguiente pasarían un rato juntas antes de comer, consiguió hacerla cambiar de parecer.

Al fin solos – pensó Jack, mientras observaba a Helena trajar en la cocina recogiendo todo – Prueba superada – se dijo – segunda prueba superada. Ahora tocaba la recompensa, aunque no sabía muy bien si sería para ella o para él. Se acercó a ella por detrás y pasando una mano por debajo de sus rodillas la alzó en brazos, Helena emitió un grito de sorpresa y Jack la condujo a su habitación, la depositó en la cama. Se echó encima de ella y aguantando el peso sobre sus codos se volvió a perder en esos ojos negros que le devolvían una mirada picarona.

- Voy a recompensarte. Voy a comerte enterita.

Le mordió el labio inferior, y luego lo calmó de un lametazo. Helena gimió excitada, sin embargo, tenía que ser práctica.

- Necesito una ducha, Jack.

Jack apoyó la frente en la de ella.

- De acuerdo – accedió – ducha, juntos, yo te enjabono.

- Mi bañera es pequeña Jack... - Helena se rio porque Jack ya había empezado a desnudarla – necesito un apósito especial para no mojar la herida, mañana ya puedo lavarla.

Mientras hablaba ya estaba desnuda y observó fascinada como Jack se despojaba de su ropa dejando al descubierto su fabuloso cuerpo. Sus ojos verdes la miraban hambriento. De nuevo la llevó en brazos al baño y Helena

se preguntó si en el dormitorio la dejaría caminar alguna vez, aunque lo decía con la boca pequeña, le encantaba que la llevase en brazos de un lado a otro. Jack reguló la temperatura del agua mientras Helena se colocaba el apósito. El jabón de Helena olía fresco, como ella, Jack calentó el gel entre sus manos para hacer espuma y procedió a lavarla minuciosamente, no hubo recoveco en su cuerpo que dejase sin enjabonar, cada curva, cada valle. Helena se sumió en un limbo en el que sólo existían las manos de Jack acariciándola con pericia y provocando pequeños temblores de placer por todo su cuerpo. Quiso devolverle el favor, pero Jack se excitó tanto al sentir sus manitas recorrer su pecho y sus caderas que cuando se dirigía a lavar su miembro la detuvo y acabó él de enjabonarse. Tenía planes para esa noche y si Helena lo acariciaba ahí, esos planes saltarían por los aires. Tras aclararse y compartir toalla secándose levemente el cuerpo, Jack trasladó de nuevo en brazos a Helena hasta la cama, se tendió sobre ella, ambos estaban frescos y húmedos. La ducha los había dejado excitados y hambrientos. A él especialmente hambriento. La obligó a separar las rodillas y se colocó entre ellas, se agachó y depositó un casto beso en su vientre, sin esperar a su reacción, deslizó la lengua de un lado a otro descendiendo en zigzag hacia el centro de su ser. Helena sentía la lengua de Jack recorrer su cuerpo enviando corrientes de placer en todas direcciones. Se sentía húmeda y su clítoris palpitaba en espera del contacto que sabía que llegaría. Jack no se demoró, olía su excitación y ese aroma lo ponía duro como una piedra. Sin avisar le abrió más las piernas y depositó un húmedo beso en su centro de placer. Helena se arqueó tanto con la sensación, que Jack tuvo que sujetarla fuertemente con un brazo mientras su lengua besaba sus otros labios, los recorría con la lengua con lentas pasadas y se introducía en su interior levemente, para volver comenzar de nuevo evitando tocar el punto exacto que la haría despegar de la cama por el placer. Helena gemía y se retorció, intentaba soltarse del agarre de Jack para buscar el orgasmo que éste le negaba, pero la sostenía fuertemente y no podía moverse. Así estuvo minutos que le parecieron horas hasta que Jack la sintió sollozar y entonces posó sus labios en su clítoris palpitante y succionó con fuerza. Helena sintió que el orgasmo estallaba estremeciendo hasta el último rincón de su cuerpo. Jack la observaba ensimismado. Estaba preciosa, con la mirada perdida y sonrosada por todas partes. Cuando los espasmos estaban disminuyendo se introdujo en ella y con lentas embestidas reavivó las brasas de su excitación, cuando Helena le clavó sus uñas en la espalda solicitándole una nueva liberación Jack la embistió rápidamente sin descanso hasta que



Helena apretó su miembro en un nuevo orgasmo, siempre lo apretaba tan fuertemente, que Jack apenas podía contenerse, y, como el día anterior, se corrió en su interior vaciándose en ella entre espasmos de placer, Helena casi se corre de nuevo al oír el fuerte rugido que salió de la garganta de Jack. Le maravillaba que ella solita pudiera provocarle tanto placer. Jack se desplomó sobre ella, a Helena le encantaba ese momento, verlo tan relajado y poder acariciar su fuerte espalda para prolongar su estancia en ese limbo poscoital. Ninguno de los dos fue consciente del momento en que se abrazaron y se durmieron agotados.

Helena se despertó primero, debían de haberse destapado por la noche, había hecho mucho calor y eso que apenas había comenzado la primavera. Como Jack seguía dormido profundamente, aprovechó para alegrarse la vista con su cuerpo, su piel era más clara que la de ella, su pecho estaba poblado por unos rizos oscuros, y una suave línea de vello descendía por sus abdominales perfectamente definidos. Descendiendo la mirada se encontró con su miembro, ahora en reposo, pero aún enorme para su poca experiencia con otros hombres. Su mano se estiró para acariciarlo con un dedo, casi sin tocarlo, Jack la había devorado la otra noche y a Helena le había encantado. Decidió devolverle el favor y se incorporó con movimientos suaves para no despertarlo, y depositó un liviano beso en su pene al mismo tiempo que comenzaba a acariciarlo. Lo sostuvo en alto y comenzó a depositar besos por toda su longitud. El sexo oral no era uno de sus fuertes, y comenzó a lamerlo tal y como le salía, lo introdujo en su cavidad y lo rodeó con su lengua varias veces sin dejar de acariciarlo en ningún momento. Jack abrió los ojos y terminó de excitarse por completo al ver cómo Helena, arrodillada a su lado, introducía su miembro en la boca y lo lamía suavemente. ¡Dios!, qué manera de despertar. Gimió por las pequeñas descargas de placer que sentía. Helena al oírlo, levantó la vista y le sonrió sin dejar de acariciarlo arriba y abajo.

- Buenos días – le dijo con voz ronca - ¿te gusta?

- Pequeña... ¿no lo notas? – le dijo elevando las caderas para impulsarse en su caricia.

- Quiero complacerte – le susurró Helena mientras volvía a besar tu corona – igual que tú lo hiciste ayer.

- Cariño... esto no es una competición – le dijo Jack cada vez más frenético.

- Lo sé, pero quiero hacerlo – se inclinó sobre él y procedió a demostrarle con su boca cuánto quería complacerlo.

Jack no quería correrse en su boca. Quería correrse con ella, dentro de ella, clavársela hasta es fondo. Así que alargó su mano y comenzó a acariciar su clítoris lentamente, cuando comprobó que ya estaba mojada introdujo un dedo en su interior y con movimientos rotatorios la enloqueció hasta que Helena se incorporó, para arquearse y soltar un gemido gutural que hizo que Jack casi se corriese en su mano.

- Arriba, súbete – le ordenó Jack – quiero correrme dentro, no aguantaré mucho.

Helena le obedeció y presurosa se lo introdujo lentamente en su interior, ambos gimieron por la tensión insoportable.

- No importa Jack – le dijo Helena mientras lo cabalgaba lentamente – esto es para ti.

- Ah no... preciosa – la sostuvo por las caderas y comenzó a embestirla con un ritmo castigador.

Helena se inclinó sobre él apoyando sus brazos en la almohada y dejando sus pequeños pechos a la altura de la boca de Jack, éste, aprovechando el regalo comenzó a lamerlos con avidez. Al sentir el roce de su lengua Helena no tardó nada en comprobar cómo un orgasmo se iba formando lentamente en su vientre, lo cabalgó rítmicamente hasta que los lametones de Jack lo liberaron, gimió mientras se estremecía y Jack, como siempre, al sentir como Helena lo apretaba, se liberó en su interior. Helena se derrumbó sobre Jack, y ahora fue éste, el que recorrió su espalda con lentas caricias mientras le besaba la cabeza. Helena sentía el corazón de Jack latiendo a toda velocidad. Se incorporó y depositó allí un beso.

- Late muy deprisa – le dijo mientras, se tumbaba a su lado.

- Como para no hacerlo – le sonrió Jack – nos espera un día largo hoy.

- Sí – se desperezó Helena – Tengo que comprar el regalo de Anne, – recordó - ¿me acompañarás?

- Claro preciosa. Te invito a desayunar y vamos de compras. ¿Tú necesitas algo?

-¿Yo? – se extrañó Helena.

- Necesitarás un vestido para la cena de la Fundación, me gustaría regalártelo – Al ver el gesto incómodo de Helena, Jack suspiró – Preciosa... me harías feliz si me dejas comprártelo, verás, Ruth, una prima de Héctor, ha inaugurado una boutique en la calle Serrano y no he tenido ocasión de comprar nada para apoyarla en su proyecto.

Helena suspiró. Tenía que ceder. No podía ser que el tema del dinero los

enfrentase continuamente. Tenía que superarlo.

- Bueno, teniendo en cuenta que nunca he comprado en la calle Serrano, por motivos evidentes... - le sonrió frotando su ceño fruncido - no te enfades, sólo constato un hecho. Acepto tu regalo, pero no gastes mucho ¿vale?, y que pueda reutilizarlo, vamos algo muy sencillo.

- Gracias, preciosa – dijo Jack besándola. Pensaba comprarle lo que le diera la gana, sin importar el coste, hasta la ropa interior, quería que luciese espectacular ese día, quería subir su ego un poquito más – Concertaré una cita con ella para esta semana, y ahora – le dio un cachete en el culo – Perezosa... vamos que se nos hace tarde.

Helena decidió vestirse para el cumpleaños con un vestido azul marino sin mangas y falda de vuelo con bolsillos. Se trataba de una fiesta en el jardín, para estar cómoda decidió no llevar tacones y se calzó unas sencillas alpargatas marineras con un lazo de organza azul. Un bolso de mano blanco, unos sencillos pendientes de bolas, un gran anillo y un brazalete plateado completaban su look. Jack volvió a echar mano de su mochila para emergencias y se vistió con unos vaqueros azules muy desgastados y un polo azul marino, con unas deportivas blancas y sus gafas de sol estaba guapísimo. Helena se quedó sin aliento cuando tras aplicarse su sencillo maquillaje salió del baño y lo vio recogiendo su móvil y las llaves del coche para salir. Debió de hacer algún ruido porque Jack se giró y la contempló salir del baño ya arreglada, su corazón de dio un vuelvo al verla. Estaba guapísima, muy sencilla, muy discreta, pero aun así llamaba la atención. La miró tan fijamente que Helena dudó de haber acertado con su outfit.

- ¿Voy bien? Puedo cambiarme si ves que no encajaré, no tengo mucha idea de la etiqueta en este tipo de fiestas...

- Vas perfecta, Helena, preciosa.

Se acercó la tomó de la mano y la hizo girar sobre sí misma para acabar estrechándola entre sus brazos.

- Volvería a la cama ahora mismo. Me gustaría no tener que compartirte hoy pero mucho me temo que Anne te acaparará, por lo menos hasta que vengan sus amiguitos del cole.

- No seas bobo... Simplemente tiene curiosidad por mí, es normal, sabe que va a venir a vivir aquí conmigo.

- Yo también quiero... - Jack puso un mohín - ¿Cómo vamos a solucionarlo? ¿Lo de dormir juntos esas semanas?

- Pues imagino que no podremos Jack..., le voy a dejar la habitación y yo

dormiré en el sofá...

Helena no había pensado en eso, en el momento en el que se ofreció a ser la guía de Anne no se imaginaba que, desde ese día, ya no iba a dormir sola. Eso le daba un margen de tiempo para tomar la decisión de irse a vivir con él, por un lado lo agradecía, por el otro sabía que lo extrañaría enormemente. No se imaginaba que Jack no iba a ceder tan fácilmente.

- Pues no me gusta ni un pelo. Es decir, agradezco enormemente que te ofrecieses a ayudarnos, pero no pensaba en que yo tendría que ceder las noches contigo.

- Yo tampoco lo pensé Jack, ni siquiera había pasado nada entre nosotros entonces, pero es lo que hay. Sabes que Anne es lo primero. Jack se alegró mucho por las palabras de Helena. Estaba comportándose como lo que nunca había sido, un chiquillo caprichoso, todos tenían que ceder algo para que Anne superase con éxito esa etapa, y se reprendió por pensar primero en sus necesidades. De todos modos pensaría algo para remediarlo. Eran demasiadas semanas.

- Tienes razón, pequeña, pero no puedo remediarlo. Aún no soy capaz de estar muchas horas lejos de ti – se sinceró Jack.

- Bueno... pues tendremos que aprovechar estas tres semanas...

- Y yo sé exactamente cómo lo haremos. Te vienes a mi casa, vemos qué tal lo llevamos, luego vuelves aquí con Anne y al terminar su programa espero que decidas trasladarte definitivamente a mi casa.

- Ehh...

Helena se quedó sin palabras y con la mente en blanco. Parecía todo tan razonable. Sabía que tenía que buscar argumentos para negarse, al fin y al cabo, era una treta para vivir juntos disfrazada de convivencia temporal. Pero no pudo. Además, luego dispondría de tiempo para tomar su decisión. Así que, de nuevo, hizo lo que su corazón le pedía.

- Jack... me siento manipulada... pero no puedo negarme.

- Bien – sonrió Jack – eso es exactamente lo que quería oír. Prepara una bolsa con lo que necesites y el lunes al salir de trabajar venimos a por el resto.

- Lo tienes todo planeado.

Si ella supiera... pensó Jack. Lo que tenía eran tres semanas para pensar en cómo se introduciría él en la convivencia de Helena y Anne. No pensaba quedarse fuera.

Tomaron un rápido desayuno en el Vips del centro comercial, cercano a la

casa de los padres de Jack, Helena se decantó por acompañar su café con un croissant french toast y Jack pidió un ibérico con un café doble. Helena tenía claro lo que quería regalarle a Anne, lo había pensado muy bien y por eso le pidió a Jack que acudiesen a una de las joyerías que allí se ubicaban. Una vez allí, Jack apreció una vez más una cualidad de Helena que se manifestaba siempre que estaban con otras personas, la empatía. Helena le había solicitado al dependiente que le mostrase pulseras tobilleras, tras examinar varias de ellas eligió una fina cadena plateada, en la parte delantera tenía bolitas de colores muy veraniegos, verde agua y azul turquesa. Cuando el avisado dependiente le indicó que la pulsera podía completarse a gusto del cliente añadiéndoles abalorios, Helena eligió completarla con dos charms, uno en forma de mariposa y otro en forma de estrella. El asombro de Jack se produjo cuando escuchó a Helena pidiendo al dependiente que le preparase otra pulsera exactamente igual para ella, pero que no se la envolviese porque pensaba llevársela puesta. En ese momento constató que Helena había planeado minuciosamente su regalo para crear un vínculo entre Anne y ella, llevando ambas la misma pulsera como símbolo de amistad. No se lo esperaba y se le puso un nudo en la garganta al comprobar que Helena, no sólo se implicaba con el proyecto de Anne, estaba realmente comprometida con él, estaba creando algo exclusivo entre las dos, un símbolo privado de su unión que iba mucho más allá de lo que Jack hubiese imaginado. Cuando Helena se disponía a sacar su tarjeta de crédito para pagar, Jack posó su mano en su antebrazo deteniéndola. Helena lo miró molesta.

- Ni se te ocurra... Jack..., es mi regalo, yo lo pago – le dijo entre dientes.

- Tranquila pequeña... - Jack levantó las manos en señal de rendición – No pensaba pagarlo yo, aunque me tiente hacerlo, estás duplicando el coste de tu regalo y todo porque mi hermana se sienta unida a ti.

- ¿Entonces? – le preguntó Helena.

- Simplemente quiero aportar algo a este regalo. Ya le he comprado a Anne lo que me ha pedido pero me gustaría sorprenderla con dos de esos colgantitos para la pulsera.

- Ah... pensaba que... - dijo Helena sonrojándose – lo siento – le dirigió una sonrisa arrepentida - ¿Y cuáles te gustan?

Jack observó todos los que el dependiente había dispuesto en el mostrador y rápidamente eligió dos, un corazón rojo, para él simbolizaba su corazón y una llave, que, aunque no pensaba decírselo, para él significaba que ellas dos eran las únicas mujeres, a excepción de su madre, que habían conseguido

acceder a su corazón.

- Son preciosos... le encantarán.

- Espero que a ti también te gusten – le sonrió Jack, mientras le hacía señas al dependiente para que añadiese esos mismos a la pulsera que en esos momentos estaba montando para Helena.

- Gracias, Jack... no sé qué decir – le dijo mientras sostenía la pulsera ya completa en su mano.

Helena se apresuró a colocarse la pulsera en su tobillo derecho y extendió el pie para comprobar su efecto.

- ¿Te gusta? – le preguntó sonriente.

Jack había oído hablar de esos collares que los hombres con prácticas sexuales dominantes les regalaban a sus mujeres sumisas como símbolo de protección, y que, ellas llevaban siempre señalando su pertenencia. Aunque a él nunca le había atraído ese mundo, y a pesar de que no era exactamente un regalo suyo al cien por cien, el hecho de entregarle en forma de abalorios la llave y el corazón, y el verlos bailar sobre la piel de Helena, le indujeron a sostenerla por la nuca y besarla apasionadamente. Tras observar su sonrojo por besarla ante el dependiente le susurró al oído.

- Me encanta semaforito. No te la quites nunca. Llevas mi corazón contigo, pequeña.

Helena lo miró y apenas alcanzó a articular.

- Gracias...yo... sabré cuidarlo, Jack.

- Lo sé, cariño – le dijo besándole la frente.

Cuando llegaron a la casa de los padres de Jack, Anne casi ni les dio tiempo a aparcar el coche al abalanzarse sobre Helena tirando de ella para llevársela a su habitación.

- Anne... antes de que secuestres a Helena deja que salude a papá y mamá por favor... - dijo Jack sonriendo.

- Bu...Bu...bueno... pero rápido... - sentenció Anne contrariada.

Lucía y Henry ya los esperaban en el porche, ambos con un look sport, vaqueros y camisa, la de Lucía de rayas azules y la de Henry de cuadros azules y verdes. Parecían una pareja de anuncio, pensó Helena mientras se acercaba a saludar. Al igual que la primera vez, Lucía se adelantó para envolver a Helena en un abrazo maternal mientras Jack y Henry se estrechaban la mano, luego fue Henry el que besó a Helena en ambas mejillas.

- Bienvenida Helena – le dijo con su profunda voz – me alegro verte de nuevo. ¿Cómo va esa herida? Lucía me lo ha contado todo.

- Gracias Henry, va mejor... sólo siento una leve molestia en los puntos.  
- Si necesitas echarte a descansar o algo, sólo tienes que decirlo cielo, la habitación de Jack está preparada – ofreció Lucía.

- Gracias Lucía, no creo que sea necesario pero lo tendré en cuenta – Helena estaba algo abrumada por las atenciones.

Anne había permanecido atenta al intercambio de saludos pero consideraba que el momento ya se estaba prolongando demasiado así que tiró ansiosa del brazo de Helena.

- Ya sa...saludaste... va...vamos.

Helena dirigió a Jack y a sus padres una sonrisa de disculpa y se apresuró a desaparecer en el interior de la casa guiada por Anne. Jack las observó partir y resignado les dijo a sus padres.

- Supongo que hasta la hora de comer no me la devolverá.

- Y puede que ni aún entonces – se rio Lucía – lleva toda la mañana asomándose al porche esperando vuestra llegada. Está muy emocionada, me alegro tanto de que congenien tan bien...

- Si – corroboró Henry – no creo que puedas disponer de Helena mucho tiempo hoy, al menos hasta que lleguen los niños para su fiesta. Pero si te parece, podemos reunirnos brevemente en mi despacho. Esta mañana me ha llegado un avance del seguimiento del detective a Harry y quería ponerte en antecedentes. Lucía, querida, puedes venir si quieres.

- No cariño – dijo negando con la cabeza – no quiero estropearme este día escuchando las malas noticias que adivino en tu semblante. Además los de la empresa de fiestas infantiles están montando todo en el cenador y el catering está al llegar. Prefiero supervisarlos todo. Os espero para el aperitivo en la terraza de atrás sobre la una y media y... Jack – le dijo riéndose – me aseguraré de que para entonces recuperes a Helena.

Jack siguió a su padre hasta el despacho que tenía en casa. Era una amplia estancia que siempre le había atraído. De pequeño se escapaba de la vigilancia del resto de la casa para refugiarse allí cuando su padre trabajaba. Él nunca le regañaba, Jack sabía que lo único que tenía que hacer era estarse calladito para no molestarlo mientras revisaba informes o atendía alguna llamada. Ese silencio nunca había sido incómodo entre ambos, Jack se dedicaba a pintar o a leer algún cuento, mientras Henry atendía las exigencias de una empresa que crecía cada año un poco más. Incluso cuando Jack empezó a crecer, seguían estando cómodos juntos en el despacho, Henry hizo instalar allí una mesa para que Jack hiciese sus deberes ya que era incapaz de

concentrarse en otro lado. Jack recordaba que las largas horas de estudio que exigía de su carrera de derecho las había pasado en esa mesa, con el ruido de fondo de los papeles o del teclado del ordenador de su padre. Cuando completó su formación en Londres lo echó terriblemente de menos hasta que la aristocrática familia de su amigo Paul lo acogió en su casa, debido al estrecho vínculo que había forjado su hijo con aquel español, cuya serenidad calmaba las ansias de aventuras de su heredero. Fue allí, en la biblioteca de aquella mansión londinense, donde ambos estudiaban horas y horas, un esfuerzo que trajo la recompensa de unas excelentes calificaciones, y el germen de la primera incursión internacional de Anderson & Asociados, ya que fue Paul el que con su apoyo laboral y financiero al mismo tiempo, animó a Jack a dar el salto para crear algo juntos en la ciudad que vio crecer su amistad. Se acomodaron en un sofá Chester igual que el que Jack tenía en su despacho.

- Tú dirás – dijo Jack.

- Tomás me ha llamado esta mañana para comentar la información que ha reunido estos días.

- ¿Y bien?

- Bueno, pues a falta de atar algunos cabos sobre su situación económica real, Tomás está algo desconcertado por la forma de vida de Harry, lo mismo pasa el día en el Club de Campo que se encuentra una mañana con el líder de un grupo de ultraderecha o se toma unas cañas con ocupas antisistema.

- ¿Perdona? – Preguntó Jack de manera irónica – ¿Qué coño pinta Harry con extremistas?, me da igual si son de derechas o de izquierdas, sigue estando al frente, aunque sea sólo de nombre, de Brown & Co.

- Eso es lo que no cuadra Jack – reflexionó Henry – a pesar de que está dando tumbos desde hace tiempo, nunca se había relacionado con este tipo de gente.

- ¿Drogas? ¿Juego? – Jack dudó. - ¿En qué anda metido?

- Puede que ambos. Tomás necesita más tiempo, de hecho dice que llegó a pensar que le había perdido la pista, no lo encontraba por ningún lado. Esta mañana lo vio salir y para reunirse con un tipo que organiza partidas de póker con altas apuestas.

- No necesitábamos este problema en estos momentos – dijo Jack pasándose la mano por el cabello – con lo del partido ya tenemos bastante, no veo el momento de que pase ya.

- Tranquilo hijo, no es el primer partido de alto riesgo que cubrimos.

- Ya..., pero tampoco había tanta tensión social por los recortes, el paro y



demás – indicó Jack.

- En eso tienes razón. La tensión está ahí, pero has trabajado duro, he revisado ayer tu informe tras la reunión y yo no cambiaría nada. Nosotros haremos nuestro trabajo, cumpliremos con nuestro deber de proteger.

- Si – concedió Jack – pero aun así me pasaré la tarde noche en la empresa. No quiero estar en el campo. Estaré comunicado con los jefes de cada equipo de trabajo desde allí, por si surgiese algo.

Henry asintió aprobando la decisión al tiempo que el reloj del despacho dio la una y media.

- Hora del aperitivo – dijo Henry levantándose – Dios nos libre de no ser puntuales hoy. Tu hermana ha conseguido poner a tu madre como una moto esta semana. No quiero contrariarla en nada.

Jack sonrió mientras seguía a su padre hasta el porche posterior. Su padre besaba el suelo por donde pisaba su mujer, y su madre hacía todo lo posible por hacerle la vida más fácil. Tenía mucha suerte de haberse criado en un hogar no sólo con amor, sino en un hogar en el que el amor se demostraba continuamente. También era afortunado por conservarlos a ambos, pensó al divisar a Helena sentada en uno de los sofás del porche con una copa en la mano, ella ya no tenía a los suyos y notaba su sorpresa por el cariño que sus padres ofrecían de manera natural. Tendrá que acostumbrarse, sentenció, iba a recibir mucho amor en esa casa. Cuando Anne los divisó empezó a saltar emocionada, no paraba de gritar.

- Papá... Jack... mira mi re...regalo.

- Muy bonito – le dijo Henry – me gusta tu pulsera.

- No... no... es una pul...pulsera... es una to...tobillera – rectificó Anne – Helena tiene una igual y sig... sig... significa que so...som...somos amigas para sie... siempre.

Henry miró a su esposa algo desconcertado, y ésta se apresuró a aclararle la cuestión.

- Helena le ha regalado a Anne una pulsera para el tobillo y ella tiene otra exactamente igual, simboliza que ahora son amigas para siempre porque nadie tendrá una pulsera como la suya y, en fechas señaladas, pueden seguir comprando charms para completarlas.

Henry, tras escuchar la explicación de Lucía, comprendió la intención de Helena y la admiró por su agudeza. Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

- Gracias, Helena, no creo que seas consciente de lo mucho que nos estás

dando al conseguir conectar con Anne de esa manera.

- No hay de qué Henry – le respondió algo azorada por la muestra de afecto de un hombre tan serio como el padre de Jack - de hecho Jack también ha contribuido a mi regalo con dos charms.

- Vaya Jack – dijo Lucía - ¿Y cuáles has escogido tú?

- La llave y el corazón – le respondió Jack mirándola fijamente y sabiendo que su madre entendería su mensaje sin problemas.

Lucía sonrió. Intuía que Jack estaba locamente enamorado de Helena y ese gesto se lo confirmó.

- Me encanta Jack, me parece muy bonito – dijo Lucía, dándole su bendición con esas palabras.

Tras el aperitivo, se sentaron en un comedor de verano situado en una de las terrazas de la casa, soplaba una ligera brisa que atenuaba el calor de mediodía. Disfrutaron de una ligera y fresca vichyssoise y luego degustaron un pavo a la naranja con patatitas asadas al romero. Anne sopló sus velas de cumpleaños dispuestas en unos cupcakes de vainilla que tomaron con el café, mientras disfrutaban de una relajada sobremesa.

Sobre las cinco de la tarde empezaron a llegar los amigos de Anne y los amigos íntimos que Lucía y Henry habían invitado al evento. Los niños, guiados por unas animadoras, participaban en juegos tradicionales, correteando por todo el jardín. Jack y Helena paseaban de la mano mientras Lucía y Henry saludaban a todos los invitados. La decoración era preciosa, bajo el gran cenador habían instalado las mesas para proteger a los invitados del sol, la mesa principal donde merendarían los niños era alargada y estaba vestida con un immaculado mantel blanco sobre el que se disponían manteles individuales de color rosa con una vajilla blanca y vasos de color verde ácido. Tres centros de mesa completaban la decoración, eran unos bonitos cestos de mimbre rosa fucsia con unos ramos de manzanas verdes. Cada silla estaba protegida por una funda blanca con un lazo rosa y colgada de cada una de ellas había un pequeño cestito alternando los colores rosa y verde con los detalles con los que Anne obsequiaría a cada invitado. Para los adultos había dispuestas varias mesas redondas vestidas con manteles blancos y decoradas con mariposas de colores azules, verdes y amarillos. Había una mesa salada con las deliciosas tapas españolas que tanto le gustaban a la familia. La mesa dulce era una explosión de colores de cuencos de cristal llenos de chuches y de macetas de nubes y piruletas. Había una pequeña barra donde un barman servía todo tipo de bebidas y cócteles a los adultos. La tarta de la

cumpleañera estaba situada en una mesa que simulaba una barraca de feria. Era una preciosa tarta de tres pisos de bizcocho de fresa con fondant blanco. Cada piso estaba decorado con topos de toda la paleta de colores de la fiesta, rosas, verdes, azules y amarillos. En el último piso las dieciséis velas que Anne soplaría más tarde rodeaban cuatro piruletas redondas de fondant blanco, cada una de ellas con una letra del nombre de Anne en color. Jack y Helena se encontraban admirando la tarta cuando la voz de Lucía los interrumpió.

- Helena, me gustaría presentarte a mi mejor amiga, Laura.

Jack y Helena se volvieron, Jack saludó con dos cariñosos besos a una mujer madura, delgada y de pelo ya totalmente blanco. Sus ojos azules de mirada risueña hablaban de una mujer afable. Era muy elegante, vestía un vaporoso pantalón verde esmeralda y una blusa blanca sin mangas con el cuello redondo bordeado de abalorios en distintos tonos de verde, un gran brazalete dorado y un sencillo reloj eran sus únicas joyas. Helena la miró curiosa y supo de inmediato que le gustaría esa mujer que estaba envuelta en un aura de calidez. Cuando Laura le tendió la mano Helena se la estrechó gustosa y se besaron en ambas mejillas.

- Encantada de conocerla – dijo Helena respetuosa.

- Oh, igualmente Helena, pero no me trates de usted, por favor, simplemente Laura. Ya me siento mayor en la consulta donde nadie me tutea – le dijo sonriente.

- Laura es ginecóloga – le explicó Lucía – tiene unas manos de oro.

Intuyendo que empezarán a hablar de intimidades femeninas Jack decidió dejarlas solas unos instantes.

- Os traeré unos té helados. Cuando me vaya podéis hablar ya de esas cosas que yo no necesito saber.

Las tres sonrieron y dijeron al mismo tiempo.

- Hombres...

- Así que vas a tutelar a Anne, ¿verdad?, Lucía me lo ha contado. Me alegro un montón de que seas tú porque estaba a un tris de proponerme yo para el puesto, pero siempre consideré que la diferencia de edad era un hándicap.

- Oh... lo siento... - se disculpó Helena – no lo sabía.

Laura agitó sus delicadas manos negando.

- No... no..., me he explicado mal, sólo pensaba ofrecerme como último recurso pero creo sinceramente que, convivir con una persona que la conoce desde que nació no será de tanta utilidad como estar contigo.

- Además de que Anne adora a Helena, Laura. Es increíble cómo han conectado, Estoy tan emocionada... - explicó Lucía rodeando a Helena por los hombros.

- Gracias – dijo Helena sintiendo el sonrojo en sus mejillas – Eres muy amable, Lucía.

- Bien..., aclarado todo pues. Por cierto Lucía, te recuerdo que Anne tiene su revisión anual este mes.

- Sí, sí... está anotado en su agenda, no lo olvidaremos, me parece muy importante revisarla anualmente.

- Todas deberíamos hacerlo, Lucía, sabes mi opinión sobre la importancia de la prevención, detectar cualquier anomalía a tiempo puede suponer la diferencia entre el éxito o el fracaso de un tratamiento posterior. ¿No lo crees así Helena?

- Pues sí... pero me avergüenza decir que ya hace más de un año de mi último chequeo. Desde que vine a Madrid, no he conseguido referencias sobre ningún ginecólogo y lo he ido posponiendo... porque no soy muy buena paciente.

- ¿Y eso? – preguntó Laura.

- Nada, si es una tontería..., es que me tenso, en vez de relajarme y claro... yo lo paso mal y se lo hago pasar mal al resto – relató Helena algo avergonzada.

- Bobadas... - le dijo Lucía – te acompañaré a una cita con Laura y verás qué manos... ni te enteras de que te está explorando.

- De acuerdo – accedió Helena – Lucía, eres muy amable... no quiero robarte tiempo...

- Nada, nada... pasaremos una tarde juntas... así nos conocemos mejor.

Lucía estaba entusiasmada. Los había observado durante todo el día y los gestos entre ambos no le dejaban lugar a dudas. Estaban muy enamorados. Ella era muy feliz por Jack. Helena le gustaba muchísimo.

- Pues... vamos a ver... - dijo Laura sacando su BlackBerry – dentro de... déjame que mire... vaya... pues tendrá que ser un viernes dentro de... casi dos semanas... tengo un congreso y va a ser imposible antes.

- Tranquila Laura, me va perfecto, tres o cuatro semanas más no supone gran diferencia.

Helena estaba facilitándole su teléfono a Laura cuando notó un fuerte impacto justo en el costado dónde tenía la herida y cayó al suelo. A su lado vio una pelota de fútbol y a unos niños que horrorizados detenían su carrera

tras la pelota.

- Perdón – dijo un pelirrojo lleno de pecas – se nos escapó...

- Ay Joel... - dijo Lucía mientras ayudaba a Helena a levantarse – no juguéis tan cerca de las mesas... cariño...

- Vale...

El tal Joel y su compinche recogieron el balón y se apresuraron a huir alegrándose de no recibir una regañina más fuerte. A Helena le dolía horrores el costado. La herida parecía latirle, se lo tocó gimiendo. En ese momento Jack llegó corriendo a su lado. Lo había visto todo desde la barra y sabía que el balón había impactado de lleno en la herida. La cogió de las manos.

- Helena... ¿Te duele pequeña? – le dijo cariñoso.

Laura y Lucía intercambiaron una mirada cómplice ante la preocupación de Jack, básicamente Laura le venía a decir “Tu hijo está muy enamorado” y Lucía le decía “Ya te lo dije, es perfecta para él”. Helena respondió ajena al intercambio de miradas.

- Me duele Jack... me ha dado en la herida... tengo miedo por los puntos.

- Vamos, te llevaré a mi habitación y los miraremos allí mientras te tumbas un rato – la sostuvo por los hombros.

-¿Puntos? – Dijo Laura – Recojo mi maletín de urgencias en el coche y le echo un vistazo.

- Helena cielo... - Lucía estaba preocupada - déjame que te ayude... lo siento tanto.

- Tranquila Lucía... son niños... no abandones la fiesta por mí. No será nada. Atiende a los invitados por favor... - la tranquilizó Helena al ver su gesto preocupado.

Jack la acompañó por el jardín y apenas traspasaron la puerta de casa la llevó en brazos hasta su habitación y la tumbó con delicadeza en la cama. Helena hacía gestos de dolor, Jack rodeó su cara con las manos y se arrodilló a su lado en el suelo, le besó la frente y le besó los labios dulcemente esperando que Laura no tardase mucho.

- Preciosa... voy a desnudarte para que Laura te vea. ¿Dónde está la cremallera del vestido?

- Ay Dios.... Soy idiota... Sólo a mí se me ocurre venir en vestido... tenía que haber pensado en el vendaje y venir con camiseta... - se levantó de la cama - está detrás.

Helena le dio la espalda y de un puntapié se descalzó. Sintió los dedos de Jack mientras le bajaba la cremallera, luego introdujo sus manos a la altura de

los hombros y lentamente acariciando sus brazos le bajó el vestido que cayó al suelo. Helena suspiró al sentir sus dedos y Jack se quedó sin aliento al observar la vista que ella le ofrecía de espaldas, desde el delicado encaje de su braguita brasileña en azul turquesa hasta las finas tiras del mismo color que ascendían hasta los hombros. Cuando Helena giró su cabeza para mirarlo no pudo más que gemir al ver el deseo en los verdes ojos de Jack que la miraba fijamente.

- Vas a acabar conmigo con esta ropa interior que tienes – le dijo con voz ronca – soy un cabrón. Tú aquí dolorida y yo empalmado, deseando tumbarte en mi cama y arrancártelo todo.

Jack se inclinó y comenzó a besarla de hombro a hombro. Delicados lametones que le pusieron la piel de gallina. Helena gimió al sentirlo. El costado le palpitaba, Jack la estaba excitando y Laura llegaría en cualquier momento. Helena se moriría de vergüenza si los encontraba así.

- Jack... Laura va a venir...

- Joder... ¡Mierda!... - maldijo Jack.

Le dio la vuelta y apoyó su frente en la de ella.

- Está bien..., es mejor que te metas en cama... si te sigo viendo con esa braguita te la arranco. Esta noche en casa te quiero así, en mi cama, ni se te ocurra cambiarte – le ordenó.

Helena no pudo más que asentir. Cuando Jack usaba ese tono con ella la encendía. Se introdujo entre las frescas sábanas justo en el momento en el que Laura llamaba a la puerta.

- Adelante – le dijo Jack mientras le abría – está en la cama.

- ¿Qué es lo que ha pasado para tener puntos? – preguntó Laura mientras se acercaba a Helena

Jack le relató lo sucedido mientras Laura retiraba con delicadeza el vendaje y observaba la línea de puntos en el costado de Helena. Tenía buen aspecto aunque estaba algo inflamada por el golpe, había un pequeño resto de supuración en el apósito, sin embargo la zona no estaba demasiado caliente al tacto. Procedió a limpiar la herida y a colocar un nuevo vendaje. Cuando terminó la cubrió con la sábana.

- ¿Estás con antibiótico? – le preguntó.

- Sí aún me quedan siete días- le dijo Helena- también tomo un antiinflamatorio.

- Bien- aprobó Laura – la herida tiene buen aspecto, la hinchazón y la rojez es la normal dado lo reciente de la herida. No está demasiado caliente. Sin

embargo, si de aquí a un par de días sigue así o aumenta la hinchazón, te da calor o sientes pinchazos y supura demasiado debes de ir al médico para descartar una infección. Sigue con la medicación y si necesitas algo puedes llamarme. Hoy estarás algo dolorida por el golpe, reposa todo lo que puedas ¿vale?

Helena asintió. Al ver el gesto duro de Jack, y previendo por dónde iba a salir, decidió anticiparse y preguntó.

- ¿El lunes puedo trabajar normalmente verdad? Mi compañera de la oficina no está y no me gustaría fallarle porque me ha dejado al cargo de todo.

- ¿En una oficina? Claro que sí, no veo problema Helena. Ahora sí, no cargues pesos o hagas movimientos muy bruscos de cintura- le recomendó mientras se levantaba y recogía sus útiles de trabajo.

- Gracias, Laura, y perdona la molestia – le dijo Helena.

- Por favor... Helena... los médicos somos médicos las veinticuatro horas del día. - Le dijo sonriendo mientras se disponía a abandonar el dormitorio acompañada por Jack.

- Gracias Laura – le dijo Jack ya en el pasillo – me aseguraré de que no hace esfuerzos.

Laura le acarició la mejilla con afecto.

- Lo sé Jack, no lo dudo. Me alegro por ti. Es una chica fantástica.

La vio alejarse por el pasillo y suspiró mientras entraba de nuevo en su antiguo dormitorio. Helena se estaba levantando ya.

- ¿A dónde crees que vas? – le preguntó frunciendo el ceño.

Helena cogió su vestido y comenzó a vestirse, obviando el tono contrariado de Jack. Iba listo si pensaba que se quedaría en cama como una inválida. Quería estar en la fiesta con Anne y con los padres de Jack. Cuando acabó de ponerse el vestido se dio la vuelta y le dijo.

- Bajo a la fiesta. ¿Me abrochas?- le preguntó inocentemente.

- Helena...

- Jack... voy a bajar, me voy a sentar en una de las maravillosas sillas que tus padres tienen en el jardín, voy a ver como Anne sopla sus velas, abre sus regalos y baila hasta que no pueda más. Y todo eso sin levantarme más que para hacer pis. ¿Estamos? – le dijo copiando su muletilla.

Jack sonrió para sí ante su discurso. ¡Qué fierecilla! Decidió mantener su gesto severo. No le dejaría ver tan pronto que era capaz de manejarlo a su antojo con un solo dedo y que él se lo permitía con gusto.

- Como vea que te mueves de la silla, o que haces un esfuerzo, te cargo en

brazos y te llevo para casa. No bromeo, te pondré el culo como un tomate... - la amenazó al ver su gesto burlón.

Helena sonrió y le dio la espalda. Jack le subió la cremallera, esperó a que se calzara y entonces la sujetó por los hombros y la besó posesivamente, le acarició con la lengua los labios y lamió todo el interior de su boca sin dejarla coger aliento. Cuando la soltó Helena estaba ruborizada y respiraba entrecortadamente, sintió como Jack le daba un cachete en el culo.

- Ya lo sabes, pequeña. Andando....

Salieron de la habitación de la mano, Helena se detuvo en medio del pasillo y decidió devolverle la jugada. Se puso delante de él y de puntillas le rodeó el cuello con sus manos tirando de él. Jack se bajó y Helena sin demorarse le mordió tiernamente el labio inferior, luego se lo lamió como él había hecho con ella tantas veces antes y cuando Jack gimió introdujo su lengua hasta encontrar la de Jack y danzar con ella minutos que parecieron horas. Cuando consiguió separarse de Jack pudo comprobar que estaba muy excitado por cómo notaba su miembro empujar contra su vientre.

- Espero que esta noche cumplas lo prometido- le dijo con una sonrisa.

Jack sonrió encantado con la actitud provocadora de Helena, empezaba a soltarse con él y eso le ponía a mil.

- No lo dudes, preciosa, lo estoy deseando.

De la mano volvieron a la fiesta. Nada más bajar divisaron a Héctor y a Lola, se saludaron efusivamente y ambos se interesaron por la herida de Helena. Tras dejarlas acomodadas en unas sillas en el jardín ambos amigos se dirigieron a la barra a por unas bebidas para sus chicas. Héctor se apresuró a comentar con Jack las últimas novedades.

- Jack, tengo alguna referencia de ese cabrón. Ya lo había visto por el club. A punto he estado de echarlos alguna vez porque siempre parecen buscar bronca acosando a alguna chica. La última fue Daniela.

- ¿Y Luis? – preguntó Jack arqueando las cejas al imaginarse al gorila de Héctor.

- Pues imagínatelo, tras amenazarlos con arrancarles la cabeza si volvían a acercarse a Daniela, no les quitó ojo en toda la noche, los hizo sentirse incómodos hasta que decidieron irse, desde ese día no habían vuelto a buscar bronca.

- Hasta ayer- constató Jack.

Héctor asintió.

- Mira, sé que tienes lío con lo del partido y eso, yo por mi parte tengo a



todos mis porteros avisados pero no nos vendría mal algo de información sobre ese tipo. Te juro que si le vuelvo a ver cerca de Lola no respondo – dijo enfurecido al recordar lo sucedido.

- Nos ha dado fuerte por ellas tío. Yo me encargo. Esa misma noche le envié un mail a Tomás para que se ponga con ello. Últimamente lo estoy petando de trabajo. No te preocupes por Lola, estará bien.

- Mira Jack, tenía que llegar en algún momento, no esperaba que fuera así, ni así de rápido. No me he acostado con ella aún pero no tengo dudas, me la quedo para mí.

- El gran Héctor y el gran Jack.... – bromeó Jack – quién nos ha visto. Tendrás que ir con cuidado con Lola, a veces parece un animalillo asustado.

- Lo sé – dijo Héctor – no me importa, esta chica merece la pena. No quería venir porque no traía un regalo. A pesar de insistir en que yo llevaba uno, nada más llegar le ha dicho a Anne que le regala una sesión de belleza completa en su peluquería.

- ¿Y mi hermana? – se rio Jack imaginando el regocijo de Anne.

- Ja – exclamó Héctor- te juro que lo de negociar lo lleváis en la sangre, porque le ha dicho a Lola que vale, pero que sólo iría si su amiga Helena también podía ir, y la buenaza de mi chica le ha dicho que por supuesto.

Ambos se acercaron a sus chicas riéndose por las ocurrencias de Anne y disfrutaron de la fiesta hasta bien entrada la noche.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 11

*“ El amor y el odio no son ciegos, sino que están cegados por el fuego que llevan dentro ”.*

*Fiedrich Nietzsche*

Eran cerca de las once de la noche cuando regresaron a casa de Jack. Nada más traspasar la puerta y sin mediar palabra Helena se encontró empotrada de cara a la pared del recibidor, sintió la mano de Jack apartar suavemente su cabello para tener acceso y morder el punto exacto en el que el cuello se une a la espalda, gimió al oír el sonido de la cremallera de su vestido descender lentamente y un escalofrío la recorrió cuando Jack lo hizo caer al suelo al igual que había hecho horas antes. Jack la observó hambriento, llevaba pensando en esa imagen desde que descubrió esa lencería azul que lo había tenido empalmado desde entonces. Hizo descender su dedo índice desde la nuca por el centro de su espalda hasta tropezar con la barrera del sujetador, lo desabrochó con pericia, y lo deslizó por los brazos de Helena hasta dejarlo caer junto al vestido. Con su dedo índice siguió trazando su columna vertebral hasta llegar a aquella braguita de encaje que mostraba más que ocultaba. Entonces le dio unos ligeros azotes que la cogieron por sorpresa a pesar de que Jack había prometido hacerlo y que la excitaron aún más. La sostuvo por la cintura para que Helena detuviese el erótico balanceo con el que trataba de apretar su delicioso culo contra su miembro erecto. Helena tenía todas sus terminaciones nerviosas alerta, estaba encendida y empapada por la mezcla entre rudeza y delicadeza con la que Jack la estaba tratando. Mientras la inmovilizaba con una mano, con la otra Jack acarició su vientre descendiendo lentamente hasta introducirse dentro de su braguita y abarcarla con toda la palma. Gimió de nuevo y Jack gruñó cuando su dedo anular se empapó con el deseo de Helena, estaba más que preparada para él, continuó acariciándola con movimientos rotatorios mientras con la otra mano le quitaba sus braguitas, Helena apoyó su cabeza en el pecho de Jack y éste aprovechó para agacharse e introducir su lengua entre aquellos labios entreabiertos que emitían gemidos desesperados, Jack la soltó por un instante para bajarse los pantalones y los calzoncillos, Helena miró hacia atrás al sentirse abandonada y se encontró con el semblante depredador de Jack que, levantándole la pierna, la inclinó hasta la posición correcta y la embistió con una única estocada que hizo que tuviese que apoyar las palmas de las manos en la pared para no caerse. Ambos quedaron inmóviles durante unos segundos, luego Jack comenzó a moverse lentamente mientras apoyaba la pierna de Helena contra su cadera. Helena no

podía moverse, la tenía inmovilizada rodeándola con un solo brazo a modo de cinturón con sus largos dedos acariciando su clítoris al ritmo de sus embestidas. No podía hacer nada más que recibir lo que Jack quisiese darle, rápidamente sintió que su orgasmo comenzaba a enroscarse en su vientre.

- Me voy a correr ya... - lo avisó.

- Mejor preciosa... venga... dámelo ya... - gruñó Jack acelerando sus embestidas y acariciando su clítoris con más ímpetu.

Entonces sintió que Helena se tensaba antes de estremecerse en un potente orgasmo, la sostuvo apurando sus embestidas. Helena le ofrecía una imagen perfecta para el ego de Jack, el verla desmadejada, sudorosa y sonrosada, y saberse responsable de su placer aceleró su orgasmo y gritando su nombre se corrió dentro de ella. Ambos se deslizaron hasta el suelo y Jack la sostuvo en su regazo mientras apoyaba la espalda en la pared para recuperar el aliento. Helena tenía los ojos cerrados y reposaba su cabeza en el pecho de Jack.

- ¿Estás bien? – le preguntó Jack observándola.

Helena asintió. No podía articular palabra todavía. Tenía todas sus extremidades temblorosas y estaba agotada.

- Estás quedándote dormida – le sonrió Jack complacido.

Jack se carcajeó al escuchar el murmullo sin sentido con el que Helena le contestó. La izó en brazos y la subió por las escaleras hasta su dormitorio, la metió en cama sin estar muy seguro de si estaba despierta o no cuando la estrechó en sus brazos bajo las sábanas.

- Que tengas dulces sueños, preciosa... - le susurró mientras depositaba un ligero beso en sus labios.

Jack sonrió al verla arrugar la nariz y al oírla murmurar

- Te quiero mucho...

- Yo también pequeña, descansa, mañana tenemos todo el día para vagar.

La respiración suave y acompasada de Helena le indicó que ya estaba durmiendo y Jack no tardó mucho tiempo en acompañarla.

El domingo lo dedicaron, tal y como predijo Jack, a vagar, a hacer el amor sin prisas, a comer cuando les apetecía y sólo salieron de casa un ratito por la tarde para ir a la de Helena a hacer la maleta para pasar juntos las semanas que faltaban para la convivencia con Anne. Helena colocó sus cosas en el vestidor de Jack, algo angustiada por la sensación de precipitación que la acompañaba. Jack mientras tanto, ajeno a las dudas de Helena, adelantaba algo de trabajo repasando contratos e informes relativos al partido del próximo domingo. Había decidido hacer coincidir su viaje a París y a Londres

con el inicio de la convivencia entre Anne y Helena. Así estaría ocupado mientras tenía que renunciar a algunas noches con ella. Estaba deseando que llegase el domingo, que diesen las once de la noche para saber que las luces del estadio ya se habían apagado y que habían cumplido con su obligación. En total habían contratado a veinte guardias de seguridad adicionales, alguno nunca había trabajado para ellos pero la empresa de contratación temporal le había asegurado que eran gente de experiencia contrastada. Suspiró decidiendo que no merecía la pena preocuparse más esta noche. Apagó su ordenador y se dispuso a buscar a Helena para acostarse temprano. Las próximas dos semanas iban a ser duras.

Y así fueron, intensas y duras. Establecieron una rutina cómoda para ambos desde el lunes. Iban juntos a trabajar, Jack desaparecía durante todo el día de reunión en reunión, con la Policía Nacional, con los técnicos del Ayuntamiento o con los coordinadores de seguridad de los clubes. Llevaba un ritmo tan intenso que Helena llegaba a casa de Jack todas las tardes con tiempo suficiente para darse una relajante ducha y preparar una deliciosa cena en aquella cocina que la tenía enamorada. Jack llegaba tarde, cansado y tenso, pero era verla en la cocina acabando de poner la mesa o trajinando en el horno y la paz lo invadía dejando fuera de su mente todo menos Helena, se dejaba cuidar por ella, lo mimaba en exceso, siempre se interesaba por su día y escuchaba con atención lo que Jack le contaba durante la cena. A Jack le encantaba quedarse en la cocina tomándose una copa que Helena le preparaba mientras la veía recoger todo y dejarlo impoluto. Por más que le insistía en que la asistenta lo haría al día siguiente, ella le respondía enfurecida que no tenía por qué limpiar o recoger lo que ellos manchaban a la cena, que era una guarrería y una desconsideración dejar aquello así. Todas las noches se iban pronto para cama, algunas noches hacían el amor sin prisas, como amantes eternos y otras noches follaban, según palabras de Jack, intentando apurar el placer de todas las formas posibles. Al día siguiente vuelta a empezar.

Lo único que rompió la rutina esas semanas fue la visita a la tienda de Ruth, la prima de Héctor, en la Calle Serrano, Helena acudió sola ya que Jack tuvo que autorizar unos cambios de última hora en el personal de seguridad externo contratado para el partido. Ruth resultó ser una elegante y chispeante pelirroja, delgada como un junco. La recibió con un sencillo vestido blanco con complementos dorados, destilaba clase por los cuatro costados. Bebieron cava y tras mucho discutir porque Helena quería saber el precio de todo lo que se probaba y Ruth no soltaba prenda alegando obedecer órdenes de Jack, se

decidieron por un elegante vestido largo de fiesta de color gris, y corte recto, realizado en gasa, tenía el cuerpo ajustado, completamente drapeado en un bonito escote asimétrico, cinturón de pedrería y preciosa espalda de tul que dejaba a la vista toda la piel, por lo que no llevaría sujetador. Ruth, para sonrojo de ella, le mostró la braguita de encaje plateado que había elegido para ella. Después de probarse al menos cinco pares de zapatos, se decantaron por unas sandalias de piel con pulsera y tacón fino de diez centímetros, una sencilla banda de charol gris sujetaba el pie por delante. Para romper el look Ruth le aconsejó un clutch de fiesta en azul pastel con detalle de pedrería multicolor. Ruth prometió enviarle todo a su casa unos días antes del evento ya que Helena prefirió no correr el riesgo de estropear la ropa.

Finalmente el domingo y el día del partido llegó, Jack dejó a Helena medio dormida en su cama a las ocho de la mañana.

- Preciosa... - le besó la mejilla – me voy ya. Te veo esta noche. Llegaré tarde.

- Vale... - susurró Helena con voz adormilada – llámame si necesitas algo.

Cuando Jack se fue, Helena decidió pasar el día en su apartamento, quería hacer una limpieza profunda y recoger algo de ropa para llevarla a casa de Jack. Así pasó su día, aspirador en mano bailando a ritmo de las canciones de Cadena 100. A la hora que comenzaba el partido ya estaba de vuelta en casa de Jack con los ingredientes necesarios para preparar una ensalada que pudiesen compartir cuando llegase de trabajar. Decidió poner la radio para escuchar el partido y así controlar bien el tiempo del que disponía. Estrelló el vaso de agua contra el suelo al escuchar al locutor narrar lo que acababa de suceder.

Jack estaba frenético en su despacho, bramaba por teléfono a uno de los jefes de sus equipos de vigilancia

- ¿Qué coño me estas contando? No me jodas Álvaro, ¿Cómo que el puto guardia no te contesta al teléfono?

- Jefe... esto está calmándose ahora mismo. La Policía Nacional ya ha cogido a los dos tipos, la gente ha vuelto a las gradas y al recogerpelotas lo está atendiendo el Samur en los vestuarios. Ahora te llamo.

- Cinco minutos, Álvaro, te doy cinco putos minutos – rugió Jack y colgó. Su teléfono volvió a sonar inmediatamente y comprobó que era Helena.

- Dime.

- Jack...he escuchado en la radio... - empezó Helena vacilante.

¡Mierda! pensó Jack, no tengo tiempo para ella ahora.

- Cariño... no puedo hablar... lo siento. Tengo que tener esta línea libre.
- Ah... - vaciló Helena – vale. ¿Me necesitas ahí?
- No lo sé Helena, de verdad, aún no tengo claro lo que ha pasado. Tengo que colgar pequeña.
- Vale. Un beso.
- Otro para ti – Jack colgó.
- El teléfono volvió a sonar, era Álvaro.
- Dime.
- A ver jefe. Tengo aquí a la Policía Nacional, al parecer son dos tipos, un rumano y un español, no son hinchas de ninguno de los equipos, el rumano va sin documentación, se los han llevado a la comisaría. Tenían dos bengalas más. Han lanzado tres o cuatro al campo cuando estaban los equipos a punto de salir, varios espectadores asustados han saltado al terreno de juego, un hombre y su hijo han conseguido retenerles hasta que llegamos a ellos.
- ¿Heridos graves?- se interesó Jack paseándose frenético por el despacho.
- Que se sepa no, desde luego, no por las bengalas, una cayó cerca del recogepelotas pero se libró por pelos, lo que pasa es que al crío le cayeron encima algunos de los espectadores, no parece grave, estaba muy asustado y le dolía un brazo. Están con él.
- Bien...- Jack suspiró algo aliviado – ponte a disposición total de la Policía Nacional. Que nos digan lo que necesitan.
- Espera Jack... un segundo – le interrumpió Álvaro.
- Jack lo oyó maldecir
- Mierda... Joder... Sí señor... Ahora mismo estoy con mi jefe al teléfono y se lo digo.
- ¿Qué pasa ahora? – preguntó Jack tenso.
- A ver jefe... Moncho, el guardia que estaba más próximo al que tenía que estar aquí ha ido con la Policía a echar un vistazo y han encontrado el uniforme tirado en uno de los baños.
- Joder.... ¿quién era ese cabrón? – Jack estaba furioso, Moncho era uno de sus mejores hombres.
- No lo sabemos Jack, era un temporal, como hablamos, los habíamos alternado en las posiciones para que siempre tuvieran cerca a uno de la plantilla, pero Moncho dice que lo perdió de vista cuando tuvo que tranquilizar a un abuelo que se equivocó de asiento y estaba alterando el orden.
- ¿Qué pasa con el partido? –se interesó Jack. Si se disputaba, se

minimizarían los daños. Temblaba sólo de pensar en tener que evacuar el estadio. Estaba quedando claro que la negligencia venía de su empresa. Tenían que minimizar cualquier sanción para el Club colaborando al cien por cien con la Policía Nacional en la investigación de lo sucedido. Aunque no se trataba de hinchas radicales, la sanción económica sería menor si conseguían esclarecer todo en un tiempo razonable.

- Acaba de empezar, el árbitro ha sido informado de todo y la Policía Nacional lo ha tranquilizado. Ha sido un incidente aislado jefe... pero se nos ha colado un cabrón en la selección de los temporales, está claro. La Policía Nacional quiere los datos de todos al acabar el partido.

- Los recabo y te envió un mail ahora mismo. Escucha..., que nadie abandone el puesto hasta que no quede ni una rata en el estadio, me importa una mierda si tienen que echar allí la noche, pagaremos las horas.

- Entendido Jefe. Voy a ir identificando con la Policía uno a uno a los restantes guardias y en cuanto tenga la lista tenemos pillado a ese hijo puta.

- Mantenme informado – Jack colgó.

Se disponía a ir al archivo cuando la puerta de su despacho se abrió y Helena asomó tímidamente la cabeza.

- ¿Se puede? – preguntó cautelosa. Llevaba un rato fuera escuchando y ya se hacía una idea de lo sucedido.

- Pasa - le dijo Jack.

Helena se acercó y se le encogió el corazón al comprobar la tensión en el rostro de Jack, todos los músculos de su cuerpo irradiaban furia y sus ojos transmitían preocupación. Cuanto estuvo a su lado, posó su mano en su brazo y queriendo librarlo de algo de su preocupación se ofreció a ayudar.

- ¿Qué puedo hacer?

Jack se pasó una mano por el cabello, estaba furioso, ese hijo de puta había colado a dos tipos con bengalas en el estadio para luego desaparecer. La empresa temporal iba a tener problemas con él, y su jefe de personal también, no entendía como se les había colado un tipo así, solían revisar todo varias veces. Iba a llegar hasta el fondo del asunto cayese quien cayese. Lo primero, enviar la lista de empleados a Álvaro, luego tranquilizar a su padre y comenzar a investigar, la noche iba a ser larga. Suspiró, por lo menos no había heridos graves, esperaba que lo del chaval fuese sólo un susto. Miró a Helena y se alegró de tenerla allí con él, le besó la cabeza suavemente.

- Gracias por venir, necesito que me traigas el expediente de seguridad del archivo, tengo que enviar los datos de los empleados cuanto antes.

Helena se dirigió presurosa al archivo, usó la llave que le había dejado Inés y localizó rápidamente el expediente donde lo había archivado por última vez. Cuando volvió al despacho de Jack éste estaba hablando con su padre.

- No es necesario que vengas, papá, sí... parece algo aislado... sí... te mantengo informado. Adiós.

- Ten – le dijo Helena pasándole el dossier.

Jack cogió el expediente de manos de Helena, lo depositó en su mesa y lo abrió. Helena lo observó y el corazón le empezó a latir con fuerza. Estaba asustada al ver que el color abandonaba el rostro de Jack, y que éste levantaba la vista hacia ella.

- ¿Qué me has traído Helena? – le dijo con una tensa calma.

- El expediente – le respondió Helena confusa.

-¿El expediente?... No es momento de juegos Helena... - le dijo Jack furioso.

- No... entiendo Jack... - le dijo Helena asustada – te he traído el expediente.

Helena tembló al ver a Jack levantar la carpeta de la mesa y dejarla caer con fuerza de nuevo.

- Aquí sólo hay folios en blanco – le dijo Jack con voz helada.

- Imposible... - le dijo Helena desconcertada... - yo misma lo archivé.

Se acercó a comprobarlo y cogió entre sus manos temblorosas un montón de folios en blanco.

- No lo entiendo... - dijo Helena mirando a Jack.

- A ver Helena... - le dijo Jack intentando tranquilizarse... - la llave la tenemos tú y yo y nadie más. ¿La has perdido de vista?

Helena negó con la cabeza, empezaba a formársele un nudo en la garganta ante el gesto poco amistoso de Jack.

- ¿Entonces? –le preguntó Jack.

- Ni idea... - respondió Helena.

- Ni idea... ¿Esa es tu respuesta? – preguntó Jack, alarmado – El primer incidente que tiene Anderson & Asociados en un estadio de fútbol y tú me dices que ni idea de dónde está la documentación.

- Jack... yo misma la archivé allí... - consiguió articular Helena

- ¿Cuándo fue la última vez que la viste? – la interrogó Jack.

- El día que se fue Inés con su hermano, cuando volvimos de la reunión – le respondió segura – Jimena y Rebeca estaban con Inés, archivé la documentación y luego como Rebeca se había mareado yo la llevé a tomar



algo.

Jack la miró, no quería ni pensar que Helena hubiese cometido un error con el expediente, si se demostraba, tendría que despedirla, le haría daño y él no podía soportar la idea de lastimarla. Quiso creer ciegamente en ella pero tenía que comprobarlo.

- Vamos a ver... ve al archivo y revisa expediente a expediente, por si se ha traspapelado, en cuanto acabes me dices. Date prisa.

Helena asintió, antes de salir del despacho se volvió para mirar a Jack y lo vio con las manos apoyadas en su mesa y la cabeza agachada.

- Lo siento Jack... - le susurró angustiada.

Jack la miró y sus ojos no le transmitieron el calor al que estaba acostumbrada. Tembló sintiendo frío y un mal presentimiento le encogió el corazón.

- Ve... Helena... haz lo que te pido – le ordenó Jack sin poder tranquilizar el gesto angustiado de Helena.

Pensando ya en su siguiente movimiento Jack la vio salir del despacho derrotada pero no hizo nada por aliviarla en esos momentos, ya tendría tiempo cuando todo esto terminase. Buscó en su ordenador la última copia del listado de empleados, por suerte era un maniático a la hora de duplicar y triplicar los informes, y disponía de todo su archivo en papel en formato digital, lo cual no le impedía tener que aclarar qué era lo que había pasado con el expediente. Para ello llamó a Nacho, uno de los empleados de guardia esa noche y uno de sus mejores investigadores.

- Jefe – le respondió Nacho.

- Quiero que revises las cámaras de seguridad de hace tres semanas, desde el martes. Aproximadamente desde las doce o una de la mañana. Helena y yo entramos en la empresa sobre esas horas procedentes de una reunión. Infórmame de cualquier movimiento extraño.

- Ahora mismo, – le respondió Nacho ya informado de lo sucedido - puede llevar horas jefe, ya lo sabes.

- Lo sé Nacho, tú hazlo cuanto antes – le respondió Jack.

Cuando colgó se sentó en su silla y se reclinó hacia atrás cerrando los ojos. ¡Dios! ¡Que pesadilla! Ahora mismo se sentía impotente esperando información de todos los frentes, Álvaro, Helena, Nacho... Algún empleado enterado de lo sucedido estaba llegando a la empresa en disposición de ayudar. Jack tomó nota mental de gratificarlos posteriormente, la fidelidad a la empresa era algo extraordinariamente valorado en Anderson & Asociados. La

dejadez no tenía cabida allí. Sus pensamientos volvieron a Helena, la imaginaba en el archivo, rebuscando algo que Jack, en su fuero interno sabía que no iba a encontrar. Decidió telefonar a Rebeca, a Jimena y a Inés deseando que apoyaran la versión de Helena. No podía ser de otra manera. Su pequeña semaforito había cometido algún error en el archivo. No quería pensar lo contrario.

Cuando Jack colgó tras hablar con Rebeca tenía la sangre congelada en las venas. Jimena y Rebeca negaban con rotundidad ningún mareo, Rebeca aseguraba que Helena simplemente la había invitado a un café. Jimena había corroborado punto por punto su versión. Lamentablemente la zona de dirección estaba exenta de cámaras de seguridad para garantizar la intimidad de la familia. Sólo el archivo disponía de ellas. El teléfono de Inés estaba apagado o sin cobertura. Meditó las palabras de Rebeca profundamente. Era una cabeza de chorlito pero en los ocho años que llevaba en la empresa había sido una empleada fiel y ejemplar. A Jimena no se la imaginaba mintiendo en algo así, quizás si se tratase de engatusarle para acompañarla a algún evento fingiendo una relación o algo similar podría ser, pero al fin y al cabo, la empresa la había fundado su padre y no era tan retorcida como para dañar la imagen de su familia. Para ella la imagen era lo primero. La angustia lo estaba atenazando cuando Nacho entró en su despacho casi sin llamar.

- Jefe – le dijo mostrándole la Tablet que portaba – tiene que ver esto.

Jack observó con un mal presentimiento como Nacho le plantaba la Tablet delante y la manipulaba con eficacia al tiempo que le comentaba lo que había encontrado.

- He decidido empezar por las cámaras de la entrada para descartar cualquier acceso extraño, como me has dado una hora de referencia he empezado por ahí, las pasé a alta velocidad para ver si algo me llamaba la atención y más o menos hora y media después de que volviéseis de la reunión sucede esto.

En la Tablet se mostraba la entrada del edificio, al rato se veía salir a Helena con un dossier en la mano y a Jack se le endureció el semblante al comprobar a quién le hacía entrega de los documentos. ¡Joder, joder, joder.... Mierda! No podía creerse lo que estaba viendo y la escena empeoró para su corazón al ver a Harry acercarse a la mejilla de Helena y besarla. Se desató una furia en todo su ser y no hizo nada por detenerla, tenía los nudillos blancos de tanto apretar los brazos de su sillón. Se sentía destrozado por la traición de Helena, se sentía al mismo tiempo estúpido por haberse enamorado de esa

manera de una desconocida, se sentía furioso con Harry, con Helena, con el mundo en general. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás intentando recobrar un poco de cordura. Respiró hondo varias veces y tomó varias decisiones en cuestión de minutos.

- Mándame ahora mismo este clip a mi correo electrónico – le dijo a Nacho – y no digas nada a nadie por ahora.

- Ahora mismo jefe – dijo Nacho, al ver la expresión atormentada de su jefe añadió mientras salía de su despacho – lo siento, Jack.

Jack asintió sin mirarlo. Comenzó a preparar un informe preliminar para enviárselo a Álvaro con instrucciones para que éste lo trasladase de inmediato a la Policía Nacional y tomase el mando de la investigación. Jack sabía que no podía ponerse él mismo al frente de la misma al estar involucrado sentimentalmente con Helena. Lo siguiente que hizo fue reservar un vuelo a primera hora de la mañana a París y a Londres, iba a adelantar su estancia en el extranjero. Mientras trataba todos los asuntos que tenía pendientes con sus socios, pondría distancia física con Helena para poder arrancarla de su corazón. Después llamó a su padre para ponerlo en antecedentes de lo averiguado y para que acudiese a la empresa mañana para tomar las riendas. La llamada fue dura.

- ¿Estás seguro Jack? – Le preguntó Henry con preocupación – No me lo creo, hijo, Helena no.... Joder... No pude ser...

- Estoy seguro papá, todo coincide, entre lo que averiguó Tomás de Harry, sus adicciones y su situación económica creo que ha perdido los papeles y va a por nosotros – se le puso un nudo en la garganta- Helena es su cómplice. Ella le ha dado los documentos con el listado de personal, Rebeca y Jimena coinciden en su versión. A Inés no la he localizado pero no me hacen falta más pruebas. He sido un gilipollas y no he pensado con la cabeza, he pensado con la poya – le espetó furioso a su padre.

- Jack... - dijo Lucía – hijo... estaba escuchando por la otra línea... no te precipites... seguro que hay una explicación...

- Mamá... ¡No me jodas más de lo que estoy ya! – Le espetó con furia – No dejes que se acerque a Anne ¿me oyes? – Jack suspiró. No podía hablarle así a su madre – Mira mamá... perdona... pero hay un beso en las imágenes.

Jack sintió que su madre ahogaba un sollozo y colgó, no podía hacer frente a otro drama en estos momentos. Así que relegó sus sentimientos a un rincón de su corazón y dejó que toda la furia emergiera a su rostro y a su voz cuando en ese mismo instante Helena entraba en su despacho. Parecía asustada, por un

momento sintió la tentación de consolarla pero la imagen del rostro de Harry pegado al de Helena acudió a su mente y se aferró a él para descargar su frustración con ella.

Helena sintió que el cuerpo de Jack estaba en tensión y emanaba oleadas de furia. Algo había pasado, se acercó lentamente a él lamentando no llevar mejores noticias.

- No está por ningún lado Jack, lo siento – le dijo temblorosa.

- Joder... los tienes bien puestos Helena – le espetó Jack.

Helena se quedó paralizada en el sitio al constatar que la furia de Jack iba dirigida a ella. ¿Qué había pasado?

- No... no te entiendo... Jack... ¿qué pasa?... me estás asustando – señaló con voz temblorosa.

Jack no dijo nada. Helena observó que giraba la pantalla de su ordenador y se acercó para ver lo que Jack quería enseñarle. Ahogó un gemido al ver las imágenes. Era el día que le entregó los menús a Harry. ¿Se había puesto furioso por verla con Harry? Pero enseguida comprobó que Jack no estaba furioso por eso.

- Has hecho una actuación digna de Oscar, yo he hecho el papel de gilipollas desde el minuto uno. Lástima que vuestra traición se haya descubierto tan pronto. ¿Cuánto te ha pagado Harry? Joder... ¿Cuánto llevas acostándote con él, Helena?... Te dije que no perdonaba una traición. Has hecho más que eso. No quiero verte aquí. Puedes irte.

¿Acostarse con Harry?, ¿Traición? Helena estaba desbordada por las conclusiones que estaba sacando Jack. No podía creer que pensase que ella había sacado el expediente de la empresa para entregárselo a Harry. Estaba desconcertada.

- Jack..., yo no.... – respiró hondo para intentar explicarse – Jimena... es decir, se olvidó los menús de la fiesta y me pidió que se los entregase a Harry... yo..., vamos a ver, no lo conozco de nada...

- No metas a nadie más en esto – gritó Jack.

Estaba furioso por verla delante de él con aspecto desamparado. Estaba furioso porque su corazón le estaba pidiendo a gritos que la abrazase y huyesen los dos de allí. Estaba desesperado por ella y no podía permitirse esos sentimientos en estos momentos. Le había hecho daño, era su turno de revancha. Se irguió tras su mesa con toda la actitud amenazadora que pudo reunir y sentenció.

- Nadie corrobora tu versión, las imágenes te delatan. No te quiero en esta

empresa. Considérate despedida. Deja las llaves de mi casa en la mesa. No quiero verte cerca de mí y de mi familia nunca más. ¿Estamos?

Helena sollozó al escuchar la furia con la que Jack le hablaba, esa muletilla que siempre usaba con ella de manera cariñosa había sonado como un latigazo esta vez.

- Jack...- dijo entre hipidos – te equivocas... yo... te quiero.

Jack no soportaba más verla y no poder tocarla y la remató.

- Yo no. Yo sólo te he follado como a cualquier otra – le espetó con frialdad.

Las lágrimas descendían sin cesar sobre el rostro de Helena. Comprendió que Jack no la creía, si no la creía es que no la conocía, sintió que su príncipe azul se convertía en un desconocido frío y sin sentimientos. Ella no había fingido. Al parecer él sí. Lentamente se dio la vuelta para salir del despacho, ya estaba traspasando el umbral cuando la voz de Jack la atravesó como una espada.

- Le he dado tus datos a la Policía. No te aconsejo huir muy lejos. Dile a Harry que voy a por vosotros.

No pudo volverse, se limitó a salir del despacho, recogió su bolso y rebuscó las llaves de Jack. Las depositó en la mesa de Inés y huyó corriendo hacia los ascensores cuando escuchó un gran estrépito de cristales acompañado el rugido de furia de Jack.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 12

*“ Los hombres exigen a amor que se revista de formas y colores; han de ver lo que aman. Las mujeres sólo piden sensaciones al amor; saben amar como ciegas ”*

*Anatole France*

Cuando salió de la empresa Helena simplemente se echó a andar. Anduvo horas y horas, con su mente en blanco, anestesiada por el dolor. Tenía dolor físico, se le retorcían las entrañas, el corazón la latía errático, los ojos le escocían por las lágrimas no derramadas. Dolía más el dolor del alma, se sentía sola, desamparada, como si le faltase la vida. Desconcertada e incrédula vagó sin rumbo ajena a las miradas escrutadoras que le dedicaban los escasos transeúntes con los que se cruzaba. Era ya de madrugada cuando, agotada, llegó a un parque y se sentó en un banco con la mirada perdida. La helada de la noche caía sobre ella pero no era consciente del frío. Sólo sentía su interior congelado. Fijó la vista en la sombra de un tobogán que la luz de las farolas dibujaba y simplemente, dejó pasar las horas intentando no sentir. Sabía que en algún momento tendría que enfrentarse a la realidad de las acusaciones de Jack y al desprecio con el que le había hablado, pero ahora mismo sólo podía sentarse y esperar. Sólo deseaba despertarse refugiada en los brazos de Jack para comprobar que todo había sido un mal sueño. Casi podía experimentar la sensación en su piel, de verse acogida, reconfortada por su olor y su calor. Ahogó un sollozo y las lágrimas retenidas comenzaron a descender sin descanso. Cuando se dio cuenta, la ciudad llevaba un tiempo despierta, no sabía si se había dormido o había estado en un limbo todo el tiempo que llevaba sentada en el parque. Su teléfono sonaba sin cesar, probablemente su sonido la había hecho despertar de su letargo autoimpuesto. Lo sacó entumecida y pulsó la tecla verde.

- Helena cariño.... ¿dónde estás?

La voz preocupada de Lola fue demasiado para ella y comenzó a sollozar. Oía a Lola hablar de fondo pero no era capaz de contestarle. Tras unos instantes logró sosegarlo lo suficiente para entender lo que su amiga le estaba diciendo.

- Cielo, no llores, no te preocupes.... Tú sólo dime dónde estás y voy a buscarte.

- No... no lo sé...

Miró sorprendida a su alrededor percatándose de que el entorno que la rodeaba no era familiar.

- ¿No lo sabes? – le preguntó Lola desesperada – Helena.... Tranquila... dime lo que ves...

- Estoy en un banco, en un parque... no sé... yo sólo caminé y caminé... Lola... Jack, el cree... me ha dicho... - y rompió a llorar de nuevo.

- Lo sé cielo..., ahora no pienses en ello, dime si ves algún bar, o algún comercio y yo te encuentro... cariño... fíjate por favor.... – le rogó Lola.

Helena no acababa de comprender cómo Lola parecía estar al corriente de lo sucedido, pero la obedeció y miró a su alrededor, había un bar, “El rubio” decía su rótulo. Había una farmacia “Lda. Carmen Robles” leyó en su escaparate.

- Hay una farmacia... de Carmen Robles... y un bar que se llama El Rubio.

Helena, cerró los ojos presionando en entrecejo con el índice y el pulgar, comenzaba a tener dolor de cabeza. Oyó como Lola repetía lo dicho en voz baja a alguien, transcurrieron unos segundos hasta que la escuchó de nuevo entusiasmada.

- Te tengo Helena, estamos de camino, acabamos de localizar el barrio. Por favor, cariño... hazme el favor y no te muevas de ahí ¿vale?

Helena no le respondió al momento, se quedó pensando en lo que le había dicho Lola y reaccionó con miedo.

- ¿Con quién vienes? – preguntó angustiada. No quería que nadie la viese así. No quería hablar con nadie.

- Voy con Héctor, cielo...

- No – gritó Helena – Héctor y Jack... - sollozó desesperada.

Ellos eran como hermanos, era de suponer que Héctor ya estuviese al tanto de las acusaciones de Jack y se moría de vergüenza al imaginar esa conversación.

- Helena. No pienses en nada ahora. Enseguida llegamos, Héctor no te hará daño, cariño... yo confío en él. Hazlo por mi cielo, no te muevas.

La cabeza le estallaba. No tenía fuerzas para pensar, mucho menos para protestar, sólo quería meterse en su cama y dormir, dormir hasta olvidar.

- Vale.

No esperó a que Lola le respondiese, colgó y se recostó en el banco cerrando los ojos.

Lola miró a Héctor que conducía su Volkswagen Tuareg como un loco en el caos de circulación de Madrid, era hora punta y los atascos se sucedían. Héctor sintió su mirada y, mientras detenía el coche en un semáforo, le cogió una mano y se la besó.

- Tranquila bonita..., llegamos en un momento.

Héctor estaba furioso con Jack. Esta mañana bien temprano habían oído llamar insistentemente al timbre del piso de Helena. Lola extrañada, se había asomado al rellano antes de que él pudiese reprenderla por abrir la puerta sin pensar en su seguridad, al fin y al cabo, desconocían a qué venía esa escandalera. Cuando salió tras ella se encontró a Lola asustada, negando con la cabeza a dos tipos que le enseñaban una placa de Policía Nacional, iban de paisano. Jack se acercó y le pasó el brazo por los hombros. Los agentes Hernández y Ferreras estaban interrogando a Lola sobre el paradero de su vecina Helena. Lola no dejaba de preguntar si le había pasado algo, y ellos solamente le respondían si sabía dónde podían encontrarla. Temiendo que le hubiese sucedido algo, Lola estaba al borde de las lágrimas y miraba a Héctor suplicando apoyo. Héctor no soportaba ver esa expresión en su cara y se hizo cargo de la situación. Informó a los agentes de que llamaría a Jack, el novio de Helena, ya que seguramente habrían pasado la noche juntos en su casa. Se quedó estupefacto cuando el agente Ferreras le respondió que esa llamada no sería necesaria ya que el propio señor Anderson había cursado una denuncia que involucraba a la señora Ramos en unos hechos que precisaban su declaración. Ambos agentes se marcharon, dejándoles un número de contacto, rogándoles que si localizaban a Helena antes que ellos, le recomendaran encarecidamente acercarse a la comisaría para prestar declaración. Héctor condujo a una nerviosa Lola de nuevo a casa y le ordenó que se vistiese mientras él llamaba a Jack. Pensar en esa llamada le hacía alegrarse de que su amigo no estuviese en el país, de lo contrario, ahora estaría dándole una paliza para hacerlo entrar en razón. Apretó la mandíbula al recordar la conversación.

- Héctor, no es buen momento. Estoy en el aeropuerto – le dijo Jack sin saludar siquiera.

- Qué cojones Jack... ¡No me jodas!... Dime qué mierda está pasando para que tú estés ahí y aquí en casa de las chicas acabe de marcharse la puta policía preguntando por Helena.

- ¿Qué haces tú ahí, Héctor? – Le dijo Jack enfurecido – Ya conseguiste follarte a la amiguita, ¿no?, pues tío... escapa cuando puedas porque deben de ser tal para cual.

- No me hables en ese tono, cabrón, no se te ocurra hablar así de Lola. Pero ¿tú te oyes?... dime qué ha pasado.

- Te lo resumo. Helena le ha pasado información confidencial a Harry sobre el sistema de seguridad en el partido de ayer. Supongo que estás al tanto



de lo sucedido. Lo tengo grabado en las cámaras de seguridad. La he echado. He llamado a la policía y salgo en unos minutos a París y a Londres porque, gracias a ella, no puedo ponerme al frente de la empresa en estos momentos. Me han traicionado. Los dos. Helena y Harry.

- Estás equivocado tío, no sé lo que has visto, pero Helena no es esa clase de tías. Es cien por cien legal. Te estás cegando. Lola y yo vamos a buscarla ahora mismo. ¿Dónde puede estar tío? – le preguntó Héctor consternado.

- Puedes buscarla en la cama de Harry, seguro que allí la encontrarás, aléjate de ellas Héctor – le dijo Jack furioso.

- Me cago en la puta, Jack. ¡Reacciona joder! Ella te importa, no puedes creer que esté involucrada en algo así.

- Mira Héctor, cansado estoy de que todas busquen lo mismo, pero ésta se lleva la palma, la llevé a casa, la involucré con Anne ¡Joder! No pude equivocarme más con ella.

- Jack...

Pero Jack ya había colgado el teléfono. Estaba furioso consigo mismo por sentirse preocupado por la desaparición de Helena. Qué coño le importaba a él dónde hubiese pasado la noche. Sólo el hecho de imaginarla en la cama con Harry le revolvió las tripas, se acercó al baño de la sala vip del aeropuerto y allí vomitó hasta la primera papilla. Tenía que sacársela de dentro como fuera. Extirparla como un tumor. Tenía el corazón encogido, un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarlo cada vez que en su mente se repetían como en una película escenas de su historia de amor con Helena. Su mente le hacía repasar una y otra vez los motivos para odiarla por su traición, sin embargo, su corazón no hacía caso a los motivos racionales. Había puesto todo su mundo patas arriba en unas semanas. Su empresa, su familia, había tocado todas las parcelas de su vida que siempre habían quedado resguardadas de todas las mujeres. Esa dicotomía lo destrozaba. Su padre le respaldaba, su madre había llorado cuando habló con ella. Inés estaba ilocalizable, la había llamado durante toda la noche, su móvil estaba apagado. Sabía que la policía comenzaría a interrogar a todos esta semana, y querrían hablar con ella. Se llevarían una decepción, igual que su hermana. Soltó una maldición al pensar en el vínculo que Anne había establecido con Helena, su hermana no lo iba a entender, saldría herida de todo esto. Jack no lo perdonaría jamás. Por megafonía llamaron a su vuelo y recogió su maletín para embarcar. Obligó a su corazón a rechazar a Helena, puso al mando la parte racional de su ser y se dispuso a defender con fiereza su empresa.

Héctor aparcó el coche en doble fila a la altura de la farmacia que Helena había mencionado. Lola se bajó del coche sin esperarlo, miró a su alrededor y localizó el parque en el que se suponía que estaba su amiga, echó a correr cruzando la calle sin mirar y sin hacer caso a las maldiciones que soltaba Héctor por no esperarlo, oyó el frenazo de algún coche y tampoco hizo caso. Héctor logró alcanzarla a la entrada del parque y la reprendió severamente.

- Hostia puta, Lola, casi te atropella un coche. Párate un momento.

Lola estaba desesperada por encontrar a Helena. Tenía que estar destrozada por las acusaciones de Jack, sabía exactamente como se sentiría, igual que ella cuando fue consciente de que su marido no era el príncipe azul prometido. Odiaba a Jack por creer que Helena sería capaz de traicionarlo, por no ser capaz de ver la dulzura de mujer que estaba enamorada de él.

- Tengo que encontrarla ya.... Estará helada si ha pasado la noche al raso. Estaba destrozada por teléfono... no paraba de llorar.

Lola sintió como Héctor suspiraba y relajaba su expresión. La rodeó con sus brazos y la atrajo hasta su pecho.

- Lo sé, amor... por eso no puedes acercarte a ella en ese estado de nervios. Si te ve tan afectada, se sentirá aún peor. Necesita nuestro apoyo. No podemos aparecer histéricos gritando. Tenemos que tranquilizarla, enterarnos bien de lo sucedido y buscar ayuda legal si la necesita.

Lola aspiró el leve aroma que desprendía el jersey de Héctor en el que tenía apoyada su mejilla e intentó tranquilizarse. Desde el primer abrazo, hacía ya semanas, su olor se había convertido en un bálsamo para sus nervios. La paradoja de sentirse reconfortada por el abrazo de Héctor cuando su mejor amigo era el causante de ese desasosiego la hizo darse cuenta de que si él se involucraba podría poner en riesgo su amistad con Jack, que sabía que era profunda y verdadera. No podía colocarlo entre la espada y la pared. Así que decidió darle una salida, no se atrevía a mirarlo y no apartó la mejilla de su pecho.

- Vale. Héctor... lo intentaré. Oye, sabes que no tienes por qué hacerlo ¿verdad?

- ¿Hacer qué?

- Involucrarte en esto, sé que Jack es tu amigo, tu hermano... Entenderé que quieras mantenerte al margen. Héctor... no puedo pedirte que me ayudes con Helena. No soportaría que por mi culpa perdieses a tu amigo.

Héctor la sostuvo por sus hombros para mirarla a los ojos y asegurarse que aquella preciosa mujer que tenía en sus brazos comprendiese lo que quería

decirle. Quería grabarle a fuego en su cabeza que ella se estaba convirtiendo en una de sus prioridades y que cuando le había dicho que debía apoyarse en él no hablaba por hablar.

- Mírame Lola.

Aguardó a que ella levantase la mirada, se perdió en sus ojos azules que no ocultaban las dudas que la asaltaban en ese momento.

- Lola, vas a comprobar que soy un hombre paciente. No me voy a cansar de repetirte que yo soy tu apoyo. Que lo que necesites me lo tienes que pedir a mí y yo me encargo de conseguirlo, sea algo material o no. Voy a eliminar de tu vida todas las preocupaciones. Helena es tu amiga, tiene problemas, tú vas a ayudarla y yo contigo. Siempre.

Héctor puso un dedo en sus labios para detener su respuesta.

- Si-em-pre – recalcó – Jack es mi amigo, mi hermano, Helena es su mujer. Si él en estos momentos está cegado y no es capaz de ver la joya que tenía en sus manos, mi deber como hermano es cuidar de su mujer hasta que entre en razón, y si no lo hace pronto por sí mismo, yo le obligaré a ver la verdad a base de puñetazos. No voy a abandonarlo a él pero tampoco voy a abandonar a Helena. Sé que Jack haría lo mismo por mí si algún día la cago contigo.

Lola no pudo más que besar el dedo que estaba posado en sus labios, estaba abrumada por el discurso de Héctor. No podía creer que ese pedazo de hombre, en todos los sentidos posibles de la palabra, estuviese a su lado apoyándola incondicionalmente. Se puso de puntillas para acercarse a sus labios y lo besó con una ligera caricia, antes de susurrarle.

- Gracias.

Héctor sintió que su corazón daba un vuelco, y el macho que anidaba en su interior se regocijó porque era la primera vez que Lola lo besaba por iniciativa propia. Sabía que era un paso enorme para ella. No se arrepentía de no haberle hecho el amor todavía. La quería en su cama convencida al cien por cien, sin dudas, para aniquilar una a una todas las experiencias anteriores con el hijo de puta de su ex. Prefería estar con un dolor de huevos permanente a precipitarse y estropearlo todo con ella. La agarró de la mano y la condujo al interior del parque, lo recorrió con la mirada hasta que vio a Helena acostada cual sintecho en uno de los bancos cercanos a la entrada. Se le encogió el corazón, por ella y por Jack, apretó la mano de Lola.

- Amor, vamos, allí está.

Lola ahogó un gemido al verla, se deshizo del agarre de Héctor y corrió hacia su amiga.

Helena había decidido acostarse en el banco tras la conversación con Lola, cerró los ojos para mitigar el punzante dolor de cabeza que amenazaba con convertirse en una migraña de proporciones épicas. Hacía meses que no padecía una así. Al despertar de su letargo fue consciente de que el frío de la noche se había apoderado de su cuerpo, estaba tiritando. Le dolían los ojos de las lágrimas derramadas y estaba segura que tendría la nariz roja de tanta llantina. Sintió que unos pasos se acercaban y abrió ligeramente los ojos para descartar que se tratase de cualquier desalmado. Cuando vio a Lola corriendo hacia ella con Héctor detrás no tuvo fuerzas para incorporarse, un gemido involuntario salió de su garganta y comenzó a sollozar. Lola simplemente se arrodilló en el suelo y la ayudó a incorporarse, se sentó a su lado y la atrajo hacia su seno envolviéndola con su calor corporal y sin dejar de frotarle la espalda trataba de calmarla.

- Ya está Helena, ya hemos llegado... tranquila...

Helena sintió que Héctor se sentaba a su lado también, y las abarcó a las dos en un abrazo, quedó atrapada entre los dos cuerpos. Ese calor humano sin preguntas hizo que se le formase un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla y de pronto no era capaz de respirar, en su cuerpo no entraba el aire necesario, se asustó y el corazón le comenzó a latir a toda velocidad. Oyó la voz de Héctor a lo lejos. Sintió que se arrodillaba delante de ella.

- ¿Qué le pasa Héctor?

Lola estaba angustiada viendo el estado en el que se encontraba Helena.

- Es una crisis de ansiedad.

Héctor apretó la mandíbula al ver a Helena en ese estado. Si tuviese a Jack delante ahora mismo no tardaría ni un minuto en partirle la cara por hacerle eso a su mujer. No le cabía duda de que era inocente de todo lo que Jack la había acusado. También estaba seguro de que su amigo tendría que arrastrarse muy mucho para recuperar a su mujer en el momento en que todo se aclarase. Ahora no quería pensar en Jack, si lo hacía, el mal genio se apoderaría de él y no sería capaz de ocultarlo. Helena no necesitaba eso, así que se concentró en sacarla de su crisis de ansiedad. La agarró por los brazos y la zarandeó con suavidad.

- Ya basta Helena.

A Helena los ojos se le salían de las órbitas al verse zarandeada por Héctor, no sabía si estaba enfadado con ella, pronto cambió su opinión cuando levantó la mirada y comprobó que la preocupación inundaba su rostro.

- Nena... ya... respira despacio conmigo, así... dentro... fuera...

Era una orden. Helena obedeció. Era lo único que acertaba a hacer, Obedecer, Su voluntad estaba anulada por el caos que se había apoderado de su vida. Le cedió las riendas a Héctor y se dejó llevar. Respiró despacio, lo intentó una vez, dos... El corazón ralentizó su ritmo, el aire volvió a entrar en sus pulmones y pudo oír a Héctor con claridad.

- Muy bien, preciosa....sigue así, respirando despacito. Sigue aquí conmigo.

Helena recuperó algo el dominio de su cuerpo, fue consciente del brazo de Lola rodeándole los hombros, de las grandes manos de Héctor que la sostenían por los brazos. Sufrió un fuerte estremecimiento y fue capaz de articular una frase.

- Te... tengo frío... me... me revienta la cabeza.

Héctor suspiró aliviado y se puso al mando de la situación.

- Vale... cariño. Nos vamos a casa. Vas a darte un buen baño caliente. Luego comerás algo y a dormir. Necesitas descansar.

- Tengo que contaros lo que Jack...

Helena no fue capaz de seguir, las lágrimas volvieron a aparecer. Héctor negó con la cabeza.

- Ahora no, preciosa, tenemos tiempo. Ahora sólo vamos a preocuparnos de que descanses. Luego hablaremos y tomaremos las decisiones que correspondan. No te preocupes por nada. Yo me haré cargo de todo. Lola y yo estamos contigo.

Helena miró a Lola extrañada. Héctor era amigo de Jack y estaba poniéndose de su parte. Seguro que no conocía al detalle las acusaciones que había vertido sobre ella, si fuera así estaría tratándola como la peste. Tampoco quería que Jack se enfadase más con ella, seguro que pensaría que Héctor lo estaba traicionando también y su conciencia no podría soportar que discutiesen por su culpa. Aunque era inocente de todas las acusaciones, Héctor tenía derecho a conocer su situación antes de ayudarla.

- Héctor... Tú... no sabes..., es decir, él asegura...

Héctor posó un dedo en sus labios.

- Lo sé todo. He hablado con Jack. Es mi hermano. Pero es un imbécil si cree que tú has sido capaz de traicionarlo. No estoy con él en esto. Estoy contigo. No quiero que hables más hasta que hayas descansado. ¿Vale?

Helena sólo pudo asentir. No quería pensar en Jack vertiendo sus acusaciones en los oídos de Héctor. Lola se levantó del banco y le tendió la mano para ayudarla, cuando se incorporó comprobó que sus piernas no la

sostenían, estaban entumecidas por las horas pasadas expuesta al frío nocturno. Se tambaleó. Escuchó la maldición de Héctor justo antes de levantarla en brazos para dirigirse a la salida del parque. Helena apoyó la cabeza en su hombro, se sintió protegida, se acordó de cuando Jack le prometió cuidarla, y en vez de cumplir su promesa le había roto el corazón. Con ese pensamiento se durmió y no fue consciente del trayecto hasta su casa.

\*\*\* \*\*

—

### CAPITULO 13

*“ Sólo durante los tiempos difíciles es donde las personas llegan a entender lo difícil que es ser dueño de sus sentimientos y pensamientos ”*

*Antón Chéjov*

Cuando Helena se despertó seguía en los brazos de Héctor y estaban franqueando el umbral de su apartamento. Todo lo sucedido acudió de nuevo a su cabeza abotargándola. Imágenes, retazos de las acusaciones de Jack, instantáneas de los días previos se sucedían en su cabeza bombardeándola incesantemente. Las sienes comenzaron a latirle y una oleada de náuseas la sacudió de los brazos de Héctor, prácticamente se tiró de ellos para acudir dando tumbos hasta su baño, allí se arrodilló y se abrazó a la taza del váter, llevaba muchas horas sin comer y a pesar de no tener nada para vomitar su estómago seguía retorciéndose. Helena sintió la mano de Lola sosteniéndole la frente. Escuchó como el agua corría en su bañera e imaginó que Héctor estaba haciendo equilibrios para abrir el grifo ya que en su baño apenas cabían dos personas. Transcurridos unos minutos, un sudor frío recorría su cuerpo estremeciéndola. Sintió que Lola la ayudaba a incorporarse. Helena se apoyó en el lavabo, tenía la cabeza agachada, cual niño cogido en falta, mientras las hábiles manos de su amiga la desnudaban. Sin mediar palabra Lola la asió por el brazo, la introdujo en la bañera y la ayudó a sentarse. El baño olía a naranja, Héctor debía de haber vertido uno de sus geles favoritos en el agua caliente. El calor penetró poco a poco en su cuerpo mientras Lola la aseaba con una esponja como nadie había hecho desde que era una cría de ocho años, sintió que sus músculos se relajaban uno a uno. Cuando terminó, procedió a lavarle el cabello, masajeándole la cabeza, como gran profesional que era. Esas manos hicieron magia con sus sienes pulsantes. Comenzaba a sentirse algo mejor. Lola la hizo levantarse y la ayudó a envolverse en el gran albornoz rosa que colgaba de la puerta del baño. La sentó en un taburete y le sacó la humedad del pelo con una toalla. Le ahuecó los rizos con espuma peinándola con mimo. Sintió que Lola le apretaba los hombros y se atrevió a mirarla a través del espejo del baño.

- Espera aquí. Voy a traerte ropa limpia.

Lola la encontró en la misma posición, Helena estaba saturada de sensaciones, le venía bien que alguien tomara las decisiones por ella porque en su futuro más próximo sólo había una pantalla en negro, no era capaz de pensar en lo que haría hoy, mañana y mucho menos pasado mañana. Lola no la dejó sola, mientras ella se vestía, arregló el baño y depositó la ropa usada en

el cesto de la colada. Cuando acabó se colocó delante de Helena y la tomó de las manos.

- Vamos.

Sumisa, se dejó guiar hasta el sofá. Héctor se paseaba por la habitación hablando por teléfono. Lola depositó en el baúl una bandeja con un sándwich de pavo y un té Earl Grey en leche como le gustaba a Helena.

- Come algo.

Helena miró la comida y el estómago se contrajo. Negó con la cabeza. No era capaz de tragar nada. No tenía apetito. Se sentía más humana tras el baño, fresca y limpia, no dudaba de que realmente fuera necesario echarle algo al estómago pero éste se negaba a recibir alimento alguno. Lola se acomodó a su lado. Ambas miraron a Héctor que en esos momentos se estaba despidiendo de quien quiera que fuese su interlocutor.

- Venga Carlos. Te debo una tío. ¿Has cogido bien la dirección? Sí. Correcto. Hazme una perdida cuando estés en el portal y te abro. ¿Diez minutos? Ok. Eres un crack. Nos vemos.

Héctor colgó el teléfono y vio a las chicas en el sofá. Lola le hizo un gesto con la cabeza señalando la bandeja y negando. Helena estaba rígidamente sentada, con las manos en el regazo una sobre otra y la mirada perdida. Suspiró. Le jodía mucho verla así y saber que él iba a empeorar su estado cuando le explicase su situación. Sólo podían estar a su lado en cada paso que fuese necesario hasta demostrar su inocencia. Maldijo a Jack de nuevo. Le hizo un gesto a Lola indicándole que le dejase hablar a él. Se acercó y se sentó en el baúl delante de Helena. Vio como apretaba las manos y lo miraba asustada. Cogió sus manos, estaban heladas, y las calentó entre las suyas.

- Cariño – le dijo con voz suave – como te he dicho antes, Lola y yo vamos a estar a tu lado. Creemos en ti. No entiendo como Jack ha podido pensar que lo has traicionado. Pero es así. Escúchame con atención. Esta mañana han venido a verte unos inspectores de policía. Supongo que quieren interrogarte sobre lo sucedido.

Helena se tensó y quiso soltarse del agarre de Héctor, quería escapar corriendo, ocultar la cabeza bajo la almohada y no salir más. Éste hizo más fuerte su agarre y no le permitió huir.

- Sé que es difícil, Helena, te pido que confíes en mí. Ahora va a venir mi abogado, es un gran letrado. Necesitamos saber todo lo que puedas contarnos antes de llamar a la policía y decirle que estás lista para declarar. Carlos se hará cargo después del paso a paso. No pararemos hasta demostrar que nadie



puede acusarte de nada.

Helena lo miró. Un abogado. La policía. Estaba tomando conciencia de que realmente estaba metida en un buen lío. No sólo se trataba de una ruptura sentimental. Recordó que Jack le había mencionado que había facilitado sus datos a las autoridades. ¿Cómo había sido capaz de no creerla? ¿Cómo había podido robarle el corazón para luego dejarla tirada sin remordimientos? Lentamente, muy lentamente notó que su mente comenzaba a despertar. Aun no sabía exactamente de qué la acusaban, si es que la acusaban de algo. Lo que sí sabía es que su economía no podría permitirse al abogado de Héctor. Sus fondos eran limitados. Decidió dar un pasito y abandonar la apatía que se había apoderado de ella en las últimas horas.

- Yo no sé si puedo permitirme un abogado, Héctor...

Héctor se alegró de verla reaccionar, algo de vida asomaba de nuevo a sus ojos. Seguía indefensa, temblorosa. Quiso tranquilizarla.

- Yo me haré cargo de todos los gastos.

Levantó la mano haciendo callar la protesta que asomaba a los labios de Helena. Sonrió para sí. Sabía exactamente quién iba a correr con la minuta de Carlos cuando todo se aclarase. Héctor esperaba que el abogado le pasase a Jack una factura bien gorda por defender a Helena. Algo, que por otro lado, era trabajo de Jack. Protegerla. Sin duda sabía que en el pasado Jack había tenido motivos, igual que él, para no confiar en sus conquistas. Su porte y su cartera atraían a “lo mejorcito” del mercado del ligoteo. Pero no era una excusa válida para abandonar a Helena a su suerte, sobre todo después de haber insinuado que era la definitiva. El tono de su teléfono interrumpió sus pensamientos. Héctor se levantó para abrirle a Carlos.

- Tranquila cariño, estás en buenas manos.

Helena asintió con un nudo en la garganta.

- Gracias.

Lola le dio un apretón en el muslo cuando Héctor se dirigió a la puerta.

- Confía en Héctor, Helena. Sabe lo que hace.

Héctor esperó en el rellano a su amigo Carlos. Se conocían desde la facultad. Carlos y Jack estudiaban derecho y él empresariales, habían coincidido en el equipo de rugby de la universidad. Aunque Jack y Héctor se conocían desde el colegio, pronto incorporaron a Carlos a su pandilla. Algunas noches habían salido de copas los tres juntos, de manera loca en sus comienzos y bastante más sosegados en la actualidad. Si la memoria no le fallaba las pasadas Navidades habían quedado todos para cenar. Desde

entonces, Carlos y él se habían visto varias veces por motivos laborales. Cuando vio a Carlos asomar por las escaleras se acercó a darle la mano y una palmada en el hombro.

- Gracias por venir tan pronto.

- Nada tío. Tenía una vista para hoy pero la jueza la ha suspendido. Volvía al despacho cuando recibí tu llamada. Una damita en apuros ¿no?

Héctor suspiró. Carlos era un ligón empedernido, un amigo leal y un abogado con una proyección increíble. Decidió advertirlo desde ya de que las mujeres que iba a conocer no estaban disponibles para él. Arqueó una ceja para advertirle.

- No es una “damita”, Carlos.

- ¿No?

- No. Helena pertenece a Jack.

- Entonces... ¿dónde está el gran hombre? – preguntó Carlos con extrañeza.

- En Paris o quizá en Londres... no lo tengo claro.

- A ver... a ver... ¿Quieres decirme que la novia de Jack está en un aprieto y él está en el extranjero? No lo acabo de entender tío...

- El caso es que Helena está en un aprieto porque Jack la ha colocado ahí.

- Joder... aclárate Héctor. Sé que si alguno de nosotros estuviese emparejado no dejaríamos a nuestras mujeres en la estacada. Así que esta chica no debe de importarle mucho.

Héctor rio, recordando la conversación mantenida con Jack sobre que Helena era la definitiva.

- Créeme cuando te digo que Jack ha perdido la cabeza en este caso. No conozco los detalles, estaba esperando a que llegases para que Helena no tuviese que repetir la historia dos veces. Bastante hecha polvo está ya. En todo caso, pongo la mano en el fuego por ella. Y... Carlos... cuando todo se aclare, Jack nos deberá un favor muy grande por cuidar de ella pero... te aseguro que te matará si le pones un dedo encima a Helena.

Carlos bufó. Estaba deseando conocer a la mujer que supuestamente había conseguido doblegar al cínico del trío, al escéptico por excelencia, al que más guardaba las distancias con sus conquistas. Palmeó el hombro de Héctor.

- Pues no perdamos el tiempo entonces. Será agradable putear al cabrón de Jack cuando todo termine.

Héctor asintió. Cuando se disponía a abrir la puerta del apartamento de Helena se volvió hacia Carlos.

- Por cierto, Lola tampoco está disponible para ti.

- ¿Lola? Y... ¿Quién se supone que es Lola?

Héctor frunció el ceño para advertir a Carlos antes de declarar

- Lola es mía.

- Joder... pero ¿Qué coño pasa?... ¿Os ha dado por ir de caza juntos?... Capullos... espero que no sea contagioso....

Héctor no pudo más que reír al observar la expresión incrédula de su amigo. Helena y Lola levantaron la mirada y abrieron la boca a un tiempo al ver al hombre que acompañaba a Héctor. Más alto que él y más alto que Jack, parecía un surfista recién sacado de una playa californiana para vestirlo con un traje gris y una camisa blanca que marcaba todos y cada uno de sus músculos. Su pelo rubio despeinado con intención y unos profundos ojos azules completaban una imagen de perfecto canalla que se acrecentó cuando esbozó una sonrisa digna del mejor anuncio de blanqueamiento dental. Héctor gruñó al ver la reacción de las chicas. Conocía de primera mano el efecto que causaba Carlos en las mujeres, en todas, lo miraban embobadas, cual aparición del mismísimo Kelly Slater en un episodio de Vigilantes de la Playa. Helena y Lola no eran la excepción, esperaba que por lo menos fuesen inmunes al despliegue de encantos de Carlos, y que éste controlase su instinto natural de encandilar a cualquier mujer, entre los ocho y los ochenta años de edad, que le fuese presentada. Por si las moscas se apresuró a sentarse en el brazo del sofá, sostuvo a Lola por la nuca y le plantó un breve, pero apasionado beso en los labios. Lola lo miró, extrañada ante su reacción y Carlos no pudo más que arquear una ceja y sonreír al ver a su amigo marcar como un perro su territorio, sólo le faltaba mear alrededor de su chica. ¡Cómo caen los poderosos! Pensó. Con ganas de putear a Héctor, decidió acercarse al sofá y tomar la mano de Lola, se inclinó y la alzó hasta sus labios para besarle el dorso de la misma cual galán de novela romántica. Lola retiró la mano con brusquedad y Carlos observó cómo con ojos asustados se acercaba instintivamente a Héctor quien, maldiciéndolo con la mirada, se sentó en el sofá colocando a Lola protectoramente en su regazo. Ahí había una historia, y Carlos se temía que no era muy agradable. Decidió que más tarde lo averiguaría. Luego dirigió su mirada a la otra chica, Helena, “la chica de Jack”, era una chica guapa, muy normal, menudita todo rizados y ojos negros, enrojecidos por el llanto, al igual que sus mejillas y la punta de la nariz. Estaba claro que no la conocía en su mejor momento. También la tomó de la mano, sin embargo, esta vez se limitó a darle un ligero apretón antes de

presentarse.

- Hola, soy Carlos, supongo que tú eres Helena.

Helena asintió una vez recuperada la compostura después de la primera impresión que le había causado Carlos. Era guapísimo, sin embargo, el apretón de su mano no le había impactado como el primer roce de la mano de Jack. Se le llenaron los ojos de lágrimas al añorar su tacto. Carlos se percató de ello y le dio la oportunidad de recomponerse mientras se presentaba a Lola.

- Y tú eres Lola... siento si te he molestado antes... pero me resulta tremendamente difícil tener la oportunidad de fastidiar un poco a Héctor y no aprovecharla.

Lola asintió aceptando sus disculpas y se levantó dirigiéndose a la cocina, les señaló los taburetes de la barra.

- Será mejor que nos sentemos aquí los cuatro, en el sofá no cabemos, prepararé un café y podremos hablar mejor.

Todos se apresuraron a obedecer, mientras Lola disponía el servicio del café, Carlos cogió de su maletín una libreta y un bolígrafo, apagó su móvil y se sentó a esperar pacientemente a que le explicasen el motivo por el que era necesaria su presencia profesional allí. Una vez servido el café con unas galletitas de acompañamiento Héctor rompió el silencio.

- Helena, es necesario que le cuentes a Carlos todo lo sucedido para que él pueda ayudarnos. Yo sólo sé que Jack te acusa de traicionarlo pero desconozco los detalles porque, sinceramente... cuando hablé con él no fue una conversación precisamente amistosa.

Helena agrandó los ojos, sorprendida de que Héctor se hubiese peleado con Jack por ella. Aunque antes le había mencionado que estaba de su parte, en el fondo pensaba que su lealtad estaría con Jack. Al ver su gesto, Lola adivinó lo que pensaba.

- Helena, nosotros te creemos, es decir, no sabemos lo que ha pasado exactamente, pero sí sabemos que estás enamorada de Jack y que nunca harías nada que lo perjudicase.

Helena tragó saliva intentando deshacer el nudo de su garganta, abrumada por la confianza en su persona. Reflexionó unos instantes para intentar esbozar un relato coherente que la sacase del atolladero en que estaba metida. Tendría que confiar en ellos ya que desconocía si la policía la acusaba formalmente de algo. Levantó la mirada cuando escuchó que Carlos le daba unas indicaciones para empezar a hablar.

- Helena, necesito que empieces, según tu opinión, por el principio del

problema, luego yo ya te preguntaré con más detalle sobre los aspectos que precisen una aclaración mayor. Voy a ir tomando notas de ello, en cualquier otro caso utilizaría una grabadora, pero no quiero intimidarte, por lo menos, no más de lo que ya estás.

Helena asintió y comenzó su relato. Se remontó a la extraña manera en la que conoció a Jack y entró en la empresa, en la buena sintonía con su compañera Inés, en cómo se había ido involucrando en las tareas propias de su puesto, incluyendo su participación en la reunión en la que se habían finiquitado los detalles de la seguridad del partido. Luego, con voz temblorosa, rememoró el momento en el que estando escuchando la radio, se enteró de los incidentes en el partido, en cómo acudió a la empresa dispuesta a ayudar a Jack en lo que necesitase. No pudo evitar las lágrimas al rememorar la escena en la que Jack le enseñaba los folios en blanco en la carpeta dónde debían de encontrarse los documentos con los detalles del protocolo de seguridad y en sus rudas palabras al enseñarle las imágenes captadas por las cámaras de la empresa, acusándola de acostarse con Harry y despidiéndola, sin dudarle ni un minuto, tanto de la empresa como de su vida. Cuando terminó su exposición, levantó la mirada y se encontró con compasión en los ojos de Lola y Héctor e incredulidad en la cara de Carlos. Héctor apretó la mano de Lola para indicarle que guardase silencio y le permitiese hablar a él primero. Carlos soltó un largo suspiro tras escuchar el relato de Helena. Ahora tocaba entrar en detalles y, para desentrañar toda la verdad y tener una historia coherente que presentar a la policía, necesitaba hacerle unas preguntas que iban a molestarla. Estaba tomando unas notas cuando Héctor comenzó a hablar.

- Bueno..., por mi parte voy a aclarar lo que yo sé. Cuando Lola y yo salimos al rellano, nos encontramos con estos agentes de policía – le tendió la tarjeta a Carlos – que buscaban a Lola para interrogarla sobre una denuncia que había presentado Jack. Nos pidieron ayuda para localizarla. Como me extrañó todo el asunto llamé a Jack – Héctor observó cómo Helena mantenía la mirada baja centrada en sus manos entrelazadas que retorció sin cesar. Le jodía que tuviese que escuchar el contenido de la conversación, pero no podía guardarse nada en el tintero si quería ayudarla – Estaba en el aeropuerto. Discutimos. Me colgó el teléfono cuando lo llamé loco por decirme que Helena le había pasado información a Harry sobre la seguridad del partido, que lo tenía grabado y que probablemente ellos dos tuviesen un lío, insinuando que en esos momentos estarían juntos.

Para Helena, el silencio que se instaló en la mesa cuando Héctor terminó

su relato, no fue tan impresionante como el hielo que se fue extendiendo lentamente por su cuerpo, al ir tomando conciencia de que si bien Jack la acusaba de traición, era ella la traicionada por él al dudar de su fidelidad. Se preguntaba si todo lo vivido en el breve pero intenso tiempo que estuvieron juntos era una mentira. Si ambos habían llegado intimar de verdad, si él era capaz de pensar que Helena podía jugar a dos bandas es que no la conocía en absoluto. El corazón se le rompía a cada momento un poquito más al ser consciente de que Jack no le había dado la oportunidad de explicarse, de averiguar juntos qué era lo que había pasado. Ahora, con el relato de los hechos fresco, le daba la sensación de que Jack estaba predispuesto a que ella le traicionase, que no había dudado ni un minuto en que tenía que haber otra explicación para la desaparición de los documentos. Rememoró todas y cada una de las mentiras de Jack, cuándo le había prometido que la sostendría, que no tuviese miedo al enamorase, que juntos harían las cosas bien. Recordó sus te quiero, ahora le sonaban falsos. En cuanto a las imágenes condenatorias, ella sabía perfectamente que no se había besado con Harry, recordó entonces las palabras que éste le había susurrado al oído y se estremeció “Este es el principio de tu final” o algo similar. Entonces como si una luz blanca reveladora se abriese paso entre sus emociones confusas lo comprendió todo. Iba a explicarse cuando Carlos llamó su atención.

- A ver Helena, escúchame con atención. Ahora voy a hacerte unas preguntas, algunas te molestarán pero créeme si te digo que necesito hacerlas.

Helena asintió. La maraña se iba deshaciendo poco a poco. Necesitaba la ayuda de Carlos para canalizar la idea que se perfilaba en su mente.

- Vale. Empecemos. Asumo que en algún momento en la historia que me cuentas comenzaste una relación con Jack – al ver que Helena asentía prosiguió - ¿hasta dónde llegó esa relación?

A Helena le extrañó la pregunta, Carlos debió de entenderlo así porque se apresuró a aclarar.

- Necesito saber el grado de intimidad, de confianza que había entre vosotros, para poder utilizarlo en tu defensa si es que alguien intenta utilizarlo en tu contra. ¿Lo entiendes?

Helena negó. No entendía a qué venía al caso pero decidió confiar en Carlos.

- No lo entiendo, no veo la relación, pero Héctor confía en ti. Necesito tu ayuda y no tengo la cabeza clara como para preguntar más porqués, así que te diré que teníamos una relación completa, sentimental y físicamente hablando –

enrojeció al expresarlo de esa manera – Jack quería que viviésemos juntos, de hecho, gran parte de mi ropa y alguna de mis cosas están en su casa. ¿Conoces a Anne, la hermana de Jack?

Carlos asintió algo sorprendido de que su amigo estuviese pensando en vivir en pareja.

- Bueno... pues Anne necesitaba convivir con un adulto durante un tiempo para completar un proyecto integrador. Yo me ofrecí, a mí y a mi apartamento. Empezaríamos en dos o tres de semanas. Lucía y Henry estuvieron de acuerdo. Jack también, por supuesto, pero insistió en que, hasta ese momento, me mudase a su casa para poder pasar el máximo tiempo juntos antes de que Anne viniese a vivir aquí. Tras el proyecto quería que la mudanza fuese definitiva.

Helena miró angustiada a Héctor.

- Mis cosas..., las necesito..., ni lo pensé... no tengo llave. Jack me ordenó que se la devolviese...

- Tranquila preciosa... iremos a buscarlas después. Tengo una copia de la llave.

Helena se horrorizó y rompió a llorar.

- No... no....Yo no puedo ir... Jack dijo que no me acercase a él ni a su familia. Que no me quería... Si se enterase...

Héctor apretó la mandíbula. Se le estaban acabando los insultos para calificar la actitud de Jack.

- Iré, solo. No te preocupes por eso.

En ese instante Carlos estuvo de acuerdo con Héctor. Helena era inocente. Él también estaba al tanto de la prueba de Jack, él mismo se lo había explicado cuando Carlos le preguntó por el motivo para dejar de ver a un antiguo ligue. Si Helena la había superado, pasando el filtro de Jack, de Henry, de Lucía y de la propia Anne, era hartamente difícil que se hubiesen equivocado tanto con ella, que ninguno detectase la personalidad maquinadora que le presuponían al considerarla capaz de traicionar a Jack. Carlos había tratado con cientos de testigos, era capaz de discernir cuando alguno ocultaba algo. No era el caso de Helena. Era transparente como el cristal. Era dulce y considerada y tenía buen corazón. Prosiguió con las preguntas.

- Helena, vamos a ver si lo he entendido todo bien. ¿Archivaste tú esos documentos que faltan? Y, en el caso de ser así, ¿quién tiene acceso al archivo?

Helena estaba esperando esta pregunta. Se tomó unos minutos para recordar lo sucedido en la mañana de la reunión, el momento de la llegada a

la oficina, el desmayo de Rebeca, el olvido por parte de Jimena de los menús de la cena de la fundación, las palabras que Harry había susurrado a su oído. Sabía por Jack que algo sucedía con Harry, algo más que el encontronazo que había tenido con ella, tenía clara la distancia que él había puesto con Jimena y la actitud tirante con la que Rebeca la trataba a diario. Todos esos detalles por separado la distraían, carecían de importancia, sin embargo, si los unía ahí podía haber una historia que, si bien parecía cogida con pinzas, encajaba con su verdad. Con la verdad de lo sucedido. Lo que ella desconocía eran los motivos, las intenciones ocultas que movían los actos de estas personas. Levantó la mirada antes de anunciar a sus oyentes lo que se le estaba pasando por la cabeza. Puede que la tomaran por loca, pero loca o no, era ella la que tenía a la policía buscándola para interrogarla, así que más le valía no dejarse ni una coma de su verdad en el tintero.

- Creo que tengo una teoría sobre lo sucedido.

- ¿Una teoría? – Carlos bufó – Helena, las teorías no van a sacarte del atolladero en el que estás metida. Por favor, cíñete a los hechos. Luego ya indagaremos sobre ellos.

Helena suspiró resignada, se serenó y el coraje se asomó a sus ojos. Muy bien, pensó, ahí van los hechos. Controlando la voz todo lo que podía procedió a relatarlos con su mente analítica a pleno rendimiento.

- Los hechos son los siguientes – levantó un dedo para comenzar a enumerar – Uno: Inés y Jack acordaron que yo fuese a la reunión para adquirir más conocimientos en la materia. La reunión transcurrió con normalidad. Dos: Al volver de la reunión Jack me ordenó archivar inmediatamente la documentación porque no la quería rodando por la empresa. Cosa que yo no hice inmediatamente porque... Tres: Cuando entramos en las oficinas de dirección allí estaban Inés, Rebeca y Jimena. Jack fue al despacho de su padre para informarlo. Jimena estaba allí para una reunión con Jack por la cena anual de la Fundación. Inesperadamente Rebeca se desmayó y corrí a auxiliarla, la llevé a tomar un café a la sala de personal porque la muy tonta no había desayunado, pero antes archivé la documentación que había dejado una mesa. Cuatro: Acompañé a Rebeca hasta que se recuperó y al volver, Jimena ya no estaba. Cinco: Al rato recibí una llamada de Jimena diciéndome que se había olvidado los menús en una de las sillas de la oficina, que Harry estaba abajo y subía a por ellos. Yo no le dejé. Jack no quería a Harry allí y me ofrecí a bajárselos. Seis: Salí de la empresa y allí estaba Harry, se acercó a mí – le tembló la voz al recordarlo – mucho, a mi mejilla... me habló al oído,



muy cerca y, literalmente, me dijo “este es el principio de tu fin”.

Helena observó los rostros atónitos de sus amigos, comprobó que la cabeza de Héctor estaba atando rápidamente todos los cabos sueltos, al igual que lo había hecho ella con anterioridad. Carlos la miraba fijamente.

- Estos son los hechos. Esta es mi verdad. No tengo nada que esconder.

- Hostia puta – bramó Héctor.

Carlos y Lola lo miraron atónitos. A ambos les faltaban datos. A Carlos sobre todo, que sabía que no podía demorar mucho tiempo más la llamada a aquellos inspectores.

- ¿Podéis explicarnos lo que nosotros no vemos? – les preguntó molesto – tengo una defensa que organizar.

Helena lo miró y habló con franqueza.

- Ya tienes los hechos. Mi teoría, basada en lo sucedido, es que Harry y Jimena organizaron esta charada para apartarme de Jack. Harry provocó una situación muy desagradable cuando intuyó mi relación con Jack, y eso que aún no había sucedido nada entre nosotros. Me insultó e insinuó que Jack y Jimena estaban prometidos. Jack se enfureció, con Harry principalmente, le prohibió la entrada en la empresa, y no estoy segura, pero creo que comenzó a investigarlo. Con Jimena no fue tan duro, aunque también le dejó claro que estábamos juntos. Ella pareció aceptarlo sin problemas, sin embargo, estoy convencida de que, de algún modo, aprovechó el desmayo de Rebeca, que ahora creo fingido, para intercambiar los papeles cuando Inés y yo la auxiliamos.

- Entonces, en el supuesto de que esa teoría sea cierta, y tiene sentido... - reflexionó Carlos.

- Todo el sentido del mundo – se apresuró a apuntar Héctor – Jack me puso al día de esa historia. Intentaban atraparlo con un matrimonio, pensamos que Harry está endeudado y esa era la manera de salir de su situación. Sabe que los Anderson nunca lo dejarían caer si entraban a formar parte de la familia.

Carlos se levantó y cogió su teléfono móvil.

- Bien, pues voy a hacer ya la llamada a los inspectores. Entiendo que Inés puede respaldarte ¿no?

Helena se apresuró a responder.

- Sí. Inés estaba al corriente de las circunstancias. Yo tenía miedo de que mi relación con Jack la molestase pero lo hablamos y confío en ella. Ahora está en su pueblo, su hermano tuvo un accidente y ha ido a ayudarle. Sin embargo, cuando intenté explicarle la situación a Jack me dijo que nadie

corroboraba mi versión... no sé qué decirte.

- Imagino que la policía ya ha hablado con ella. Vamos a ver qué puedo averiguar cuando te interroguen. Creo que conozco a uno de estos inspectores de algún caso anterior. ¿Estás preparada para ir a verlos o para que vengan aquí?

Helena asintió con firmeza.

- Lo que quieran..., no tengo nada que ocultar, nada que perder, lo único que me importaba de verdad lo he perdido ya.

Todos vieron cómo Héctor se levantaba y brazos en jarras empezaba a maldecir a diestro y siniestro paseándose por el minúsculo salón. De pronto se paró y, se acercó a Helena, la obligó a levantarse y la estrechó con fuerza contra su pecho al tiempo que le decía con absoluta confianza.

- Cariño... espero que cuando Jack venga arrastrándose no se lo pongas fácil... ¡Pobre cabrón!... Va a tener que disculparse a base de bien para que le perdones... ¡Qué estúpido por su parte caer en la trampa!...

Al oír sus palabras Helena vio refrendada su teoría, comprendió que Héctor, quien mejor conocía a Jack había llegado a la misma conclusión que ella. Sólo se equivocaba en una cosa. Jack no se arrastraría para pedirle disculpas. Ella no había sido tan importante para él como Jack lo había sido, lo era y mucho se temía lo iba a seguir siendo para ella. Simplemente no podía quererla y, al mismo tiempo, pensar que era capaz de semejante traición. Ahora sabía que su amor no había sido verdadero. Su príncipe azul de cuento había resultado eso, de cuento, irreal, una fantasía. Ahora que Héctor estaba de su lado se obligó a ser fuerte, tenía que coger de nuevo las riendas de su vida, ahogar esa pena que la consumía, tendría que encontrar un trabajo nuevo, para ya, quería hacerse cargo de la minuta de Carlos, no quería dejar su vida en manos de nadie más. De ahora en adelante sacaría fuerzas de su cerebro, aparcaría su corazón, sólo lo dejaría salir por las noches, en la soledad lloraría por su pérdida, por el día tendría que volver a ser la mujer que había sido antes de Jack, una mujer sola. Se obligó a sacar a Héctor de su error para que todo quedase claro. Con un nudo en la garganta y con lágrimas rodando por sus mejillas por lo que no había podido ser se separó del abrazo de Héctor. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y le explicó.

- No. – Negó categórica – Eso no va a suceder. Jack no se disculpará. Para él la empresa es lo primero. Anne es lo primero. Yo... simplemente fui otra historia más...

- Estás equivocada. – Héctor la agarró por los hombros – Eres mucho más

para él. Me lo confesó.

Helena se negó a escucharlo.

- No. Si lo hubiese sido, si me hubiese visto de verdad, sabría que yo no soy capaz de traicionarlo.

Helena levantó una mano para acallar la réplica de Héctor.

- Jack no está aquí, ¿verdad?, no sabe dónde he pasado la noche, no le importa, yo no le importo y a mí no puede importarme él, ¿lo entiendes?, me enfrento a una acusación grave, sólo quiero salir de esta, limpiar mi nombre y para eso no puedo llorar todo el día pensando en lo que no pudo ser. Voy a hacerme cargo de mi defensa, voy a pagar yo la minuta de Carlos, necesito un trabajo para ya, voy a abusar de vuestro apoyo para preguntaros si sabéis de alguien que pueda contratarme, lo que sea, hostelería, limpieza... me da igual. Tengo que empezar de cero.

Se volvió para mirarlos a todos. Los tres vieron su mirada suplicante. El tema de Jack quedaba aparcado por el momento. Carlos fue el primero en hablar ya que comprendía lo que Helena necesitaba en ese momento, Héctor sólo quería cuidarla, mimarla y protegerla para Jack, hasta que él volviese para hacerse cargo de ella. Era su naturaleza de protector la que le obligaba a actuar así. Al ser el mayor de cinco hermanas Carlos entendía a Helena, no quería que la cuidasen para Jack, quería cuidarse ella misma, superar este revés. Lo que tenía claro era que no iba a superar lo de Jack tan fácilmente. Carlos tenía en su mano cuidarla también para Jack, pero de otro modo más sutil que Héctor, luego el tiempo diría lo que iba a suceder. Le hizo un gesto a Héctor en el que le daba a entender que él se encargaba.

- Bueno..., mis servicios no son baratos..., llevo un tiempo pensando en contratar una secretaria, el volumen de casos que llevo lo justifica. Si encajabas en el puesto para Jack, no dudo que llevar los papeles de mi despacho te resultará más sencillo. Te descontaría de tu sueldo un porcentaje mensual para liquidar la minuta, así te resultaría más cómodo pagarla.

Los tres aguardaron en silencio la respuesta de Helena. No tenía que pensárselo mucho. Le tendió la mano con una sonrisa temblorosa.

- Acepto, abogado. Tenemos un trato. Haz esa llamada.

\*\*\* \*\*  
—

## CAPITULO 14

*“Todo es difícil antes de ser fácil”*

*Goethe*

Finalmente, los inspectores Hernández y Ferreras optaron por interrogar a Helena en su propio apartamento. Héctor y Lola decidieron ir a recoger sus cosas a casa de Jack para no entorpecer la visita. Helena se cambió de ropa. Se puso un sencillo vestido negro, una chaqueta de punto gris y se calzó unas cómodas bailarinas. Decidió no maquillarse, no sabía si podría contener las lágrimas, y, aunque estaba decidida a no llorar más delante de nadie, no quería prestar declaración con la cara llena de churretones por habersele corrido la máscara de pestañas. Carlos estaba aprovechando ese tiempo para organizar las ideas y las preguntas que le quería plantear a los inspectores. Cuando la vio salir de la habitación comprobó que estaba transformada, no sólo se había cambiado de ropa, también parecía decidida a tomar las riendas de la situación. Carlos suponía que no era más que una pose, pero era de agradecer que prestase declaración siendo dueña de sus emociones, eso daría coherencia a su relato. Iba a halagarla cuando llamaron a la puerta. Helena se estremeció y lo miró, se le cayó la máscara. Carlos se acercó y la abrazó ligeramente.

- Quiero a la Helena que acaba de salir por la puerta con las riendas en la mano. No te desboques ahora, por favor. Todo va a salir bien.

Helena no pudo más que asentir a pesar de que tenía el estómago encogido por los nervios, respiró hondo varias veces mientras veía a Carlos recibir a los inspectores.

Los inspectores Hernández y Ferreras eran una versión policial del gordo y el flaco, ambos pasaban de largo la cincuentena, se movían como si fuesen una única persona y mostraban un gesto severo pero amable al mismo tiempo. Los dos se acercaron a ella con Carlos acompañándolos, fue él quien se ocupó de hacer las presentaciones oportunas y de conducirlos de nuevo a la barra para sentarse y mantener la segunda reunión del día. El inspector Ferreras decidió quedarse de pie, tras analizar y arquear una ceja ante el asiento que le proponían, Helena dudaba seriamente de que su taburete fuese a soportar el peso de su trasero y suponía que el pobre hombre no quería que su profesionalidad quedase en entredicho con una cómica caída. Mientras tanto, el inspector Hernández y Carlos rompían el hielo recordando un antiguo caso de robo en el que ambos habían coincidido. Finalmente, Carlos decidió abordar la cuestión que les ocupaba.

- Bien, inspectores, como letrado de la señora Ramos, he tenido noticias

de que deseaban interrogarla sobre unos hechos de los que parece que alguien la acusa. ¿Serían tan amables de aclararnos lo que desean de mi clienta y en calidad de qué desean interrogarla?

- El inspector Ferreras y yo, estamos investigando los incidentes acaecidos en el partido de ayer, supongo que están al corriente de los mismos. Afortunadamente no hay heridos graves, sólo un muchacho levemente contusionado. Sin embargo, tanto los clubs como la empresa de seguridad privada Anderson & Asociados, en la que al parecer, la señora Ramos trabaja, creen que los incidentes son debidos a un fallo de seguridad. Parece ser que alguien ajeno a la empresa ha tenido acceso a los datos de los trabajadores contratados exprofeso para el partido y han conseguido sobornar a uno de ellos, ya identificado, pero no localizado, para introducir bengalas en el estadio para que otros dos individuos, ya detenidos, las lanzasen al campo. Son dos delincuentes de poca monta, con problemas de distintas adicciones, lo único que dicen es que un tipo que no pueden identificar se les acercó hace dos noches y les ofreció las entradas y cien euros por tirar las bengalas. La empresa de seguridad nos ha facilitado toda la documentación incluyendo un video de la cámara de seguridad en el que se ve a la señora Ramos haciendo entrega de un dossier al señor Brown. Sostienen que en ese dossier iba la documentación en cuestión ya que ella era la encargada de custodiarla y archivarla. El señor Brown está desaparecido, su hermana sostiene que no sabe dónde encontrarlo, sin embargo, tenemos sospechas fundadas por informaciones que no puedo revelarles en estos momentos, de que él puede estar detrás de todo esto, lo que nos lleva a interrogar a la señora Ramos para conocer su versión de los hechos y su posible implicación en los mismos.

- Aunque, de momento, no se la acusa de nada – se apresuró a aclarar el inspector Ferreras.

- Exacto. – Confirmó su compañero Hernández – ¿Puede usted relatarnos lo que sabe al respecto?

Helena miró a Carlos aguardando sus indicaciones. Carlos asintió, pero antes la advirtió.

- De momento, sólo los hechos. Desde que conociste a Jack. Tal y como lo has contado antes. Las hipótesis sobran.

Helena apoyó ambas manos sobre la barra para transmitir una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir y procedió a repetirles a los inspectores la historia que había contado hacía apenas un par de horas. Ambos no la interrumpieron en ningún momento, tampoco tomaron notas ya que, a

diferencia de Carlos, ellos sí estaban grabando su declaración. Al finalizar procedieron a hacerle varias preguntas. En este caso fue el inspector Ferreras el que las formuló.

- Hablaron ustedes antes de una hipótesis sobre lo sucedido, ¿podemos conocerla y saber en qué se basan para formularla?

Helena volvió a pedir el consentimiento de Carlos. Éste advirtió a los inspectores.

- Siempre y cuando tengan ustedes en cuenta que se trata de una hipótesis, que no acusamos a nadie y que nuestra intención es ayudar en la investigación de los hechos lo máximo posible, no veo inconveniente en que la señora Ramos le cuente sus sospechas.

El inspector Hernández asintió y procedió a apagar la grabadora.

- Como muestra de buena fe, esto quedará por ahora entre ustedes y nosotros. Cuando quiera señora Ramos... agradeceríamos cualquier opinión sobre los hechos que usted tenga y que pueda arrojar luz sobre lo sucedido.

Helena procedió de nuevo a relatar las conclusiones a las que había llegado, al igual que había hecho antes. Una vez finalizó su exposición se relajó. No había sido tan malo como pensaba. Ambos hombres eran amables y educados. Aguardó a su respuesta.

- Entendemos su razonamiento, señora Ramos, lo tendremos en cuenta en nuestra investigación – agradeció el inspector Hernández.

El inspector Ferreras clavó su mirada en ella.

- Sin embargo, en vista de que está usted dispuesta a colaborar con nosotros y a no entorpecer la investigación, nos gustaría tener acceso a alguno de sus datos personales. Si colabora, nos ahorrará el tener que solicitar órdenes judiciales para conocerlos.

Carlos se apresuró a pedir explicaciones.

- ¿Qué clase de información?

- Querriamos acceso a su historial bancario del último año. Al correo electrónico de su clienta y si fuese posible llevarnos su ordenador personal. Además de todo eso necesitaríamos las facturas de móvil de algunos meses atrás.

Carlos miró a Helena meditando si acceder o no a la petición, si accedían ganarían puntos con los inspectores, e incluso podrían mantenerse informados de los avances de la investigación, por otro lado, no tenía dudas de que el juez correspondiente autorizaría el acceso a toda la información que la policía solicitase, sobre todo, estando implicadas dos instituciones tan poderosas

como los dos principales clubs de fútbol de la ciudad. Finalmente le explicó.

- Helena, mi consejo legal, es que accedas a las peticiones de los inspectores. No tenemos dudas de tu inocencia, y eso ayudaría a acelerar la resolución del caso. Si tienes acceso on-line a tus cuentas, te aconsejo saques ahora un extracto con los movimientos del último año. Además, creo conveniente que les entregues las claves de tus cuentas de correo electrónico y que se lleven el ordenador.

Helena asintió. Confiaba ciegamente en Carlos.

- De acuerdo. Me pongo con ello.

Se dirigió a la mesita dónde estaba su portátil y procedió a imprimir la información solicitada. Mientras tanto escuchó a Carlos hablar con los inspectores.

- Inspectores, del mismo modo, quiero que tengan en cuenta que mi clienta no ha puesto ningún impedimento en colaborar con ustedes en la investigación. Es inocente de los hechos que la acusan. Es víctima de una trama que pretende causar un daño económico a Jack Anderson, lamentablemente, el modo que han encontrado para hacerlo es su reciente relación sentimental con la señora Ramos. Es por ello que agradecería enormemente si pudiesen mantenerme al tanto de las novedades que surjan a raíz del análisis de la documentación que les estamos aportando de buena fe.

Ambos inspectores se miraron, asintieron tácitamente sin comprometerse verbalmente a ello. No podían hacerlo de otro modo. Cuando Helena les entregó su portátil junto con el extracto bancario, las facturas del móvil y todas las claves de acceso, ellos procedieron a extenderle un recibí por todo lo aportado indicándole que se lo devolverían a la mayor brevedad posible. Los dos inspectores le estrecharon la mano con gesto paternalista agradeciéndole su colaboración. Carlos los acompañó a la puerta, salió con ellos al rellano y entornó la puerta, no quería que Helena oyese lo que iba a comentar con los inspectores.

- Bueno... inspectores, yo no soy tonto y ustedes tampoco. La historia de mi cliente es fiable al cien por cien. Es inocente. Si Jack Anderson no estuviese perdidamente enamorado de esta mujer, tanto, que sólo el hecho de imaginar su traición lo ha vuelto ciego a la realidad, sería él el que estaría aquí cuidando de ella y no acusándola de tamaña barbaridad.

- Abogado... - le respondió el inspector Ferreras – nosotros nos limitamos a recopilar hechos y declaraciones para luego conformar la verdad.

- Ya... ya... ya... conozco el protocolo y bla bla bla.... pero díganme,

¿qué más necesitan para certificar la inocencia de esta mujer?

Carlos observó cómo ambos inspectores se comunicaban con la mirada. Sin duda llevaban años trabajando juntos en cientos de casos, sabía que las altas esferas del cuerpo estarían presionándolos para identificar a los culpables lo antes posible y había percibido que ambos daban credibilidad al testimonio de Helena. Decidió presionar un poco más.

- Vamos... ustedes necesitan acabar con esto cuanto antes, yo puedo ayudarles, conozco muy bien a Jack Anderson, somos amigos. Hoy por mí mañana por ustedes...

Fue el inspector Hernández el que habló.

- Letrado... le conozco, voy a confiar en usted porque este asunto ha puesto nervioso a los jefes. A priori la historia de la señora Ramos, es creíble, tiene sentido y me inclino a pensar que la están acusando injustamente, sin embargo, se trata de su compañera, Inés, no hemos podido localizarla. No está en el pueblo, al parecer ha salido de viaje con su hermano, estamos intentando localizar su paradero porque no han dejado recado a los vecinos. Su testimonio es el único que puede exonerar a su clienta, ya que las versiones sobre lo sucedido de las otras dos mujeres presentes aquella mañana no coinciden con la de su clienta.

- Lamentablemente – prosiguió el inspector Ferreras – los compañeros de la comisaría correspondiente, han solicitado ayuda a la Guardia Civil del pueblo más cercano, ya que una epidemia de gastroenteritis tiene a la mitad de los efectivos de baja. Bajas que, con los recortes, no se cubren.

Carlos puso su mente a trabajar a toda velocidad.

- Entiendo. ¿Cuánto tiempo van a concederles para que le respondan?

El inspector Hernández tuvo la decencia de sonrojarse antes de admitir la realidad.

- No más de quince días.

Carlos les sonrió con socarronería, se lo habían puesto en bandeja.

- Demasiado tiempo para nosotros. Si en una semana desde hoy no hay respuesta, nosotros contrataremos un detective que localice a Inés. Todo ello... - agitó una mano con displicencia – contando con su beneplácito.

Las cartas estaban sobre la mesa. Ambos inspectores volvieron a mirarse y reconocieron que la ayuda del abogado les venía de perlas.

- Lo tiene abogado, si en una semana no tiene noticias nuestras, puede poner a su hombre en marcha, siempre y cuando nos avise – advirtió el inspector Hernández.



- Por supuesto. Así se hará.

Se estrecharon las manos al despedirse. Antes de entrar de nuevo en el apartamento Carlos ya estaba llamando a Tomás.

- Abogado... ¡Qué sorpresa! ¿Qué puedo hacer por ti?

- Necesito que localices a la secretaria de Jack, Inés, se ha ido a su pueblo a visitar a su hermano y parece ser que han emprendido un viaje. No sé el destino. Necesito hablar con ella antes de una semana.

- Bueno... Carlos..., imagino que es por el tema del partido. ¿Cómo es que no me llama Jack?

- En este caso Jack no es mi cliente, es Helena.

- Comprendo... el caso es que no voy a poder ayudarte, estoy investigando algo para Jack... puede ser que haya algún conflicto si te ayudo a ti.

- Escucha Tomás, ayudándome a mí ayudas a Jack. Créeme amigo, te deberá la vida. Confía en mí. Tú sólo localiza a Inés, del resto me encargo yo.

- Joder tío...voy a hacerlo... porque creo que algo raro ha pasado con todo este asunto y porque es Inés ¿vale? Es una buena mujer y no me hace gracia que nadie sepa dónde está. Eso sí. Serás el primero en saberlo, pero el segundo será Jack. Es así o no hay trato.

- Joder... mierda... va... Ok tío, con tal de que pueda hablar con ella cuanto antes. Espero tu llamada. No importa la hora. Prioridad total.

Carlos colgó justo cuando Héctor y Lola volvían con las pertenencias que Helena había dejado en casa de Jack. Ya era mediodía y decidieron ir a comer a una tappería cercana. Carlos los puso al corriente de la declaración de Helena omitiendo el tema de la búsqueda de Inés por dos motivos, era un pacto secreto con los inspectores y no quería que Helena supiese que si Inés declaraba de acuerdo con el testimonio prestado por Jimena y Rebeca tendría muy difícil demostrar su inocencia. Tal hecho le parecía altamente improbable, pero no quería dar cosas por sentadas. Al finalizar la comida, nadie quería dejar a Helena sola en casa.

- De verdad, chicos... estaré bien. Voy a colocar mis cosas..., voy a intentar dormir algo... gracias por todo lo que habéis hecho. Seguro que todos tenéis planes, por favor, no los cambies por mí.

Los tres se miraron indecisos, Helena parecía bastante entera pero no los convencía al cien por cien. Lola se propuso pasar la tarde con ella.

- Sabes que los lunes es el día que cierro la pelu. Tengo toda la tarde para estar contigo.

- Pues por eso, es tu día libre. Bastante has hecho ya... Héctor por favor...

llévala al cine o de compras... o algo... no puedo consentir que pase todo el día dedicada a mí, mañana es otro día y necesito tomar las riendas de mi vida. Mañana cada uno tendréis vuestras ocupaciones y yo no puedo hacer otra cosa que esperar a que esto se resuelva.

Héctor la miró inseguro y de nuevo fue Carlos el que resolvió el dilema.

- Estoy de acuerdo con Helena. Tiene que empezar de nuevo cuanto antes. Sé que esta semana no tendremos nuevas noticias de los inspectores. Así que, si te encuentras con fuerzas creo que lo mejor es que empieces a trabajar mañana, tendrás la cabeza ocupada. Si te parece esta tarde vienes al despacho y te pongo al corriente del puesto.

Helena sabía que esa era la mejor decisión, sin embargo, sólo quería irse a casa para una sesión de una buena llorera. Estaba haciendo el papel de su vida intentando aguantar el tipo delante de los tres porque no quería condicionar sus vidas con su problema. Si les decía que se iba para casa, Lola no la dejaría sola ni un minuto, así que se obligó a contestar con una sonrisa.

- Me parece bien Carlos, si tengo la cabeza ocupada los días pasarán más rápido.

Lola la miró con desconfianza, se acercó a ella y tomándola del brazo se dirigió a los chicos.

- Perdonadnos un minuto.

Y la separó unos metros de ambos hombres.

- ¿Estás segura?... Es muy pronto, Helena... no me creo que estés bien. No es necesario que te pongas a trabajar ya, en cuanto Jack sepa la verdad, todo volverá a ser como antes.

Helena la miró, midió sus palabras, porque por un lado estaba desolada, con el corazón roto y por el otro estaba enfadada porque veía que Héctor y Lola sólo querían protegerla a la espera de que Jack reaccionase y admitiese su error, y ella no sabía si algún día podría volver a mirar a Jack a la cara. Por su cordura y para proteger su corazón, necesitaba levantar unas barreras bien altas.

- Lola, no estoy bien. No te voy a engañar. Estoy enamorada de Jack, pero... Jack no es Jack, es decir, no es el hombre que imaginé, no es el hombre que prometió cuidarme y que prometió momentos especiales. Jack es el hombre que no me ha dado el beneficio de la duda, él piensa que yo le traicioné, pero la traicionada soy yo, me puse en sus manos y aquí estoy... rota – le tembló la voz y se frotó los ojos para evitar que las lágrimas se desbordasen de nuevo – tengo que ser yo la que me recomponga, sola,

vosotros queréis cuidarme para cuando él vuelva. Estáis seguros de que volverá a por mí, yo no lo creo, puede que tengáis razón pero yo ya no seré la misma. No puedo dejar de quererlo así, de un día para otro, pero no puedo sentarme a esperar a que vuelva, por dos motivos, el primero porque creo que no va a volver a mí y el segundo porque no sé lo que mi cabeza o mi corazón me exigirán en ese momento. Carlos me ofrece una buena alternativa, un buen trabajo que me ayudará a sobrellevar todo esto.

- Carlos también es amigo de Jack, Helena, me lo ha contado Héctor cuando fuimos a por tus cosas. También quiere protegerte.

- Lo imaginaba, sin embargo, a él creo que puedo tratarlo de igual a igual, sin embargo a Héctor no. Es un macho alfa – sonrió a su amiga – si por él fuera nos metería a las dos en una torre, a mí hasta que venga Jack y a ti porque lo tienes loco.

- Helena, no hay mucho entre nosotros todavía...

- Te equivocas Lola, si algo bueno ha salido de todo esto, es que Héctor ha aparecido para ti. Es perfecto. Me alegro mucho por ti.

- Vale Helena... acepto pulpo como animal de compañía... pero no te vamos a quitar los ojos de encima. No nos apartaremos de ti – la advirtió Lola.

- Tampoco quiero que lo hagáis, os necesito a mi lado.

Ambas amigas se abrazaron ante la atenta mirada de los dos hombres, que también habían intercambiado impresiones.

- Ni un pelo Carlos..., ni un pelo... te lo advierto... - amenazó Héctor con seriedad.

- No me jodas... tío... tengo claro que Helena es para Jack, pero puedo ser su amigo, creo que confía en mí. A ti te ve como un macho protector, es tu papel. Yo voy a ser su jefe, la verdad es que estaba pensando en contratar a alguien para la oficina y ella me encaja. Puedes estar tranquilo, hay feeling entre nosotros, pero no “ese” feeling que tú estás pensando. Por cierto, ¿qué pasa con Lola?

- ¿Por qué preguntas?

- Macho... se asustó cuando le besé la mano.

- Pues con Lola pasa un hijo de puta, Carlos, un hijo de puta de un exmarido que como me lo vuelva a encontrar....

Carlos levantó las manos indicándole a Héctor que no siguiese hablando y bromeó con él para rebajar la tensión.

- Che Che Che... no me digas nada más, que si luego tengo que ir a sacarte

de comisaría no quiero ser cómplice de lo que hagas.

Héctor se echó a reír y le tendió la mano a su amigo que se la estrechó con fuerza.

- Cuídala colega... estamos en contacto.

- Oye Héctor, sólo una cosa más, ni una palabra a Jack si hablas con él. No quiero que sepa nada de Helena hasta que ella esté fuera de todo esto.

Héctor asintió. Le jodía ocultarle cosas a Jack, pero tal y como éste había reaccionado no le quedarían más huevos que entenderlos a los dos. Al fin y al cabo, se estaban ocupando de su mujer.

Tras despedirse, Helena acompañó a Carlos hasta su despacho, hicieron el trayecto en un Audi Q5. Helena arqueó las cejas al ver dos sillitas de bebé en los asientos traseros.

- Sobrinos – aclaró Carlos – gemelos. Once meses. Me tienen loco.

Helena sonrió ante el gesto dulce de la cara de Carlos.

- Pensé que eras papá.

- Algún día... pero aún no he encontrado a la mamá adecuada... ¿no tendrás una amiga como Lola escondida por ahí? Así ya estaríamos los tres calaveras emparejados.

Helena no pudo evitar un escalofrío ni que su barbilla temblase un poco. Carlos se maldijo por su torpeza y le cogió una mano.

- Lo siento Helena, no era mi intención.

- No pasa nada – hizo un gesto con la mano como quitándole importancia – sólo estoy dolida.

- Estás enamorada de Jack, Helena. Estás rota de dolor por que él no ha sabido mirar bien en ti. Aunque ahora no lo veas, sé que acabaréis juntos de nuevo. Conozco a Jack, volverá a por ti.

- No lo creo Carlos...

- Lo hará, y mientras esperamos a que eso suceda... vamos a trabajar mucho, vamos a hacernos buenos amigos... y vas a buscar a una Lola para mí ¿Hay trato?

Helena sonrió alegrándose de haber aceptado la propuesta de Carlos.

- Hay trato.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 15

*“Es una locura odiar a todas las rosas porque una te pinchó. Renunciar a todos tus sueños porque uno no se realizó”*

### *El principito*

Helena superó su primera semana en el despacho de Carlos con éxito, se hizo con el trabajo rápidamente, tenía que registrar tantos documentos en el ordenador, organizar todo en el archivo, contestar al teléfono y recibir a las visitas que la jornada laboral se le hacía corta. Todas las mañanas Carlos acudía a recogerla en coche a su apartamento y todas las tardes la llevaba de vuelta a casa. Durante el recorrido había dos momentos de tensión en los que a Helena le daba un vuelco el estómago, para llegar al despacho del abogado situado en un edificio de multioficinas tenían que pasar por delante del edificio de Anderson & Asociados. Carlos siempre la reconfortaba sosteniéndole la mano con un ligero apretón, todos los días le aseguraba que al día siguiente cambiarían de ruta y todos los días Helena se negaba diciéndole que necesitaba enfrentarse a sus pánicos, no huir de ellos. La oficina era grande, y estaba decorada con armonía. Al entrar un suelo de tarima gris claro ocupaba la zona de recepción, donde se encontraba la sala de espera y la mesa de Helena, de cristal y acero con una cómoda silla de oficina de piel de color blanco. Los sofás dónde debían de esperar los clientes eran mullidos y de un color gris oscuro. El despacho de Carlos seguía la misma línea decorativa que la recepción, allí había una pared llena de libros de jurisprudencia y un archivo para la documentación. Completaban el despacho un aseo y un pequeño office equipado con una diminuta nevera y un microondas que también contaba con una barra con dos taburetes para poder comer allí. Se trataba de un espacio muy acogedor que transmitía profesionalidad y eficiencia. A Helena le costó muy poco adaptarse al ambiente del despacho, le gustaba observar a los clientes acomodados en los cómodos sofás mientras ojeaban una revista a la espera de ser atendidos por Carlos. El abogado resultó ser un gran profesional en su trabajo y un alegre compañero para la hora del café, casi siempre comía con algún cliente y Helena se llevaba su tupper a la oficina, prefería comer en el office leyendo alguna novela en su Kindle a bajar a la cafetería del edificio. No estaba preparada para hacer vida social. No le interesaba conocer a nadie, tampoco ser conocida para tener que intercambiar comentarios triviales sobre el tiempo o las noticias. Helena sabía que estaba sobreviviendo a base de relegar al fondo de su mente la investigación policial de la que no tenían noticias nuevas y de esconder su

anhelo por Jack las horas que estaba en el despacho. Había bajado de peso. El desayuno y la comida ligera que llevaba al trabajo eran su sustento porque cuando cerraba la puerta de su apartamento al atardecer, las paredes parecían encogerse, el silencio atronaba en sus oídos y no tenía energía para cenar, sólo tomaba alguna fruta o un yogur. Su esfuerzo por aparentar ser fuerte, por no decaer delante de Carlos o de Lola cuando ésta la visitaba alguna noche, la dejaba agotada. Sólo era capaz de ducharse y meterse en cama cuando apenas daban las diez. Sin embargo no dormía, su cuerpo añoraba a Jack, prácticamente habían dormido juntos todos los días el último mes, le daban las dos o las tres de la mañana recordando las cinco semanas transcurridas desde el día en que se tropezó con él en el vestíbulo de Anderson & Asociados. No conseguía dejar de llorar, lo necesitaba, dormir contra su pecho, inundarse con el aroma a hombre limpio después de la ducha, añoraba sus “pequeña” y sus “preciosa”. Su mente reclamaba descanso, pero su cuerpo se había acostumbrado a hacer el amor con Jack todas las noches para luego relajarse y dormirse en sus brazos. Esos sentimientos de pena se entremezclaban con arrebatos de furia e impotencia por no haber tenido la oportunidad de defenderse ante Jack. Por haberla obligado a una defensa pública, por verse enredada en una trama policial y judicial de manera injusta.

El viernes por la mañana Carlos ya no pudo contenerse más, estaba viendo que Helena se consumía poco a poco, el maquillaje que hábilmente se aplicaba no podía ocultar sus ojeras, le daba la sensación de que había adelgazado algo.

- Helena, tienes que cuidarte un poquito más. Estás agotada.

Helena se tensó y levantó la vista de la pantalla del ordenador.

- Estoy bien.

- No lo estás. Tienes ojeras, creo que has adelgazado, estás tensa.

- Estoy al día en el trabajo, Carlos, no llevo retraso en nada.

Carlos se enfadó. Con los brazos en jarras la reprendió.

- Joder Helena... no estoy hablándote como jefe, ni siquiera como tu abogado, estoy hablándote como amigo. Estás cansada. Estás sufriendo. ¿Duermes?

Helena comprobó que estaba realmente enfadado, No podía lidiar con eso ahora. No quería perder su amistad y su apoyo. Como siempre había hecho se dejó guiar por su corazón y le dijo la verdad.

- Me cuesta un poco dormir. Echo de menos a Jack. Este fin de semana prometo descansar.

Carlos suspiró, no podía enfadarse con ella, era vulnerable por todos los frentes.

- Este fin de semana tengo reunión en nuestra casa familiar en la sierra, mi hermana mediana se va a estudiar a Barcelona y vamos a despedirla, ¿te apetece venir?

Helena sabía que no podría soportar colocarse la máscara todo el fin de semana, ser presentada, sonreír, decir lo adecuado en el momento preciso... No quería ofender a Carlos así que le dijo con suavidad.

- Agradezco tu oferta Carlos, en otro momento me encantaría conocer a tu familia pero, la verdad es que tenía planificada una cura de sueño para este fin de semana... ya sabes, pijama, alguna peli...

Carlos no tenía muy claro si ceder a las primeras de cambio así que le propuso una alternativa.

- Llamaré a Héctor, para que te saque algo, no sé un café o al cine...

- Venga va... Carlos, no sois mis niñeras, por favor... estaré bien. Lo prometo. Sólo necesito descansar.

Carlos entendió en ese momento por qué Jack no podía negarle nada a esos ojos negros suplicantes. Era un cabrón afortunado por tenerla en su vida, pero era un bastardo por hacérselas pasar putas. Si ahora mismo lo tuviese delante dudaba mucho de que pudiese contenerse para no llegar a las manos con él. Decidió claudicar para no perder su confianza.

- De acuerdo. Pero te advierto – levantó el índice para enfatizar su amenaza – de que si la semana que viene no te veo mejor tomaré cartas en el asunto. ¿Hay trato?

Helena sonrió al oír la que se había convertido en su muletilla privada.

- Hay trato.

Lola y Héctor también insistieron en hacerle compañía el fin de semana, sin embargo, con firmeza consiguió mantenerlos a raya instándolos a hacer los planes de pareja que por semana no podían por el trabajo de Lola en la peluquería. Fue un fin de semana extraño, no se quitó el pijama desde el viernes a la noche, notaba el cuerpo raro, lo mismo se quedaba sopa en el sofá a cualquier hora del día que le entraba de repente un apetito voraz por cosas saladas, aceitunas, pepinillos... vació la despensa de ese tipo de provisiones. Se temía que estaba cocinando algún virus. El domingo a la noche se dio un baño de espuma relajante, se cambió el pijama y durmió de un tirón, cuando se despertó se alegró de que el agotamiento la hubiese vencido. Al fin había dormido una noche entera. Tras desayunar, se dedicó a ordenar un poco la

habitación a la espera de la llamada perdida que Carlos le hacía todas las mañanas para que bajase. El teléfono sonó un par de veces, la señal acordada, Helena cogió su bolso y su chaqueta. Ya se disponía a salir, cuando su estómago se rebeló con una arcada y no le quedó más remedio que correr al baño para vomitar todo lo desayunado. Mierda – pensó – puñeteros virus primaverales. Cuando se subió al coche de Carlos su cara debía de ser un poema porque a pesar del maquillaje, el abogado se percató de que no se encontraba bien.

- Buenos días, Helena. Tienes mala cara ¿te encuentras bien?

- Buenos días, abogado – así le llamaba para bromear con él – acabo de vomitar el desayuno. Igual estoy pillando un virus.

Carlos la miró inseguro. No iba a llevarla a trabajar si se encontraba mal.

- ¿Quieres descansar hoy? No pasa nada si no vienes. Tienes todo al día y los lunes son relajados.

- ¡Qué va!... Estoy bien... Vamos... necesito trabajar... que llevo todo el fin de semana en casa.

- Bueno... pero si no te encuentras bien, me avisas y te acerco ¿vale?

- Que si... pesado... venga... vamos que llegamos tarde.

Carlos tenía que hablarle del encargo que le había hecho a Tomás para localizar a Inés, el detective había contactado con él ayer, a pesar de ser domingo, tal y cómo le había ordenado. Había conseguido localizar a un primo de Inés que le había confirmado por teléfono que, al parecer, ambos hermanos habían decidido acudir a un balneario en el sur de Francia para descansar. El hermano de Inés se encontraba razonablemente bien tras el accidente, sin embargo, Inés, en connivencia con el médico, lo había convencido de que quince días de reposo absoluto era lo indicado para acelerar su recuperación. Se esperaba su vuelta para este jueves. El primo en cuestión no sabía por qué no le funcionaba el teléfono pero se ofreció a darle a Inés el teléfono del detective si antes de su regreso se comunicaba con él. Decidió aprovechar el trayecto en coche para ponerla al día.

- Igual es que estás algo nerviosa por la investigación. ¿Cómo lo llevas?

Hoy por hoy Carlos era su confidente, incluso más que Lola, ya que pasaba muchas horas al día con él, así que le contestó con la realidad.

- Pues no quiero pensar mucho en ello, es como cuándo te viene algo desagradable a la cabeza y rápidamente lo apartas para que no te perturbe. ¿Sabes lo que te digo? - comprobó que era así al verlo asentir con la cabeza – Pues eso. Sé que no me puedo evadir del todo, pero pensar en lo sucedido, es



pensar en Jack, y pensar en Jack es ponerme a llorar, a recordar todo lo bueno y a preguntarme ¿por qué?, por qué no tuvo fe en mí, en nosotros...

- Te entiendo, pero tienes que saber que como muy tarde este jueves o viernes tendremos noticias.

Helena se tensó y su estómago se retorció de nuevo, aferró con fuerza su bolso. Carlos soltó una mano en el volante para apoyarla en las de ella.

- Tengo a un detective buscando a Inés, no te había dicho nada hasta ahora porque no quería preocuparte. Ayer me ha llamado y hoy tengo que comunicarles a los inspectores lo que ha averiguado. Ellos me habían autorizado a hacerlo – decidió omitir que la autorización empezaba hoy, pero eso era algo que ella no necesitaba saber, ya se las apañaría con Hernández más tarde.

Helena se preocupó, desconocía que Inés estaba desaparecida, estaba algo resentida con ella por no haberla llamado para interesarse por lo sucedido, pero sabía que era leal al doscientos por cien a los Anderson y lo entendía, le dolía porque había sido una buena maestra y una excelente compañera, pero lo entendía.

- ¿Estaba desaparecida? ¿Le ha sucedido algo?

Carlos procedió a explicarle porqué estaban buscando a Inés, le aclaró que la versión de Jimena y de Rebeca de lo sucedido el día del archivo de la documentación coincidían entre sí al cien por cien y diferían de lo declarado por Helena. Era por ello que el testimonio de Inés inclinaría la balanza a favor de una de las dos versiones. Carlos observó la expresión descompuesta del rostro de Helena, temió que vomitase de nuevo, sin embargo consiguió preguntarle con voz temblorosa.

- ¿Quieres decir con esto que si Inés cuenta lo mismo que yo se acabó el problema?

- No exactamente – intentó explicarle con detalle lo que podía suceder – quiero decir que, desconociendo el punto exacto en el que las dos versiones difieren, si Inés corrobora la tuya, bueno... digamos seréis dos contra dos y, tanto la policía en la investigación, como yo en un futuro juicio, podremos presionar a Jimena y a Rebeca para que digan la verdad y destapen el pastel.

Helena reflexionó. Recordó que Jack le había dicho que nadie corroboraba su versión, pero si Inés aún no había dado la suya, eso quería decir que Jack la había condenado sólo por el testimonio de Rebeca y de Jimena. No pensó que el dolor que sentía pudiese aumentar pero así estaba sucediendo en estos momentos. Que Jack hubiese dado prioridad al testimonio de las dos frente al

suyo, le demostraba como nada la poca confianza que había tenido en ella, en su relación, en su amor, por no hablar de las imágenes en las que había visto un beso inexistente.

Carlos la oyó susurrar muy bajito.

- Nadie lo obligó....

- ¿Qué dices Helena? – quiso saber qué era lo que la angustiaba.

Helena lo miró con los ojos llenos de lágrimas y le contestó con la voz estrangulada.

- Nadie lo obligó a decirme te quiero... ¿entiendes?... nunca lo hizo de verdad... ¿por qué fue tan cruel?, si no confiaba en mí, ¿por qué me hizo creer que tendríamos un futuro?

Esta vez Carlos no supo que contestarle, se limitó a parar el coche en el arcén y a abrazarla. Maldito fuese Jack... era sabido por cualquier calavera como ellos que sólo se le decían las palabras a la mujer definitiva, nunca a cualquier ligue o novieta, sólo a la mujer a la que pretendieses entregarle un anillo de compromiso. Al mismo tiempo que maldecía, esa reflexión le hizo comprender la intensidad de los sentimientos de Jack, si le había dicho “las palabras”, que a él le acojonaban como ningunas otras, eso quería decir que eran reales, que tenía pensado su futuro con ella. Ninguno de ellos era tan cabrón como para mencionarlas a la ligera.

- Igual me matas por lo que te voy a decir... pero creo que esas palabras eran verdad ¿sabes? Sé que Jack no las hubiese dicho si no fuesen reales.

Helena levantó la cabeza de su pecho para pedirle explicaciones, sólo le faltaba que Carlos defendiese a Jack.

- ¿Por qué lo sabes?

- Porque los tres somos iguales, es decir, Héctor, Jack y yo. Nunca diremos un te quiero que no sea de verdad, ni para acostarnos con una chica, ni mucho menos después de hacerlo. Los tres sabemos que esas palabras marcan la diferencia.

Carlos observó su expresión extrañada antes de aclararle con dulzura.

- Esas palabras separan a tu mujer de todas las demás, y todas las demás desaparecen en el mismo instante en que las pronuncias. Jack las ha pronunciado ergo... tú eres su mujer.

Helena lo miró con la boca abierta. No podía creerlo, no quería creerlo, tenía que mantener sus barreras bien altas.

- Te equivocas – le respondió con frialdad – Jack es la excepción que confirma tu regla. Es mejor que nos vayamos. Tenemos trabajo.

Carlos decidió que era mejor no continuar con esa conversación. Compadecía a Jack cuando tuviese que recuperar a Helena, tendría que sudar tinta china.

La jornada laboral transcurrió sin incidencias, tras informar a los inspectores de los resultados de la investigación del detective y de lograr que le permitiesen estar presente de manera no oficial cuando hablasen con Inés, Carlos desplegó todo su encanto personal para que Helena recuperase el estado de ánimo de los días previos, ésta apreció su esfuerzo por limar asperezas desde la conversación de aquella mañana y le correspondió con su dulzura habitual. Cuando la dejó en casa esa noche ya habían recuperado su camaradería habitual y Helena respiraba aliviada, necesitaba a Carlos en su vida.

Los dos días siguientes transcurrieron con normalidad en el trabajo y en la investigación. La única novedad fue que ambas mañanas Helena no pudo retener el desayuno en su estómago, sin duda tenía gastroenteritis. El miércoles cuando se levantó y fue al baño apareció un ligero manchado marrón en sus braguitas. Aún tenía algún anticonceptivo en su blíster y no le dio importancia a la pérdida pero cuando al rato vomitó de nuevo el desayuno, la posibilidad apareció en su cabeza dejándola fría.

- No puede ser... no puede ser... ¡Dios mío! No.... No...

Sentada en el suelo de su baño, comprobó que no se había olvidado de tomar las pastillas anticonceptivas, respiró aliviada para volver a quedarse sin habla al repasar lo sucedido desde que se acostó con Jack por primera vez, nunca usaron condón, lo cual no quería decir nada porque con Andrés había hecho lo mismo y nunca habían tenido ningún problema. Entonces, ¿qué había sucedido? Repasó los acontecimientos de las últimas semanas y la sangre abandonó su rostro cuando recordó los antibióticos recetados a causa de su herida en el costado. ¡Mierda, mierda, mierda!... se habían olvidado de protegerse adicionalmente con preservativo. Cualquier idiota sabía que los anticonceptivos perdían su eficacia con los antibióticos. Desde entonces, casi todos los días habían hecho el amor, sería una lotería no haberse quedado embarazada. Golpeó la cabeza repetidamente contra la pared del baño como si fuese su muro de las lamentaciones particular. ¿Qué iba a hacer ahora? Los dos tonos del aviso de Carlos rompieron su concentración. Tenía que irse a trabajar. Decidió ocultarlo hasta estar segura, sabía que este viernes tenía la cita con Laura, la ginecóloga amiga de Lucía. Nada más y nada menos que otra persona vinculada con los Anderson. Por un momento pensó en anular la cita

pero enseguida desistió. Necesitaba una respuesta pronto, ninguna clínica le daría una cita antes de un par de semanas. Además Laura le había parecido de fiar, tenía la protección adicional del secreto profesional y si se confirmaban sus sospechas, ojalá que no, tarde o temprano todos lo sabrían. Un escalofrío la recorrió y no sabía de dónde sacaría fuerzas para poder soportarlo todo estos días, la investigación, un posible embarazo... La imagen de Jack con un bebé en brazos se formó en su cabeza, le dio un vuelco el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas por la angustia. Decidió usar la táctica de Escarlata O'Hara en Lo que el viento se llevó. Ya lo pensaré mañana, se dijo.

Carlos achacó la actitud taciturna de Helena ese día a los nervios por la proximidad de la declaración de Inés. Procuró animarla, pero esta vez sus esfuerzos no dieron resultado. Cuando la acompañó a casa, Helena estaba agotada física y mentalmente. No poder recompensar al abogado por los esfuerzos que había hecho para animarla había terminado con sus escasas fuerzas. La cabeza estaba a punto de explotarle.

- ¿Te encuentras bien? – Le preguntó al detener el coche en su portal – Mañana es un día importante pero tienes que relajarte, ¿vale? Los nervios te van a ayudar. Quiero que descanses y mañana ya se verá. Si la cosa no sale bien no es el fin de nuestras opciones.

Helena quiso decirle que no estaba preocupada por el testimonio de Inés, sabía que su declaración sería idéntica a la de ella, pero era mejor que Carlos creyese que esa era su preocupación a explicarle el verdadero motivo de su angustia. Así que decidió mentirle sin ningún remordimiento.

- Eres un encanto, Carlos, estoy bien, sólo tengo una ligera migraña.
- Bien. Sólo quería asegurarme. Cuídate y descansa
- Lo haré.

Y lo hizo. Tras ducharse cayó en la cama y sin cenar se durmió como un tronco soñando despierta con la imagen de Jack abrazando su barriga embarazada, reprochándose al mismo tiempo ansiar su abrazo.

Para Helena, la mañana del jueves comenzó de nuevo con náuseas. Omitió tomarse la píldora porque sabía que podía dañar al feto y descartó tomarse el pavo de desayuno como todas las mañanas, lo sustituyó por unas galletitas saladas que guardaba en la despensa ya que había oído que eran buenas para las náuseas matinales. Mientras masticaba una galleta lentamente, se sorprendió del hecho de que su mente y su cuerpo habían tomado el mando con acciones destinadas a proteger a un posible bebé, al adaptar sus hábitos a la posibilidad de un embarazo que no se confirmaría hasta mañana. No dejaba de

admirarse de lo que era capaz el instinto maternal. Sabía que ella lo tenía muy desarrollado, le encantaban los bebés, los niños, si bien no entraban en sus planes de futuro más cercano, parecía que pronto iba a tener que tomar una decisión. Muy en su interior, Helena sabía que ya la había tomado.

Sobre las doce de la mañana Carlos regresó al despacho tras una vista en el juzgado. Al entrar se acercó a Helena que lo recibía con una sonrisa. Tenía que contarle las novedades.

- Hola abogado ¿Qué tal ha ido?

- Psé... quién sabe... con este juez todo es posible – le respondió mientras se dirigía a su despacho – ven conmigo, tengo noticias.

A Helena le dio un vuelco el estómago, no sabía si eran buenas o malas noticias, la tensión por todas las incertidumbres que rodeaban su vida en estos instantes la estaba poniendo al límite de sus fuerzas. Un tanto pálida se sentó en uno de los sofás frente a la mesa de Carlos y lo observó colgar la chaqueta del traje en el respaldo de su silla antes de sentarse y mirarla fijamente.

- Tomás ha localizado a Inés. Esta mañana ha hablado con ella. Acababa de llegar a casa de su hermano. Resulta que perdió su teléfono en el balneario el primer día que llegaron. Como nadie les esperaba, no pensó que fuera necesario avisar de ello.

- Me alegro de que éste bien.

- Sí. Muy por encima, Tomás le ha contado lo sucedido, le ha dicho que la necesitaban en la empresa y se ha ofrecido a ir a recogerla esta tarde.

- ¿Y?

- Bueno... ya conoces a Inés, en cuanto supo que algo había pasado en el partido reservó el primer billete de tren que pudo encontrar, llega mañana a primera hora de la tarde. Yo estaré allí y los inspectores también. Es lo que acordamos. Hablar primero extraoficialmente con ella y luego acercarla a comisaría para que preste declaración.

- ¿Sabe que yo estoy involucrada?

- Por nosotros no, verás – decidió aclararle Carlos – Jack y yo compartimos detective, cuando yo contraté a Tomás para buscar a Inés, en principio se negó porque ya estaba investigando asuntos relacionados con el partido para Jack. Temía que ambas investigaciones no fuesen compatibles. Le convencí de lo contrario asegurándole que Jack agradecería también que encontrase a Inés y como a Tomás no le hacía gracia que estuviese desaparecida, finalmente aceptó el encargo.

- ¿Quieres decir que Tomás está investigando el mismo asunto para los

dos? – se extrañó Helena – Eso parece incompatible.

- No lo es. Yo quiero encontrar a Inés para exonerarte a ti. Jack quiere encontrar al instigador de los incidentes, que no eres tú. Cuando los investigadores declaren que no has tenido nada que ver con los hechos, como te expliqué, podrán presionar a Rebeca y a Jimena. Estoy seguro de que una de las dos se vendrá abajo, confesará y Jack tendrá que arrastrarse ante ti para disculparse y nosotros lo tendremos en nuestra mano para hacer las reclamaciones oportunas.

Helena observó la expresión satisfecha de Carlos cuando se recostó en su silla tras exponer sus argumentos.

- Lo entiendo. Parece que todo está más cerca de solucionarse. De todos modos, no quiero hacerme ilusiones con lo de quedar exonerada – levantó la mano para detener la réplica de Carlos – Voy a hablarte como tu cliente y a decirte lo que quiero. Si finalmente dejo de estar investigada y se demuestra que soy inocente en todo esto, no quiero, bajo ningún concepto, que te pongas en contacto con Jack. No quiero que le exijas disculpas, no quiero que le reclames nada, ni siquiera mi readmisión o algún tipo de indemnización por cualquier concepto que se te ocurra. Estoy a gusto aquí, quiero seguir trabajando para ti, si tú quieres claro. Tu trabajo termina en el momento en que consigas sacarme de esa investigación.

- Joder Helena... claro que quiero que sigas trabajando aquí conmigo – se apresuró a tranquilizarla Carlos – hacemos un equipo estupendo. Me revienta que renuncies a una posible indemnización, pero como tu abogado, tengo que aceptar tu decisión. No voy a intentar convencerte de lo contrario porque eres una mujer sensata. Te honra no querer sacar tajada económica de esto, y créeme que sería fácil conseguirlo.

- No quiero nada más que se sepa que soy inocente – recalcó Helena.

- Lo sé. Pero déjame decirte que, como amigo, tuyo y de Jack, espero que él sea capaz de recuperarte.

Helena lo miró, su máscara de frialdad estaba a punto de romperse, se imaginaba inocente y embarazada de su acusador, de Jack. Volvía a sentir la necesidad de refugiarse en su abrazo, de que le dijese que todo iba a salir bien y que iba a cuidar de ella y de su bebé, del hijo de ambos. No podía permitirse esa debilidad. Si bien una parte de sus problemas estaba a punto de solucionarse, su otra circunstancia no desaparecería pronto, si ella estaba en lo cierto, no desaparecería nunca. Una llamada al móvil de Carlos, interrumpió la respuesta que Helena tenía preparada. Sonrió al escuchar la

respuesta contrariada del abogado a su interlocutor, su madre, y el tema de la conversación le recordó que tenía que recordarle a su jefe que mañana tenía que ausentarse del trabajo por la cita con la ginecóloga.

- Joder... mamá... no necesito saber que a Clarita le ha venido hoy la regla. Si... mujer... sí. Ya sé que es tú bebé y mi hermanita pequeña pero no necesito esa imagen en mi vida. ¿Quieres que la llame?... ni de coña... ¿y qué se supone que le digo?... ¿felicidades?... Venga mamá... vale... no llores... lo haré. La llamaré ¿contenta?... yo también te quiero... Ciao.

Carlos colgó y miró a Helena que estaba aguantando las carcajadas a duras penas.

- Esto es lo que pasa cuando eres el mayor de cuatro hermanas, cuanto tu madre tuvo a su última retoña con treinta y ocho... y a ti con diecisiete...

Helena ya no pudo aguantar las carcajadas ante lo cómico de la situación y la cara de susto de su jefe cuando le explicó lo que necesitaba.

- Carlos, yo también tengo que decirte algo, necesito faltar unas horas mañana, tengo ginecóloga a las once de la mañana.

Ambos estallaron en carcajadas de nuevo. Carlos, sin sospechar nada más que su empleada tenía una revisión anual, le concedió permiso.

- Venga va... vosotras os compincháis contra mí... yo no sé por qué, habiéndome criado entre mujeres, no decidí contratar un secretario – levantó la mano – no quiero saber nada de compresas, tampones y similar... no me lo expliques ¿vale? De hecho, te doy el día libre, mañana estaré con lo de Inés y prefiero que estés por casa por si te necesito para algo.

- Gracias, Carlos – le respondió mientras se secaba las lágrimas de la risa.

- Anda, tira... y tráeme los mensajes pendientes.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 16

*“La incertidumbre es una margarita cuyos pétalos no se terminan jamás de deshojar”*

*Mario Vargas Llosa*

Helena observaba, entre angustiada y avergonzada, la sala de espera de la consulta de Laura. De las ocho cómodas sillas de tapizado beige, las había contado dos veces, seis estaban ocupadas por parejas. Mujeres como ella, en diferentes etapas de gestación que, por lo que había podido escuchar, aguardaban bien por una ecografía, bien por una matrona que hoy daría una clase de preparación al parto en las instalaciones de la clínica. La angustia y la vergüenza, reflejo de convenciones sociales arraigadas en el subconsciente, se alternaban en su cabeza, acechándola al observar la silla vacía a su lado. Ella no tenía, como esas otras mujeres, una pareja que le sostuviese la mano, que le acariciase la barriga o que la besase con delicadeza, tal y como había visto hacer a aquellos hombres durante los quince minutos que llevaba esperando. No, ella estaba sola. Sola una vez más, llevaba años sola, desde la muerte de sus padres y desde la ruptura con Andrés. Ella misma era su única compañía, consideraba que no le había ido mal del todo, ya que se había acostumbrado a no necesitar a nadie para las tareas cotidianas. Hasta Jack. El hombre que tenía que ocupar la silla vacía a su lado, que le había prometido sostenerla si caía, se encontraba a miles de kilómetros de distancia, ajeno a su angustia, a la incertidumbre por su futuro. El hombre que debía apoyarla para tomar una decisión, se había alejado de ella prohibiéndole cualquier contacto con él y también con su familia. Su familia. Aquella piña de amor familiar que había contemplado con ansia viva por tener algo parecido algún día. Por sentir que pertenecía a otras personas, por compartir alegrías y penas. El clan Anderson. Los admiraba, los había llegado a apreciar, y ahora, sabía que debía temerlos. Helena ya no dudaba de su embarazo, como tampoco dudaba de que fuera a seguir adelante con él. Otro desayuno vomitado esta mañana, sus pechos doloridos y un malestar general se lo confirmaban. Tenía que prepararse para presentar batalla porque cuando conociesen la noticia de su embarazo, no dudaba ni por un minuto, que querrían a ese bebé con ellos. Tenían todo de su parte, una estructura familiar estable, una casa fabulosa y dinero de sobras para litigar por la custodia. Ella estaba sola, sin apoyo familiar, afortunadamente tenía trabajo, aunque le debía a Carlos la oportunidad, dadas sus nuevas circunstancias, de retractarse de su oferta de trabajo. Tendría que ser el primero en conocer la noticia. Tenía la firme



intención de presentar su baja voluntaria para quitarle la presión de conservarla embarazada en su puesto, tras apenas un mes trabajando con él. Y luego estaba Jack, los ojos se le llenaban de lágrimas y temblaba sólo de pensar en volver a verlo. Se volvía loca, por un lado sentía que lo amaba con una intensidad aterradora, lo necesitaba igual que el aire que respiraba, pero por otro lado, lo odiaba por no haber visto en ella, por la injusticia de acusarla de traición. Era de esperar que también la acusase de quedarse embarazada a posta, para atraparlo, por no hablar de que dudaría de su paternidad, sabía que pensaba que se había acostado con Harry al mismo tiempo que con él. Rememorar su expresión de odio cuando la despidió de su despacho le revolvió de nuevo las tripas y tuvo que acudir al aseo a vomitar las galletitas que había conseguido tomar en el trayecto en metro hasta la consulta. Afortunadamente, no tuvo que volver a pasar por la sala de espera, Laura estaba despidiendo a una paciente en la recepción y enseguida se acercó a ella.

- Hola Helena – la besó en ambas mejillas - ¿Cómo estás?

Helena esbozó una sonrisa temblorosa y una lágrima se le escapó. No pudo contestar. Laura rápidamente se hizo cargo de la situación y, rodeándola por los hombros, la acompañó al interior de la consulta.

- Tranquila Helena..., estoy al tanto de lo sucedido – le dijo mientras la acomodaba en una silla y ella se sentaba a su lado tendiéndole un pañuelo de papel.

Helena la miró horrorizada y Laura se compadeció de la chica. A mediados de semana Lucía había acudido a visitarla inesperadamente, al ver que su amiga no estaba pasando un buen momento, la invitó a un café. Fue entonces cuando Lucía le detalló todo lo sucedido. En un principio, Laura se horrorizó ante la traición de Helena y así se lo manifestó a su amiga, sin embargo, Lucía la sorprendió con su respuesta.

- Es que yo no estoy segura de que Helena sea culpable.

- Pero entonces... ¿Quién ha podido ser?... Sabes que puedes confiar en mí Lucía, no diré nada – decidió tranquilizarla al ver que dudaba si hablar o no.

- Es que... a ver.... Sabemos que Harry tiene algo que ver, eso no lo dudamos, pero Jack está tan seguro de que Helena era su compinche... Estaba destrozado cuando llamó a Henry, yo apenas pude hablar con él. Se fue a París, estuvo allí un par de días y desde entonces está en Londres. No quiere que le mencionemos el tema de Helena. Su padre no lo cuestiona... pero yo...

- Tú no crees que Helena tenga algo que ver – terminó la frase por su

amiga.

- Es que los vi tan enamorados..., no sólo a Jack, Helena lo miraba con adoración. Eso no se finge, además, fue muy dulce con Anne, no puedo ver en ella la maldad que se necesita para ofrecerse a tutelarla si su intención real fuese traicionarnos. No consigo verla en ese papel.

- Entonces crees que Jack se ha equivocado.

- Sinceramente – suspiró mirando a los ojos a su amiga – creo que se ha precipitado.

- Lucía, déjame que te diga que Jack es un hombre que se viste por los pies. No lo imagino emitiendo juicios precipitados.

- Puede que no. Su padre opina que no. Pero yo..., es decir, ¿recuerdas la historia de Rex?

- ¿Tu cuñado?

- Sí. – Lucía le explicó su dilema – Sabes que, en su día, tuvo que casarse con su primera mujer porque ésta lo atrapó con un falso embarazo. Rex es el hermano mayor de Henry y toda la familia lo pasó fatal. El divorcio fue tormentoso, ella intentó arruinarlo y al final tuvieron que llegar a un acuerdo económico que dejó a Rex al borde del abismo. Evidentemente se recuperó, pero Henry quedó muy marcado por esa historia. El caso es que, desde adolescente, le ha inculcado a Jack que tenía que ser muy cauteloso con las mujeres.

- No entiendo la relación Lucía, no veo a dónde quieres llegar.

- Quiero llegar a que Jack está predispuesto a que las mujeres lo traicionen, a que lo busquen por el dinero o por la posición, y a pesar de que yo le he dicho que no puede ser tan cínico, en este caso, las palabras de su padre lo han influenciado más.

- ¿Me estás diciendo que Jack estaba predispuesto a que Helena lo traicionase? – Laura la vio asentir – Entonces crees que no le ha dado a Helena el beneficio de la duda.

- Exacto, – Lucía se levantó para pagar – y tengo miedo de que si se ha equivocado con Helena, no pueda recuperarla.

- Vaya...

- Pues sí. Además no puedo comentar mis dudas con Henry, apoya a Jack sin reservas. Pero mi instinto maternal me dice que Helena es quien dice ser. Sólo espero que la investigación termine pronto para salir de dudas.

- Tu sabes que Helena tiene cita este viernes – le recordó Laura - ¿quieres que yo haga algo?

- Sólo te pido que te fies de tu instinto. Creo que si fuese culpable no se le ocurriría aparecer a la cita. Si lo hace, sabiendo la relación que nos une... sólo trátala con cariño.

Laura estaba dispuesta a atender la petición de su amiga. Además, por lo que estaba viendo, parecía que el instinto de su amiga no la engañaba. El semblante pálido de Helena y las lágrimas que trataba de limpiar de sus mejillas no eran fingidos. Se estaba levantando para acercarle un vaso con agua cuando al oírla volvió a sentarse.

- Yo no hice nada. No traicioné a Jack – afirmó de manera contundente – no sé lo que te habrán dicho pero soy inocente.

Laura reconoció la verdad cuando Helena no apartó ni un segundo la mirada de sus ojos al explicarse. Le cogió las manos para tranquilizarla.

- Helena, no sé cómo te has visto involucrada en esta situación, pero la verdad es que Lucía...

Helena la interrumpió, retiró las manos del agarre de Laura.

- Perdona Laura, no quiero hablar de lo que Lucía haya podido decirte. La verdad es que no puedo hablar de la investigación con nadie, Carlos, mi abogado, me advirtió sobre ello.

- Lo entiendo, disculpa si te he molestado.

Laura decidió recular, si hablar de Lucía la incomodaba, no iba a ser ella la que hiciese que huyese de su consulta por ello. Decidió aclarar la situación pero Helena de nuevo se le adelantó.

- No. Perdona tú. He sido algo borde. Sólo que no me encuentro muy bien últimamente.

- Pues cuéntame. ¿Qué puedo hacer por ti? Puedes contar conmigo.

Había llegado el momento. No había manera de explicar su situación de manera sutil, así que decidió soltarlo a bocajarro.

- Estoy casi segura de que estoy embarazada.

Laura la miró atónita. Arqueó ambas cejas, por un momento se quedó sin palabras. ¡Madre mía!, el asunto no podía complicarse más. Sin embargo al ver la expresión desamparada de Helena su vocación profesional tomó el mando. Levantándose, fue hacia el armario dónde guardaba su instrumental.

- Ve al baño y haz pis en este bote – le ordenó tendiéndole el envase – así estaremos seguras del todo.

Helena hizo lo que le ordenó Laura, esperó ansiosa el resultado.

- Bueno, Helena..., estás embarazada – Laura la miró con gesto serio – Mira... sé que esta es una visita profesional pero, ambas sabemos que

trasciende a lo personal. ¿Estás de acuerdo?

Helena asintió, a pesar de que su corazón latía acelerado y su cabeza sólo repetía embarazada, embarazada...

- Vale. Si estamos de acuerdo, voy a preguntarte lo mismo que le preguntaría a cualquier paciente, sólo que contigo, tus respuestas me darán información de personas que tenemos en común. Por mi parte mantendré la confidencialidad absoluta de todo lo que me digas, pero también te digo que cuentes conmigo para lo que necesites.

Helena volvió a asentir, tenía las manos apretadas en el regazo.

- Gracias... pregunta lo que necesites por favor... - rogó.

Laura tomó aire.

- Muy bien. Vamos allá. Supongo que no es un embarazo planificado, ¿verdad?

Helena decidió que lo más sencillo era ser franca. No ocultar nada. Hasta ahora la verdad siempre había resultado la mejor opción.

- No planificaba quedarme embarazada, de hecho tomé la píldora hasta ayer, aunque creo que he vomitado con el desayuno desde el lunes.

- Entonces... entiendo que algo ha pasado para que la píldora fallase... - intentó aclarar Laura.

- Sí. – Helena enrojeció al explicar su torpeza – Me olvidé de que tenía que buscar protección adicional cuando tomé los antibióticos por la herida que viste en el cumpleaños de Anne. Fue un descuido por mi parte. Me siento idiota.

Laura se apresuró a quitarle esa idea de la cabeza.

- Helena, no te embarazaste a ti misma ¿verdad?, las medidas de protección son cosa de dos. Ambos tendríais que haberos percatado de ello.

- Yo pensé que estaba protegida, con mi anterior pareja... hace años... bueno... no tuve ningún susto. No quiero que pienses que no soy cuidadosa con esos temas, es decir, yo no soy de relaciones esporádicas.

- Tranquila Helena... no te estoy juzgando, ni a ti ni a Jack, ¿vale? Lo hecho, hecho está.

Helena se asombró de que Laura mencionase a Jack cuando debía de saber por Lucía que él pensaba que tenía una relación simultánea con Harry.

- Laura... yo sé perfectamente quién es el padre de este bebé, sin embargo, me extraña que tú lo des por hecho tras haber hablado con Lucía.

Laura recordó las palabras de Lucía, Helena era quien decía ser. La templanza que había que tener en su estado, para hacer ese comentario

sabiendo que la sospecha de la infidelidad planeaba sobre ella, no hacía más que demostrar la veracidad de su inocencia. Decidió apoyarla mientras su amiga Lucía no podía hacerlo. Al fin y al cabo, estaban hablando del nieto o nieta de su mejor amiga. Al mismo tiempo decidió no mencionarle que Lucía estaba de su parte, eso podía espantarla y Laura quería vigilarla de cerca porque le daba la sensación de que Helena había adelgazado bastante desde que ella la conoció en la fiesta de cumpleaños, y eso no era bueno, sin contar la tensión a la que estaría sometida por la investigación en curso. No se preveía un embarazo tranquilo y superar el primer trimestre era vital.

- Helena, escúchame bien, porque sólo lo voy a decir una vez. Luego olvidaremos el tema de la investigación. Jack es el padre de este bebé. Aquí nadie ha sido infiel a nadie.

Helena rompió a llorar desconsolada. Escuchar las palabras Jack, padre y bebé de boca de Laura le rompió el corazón por lo que no iba a ser. Sintió el abrazo de Laura cuando se volvió a sentar a su lado.

- Shh... Shh... no llores... al final todo se arreglará. Tienes que pensar en el bebé. Tienes que estar tranquila, el primer trimestre es clave. Ahora voy a hacerte una ecografía vaginal, vamos a ver si ya se puede ver algo.

Helena se dejó guiar, Laura le hizo una ecografía, le enseñó el latido de su bebé. Apenas una membrana que parpadeaba dentro de una forma similar a un haba. Fue un momento emocionante. Helena lloró al ver la imagen. Laura casi la imita, estaba muy emocionada, lamentaba profundamente que Jack no estuviese allí para acompañar a Helena en ese momento tan mágico para cualquier pareja. Ella no tenía hijos y, en ese momento, decidió adoptar a Helena y a su bebé.

Cuando se serenaron, Laura le indicó a Helena que estaba de aproximadamente cuatro semanas, le recetó vitaminas. Le dio cita para una analítica la semana próxima. Le indicó que la avisase si las náuseas le impedían hacer vida normal y la tranquilizó respecto a la pérdida de sangre que había tenido, no sin advertirla de que, aunque comprendía la situación por la que estaba pasando, debía tomarse las cosas con calma. La citó para dentro de dos semanas. Realmente no era necesario pero, iba a tratarla con mucho cuidado por las circunstancias que la rodeaban.

- Eso es todo Helena. ¿Tienes alguna duda?

Helena negó. Estaba emocionada con su ecografía, no dejaba de mirarla. Al mismo tiempo estaba asustada, muy asustada por lo que le depararía el futuro como madre soltera. También estaba muy agradecida con Laura.

- Gracias, Laura... no sé cómo agradecerte lo bien que me has tratado.  
- Bobadas... – Laura agitó la mano restándole importancia – Lo cierto es que me gustaría pedirte algo.

Helena se tensó. Esperaba que su petición no tuviese nada que ver con Jack o con Lucía. Lamentaría decepcionarla. Sin embargo, las palabras de Laura la dejaron atónita.

- Mira... yo no tengo hijos. La vida así lo ha querido. Sé que tú también estás sin padres, sin familia aquí en Madrid. Te sonará extraño, pero lo cierto es que he tenido una conexión contigo. No sé cuántas ecografías habré hecho para ver latidos de bebé pero... nunca me he emocionado tanto como hoy con el tuyo. Me gustaría que me permitieses actuar como una madre contigo. – Laura se rio con su expresión alucinada – Lo sé... lo sé... estoy loca, pero me encantaría verte cada semana, comer juntas, ir de compras... por favor... permíteme hacerlo.

Una duda acudió a la mente de Helena y rápidamente la verbalizó.

- Esto no tiene nada que ver con ellos ¿verdad?..., es decir, no es porque...

- No, no, no... – Laura no la dejó terminar – Créeme si te digo que lo hago por mí, y por ti. Me hago mayor y mi familia son mis amigos, me gustas mucho. No te voy engañar, en estos momentos estoy furiosa con Jack. – No... - levantó la mano para acallar su protesta – déjame acabar... sé que no estás preparada para oírlo, pero os he visto. Estáis muy enamorados. Tendrá que disculparse, tarde o temprano, sé que va a pisar el suelo por dónde pisas. Por favor, déjame formar parte de esto...

A Helena le gustaba muchísimo Laura, necesitaba todos los apoyos posibles y, sobre todo, necesitaba una figura materna en su vida, que la apoyase y con la que poder hablar con libertad sobre su estado.

- Acepto, Laura, acepto que seas mi “madre”, necesito esa figura en mi vida y me encantaría que fueses tú, – Helena sonrió al ver a Laura aplaudir – pero déjame advertirte que no te hagas ilusiones con Jack. Es evidente que no hemos vivido nuestra historia con la misma intensidad. Aunque me parta el alma, afronto esta etapa de mi vida como madre soltera.

- No lo creo Helena, Jack volverá, por ti y por el bebé – sentenció Laura.

Las palabras de Laura verbalizaron el mayor temor de Helena.

- No puedo negarle el bebé, no lo haría nunca, si es que lo quiere. No me necesita a mí, no me quiere cerca, lo ha dejado claro.

Laura decidió no hurgar más en la herida de Helena. Entendía que ninguna mujer querría que su hombre volviese con ella por un bebé. Toda mujer

deseaba se querida por ella misma. Decidió darle un par de días para asumir su nuevo estado y la invitó a comer el lunes. Se despidieron con un sentido abrazo.

Helena pasó la tarde en casa aguardando la llamada de Carlos. Para mantenerse ocupada hizo un zafarrancho general de limpieza en toda la casa. Acabó agotada, tras una ducha reparadora, decidió merendar algo de fruta y yogur para poder tomar las vitaminas, Laura le había aconsejado tomarlas con la merienda ya que si vomitaba el desayuno, vomitaría también las vitaminas. Cuando terminó ya eran casi las seis y media y seguía sin noticias de Carlos, no sabía si eso era bueno o malo, estaba empezando a ponerse nerviosa. Intentó leer algo, pero no pasaba de una página, además, su Kindle estaba repleto de novelas románticas con final feliz, y esa no era una lectura agradable teniendo el corazón roto como lo tenía ella. Zapeó por varios canales hasta detenerse en su favorito, Canal Cocina, se durmió viendo las recetas de Jamie Oliver, uno de sus cocineros favoritos. Se despertó confusa con el sonido del timbre de su piso, miró por la mirilla antes de abrir y comprobó que era Lola.

- Hola Lola – la saludó con dos besos – pasa... me he quedado dormida en el sofá.

- Hola Helena, por favor, no cierres viene Héctor detrás... hemos decidido invitarte a cenar unas pizzas. Luego llamamos ¿vale?

- Bueno... no sé ni en qué hora vivo... - miró su reloj – vaya... son las ocho y cuarto... he dormido casi dos horas.

- ¿No has ido a trabajar?

- Hoy no. Tuve cita con el médico esta mañana y Carlos me dio libre. Estamos pendientes de algo importante en la investigación. De hecho, estoy preocupada porque esperaba su llamada...

Justo en ese momento apareció Héctor que, asomándose por la puerta, les anunció.

- Hola.... Mirad a quién me he encontrado en el portal... Joder... Mira qué difícil es aparcar en este barrio...

Carlos las saludó al entrar.

- Hola chicas...hay cena a la vista con pizza ¿no?... me apunto – se frotó las manos con una sonrisa – y una cervecita no me vendría mal...

Helena, nerviosa e impaciente, se levantó del sofá.

- Vienes contento... dime Carlos... por favor... dime que ha salido todo bien.

Carlos sonrió extendiendo los brazos mientras se acercaba a Helena para envolverla en sus brazos.

- Nena... tranquila... va todo bien. Perdona que no haya empezado por ahí, pero no sabía si querías que lo comentase delante de ellos. Coincide al cien por cien contigo. Vamos por buen camino.

Helena estalló en sollozos mientras se abrazaba con fuerza a Carlos. A pesar de que no tenía dudas de que la declaración de Inés la favorecería, ese problema había quedado relegado a un rincón de su mente para poder enfrentarse a la cita de la ginecóloga. Ahora la tensión contenida durante todo el día la desbordó.

- Gracias, Carlos... gracias... no sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por mí.

- Lo primero, dejando de llorar. – Carlos miraba a los demás con extrañeza por encima de la cabeza de Helena. Héctor y Lola también parecían sorprendidos. Estos días la había visto preocupada pero tranquila. Era evidente que había fingido. Bromeó con ella para aliviar la tensión- Lo segundo... dame una cerveza y soy todo tuyo para contarte los detalles.

Lola se puso nerviosa al ver a Helena desecha de nuevo en lágrimas. Sabía que fingía tranquilidad pero no se imaginaba que los hubiese estado engañando con tanta facilidad. Miró a Héctor preocupada, éste la rodeó por los hombros y besándola en la cabeza se hizo cargo de la situación. Quería saber el motivo por el que Carlos estaba tan contento.

- Vamos a sentarnos aquí en la barra. Yo sirvo las cervezas – les ordenó mientras se dirigía a la nevera.

Todos obedecieron, Carlos acomodó a Helena en uno de los taburetes y le colocó delante la cerveza que Héctor le había tendido.

- Bebe. Necesitas liberar tensión de una puta vez. No puedes seguir así. Tía, te vas a consumir.

Helena miró el botellín de Estrella Galicia que Carlos le había plantado delante, y se echó a reír como una loca, al mismo tiempo lloraba, reía y lloraba, si no supiese que tenía las hormonas alteradas por el embarazo se habría asustado con su reacción. No podía parar de hacer ni una cosa ni la otra.

Carlos y Héctor se miraron asustados.

- ¿Qué coño le pasa? - Héctor casi estaba echando mano de su móvil para llamar a urgencias. Lola detuvo su gesto con una mano.

- Déjame a mí. – Levantándose se acercó a Helena y acarició su cabeza –



Cariño... cálmate... ¿Qué sucede? Carlos te ha dado buenas noticias... Lloras si necesitas soltar la tensión... pero nos estás preocupando. Pareces histérica.

Helena reaccionó al tono tranquilizador y preocupado de Lola y procuró serenarse. Aun así, le llevó unos segundos que al resto le parecieron horas. Esperaron con gesto expectante sus palabras. No sabía a quién mirar, se decidió por Carlos, al fin y al cabo, al ser su jefe, él iba a ser el primer afectado por la noticia.

- Sabes que esta mañana he ido al médico. – Lo vio asentar preocupado – Estoy bien – Se apresuró a tranquilizarlo, aun así el gesto de Carlos no se relajó, así que inspiró hondo y soltó su bomba por segunda vez en el día – Estoy embarazada. De un mes, más o menos.

Seis pares de ojos se abrieron como platos alucinados. Tres reacciones opuestas se manifestaron. Lola abrió la boca y se la tapó con ambas manos ahogando un grito de sorpresa. Héctor se levantó y empezó a pasearse por el salón maldiciendo a Jack con un colorido vocabulario no apto para los oídos más finos. Carlos se mantuvo petrificado en su taburete con los ojos clavados en Helena pero con la mente trabajando a toda velocidad. Fue el primero en hablar.

- Joder... joder.... – Respiró hondo – Lo primero... ¿Estás bien?, físicamente quiero decir..., el bebé y eso....

Helena se obligó a serenarse para calmar los ánimos de Héctor que se había detenido y la miraba con los brazos en jarras.

- Físicamente parece que estoy como cabe esperar. Tengo náuseas matinales, la próxima semana me hacen una analítica. El bebé está bien, he visto su latido.

Lola no pudo aguantarse más y se acercó para abrazarla, Helena se levantó y se cobijó en sus brazos.

- Cariño... no sé si felicitarte... no sé qué decir.

Helena le respondió ante la atenta mirada de los dos hombres que no perdían detalle de la conversación.

- Puedes felicitarme. Voy a tener a mi bebé. Voy a ser...- y aquí miró fijamente a Héctor – voy a hacerlo lo mejor que pueda. Sola.

- Claro que sí... cariño – Lola no se había percatado del gesto furioso de Héctor – Serás una madre estupenda... y yo te ayudaré a ello.

Héctor no pudo aguantarse más, sabía que en cuanto Jack conociese la noticia iba a perder la cabeza totalmente, no sólo había acusado a su novia de traición, sino que la había abandonado a su suerte y embarazada. Em-ba-ra-za-

da. Se repitió mentalmente. Un bebé de Jack. No sabía si podría ocultarle la noticia. Su código de hermanos le exigía viajar a Londres a buscarlo para traerlo de vuelta, por otro lado, no estaba seguro de que Helena se lo permitiese.

- Ni de coña... ¿Me oyes Helena? – Se dirigió a ella con los brazos cruzados retándola a desafiarlo – Ni de coña vas a ser una madre soltera. Jack hará lo correcto.

Ante su desafío Helena se tensó y también le contestó furiosa.

- ¿Lo correcto para quién? Dime Héctor... ¿Para él? ¿Para mí? ¿Para la sociedad?... – Prosiguió cuando comprobó que Héctor relajaba su ceño – Lo correcto es tener fe en tu pareja, lo correcto es no huir como un cobarde ante el primer problema que se presenta, lo correcto hubiese sido averiguar juntos lo sucedido. Si me hubiese querido de verdad, por mí misma, Jack estaría aquí, escuchando las buenas noticias que Carlos me trae y, lo que es más importante para mí aún, yo no hubiese estado esta mañana sola en el ginecólogo, rodeada de parejas rebosantes de amor. Si Jack me hubiese dado el beneficio de la duda, hoy habríamos visto juntos el latido de este bebé. – Finalizó su alegato colocando sus manos protectoramente sobre su vientre.

Héctor se quedó conmocionado por las palabras de Helena. Miró alternativamente a Carlos y a Lola, ambos le reprochaban con la mirada su actitud. Helena tenía toda la razón, no había excusa posible para Jack. Sin embargo, como amigo, como hermano, tenía que allanarle el camino para su vuelta. Tenía que ir sembrando la duda en la cabeza de Helena, que defendía su corazón roto negando el amor de Jack. Y él sabía que Jack preferiría morir cuando supiese el daño que le había causado a su mujer. Así que lentamente se acercó a ella.

- Tienes razón en todo. Lo siento mucho. Siento mucho el daño que Jack te está causando, no voy a justificarlo porque no tiene defensa posible. Soy su hermano. No me pidas que lo odie, porque no puedo hacerlo. No me pidas que no intente ayudarlo a conseguir que recupere lo que sé que es más valioso para él. Por favor, no me apartes de tu lado, – decidió hablarle con el corazón en la mano y desvelar todas sus cartas – déjame cuidar de ti y del bebé por él, hasta que vuelva y pueda darte todo lo que mereces.

Helena también se calmó tras las palabras de Héctor. Todo el mundo pensaba que su ruptura era temporal, que Jack volvería y todo sería como antes. Ella no podía permitirse el lujo de esperar eso. En su interior lo ansiaba en secreto, pero tenía que organizar su vida sin contar con él. Lo cogió de las

manos y le habló con dulzura.

- Nunca voy a pedirte que no cuides de Jack. Sois hermanos. No odio a Jack. No deseo que le suceda nada malo. Pero yo no puedo poner mi vida en suspenso a la espera de que él decida volver. ¿Y si no vuelve? ¿Y si vuelve pero no es para estar conmigo? O peor, ¿Y si cuando decida volver, yo no soy capaz de estar con él? No quiero estar con una persona que dude de mi integridad, que vea una traición detrás de cada discusión. Además, hoy por hoy no podría soportar que Jack volviese sólo por el bebé. Por eso tengo que seguir sin contar con él. Mira a tu alrededor, – le hizo un gesto con la cabeza – Jack no está aquí, estás tú, está Lola y está Carlos. Nunca podré agradeceros lo que estáis haciendo por mí, vosotros, no Jack.

Héctor se tragó su réplica. No era el momento de insistir, así que se limitó a abrazarla y a susúrrale un “lo siento” contra su pelo. Carlos tosió para llamar la atención de todos.

- Vamos a sentarnos. Pediremos esas pizzas y a ver si conseguimos tranquilizamos todos un poquito. Si mi clienta me da permiso, os pongo al día de la investigación.

Helena accedió con una sonrisa, sin embargo, aún le quedaba un tema por aclarar con Carlos, así que, le pidió a Lola.

- Necesito hablar diez minutos a solas con Carlos.

Lola se hizo cargo de la situación, ella también necesitaba esos diez minutos para tranquilizar a Héctor, lo cogió de la mano,

- Vamos Héctor, en vez de pedir las pizzas, vamos a buscarlas nosotros mismos.

Héctor la siguió, sumiso casi por primera vez en su vida. Seguía conmocionado por la noticia de la próxima paternidad de Jack. Su cerebro buscaba la fórmula que le permitiese respetar los deseos de Helena pero azuzar a Jack para que volviese inmediatamente desde Londres.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 17

*“No te rindas por favor, no cedas aunque el frío queme, aunque el miedo muerda, aunque el sol se esconda y se calle el viento”*

*Mario Benedetti*

Helena le indicó a Carlos que se sentase y ella lo hizo a su vez enfrente a él. Carlos se apresuró a retirar del alcance de su mano el botellín de cerveza.

- Casi que me la bebo yo... ¿eh?... no queremos emborrachar al bebé – le guiñó un ojo buscando la complicidad de Helena.

- Ay Carlos, – se relajó sonriendo – no sabes lo bien que me hace tu carácter.

- A mandar, señora – y procedió a tomar un buen trago a la espera de que Helena hablase.

- Bueno, el caso es que quiero hablar contigo de mi situación. No llevo ni un mes en la empresa y aquí me tienes – se señaló la barriga – embarazada. Mira, quiero presentarte mi renuncia al puesto de trabajo.

Carlos se quedó alucinado. Su renuncia. A qué coño venía eso ahora. Embarazada y sin pareja, aunque él también era de la opinión de Héctor de que Jack recuperaría a Helena, necesitaba los ingresos del trabajo, por no mencionar la baja maternal y unas cuantas cosas más. Empezaba a conocer a Helena, en estas semanas le había mostrado su corazón honesto y generoso cuando había debatido con ella los distintos casos que lo ocupaban. Al mismo tiempo tenía muy presente su renuncia a reclamar cualquier tipo de indemnización a Anderson & Asociados. Así que sólo había una posibilidad. Se enfadó. Helena estaba suponiendo que al estar embarazada era una carga para él. Lamentablemente la mayoría de las mujeres se enfrentaban a diario a dilemas semejantes en las empresas. Sin embargo le tocaba los cojones que Helena no supiese ya que él no era de esos tipos. Incluso había defendido a su hermana en un despido improcedente cuando ésta le comunicó a la empresa su embarazo gemelar. Ganaron sin apenas despeinarse, pero sabía que eso no era lo habitual. Decidió tenderle una trampa para dejarla al descubierto, luego fingiría montarle el pollo del siglo.

- Entiendo. La declaración de Inés lo cambia todo. Haces bien en hacer lo que yo te recomendé hace días e ir a por Anderson & Asociados con una reclamación económica compensatoria.

Helena se horrorizó ante las palabras de Carlos, había entendido todo al revés, ella no había cambiado de opinión, no quería el dinero de Jack para compensar su falta de ingresos al quedarse sin trabajo.

- Carlos, no he cambiado de opinión sobre la reclamación. Lo único que sigo queriendo es que mi nombre quede limpio.

- Entonces, – decidió fingir extrañeza pero utilizó un tono firme – explícame cómo cojones piensas vivir, sin tu sueldo de secretaria, sin ninguna indemnización por parte de tu anterior empresa y con los pocos meses que te quedan de prestación.

Helena se veía atrapada. Sabía que estaba caminando sobre una cuerda muy fina, como un trapequista sin red de seguridad. Huía hacia delante tratando de involucrar a la menor cantidad de gente posible en su problema.

- Buscaré otro trabajo.

- Perdona si me río en tu cara, bonita. – Siguió con su tono duro - ¿Quieres explicarme quién coño te va a contratar estando embarazada? Sabes que no puedes ocultarlo. No sería legal ni ético.

Helena, abatida, agachó la mirada y no contestó.

- Helena... Mírame a la cara. – Le ordenó, sin volver a hablar hasta que la vio alzar la vista – Tú trabajas para mí. Yo estoy encantado contigo y con tu trabajo. Tu embarazo no supone ninguna diferencia. Cuando puedas ir, irás, cuando tengas revisión médica irás, – recordó sus palabras sobre verse sola en el ginecólogo – yo te acompañaré y si no puedo iré Lola y si no iré Héctor. Cuando necesites coger una baja, la cogerás y yo me las arreglaré o contrataré a alguien para cubrirte. No me ofendas dimitiendo para quitarme la carga de tenerte en el despacho. No pensaba que tuvieses ese concepto de mi persona. Que me insultases de esa manera.

Helena lo miró. Otra vez estaba en la misma posición que con Jack en su día, siendo reprendida por sus inseguridades, por dar por hecho de que tenía que sucederle lo peor. Parece ser que su sino era meter la pata una y otra vez con estas situaciones. Al igual que había hecho en su día, era obligatoria una disculpa.

- Lo siento, Carlos. Por supuesto que no pretendo insultarte, sólo quería no ser una carga para ti, sobre todo después de haber sido tan bueno conmigo al ofrecerme un trabajo cuando más lo necesitaba.

- Ay... Helena, te perdono. Pero tienes que ser consciente de lo que vales. Es cierto que yo te contraté, pero no te pago por asistir al trabajo, te pago por trabajar y cumples a la perfección con tu cometido.

- Es algo que debo mejorar. Tengo muchas inseguridades. Jack me lo decía siempre. Con él también metí la pata unas cuantas veces – le confesó apesadumbrada.

- Bueno, tanto Jack como Héctor y como yo, somos protectores por naturaleza. Machos alfa, como vosotras decís. Por eso creo que te viene bien estar con él, os complementáis bien. No es que no nos atraiga una mujer fuerte, segura e independiente. Pero creo que tu carácter, el de Lola, o vuestras circunstancias... ¿Quién sabe?... simplemente, nos gusta cuidar de vosotras.

- No me consideraba débil, no creo que Lola no sea fuerte, simplemente que la vida ha puesto unas cuantas dificultades en nuestro camino, y las hemos superado, o por lo menos lo hemos intentado.

- Puede ser... - concedió Carlos – pero nosotros pensamos que nuestro deber es estar a vuestro lado, por eso Héctor está fuera de sí. Sabe que lo correcto es que Jack y tú, y ahora vuestro bebé, estéis juntos. Él sabe que os pertenecéis, yo también lo sé, pero Héctor es el peor de los tres. ¿Me equivoco Helena? – Le cogió la mano por encima de la barra y le preguntó con dulzura - ¿Ya no perteneces a Jack?

Helena no pudo negar que aún pertenecía a Jack. Su cuerpo lo añoraba por las noches. Su corazón lo añoraba todo el tiempo. Se sentía una mitad incompleta pero no era capaz de verbalizarlo todavía. Pero Carlos era una buena persona y se merecía una respuesta honesta.

- No te equivocas. Pero no puedo permitirme sentir por encima de todo. Tengo que usar la cabeza y dejar de lado el corazón.

- Puedes hacerlo un tiempo, pero, nena... cuando Jack vuelva arrastrándose, no te dará tregua. No tendrás opción.

Helena sabía que Jack era una fuerza arrolladora que había cogido todo lo que podía de ella en un tiempo muy corto. Sólo esperaba que, si todos llevaban razón y ella era la que se equivocaba, tuviese fuerzas suficientes para no ceder a las primeras de cambio. Tuvieron que finalizar sus confidencias porque Héctor y Lola llegaron con las pizzas.

Tras cenar, ya con los cafés y una infusión de menta poleo para Helena, Carlos pasó a explicarles lo sucedido esa tarde desde que recogieron a Inés en el tren. Helena escuchó conmovida cómo su compañera se había horrorizado por todos los acontecimientos, desde constatar que el incidente en el partido había sido provocado con información procedente de la empresa, hasta la manera en que había actuado Jack. En una charla informal en la cafetería de la estación les esbozó un relato idéntico al de Helena hasta el momento en el que ésta había abandonado la zona de dirección acompañada de Rebeca. Lo que Inés no pudo confirmar fue la llamada de Jimena solicitando los menús olvidados, ya que ella se encontraba reunida con Jack en su despacho. Sin

embargo les aseguró que ponía la mano en el fuego por Helena. Los inspectores incluso sonrieron ante la osadía de Inés al exigirles que no dieran credibilidad al testimonio de Jimena y de Rebeca ya que si ya habían mentido en lo del desmayo perfectamente podían mentir en todo lo demás. A pesar de que se casi anochece cuando terminó su relato y los inspectores la emplazaban al sábado, para prestar declaración oficial, Inés se negó en rotundo anunciando que cuanto antes le tomasen la declaración, antes podían aclarar la verdad y no acosar más a una pobre chica inocente como Helena. A Carlos le costó Dios y ayuda convencerla de que no era conveniente que visitase a Helena para transmitirle su apoyo, al final tuvo que argumentar que tal visita podía volverse en contra de ella, que le venía mejor no tener contacto con las personas vinculadas al caso hasta que estuviese fuera de toda sospecha. Inés accedió no sin antes exigirle que le transmitiese a Helena todo su cariño y la promesa de que en cuanto todo terminase la visitaría. Mientras el inspector Ferreras acompañaba a Inés al coche para dirigirse a la comisaría, el inspector Hernández agradeció a Carlos su ayuda para localizar a la testigo y le anticipó, off de record, que en cuanto tuviesen la declaración oficial, citarían a Rebeca y a Jimena para interrogarlas de nuevo y presionar un poco a ver si alguna de las dos flaqueaba en su testimonio. Carlos le pidió que por favor le mantuviese informado aunque fuese fin de semana y se puso a disposición de la Policía para cualquier otra cosa en la que pudiese ser de ayuda.

- Así que, supongo que este fin de semana o el lunes como muy tarde, podremos comprobar si se mantienen firmes en su testimonio o si alguna de las dos decide cambiarlo – finalizó Carlos.

- Resumiendo – recopiló Héctor dirigiéndose a Carlos – sabemos que tal y como dice Helena, Harry y Jimena están claramente involucrados en el tema, lo que no entiendo es qué motivación puede tener Rebeca para ayudarlos. Sé que lleva años trabajando para Anderson & Asociados, no puedo imaginar que se arriesgue a perder su puesto.

- Por eso creo que será la primera en confesar la verdad de toda esta historia. De la implicación de Harry no cabe duda, la Policía no me ha querido confirmar el motivo, pero tienen algún otro dato, aparte del testimonio de Helena, que les hace sospechar de él. Por otro lado, está desaparecido, lo mismo que el guardia de seguridad involucrado. Coincidencia ¿no?

Helena estaba agotada, ya no podía seguir el ritmo de los razonamientos de Héctor y de Carlos. Lola se percató de su gesto cansado y actuó en

consecuencia.

- Bueno, parece que hoy no podremos esperar nuevas noticias, así que, os propongo que dejemos a Helena descansar, está agotada y en su estado necesita dormir todo lo que pueda.

Carlos y Héctor se pusieron en pie con rapidez, molestos ambos por no haber sido ellos los que se percatasen del cansancio de Helena y se excusaron con rapidez. Helena los tranquilizó a ambos pero, a pesar de asegurarles, jurarles y perjurarles que estaría bien sólo consiguió que se marchasen al prometerles que pasarían la tarde del sábado los cuatro juntos paseando por el Retiro.

Héctor esperaba a que Lola terminase de ducharse recostado en el sofá del apartamento, tenía su móvil en la mano y le daba vueltas a la idea de hablar con Jack, su dedo se deslizaba arriba y abajo de la pantalla pasando los contactos a toda velocidad. Quería hablar con él, quería contarle todo lo que habían averiguado sobre la investigación, por otro lado, si lo hacía, traicionaría la confianza de Helena y de Carlos, que habían hablado sin tapujos delante de ellos sobre su defensa. Pero se trataba de Jack, su mejor amigo, su hermano... valorando el dilema en el que se encontraba le llegó el aroma a rosas de Lola y tras él escuchó su voz, sintiendo que una mano se apoyaba en su hombro.

- No lo hagas, Héctor.

- ¿El qué? – intentó ganar tiempo.

- Llamar a Jack, hablar con él, contarle lo que sabemos.

- Es mi mejor amigo...

- Lo sé... - Lola suspiró y caminando desde detrás del sofá se sentó en su regazo – pero hay muchos motivos por los que no debes hacer esa llamada. En cuanto a la investigación, Jack también tiene abogados, su padre está aquí al cargo de todo y sin duda, lo mantendrá informado de las novedades. En cuanto a lo del embarazo de Helena, únicamente le corresponde a ella contárselo, no tenemos derecho a robarle ese momento, aunque sepamos que ambos pasarán un mal trago, no estaría bien entrometernos.

Héctor acarició la espalda de Lola por encima de la bata de raso que se había puesto tras la ducha, olía tan bien, la bata dejaba al descubierto el encaje azul del escote del camisón que llevaba y que era del mismo azul que los ojos que lo observaban preocupados. Sabía que Lola notaba su erección contra su muslo, Héctor nunca intentaba ocultarle lo que la deseaba y hoy la deseaba mucho. La sostuvo por la nuca y la acercó para besarla, los labios de



Lola lo esperaban ya entreabiertos y la lengua de Héctor no se demoró en deslizarse a su interior para saborearla. Lola gimió y acarició los brazos de Héctor que la sostenían con firmeza. Hasta ahora se habían limitado a besarse y a acariciarse como dos adolescentes, pero Héctor siempre se contenía cuando estaban al borde del punto de no retorno. Lola agradecía que fuese él quien llevase el mando, pero la realidad es que llevaba días frustrada, deseaba a Héctor pero no sabía cómo actuaría ella en el momento en el que ambos estuviesen en la cama totalmente desnudos. Por otro lado, sabía que Héctor se aliviaba todas las noches en la ducha antes de acostarse para dormir con ella, era un hombre terriblemente viril, con un gran apetito sexual y temía perderlo por su indecisión. Volvía a sentirse segura con un hombre, no sólo físicamente, se sentía cuidada, protegida al tener a alguien a su lado pendiente de sus necesidades y que, a la vez, la escuchaba y tenía en cuenta sus opiniones. Quería devolverle a Héctor parte de ese cuidado, quería ser una mujer completa para él. Si lo pensaba mucho, nunca lo haría así que se armó de valor y se separó un poco para mirarlo a los ojos.

- Quiero que me hagas el amor hoy – observó cómo los ojos negros de Héctor se abrían por la sorpresa.

El miembro de Héctor palpitó contra el muslo de Lola al oír sus palabras. No las esperaba. A pesar de que cierta parte de su cuerpo estaba ansiosa por obedecer, otra parte más racional, su cerebro, tomó el mando y cuestionó la petición. No creía que fuese una demanda provocada al cien por cien por el deseo. Sabía que Lola estaba abriéndose poco a poco a él, que en muchas ocasiones, sobre todo en las últimas semanas, sus caricias la dejaban ansiosa de recibir más. Sin embargo, Héctor pensaba que tras la petición de Lola se escondía en parte un ansia por satisfacerlo a él, por darle lo que ella pensaba que él necesitaba y por miedo a perderlo si no se lo daba pronto. Sabía que no iba a tardar mucho en tenerla en su cama, pero no sería hoy, ni en su apartamento. Ni por supuesto sería por motivos distintos a la búsqueda del placer mutuo. Así que actuó para desenmascararla. Simplemente, sin apartar la mirada de sus ojos, acarició su muslo lentamente, arriba y abajo, la obligó a separar un poco las piernas, la bata se abrió, sin previo aviso extendió la palma de la mano por encima de la suave tela del camisón abarcando todo su sexo y presionó ligeramente. Lola no lo esperaba y se tensó, crispó las manos sobre los brazos de Héctor y aguantó la respiración. Héctor apretó la mandíbula, maldiciendo al hijo puta de su exmarido. Suavemente, sin dejar de mirarla ni un instante, su mano ascendió acariciando su vientre, subió y

alcanzó sus pechos, los acarició con las yemas de los dedos como si de una pluma se tratase, para ascender de inmediato por su garganta y sostenerle la cara en una caricia para evitar que le rehuyese la mirada.

- Pronto. Más de lo que piensas, pero hoy no.

Lola, excitada, temblorosa por su caricia y preocupada por su negativa planteó su pregunta.

- ¿Por qué no?... yo te deseo.

- Y yo deseo estar dentro de ti más que nada en el mundo. Pero sólo cuando el placer no te deje pensar ni te permita desear otra cosa que no sea sentirme dentro de ti – la besó ligeramente para acallar su réplica – sé que me deseas, también sé que tienes miedo a perderme si no nos acostamos pronto, sé que quieres consolarme porque estoy preocupado por Jack. ¿Verdad?

Lola no pudo hacer otra cosa que asentir.

- Pues te lo agradezco, pero no voy a tenerte así, un día cualquiera. Tendremos nuestra primera noche en una cita especial, en un lugar especial. Quiero que esa noche borre de un plumazo de tu cabeza y de tu cuerpo esas otras noches, para que tu piel sólo recuerde mi tacto y el de nadie más.

Lola derramó una lágrima emocionada por las palabras de Héctor. Sabía que cualquier otro hubiese tomado su ofrecimiento sin pararse a pensar ni un minuto, pero él había notado sus reservas. Planeaba algo especial para ella. Era un regalo inesperado, ella ya sabía que después de esa noche volvería a ser una mujer completa para él y sólo para él.

- ¿Pronto? – le preguntó temblorosa.

Héctor la besó con ternura. Mañana empezaría a organizar la cita perfecta.

- Pronto. Pero será una sorpresa – le dio una palmada en el culo – vamos a dormir.

Lola necesitaba aclarar un par de cosas antes.

- En cuanto a lo de Jack...

- Está bien – suspiró – he estado pensando. En cuanto sepa que la Policía deja de investigar a Helena, me cojo un vuelo y lo traigo de vuelta – levantó una mano para que le permitiese terminar – sin mencionar las circunstancias.

Lola lo besó dulcemente.

- Gracias.

El sábado, algo más descansada a pesar de haberse dormido de nuevo añorando el abrazo de Jack, tuvo un sueño reparador. Helena estaba dispuesta a disfrutar de una tarde de paseo con sus amigos. El retiro estaba precioso, era un día de primavera con una temperatura que invitaba a salir a tomar aire

fresco. Ella y Lola caminaban delante de los chicos, mientras ellos debatían sobre alguna cuestión relativa a las empresas de Héctor, las dos amigas simplemente disfrutaban de un paseo silencioso sumidas en sus pensamientos. Lola, rememorando las palabras de Héctor sobre su cita especial, admirándose por la suerte de que, sin buscarlo, Héctor hubiese aparecido en su camino. Por su parte Helena, procuraba dejar la mente en blanco, pero era cosa hartamente difícil, ya que, en su campo de visión, en todos los paseos y jardines que atravesaban, sólo había parejas empujando carritos de bebés. Mamás y papás orgullosos de sus pequeñines, calmando su llanto y haciéndoles muecas para sacarles una sonrisa babeante. Parecía verdad el dicho de que cuando una está embarazada se encuentra con bebés en todos los lados, y es que, antes, nunca se había fijado demasiado en esos papás primerizos de desprendían felicidad. Helena sentía pena de no poder compartir ese momento con el padre de su bebé, sentía envidia sana al ver a esos papás pasear, rodeando por los hombros a las mamás que empujaban el cochecito con el bebé. Instintivamente y, por primera vez, realizó un gesto típico de las embarazadas, posó su mano de manera protectora sobre su vientre. Lola vio el gesto y adivinó los pensamientos de su amiga, sobre todo cuando se percató de que, hasta llegar a su destino, que no era otro que el precioso Palacio de Cristal, se habían cruzado con un montón de parejas con bebés. Se sentaron enfrente del Palacio, esperando a Héctor y a Carlos que se habían rezagado, y admiraron su majestuoso porte.

- ¿En qué piensas? – le quiso preguntar Lola pese a estar segura de su respuesta.

- En que en ocho meses, seré yo la que lleve a pasear a mi bebé los domingos por el parque.

Lola posó una mano en la que Helena seguía teniendo en su vientre y la acarició.

- Lo harás muy bien, cariño – la tranquilizó.

- Lo haré lo mejor que pueda – reflexionó Helena – pero nunca lo haré tan bien como ellos - le indicó con un gesto a una pareja que justo pasaba por delante de ellos.

Lola sentía que Helena empezaba a ablandarse, ya no ocultaba su añoranza por Jack, a pesar de que seguía hablando de criar al bebé ella sola, así que decidió que ella también podía ayudarlos y, al mismo tiempo, echarle una mano a Héctor en la tarea de volver a unirlos.

- ¿Es lo que deseas Helena? – Ante el gesto extrañado de su amiga

prosiguió – Sabes que nosotros estaremos contigo en todo momento, pero al fin y al cabo, será tu responsabilidad. ¿Deseas pasar tu sola todo el embarazo, deseas parir y criar a tu bebé sola?

- ¿Acaso puedo desear otra cosa?, dime la verdad Lola, ¿Acaso puedo esperar otra cosa?- preguntó con la voz estrangulada.

- Sí puedes – la rodeó dándole un ligero abrazo – puedes desear y puedes esperar otra cosa. Y, en el fondo, deseas y esperas otra cosa, aunque aún no estés preparada para afrontarlo.

- Tú me dijiste una vez que los príncipes azules no existen o se convierten en ranas – le recordó Helena con el corazón latiendo a toda velocidad por casi desvelar que seguía queriendo a Jack.

- Me equivoqué – Lola le sonrió señalando a Héctor y a Carlos que ya se acercaban a ellas – el mío viene por ahí, y el tuyo, cariño... no tardará en llegar.

Carlos venía hablando por el móvil, Helena pudo escuchar cómo se despedía de su interlocutor.

- Ok. De acuerdo inspector. El lunes a las nueve de la mañana estaremos ahí. Sí, toda una sorpresa. Agradable para nosotros, sin duda. Agradezco su llamada Hernández, que sepa que le debo una y se la devolveré cuando lo necesite. Buenas tardes.

Al colgar, se giró para mirar fijamente a Helena, abrió los brazos y no pudo ocultar una gran sonrisa.

- Nena... ven aquí, se acabó, finito, the end... ¡estás fuera de la investigación!

Helena se levantó como una autómatas, aún con el corazón latiéndole a mil por hora por la conversación mantenida con Lola, literalmente se quedó bloqueada, casi sin respiración, empezó a hiperventilar.

- Hostia puta... Helena...

Héctor se soltó del abrazo de Lola y corrió a obligarla a sentarse, al igual que había hecho semanas atrás, la obligó a respirar despacio.

- Venga preciosa... respira, despacito... dentro ... fuera... otra vez, como el otro día... eso es ... dentro... fuera... despacito...

Al igual que en la mañana en que la encontraron en el campo, la voz serena y autoritaria de Héctor penetró en su cerebro bloqueado y consiguió empezar a respirar con normalidad, sin embargo, notaba un zumbido en los oídos, sabía lo que significaba porque ya le había sucedido antes, una bajada de tensión.

- Eso es... preciosa.... Estás pálida...

Héctor estaba de los nervios. Lola se agachó a su lado.

- Es un bajón de tensión, recuéstala en el banco – le ordenó.

Así lo hicieron, la obligaron a recostarse, Héctor le sostuvo las piernas en alto, Carlos comenzó a abanicarla con un pañuelo mientras Lola le refrescaba la cara una toallita húmeda. En unos minutos el color volvió a su cara y Helena pidió incorporarse.

- Estoy bien. Ya pasó. Fue un bajón de tensión. Gracias.

- ¿Has comido? - Carlos sonaba preocupado – Joder, nena... te dije que te cuidases...

- Comí un poco... pollo a la plancha... tenía el estómago revuelto – intentó explicarse Helena.

- Pues joder... me cago en tó... pues ahora vas a merendar de lo lindo... verás tú. Nos vamos a meter entre pecho y espalda dos docenas de churros. ¡Yo invito! Vamos y os cuento – la besó en la cabeza y la abrazó con fuerza – se acabó nena... vamos a celebrarlo.

Lola y Héctor los siguieron en silencio mientras abandonaban el parque.

- Me alegro tanto por ella... - al fin Lola respiró aliviada – un problema menos al que hacerle frente.

Héctor le cogió la mano y se la besó.

- Me voy a Londres esta noche. Voy a pillar el último vuelo. Tengo que traerlo de vuelta, esto lo va a destrozar.... Y aún le espera más al volver. ¿Estarás bien sin mí?, me jode dejarte sola, no me gusta irme sin tener controlado al hijo puta de tu ex marido.

- Ve, ve y trae a Jack de vuelta – lo tranquilizó – yo estaré bien, mañana estaré en casa y el lunes sabes que cierro. Además el martes tengo la mañana llena de citas, es más, es cuando viene Anne por lo del regalo de su cumpleaños.

- Vale, pero igual mando a Luis que se pase a verte. Te dejaré su número por si necesitas algo o ir a algún sitio. Me quedo más tranquilo.

- No es necesario que lo molestes – al ver su gesto duro y cómo apretaba la mandíbula decidió ceder – pero si así te vas más tranquilo que se pase cuando quiera.

Héctor no se molestó en decirle que le importaba un huevo y parte de otro que accediese a su petición, iba a pedirle a Luis que la vigilase de todos modos. No se fiaba de su exmarido ni un pelo.

Ya acomodados en la terraza de la Chocolatería Ginés y dando buena cuenta de la merienda. Carlos les explicó, entre churro y churro, lo sucedido

en las últimas horas. El inspector Hernández le había informado de que, tras tomarle declaración oficial a Inés, se disponían a acompañarla a su domicilio cuando se encontraron con que el detective Tomás necesitaba hablar con ellos urgentemente. Tras solicitarle a un coche patrulla que llevase a Inés a casa, se reunieron en la sala de interrogatorios dónde el detective les informó que la empresa Anderson & Asociados le había encargado una investigación paralela sobre lo sucedido, y tras muchas pesquisas sobre el guardia de seguridad fugado, había encontrado una relación entre él y Harry. Al parecer, ambos se conocían de haber coincidido en algunos clubs, donde por la noche, el juego, las mujeres y las drogas eran el denominador común. Al parecer, se hicieron compañeros en distintas partidas de póker a lo largo del tiempo, sin embargo, su contacto en la noche le había confirmado que el guardia tenía una deuda económica con Harry, ya que éste le prestaba dinero para jugar. Participaban en timbas en las que el salario del guardia de seguridad apenas cubría las cantidades apostadas. Este contacto, que no quería saber nada de la policía, aseguraba haberlos visto semanas antes del partido charlar animadamente en uno de los apartados del club. Después de eso, una de las chicas, la preferida del guardia, le había comentado a las demás que su amigo iba a ganar mucha pasta y se iban a largar de allí. Los inspectores ya estaban detrás de esa pista, pero además, al parecer, hacía algunos días al revisar los registros de los hoteles, habían encontrado que, desde hacía un par de meses, Harry se veía en él dos o tres de veces por semana con una mujer, esa mujer no era otra que Rebeca. Con esa información, la habían citado para declarar, en principio lo había negado todo pero tras presionarla un poco, les confesó entre lágrimas, que había iniciado una relación sentimental con Harry hacía un par de meses, le había prometido el oro y el moro, se había enamorado de él y había accedido a grabar sus encuentros sexuales. Posteriormente Harry la había extorsionado con enviar los videos a Jack, con el fin de que lo ayudase en la farsa para hacerse con unos documentos de Anderson & Asociados. Le había dado instrucciones específicas a ella y a Jimena sobre cómo proceder para involucrar a Helena en todo el follón. El plan les había salido a la perfección, sin embargo, cuando Rebeca se enteró de para qué se había usado esa documentación sustraída, Harry ya no contestaba sus llamadas y Jimena le había aconsejado pactar su testimonio para salir ambas indemnes de la investigación. Reteniéndola en comisaría, llamaron a Jimena a declarar, ésta había acudido hacía un par de horas acompañada de un abogado que le aconsejó colaborar con los inspectores. Ella confirmó la declaración de

Rebeca y las intenciones ocultas de Harry de eliminar a Helena del entorno de Jack para facilitar un matrimonio entre el empresario y Jimena. Les confesó que Harry se había escondido con su compinche, pensaba que en Portugal, pero no había tenido contacto con él desde el día del partido, cuando hablaron por teléfono tras los incidentes, Harry le había dado a Jimena las instrucciones sobre lo que decir y cómo proceder en la investigación. Ambas mujeres ya habían prestado declaración ante el juez encargado del caso, que estaba de guardia. Las había dejado en libertad pero acusándolas de colaboradoras necesarias para la comisión de un delito.

- El lunes a las nueve de la mañana tenemos que ir a comisaría, te devolverán tus cosas y te confirmarán que quedas libre de toda sospecha – finalizó Carlos.

Esa noche, todos se fueron a dormir con la historia de la traición en su cabeza. Sin embargo, dos de ello apenas descansaron.

Helena, había perdido el sentido del tiempo, llevaba varias horas en el sofá, a oscuras, su cabeza repetía una y otra vez la historia que Carlos les había contado. Si se la contasen como argumento de una película, de esas que ponían los sábados a la tarde, daría el pego perfectamente. Niños ricos y malcriados, conspiraciones para atrapar maridos, extorsiones y chantajes. Y una víctima, ella. Iba para dos meses desde que había tropezado con Jack en el vestíbulo de Anderson & Asociados. Ese traspie había desencadenado una cadena de acontecimientos que habían cambiado su vida para siempre, nunca una palabra había sido tan acertada. Ese traspie le había traído un bebé, un hijo para toda la vida. Estaba aliviada por verse libre de toda sospecha, sin embargo, no se sentía como esperaba. No era feliz, no, esa no era la palabra, estaba feliz por el embarazo, pero estaba terriblemente asustada, aún más que cuando Carlos le había comunicado que era una de las sospechosas en la investigación. En su cabeza resonaban también las palabras de Lola asegurándole que tenía derecho a esperar y a no querer criar sola al bebé. Helena sabía que seguía enamorada de Jack, no había conseguido olvidarlo en estas semanas de ausencia. La cuestión era si, en el caso de que Jack volviese a España, ella podría perdonarlo. No dudaba de que Jack le iba presentar sus disculpas, era un caballero y tendría que reconocer su error. Confiaba en que era capaz de perdonarlo, incluso de reconocerlo como una víctima en los planes de Harry. Pero el perdón no bastaba para olvidar las acusaciones de traición a la empresa, de infidelidad. La cobardía de huir y mantenerse al margen, la soledad de todas estas noches, el miedo a la investigación, la

angustia por el embarazo. El enfado por la acusación de entregarle la documentación a Harry se había esfumado, había desaparecido desde el mismo instante en el que Carlos le comunicó que no era sospechosa. El dolor por el abandono de su pareja no había desaparecido, quizá era un poquito mayor cada día, a la vista estaba, sin poder dormir, sin apenas apetito. Hoy su cuerpo la había avisado con un bajón de tensión, no iba a jugar con su salud, ya no era solo suya, era de su bebé también. Necesitaba tranquilidad, una rutina estable de trabajo y de casa. Laura le había dicho que el primer trimestre era fundamental, ella no quería poner en riesgo a su bebé. Jack no iba a aportarle esa tranquilidad emocional, no podía, ya que había desconfiado tanto de ella que era ella ahora la que no podía fiarse de la palabra de Jack, de aquel lo haremos bien y no te dejaré caer. Pues bien, ni lo había hecho bien, ni la había sostenido en la caída. Con ese pensamiento se durmió casi a las cinco de la mañana.

Héctor, volando hacia Londres y llegando a su hotel a altas horas de la madrugada, planificaba al detalle cómo se enfrentaría a Jack al día siguiente. Conocía a Paul y había estado en su casa en otras ocasiones, a pesar de ello, no consiguió hablar con ninguno de los dos durante todo el día. El maldito mayordomo se limitaba a informarlo de que los señores y el señor Anderson habían salido, que tomaba nota de su mensaje y que le sería entregado a su señor a su vuelta. Maldijo su suerte al verse obligado a esperar en el hotel, cuando llegó la noche se dio por vencido y decidió que al día siguiente a primera hora se presentaría en la mansión de Paul y esperaría allí hasta verse con Jack, ni aquel obstinado mayordomo inglés iba a impedirselo.

\*\*\*\_\*\*\*



## CAPITULO 18

*“Hay tres cosas que no se pueden ocultar por mucho tiempo. El sol, la luna y la verdad”*

*Buddha*

El lunes Helena había pasado toda la mañana fuera del despacho. Primero, Carlos la había acompañado a la comisaría. Allí los inspectores le devolvieron todo lo que se habían llevado de su apartamento, le aseguraron que había dejado de ser sospechosa para pasar a ser un testigo en la investigación, le agradecieron su colaboración y le desearon suerte en su futuro. Luego, Carlos había insistido en que se tomase el resto de la mañana libre y que no regresase al trabajo hasta después de la comida con Laura. Helena había aprovechado la mañana para pasear por los alrededores de la consulta de Laura, se tomó una infusión en una terraza disfrutando de los rayos de sol primaverales. Más tarde, se detuvo en una floristería cercana y le compró a Laura una orquídea para agradecerle el cariño con la que la había tratado. Mientras la esperaba en el portal, no se había visto con fuerzas para enfrentarse de nuevo a más parejas amorosas, recordó la orquídea que le regaló a Lucía y la promesa que le había hecho a Anne de llevarle una orquídea rosa algún día. Se entristeció por la niña, sabía que Anne se había encariñado con ella y no desconocía cómo le habrían explicado que ya no iba a ser su tutora. A Laura le había encantado su regalo. Comieron en un restaurante cercano, Laura ejerció de madre eligiendo el menú que Helena debía degustar dado su estado y la instó a no dejar ni un resto en el plato. Helena seguía sin apetito y no fue capaz de terminarlo, tuvo que rogarle a Laura que no la obligase a comer el resto. La doctora accedió pero no sin antes sermonearla sobre la importancia de realizar cinco comidas regulares durante el embarazo. Al día siguiente se volverían a ver, Helena tenía su analítica. Ahora, tras el esfuerzo por comer, tenía sueño, intentaba leer un farragoso documento sobre la fusión de dos empresas y no acertaba a introducirlo correctamente en el ordenador. El timbre sonó y distraída abrió con el botón que tenía bajo su mesa, pensando en que Carlos volvía temprano de comer. Cuando levantó la cabeza se espabiló al tiempo que su rostro perdía todo el color, se levantó lentamente de la silla al ver cómo Henry se acercaba a ella con expresión seria.

A Henry le dolió la expresión asustada y la palidez en el rostro de Helena. Esta mañana le habían informado de las conclusiones de la investigación. Había tenido una fuerte discusión con Lucía porque ella le había recriminado

el trato que le habían dispensado a Helena. Por enésima vez le había reprochado el haber advertido a Jack con tanta insistencia contra las caza fortunas, y ésta vez, tras haber llamado por teléfono a Carlos, el abogado de Helena y amigo de Jack, para tantearlo sobre la negociación de una compensación para la chica, había aceptado el reproche de Lucía. Carlos le informó que no iban a iniciar ninguna reclamación de cantidades contra Anderson & Asociados, que su clienta, ahora su empleada, sólo quería ser declarada inocente y seguir con su vida. La segunda llamada que había hecho fue la más dura de su vida. Henry sabía que Jack estaba muy enamorado de Helena. Estaba muy preocupado porque su hijo se había mantenido en silencio mientras recibía su informe, al finalizar, simplemente colgó y Henry comprobó que había apagado el teléfono ya que no pudo volver a contactar con él en toda la mañana. Estaba arrepentido por haber influenciado tanto en su hijo por miedo a que le sucediese a Jack lo mismo que a Rex, y muy dolido de que esa idea, que él había introducido machaconamente en su cabeza, hubiese derivado en que Jack asumiese como segura la traición de Helena, provocando un daño innecesario a ambos jóvenes.

- Helena... buenas tardes. No pretendía asustarte – extendió las manos al frente disculpándose – supuse que estarías trabajando.

- Buenas tardes Henry.

Helena estaba satisfecha de que no le hubiese temblado la voz como le temblaban las piernas y el corazón. No entendía qué hacía Henry allí, quizá hubiese ido a ver a Carlos.

- Carlos aún no ha llegado, si venías a hablar con él...

- Lo sé – Henry se pasó una mano por su pelo. Aquello era más difícil de lo que pensaba – hablé con él esta mañana. De hecho vengo a verte a ti.

- No tengo nada que decirte Henry – procuró seguir sonando serena y dueña de sí aunque el estómago estaba comenzando a rebelarse y se llevó la mano a él.

- Sin embargo, yo sí quiero decirte algo si me lo permites – le preocupaba el gesto descompuesto de Helena, sin embargo ésta asintió – Vengo a pedirte disculpas, de hecho son dos disculpas. Primero, como presidente de Anderson & Asociados, te pido disculpas por haberte acusado y despedido por unos hechos en los que, claramente no has tenido nada que ver. Todo lo contrario. Has sido una víctima de las maquinaciones de otros. Segundo, como padre de Jack – los ojos de Helena se llenaron de lágrimas y él lamentaba no poder abrazarla y darle consuelo – te pido disculpas por haber, como lo diría..., por

utilizar las palabras de mi mujer... predispuesto a Jack a esperar la traición de las mujeres que se le acercasen. Podría alegar en mi defensa que hay una historia familiar detrás que lo justifica, pero esta mañana pude comprobar que en eso también estaba equivocado.

Helena se secó las lágrimas que mojaban sus mejillas, no quería sollozar delante de Henry, se limitó a asentir con la cabeza y aprovechó que Carlos acababa de acceder al despacho para salir corriendo y encerrarse en el baño a vomitar toda la comida mientras lloraba desconsolada.

Carlos observó la estampida de Helena hacia el baño, le había dado tiempo a ver su expresión descompuesta. Le tendió la mano a Henry.

- Henry, no te esperaba tan pronto – El padre de Jack le estrechó la mano – dime qué puedo hacer por ti.

Henry admiró la templanza del amigo de su hijo al tiempo que advirtió su gesto protector hacia Helena.

- Sólo he venido a disculparme con Helena. Quería hablar con ella a solas, sabía que si estabas delante no iba a poder hacerlo como yo quería, espero que no me guardes rencor por ello. Quiero darte las gracias por cuidarla, por creer en ella. Veo que te importa.

Carlos sonrió para sí, Henry era un perro viejo. Muy sutilmente estaba intentando averiguar si Carlos sentía algo por Helena que pudiese suponer un obstáculo para su hijo. Estuvo tentado a admitirlo sólo por devolverles una mínima parte de la angustia que le habían causado a Helena, sin embargo, tenía aprecio por su nariz y no quería que Jack se la rompiera en cuanto volviese a España. Además se había comprometido a hacer todo lo posible por allanarle el camino a su amigo.

- Podría engañarte, decirte que estoy loco por Helena y que voy a intentar algo con ella, tan sólo por tomarme la revancha por lo que ha sufrido estas semanas. Sin embargo, la verdad es que estoy cuidándola para Jack, igual que Héctor. Ahora, si me disculpas, creo que me necesita.

Henry asintió encajando el golpe y cuando abrió la puerta del despacho se volvió y lo llamó.

- Carlos... gracias, Jack no podía tener mejores amigos – y cerró la puerta al salir.

Carlos llevó a una Helena destrozada a su apartamento, llamó a la puerta de Lola con la esperanza de que estuviese en casa y se alegró que fuese el día libre de la peluquera. La puso al tanto de lo sucedido y entre los dos, la acostaron y no se movieron de su lado hasta que se durmió. Una vez salieron

de la habitación Lola se ofreció a quedarse toda la noche pendiente de Helena.

- ¿Vendrá Héctor después?

- No – Lola negó con la cabeza y procedió a informar a Carlos de los planes de Héctor – ayer voló a Londres, quiere traer a Jack de vuelta cuanto antes.

- Hijo de puta... - maldijo Carlos – no me avisó...

Lola lo tranquilizó apoyando una mano en su brazo.

- Sólo va a traerlo, no va a contarle nada. Me lo ha prometido. Sin embargo, a estas horas aún no ha conseguido localizarlo. Su amigo Paul, dice que esta mañana recibió una llamada y salió de casa sin mediar palabra y no ha regresado. Si no aparece para cenar, saldrán a buscarlo.

- Ojalá tenga suerte... pero me da miedo Helena, si se ha puesto así sólo por ver a Henry no quiero pensar en cómo reaccionará cuando tenga a Jack delante.

Lola le hizo la misma reflexión que le había hecho a Héctor hace días.

- Nosotros no podemos evitarles el mal trago, ni a Helena ni a Jack. Es su momento. Sólo podemos apoyarlos decidan lo que decidan hacer con sus vidas.

En Londres, Héctor y Paul se disponían a salir en busca de Jack, cuando Hobson, el mayordomo de la familia, abrió las puertas del salón de la mansión que la familia de Paul tenía en el selecto barrio de Chelsea al tiempo que acompañaba a un Jack desencajado. Jack entró en el salón. Hobson cerró las puertas para darles intimidación tras intercambiar una mirada con Paul.

Jack caminó lentamente por el salón, si se sorprendió de ver allí a Héctor no lo manifestó.

- Héctor, Paul... - les saludó con voz ronca.

- Estás borracho... - apuntó Paul observando el desastre que tenía antes sí. La camisa por fuera de los pantalones, los ojos vidriosos, la voz tomada – Te daría una paliza por el disgusto que le has dado a Susan al desaparecer sin más. Pero... - volvió a repararlo con la mirada – juraría que no te importaría.

- Y no te equivocarías. – Le aseguró Jack – Luego me disculparé con ella y, no, no estoy borracho. Puede que entre las doce y las tres de la tarde sí lo estuviera. ¿Te acuerdas del Pub al que íbamos cuando viví aquí? – No esperó a que Paul le contestase - ¿Puedes creer que el mismo Charly sigue tras la barra sirviendo una pinta tras otra?

Héctor atendía a la conversación cortés entre los dos amigos. ¡Todo muy inglés! Bufó para sí. Ese no era su estilo. Él sí tenía verdaderas ganas de darle

un puñetazo a Jack y espabilarlo, estaba valorando los objetos de valor que podían salir perjudicados en la pelea cuando su amigo se dirigió a él.

- Héctor... no esperaba verte aquí.

- Me cago en todo Jack... - intentó contenerse – he venido para llevarte a casa. Tenemos el vuelo de regreso mañana a la una del mediodía.

- ¿Te manda mi padre?

- ¡Qué coño tu padre!... No lo veo desde hace semanas. Vengo a buscarte para que arregles de una puta vez lo que has jodido a base de bien, así que duerme la puta mona y ponte las pilas.

Paul decidió calmar los ánimos de Héctor, temía que el carácter latino del amigo de Jack estallase de su contención y llegasen a las manos.

- Caballeros... Vamos a sentarnos y, Jack te agradecería que me contases por qué necesitabas emborracharte. Sé que algo ha pasado en España, algo más que ese incidente en el partido, que no sé en París, pero desde luego aquí no era excusa suficiente para tu visita. Hace más de una semana que has finalizado tus obligaciones aquí. Susan y yo sabíamos que necesitabas privacidad, pero creo que ambos merecemos una explicación.

Jack alternó la mirada ente sus amigos percibiendo la furia que Héctor no ocultaba y la misma furia ocultada por la flema británica de su amigo Paul, agradecía que su amigo inglés no le hubiese dado un puñetazo nada más verlo. Susan lo era todo para Paul y el hecho de que Jack la hubiese disgustado lo irritaba profundamente. Él también lo lamentada, empezaría por pedirle disculpas, las primeras de muchas que tendría que dar en los próximos días. Tras la llamada de su padre, había conducido como un loco hasta las afueras de Londres, se había detenido en el arcén de una carretera comarcal, con la única compañía del inconfundible paisaje de la campiña inglesa, se bajó del coche y se echó a correr cruzando campos y campos hasta que no pudo correr más, entonces había caído de rodillas para gritar de frustración hasta quedarse ronco. Tras soltar toda la adrenalina, había conducido de vuelta hasta el Pub y se había emborrachado, Charly, que lo recordaba de su época en Londres, lo había dejado dormir la mona un par de horas en el almacén, al cierre lo había acompañado a un taxi y le palmeó el hombro diciéndole que todo tenía solución en la vida. Al llegar, se había sorprendido de ver a Héctor con Paul. En el momento en el que lo vio allí supo que había llegado el momento de volver a tomar las riendas, aún no podía preguntarle por Helena, primero le debía una disculpa a Susan y a Paul, se merecían sus explicaciones por haber soportado su carácter taciturno estas últimas semanas.

- Paul, lo siento. Dame quince minutos para ponerme presentable y, si te parece bien, nos reunimos aquí con Susan. Os daré todas las explicaciones que merecéis – salió del salón tras comprobar que su amigo asentía conforme.

Cuando Jack volvió al salón, después de ducharse y cambiarse de ropa, se encontró con sus tres amigos esperándolo, en un sofá Paul rodeaba protectoramente por los hombros a una muy embarazada Susan. Héctor estaba sentado en un sillón enfrente a ellos, otro vacío esperaba a Jack. Un servicio completo del reparador té inglés aguardaba en la mesa de centro a ser servido. Susan se levantó al verlo entrar, Jack acudió a su encuentro, era una mujer alta, preciosa, su pelo rubio casi blanco, recogido en una cola de caballo, dejaba a la vista su perfecto rostro ovalado de dama inglesa, piel blanca inmaculada, labios sonrosados y unos ojos azules que lo recibían con cariño maternal. La abrazó cuando llegó a ella, sostuvo su cara entre las manos y se disculpó.

- Lo siento Susan, siento haberte preocupado... perdóname por favor... no he tenido en cuenta tu estado – bajó la mirada a su vientre, mientras Susan le acarició la mejilla rasposa por la barba de días.

- No pasa nada.... No te has afeitado... Hobson te ha traído una bandeja con una cena fría... ¿Estás mejor?...

- No lo sé – decidió ser franco – sólo lo sabré al llegar a España. Siento que el resto de mi vida va a depender de lo que me encuentre al llegar, pero vamos – la dirigió al sofá – os lo contaré todo.

Se sentaron, Paul había servido para Héctor y para él mismo una copa del mejor whisky escocés. Le hizo un gesto a Jack ofreciéndole otra copa. Jack negó, necesitaba la mente lo más lúcida posible para relatar lo sucedido.

- Supongo que Héctor está al corriente de que finalmente han identificado a los culpables de los incidentes en el partido – comprobó que su amigo asentía – pero la historia real no empieza ese día, empieza unas semanas antes y tiene un nombre – llevaba semanas sin pronunciarlo y se le atoró la garganta – Helena.

Jack se recostó en su sillón, mirando al frente, fijó la vista en el retrato de uno de los antepasados de Paul, y les relató su historia con Helena. Comenzó con la extraña forma en que se habían conocido, en la electricidad que existía entre ambos desde el primer roce de manos, el descubrimiento de que era una mujer valiente y completamente sola en Madrid, sin familia, sin amigos, la necesidad urgente que había tenido porque conociese a Anne, ya que no podía apartar las manos de ella, el éxito rotundo con el que Helena había superado su prueba. Les relató la admiración que sentía por aquella mujer que se había

comprometido a tutelar a su hermana, sólo le tembló la voz cuando les confesó que no había podido volver a dormir solo desde la primera noche que pasaron juntos. Les habló de cómo había disfrazado su proyecto de futuro con ella enmascarándolo en una convivencia temporal. Finalmente les relató, esta vez con voz fría como el hielo lo sucedido el día de los incidentes, cómo había aceptado las pruebas que parecían culpar a Helena sin dudarlas ni un segundo, considerando la traición personal como algo natural. Les explicó cómo la había echado del despacho y de su vida sin contemplaciones, incluso cómo había facilitado sus datos a la policía. Luego admitió ser un cobarde, se había refugiado, primero en París y luego en Londres, para intentar olvidarla. Para terminar, les desveló el contenido de la llamada telefónica de su padre esta misma mañana. No quiso calificar su actuación, no había encontrado aún las palabras exactas que la definiesen, ruin era lo más leve que se le ocurría.

- Aquí me tenéis ahora, habiendo acusado a la mujer más importante de mi vida de unos hechos horribles, sin darle la oportunidad de defenderse y dejándola en la estacada sin mirar atrás. Ni siquiera sé cómo se las ha arreglado estas semanas.

El silencio era tan absoluto que el tic tac del antiguo reloj de pared se escuchaba a la perfección. Susan se secaba las lágrimas emocionada por la historia. Paul lo miraba fijamente recordando la época en la que él había pasado por algo parecido con la que ahora era su mujer. Estaba buscando una respuesta en su mente cuando escuchó a Héctor con voz firme.

- Yo sí puedo decirte cómo se las ha arreglado estas semanas, lo que no sé es si estás preparado para escucharlo.

Jack meditó su respuesta. Héctor no le sostenía la mirada y aquello no era buena señal, sin embargo tenía que saberlo, tenía que conocer el alcance exacto del daño causado para poder empezar a pensar en cómo repararlo.

- No creo que lo que me digas me haga sentir peor de lo que ya estoy.

- Yo no estaría tan seguro de ello, colega – le advirtió Héctor – pero tienes que saberlo. La noche en que la echaste del despacho Helena simplemente caminó, supongo que durante horas dada la distancia entre la empresa y el parque en dónde Lola y yo la encontramos ya por la mañana. Estaba en un banco. Al vernos tuvo un ataque de ansiedad en toda regla, tuve que ayudarla a volver a respirar y me la llevé a su apartamento.

Jack agachó la cabeza, entonces la imaginaba celebrando su victoria en la cama con Harry, la realidad era que había vagado por Madrid sola toda la noche, expuesta a toda clase de peligros, rateros, violadores.... Tembló sólo

de pensar en lo que podía haberle sucedido. Todo por su ceguera. Héctor continuó su relato.

- No era dueña de sí misma, parecía una niña pequeña, Lola tuvo que bañarla y vestirla, estaba aterida de frío al haber pasado la noche al raso. No conseguíamos que parara de llorar ni tampoco que comiese algo. Sólo empezó a reaccionar cuando le informamos de que había venido la policía para interrogarla, hasta entonces, creo que sólo sufría por el aspecto personal de su problema. Tuve que llamar a Carlos para pedirle ayuda.

Jack se tensó, Carlos era uno de sus amigos, casi tan cercano cómo Héctor. Conocía su faceta de ligón y era uno de aquellos hombres capaces de valorar a Helena tanto como Jack. Era un hombre del que Helena podía enamorarse y sería una paradoja que él la hubiese arrojado a los brazos del abogado. Miró a Héctor a los ojos, su amigo sabía perfectamente lo que estaba pensando.

- Dime que no... - le suplicó angustiado.

- Como un puto hermano.... Siento la palabra Susan – Se disculpó mirándola brevemente - ¿Me oyes? Cabronazo... ni un pelo Jack, y sabes que tenía el terreno libre. Tú lo dejaste libre. Ha sido su ancla. Lola y yo hemos ayudado, pero Carlos la ha sostenido en cada paso. Le ha dado un trabajo, le ha dado una oportunidad para continuar después de que tú le arrebatases todo lo que tenía. No tienes ni puta idea de lo ha pasado Helena... ni puta idea de lo que nos ha costado que no se desmoronase.

Jack encajó el golpe como pudo, el cuerpo se le estaba descomponiendo con el relato de Héctor. Su pequeña... había tenido que sostenerse en otro hombre porque él la había dejado desamparada. Sabía lo vulnerable y lo insegura que era Helena y sabía también que él había incumplido todas y cada una de las promesas que le había hecho. Héctor continuó explicándoles todo el proceso de investigación, la ayuda de Tomás y de Inés y de cómo finalmente el sábado por la tarde habían recibido las noticias que llevaban semanas esperando. Helena estaba fuera de toda sospecha.

- Entonces decidí venir a buscarte – Héctor vio cómo su amigo se derrumbaba y ocultaba el rostro tras sus manos mientras su cuerpo se estremecía – tienes que volver para arreglarlo. Helena no está bien – no podía decirle más sin romper la promesa que le había hecho a Lola.

Los dos hombres oyeron el sollozo de Jack e inmediatamente se levantaron incómodos. Susan los miró con suspicacia. ¡Hombres!... se dijo. Se levantó también y les hizo un gesto para que abandonasen el salón y la dejaran a solas con Jack. No tardaron ni medio segundo en obedecerla. Las lágrimas de un



hombre como Jack herían el ego masculino de aquellos dos machos, sin embargo, ella había visto como el rostro de Jack se desencajaba con la historia de Héctor, y sabía que esas lágrimas eran el paso necesario para volver a España con la seguridad de no derrumbarse delante de Helena. Se sentó en el suelo a sus pies y le separó las manos de la cara, las lágrimas seguían cayendo, pero lo peor era la mirada desamparada de Jack, igual que la de su pequeño cuando no encontraba consuelo. Tiró de él hasta que consiguió que se recostase en el suelo, le instó a apoyar la cabeza en sus muslos y lo dejó llorar acariciándole el cabello. No supo calcular el tiempo que necesitó Jack para recomponerse, simplemente se tensó, se levantó y la levantó a ella.

- ¿Qué haces sentada en el suelo? – La condujo al sofá – Paul me partirá las piernas.

Susan sonrió, dio unas palmaditas en el sofá indicándole que se sentase a su lado. Jack la obedeció azorado.

- Paul no va a decirte nada. Creo recordar que hace cinco años fuiste tú el que soportaste su llanto, sí – se rio ante su gesto de sorpresa – me lo ha contado todo. El muy bobo casi nos destroza con sus celos infundados, ¿lo recuerdas?

- Fue un cabrón contigo – recordó Jack.

- Sí, lo sé... sin embargo... aquí estamos ahora, con un hijo durmiendo en su cama y otro bebé en camino y... ¿sabes por qué?, – sin esperar respuesta prosiguió – porque el amor que yo sentía por Paul y el que Paul sentía por mí fue más fuertes que las circunstancias que nos separaron. Igual que va a pasar contigo. Si Helena te ama de verdad, te perdonará. No digo que vaya a ser fácil porque nada volverá a ser cómo antes, pero en tu mano está que sea aún mejor. Paul lo consigue cada día. Tú también podrás.

- La he destrozado, sé que Héctor no me lo ha contado todo y aun así no puedo soportarlo ya. Imaginar el dolor que le he causado... ¿Cómo va a poder olvidarlo? Le prometí cuidarla, protegerla, le dije que no tuviese miedo de mí... que se dejase ir... y ella es tan insegura... no se veía suficiente para mí. Está claro que el que no era suficiente para ella era yo.

- Mira Jack, – Susan le cogió las manos – como te he dicho antes, lo sucedido siempre estará ahí, pero si la quieres, si la quieres de verdad, para siempre como insinuaste, sólo tienes que tener paciencia y construir recuerdos nuevos para ella, sin parar, día a día. Esos recuerdos irán dejando en un rincón estas semanas. Tienes que demostrar tu amor, créeme, gritarlo no será suficiente. Ella necesitará pruebas.

Jack pasó la noche sin dormir meditando las palabras de Susan. Era una paradoja que él hubiese sometido a algunas mujeres a su prueba con Anne y fuese ahora él el que tenía que probar su valía para ser digno del amor de Helena. Tras traicionarla, ya no podía ponerle otro nombre a sus acciones, iba a tener que demostrar que la quería de verdad, ahora ya podía reconocerlo tras tantas semanas de esconderlo, de negarlo. Sólo esperaba que en el corazón bondadoso de Helena aun hubiese sitio para él, ella había intentado explicarse y él no se lo había permitido, en aquel momento sólo veía el beso con Harry, ahora sabía que no había sido un beso sino una amenaza. Su padre le había relatado la declaración de Helena, coincidente al cien por cien con la de Inés. Otro error más, no haber hecho lo posible por localizar a Inés, para verificar la historia del desmayo, si tan sólo la hubiese buscado con más intensidad nunca habría podido dudar de su declaración. Sin embargo le había dado por creer en Rebeca y en Jimena, las había puesto por encima de Helena. La traición de Rebeca lo sorprendía y lo molestaba, Anderson & Asociados se caracterizaba por el buen trato a los empleados, Rebeca debía haber sabido que Jack no hubiese dudado en ayudarla con el tema del chantaje, sin embargo, había tomado otra decisión. Luego estaban Harry y Jimena, estaba furioso con ambos, habían sido sus compañeros de juegos en la infancia, no habían perdido el contacto en la adolescencia y sus padres los habían intentado tratar como dos hijos más cuando Ernest falleció. En vez de encauzar sus vidas y gestionar sus fortunas con honradez se habían dedicado a dilapidarlas y a manchar el nombre de Brown & Co, un referente en las empresas de importación al que el padre de ambos había dedicado la vida. Habían elegido el camino fácil, pescar a Jack a través de un matrimonio que sólo tenía cabida en la mente de dos lunáticos, evidentemente no habían conseguido su objetivo, pero se habían llevado por delante su relación con Helena. Y lo peor es que él había estado tan ciego de celos que lo había permitido. Sólo esperaba que la policía detuviese pronto a Harry. No quería volver a ver a ninguno de los dos nunca más, nunca más les permitiría emponzoñar ni su vida ni su empresa. Eran las siete de la mañana cuando se levantó, dejó una nota en el comedor del desayuno diciéndoles que en unas horas estaría de vuelta, necesitaba hacer una visita en Bond Street. Sabía que Susan comprendería a la primera a dónde se dirigía.

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 19

*“Yo era cenizas. Tú me tocaste. Volví a arder”*

*Alejandro Jodorowsky*

Helena le abrió la puerta a Carlos justo cuando Lola estaba a punto de marcharse para arreglarse en su apartamento, en apenas una hora abría la peluquería. Habían dormido juntas, Lola la había tranquilizado las veces que Helena se despertó sobresaltada con pesadillas que la angustiaban, veía girar a su alrededor a toda velocidad los rostros de Jack, de Harry, de Jimena... Finalmente hacia las seis y media de la mañana se había levantado para ducharse permitiendo que Lola descansase un rato más. Hoy tenía la analítica, Lola le había informado de que Carlos iba a acompañarla. Se había arreglado con unos cómodos pantalones blancos y un suave jersey de pico en tono dorado, no quería usar tacones en esa etapa temprana del embarazo así que se decidió por unas bailarinas con print de leopardo con un lazo rojo. Metió sus cosas en un bolso tipo bowling rojo para llevar en su antebrazo. No se maquilló, su rostro acusaba la resaca de la llantina del día anterior y no tenía paciencia para ocultar esas imperfecciones. Carlos la besó en la mejilla y la examinó de arriba a abajo.

- Buenos días... nena... ¿cómo te encuentras?

- Mejor. Siento lo de ayer... no pude controlarlo... gracias – se giró para incluir a Lola en la conversación – a los dos. Sois los mejores amigos que podía tener.

- No seas boba – Lola le quitó importancia al asunto – daos prisa o llegaréis tarde, el tráfico a esta hora es intenso. Además – le hizo un gesto significativo a Carlos – cuanto antes te saquen sangre, antes podrás desayunar.

Carlos captó el mensaje. Alimentarla. Bien. Eso podría hacerlo, lo que no sabría era si sería capaz de lidiar de nuevo con una crisis como la de ayer, sobre todo sin el apoyo de Lola.

- Estoy hambriento... ¿qué va a ser?, churros, croissant.... ¿qué prefiere la señora?

Helena sabía que tenía que comer aunque luego vomitase todo así que le siguió la corriente.

- Creo que unas tostadas de pan de pueblo me asentarán el estómago.

- Pues conozco el sitio perfecto.

Carlos insistió en subir a la clínica y acompañarla en todo momento, la extracción se la realizó la enfermera sin más complicaciones, Laura se pasó a saludarlos, al advertir el rostro algo hinchado de Helena se preocupó.

-¿Una mala noche?

- La verdad es que he descansado regular.

- Pues aún es pronto para que no descanses, todo lo contrario, este trimestre deberías de caer dormida por los rincones. Recuerda, descanso y buena alimentación – le tendió el papel con la cita para el martes de la próxima semana – y procura relajarte.

- Ahora mismo me la llevo a desayunar y no dejaré que quede ni una migaja.

- Me alegro Carlos, a ver si entre todos conseguimos que gane un par de quilos, debe de haber perdido lo menos cinco en el último mes, y eso no es bueno.

Se despidieron con un beso y Carlos la llevó a una pastelería cercana. Cuando estuvieron sentados le ordenó.

- Tienes churros, pasteles, bollería, tostadas.... Aquí hay de todo... así que pide lo que quieras, pero te advierto, por mis huevos que te lo terminas.

Helena se rio abiertamente. Las primeras carcajadas en días, parecía que hasta tenía resentidos los músculos de la cara por falta de uso. A Carlos se le iluminaron los ojos al verla. ¡Joder, qué guapa es cuando sonrío! Jack es un cabrón afortunado.

- Las tostadas estarán bien, de verdad, con un poco de aceite si puede ser. Tomaré una menta poleo también.

- Y un zumo de naranja, joder, hasta yo sé que tienes que tomar vitaminas. Voy a pedir todo.

- Ah... Carlos, quiero llevarle unos pastelitos a Lola a la pelu. Para agradecerle que se quedase esta noche, ¿puedes encargarte que nos los preparen?

Carlos asintió y mientras encargaba los desayunos se reiteró en sus pensamientos. Helena estaba fuera del mercado para él pero si tuviese una hermana gemela no dudaría en pedírsela de regalo para su cumpleaños. Estuvieron más de una hora desayunando, sin prisas. Helena insistió en pagar y ambos tuvieron un rifirrafe con el ticket, ganó ella. Sin ninguna vergüenza aprovechó la excusa de su estado para recordarle que no era conveniente llevarle la contraria a una mujer embarazada. Carlos la miró maldiciendo algo sobre todas las mujeres tercas y obstinadas que tenía a su alrededor. Mientras se dirigían en coche hasta la peluquería, Carlos le explicó que hoy tenía la agenda vacía, sólo debía ocuparse de redactar varios documentos en el ordenador, así que si Helena quería tomarse el día libre no habría problema.

Ella se negó en rotundo.

- Necesito trabajar, tener la cabeza ocupada, bastantes días perderé ya más adelante. Espera aquí aparcado en doble fila que le dejo los pasteles y enseguida vuelvo.

Helena se acercó a la peluquería, era un local pequeño pero decorado con mucho gusto, todo muy limpio, paredes blancas y sillones blancos con cromados en brazos y patas. Tenía toda la fachada acristalada y se podía ver el sofá donde esperaban las clientas, había una chica sentada. La zona de trabajo quedaba fuera de la vista de los transeúntes para garantizar la intimidad de los clientes. Abrió la puerta y saludó mientras se dirigía al mostrador para dejar allí los pasteles, Lola estaba lavando la cabeza a una clienta y cuando Helena se giró para mirarla vio que su amiga se detenía y abría los ojos asombrada. Extrañada, miró a su alrededor y se fijó en la chica que estaba sentada en uno de los sillones esperando y que ya se levantaba con paso firme hacia ella. El color abandonó el rostro de Helena una vez más, el corazón le latía desacompañado. Era Anne. La chiquilla comenzó a hablar como una metralleta y no le dio opción a reaccionar, sólo pudo abrazarla.

- Helena.... No... me has llamado... que.... Quería ir a mer... merendar a tu casa... he... he aprendido la dirección... y sé... sé el autobús. Somos a... amigas, no... viniste... más... no... ¿no me qui... quieres?... Jack se fue... no está... ¿está enfadado cont... contigo?...

- Ay... cariño... claro que te quiero... eres perfecta... - estaba muy emocionada – pero ahora no puedo... - no sabía qué explicarle ni cómo actuar.

Tras ella oyó la voz de Lucía, como siempre, muy cariñosa. Ahora sí que se echó a temblar y el estómago volvió a rebelarse al igual que había sucedido el día anterior con Henry.

- Helena, cariño... tenía tantas ganas de verte...

Helena recordó la advertencia de Jack prohibiéndole acercarse a su familia y comenzó a negar con la cabeza.

- Lo siento.... No sabía que estabais aquí... no os molesto más... no puedo....

Y salió corriendo de la peluquería angustiada mientras oía a Anne correr tras ella llamándola. Cuando llegó a la acera no vio el coche de Carlos por ningún sitio, desesperada miró a derecha e izquierda y lo vio aparecer caminando tranquilamente. Supo el momento exacto en el que la vio porque su gesto se endureció y corrió a auxiliarla. Llegó en cuestión de segundos.

- Joder nena... ¿Qué coño ha pasado? – Comprobó que estaba de nuevo

descompuesta – Mierda... otra vez no... tienes que pensar en el bebé... ¡Joder! no puedes descontrolarte así tienes que cuidar del pequeño.

Los dos oyeron una vocecita asustada tras ellos. Era Anne que estaba asustada por los gritos de Carlos.

- He... Hel... Helena... ven...

Afortunadamente Lola había salido detrás de Anne y la alcanzó enseguida haciéndose cargo de la situación.

- Vamos cariño... - la tomó de la mano – mamá te llama... Helena tiene que irse con Carlos.

Se giró hacia ellos mientras conducía a Anne de nuevo a la peluquería.

- Lo siento, Helena, no pensé que fueses a venir, y no quería inquietarte. Han venido por su regalo de cumpleaños.

Helena asintió con las manos sobre su estómago.

- No pasa nada. Llévela con su madre por favor.

Carlos la sostuvo acompañándola de nuevo al coche que había aparcado unas plazas más adelante. Sin hablar, se dirigieron al despacho. Al menos Helena no había vomitado esta vez. La pobre no paraba de ir de susto en susto, primero Henry y hoy Lucía con Anne. La veía tocada pero decidió que no hablarían del tema, pensaba que no le beneficiaba en absoluto darle más vueltas, así que le tendió un par de documentos, calculaba que le llevaría transcribirlos hasta las doce del mediodía.

- Por favor, introdúcelos en el ordenador. Los necesito para mañana. En cuanto acabes te dejo en casa para que descanses un rato y a la tarde seguimos ¿vale?

Helena asintió agradecida de que Carlos no quisiese hablar del tema y de que le encargase un trabajo monótono para entretener su mente. El abogado la besó en la cabeza y se dirigió a su despacho. Ambos trabajaron en un silencio cómodo toda la mañana.

Al llegar a casa, Helena se preparó una pechuga de pollo a la plancha con un poco de pasta y unos trozos de piña. Recogió todo y se sentó en el sofá a descansar, puso el telediario de las tres para no pensar en su situación, no habían transcurrido ni quince minutos cuando sonó el timbre de su apartamento. Le extrañó que fuese Carlos porque no lo esperaba hasta las cuatro, sin embargo, como estaba tan preocupado por ella, supuso que se habría adelantado. No era Carlos. Era Anne. Al parecer sola. Revisó el rellano buscando un acompañante y no lo encontró. La condujo adentro.

- Anne cariño... ¿cómo has venido? – le preguntó intrigada.

- En bus... ya te lo dij...dije... que sabía venir. Para cu... cuando vi... viva aquí contigo.

- Pero... y ¿mamá?, ¿sabe que estás aquí?

- No... vine sola... soy may... mayor... Le dije a la pro... profe que hoy no me quedaba a co...comedor... y sa... salí con los demás....

Helena se echó las manos a la cabeza. Menudo follón, sintió una ligera presión en su vientre y respiró hondo para tranquilizarse.

- Sabes que eso no está bien. Mamá tiene que saber dónde estás siempre. No puedes escaparte.

Helena comprobó que Anne hacía oídos sordos a su reproche. No le interesaba esa conversación. Para empeorarlo la dejó clavada en el sitio con su siguiente pregunta.

- ¿Vas... a te... tener un be... bebé? ¿Pu... puedo cuidarlo...? Jack... me... dej... dejará

Helena tuvo que sentarse en el sofá, el corazón le latía a toda velocidad, la cabeza le daba vueltas. Anne debía de haber escuchado a Carlos. La chiquilla insistió.

- Voy... a ser bu...buena... le cant... cantaré nanas...

- Si – concedió Helena con la esperanza de que dejase el tema – por supuesto.

Anne sonrió y le tendió un papel doblado que acababa de sacar del bolsillo de su chaqueta rosa.

- Para ti.

- ¿Qué es? – le preguntó mientras desdoblaba el papel.

- Me... lo ha da... dado Harry.

Helena se levantó como un resorte y gritó. Anne se asustó y se echó a llorar. Helena desesperada la abrazó mientras la consolaba...

- Perdona... ya está... no llores... no estoy enfadada contigo... sólo me asusté un poco... ¿dónde viste a Harry?, no llores cariño – consiguió calmarla.

- Al sa... salir del cole... me preguntó a don... donde iba... y le dije que aq... aquí y me dio el papel para ti.

Helena la sentó en el sofá, acabó de desdoblar el papel y leyó.

*Dile a Jack que me deje en paz. Ha sido fácil esperar en el colegio a que saliese.*

Firmaba simplemente Harry. La presión en su vientre estaba aumentando y comenzaba a marearse de nuevo. Por suerte para ella el timbre volvió a sonar y esta vez sí era Carlos. Sin saludarlo le explicó todo angustiada.



- Es Anne, se ha escapado del cole para venir a verme... al parecer Harry estaba por los alrededores esperando y ella le mencionó que venía hacia aquí. Le ha dado esta nota.

Carlos la leyó. Apretó la mandíbula y sin dudarlo tomó el mando.

- Nos vamos a la comisaría ahora mismo. Por el camino llamaré a Henry para que recoja a Anne.

Helena asintió, respiró aliviada. Carlos sabría cómo actuar.

- Dame un minuto para ir al baño y vamos.

Helena se refrescó la cara y se bajó los pantalones para hacer pis. Cuando se bajó las braguitas una mancha roja destacaba en el blanco de su salva slips. Asustada, tras orinar, se secó con un papelito y una especie de pequeña babilla marrón manchó el papel. Su bebé... ahora no podría soportar perderlo... tenía que ir al hospital. Salió del baño y encaró a Carlos.

- La comisaría tiene que esperar. Tengo que ir al hospital. He perdido algo de sangre.

Carlos se tensó. Joder... joder.... ¿Perder sangre? ¿Eso que significaba?... nada bueno seguro. Las cogió a ambas de la mano y las sacó de casa. Por si acaso, no permitió que Helena bajase las escaleras, la llevó en brazos mientras Anne los seguía asustada. Ya en el coche le ordenó a Helena que le preguntase a Laura a qué hospital la llevaba. Laura les indicó que al Gregorio Marañón ya que ella salía para allí ahora mismo y condujo como un loco para llegar cuanto antes. Una vez dejó a Helena con el equipo médico de urgencias, y de que estos le indicasen donde podían esperar noticias, hizo dos llamadas, la primera a Henry para avisarlo del paradero de Anne contándole por encima lo sucedido sin entrar en detalles. Después llamó a Lola.

Lola llamó a Héctor. Acababan de aterrizar y se disponían a coger el coche.

- De acuerdo cariño... tranquila Lola... todo va a salir bien... amor... coge un taxi. Nos vemos allí y luego te acompaño al trabajo.

- ¿Sucede algo? – se interesó Jack.

Su amigo lo miró con seriedad y apoyó la mano en su hombro. Jack se tensó esperando las malas noticias.

- Es Helena, Carlos la ha tenido que llevar al hospital.

- ¿Qué?... ¿Por qué...? – gritó Jack.

- No me corresponde a mí decírtelo. Sólo puedo decirte que su vida no peligra. Vamos. Está en el Gregorio Marañón.

Héctor condujo como un piloto de carreras. Jack miraba por la ventanilla

con la mente en blanco. Asustado y ansioso por llegar y comprobar por sí mismo su estado, era un manojo de nervios cuando Héctor lo dejó en la puerta de urgencias mientras iba a buscar aparcamiento para esperar a Lola. Sólo tuvo que esperar un par de minutos a que un celador lo atendiese, pero se le hicieron eternos. Afortunadamente no había muchas personas en la sala de espera que le indicaron. En cuanto entró, divisó a Carlos y a su madre sentados en un rincón. ¿Qué hacía su madre allí? Carlos lo vio primero y se levantó para recibirlo, su madre lo vio después, sin embargo corrió hacia él angustiada. La abrazó con fuerza.

- Cariño.... Menos mal que has llegado... tenía tantas ganas de verte hijo...

- Mamá... por favor.... ¿qué le pasa a Helena?... Héctor no ha querido decirlo.

- No lo sé cariño... lo único que Carlos me ha dicho es que Laura la está atendiendo.... Me he acordado de que hace poco tenía revisión ginecológica... pero me dice que no puede decirme nada, que no le corresponde.

- Lo mismo me ha dicho Héctor.... Mamá – la miró angustiado – la he cagado. A base de bien. Héctor me ha dicho que Helena estaba muy mal.... ¿Qué voy a hacer?

Lucía, como madre, quería evitar que Jack sufriera, ojalá pudiera absorber su pena, ojalá pudiese advertirlo de lo que se iba a encontrar, pero Carlos había sido inflexible. Era cosa de Helena contarles lo que la había llevado al hospital.

- Estar a su lado, Jack. Es lo único que puedes hacer. Apoyarla como nunca, sea lo que sea lo que la ha traído aquí.

- Y tú... ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te has enterado de lo de Helena?

- Ay hijo... las cosas no dejan de complicarse, estoy tan asustada...

- ¡Por Dios mamá! ¡Háblame de una vez! – le gritó desesperado. Cómo cojones iba a hacerse cargo de las cosas si nadie le contaba nada.

- Vale... vale... Resulta que Carlos llamó a tu padre, al parecer Anne se escapó del colegio a la hora de la comida para ver a Helena, hace semanas que se aprendió la dirección y la línea de autobús que debía coger. Le mintió a la profesora y salió con los niños que no se quedan a comedor. Al parecer fuera del colegio se le acercó Harry y, al enterarse de que iba a ver a Helena, le entregó una nota en la que te pedía que lo dejases en paz, algo así, como que había sido fácil localizar a Anne.

-Hijo de perra... - bramó Jack – lo voy a matar.

- Vinimos enseguida. Tu padre se ha llevado a Anne a la comisaría. Van a entregar la nota y a poner una denuncia. Yo preferí esperar aquí, si puedo, quiero ayudar a Helena. Esta mañana la hemos visto y la pobre ha reaccionado fatal.

- ¿Cómo de mal?

- Se alteró mucho, nos pidió disculpas.... Como si fuese culpa suya el encontrarnos... huyó corriendo... La verdad es que Anne se abalanzó sobre ella... ya sabes cómo es cuando se emociona...

Jack agachó la cabeza, estaba apesadumbrado. ¿Qué coño había hecho?

- Es mi culpa..., de nuevo, le prohibí acercarse a vosotros – notó como su madre le tomaba de la mano y tiraba de él hacia Carlos.

- Vamos cariño... ahora ya pasó...

Carlos comprobó que Jack estaba hecho una mierda, barba de varios días, ojeras, unos kilos menos... ¡Joder! Si estar enamorado colocaba a todo un hombre en ese estado, él quería una vacuna para ayer. Cuando Jack llegó a su altura ambos hombres se miraron a los ojos. Carlos ya tenía delante al culpable de todos los problemas de Helena, en el sentido más amplio de la palabra. Hace días le hubiese dado un puñetazo con gusto, hoy al observar su aspecto, sospechaba que si bien Helena estaba destrozada Jack no parecía haberlo pasado mucho mejor. Jack fue el primero en hablar.

- Supongo que tienes ganas de darme una paliza. Adelante. No te detendré. Sé que lo merezco.

¡Joder! El inglés tenía huevos. Esa respuesta estaba más acorde con el carácter de su amigo, que la desolación que había mostrado hace unos instantes con su madre. Respiró hondo y se acercó a él para abrazarlo con fuerza.

- ¡Cabrón! – le dijo en tono bajo para que Lucía no lo oyese – me alegro de que hayas vuelto. Ahora que estás aquí... la dejo en tus manos – no hacía falta explicar de quién estaban hablando – pero te estaré vigilando... si la vuelvo a ver sufrir... te juro que te parto la cara y me quedo con ella.

Jack abrazó a su amigo y encajó cada una de sus palabras como un puñetazo en el estómago. Sabía que Carlos no lo amenazaba en vano. Desde que Héctor le había dicho que Carlos había sido el sostén de Helena se sentía celoso de esa relación. Jack siempre había sabido que muchos de sus amigos sabrían valorar la joya que era Helena y él les había dejado el camino libre. No le cabía otra que tragarse los celos. Él solito se lo había buscado.

- Gracias, por cuidarla – fue sincero, pero no tonto, tenía que marcar su territorio desde ya – Gracias por hacer el papel que me correspondía a mí. No volverá a suceder.

Carlos asintió. En ese mismo momento Laura hizo entrada en la sala de espera, si se sorprendió al encontrar a Jack y a Lucía allí no mostró signos de ello. Sacó unas notas del bolsillo de su bata y las leyó antes de acercarse a ellos. Los tres la miraron expectantes, sin embargo ella se dirigió a Carlos.

- Gracias por traerla tan pronto. Está bien – elevó las cejas para darle a entender que el bebé estaba bien. Cuando Carlos asintió dando muestras de haberla entendido prosiguió – Está algo nerviosa, dentro de unos instantes voy a sedarla para que descanse, me ha confesado que últimamente no duerme bien, - tranquilizó a Carlos cuando vio su gesto de sorpresa – es un sedante ligero, compatible.

A continuación se dirigió a Jack y a Lucía. Los miró con gesto severo, colocando los brazos en jarras, dudaba de si era conveniente o no que visitasen a Helena. Estaba sopesando sus opciones cuando Jack interrumpió sus pensamientos.

- Laura... por favor... - Jack estaba dispuesto a ponerse de rodillas ya mismo. Las palabras de Laura no lo habían tranquilizado en absoluto. - ¿Qué le pasa a Helena? Si quieres que te suplique lo haré... pero no me dejes así... por favor.

Laura suspiró mirando al techo. Era extremadamente difícil ceñirse a su papel profesional cuando había sentimientos de por medio. Conocía a Jack desde pequeño, sabía que había sido un buen chico y que ahora era un buen hombre. Sin embargo, el papel de “madre” que había elegido desempeñar con Helena estaba por encima del cariño que sentía por Jack y Lucía. Ellos tenían familia. Helena no.

- Vamos a ver Jack... he informado a Carlos porque él ha traído a Helena al hospital y está al tanto de todo. Sin embargo, por mucho cariño que te tenga – miró a Lucía – y, pese a nuestra amistad, no puedo darte información de la paciente sin su consentimiento. Lo máximo que voy a hacer es decirle que estáis aquí y que queréis verla. Lo que ella decida hacer lo respetaré.

- Lo entiendo – se apresuró a aceptar Jack – por favor... ve... esperaremos aquí.

Helena estaba tendida en la cama del hospital. Le habían adjudicado una habitación individual, suponía que por influencia de Laura, estaba muy agradecida por ello. No podía lidiar con una compañera de habitación y sus

visitas. Aunque el bebé estaba bien, seguía asustada y nerviosa. Laura le había reñido. Mucho. Había sido dolorosamente franca al decirle que si quería que su bebé saliese adelante, no le quedaba más remedio que tomarse las cosas con calma, alimentarse bien y descansar. Helena no había dejado de llorar durante la reprimenda, Finalmente Laura la acompañó a su habitación, esta noche la tendría que pasar allí y, al día siguiente ya se hablaría. Laura le había dicho que tenían que darse una serie de circunstancias para darle el alta. La había abrazado antes de salir a informar a Carlos. No se sorprendió cuando regresó al cabo de un rato, pero sí lo hizo cuando se sentó en la cama a su lado y le cogió las manos.

- Jack está aquí, – le dijo sin rodeos – está con Lucía. Quieren verte. Los dos. No les he contado nada de lo sucedido. Sólo le he dicho a Carlos que estás bien. Él lo ha entendido. Jack no. Antes de que digas nada, debo decirte que Jack ha suplicado verte, o, por lo menos saber de ti – Laura sonrió ante el gesto de sorpresa de Helena – Sí, yo también me he sorprendido, Henry y Jack no suplican... actúan. Sin embargo, ha accedido a respetar tu decisión.

Helena tembló, el corazón le iba deprisa de nuevo. Jack estaba en el mismo edificio que ella, quizá tan solo a dos puertas de su habitación. Le angustiaba verlo, no sabía cómo iba a reaccionar ella, o cómo iba a reaccionar él. Sin embargo sabía que tarde o temprano iba a tener que afrontar esa conversación. El embarazo lo cambiaba todo. Además Anne no se callaría, gritaría a los cuatro vientos que Helena iba a tener un bebé, si es que no lo había hecho ya. Laura le había dicho que necesitaba tranquilidad y no podría tener sosiego teniendo asuntos pendientes en su cabeza. Así que no tenía otra opción, mejor ahora que mañana.

- Está bien. Pueden pasar. Los dos, Jack y Lucía. Me gustaría que estuvieses conmigo, por si me pongo mala.

- Por supuesto cariño, haces bien en recibirlos. Te daré cinco minutos para que medites lo que les vas a decir.

No meditó. Fueron los cinco minutos más largos de su vida. El corazón se le salía del pecho, le temblaban las manos, hasta le parecía que temblaba de frío. Se estremeció cuando la puerta se abrió y entró Laura, detrás Lucía y por último Jack.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 20

*“Si no tardas mucho, te espero toda la vida”*

*Oscar Wilde*

Aunque en la habitación del hospital había cuatro personas. Para dos de ellas, Jack y Helena, era como si estuviesen solos. Desde el momento en que sus miradas se cruzaron ya no pudieron soltarse, igual que les había sucedido la primera vez que se vieron en el vestíbulo de Anderson & Asociados. Ambos se examinaron mutuamente. Helena se sorprendió del aspecto de Jack, seguía estando guapísimo, sin embargo nunca lo había visto con una barba de tantos días, lucía ojeras, el pelo revuelto y su ropa estaba arrugada, parecía haber perdido algo de peso. Jack no pudo quitar los ojos de la mujer de su vida, apretó la mandíbula al verla tendida en la cama del hospital, vulnerable, con aquel horroroso camisón, estaba pálida, muy delgada, tenía ojeras profundas y parecía temblar a pesar de que en la habitación hacía calor. Controló el impulso de correr a su lado y tajarla, abrazarla para que entrase en calor. Ninguno de los dos acertaba a romper el hielo para hablar, a ambos parecía bastarles con mirarse eternamente.

Laura carraspeó para llamar la atención de los dos enamorados, ya no le cabía duda, aquella forma de mirarse era amor, puro, descarnado, sin mentiras. Habría que ver cómo conseguían superar los escollos. Si no lo hacían, dudaba mucho de que pudiesen ser felices por separado. Laura se había colocado al lado de Helena y le tomó la mano. Estaba congelada. Iba a hablar, sin embargo, Jack se le adelantó.

- Hola Helena.

- Jack... hola.

Ambos saborearon el escuchar de nuevo su nombre en boca del otro. Helena tenía la boca seca. Jack quería decirle tantas cosas que no sabía por dónde empezar. No eran muchas las ocasiones en las que se quedaba sin palabras, pero ésta era una de ellas, quería saber su estado de salud, quería pedirle perdón, quería besarla, quería...

- Helena, quería decirte...

- No - Helena lo interrumpió, si Jack comenzaba a hablar, arrasaría con todo, impondría sus normas, como siempre hacía. Ella no estaba segura de ser capaz de resistirse. Su piel parecía querer despegarse de su cuerpo para ser tocada por los dedos de Jack. Tenía que tomar la delantera. Pensó en el bebé y soltó de carrerilla lo que nunca le había dicho a nadie, ni a Carlos, ni a Lola, ni a Héctor, ni tampoco a Laura – Yo hablaré primero – sintió que Laura le

apretaba la mano.

- Bien – accedió Jack. Si le pedía que hiciese el pino, también lo haría. Lo que ella quisiese. La observó tomar aire.

- Estoy embarazada.

A Jack se le encogió el estómago, le entró un sudor frío y el corazón se le salió del pecho todo a la vez. De todas las cosas posibles, nunca hubiese esperado esa noticia.

Helena no pudo captar los sentimientos de Jack respecto a la noticia del embarazo. La sorpresa sí había sido evidente, pero nada más. Tenía que acabar de decir todo lo que tenía dentro.

- Estoy de cinco semanas, más o menos. No fue a propósito, es decir, no busqué quedarme embarazada... La píldora no falló... yo... - se sonrojó al hablar de estos temas delante de Lucía – de hecho la tomé hasta hace poco. Se me olvidó tomar otras medidas de protección cuando estaba tomando el antibiótico por la herida. Lo olvidé... lo siento – respiró hondo de nuevo al ver que Jack quería interrumpirla – No. Por favor, déjame acabar. El bebé es tuyo. Yo no me he acostado con nadie más, sólo contigo. Si quieres, creo que se puede hacer una prueba de paternidad, no sé si ahora o dentro....

- Es mío - Jack la miró fijamente y no la dejó continuar.- Es mío – recalcó – No tengo ninguna duda.

Helena respiró aliviada, si Jack le hubiese exigido la prueba de paternidad, si aún sospechase de su infidelidad con Harry la habría hundido más. Tomó aire porque aún tenía que explicarse más.

- Sólo voy a pedirte una cosa, a pedirlos – se atrevió a mirar por primera vez a Lucía. Tenía los ojos llorosos, no pudo sostenerle la mirada y volvió a Jack – Sé que si ponemos en una balanza mis circunstancias y las vuestras, yo pierdo, vosotros tenéis una estructura familiar estable, yo no. Tenéis los recursos necesarios para pelear por la custodia, yo no. Sin embargo, tengo un buen trabajo, puedo permitirme una casa algo mejor que el apartamento, y voy a hacerlo lo mejor que pueda. No os impediré verlo, o verla. Nunca lo haré, cuando queráis... pero... por favor... no me quites al bebé.

No pudo seguir. Estalló en sollozos. Se encogió en cama en posición fetal temblando. Laura la miraba sorprendida, no tenía ni idea de que a Helena se le pasase semejante cosa por la cabeza, sin embargo, ahora entendía la presión a la que la chiquilla había estado sometida en las últimas semanas. Era increíble que, todo ello, sumado al tema de la investigación, no hubiese terminado en un aborto espontáneo.

Jack estaba en shock, su madre puso voz a sus pensamientos, sollozando agarrada a su brazo.

- Dios mío Jack... ¿Qué le hemos hecho?...

Laura se acercó a ellos y los instó a abandonar la habitación.

- Voy a sedarla, ya... tiene que descansar... esperad ahí fuera y ahora hablamos en la consulta.

Según salió al pasillo Jack estrelló un puño contra la pared, una... dos veces. No sentía el dolor. Su madre lo agarró por la cintura, no podía ni mirarla a la cara, apoyó las palmas de las manos en la pared y agachó la cabeza, estaba hundido.

Así los encontró Laura. Sin decir nada los condujo a una de las consultas. Los obligó a sentarse y acercó el carrito de curas para empezar a tratar los nudillos despellejados de Jack, quien retiró la mano bruscamente, pero ante el gesto severo de Laura volvió a tendérsela. Le desinfectó la herida y le aplicó una pomada antiséptica. Luego se sentó en su silla, apoyó las manos en la mesa y los enfrentó.

- Lo primero. No tenía ni idea de que Helena estaba preocupada por el tema de la custodia del bebé, si tan sólo me lo hubiese mencionado una vez, se lo habría quitado de la cabeza de inmediato. Sé que no seríais capaces de hacer algo así. Lo ha ocultado muy bien, sin embargo, he de decirte, Jack, que el primer trimestre de embarazo es clave, la mayoría de los abortos espontáneos se producen en él. La embarazada ha de estar en un ambiente tranquilo, sin presiones y su pareja la tiene que tratar con mucho cariño, no debe coger pesos, no debe hacer esfuerzo físico y mucho menos disgustarse hoy sí y mañana también. El problema de Helena es la estabilidad emocional. No se encuentra bien. Ha sufrido mucho con la investigación y enfrentándose sola al embarazo. Hoy ha tenido una pérdida.

- Pero... ¿Está bien? ¿Están bien?... ¿Qué es eso de una pérdida? – Jack quería saberlo todo. Aceptaba la reprimenda de Laura, pero quería encargarse de todo ya.

- Una pérdida es que Helena ha sangrado, como si le fuese a bajar la regla, o a perder el bebé. Ha sido poquito. Le he hecho una ecografía y el bebé tiene latido y está bien. Pero es un aviso. Voy a ponerla dentro del grupo de alto riesgo, es decir, estaremos más pendientes de ella que de otras embarazadas cuya situación física o emocional es normal. Sin embargo, esto no servirá de nada si sigue tensa, nerviosa y angustiada.

- ¿Qué tengo que hacer? – Le exigió Jack- Tendrá todo lo que necesite. Es



mi mujer.

Laura le sonrió contenta de que Jack reaccionase así. Ella tenía que seguir en su papel protector.

- Tengo que decirte que he adoptado a Helena, le he pedido ser su madre, honoríficamente hablando, claro está. Cuando vino a mí, estaba tan sola que me conmovió profundamente. Sabía que, tarde o temprano, ibas a volver por ella. Pero no voy a renunciar a ese papel. Helena necesita vivir acompañada porque le voy a prescribir reposo relativo, por lo menos quince días, hasta comprobar que no hay más pérdidas, es decir, no quiero que trabaje o que haga las tareas de casa, básicamente no quiero que haga otra cosa que descansar. Por supuesto, no puede quedarse en su apartamento, tiene escaleras.

- Vivirá con nosotros – Jack ya estaba organizándolo todo en su cabeza – mamá preparará la habitación de invitados de la planta baja, la suite donde se quedan los tíos cuando vienen, tiene baño propio y una pequeña terraza que accede al jardín. Allí tendrá todos los cuidados que necesite.

- Por supuesto, – se apresuró a aceptar Lucía – hoy mismo comenzaré a prepararla. Cuidaremos de ella Laura, lo sabes.

- Yo lo sé, Lucía – les aclaró la situación – sin embargo, tiene que aceptarlo Helena. Jack, me has dicho que es tu mujer. Yo te creo, no, mejor dicho, lo sé. Pero acabas de comprobar que Helena no lo sabe, ni lo espera. Si quieres mi opinión, después de haber hablado con ella estas semanas, Helena es de la opinión... o tal vez sea que le resulta más llevadero pensar, que no la quieres y que no la quisiste, a que haciéndolo, le dices la espalda. Es una forma de protegerse.

- La quise y la quiero. – Jack fue firme – No va a tener dudas. Yo me encargaré. Sé que tengo que pedirle perdón, arrastrarme a sus pies. Y lo haré.

- Bien, pero no la avasalles, cuando os sentéis a hablar no puedes soltarle todo de golpe, angustiarla, eso es contraproducente. Debes de ir poco a poco, dándole confianza y cuando la veas segura y tranquila podéis hablar. ¿Serás capaz?

- Una buena amiga – Jack recordó el consejo de Susan – me dijo que tenía que darle recuerdos nuevos para borrar los malos momentos. Estoy dispuesto a hacerlo. Tendré paciencia. Sólo quiero lo mejor para ella.

- Me alegro... porque espero que esta sea la primera y última vez que tengo que sedarla. El sedante que le he puesto es ligero, apto para embarazadas, pero mejor si no toma nada. De todos modos, le ofreceré una alternativa. Vivir conmigo. Quiero que sepa que puede elegir. Nada me

alegraría más que te eligiese Jack.

A Jack no le hizo gracia darle a Helena la posibilidad de elegir, pero no tenía más remedio, decidiese lo que decidiese él estaría presente a diario en su vida.

- ¿Puedo volver a verla ahora? Me gustaría proponérselo yo.

- Puedes – accedió Laura – es más. Debes. Quiero que estés con ella cuando despierte. Que no se sienta sola, como hasta ahora. De todos modos, el efecto del sedante le durará unas cuatro o cinco horas. Te recomiendo ir a casa, ducharte, afeitarte, venir con ropa cómoda para pasar la noche. Estaré por aquí hasta que vuelvas.

Jack y Laura volvieron a la sala de espera dónde aún estaba Carlos. Jack se dirigió a él y le tendió la mano para abrazarlo al mismo tiempo.

- Creo que todavía no soy consciente de la enorme deuda que he contraído contigo. Lo que necesites, cuando lo necesites.

- Tú hazla feliz. Ya se me ocurrirá algo para saldar la deuda – Carlos le guiñó un ojo – me voy a la comisaría. Tu padre me ha llamado para que me acerque, necesitan que Helena testifique. Tendrán que venir aquí.

- Que te den un margen de un par de días – Jack se puso protector – necesita estar tranquila. Es probable que para entonces ya esté en casa, con nosotros.

- Lo intentaré – le aseguró Carlos – cuidala. Lucía, si quieres te llevo. Henry y Anne estarán allí.

- Mantenme al tanto de todo lo que tenga que ver con Helena, por favor.

Carlos aceptó. Todos abandonaron el hospital.

Jack se dirigió a su ático. Cuando entró en su vestidor, por primera vez en un mes, se le partió el alma al ver vacías las perchas y los cajones donde Helena había colocado su ropa. Pensó en lo vacío que parecía, igual que él sin ella, y sin su bebé. Su bebé de ella y de él. Fruto de todas las noches que habían hecho el amor. Un hijo, se tambaleó y tuvo que sentarse en el suelo. Empezaba a tomar conciencia de lo que significaba. De la responsabilidad. Su mujer y su hijo. Iba a formar una familia propia, no porque le bebé los obligara, sino porque su corazón se lo pedía. Tenía que recuperarla, tenía que lograr que confiase en él, que volviese a depositar su vida en sus manos para cuidarla y protegerla. No iba a resultar sencillo, lo sucedido jugaba en su contra, pero confiaba en su éxito. Tenía un objetivo y empezó a trazar su estrategia para conseguirlo. En nada y menos, estaba duchado, afeitado y con una muda limpia, tras comerse un bocadillo para reponer fuerzas, salió de

casa, cansado, pero dispuesto a enfrentarse a su destino.

Helena seguía profundamente dormida cuando Jack entró de nuevo en la habitación. Laura se había despedido de él dejándole instrucciones de llamarla en cualquier momento. Mañana valorarían el alta de Helena. Jack acercó una silla a la cama, la habitación contaba con un amplio sofá para acompañantes, pero estaba en el otro extremo y él quería estar lo más cerca posible de Helena. Miró su reloj, eran las siete y media de la tarde, Helena parecía relajada, respiraba tranquila y no se movía. Temía tocarla y despertarla pero no pudo resistirse, le acarició suavemente el pelo y la besó ligeramente en la frente. Su cuerpo calmó así el anhelo por ella que había mantenido oculto las últimas semanas.

- Pequeña... - susurró en su mejilla antes de besarla – te quiero.

No le importó que ella no pudiese oírlo, sabía que era pronto para decirselo de nuevo, pero él lo necesitaba, se lo diría mientras dormía hasta que pudiese volver a decirle te quiero mirándola a los ojos. Tomó su mano y apoyó la cabeza en la cama de tal manera que no la perdiese de vista si se despertaba, sin embargo, a los diez minutos la falta de descanso pudo con él y se durmió.

Se despertó al notar que Helena movía ligeramente la mano, no se la soltó, se la apretó ligeramente. Aún no estaba totalmente despierta, pero sus preciosos ojos negros se abrieron y se fijaron en los de él. Helena despejó ligeramente su aturdimiento cuando se encontró con la mirada de Jack fija en la suya. Estuvieron mucho tiempo simplemente mirándose, fijamente, Helena parecía ver dulzura en los de Jack, negó para sí, esta vez no iba a dar por válidas sus impresiones. La vez anterior acabó destrozada. Jack ponía en su mirada todo el amor que sentía, pero sintió la reserva de Helena, le dolió, pero se exigió paciencia, la miraría así, dejando al descubierto todos sus sentimientos, todo el tiempo que ella necesitase para no dudar de ellos. Alzó su mano y sin dejar de mirarla le besó el dorso con ternura.

- Hola pequeña... ¿has descansado?

Helena entreabrió los labios por la sorpresa y se estremeció por el placer de sentir los labios de Jack en su piel. No iba a darle tregua. No quería pelear, ahora estaba tranquila, tenía que prolongar este estado lo máximo posible, tenía que elegir bien sus batallas. La mano de Jack sosteniendo la suya la reconfortaba como la de nadie. No sabía si merecía la pena arriesgar la tregua. Decidió que no. Que no se había sentido tan calmada desde hacía mucho tiempo, exactamente, desde la última vez que habían hecho el amor. No quiso

pensar en lo que sucedió después.

- Sí – Le respondió sinceramente, eso siempre le había ido bien – Estoy mejor – Tenía que atender la llamada de la naturaleza – Tengo que hacer pis – Se sonrojó al decirlo.

- Vale, – Jack le habló en tono cariñoso – yo te ayudo a llegar al baño. Laura me ha dicho que podías marearte.

Helena dudó, el camisón del hospital no era precisamente bonito. Al mismo tiempo se decía que no debía importarle si Jack la encontraba guapa o no. Sin embargo su boca fue más rápida que su cabeza.

- El camisón es horrible – abrió mucho los ojos al oírse pronunciar esas palabras.

- Estoy de acuerdo, – Jack sonrió. Que Helena bajase sus defensas tan pronto lo animaba a seguir su plan – pero tú eres preciosa aún con él – Le dijo mientras le apartaba las sábanas para ayudarla a bajar - ¿Dónde están tus zapatillas?

- No traje, – Helena se sonrojó por las palabras de Jack y por la intimidad que estaban compartiendo – mis zapatos estarán por ahí. Salí de casa con lo puesto.

- No importa.

Sin darle tiempo a reaccionar Jack se acercó y la cogió en brazos. Helena se tensó en ellos. El olor de Jack la envolvía de nuevo. Era como volver a casa. No quería ceder. Jack la apretó un poco más contra su pecho y le susurró en su pelo.

- Déjame cuidarte, por favor... déjame empezar a arreglar lo que estropeé.

- Jack... - no sabía que responder. Su cuerpo lo hizo por ella y se relajó en sus brazos.

- Gracias, preciosa... gracias – le dijo mientras la conducía al baño.

Entró al baño con ella y la puso de pie delante del inodoro. Ella se agarró a sus brazos al sentir que se tambaleaba.

- ¿Te mareas? –la sostuvo con más fuerza.

- Creo que no, – le respondió insegura – puedes salir ya.

- Ni de coña... ¿y si te caes?

Helena rechinó los dientes.

- No puedo hacer pis contigo aquí, – insistió, además, sin querer le reveló su temor – tengo miedo a haber manchado.

Jack le acarició el brazo, comprendía su temor y su vergüenza, pero no iba a arriesgarse a que se cayese en el baño y se golpease. Sin embargo, esta vez

no podía presionarla para conseguir sus objetivos al igual que había hecho en otras ocasiones. Confianza, se repitió, confianza. Tenía que negociar.

- Está bien. Tranquila. Si me dejas que te siente en el wáter, y si prometes llamarme cuando termines, sin levantarte sola, te esperaré fuera.

Helena aceptó con rapidez, cualquier cosa con tal de hacer pis con intimidad.

- Si manchas, no te pongas nerviosa, no quiere decir que al bebé le pase nada. No has descansado lo suficiente – la tranquilizó mientras la ayudaba a sentarse.

- Tengo miedo. No quiero perderlo – lo miró angustiada.

- No lo perderemos. – Jack se obligó a hablar en plural para que ella fuese acostumbrándose a incluirlo en su vida, a que pensase como nosotros, en vez de como yo.

La dejó sola y entornó la puerta del baño. La cosa iba mejor de lo que esperaba. Jack sabía que tácitamente ambos habían acordado una tregua respecto a su problema principal, las falsas acusaciones que había formulado contra Helena. Ambos eran sensatos y sabían que lo primero ahora era garantizar que el embarazo transcurriese con normalidad. De todos modos, para evitar malentendidos, se lo dejaría claro con palabras. Helena avisó de que ya estaba lista. Entró rápidamente.

- ¿Has manchado? – Helena aún estaba sentada en el wáter y tenía en sus manos las braguitas. La vio asentir y señalar una estantería.

- Necesito una compresa de ese paquete. – Se sonrojó al pedírsela, había estado tentado a levantarse ella pero recordó que Jack había accedido a esperar fuera, había cedido, sabía que le había costado ceder, pero había cumplido su palabra.

Jack se la tendió y se dio la vuelta para darle la intimidad que necesitaba. Al volverse la vio coger una bolsita de plástico e introducir la compresa usada en ella.

- ¿Has manchado mucho? – La vio negar - ¿Me dejas verlo? – Ahora sí que había enrojecido de verdad –Quiero saberlo todo... por favor... por si te vuelve a pasar algo...

Muerta de vergüenza se la mostró. Había una pequeña mancha y una mucosidad, por lo menos era de color marrón.

- Por lo menos no es sangre roja – le explicó – la guardo por si la quieren ver. Igual no es necesario.... Pero no quiero arriesgarme.

Jack la tranquilizó quitándole importancia, mientras la ayudaba a

levantarse.

- Puedo caminar – insistió Helena. Le asustaba un poco lo bien que se había sentido en sus brazos. No quería empezar a depender de él para luego quedarse sola.

Jack no le hizo caso y volvió a alzarla en brazos, la apretó un poco contra él.

- Puede... pero yo necesito sentirme útil – la depositó en la cama y la tapó – ya te he dejado sola demasiado tiempo.

- Tú lo quisiste así – le reprochó Helena, no quería que pensase que ya había olvidado.

Jack tomó aire. Esperaba el reproche en algún momento. Sin embargo se ciñó a su plan. Le cogió una mano y la miró a los ojos.

- Cierto, yo te abandoné. Tengo una conversación pendiente contigo, si accedes a escucharme, claro. Pero como va a ser algo doloroso para ambos, creo que no es el momento de mantenerla. Ahora lo importante es garantizar que nuestro bebé esté cómodo dentro de ti, para eso tienes que estar tranquila y no angustiarte. Por eso te propongo posponer nuestra charla, más bien, mi charla, hasta que te encuentres mejor. Si no estás de acuerdo, estoy preparado para hablar contigo ahora.

Helena se quedó sin habla. El Jack que conocía no pactaba tanto, más bien ordenaba o simplemente daba por sentadas ciertas cosas. Al mismo tiempo estaba arrepentida de haberle reprochado, tenía razón, ese no era el momento. Sabía que ella era la que tenía la sartén por el mango, era la agraviada, sin embargo no quería una revancha. No quería hacer daño conscientemente, eso no le produciría satisfacción. Sólo quería paz, y la estaba obteniendo.

- Estoy de acuerdo. Lo siento. No quería reprocharte nada – le confesó.

- Sí querías, tienes derecho a hacerlo, es más debes hacerlo, y yo quiero y tengo que escuchar todos y cada uno de esos reproches. Sólo así tendré la oportunidad de resarcirme. Sólo así podré tener una oportunidad contigo – le apretó la mano – con los dos.

- Jack... - no iba a darle falsas esperanzas – yo no sé si podré...

- Sólo te voy a pedir una cosa- Jack no la dejó continuar, no quería oír que se cerraba en banda – sé que no tengo derecho a pedírtelo, lo hice una vez y te fallé, pero... ¿podrías sólo ir paso a paso y sentir?... no voy a correr esta vez... no voy a cogerlo todo... me conformaré con lo que me puedas dar...

Helena se estremeció al oír las palabras de Jack, Le estaba pidiendo una segunda oportunidad, exactamente un, vamos a ir viendo poco a poco hasta

dónde puedes llegar conmigo, sus palabras exactas habían sido “lo que me puedas dar”, le estaba dando el mando. Jack se ponía en la posición sumisa y la ponía a ella a decidir el rumbo de su relación. No sabía si le gustaba la idea, en el fondo, había sido feliz cuando Jack llevaba el peso de la relación, lo cual decía mucho sobre ella, no consideraba malo preferir una posición sumisa en la relación. Lo que sí podía concederle, era lo de ir poco a poco. Pero tenía que comprobar una cosa antes de darle una respuesta.

- Si lo haces por el bebé, no es necesario. Eres y serás su padre, ya te he dicho que no te negaré nada. Yo soy una persona y el bebé será otra. No me necesitas a mí para tenerlo a él.

Joder... joder... Jack contaba con que el tema del bebé jugase en su favor, pero Helena lo había pensado bien, y llevaba razón. Ahora que no podía demostrarle que, antes de salir de Londres, ya había decidido recuperarla para siempre. Podría enseñarle el recibo de la compra que había hecho, pero no quería hacerlo. No era el momento.

- Ahora no puedo pretender que me creas, así sin más. Sin embargo la verdad es que antes de salir de Londres, antes de saber que había un bebé, porque debes saber que nadie me dijo nada, ya había decidido intentar recuperarte. Y digo intentar, porque... no estoy seguro de que puedas aceptarme de nuevo. Así que, estoy en tus manos.... Y créeme si te digo que no es muy agradable para mí no tener el control.

- Yo no quiero el control – se sinceró Helena – fui feliz antes, cuando tú decidías la mayoría de las cosas. No puedo prometerte un final feliz, no quiero darte falsas esperanzas – vio cómo Jack agachaba la cabeza resignado – pero si de verdad quieres estar conmigo, no por el bebé, sino conmigo... lo único que puedo concederte por ahora es ir día a día. Si siento, no lo negaré. Pero necesito ir un poco más despacio que la otra vez.

- ¿Me devuelves el control? – Jack estaba sorprendido – es el rasgo de mi personalidad que más daño te ha hecho. Y tú me lo devuelves.... Bien... - respiró hondo para asumir que volvía a tener el control – Pues acepto. Lo usaré con tiento, iré despacio. Pero voy a aprovechar ese control que me das para decirte que tienes que venirte a vivir con nosotros, en casa de mis padres, en la suite de invitados.

- ¿Cómo dices? – Helena se tensó. Si eso era ir despacio ella era una monja.

- Tú eliges. Laura dice que no puedes estar en tu apartamento, por varios motivos. Uno de ellos son las escaleras, el otro es que durante un tiempo

tienes que guardar reposo, por lo menos hasta que cesen los sangrados. Así que no puedes hacer nada de las cosas de casa, por supuesto, ni cargar peso ni ningún tipo de esfuerzo. Tienes dos opciones, vivir con mi familia y conmigo, ya que yo me mudaré también el tiempo que estés allí, o vivir con Laura, que se ha erigido en tu “madre” honoraria, como bien sabes.

Helena valoró sus opciones. Vivir en su apartamento estaba descartado ya que había entendido la parte del reposo, así que tenía que tomar una decisión. Irse con Laura, o vivir con Jack de nuevo. Lo miró a los ojos y vio que no tenía ninguna intención de presionarla, de argumentar algo más para convencerla. Si quería comprobar si tenían alguna posibilidad, tendría que volver a arriesgarse. Tenía miedo, pero su corazón le decía que por el bien de todos debía elegir bien. Estaba segura de que Jack no iba a dejarla sola aunque viviese con Laura y eso supondría invadir totalmente la intimidad de la ginecóloga. No estaba bien. Al fin y al cabo, si el embarazo seguía adelante, con Jack y su familia siempre habría un vínculo.

- Elijo la casa de tus padres – le anunció.

La sonrisa de Jack llegó hasta sus ojos.

- Gracias, preciosa... sé que no es una carta blanca, sé que tenemos que superar muchos obstáculos pero prometo ir paso a paso.

Helena asintió y se estremeció cuando Jack le acarició la mejilla.

- ¿Puedo besarte? – le pidió ansioso.

Los labios de Helena ya estaban entreabiertos cuando asintió. Jack simplemente posó los suyos en los de ella, y los movió con suavidad, tímidamente tanteó con la lengua y Helena le permitió el acceso. Volvió a saborearla muy despacio y necesitó toda su fuerza de voluntad para detener el beso.

Cuando Jack se separó, Helena tenía los ojos cerrados, no sabía que necesitaba tanto ese beso hasta que lo había recibido. Se emocionó, abrió los ojos y vio los verdes de Jack posados en los suyos. Aún le acariciaba la mejilla. Sobraron las palabras. Jack se sentó en la cama a su lado y le acarició la mano hasta que Helena se relajó y volvió a dormirse. Era lo que tenía que hacer, reposar y recuperarse, la misión de Jack era velar por ella y esta vez no pensaba abandonar sus funciones bajo ningún pretexto.

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 21

*“Sólo puede decir yo te perdono el que es capaz de decir yo te amo”*

*Paulo Coelho*

Jack estuvo velando el sueño de Helena durante casi una hora. En ningún momento dejó de acariciar su mano. No había esperado poder besarla tan pronto, aún no se había disculpado con ella, no se había arrastrado todavía. Sabía que no debía suponer que con ese beso tendría la absolución que necesitaba. Mientras él no formulase su petición de disculpas y ella le respondiese con su perdón no estaría tranquilo. Si por él fuese ya se habría disculpado hace horas, sin embargo, Laura veía conveniente ir despacio y él estaba dispuesto a hacer todo lo posible y más para que Helena estuviese tranquila.

Helena no abrió los ojos al despertar, necesitaba pensar en su situación actual. Sentía en su mano la caricia de Jack. Todos habían tenido razón, había vuelto y estaba dispuesto a recuperarla. Ella también había tenido razón en una cosa, no tenía fuerzas suficientes para resistirse a él. Desde el momento en que había suspirado de alivio al escuchar a Jack decir que el bebé era suyo, que no tenía ninguna duda, todo había cambiado para ella. Para ella se habían cerrado todos los frentes en los que tenía la obligación de defenderse o de justificarse, a saber, no era sospechosa de ningún delito y nadie dudaba de su fidelidad. Entonces, ¿qué tenía que hacer ahora? Estaba enamorada de Jack, profundamente enamorada y, a pesar de saberlo, no lo había engañado al decirle que no podía prometerle un futuro, porque su parte racional le decía que no podía entregarse de nuevo sin más. Jack iba a repetir mil veces que no se arrepentiría de darle una oportunidad, que aceptaría lo que ella quisiese darle, que le importaba ella independientemente del bebé. Aunque lo hiciese, Helena iba a seguir dudando. ¿Cómo podía ella estar segura de que eso era así? Las palabras no bastaban. La vida estaba llena de contratiempos. ¿Cómo podría saber ella que Jack no volvería a huir de nuevo? Eso era la confianza, su corazón confiaba incondicionalmente en Jack, pero, a pesar de que le había prometido no retener sus sentimientos, que su parte racional recuperase la confianza en Jack llevaría más tiempo. Y esa incertidumbre tampoco era buena para ella. Eso era lo que le faltaba para sentirse otra vez completa al cien por cien. Saber que podía volver a ponerse en manos de Jack y que, esta vez, no la dejaría caer. Tenían que empezar por hablar de lo sucedido porque, de lo contrario, el resto no sería real. Había pensado que la tregua era necesaria, sin embargo, ahora ya no se lo parecía tanto. Sería mejor eliminar la espada de

Damocles que estaba sobre sus cabezas. Una vez hablado, ambos podrían olvidarlo, o no. Si no lo hablaban, habría asuntos pendientes y ella no estaba dispuesta a dejarse nada en el tintero. Prácticamente sería como empezar casi de cero. Tomada su decisión, abrió los ojos, esperaba encontrarse los verdes de Jack mirándola y no se equivocó. Seguía sin dejar de acariciarle la mano.

-Has descansado casi una hora. Te hacía mucha falta.

Jack quería volver a besarla, sin embargo, percibía que Helena estaba inquieta por algo. La conocía perfectamente y, si algo la perturbaba, él tenía que saberlo para poder eliminar cualquier preocupación de su cabeza.

-¿Qué te preocupa?

Helena lo miró asombrada. Jack volvía a sorprenderla con su perspicacia, igual que durante toda su relación. Parecía tener un sexto sentido que le permitía ver sus pensamientos y sus sentimientos casi al mismo tiempo en que éstos se estaban formando en su cabeza. Como siempre, la verdad era lo mejor.

- Antes..., cuando hablamos de posponer la conversación que tenemos pendiente me pareció bien. Tu dijiste que lo importante era que yo estuviese tranquila y no me angustiase – Helena seguía sintiendo la caricia de Jack en su mano, a pesar de que no apartaba la vista de sus ojos – pero, creo que..., es decir, mientras no hablemos... también me inquieta tener cosas pendientes.

Jack suspiró aliviado. Estaba en sintonía con los deseos de Helena. También prefería dejar todo resuelto cuanto antes.

- Entonces quieres que hablemos ahora – tomó su mano y depositó un beso en el dorso mientras aguardaba la respuesta.

- Creo que..., para saber si podemos... - le costaba mucho pronunciar las palabras – me gustaría que cuando llegemos a casa de tus padres...

Jack estaba viendo que Helena no encontraba las palabras para explicar lo que quería, pero él la entendía. Había llegado el momento decisivo, sin embargo, sería con sus reglas.

- Estoy de acuerdo. – Le anunció y pudo observar la sorpresa en el rostro de Helena. Su pequeña no era consciente de que, a partir de ahora, iba proporcionarle todo lo que necesitase. – Creo que el tener pendiente esa charla te perjudica más que favorecerte. Necesitas tranquilidad y yo quiero que sólo te preocupes de recuperarte y del bebé, así que sí, hablaremos ahora.

Helena asintió algo nerviosa. Una llamada en la puerta, pospuso su charla, era un celador con la cena. El hombre dejó la bandeja en la mesita correspondiente y le deseó buen provecho. Jack se apresuró a ayudarla, le

acercó la mesita y le quitó la tapa de la bandeja, comprobó cómo Helena contemplaba el menú sin mucho entusiasmo, no es que se tratase del menú de un rey pero no tenía mala pinta, había un consomé, merluza a la plancha con patata hervida, una manzana y un yogurt.

- No tengo ganas.... – le anunció Helena al advertir el gesto determinado de Jack.

- Helena... - Jack intentó ser razonable – has perdido peso... no es bueno ganar mucho peso en el embarazo pero tampoco es bueno adelgazar.

Helena se estaba crispando. No tenía ganas de cenar y Jack iba a presionarla para que comiese lo que le habían traído, así reventase en el intento. Ni que hubiese adelgazado por gusto, habían sido las náuseas matinales, la preocupación por la investigación y el disgusto por la ruptura lo que había eliminado su apetito. Descargó su frustración con él.

- Tú que sabrás Jack... es fácil decirlo... tienes que comer – soltó una carcajada sarcástica – pero tú no vomitas todas las mañanas, y a ti no te ha interrogado la policía como sospechoso de nada y además..., tú... tú no estabas conmigo...

Jack encajó uno a uno todos los golpes, y todos y cada uno de ellos le dolieron en el alma. Sabía que el estado de Helena era una consecuencia directa de sus actos, sin embargo, le partía por la mitad el “tú no estabas” y era cierto. Recordó el consejo de Susan, por mucho que gritase su amor, no sería suficiente, tenía que demostrárselo día a día. Los ojos negros de Helena se estaban llenando de lágrimas.

- Lo sé. No he estado contigo. No sabía que tenías náuseas... - iba a iniciar su discurso cuando un golpecito en la puerta anticipó la entrada de dos visitas tardías.

Héctor y Lola entraron en la habitación. Cuando Helena los vio estalló en llanto y se tapó el rostro con las manos. Ambos se detuvieron a medio camino, Lola deseando abrazar a Helena y al mismo tiempo dudando si hacerlo al estar Jack allí.

- No hemos venido en buen momento – Héctor se percató del gesto desesperado de su amigo.

Jack los tranquilizó.

- Es buen momento. Gracias por venir... es sólo que no quiere cenar... y ha adelgazado... Laura dice...

Lola se hizo cargo de la situación, era evidente que Helena no podía quedarse sin cenar.

- Jack..., ya que te vas a quedar toda la noche ¿por qué no bajas a tomar algo a la cafetería con Héctor? – Vio que no estaba muy convencido – Te prometo que cenará. Tienes mi palabra.

Jack se acercó a la cama y le cogió las manos a Helena separándoselas de la cara. Le secó las lágrimas con los pulgares y, le habló sin importarle que los demás lo escuchasen.

- Preciosa..., come algo, lo que puedas ¿vale? Enseguida vuelvo y entonces hablaremos. ¿Estamos?

Helena se veía obligada a mirarlo por la forma en que Jack sostenía su cara. Sus ojos verdes mostraban preocupación. Había vuelto a ceder, esta vez, a la demanda de Lola. Simplemente asintió. Jack le besó la mejilla y salió con Héctor de la habitación.

Lola esperó a que la puerta se cerrase para sentarse en la cama de Helena. Sin mediar palabra, desechó el consomé y cogió los cubiertos para desmenuzar la merluza y cortar la patata en trocitos. Sostuvo el tenedor con un poco de cada ante Helena y la instó a abrir la boca. Para su tranquilidad obedeció. Repitió la acción de nuevo.

- Puedo comer sola – Helena extendió la mano reclamando los cubiertos.

Lola se los dio no sin antes arquear ambas cejas.

- Pues cualquiera lo diría... - cogió los cubiertos de postre y comenzó a pelar la manzana -¿cómo estás?... el diagnóstico ya lo sé... Carlos nos lo ha dicho, y el tratamiento también... reposo. Te pregunto por Jack.

Helena siguió comiendo.

- Estoy bien, supongo... ha venido. Para mí lo más importante es que no duda de que el bebé sea suyo.

- Ya te lo dijimos. Que iba a volver por ti.

- No quiero que esté conmigo por el bebé – la merluza estaba buena, siguió comiendo antes de continuar su reflexión – dice que quiere estar conmigo.

- ¿Y tú quieres? – Lola la observaba dar cuenta del pescado. Ya casi lo estaba terminando.

Helena dejó los cubiertos sobre la bandeja y la miró.

- Me besó – le aclaró – no en la mejilla como ahora, me besó como antes. Me pidió permiso.

- ¿Permiso? – Lola estaba sorprendida – Vaya... eso debió de ser digno de ver – le tendió la manzana cortada en dos mitades.

- Sólo una mitad... por favor...

- Vale. Pero el yogurt va enterito.

Helena se apresuró a aceptar.

- ¿Te gustó?

- Fue un beso especial. Me dejó la piel encendida. Me hacía mucha falta.

- Es normal... Helena... Lo quieres.

- Mucho – admitió ante su amiga – pero me debe una explicación. Vamos a hablar esta noche, antes de que me mude a casa de sus padres. No puedo vivir en mi casa ¿lo sabías?

- Sí, Carlos nos lo dijo. De hecho he venido para ver si necesitas que prepare una maleta con tus cosas.

- Eres un cielo Lola... ni se me había pasado por la cabeza – le agradeció Helena conmovida.

- No tiene importancia... usaré mi llave y mañana te la traeremos, sin embargo, también me gustaría darte un consejo... aunque dirás que consejos vendo que para mí no tengo...

- No digas bobadas... sabes que me gusta que me des tu opinión..., es más, la necesito.

- Bueno... pues allá va – se levantó para retirarle la bandeja una vez terminado el yogurt – le he dicho a Héctor y a Carlos que no podemos influir en vosotros para que toméis una decisión. Sin embargo... no voy a hacer caso y a pesar de que un día te dije que me daba miedo tu historia con Jack, que se parecía demasiado a mis inicios con Juan, ahora he de decirte que, y no puedo desvelar cómo, ni porqué lo sé – Helena era lista y sabría que Héctor esa su fuente – Jack no es como Juan. También ha sufrido con la separación, no igual que tú, por supuesto. Ahora parece el Jack de siempre pero... ayer no lo era. Está muy enamorado de ti. Y digo de ti, no de vosotros. Del bebé también se va a enamorar pero volvió por ti. Juan no habría vuelto, ni por ti ni por un bebé. Jack sí es un príncipe azul. De ti depende que sea el tuyo.

No les dio tiempo a más porque Jack y Héctor volvieron. Jack escrutó la bandeja para comprobar lo que Helena había cenado. Se dirigió a la cama, Lola seguía sentada, la besó en la sien, luego se acercó a Helena y depositó un ligero beso en sus labios. Sintió alivio al no ser rechazado.

- Gracias – le dijo a Lola – no sólo por lo de la cena. Por todo lo que has hecho por Helena, por cómo la has cuidado. A Héctor ya se las he dado antes.

- No hay de qué – Lola estaba algo azorada – es mi amiga y siempre estaré a su lado... en cualquier circunstancia.

Jack asintió aceptando la advertencia de Lola. Helena la tendría siempre a su lado, con Jack o sin Jack. Aún tenía fresca en la mente la conversación con

Héctor. Jack le había exigido conocer al detalle todo lo que habían vivido con Helena, le había convencido de que necesitaba ser consciente de todos y cada uno de los reproches que le esperaban al volver. Le había explicado que no podía recuperar del todo a Helena sin conocer la historia completa. Mientras compartían una tortilla, que se le iba atragantando a medida que Héctor hablaba, fue consciente de todo el sufrimiento que le había causado a Helena, sobre todo con su ausencia. Héctor le había contado cómo Helena les comunicó el embarazo y su dolor por estar sola en la consulta de Laura rodeada de parejas cariñosas. No soportaba oír por boca de Héctor que Helena les había asegurado que nunca le negaría el bebé si Jack así lo quería, pero que no era necesario que estuviesen juntos por convenciones sociales. El saber que Helena esperaba ser una madre soltera casi lo vuelve loco. Ni de coña, le aseguró a su amigo. Le dolió volver a ser consciente del apoyo de Carlos, sobre todo cuando supo que él le había acompañado al ginecólogo a hacerse los análisis. Además se enteró de lo bien que les había ocultado su sufrimiento por la investigación, siendo todos conscientes de ello el día que casi se desmaya en el Retiro al saberse libre de toda sospecha. Supo la razón exacta que había motivado su ingreso, aparte de haber tenido noticias de Harry, las disculpas de su padre y el haberse encontrado con Anne y con su madre habían añadido tensión al estado anímico de Helena. Si todo ello hubiera sido difícil de soportar para una persona normal, en una embarazada la situación empeoraba varios grados. Lo destrozó saber que Helena les argumentaba una y otra vez, que Jack no volvería a por ella, que nunca la había querido de verdad, ya que si así fuese no podía haber puesto en duda su fidelidad a él y a la empresa. Ahora ya sabía que para conseguir lo que se había propuesto antes de salir de Londres, no iban a bastar las palabras, Susan había tenido razón, necesitaba gestos, hechos, sobre todo muchos hechos. Sin embargo, antes de los hechos tenía que darle las palabras, se lo debía. A ello se dispuso cuando Héctor y Lola abandonaron la habitación con la promesa de volver al día siguiente con la maleta de Helena.

Helena observó cómo Jack despedía a sus amigos al tiempo que sacaba al pasillo la bandeja de la cena para entregársela a un celador. Cerró la puerta de la habitación y se dirigió a ella, estaba serio, muy serio. Sin embargo, sus manos fueron suaves cuando le acarició la mejilla al tiempo que la destapaba. Sin previo aviso la cogió en brazos y, recogiendo una manta que había a los pies de la cama, se dirigió con ella al sofá de la habitación. Aunque era un sofá grande, apto para que el acompañante descansase, Jack se limitó a

sentarse y a acomodarla en su regazo. Le tapó los pies y las piernas desnudas con la manta y la obligó a apoyar la cabeza en su pecho. Con una mano la sostenía por la cintura y la otra la apoyó en su vientre. Helena se quedó sin aliento ante lo inesperado del gesto. Recordó cómo había anhelado ese gesto al ver a los papás en la sala de espera de la clínica. No le veía la cara a Jack ya que su cabeza estaba encajada bajo su barbilla, reposando cómodamente en su pecho. Sentía latir su corazón y su pecho vibró cuando por fin Jack habló.

- Quiero hablar contigo y necesito que todo lo que tengo que decirte lo escuches mientras estás en mis brazos, cómoda y calentita. Quiero que me escuches así para que mi cuerpo pueda transmitirte todo lo que mis palabras no alcancen. Quiero que sientas que te sostengo, a ti, preciosa. A la mujer más importante de mi vida.

Helena no pudo contestar. Se mantuvo quieta aspirando el aroma familiar del pecho de Jack mientras esperaba sus próximas palabras.

- Cuando Héctor vino a buscarme a Londres yo ya había decidido volver. En la mañana de ese día había recibido la llamada de mi padre con el resultado de la investigación. No te voy a aburrir con la historia porque puede que la sepas mejor que yo, tú estabas aquí, yo, sin embargo, a miles de kilómetros de distancia del problema y de ti, fundamentalmente de ti – la respiración de Helena era tranquila, estaba muy quieta pero Jack sabía que no estaba dormida porque su cuerpo no estaba relajado – No creo que existan palabras que puedan definir lo que quiero decirte, es decir, el hecho de que yo haya puesto por delante de ti la palabra de Jimena y Rebeca, que hubiese visto un beso cuando Harry en realidad estaba amenazándote y que entonces no hubiese removido Roma con Santiago para encontrar a Inés y comprobar su versión hace que... – Jack inspiró hondo. Era duro pero era la verdad - Todo ello hace que pedirte simplemente perdón o mostrar arrepentimiento se quede corto. No se puede pedir perdón cuando uno abandona a su mujer sin escucharla, cuando su ceguera le lleva a negarle un “yo también te quiero”, para en cambio, decirle una vileza tras otra. Podría decir que hablaba el orgullo del hombre herido, pero tampoco es excusa. Cuando un hombre abandona a su mujer en plena noche, sin asegurarse de que ella esté segura y a salvo y, en vez de eso, la expone a todo tipo de riesgos permitiendo que vague sola de madrugada por toda la ciudad... – Jack se detuvo un instante para recolocar bien la manta que tapaba a Helena, quien estaba comenzando a temblar ligeramente – Cuando un hombre le hace eso a su mujer, cuando la traiciona con los hechos y con las palabras, tal y como yo he hecho contigo,

ese hombre pierde el derecho de considerar a esa mujer como suya. Yo ya sé que he perdido ese derecho. He roto todas y cada una de las promesas que un día te hice, no te sostuve cuando caíste. No puedo sentir más pena imaginándote sola en la consulta de Laura, enfrentándote, sin que mi mano te reconfortase, a la duda de si estabas embarazada, yo debía de estar allí contigo, viendo a nuestro bebé por primera vez, yo tenía que haber estado a tu lado cada mañana vigilando tus náuseas, yo tenía que haberte acompañado a tus análisis clínicos. Sin embargo, fue otro hombre el que hizo mi papel, el que te sostuvo. Tengo con él una deuda que no sé si será saldada alguna vez, y al mismo tiempo me gustaría darle un puñetazo por usurpar mi papel. Pero no puedo hacerlo, ¿verdad? – No era una pregunta. Él mismo se respondió – No puedo hacerlo porque en esos momentos en que tú me necesitabas mi cobardía fue mayor que mi amor por ti. Me puse a mí por delante de ti, fui tan hipócrita al haberte creído capaz de semejante traición que me avergüenzo de haber borrado de mi cabeza todo lo que eras, y sigues siendo, tú para mí. Mi pequeña... dulce, cariñosa, comprensiva, mi amiga, mi amante más sincera, la que me borró como hombre para cualquier otra, mi preciosa mujer. Todo eso lo olvidé, y, cuando fui consciente de que había cometido el error más grande de mi vida, comprendí que, traicionando tu confianza, aniquilé el derecho a llamarte mía. No sé si volveré a ser digno de ti. En todo caso, nunca dejaré de intentarlo, salvo que me pidas que me aleje de ti. Porque sigues teniendo la llave de mi corazón – le acarició ligeramente el tobillo dónde aún brillaba la pulsera – y antes prefiero cortarme las manos que provocarte cualquier daño. Y todo esto no tiene nada que ver con el bebé, sé que es mío y tuyo, nuestro, y será lo más bonito que hayamos hecho juntos. Tiene que ver con dos palabras muy simples, que ninguna mujer que no seas tú podrá oír jamás. Te quiero. Que tú me permitas darte ese amor incondicional es lo único que voy a pedirte. Son las únicas palabras que sí reflejan cómo me siento. Te quiero, mi amor.

Jack no podía decir más. La besó dulcemente el pelo y aguardó su reacción. Helena no lo había interrumpido en ningún momento, sí había notado cierta tensión y algún temblor en su cuerpo pero al no tener sus ojos a la vista, no era capaz de captar sus emociones. Su corazón comenzó a latir más deprisa, Helena debió de notarlo porque apoyó una de sus manitas en él, por encima de su camisa, sin embargo no habló.

Helena había escuchado todo el discurso de Jack sin apenas mostrar ninguna reacción, no había sido capaz de retener los temblores que la sacudieron al oírlo reconocer que él, y no ella, había sido el traidor. Jack no



se consideraba digno de ella, la había llamado repetidas veces su mujer, para luego declarar que había perdido el derecho a considerarla suya. Sólo le pedía una cosa, y ni tan siquiera era el perdón. Jack parecía considerar que ella no podría perdonar nunca sus actos, sólo le pedía que recibiese su amor. Sólo eso. No le había hecho ninguna promesa, no le había rogado una oportunidad como tal. Sólo que le permitiese amarla. Debía reflexionar bien sus palabras antes de responderle. Partía de la base de que Jack había reconocido su culpa, sin excusas y sin género de duda y Helena no podía negar que lo quería, a pesar de todo, lo quería ¿Podría Helena concederle su petición? ¿Estaba dispuesta a recibir su amor? Helena sabía que ya había empezado a recibirlo, también a aceptarlo y, en el fondo y como Lola había predicho en el Retiro, tenía derecho a desearlo. A desear que, cualquier domingo, pudiesen empujar juntos el carrito con su bebé. Quería una familia para su bebé, no quería ser madre soltera. Eso simplemente había sido un escudo protector frente a la incertidumbre sobre la vuelta de Jack que todos daban por segura. Así que, ahora que habían hablado, sólo quedaba empezar de cero y ver si Jack era capaz de conseguir entregarse sin reservas y si ella era capaz de volver a dejarse en sus manos. Tenía la mano apoyada en su corazón, que latía rápidamente esperando su reacción, la usó para impulsarse hacia atrás y poder mirarlo a los ojos. Jack no le rehusó la mirada. Sus ojos verdes estaban desnudos, igual que su alma, expectantes.

- No me has pedido que te perdone porque das por sentado que tus actuaciones no tienen perdón, sin embargo, creo que ya te había perdonado, o por lo menos, había aceptado que tú fuiste víctima, como yo, de las maquinaciones de otros. Hoy has visto que no te he rechazado, me has besado, lo he permitido y me ha gustado, lo necesitaba. Te necesitaba a ti, tus besos y tus abrazos. Si tú estás dispuesto a darme ese amor, yo deseo recibirlo. No va a ser un camino fácil Jack, todavía me duele, cuando lo recuerdo todo no soporto el dolor. Pero no puedo decirte que en este tiempo haya dejado de quererte. No voy a mentirte. Te quiero.

Jack se quedó abrumado al escuchar a Helena. Seguía siendo un cabrón afortunado. Ni en sus mejores sueños hubiese esperado oír un te quiero de su boca. Un perdón a su traición. Había que ser muy valiente para decirle te quiero, a él, a la persona que más daño le había hecho. La sorpresa inicial dio paso a una profunda emoción, los ojos se le empañaron y los cerró unos instantes para recomponerse. No lo merecía. Merecía encontrarse a una gata furiosa arrojando objetos a diestro y siniestro y lanzando reproches hasta

quedarse afónica. Sin embargo, se había encontrado a su pequeña, que nunca había podido ni querido ocultarle nada, que siempre había ido con la verdad por delante, incluso cuando él la presionaba a conciencia para vencer sus inseguridades. Ella nunca había dado un paso atrás, él, en cambio, había huido a la carrera. Le sostuvo la cara entre sus palmas.

- No lo merezco preciosa, no merezco que me quieras así. Pero haré todo lo que esté en mi mano para que llegue el día en que esos recuerdos que te hacen tanto daño no tengan sitio en tu cabeza.

- No quiero más promesas... - le dijo temblorosa por su contacto – sólo quiero ir día a día...

- De acuerdo – se apresuró a conceder Jack. Ya se encargaría él de que de ahora en adelante estallase de felicidad – día a día...

Ambos se miraron a los ojos, más ligeros, Helena aliviada de haberse quitado esa conversación de encima, de poder salir del hospital junto a Jack sin asuntos pendientes en la mochila; y Jack, doblemente aliviado y agradecido por haber podido expresar lo que necesitaba y por el hecho de que ello no hubiese alterado a Helena.

- Voy a besarte – le anunció – voy a besarte porque te quiero y porque, aunque no te merezco, no soporto más tenerte en mis brazos sin hacerlo.

Jack la besó en la comisura de la boca, un beso ligero, apenas posar los labios en su piel, luego la besó igual en la otra esquina para finalmente posar sus labios en los de Helena sin moverlos. Sólo respirándola. Helena tembló ante el contacto y Jack le sostuvo la cara con firmeza antes de iniciar un lento pero firme saqueo de sus labios, le pidió permiso para entrar acariciándoselos con la lengua. Helena, perdida en el placer tanto tiempo anhelado, sólo obedecía a los requerimientos de Jack, abrió su boca a la vez que su lengua salía a recibir a la de Jack. El roce de la lengua de Helena lo enloqueció. Tuvo una erección completa en cuando sintió su caricia. Sabía que Helena la estaba notando pulsar contra su muslo y no le importó. Era consciente de que, dado su estado, no podía pasar de ahí, pero quería que ella supiese que lo volvía loco de deseo. Tomó nota mental de, en cuanto Helena estuviese fuera de peligro, preguntar a Laura por el sexo durante el embarazo. Quería hacerle el amor, iba a hacérselo lento y muy muy dulce.

Estuvieron besándose sin pronunciar palabra hasta que Jack sintió a Helena gemir en su boca. Tuvo que tomar el control porque ella estaba relajada y receptiva en sus brazos. Cuando consiguió separarse de Helena, simplemente se levantó con ella en brazos y la tendió en cama, la arropó y le

dio un dulce beso en los labios.

- Tienes que dormir, preciosa... - le dedicó su sonrisa más dulce – mamá ya ha preparado todo para cuando lleguemos.

Helena estaba muy relajada tras haber liberado, gracias a las confesiones y a los besos, toda la tensión acumulada. Se sintió soñolienta.

- ¿Te quedarás toda la noche?

Jack se sentó en la cama y le cogió la mano.

- Claro que me quedaré, mi sitio está aquí, contigo.

- No vas a descansar bien...

- No voy a perderte de vista. Ya descansaré cuando lleguemos a casa.

A casa. Helena se durmió con esas palabras. Había vuelto a casa.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 22

*“Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”*

*Julio Cortázar*

Jack se incorporó sobresaltado de la silla que, ya de madrugada, había acercado a la cama de Helena. Apoyando la cabeza sobre la cama había conseguido dormir a trozos. La vibración del teléfono en el bolsillo trasero de sus vaqueros era insistente. Comprobó que apenas eran las siete y media de la mañana y que el que llamaba era Héctor. Sigilosamente salió de la habitación y le devolvió la llamada.

- Jack – Héctor respondió al primer tono - ¿qué tal la noche?

- Bien... - respondió Jack estirándose en el pasillo – Helena está descansando... joder... son las siete y media...

- Escucha tío... esta mañana Lola ha ido al apartamento de Helena a recoger sus cosas para lleváros las al hospital.

- Lo sé... - Jack reprimió un bostezo.

- Pues el caso es que abrió con la llave que tiene, es decir, la puerta estaba cerrada, pero sin dar vuelta a la llave.

- Joder... Héctor... qué coño quieres decirme.... Das más vueltas que una peonza...

- Mierda Jack... que el apartamento está patas arriba ¿entiendes?, cajones abiertos, muebles volcados, ropa destrozada... alguien ha entrado. Iba a llamar a Carlos pero preferí avisarte primero.

- Qué cojones... - ¿se han llevado algo?... – Jack estaba algo confuso.

- Escucha... la tele está, el ordenador también... Lola incluso ha visto alguna joya en la habitación...

Jack espabiló de golpe. Si no había sido un robo... recordó la nota de Harry, primero Anne... no habría sido muy difícil seguirla hasta dar con el apartamento de Helena...

- Joder... Harry está detrás de todo esto... fijo... Por favor... llama a Carlos y que se ponga en contacto con los inspectores que están en el caso...

- Es lo que tenía pensado hacer... en cuanto a la ropa...

- No quiero que Helena se ponga nada que puedan haber tocado... joder... a ver cómo coño se lo digo para que no se disguste... Voy a intentar que Laura me deje llevármela a casa pronto... - su cabeza ya estaba funcionando al cien por cien – Oye... ¿Podrías llamar a Ruth y que nos envíe por mensajero algo de ropa para que Helena salga del hospital?... ya sabe sus tallas. ¿Puedes

pasarme a Lola?

- Jack... lo siento – la voz de Lola sonaba asustada.

- Tranquila... Lola necesito que hables con Ruth, Héctor le va a pedir que nos mande una muda para salir del hospital, pero me gustaría que le encargases todo lo que Helena pueda necesitar... ropa, zapatos... bolsos... lencería... ¡Joder! Cremas... todo lo que se os ocurra. No quiero que use nada de lo que había ahí. ¿Puedes hacerlo?

- Claro... yo me encargo... había reservado la mañana para hacer unas gestiones. A mediodía tendrás todo en casa. Os lo acercaremos las dos y así distraeremos a Helena colocando todo.

- No reparéis en gastos Lola... yo me hago cargo de todo... Ruth puede facturarme esta misma tarde.

- Tranquilo Jack... tú procura que Helena no se altere... Ciao

- Jack – volvía a ser Héctor – te mantengo informado. Me quedaré por aquí hasta que esté todo resuelto.

- Gracias, tío.

Helena había escuchado a Jack salir de la habitación, sabía que estaba hablando con alguien en el pasillo. Al entrar Jack tenía el gesto preocupado, al percatarse de que Helena estaba despierta rápidamente intentó ocultarlo y se acercó a la cama con una sonrisa. La besó con ternura en los labios.

- ¿Has descansado bien?

-Sí... ¿ha pasado algo?... parecías preocupado...

- Nada de lo que debas preocuparte ahora mismo – Jack intentaba escaquearse mientras buscaba la mejor forma de responderle.

Helena no se lo creyó ni por un instante.

- Jack... Estoy embarazada, pero no soy tonta... me inquieta verte preocupado...

- Está bien...- Joder... él habría preferido esperar. Le cogió una mano – Era Héctor... alguien ha entrado en tu apartamento, parece que no ha sido un robo, pero está todo revuelto, la ropa, los muebles...

Helena enmudeció. ¿Por qué a ella?... Apenas había tenido una noche de tregua sin preocupaciones. Sintió un escalofrío al pensar en un intruso revolviendo sus cosas, tocando su ropa, violando su intimidad. Inspiró hondo, iba a tomárselo con calma, al fin y al cabo, sólo eran cosas. Decidió darle el mando a su parte racional.

- Tengo que ir a mirar...- le pidió a Jack – tendré que ordenarlo todo de nuevo...

Helena se sobresaltó al escuchar, después de tanto tiempo, el tono autoritario e inflexible de Jack.

- Ni de coña, pequeña. No vas a ir... no puedes hacer nada. Carlos está de camino, igual que los inspectores del caso. No van a dejar que toques nada hasta que ellos acaben.

- No puedes impedírmelo – le respondió contundente tras constatar que el Jack negociador había desaparecido.

Jack se tomó unos segundos para no responder lo que realmente pensaba, vaya que sí podía impedirselo. En cambio, iba a presionarla de otro modo.

- No. No puedo impedírtelo, sin embargo – hizo una pausa y tomó aire – sí puedo pedirte que no vayas, que no subas por las escaleras hasta un cuarto piso para encontrar tu apartamento hecho un desastre. Sí puedo pedirte que lo dejes en mis manos para que, cuando puedas volver encuentres todo en su sitio – ni en sus mejores sueños Helena volvería a vivir allí, pero ella no necesitaba saber eso ahora –. Por favor, ahórrate a ti y al bebé el sofoco de ver esa imagen.

Helena entrecerró los ojos con suspicacia, sin embargo, tenía que reconocer que llevaba razón, no pudiendo subir escaleras ni levantar pesos, poco podía hacer allí, excepto disgustarse al ver su apartamento revuelto. Sin embargo no iba a dar su brazo a torcer tan pronto.

- Accedo a que te hagas cargo de todo, a cambio de que no me ocultes nada de lo que digan los inspectores. De lo contrario los llamaré yo directamente.

- ¿Estás haciéndome chantaje? – Jack puso los brazos en jarras. Su plan era mantenerla al margen, pero Helena no iba a ceder.

- Prefiero decir que estamos negociando como dos adultos responsables – le respondió con sequedad- pero si prefieres podemos tener una pelea por esto.

Jack se desinfló. Apenas la había empezado a recuperar y no quería discutir.

- Yo sólo quiero lo mejor para ti, no quiero que te preocupes de nada.

Helena aceptó su tono conciliador y respondió en consonancia.

- Lo sé. Pero yo no quiero mantenerme al margen de los asuntos que afecten a mi vida. No puedes pedirme ahora eso. Tengo que mantener cierta independencia.

-¿De mí? – Jack estaba preocupado. No quería que Helena se le escurriese entre los dedos - ¿No confías en mí? – esperó su respuesta expectante.

- A la primera pregunta te digo sí, si tú lo quieres ver así, sí. Puedo aceptar que estés a mi lado, que me acompañes, incluso que me protejas, pero lo que no puedo aceptar es que me dejes atrás, que decidas lo mejor para mí a mis espaldas. En cuanto a tu segunda pregunta, después de la tarde de ayer, pensé que te habría quedado claro. Confío en ti pero necesito guardarme una parcela.

Jack agachó la cabeza. Estaba derrotado y a Helena le dio un vuelco el corazón.

- Jack... ¿puedes ser mi compañero? No necesito un padre, ya tuve uno. Si no puedes hacerlo... lo entenderé. – Omitió que le partiría el corazón y en cambio, le pidió lo que ambos necesitaban – Ahora mismo lo que necesito es que mi compañero me abrace y me diga que estamos bien.

Jack tardó nada y menos en destaparla, sentarse en la cama y abrazarla protectoramente contra su pecho. Iba a ser una transición difícil hasta que pudiese ser suya de nuevo al cien por cien.

- Sí. Puedo serlo..., es más, quiero serlo más que nada en el mundo. Lo siento, pequeña... a veces tendrás que recordármelo.

- Lo haré – lo tranquilizó recomfortada contra su pecho.

Jack le acarició la espalda y recordó que tenía que decirle que le había comprado un guardarropa entero. A sus espaldas. Otra vez. Se preparó mentalmente para una nueva batalla.

- Tengo que decirte que he hecho otra cosa para ti. Sin pedir tu opinión.

Helena se separó, sin soltarse de su abrazo. Arqueó ambas cejas a modo de interrogación.

- Te he comprado algo de ropa – le soltó de un tirón elevando los hombros a modo de disculpa.

- ¿Algo?... ¿Cuánta ropa? – le dijo frunciendo el ceño.

- Mucha...toda... - Jack empezó a titubear – todo lo que puedas necesitar...

- Lo que pueda necesitar... - Helena se temía que no iba a ser un simple vestido – ¿cuánta Jack? – le exigió saber.

- Mira... ni muerto voy a dejar que utilices cualquier cosa que esos indeseables hayan tocado. Así que les he encargado a Ruth y a Lola que te compren todo.

Helena estaba alucinando... estaba a punto de tener un ataque, pero de risa, al ver la expresión compungida de Jack y cómo intentaba explicarse. A ella tampoco le apetecía usar esa ropa, al menos sin lavarla antes.

- Todo... te refieres a ¿ropa?

- Joder... Helena... preciosa... todo... ropa, zapatos, cremas, bolsos, perfume... yo que sé qué coño más..., pequeña... por favor...

Helena estalló en carcajadas... la iban a vestir de arriba a abajo, todo nuevo..., conociéndolo sabía que sin límite de presupuesto. Por un lado tenía ganas de matarlo por el despilfarro, pero por el otro le daba mucha ternura verlo apurado.

Jack miraba a Helena sin saber cómo reaccionar... no sabía si reía de alegría o de histeria.

- Helena... pequeña... me estás acojonando... ¿estás bien?

Helena lloraba ya con la risa. ¡Qué bien le hacía reír! Sobre todo después de tanto drama y tanta llantina. El rostro de Jack mostraba cada vez más preocupación, incluso hizo amago de levantarse de cama pero ella lo instó a sentarse de nuevo. Se secó las lágrimas con las manos.

- Ay Jack... - Lo miró con ternura – No sé qué voy a hacer contigo...

- ¿Quererme? – Le preguntó algo inseguro - ¿A pesar de ser un cabrón controlador?

Helena le acarició el rostro y le rodeó el cuello con sus brazos, acercándose para besarlo.

- Eso ya lo hago.

A Jack casi se le sale el corazón del pecho por dos motivos, el primero por oír de nuevo las palabras y el segundo porque Helena tomaba la iniciativa para besarlo. Así que se quedó muy quieto para recibir sus labios. No tuvo que esperar mucho, Helena le dio un beso muy dulce pero Jack la apretó contra él y la saboreó como deseaba, con su lengua reconociendo todos y cada uno de los rincones de su boca. Cuando se separó, Jack tenía una gran sonrisa dibujada en su cara.

- ¿Puedes volver a hacerlo?

-¿Besarte? – Helena estaba dispuesta a complacerlo y a complacerse ella también.

- No. Besarme no. Eso después. Reírte. Quiero escucharlo de nuevo. Estás preciosa cuando te ríes y yo he pasado mucho tiempo sin verlo.

Helena omitió decirle que no había reído mucho en su ausencia, sin embargo no quería estropear el momento y lo obsequió con su mejor sonrisa. Incluso los ojos sonreían.

- Eres preciosa... - Le acarició el pelo - ¿Aceptas el regalo? ¿Estoy perdonado?



- ¿Tú que crees? – Coqueteó con él – ¿Qué chica rechazaría un regalo así?  
- Pues..., no es por recordártelo... pero tú. Casi me montas un pollo por un vestido... así que por un guardarropa entero... miedo me daba tu reacción.

- He cambiado desde entonces. Acepto tu regalo sin discutir. ¿Te hace feliz?

- Mucho pequeña – Jack estaba muy feliz – significa mucho para mí.

Los dos sonreían como bobos cuando Laura entró en la habitación. Jack se apresuró a soltar a Helena y a levantarse de la cama.

- Vaya... - Laura estaba emocionada de haberlos visto. Estaba claro que las cosas habían empezado a arreglarse entre ellos y estaba muy contenta por los dos. Sobre todo por Helena. – Vaya... ¿alguien pude decirme dónde está la paciente llorosa y angustiada que ingresé ayer en esta habitación?

Ambos tuvieron la decencia de sonrojarse a un tiempo. Helena fue la primera en reaccionar.

- Laura..., buenos días...

- Buenos días. Veo que te encuentras mejor. ¿Has manchado? – se interesó. La quería fuera de allí a la mayor brevedad posible. Si Jack había conseguido esa recuperación en apenas unas horas, en una semana tendrían a Helena en plena forma.

Helena se puso seria al recordar el manchado del día anterior. Jack se percató de ello porque rápidamente le cogió la mano.

- Ayer. Un poco. De color marrón. Lo he guardado por si hacía falta verlo. Hoy aún no he ido al baño.

- Pues ve ahora y dime. Eso me ayudará a decidir qué hago contigo – le ordenó, a pesar de que ya estaba redactando el alta mentalmente.

Laura observó con los ojos como platos como Jack levantaba a Helena en brazos, la introducía en el baño para salir después y entornar la puerta. Ambos se miraron, Jack arqueó una ceja desafiando a Laura a hacer algún comentario. A ésta no le amilanaba el porte desafiante de Jack, ya había visto a Henry con esa pose en demasiadas ocasiones.

- De haber sabido que tenías esos poderes curativos para Helena, te hubiese llamado en cuanto tuve noticias del embarazo.

- Alguien debió hacerlo – reflexionó Jack con dureza – alguien debió de venir a Londres y darme una paliza para hacerme reaccionar.

- No podíamos Jack... Era su decisión. Nadie tenía derecho a interferir. Sólo procuramos cuidarla lo mejor posible.

- Lo sé. Te lo agradeceré eternamente. Tanto... que serás la madrina de

este bebé, así que... asegúrate de decirme todo lo que necesito saber para que nazca sin contratiempos.

Laura estaba emocionada. No lo esperaba. Jack la había nombrado madrina igual que ella se había autonombrado madre de Helena, sin pedir opinión. Estaba valorando la posibilidad, no muy grata por cierto, de que ambos fuesen igual de arrogantes.

- Gracias Jack. Es un honor. Acepto. Entre los tres haremos que este embarazo llegue a término sin problemas.

Ya era casi la hora de comer cuando llegaron del hospital a casa de los padres de Jack. A pesar de que Helena sí había tenido una ligera pérdida, ésta no había resultado un impedimento para que Laura le diese el alta prescribiéndole un reposo relativo hasta el martes siguiente, día en que tenía su próxima consulta. Lucía los había acompañado hasta la habitación que ocuparía Helena en la planta baja, quería comprobar que todo estaba a su gusto. La habitación era extraordinaria, muy luminosa gracias al gran ventanal que daba acceso a una pequeña terraza y al jardín. Había una amplia cama de matrimonio, el cabecero era de líneas rectas y simples, de madera oscura al igual que las mesillas y las cómodas. Sobre la ropa de cama, de color blanco roto, destacaban varios cojines de diferentes formas en tonos azules, también la suave manta de pelo a los pies de la cama era de color azul. A la derecha de la cama estaba un gran armario empotrado con las puertas de espejo, a su lado, por un corto pasillo se accedía al completo baño con sanitarios en color arena y toallas azules. La bañera era pequeña pero suficiente si se deseaba tomar un baño en vez de una refrescante ducha. A la izquierda de la cama y cerca de la ventana habían dispuesto un rincón de lectura con un sillón y un reposapiés de color azul Oxford con un cojín en tonos beige y filigranas azul celeste. Pulcramente doblado en el reposapiés había un ligero plaid en color crudo a juego con la lámpara de pie que le permitiría leer cómodamente en cualquier momento del día. Pegado a la pared se encontraba una funcional consola con un espejo que hacía las veces de escritorio y tocador. Lucía había dispuesto un pequeño jarrón con un bonito arreglo floral de rosas blancas. Una cohibida Helena, seguía a Lucía quién, algo nerviosa, le mostraba la habitación intentando averiguar si la madre de su futuro y deseado nieto estaría a gusto viviendo allí.

- Y eso es todo – le dijo mientras la acompañaba a la terraza para sentarse en dos cómodos sillones de mimbre con una mesita de forja y cristal entre ambos – por supuesto, puedes cambiar lo que quieras.

Helena se alisó la falda acampanada del precioso vestido sin mangas de listas blancas y negras que esa misma mañana había llegado al hospital en manos de un mensajero. El vestido venía acompañado de una suave rebeca naranja y de unas bailarinas blancas ribeteadas en negro. Un pequeño bolso de mano naranja con una franja en color topo completaba el look. Helena se había sonrojado al desempaquetar delante de Jack un sugerente conjunto de lencería negra compuesto de sujetador de encaje una cómoda braguita. Las chicas no habían olvidado incluir un pequeño neceser con lo básico para el aseo de la mañana, incluso contenía un pequeño frasco de Allien, su perfume favorito. Cuando salió del baño se sentía mujer de nuevo a pesar de que su rostro, libre de maquillaje, aún reflejaba signos de cansancio resultante del trance por el que había pasado en los últimos días. A Jack literalmente se le había hecho la boca agua al verla aparecer sin el horrible camisón de hospital y oliendo de nuevo a ella, al aroma que lo estaba volviendo loco mientras las acompañaba apoyado en la pared de la terraza.

- Está todo perfecto Lucía – esbozó una sonrisa algo nerviosa – incluso me parece demasiado.

- Bobadas – Lucía se apresuró a quitarle importancia – hemos decidido tener un cuarto así ya que a veces mi cuñado viene desde Inglaterra para estancias largas, así que queríamos algo cómodo para que él y su mujer se encuentren a gusto.

- Gracias. De todos modos, lamento imponeros mi presencia...

- Ay Helena... - Lucía estaba apesadumbrada por las circunstancias de la visita – por favor... no nos impones nada. Henry y yo estamos encantados de que estés aquí. Sólo queremos que estés tranquila y a gusto para que te recuperes. Somos nosotros los que no queremos agobiarte. Soy consciente de que Henry y yo, en nuestro afán por enmendar lo sucedido, te hemos abrumado. Nada más lejos de nuestra intención, pero así ha sido.

- No pasa nada... - le respondió incómoda – por favor, no alteréis vuestra rutina por mí. Yo me adaptaré.

- Helena..., sé que es una conversación difícil. Sin embargo me gustaría que supieses que pase lo que pase entre tú y mi hijo, aunque a mí me encantaría que tuvieseis un final feliz, siempre serás parte de nuestra familia, siempre velaremos por tu bienestar. Las puertas de esta casa nunca van a estar cerradas para ti. Vas a hacernos el mejor regalo que, a nuestra edad, podríamos desear. Un nieto o quizá una nieta. Bastante amargura has pasado ya, así que, alteraremos todas las rutinas que sean necesarias para hacerte la

espera más dulce.

Helena sintió que una lágrima de emoción se le escapaba. Los Anderson volvían a entretejer sutilmente una red de confort a su alrededor. Sin embargo, a pesar de que su parte racional encendía una leve señal de alarma, no conseguía sentirse atrapada. Se sentía como una polilla dirigiéndose, lenta pero inexorablemente, a la luz. La luz era Jack y Lucía, Henry y Anne. La luz era la familia.

Jack se dio cuenta de que Helena necesitaba recomponerse. No debía de ser fácil recibir tanto cariño de golpe cuando había esperado precisamente lo contrario. Habían frustrado sus planes de batallar por una custodia y ahora estaba algo perdida. En el fondo sabía que Helena deseaba recibir todo ese afecto, pero entendía sus reservas. La traición había sido tan dolorosa que sus defensas seguían armadas, si bien más cerca de caer que de volver a levantarse. Le hizo una breve seña a su madre quien, a Dios gracias, se hizo cargo de la situación y los dejó solos sin antes besar ligeramente la mejilla de Helena y de señalarles que los esperaban en el comedor.

Jack le tendió la mano a Helena y la acompañó al interior de la habitación. La obligó a sentarse en la butaca y él hizo lo propio en el reposapiés.

- Estás preciosa – le dijo – realmente me alegro de verte sin ese horrible camisón de hospital. En una hora te traerán el resto de las cosas. ¿Te apetece pasar parte de la tarde con ellas?

- Sí. Me apetece verlas. Gracias por el vestido, me gusta mucho... pero... no debes comprarme mucho... si sigue todo bien pronto no cabré en toda la ropa que me compres.

La imagen de Helena con una gran tripa apareció en la mente de Jack inflando su ego de hombre primitivo. Si Helena fuese consciente de sus pensamientos prehistóricos le cortaría los huevos sin pestañear, así que rápidamente le respondió.

- Pues compraremos otra... además después de que nazca el bebé te volverá a valer – sólo imaginarla con la ropa tocada por otros le daba escalofrío así que decidió proponerle un trato – Oye..., un buen amigo mío, Juanjo, es cura y resulta que en su parroquia tienen organizado un banco de ropa. ¿Qué te parece si donamos toda la ropa que se pueda rescatar de tu apartamento? Así no te sentirás tan culpable de estrenar cosas.

- Jack... - Helena le reconvino con la mirada. Como estrategia no tenía precio – me sentiré culpable igual... pero la ropa es tan bonita que no me importa ser superficial en esta ocasión. Puedes organizarlo todo para donarla.

- Tienes derecho a ser todo lo superficial que quieras con la ropa y yo estoy encantado de que eso me permita mimarte un poco – le tendió la mano para acompañarla al comedor.

- Sólo un poco Jack... no tienes a la suerte – le advirtió con una sonrisa - ¿qué harás tú mientras yo esté con las chicas?

- Iré a recoger algo de ropa para tener aquí, el ordenador y un par de documentos sobre los que necesito trabajar esta semana. No tardaré mucho ¿Te importa?

Le importaba un poquito. Se sorprendió con el sentimiento. Prefería tenerlo a su lado, pero eso no se justificaba de ninguna manera así que se limitó a negar con la cabeza.

- Estaré bien.

La comida transcurrió con normalidad tras un leve momento de tensión en el que Henry, al que Helena aún no había visto desde la tarde en que la visitó en el despacho, la envolvió en un abrazo paternal y le dijo en voz alta y clara que estaba muy agradecido de que les permitiese ocuparse de ella en estos momentos. A continuación, y para romper la leve tirantez, expresó su deseo que su nieto primogénito fuese un varón a fin de continuar con una supuesta tradición familiar que decía que ningún Anderson había engendrado una hija primogénita. Lucía bufó indignada ante las carcajadas que ese deseo produjo en Jack. Degustaron una sencilla pero sabrosa crema de espinacas y de segundo plato un pollo asado con patatas. Helena se sintió observada por Jack mientras daba cuenta de su comida. Su apetito había mejorado algo pero no lo suficiente como para acabarse todo el pollo. Lucía se percató de ello y acudió en su auxilio diciéndole a Jack que atiborrarla de comida, cuando el estómago no quería más, sólo iba a provocarle una digestión pesada. Con esas palabras se ganó una mirada agradecida de Helena que a su vez tranquilizó a Jack prometiéndole que a la tarde merendaría fruta, yogur y unas nueces con sus vitaminas.

Cuando todos, excepto Helena, tomaban el café llegaron las chicas con el encargo de Jack. Helena abrió la boca para protestar y tuvo que cerrarla ante la mirada amenazadora de Jack, quién precedía a una Lola, Ruth y Héctor cargados con lo que parecían decenas bolsas y cajas. Los siguió sumisa hasta la habitación acompañada de una Lucía que no era capaz de dejar de sonreír. Los bultos ocupaban todo el espacio de la cama, Jack y Héctor se apresuraron a escaquearse dejando a las chicas solas. Antes de irse Jack besó a Helena tras ordenarle, no desearle, que pasase una buena tarde. El muy canalla le

había ordenado disfrutar de la experiencia. El caso es que sí disfrutó. Lola y Ruth se dedicaron a sacar la ropa de las bolsas mientras Lucía y Helena admiraban cada prenda para después colocarla en el armario. Fundamentalmente había vestidos, muchos vestidos, aprovechando que tenían una primavera calurosa le habían traído de todos los colores y estilos, alguno incluso podría ponérselo cuando se le empezase a notar la barriguita. También había chaquetas de punto a juego, blazers, una preciosa parka verde militar y una clásica gabardina que iba con todo. No se olvidaron de unos jeans de embarazada y con estilo pitillo, que era el que a Helena mejor le iba. Le habían comprado por lo menos una decena de camisas y camisetas además de leggins para vestir y para estar por casa. Como zapatos habían elegido cinco pares de bailarinas todo terreno que combinaban con todos los looks posibles, incluso unas con estampado de leopardo, que Lola sabía que eran las favoritas de Helena. Además le habían traído unas deportivas para vestir. No se olvidaron de los complementos, bolsos de mano y un par de ellos medianos tipo bowling, argumentando que no podía llevar bolsos grandes para no cargar pesos. Ruth le regaló varios collares y pulseras y algún pañuelo, deteniendo la protesta de Helena al explicarle que Jack se había convertido en su mejor cliente. La lencería merecía mención aparte, Helena nunca había pensado, ni en sus mejores sueños, que algún día tendría tantos conjuntos exquisitos de las mejores firmas, sólo en eso Jack se había gastado una fortuna. Mucho se temía Helena que él lo encontraría perfectamente justificable, al fin y al cabo, siempre halagaba su ropa interior. El momento más emocionante para Helena fue cuando Lucía al ver que las chicas, pensando en su reposo, se habían decantado por pijamas bonitos pero cómodos, les pidió que fuesen colocando todos los cosméticos en el baño mientras ella iba a buscar una cosa. Cuando volvió traía una gran caja blanca con lunares en color topo, la depositó en la cama y sonrió al ver las expresiones de curiosidad de las tres chicas.

- Cuando nos casamos, Henry organizó un viaje a París para la luna de miel. En aquella época allí estaban las mejores tiendas de moda de todo el continente. Mi marido siempre, y creo que Jack ha heredado su gusto, ha sentido debilidad por la lencería femenina. – Sonrió al ver que Helena se sonrojaba – En nuestra primera mañana en París me dejó en una boutique y le ordenó a la dependienta que me buscara cinco conjuntos completos de camisón con sus batas y zapatillas a juego. Aquí están. Los usé durante la luna de miel. Luego, simplemente, Henry me iba comprando más y éstos decidí guardarlos como recuerdo. – Miró a Helena – Entendería que no quisieses

usarlos, pero son de tu talla, incluso las zapatillas, y me encantaría que los aceptases como regalo.

A pesar de que aún no habían abierto la caja Helena rodeó la cama y se abrazó a Lucía. Era consciente de que no había sido muy amable con ella antes, cuando Lucía le había dicho que siempre sería parte de ellos. Estaba arrepentida y así se lo hizo saber.

- Gracias Lucía... - le habló bajito – siento lo de antes... a veces me duele recordar...

- Lo sé – Lucía estaba muy emocionada. Había querido abrazar a Helena desde su encuentro en la peluquería de Lola. – No te preocupes... Soy consciente de que es difícil... pero soy paciente y espero, con el tiempo, recuperar tu afecto.

Helena deshizo el abrazo y le cogió las manos.

- Nunca lo perdiste – le aseguró – no fui capaz de evitarlo.

Lucía asintió y dando por terminado el momento de intimidad se dispuso a abrir la caja para ir sacando una maravilla detrás de otra. Auténticas joyas de la afamada lencería francesa. Ninguno en un color convencional, verde botella, granate, visón, morado y azul marino. Todos ellos con cuerpo de encaje, finos tirantes y vaporosas gasas. Eran todos largos y las batas a juego permitían ocultar e insinuar al mismo tiempo. Todas acariciaron las prendas con reverencia. Ruth fue la primera en hablar sin poder ocultar su admiración.

- Esto es una obra de arte Lucía...

- Son preciosos... - le dijo Helena – ¿seguro que quieres prestármelos?

- No te los presto – le aclaró Lucía – te los regalo. Tengo la esperanza de que los cuides como yo y que alguna nieta mía pueda disfrutarlos algún día.

El silencio reflexivo que siguió a su declaración fue roto por Lola con la intención de aligerar la emoción subyacente en el ambiente.

- A Jack le va a dar un ataque si te pones eso durante el reposo y él, hasta que Laura se lo permita, no pueda hacer otra cosa excepto mirar.

Todas estallaron en carcajadas y Helena se puso roja hasta la punta de los pies. Mientras guardaban cuidadosamente las prendas en la cómoda, Helena decidió cambiarse y se puso unos cómodos leggins negros con una sencilla camiseta blanca cuyo escote era amplio y dejaba al descubierto el tirante negro de encaje de su sujetador. Se puso las bailarinas negras y se recogió los rizos en una coleta. Posteriormente se trasladaron al salón a merendar. Carmen le había preparado a Helena una bandeja con una macedonia de frutas, un yogur natural con miel y unas nueces. Para el resto había dispuesto un juego de

té con pastas. Mientras daban cuenta de la merienda Lucía les recordó que faltaba poco más de una semana para la cena de la Fundación.

- Cómo voy a olvidarlo, Lucía – apuntó Lola – he tenido una pelea con Héctor esta mañana por el vestido. Yo ya tenía uno en casa que pretendía llevar. ¿Os podéis creer que me ha ordenado no volver a casa esta noche sin un conjunto de la tienda de Ruth?

- Eso os pasa porque vuestros novios son machos alfa de manual – se carcajeó Ruth – mi marido Javier, al lado de Héctor y de Jack, es un bendito. Por cierto Helena, ¿te envió el vestido aquí?

Helena se había mantenido en silencio escuchando a sus amigas conversar. Se había olvidado del evento de la Fundación. Recordó su precioso vestido, en su momento había pensado que Jack anularía el pedido, sin embargo, por las palabras de Ruth deducía que no lo había hecho.

- La verdad es que pensé que Jack había anulado la compra. No me acordaba que era tan pronto. Lo había olvidado.

- Pero vas a ir ¿verdad? – Lucía podía ver que Helena dudaba y decidió que ella lucharía esa batalla por su hijo – Contaba contigo para que acompañases a Henry, con todo el lío de Jimena he tenido que retomar la organización de las mesas, al final he tenido que reducir la presidencial a cuatro personas, la alcaldesa, su acompañante, Jack y yo.

Helena veía que no le dejaban opción, aun así, se guardó una opción.

- Bueno... no es mi intención fallarte. Acompañaré a Henry siempre que Laura lo permita. Los tacones de las sandalias son realmente altos y ese vestido no se puede llevar con zapatos planos.

Lucía no pudo rebatir ese argumento. La salud de la embarazada estaba por delante de sus planes por unir a Jack y a Helena. De todos modos, tenía aún tiempo para tantear a Laura al respecto.

Lola y Ruth se despidieron en el mismo instante que Anne regresó del colegio y tomó posesión total y absoluta de la compañía de Helena. Jack las encontró a ambas viendo una serie juvenil en la sala de estar de diario de la familia. No pudo librarse de Anne hasta que su madre la envió a la cama después de cenar. Helena se tomó una sencilla tortilla francesa con una ensalada de tomate y de postre una macedonia de frutas. Jack estaba satisfecho porque se lo había terminado todo. Helena estaba cansada y se disculpó con Lucía y Henry por no quedarse al café. Ambos le reiteraron que estaba en su casa y que dispusiese de su tiempo a su antojo, incluso le ofrecieron la posibilidad de cenar en su habitación siempre que no tuviese ánimo para



levantarse. Jack la acompañó a la puerta.

- Voy arriba a darme una ducha y a ponerme cómodo. Ahora bajo a darte las buenas noches.

Ya en la intimidad de su cuarto. Lucía comprobó por enésima vez en el día si había manchado. Al ir al baño, su salva slip volvía a tener una pequeñísima babilla marrón. Se consoló pensando en que cada vez el manchado era notablemente menor. Tras asearse, decidió ponerse uno de los camisones que Lucía le había regalado, tal vez no tuviese nunca una luna de miel, así que iba a disfrutarlos ahora. Se decidió por el verde botella, ese color le recordaba a los ojos de Jack. Cuando se miró al espejo estaba realmente guapa, nunca se había visto tan sexy. La prenda era de tanta calidad que apenas le pesaba en el cuerpo, y le parecía ir desnuda porque no le molestaba en ninguna parte ni el encaje ni tampoco los tirantes. Se cubrió con la bata y encendió la luz de la lámpara del sillón. Allí se sentó, no hacía frío y no se tapó con el plaid, con la bata era suficiente. A pesar de que las cortinas estaban corridas para darle intimidad fijó su mirada en ellas reflexionando sobre la dirección que iba tomando su vida. Se había propuesto no dar por garantizado ningún afecto, ni de Jack ni de su familia pero le estaba resultando tremendamente difícil, Lucía era un amor, sentía que se tomaba el garantizar su bienestar como un reto personal. Anne, sencillamente era Anne, y su pureza era refrescante, se había pasado la tarde haciendo planes para “su bebito”. Henry era una presencia paternal que vigilaba desde la distancia que a su familia no le faltase de nada. Por último estaba Jack. ¿Qué podía decir de Jack? Volvía a convertirse en una figura imprescindible en su vida y apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde su reencuentro. Lo mismo había sucedido cuando se conocieron, en menos de un día se había enamorado de Jack. Parecían destinados a encajar el uno con el otro sin esfuerzo aparente. ¿Cómo era posible ofrecer resistencia a un ajuste semejante? Esos pensamientos rondaban su cabeza cuando Jack llamó brevemente a la puerta antes de entrar.

\*\*\*\_\*\*\*

## CAPITULO 23

*“El amor nace del deseo repentino de hacer eterno lo pasajero”*

*Ramón Gómez de la Serna*

Jack se quedó sin aliento al contemplar la imagen sensual que ofrecía Helena recostada en el sillón. Los pies descalzos apoyados en el reposapiés provocaban que la bata se abriese dejando al descubierto la caída sensual de la gasa del camisón, enseñando y ocultando piel tostada hasta los muslos. A partir de ahí no podía ver más ya que la bata ocultaba el resto del cuerpo. Se acercó lentamente, Helena hizo amago de levantarse y él la detuvo con un gesto de la mano.

- No te muevas. ¿Cuántos más de esos hemos comprado?

- Ninguno – Helena esbozó una amplia sonrisa consciente del efecto que la lencería causaba en Jack – son de tu madre. Me los ha regalado. Tu padre se los compró en París en su luna de miel.

Jack estaba sorprendido por la historia. No sabía que su padre y él compartían la misma afición por la lencería, pero era evidente que así era. Prefería no explorar más allá en la relación física entre sus padres. La suya con Helena era harina de otro costal, estaba duro como una piedra. La abstinencia iba a matarlo si ella no lo hacía antes con esa sensualidad que la rodeaba. Su madre sabía perfectamente el efecto que esa ropa iba a causar en Jack, y éste se preguntaba, si su intención era ayudarlo o llevarlo a la tumba antes de tiempo al no poder hacerle el amor a Helena tal y como deseaba con locura.

- Mi madre... no sé en qué estaba pensando... pero estás preciosa. ¿Me dejarás ver lo que hay debajo? – le pidió deteniéndose a unos cinco pasos de ella. No se fiaba de sus manos si se acercaba más.

Helena no le respondió. Simplemente se levantó y, descalza sobre la suave alfombra que rodeaba la cama, procedió a desanudar el cinturón de la bata y la dejó caer al suelo. A Jack, la palabra sexy no le alcanzaba para definir la imagen que Helena le ofrecía. La gasa caía con fluidez desde la parte inferior de los pequeños pero seductores pechos de Helena. A partir de ahí y hasta los tirantes el fino encaje verde trazaba figuras sensuales entorno al precioso escote, sin duda sus pechos estaban ligeramente más llenos. Le hizo un gesto para que girase sobre sí misma y Helena obedeció. Aquella maldita cosa apenas cubría la espalda.

Helena lo miró por encima de los hombros y la satisfizo ver el deseo en los ojos de Jack. Ella misma notaba cómo la piel se le erizaba ante el

escrutinio al que era sometida. No sabía cuánto iban a aguantar así, guardando las distancias. No tardó mucho en comprobarlo. Jack se acercó a ella, su aroma masculino natural, fresco por la ducha la rodeó al mismo tiempo que sintió las manos en su cintura atrayéndola hacia él. Notó cómo su erección se apoyaba en su espalda, el tejido liviano de su pantalón de pijama de cuadros grises apenas podía contenerla, estaba muy atractivo con él y una sencilla camiseta blanca. Cuando la tuvo colocada a su gusto, sus manos abandonaron la cintura y se deslizaron por su barriga hasta detenerse en su vientre. La apoyó allí, una mano sobre otra con gesto protector, hacia ella y hacia el bebé. Helena no sabía qué hacer con sus manos y su instinto le hizo colocarlas sobre las de Jack. Sintió como la besaba en un hombro y luego en el cuello. Muy despacio, muy suave.

- ¿Eres consciente de que no puedo hacerte el amor? – Le susurró Jack en el oído. Sonrió al sentir su estremecimiento - ¿Sabes lo mucho que lo deseo? – La vio asentir con la cabeza – Entonces... ¿Pretendes volverme loco?

- Sólo quería sentirme guapa... - gimió al sentir su aliento de nuevo en el cuello.

- ¿Guapa?... Eres la cosa más sexy que jamás he tenido entre mis brazos – gimió Jack – No sé cómo cojones voy a aguantar sin tenerte hasta que me den permiso para tocarte.

Cuando se puso el camisón Helena sabía, sin género de duda, que a Jack le iba a gustar. Lo que no había previsto era encenderlo de esa manera tan descarnada. Se sentía culpable ya que ella también era consciente de que antes de pensar en el sexo debía hablar con Laura sobre su situación de alto riesgo, y eso, hasta el martes no era posible. Sin embargo, aunque ella no lograra satisfacción a su deseo sí podía ofrecérsela a Jack. Se dio la vuelta y lo empujó hasta obligarlo a sentarse en la cama. Jack no opuso resistencia, sin embargo, cuando ella se sentó en la alfombra a sus pies lo oyó protestar.

- Preciosa... - Jack había adivinado sus intenciones pero no iba a consentirlo – levántate, no puedes hacer eso... era una pregunta retórica... no te estaba pidiendo...

Helena hizo caso omiso a sus palabras, se arrodilló y tiró de la cinturilla de su pantalón de pijama hacia abajo. Notó que Jack se resistía, entonces levantó la mirada y vio su deseo y su duda. Se lamió los labios que se le habían quedado secos y su voz sonó suplicante.

- Por favor... quiero complacerte... déjame hacerlo.

- Cariño... ya estoy complacido... amor... me parte el alma verte

arrodillada – Jack estaba al límite de sus fuerzas. Fuerzas que lo abandonaron definitivamente cuando la mano de Helena se introdujo por dentro del pijama para acariciarlo.

Helena aprovechó el respingo que dio Jack al levantar sus caderas de la cama para tirar del pantalón y bajárselo lo suficiente para que la erección ya goteante de Jack quedase libre. Entonces lamió su corona, igual que había hecho la primera vez. Escuchó su gemido y sintió como sus manos le sostenían la cabeza con suavidad. Entonces lo tomó en su boca, no muy profundamente porque tenía miedo a tener arcadas. Sin embargo a Jack debía de parecerle suficiente porque sus caderas de elevaban al compás de su boca y de la mano de Helena que lo acariciaba con suavidad.

Jack estaba casi ciego de placer. Estaba conteniendo el impulso de agarrarla con fuerza por el pelo e impulsarse hasta el fondo de su boca con rapidez. Sabía que iba a correrse pronto. La abstinencia de todas estas semanas le estaba pasando factura, desde la última vez que habían hecho el amor Jack no se había corrido, era o con Helena o con nadie, ni siquiera con su mano. Así que la dejó hacer y sólo cuando estaba a punto de correrse la soltó y se sacó con rapidez la camiseta, le apartó la cara para que dejase de lamerlo y, sólo sus caricias y la mirada anhelante que Helena le dirigió, le bastaron para estallar. Justo a tiempo se tapó con la camiseta para no mancharla. Contuvo su gemido gutural a pesar de saber que nadie más que Helena podía oírlo. Aún no había recuperado el aliento cuando tiró de ella y la obligó a tumbarse a su lado.

Helena se refugió en su abrazo y le acarició el pecho con dulzura mientras lo veía recuperarse del orgasmo. Le había hecho feliz complacerlo después de haberlo provocado, a pesar de que esa no había sido su intención. Sintió que Jack se colocaba de costado y la obligaba a ella a hacer lo mismo utilizando su fuerte brazo de almohada. Se miraron a los ojos un tiempo. Jack se acercó y le dio un beso en sus labios.

- No me has hecho caso pequeña... - la regañó sin fuerzas – no hacía falta.

- Quería hacerlo – fue sincera con él – sabía que te gustaría el camisón pero no quería provocarte.

Jack le sonrió con dulzura.

- No te hacen falta esos camiones para provocar mi deseo, sin embargo, me gustaría que los usases siempre que vayas a estar conmigo. Estás irresistible.

- Pues hay cuatro más – Helena soltó una ligera carcajada – del mismo

estilo.

Jack soltó un gruñido.

- No sé si quiero verlos esta semana o cuando pueda tenerte, cuando pueda estar de nuevo dentro de ti – la besó de nuevo – me muero por estar dentro de ti. No esperaba tener sexo contigo tan pronto, aunque sea así. Yo también quiero complacerte, no me gusta tomar sin dar.

- Lo sé – lo tranquilizó Helena – pero prefiero hablar con Laura antes. No te molesta ¿verdad?

Jack se rio profundamente.

- Debe de estar en el número dos de mi lista de preguntas a Laura. Justo después de si el bebé y tú estáis bien.

Helena sonrió adormilada y Jack se dispuso a acomodarla en la cama. Separó la ropa y la obligó a acostarse dentro. Después se levantó, recogió su bata del suelo y la echó a los pies de la cama por si Helena la necesitaba de madrugada. No habían hablado de compartir cama, así que asumía que debía de dormir en su antiguo cuarto.

- Buenas noches, preciosa – la besó – te veo por la mañana. Si necesitas algo tendré el teléfono a mi lado.

Helena lo vio tan seguro de dejarla sola que dudó. Calibró sus opciones y antes de que su parte racional encendiese la lucecita roja de advertencia le tomó la delantera.

- Sé que estamos en casa de tus padres. ¿Es por eso que quieres dormir en tu habitación?

Jack la miró sorprendido de que Helena no supiese que se moría por dormir con ella. No había vuelto a tener una noche de sueño completa desde que la había abandonado.

- Preciosa... además de hacerte el amor, me muero por abrazarte para dormir. Pero no quiero forzarte a ello, dijiste que querías ir paso a paso, que esta vez necesitabas más tiempo.

- Es que... - Helena se sinceró – no he dormido bien desde que dejamos de dormir juntos. A veces me daban las tres y las cuatro de la mañana sin conciliar el sueño.

Jack apretó la mandíbula encajando como una bofetada las palabras de Helena, a pesar de que sabía que no lo estaba recriminando, todo lo contrario, intentaba darle a entender que quería que durmiese con ella. Jack siguió la misma táctica que en los comienzos de su relación, cuando Helena no le expresaba directamente sus deseos.

- Pequeña... sabes que quiero oír lo que necesitas con palabras. No puedes haberlo olvidado...

Helena tomó aire al recordar lo exigente que era Jack. Cómo le demandaba expresar con claridad sus deseos.

- Jack... quiero que duermas conmigo. Que me abracés como hacías antes.

Era un paso de gigante y Jack lo sabía, desconocía a qué Santo de los pobres cabrones afortunados como él debía agradecerse, pero se apresuró a apagar la luz de la lámpara de lectura y a meterse en la cama con Helena. Ésta ya lo esperaba de espaldas, la atrajo hacia su pecho y posó el brazo en su cadera, su mando viajó por instinto hasta su vientre y allí se quedó. Helena se removió inquieta entre sus brazos hasta encontrar la postura correcta.

- Duerme preciosa... - susurró contra su pelo – todo va a ir bien.

Helena no quiso pensar en si debía creer o no. Simplemente aceptó su afirmación y se durmió. Jack, sin embargo, tardó algo más en hacerlo, necesitaba saborear el momento unos instantes. Helena había dado el paso de dormir juntos, la suponía consciente de que Jack ya no iba a dejarla dormir sola nunca más. Valoró si era el momento adecuado para entregarle el regalo que le había comprado en Londres antes de volver y decidió que debía esperar algo más, no mucho más, pero sí debía de estar seguro de que Helena ya no se reservaba nada, y esa certeza aún no la tenía. Con la decisión tomada se durmió.

Ya por la mañana, Jack abandonó en la cama a una Helena soñolienta que apenas fue capaz de responderle con coherencia. Con la prueba del delito, su camiseta, en la mano se dirigió al baño para ducharse y prepararse para afrontar el día. Hoy tenía que volver sin falta por la empresa, hubiese preferido trabajar desde casa tal y como había planificado pero tenía varios asuntos que resolver desde su oficina. Uno de ellos era avisar a la empresa de limpiezas con la que trabajaba para que adecentasen el apartamento de Helena, Héctor le había comentado que tras tomar huellas y hacer fotos los inspectores le habían dado permiso para recoger. Otro de los asuntos era que no quería dejar pasar más tiempo sin conocer personalmente a los inspectores Hernández y Ferreras, sabiendo que querrían interrogar a Helena sobre el asunto de Harry iba a asegurarse de que ambos la molestasen lo menos posible. Además quería saber las últimas novedades respecto a la localización de Harry y su compinche. ¿Cómo era posible que estando en Madrid no lo localizasen? Ayer le había pedido a Inés que concertase una cita con ellos en su despacho a media mañana. Iba repasando su agenda mentalmente mientras

subía por las escaleras cuando, al llegar al piso superior, prácticamente se tropezó con su padre.

- Papá... Joder... qué susto.

- Buenos días Jack – Henry observó a su hijo, en pijama, con la camiseta en la mano y viniendo del piso inferior. No hacía falta ser Einstein para saber dónde había pasado la noche.

- Tu madre está a punto de salir para un desayuno con las representantes de las casas de acogida para mujeres maltratadas. Más te vale que no te pesque así por el pasillo antes de que yo le haya explicado la situación. Te espero en el comedor para desayunar. Hablaremos allí.

A Jack no le dio tiempo a responder a su padre, éste ya le había dado la espalda y estaba bajando las escaleras. Joder... no esperaba que a sus treinta años fuese a recibir una reprimenda de su padre por dormir, y sólo dormir se lamentó, con su novia, sin embargo el tono de Henry había sonado como cuando de jovencito lo citaba en el despacho para reprimirlo por alguna fechoría. Se dirigía presuroso al baño cuando su madre salió del dormitorio de matrimonio perfectamente arreglada para su reunión. Puta suerte la mía, pensó Jack.

- Buenos días cariño – lo saludó Lucía con un beso en la mejilla - ¿Qué tal habéis dormido? ¿Ha conseguido Helena descansar?

- Sí – Jack alucinaba. Si me pinchan no sangro, acertó a pensar – ha dormido de un tirón.

- Muy bien. Me alegro. Al volver de la reunión me pasaré a saludarla – Lucía le dio unos golpecitos en el pecho sonriendo para sí ante la cara de pasmo de su hijo – Es mejor que traslades tus cosas al dormitorio de Helena. No hay necesidad de que salgas a hurtadillas todas las mañanas.

Tampoco pudo responderle a su madre. Lucía también se había ido dejándolo con la palabra en la boca. Sacudió la cabeza incrédulo y siguió su camino hasta el baño.

Henry ya estaba empezando a desayunar cuando Jack se sentó con él en el comedor. Se sirvió el zumo de naranja y el café.

- El bizcocho de Carmen está insuperable – le recomendó Henry.

Jack asintió cortando una generosa porción. Hora de la charla, se dijo.

- Y bien papá... ¿querías hablarme de algo?

- Bueno sí... la verdad es que tu madre ha venido a despedirse y me ha dicho que vas a mudarte a la habitación de invitados.

- Papá... tengo treinta años...

Henry lo interrumpió.

- Ya lo sé... no me importa dónde duermas Jack. Lo que quiero saber es... bueno, saber no es la palabra exacta, más bien exijo garantías de que vas a hacer lo correcto con Helena.

Jack estaba alucinando. Su padre, y esto lo hubiese pensado de su madre pero nunca de Henry, le exigía conocer sus intenciones con Helena. Como si se tratase de un padre defendiendo a su hija ante un pretendiente no muy deseable.

- Papá... - intentó bromear porque no estaba seguro de si esta mañana su padre estaba en sus cabales – te recuerdo que eres mi padre, no el padre de Helena.

- Bueno Jack... sin no me equivoco - Henry se secó la boca con la servilleta tras terminar su café – esa muchacha no tiene padre, alguien tiene que velar por ella.

- ¿Y vas a ser tú ese alguien? – le preguntó incrédulo. La conversación era cada vez más surrealista.

- Oye Jack... no te lo tomes a pitorreo. Estoy hablando muy en serio. Verás, con todo el follón del hospital no hemos tenido tiempo de hablar. He de decirte que un par de días antes de que volviesses, fui a ver a Helena al despacho de Carlos. Muy buen profesional, por cierto.

- Lo sé papá. Héctor me comentó algo – ahora estaba intrigado por el giro de la conversación.

- Bueno, probablemente no sepas el contenido de la conversación, ¿verdad?

Al ver que Jack negaba con la cabeza Henry se dispuso a explicarle lo sucedido desde que él tuvo conocimiento de que Helena era inocente. Tuvo la decencia de mostrarse avergonzado cuando le comentó que su primera intención era pactar una compensación económica con Helena.

- Y ella se negó – aventuró Jack.

- Efectivamente. No lo esperaba, así que sin decirle nada a Carlos me presenté en el despacho por la tarde para hablar con ella. Te juro hijo que la expresión de susto, miedo y recelo con que Helena me miró me partió el corazón. Sólo acerté a pedirle disculpas, primero en nombre de la empresa y luego le pedí perdón – miró a Jack a los ojos – y creo que también debo pedírtelo a ti, porque, y esto lo negaré ante ella, tu santa madre tenía razón cuando me recriminaba por advertirte con insistencia contra las caza fortunas. Creo que ese cinismo que inculqué en ti te condujo a juzgar, mejor dicho, nos



condujo a juzgar a Helena precipitadamente.

- Papá... - Jack notaba el pesar en las palabras de su padre – tú no eres culpable de cómo yo juzgué a Helena. Tu argumento no sirve porque no eres consciente de la de veces que, gracias a esos sermones, me he librado de caer en las maquinaciones de alguna mujer.

- Lo acepto Jack, – reconoció Henry – pero tú no estabas cuando Helena se descompuso literalmente delante de mí. La pobre pensaba que estaba guardando la compostura y no era más que un manojo de nervios, toda pálida y temblorosa. No quiero volver a verla así jamás.

Jack apretó la mandíbula. Por enésima vez en esos días debía contener los exabruptos que pugnaban por salir de su boca cada vez que alguien le relataba el infierno por el que había pasado Helena y del cual él no había sido testigo. Se levantó de la mesa y le pidió a su padre que lo esperase unos minutos. Subió a su antiguo cuarto, rebuscó en su maletín de trabajo y a continuación volvió al comedor. Se sentó de nuevo ante su padre y le tendió una cajita de color azul con un lazo blanco y el recibo de compra.

- Ábrela – le ordenó a su padre.

Henry sabía perfectamente lo que contenía la caja de Tiffanys & Co, aun así, acató la orden de su hijo. Deshizo el lazo y levantó la tapa. El diamante era de forma cuadrada engastado en un solitario de platino. La piedra era del tamaño adecuado para la pequeña mano de Helena. Henry cerró la caja y desdobló el comprobante de la compra.

- Visité Bond Street horas antes de coger el vuelo de regreso a Madrid.

- Entonces aún no sabías nada del embarazo – Henry estaba cuadrando las circunstancias de la compra.

- No. Yo ya había decidido volver tras ser consciente de haber cometido el mayor error de mi vida. La decisión estaba tomada antes de que Héctor apareciese para decirme que tenía que regresar porque Helena se encontraba muy mal. No especificó el porqué. Sólo estoy esperando el momento adecuado. Necesito un par de semanas para que Helena no tenga duda de que voy a casarme con ella porque es la mujer de mi vida. No por el bebé.

- Esto ayudará –dijo Henry agitando el recibo de compra.

- Si puedo evitarlo, nunca verá ese recibo.

Henry asintió complacido.

- Has elegido bien. Es la mujer que tu madre y yo hubiésemos escogido para ti.

Jack asintió agradecido mientras volvía a guardar la caja azul a la espera

de que llegase el momento adecuado.

Un par de horas más tarde, Jack recibía en su despacho a los inspectores Ferreras y Hernández. Tras una breve conversación de cortesía Jack fue al grano con los dos asuntos que le interesaban.

- Como bien saben, Helena y yo mantenemos una relación, si bien cometí el error de involucrarla en esta investigación, no menos cierto es que ahora está conmigo de nuevo – observó que ambos hombres lo escuchaban con atención – Helena está embarazada. Dadas las circunstancias, han de saber que no se trata de un embarazo fácil, ahora mismo tiene prescrito reposo durante un tiempo indeterminado. Si bien comprendo la necesidad de que le tomen declaración respecto a la nota amenazadora contra mi hermana y por el asunto del asalto a su apartamento, les rogaría que la visitasen en nuestro domicilio familiar. Tanto su abogado como yo estaremos presentes, por su puesto. Personalmente, les quedaría enormemente agradecido si esa declaración se toma de manera que Helena se vea alterada lo menos posible.

- Señor Anderson... - el inspector Hernández fue el primero en hablar.

- Jack... - les pidió.

- Muy bien, Jack... debe saber que tras el primer y único interrogatorio al que su novia fue sometida, ninguno de nosotros consideramos a Helena como sospechosa. Era todo demasiado evidente como para ser verdad. Aunque la experiencia nos dice que la mayoría de las veces la explicación más simple es la correcta, en este caso no lo sentíamos así. En cuanto el abogado de su novia nos expuso extraoficialmente su teoría, las piezas que teníamos sobre la mesa encajaron sin fisuras.

- El trabajo del abogado ha sido impecable – apuntó el inspector Ferreras – sin su ayuda puede que hubiésemos tardado un par de semanas más en localizar a la secretaria. Además el señor Anderson, su padre, estuvo rápido al enviarnos a su detective con la información que tenía recabada sobre las deudas de juego que el vigilante tenía con el señor Brown.

- Es por ello que – prosiguió el inspector Hernández – no vemos ningún inconveniente en visitar a su novia en el domicilio que usted nos indique. Si puede ser esta tarde, mucho mejor. Por descontado procuraremos no molestarla innecesariamente. Bastante mal lo ha pasado ya la chica.

Jack aceptó la parte de la reprimenda que le correspondía.

- Sobre las cinco es una hora perfecta. Ya habrá descansado algo tras la comida. ¿Les va bien? – Jack estaba escribiendo la dirección en una nota que les tendió.

- Perfecto. Allí estaremos – le respondió el inspector Ferreras mientras ambos agentes se levantaban para despedirse.

Jack también se levantó para acompañarlos a la puerta, aún le quedaba una duda por resolver.

- Sin embargo, inspectores, hay un asunto que me desconcierta.

- Díganos Jack ¿de qué se trata?

- Como saben mi empresa de seguridad colabora habitualmente con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado – al verlos asentir continuó – Pues, precisamente porque soy conocedor de la eficacia con la que trabajan, me extraña enormemente que estando Harry por Madrid no lo hayan localizado ya.

El inspector Ferreras fue el encargado de responder.

- Bueno... Puedo anticiparle que creemos que Harry hizo un viaje relámpago desde Portugal a Madrid sin utilizar carreteras principales. Sabemos que se vio con su hermana, ya que ella es incapaz de mentir y la letra de la nota coincide con la suya. Sin embargo, le anticipo que nosotros no estamos tan seguros de que exista un vínculo entre Harry y el asalto a la casa de Helena. Podemos confirmarle, de manera confidencial claro está, que en el momento del asalto Harry ya había vuelto a Portugal. Actualmente sabemos que tanto él, como el vigilante de seguridad, siguen en el país vecino, están localizados y esperamos su detención esta semana. Las autoridades portuguesas están pendiente de recibir unas órdenes que ya van de camino.

El inspector Hernández decidió ampliar la información.

- Las huellas que encontramos en el apartamento de su novia corresponden a un raterillo de poca monta que tenemos día sí día también de visita en comisaría. Ahora debe de estar escondido durante unos días, como hace habitualmente tras haber cometido alguna de sus fechorías, sin embargo no tardará en volver a hacer el tonto y para entonces lo estaremos esperando.

- Pero Harry pudo haber contactado con él por teléfono o por otro medio – apuntó Jack.

- Puede ser... pero el ambiente en el que se mueve ese individuo es otro. Normalmente trapichea con anabolizantes, esteroides y productos similares. Podemos decir que es el último eslabón de una cadena. El chico de los recados, si usted lo prefiere.

La mente de Jack ató cabos.

- Cuando hablan de anabolizantes y esas sustancias... ¿Se refieren a Madrid, al entorno de algún gimnasio o a algo más clandestino?

- Bueno... puede que de todo un poco. Es evidente que en los gimnasios es dónde las redes captan clientes, sin embargo, ya le decimos que este individuo sería como el transportista de los pedidos, nada más.

- Entiendo... - Jack reflexionaba hasta dónde podía especular.

- Disculpe Jack... - el inspector Ferreras se olía algo - ¿Es posible que usted sepa algo que a nosotros se nos escape?

Con los brazos en jarras Jack les habló con franqueza.

- Puede ser, pero lo que estoy especulando no nos afecta directamente ni a Helena ni a mí. Aunque por otro lado... - tomó una decisión rápida – Miren, esta tarde cuando nos visiten puede que sea conveniente que nos acompañen Héctor y la vecina de Helena, Lola, ustedes ya los conocen ¿verdad? – Al ver que ambos asentían prosiguió – Quizá ellos si puedan aportar algo a este asunto.

- Por nosotros no hay problema. Esta tarde nos vemos.

Se despidieron con un apretón de manos. Nada más cerrar la puerta del despacho Jack telefoneó a Héctor.

- Jack. ¿Todo bien?

- Tío... puede que tengas un problema a la vista, o quizá tengamos. Te invito a comer en casa de mis padres. Tráete a Lola y hablamos. ¿Podrá Lola cancelar su agenda para esta tarde?

- Joder Jack... me cago en... ¿qué coño pasa? Lola ha contratado una empleada, empezó ayer. He revisado su contabilidad y puede permitírselo. La he animado a hacerlo porque se merece levantar un poco el pie.

- Espero que no sea nada... pero no puedo hablar por teléfono de esto. Apenas falta una hora para las dos. Nos vemos allí.

Jack colgó y llamó a Carlos para ponerlo en antecedentes de la conversación con los inspectores. El abogado tenía una cita con un cliente a esa misma hora, sin embargo, no se opuso a que Helena declarase sin estar él presente porque sabía que se trataba de un mero trámite. Sin embargo le pidió que le mantuviese informado del asunto del asalto al apartamento. Jack mostro su conformidad.

Héctor, ansioso por conocer la información que Jack no había querido desvelar por teléfono, salió pitando a recoger a Lola en la peluquería, ya tenían planeado comer juntos, sólo esperaba que lo que Jack tuviese que decirle no le afectase a Lola, sin embargo, no apostaría nada por ello.

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 24

*“La amistad es una ocupación de tiempo completo, esto... si usted es realmente amigo de alguien. No se puede tener demasiados amigos porque entonces no sería realmente amigo de ninguno”*

*Truman Capote*

Helena estaba sentada en la terraza mientras esperaba la llegada de Jack. Carmen, la cocinera, que le había llevado una fruta y un yogur a la habitación a media mañana y le había dicho que tendrían invitados. Decidió entonces arreglarse un poco y como la temperatura era muy agradable y además brillaba el sol, optó por estrenar otro de los vestidos nuevos. Cada vez le gustaba más usar vestidos, eran cómodos y siempre iban bien para cualquier situación. En esta ocasión había elegido un vestido de estilo skater, sin mangas y con cuello subido, todos los tonos del vestido favorecían su piel tostada, era de un color azul plomo con estampado de flor de loto en rosa pastel, amarillo, blanco y negro. Completaba su look con un estrecho cinturón negro y bailarinas negras de punta. Se había recogido los mechones delanteros con dos horquillas negras dejando el resto de sus rizos sueltos. Simplemente se había aplicado un corrector para las ojeras que se resistían a desaparecer y un bálsamo labial.

Jack llevaba un rato mirándola a través de la ventana de la habitación. Helena no lo había oído entrar. Se la veía relajada, sólo esperaba no estropearle el resto del día. Hizo ruido al acercarse y su corazón redobló su latido al ser recibido con una gran sonrisa. Helena se levantó y Jack la sostuvo por una mano obligándola a girarse para admirar su aspecto. No tardó nada en acercarla para besarla apasionadamente.

- Estás radiante – le acarició los brazos desnudos con las yemas de los dedos – Lola y Ruth han hecho un gran trabajo.

- Me he arreglado un poco porque Carmen me ha dicho que tenías invitados. Tu madre no sabía nada cuando vino a verme a media mañana, de hecho, creo que ha salido a comer con tu padre.

- Lo sé. He hablado con mi padre hace un momento. – Le confirmó Jack mientras se sacaba la corbata y la chaqueta de su traje azul marino. Al tiempo que se remangaba la camisa le explicó – He invitado a Lola y a Héctor. ¿Te apetece pasear por el jardín mientras no llegan?

Helena asintió y su mano se perdió en la de Jack mientras recorrían a paso muy lento el jardín. Tenía buenas noticias que darle y se disponía a contárselas pero, como siempre, Jack le tomó la delantera.

- Esta mañana, al despedirme, estabas grogui... ¿has descansado bien? –

Vio que asentía – Me hubiese gustado desayunar contigo pero tenía que pasar por la empresa. ¿Has tenido nauseas?

Helena hizo un puchero.

- Han vuelto esta mañana. Desayuné en la cama... pero tras la ducha lo vomité todo. Tengo las pastillas pero prefiero evitar tomarlas, por ahora es soportable porque el resto del día estoy bien.

- Lo siento, pequeña... – Jack se detuvo y la abrazó – A partir de mañana me quedaré contigo a desayunar, intentaré hacer algo desde aquí mientras vemos cómo vas.

- No hace falta, – se apresuró a responder Helena – tienes trabajo. Lo entiendo.

Jack le acarició la mejilla.

- Tú eres lo primero. El trabajo puede esperar un par de horas cada mañana hasta que te sientas mejor. ¿Has vuelto a manchar?

Helena esbozó la sonrisa más luminosa que Jack le había visto jamás.

- Desde ayer después de cenar no he manchado nada. Ni en el salva slip ni tampoco en el papel al ir al baño. No quiero hacerme ilusiones pero estoy contenta.

- Es la mejor noticia que podías darme – La besó dulcemente en los labios – Tienes que seguir así, tranquila, y verás cómo el martes Laura nos confirma que todo sigue bien.

- Ojalá... me gustaría tanto poder hacer algo más que reposar... Carlos se niega en rotundo a enviarme trabajo para que lo haga desde aquí.

- Helena... -Ahí había un tema peliagudo - ¿Crees que será buena idea que vuelvas a trabajar?

Helena abrió los ojos como platos. Le ofendía que Jack le plantease la posibilidad de abandonar el trabajo con Carlos. ¿Cómo pensaba que iba a vivir sin trabajar?... A no ser que... ¡Se negaba en rotundo!... Jack pretendía mantenerla.

- Jack... yo necesito trabajar... el bebé va a necesitar muchas cosas... – intentó justificarse.

- Por ahí no vayas...- La cortó Jack. Quería zarandearla para que viese lo que él veía. Su matrimonio a la vuelta de la esquina. Pero ella no contaba con esa opción. Era evidente. Tenía que ir con tiento para que no se cerrase en banda. – Sabes que a nuestro bebé no le va a faltar nada, no lo permitiré. No hables como si fueses a mantenerlo sola. Es cosa de dos. No me excluyas. Dime que necesitas trabajar por mil razones, tener la mente ocupada, estar

activa, incluso acepto lo de ganar tu propio dinero, pero no metas al bebé en esto. No es justo. He sido un cabrón contigo pero creo que no merezco lo que acabas de insinuar.

Helena aceptó la reprimenda con un nudo en la garganta. Otra vez lo había ofendido con el tema económico. Jack tenía razón, no lo merecía. Ella estaba muy asustada ante la posibilidad de depender al cien por cien de Jack. Estaba inquieta por el futuro, por su futuro como pareja, pero no quería preguntar, ni siquiera insinuar su más ansiado anhelo por formar una familia juntos. Eso sería como obligar a Jack a dar un paso en el que parecía no haber pensado por el momento.

- Lo siento Jack. Perdóname. Tienes razón. Sé que al bebé nunca le faltará nada. Yo sólo necesito... no sé expresarlo...

Jack lo hizo por ella.

. Necesitas sentir que puedes salir adelante sin mí. Te he hecho tanto daño que estás asustada. Piensas que manteniendo el trabajo siempre tendrás una opción si yo vuelvo a fallarte. ¿Me equivoco? – La vio asentir y bajar la cabeza. Las reservas de Helena le dolían enormemente, pero sabía que su penitencia era superarlas para poder hacerle “la pregunta” y estar seguro de su respuesta afirmativa – Eso no va a suceder jamás. Pero entiendo que necesites comprobarlo por ti misma.

- ¿Estás enfadado? – Helena consiguió levantar la mirada para preguntar.

Jack la acercó más a su cuerpo y la envolvió en un cálido abrazo. Le susurró la respuesta en su oído.

- No. No estoy enfadado. Me cuesta mucho enfadarme con la mujer de mi vida. Con la mujer que nunca ha dejado de ser dueña de mi corazón. Te quiero Helena. Desearía que no te asustase tu futuro y estoy deseando que llegue el día en que puedas volver a ponerte en mis manos.

- Yo también te quiero Jack. Ya casi estoy en tus manos – lo miró suplicándole paciencia.

- Lo sé. Pronto preciosa. Pronto.

Tuvo que besarla para distraerse de la conversación porque estaba a punto de hincar la rodilla en el suelo y hacerle la pregunta. Aún no era el momento. La bocina del coche de Héctor anunciando su llegada rompió su abrazo y ambos se dirigieron al porche delantero a recibir a sus amigos.

Héctor estaba impaciente por conocer a qué tipo de problema suponía Jack que iba a tener que enfrentarse. Sólo había conseguido refrenar su impaciencia porque su amigo le había hecho una seña de que hablarían tras la comida.



Estaban sentados en el salón, Jack y Helena en un sofá, Héctor y Lola ocupaban el de enfrente. Jack acababa de servir el café para todos excepto para Helena.

- Os he pedido que vinieseis porque necesito que sepáis algo – miró su reloj – aproximadamente en hora y media vendrán los inspectores Hernández y Ferreras a hablar con Helena sobre la nota de Harry y el asalto a su apartamento.

- No me habías dicho nada – le reprochó Helena.

- Lo sé – Jack le cogió la mano – sólo quería que disfrutases de una comida tranquila con Lola.

- ¿Cuál es el problema Jack? Cuando hablamos mencionaste un problema – Héctor quería saber ya.

Jack procedió a relatarles la conversación mantenida con los inspectores haciendo hincapié en el perfil del dueño de las huellas dactilares obtenidas en casa de Helena. Héctor escuchaba con atención pero no veía el problema por ningún lado, sin embargo, Lola sí lo veía. Perdió el color de la cara y se echó a temblar. Juan era la conexión entre ese delincuente y ellos, en concreto era la conexión con Lola. Le dolía saber que, por su culpa, a su amiga le habían destrozado el apartamento. Nunca se iba a librar de su exmarido. Cuando parecía que empezaba a levantar cabeza allí aparecía él para hundírsela de nuevo en el barro. No iba a permitir que sus problemas afectasen a personas tan buenas como las que tenía delante. Se le partía el corazón al pensar en que debía renunciar a Héctor, no se arriesgaría a que él o sus empresas sufriesen algún tipo de represalia por su culpa. No permitió que Jack finalizase su explicación.

- Me iré, – les anunció – me iré de la ciudad para siempre. Lo siento Jack, no va a volver a acercarse a Helena.

Héctor había estado pendiente de las palabras de Jack sin darse cuenta de que la mujer que tenía al lado estaba pálida y tiritaba de frío. Entonces unió la palabra gimnasio con anabolizantes y traficantes de poca monta y el hijo puta del exmarido de Lola acudió a su cabeza. Lo primero era tranquilizar al manojito de nervios en el que se había convertido Lola.

- Lola... - Jack también había observado como el semblante de Lola mudaba a medida que escuchaba su relato – nadie está haciéndote culpable de nada, ni siquiera estamos acusando a nadie, sólo que mi cabeza sumó los datos del delincuente con el incidente de la discoteca y estableció una posible conexión.

- Pero es que casi seguro que tienes razón Jack, – le respondió llorosa – durante el divorcio mi abogado siempre sospechó que Juan andaba en negocios turbios... no le cuadraban las declaraciones de la renta con su ritmo de vida. No profundizamos más porque yo no quise nada de lo suyo. No puedo consentir que os ataque a vosotros, tengo asumido que quiera ir a por mí pero no podría soportar que os pasase algo.

Lola ya no pudo aguantar más el llanto y se tapó la cara con las manos. Héctor la miró desesperado, le lanzó una súplica a Jack.

- Dejados unos minutos por favor.

Jack y Helena asintieron y abandonaron el salón para darles intimidad. Sin pronunciar palabra Héctor levantó a Lola de su asiento y la sentó en su regazo. Le retiró las manos de la cara y le besó las mejillas inundadas de lágrimas.

- Tú no te vas a ningún lado. A ningún lado que no sea a mi casa, tu apartamento no es seguro, a la vista está.

- Héctor por favor... no lo hagas más difícil... no podría soportar que te pasase algo, ni a ti ni a ellos.

- Si crees que voy a dejarte sola, a merced de ese hijo de puta, es que no he hecho bien mi trabajo estas últimas semanas. Mírame a los ojos o léeme los labios, lo que prefieras.

Lola se secó las últimas lágrimas y lo miró. Héctor le sonreía.

- Amor... eres mía. Mía para quererte y hacerte el amor. Mía para protegerte. Mía para cuidarte y darte lo que necesitas. Te prometí que ibas a ser una princesa, mi princesa. Y yo siempre cumplo mis promesas. No voy a permitir que nadie, y menos ese hijo de puta, te aparte de mí. Se cuidarme solito, no tienes que protegerme de él. Trabajo en el mundo de la noche, conozco gente de todo tipo, tengo un equipo de seguridad en los locales. Lo tiene muy jodido si decide atacarme, mejor dicho, ya la ha jodido bien si es que, al final, está involucrado en lo de Helena. Jack va a ir a por él y yo a su lado. Nadie toca lo nuestro.

Sonaba tan parecido a Juan cuando amenazaba pero a la vez era tan diferente en la delicadeza con la que la trataba, en lo pendiente que estaba de su bienestar, en cómo se aseguraba varias veces al día de que todo iba bien, que Lola ya no tenía barricadas para esconderse de él.

- Cuando dices que soy tuya... no puedo evitar recordar cuando Juan decía que era suya para hacer conmigo lo que quisiera – Lola lo besó suavemente para evitar que Héctor frunciere más el ceño enfadado por la comparación – Tú haces que ser tuya signifique otra cosa muy diferente. Y me gusta cómo me

siento cuando lo dices y me demuestras cada día lo que significa ser tuya. Si tú estás seguro yo quiero ser tuya.

Héctor la besó en la oreja. Era suya. Él ya lo sabía. Menos mal que ella empezaba a entenderlo. Fue depositando ligeros lametones desde la oreja hasta la comisura de la boca. Lamió sus labios y se introdujo en ellos para acariciar su lengua. Su mano inició una caricia desde su muslo hasta detenerse en uno de sus pechos. Simplemente la posó allí, la suave tela de su camisa y el sujetador de encaje sin relleno le permitieron sentir como su pezón se fruncía bajo su mano. Gruñó al sentir la aceptación de Lola sin sobresaltos, cuando sintió la vibración del gemido de Lola en su boca su erección cobró vida con más ímpetu. Hora de parar campeón se dijo. Lentamente fue apagando el fuego que había encendido hasta conseguir que Lola se recostase en su pecho con un suspiro. Se tomó unos minutos para saborear su rendición y le mandó un mensaje a Jack para que regresasen al salón.

Ante la atenta mirada de Jack, que vigilaba como un halcón que su futura mujer se disgustase lo menos posible, los inspectores apenas estuvieron quince minutos tomándole declaración a Helena. Posteriormente y tras haber escuchado atentamente como Héctor les relataba el incidente ocurrido en su local con el exmarido de Lola, ambos inspectores se comprometieron a interrogar al respecto al Pecas, como era conocido el delincuente, en cuanto éste se dejase ver. Pidieron hablar en privado con Lola para que les pusiese en antecedentes sobre su anterior matrimonio. A pesar de que Héctor la acompañó, supuso un esfuerzo mental considerable el recordar de nuevo su tragedia. Acabó agotada física y mentalmente. Cuando los inspectores se dieron por satisfechos ya eran casi las siete de la tarde. Héctor quería llevarse a Lola a su casa lo antes posible.

- Nos vamos. Quiero que Lola descanse – le comunicó a Jack mientras ambos observaron cómo las amigas se dirigían al coche de Héctor – Está agotada.

- ¿Han sido duros con ella? – se interesó Jack. Le jodía ver a Lola tan abatida.

- No mucho... hubiesen preferido que constase alguna denuncia sobre el maltrato, les hubiese facilitado la tarea de investigar al capullo de su exmarido.

- Si necesitas algo, Héctor... cualquier cosa, no dudes en pedirlo. Pongo a tu disposición los medios de la empresa. Lo que haga falta para acabar con ese cabrón. Sé que Tomás está empezando a trabajar en recopilar información de

ese tipo, supongo que pronto tendré noticias tuyas.

- Gracias, tío... vamos a ver cómo va la cosa. Por lo de pronto voy a llevármela conmigo a casa.

- ¿Está de acuerdo? – Jack deseaba que su amigo hiciese las cosas mejor de lo que las había hecho en su día.

- No ha dicho ni que sí ni que no. Pero no voy a negociar con su seguridad.

- Ojalá no tengas que hacerlo, Helena me está obligando a negociar cosas que me gustaría hacer por su bien sin tener que consultarle y créeme tío... no es una experiencia agradable.

Tras esa tarde, la rutina se instaló en los días que restaban hasta la fecha de la revisión ginecológica. Helena se despertaba todas las mañanas con Jack a su lado, fiel a su promesa desayunaba con ella y la acompañaba de nuevo al dormitorio. Mientras Helena se duchaba Jack respondía los primeros mails de la mañana desde su Tablet. Día tras día Helena vomitaba el desayuno nada más salir de la bañera. Jack la atendía y la dejaba de nuevo acostada descansando para irse a la oficina. Siempre se pasaba por la cocina para informar a Carmen del estado de Helena y recordarle que le llevase algún tentempié a media mañana. A Carmen le producía mucha ternura ver a aquel hombretón que había criado tan pendiente de su novia embarazada. Helena dedicaba la mañana a leer, bien en cama o en el sillón. Una hora antes de comer se vestía y daba un corto paseo por el jardín para luego, sentarse en la terraza de su dormitorio a esperar a Jack que siempre regresaba para comer con ella. Algún día les acompañaban Henry y Lucía, pero no era habitual ya que a una semana de la cena de la Fundación ambos tenían la agenda llena de compromisos sociales. Jack volvía a irse por la tarde. Helena dormía una breve siesta y cuando Anne llegaba del colegio ya tenía compañera hasta la cena. Anne no se separaba ni un minuto de Helena, estaba muy emocionada con su bebito, le hablaba a la barriga, le hacía dibujos o le cantaba alguna canción. Helena tenía mucha paciencia con ella, casi siempre supervisaba sus tareas escolares para que Lucía no tuviese que hacerlo al volver de alguna de sus reuniones, merendaban juntas y paseaban por el jardín. Jack no conseguía un momento de privacidad con Helena hasta que Anne se acostaba. Entonces volvían juntos al dormitorio. Helena no había vuelto a ponerse ninguno de los camisones que Lucía le regaló. Jack estaba agradecido por ello. Besos y caricias los dejaban insatisfechos pero contentos de dormir juntos y de que Helena no hubiese tenido ninguna pérdida más.

La rutina se rompió el día en el que Jack acompañó, por primera vez, a

Helena a la consulta de Laura. Ese día pudo entender lo sola y decepcionada que se debió sentir la madre de su hijo. La sala de espera estaba llena de parejas. Ella había estado sola. Jack se pasó los veinte minutos que estuvieron en la sala compensándola por ello. Con un brazo la rodeó por los hombros mientras apoyaba su otra mano en el vientre de Helena. De vez en cuando, lo acariciaba ligeramente o la besaba con ternura en la sien. Jack estaba impaciente por salir de dudas respecto al estado de Helena y del bebé pero intentaba no transmitirle su nerviosismo. Casi salta del asiento cuando escuchó el nombre de Helena en boca de la enfermera. Ambos entraron cogidos de la mano en la consulta donde Laura los esperaba. Los besó a ambos en la mejilla antes de sentarse para tomar notas en el historial clínico de Helena.

- Bueno Helena... Cuéntame ¿Cómo vas?

- Espero que bien. La última vez que manché fue la noche del día después a que me dices el alta en el hospital.

- ¿Sigues vomitando? – se interesó Laura mientras tomaba notas.

- Sólo por la mañana. Vomito el desayuno pero no quiero tomar las pastillas, el resto del día no tengo náuseas y además sigo tomando todas las vitaminas por la tarde.

- Bien. Podemos seguir así siempre y cuando las náuseas sólo sean por la mañana, probablemente cualquier día desaparecerán, aunque es posible que eso suceda más cerca del segundo trimestre. Voy a hacerte una ecografía vaginal de nuevo. No es bueno hacer demasiadas ecos de este tipo pero vamos a comprobar que está todo bien, a partir de ahí y salvo novedades hasta cumplir las ocho semanas no haremos otra.

Helena se dirigió al cuartito para quitarse la falda y la braguita y envolverse en una sábana. Laura aprovechó el momento para preguntarle a Jack sobre la alimentación de Helena.

- Va recuperando el apetito. Come muy sano. Carmen se asegura de que meriende bien a media mañana y por la tarde.

Laura asintió mientras instaba a Jack a acompañarla a la camilla en la que Helena se estaba acomodando. Jack se situó a su lado y le cogió la mano. Estaba fría. Señal inequívoca de que estaba nerviosa. Él se puso de los nervios al ver como Laura enfundaba una especie de preservativo en el ecógrafo que iba a introducir en Helena. Hostia puta... pensó... a ver si la mierda esa le va a hacer daño al bebé. ¿Dónde coño quedaban las ecografías como las que se veían en la tele? Aún a riesgo de quedar como un idiota no se iba a quedar con la duda, sin embargo Laura debía de haberse percatado de

sus dudas.

- No le hará daño al bebé. El feto es minúsculo todavía. No puede hacerse otro tipo de ecografía – Laura se dirigió de nuevo a Helena tras tranquilizar a Jack – Vamos allá Helena, relájate y separa bien las piernas.

Helena no pudo evitar un pequeño respingo cuando sintió el ecógrafo. Jack le acarició la mano. Cerró los ojos e intentó relajarse. Los minutos que duró la exploración le parecieron horas. Volvió a abrir los ojos cuando Laura, antes de retirar ecógrafo de su interior, informó a Jack.

- Ya que es tu primera vez, acércate un poco y te enseño el latido de vuestro bebé.

Sin soltar la mano de Helena se inclinó sobre la camilla mientras Laura le iba explicando lo que podía verse, tamaño y demás. Jack estaba alucinando. Aquella cosa pequeña sin forma era su bebé. En ese momento se hizo real para él. Verlo en la pantalla, observar el latido y saber que estaba dentro de Helena lo dejó sin palabras y lo emocionó hasta humedecerle los ojos. Laura no habló más, retiró el ecógrafo de Helena y se dirigió a su mesa para darles algo de intimidad.

Helena se incorporó en la camilla con la intención de bajarse para volver a vestirse. Antes de que se pudiese levantar Jack le sostuvo la cara entre sus manos. Pudo comprobar que estaba muy emocionado y ese hecho la emocionó a ella también.

Jack apoyó su frente en la de Helena para tomarse un momento en organizar el caos de pensamientos que ocupaban su mente.

- El bebé está ahí, dentro de ti. Su corazón late. Nuestro hijo está creciendo en ti. – Con un nudo en la garganta le suplicó – Te quiero más que nada en el mundo. Espero con toda mi alma que seas capaz de perdonarme por haber puesto en peligro a nuestro bebé. Yo no sé si me lo perdonaré alguna vez.

Helena se horrorizó por la angustia que transmitían las últimas palabras de Jack. No podía dejarlo así.

- Jack... ya hemos hablado de ello. El bebé está bien, yo también estoy mejor. Todo gracias a ti. Nos estás cuidando bien. Por favor, no pienses eso de ti... yo no te culpo por lo sucedido con el embarazo... sólo quiero dejar todo eso atrás... por favor... quiero empezar a disfrutar del embarazo contigo.

- No te merezco. Pero eres mía – La besó con dulzura – Gracias por ser así.

Jack aprovechó el momento en que Helena se estaba vistiendo para

interrogar a Laura sobre la posibilidad de mantener relaciones a partir de ahora. Suspiró aliviado cuando Laura, con una sonrisa, le concedió permiso explicándole que el bebé estaría a salvo gracias a que los músculos del útero, el líquido amniótico y el tapón mucoso lo protegían. Le recomendó que por el momento fuese delicado y que a la mínima pérdida que volviese a aparecer acudiesen a verla cuanto antes.

Cuando Helena volvió a sentarse, enrojeció cuando Laura le explicó lo que había estado hablando con Jack. Al mismo tiempo le informó de que su analítica estaba bien excepto por el resultado de la toxoplasmosis, Helena tendría que tener especial cuidado con la alimentación. La pesó para controlar la evolución a partir de la fecha mientras le daba las pautas cómo tratar los alimentos y lo que no debía comer en ningún caso.

- ¿Y puedo volver al trabajo? – le preguntó Helena sin mirar a Jack ni un momento.

- ¿Al despacho de Carlos? – Al ver que Helena asentía Laura le concedió su permiso – Claro que puedes, al fin y al cabo, allí no cargas pesos. De todos modos date un paseo de vez en cuando. No te quedes sentada todo el tiempo.

- Lo haré. Tengo otra pregunta. Aunque no estoy muy interesada en llevar tacones a diario me gustaría saber si podré ponérmelos para la cena de la Fundación. Lucía me ha pedido que acompañe a Henry y el vestido que voy a llevar necesitas unos buenos tacones.

- Teniendo en cuenta que en la cena estarás sentada y, si prometes no bailar como una loca después, no tiene por qué haber problemas. ¿Algo más que te preocupe?

- No. Gracias por todo, Laura.

- Me hace muy feliz veros así de bien, chicos. Jack cuida de ella y de mi ahijado o ahijada. No quiero veros por aquí hasta la próxima consulta.

Tras anotarles la siguiente cita se despidió de ellos besándolos de nuevo.

Jack la cogió de la mano al salir de la consulta pero no pronunció palabra hasta que llegaron al coche. Como un caballero le abrió la puerta y la ayudó a sentarse. Helena estaba empezando a ponerse nerviosa. Desde que le pidió permiso a Laura para volver al trabajo Jack se había vuelto mudo. No iba a pelearse con él por ese motivo. Había tomado su decisión de manera responsable, asegurándose con Laura que no iba a haber problemas. Así que si él iba a ignorarla ella también podría hacerlo. Sacó su teléfono del bolso y le envió un WhatsApp a Carlos para comunicarle que mañana mismo se incorporaría. El abogado se alegró mucho y le preguntó si pasaba a buscarla

cómo acostumbraba a hacer. Helena no sabía que contestarle así que le respondió que si no le avisaba de lo contrario no pasase a buscarla, suponía que Jack la llevaría. Jack ni siquiera le preguntó con quién estaba hablando. Helena se enfadó. No había hecho nada malo para merecer esa indiferencia. No encontraron demasiado tráfico para volver a casa y en cuanto Jack paró el coche en el porche Helena decidió no esperarlo y se bajó dirigiéndose a paso rápido por el jardín hasta su habitación.

Jack maldijo cuando vio a Helena huir casi a la carrera sin esperar a que la ayudase a bajar del coche como siempre hacía. ¡Mierda! se dijo. Estaba cabreado por el tema de la vuelta al trabajo y también porque no sabía que su madre había organizado que Helena fuese acompañando a su padre a la cena. Llevaba días pensando en que el evento fuese su primera aparición pública como prometidos y su madre había frustrado sus planes. La pobre había trabajado tanto las últimas semanas para reorganizar todo sin la ayuda de Jimena que, en conciencia, no podía exigirle que volviese a hacer cambios. La falda roja que Helena se había puesto desapareció por la esquina de la casa al mismo tiempo que su madre salía al porche.

- ¿Qué ha pasado Jack? Helena prácticamente está corriendo por el jardín. ¿El bebé está bien?

- Está todo perfecto - ¡Joder!... les acababan de dar la mejor de las noticias y él se había portado como un capullo.

- ¿Entonces?

Jack sabía que su madre iba a ser implacable hasta que estuviese satisfecha con la respuesta obtenida.

- Laura le ha dado permiso para que vuelva a trabajar. Por cierto, también puede ir a la cena de la Fundación acompañando a papá y no a mí.

Lucía comprobó que su hijo estaba enfadado, pero iba a ponerse de parte de Helena, tenía que pisar el freno con sus ganas de controlarlo todo.

- Pues me alegro por ella, Jack. Hijo... no sé qué esperabas... pero debes de darte con un canto en los dientes de que Helena esté aquí, con nosotros. Yo no sé si hubiese sido capaz. Te ha aceptado de vuelta, hasta el punto de volver a dormir contigo, y tú eres un egoísta si pretendes tenerla en una burbuja todo el embarazo. Necesita hacer vida normal. En cuanto a lo de la cena, te recuerdo que no estabas aquí para organizar las mesas, ni siquiera estabas con Helena. Tenía que hacer el trabajo y lo hice. Si no te gusta, los siento mucho. Y ahora voy a ver a la madre de mi nieto, a darle mi apoyo moral. De verdad que a veces pienso que, entre tú y tu padre, vais a acabar conmigo con esa actitud



de machito que os gastáis.

Lucía no le dio a Jack la opción de replicar, Jack la observó desaparecer por la misma esquina por la que Helena había huido antes. Seguía enfadado, pero ahora con él mismo, por no haber tardado ni una semana en hacer que Helena se sintiese mal. No podía evitar desear tenerla cerca y estaba frustrado por ser consciente de que no podía ofrecerle un puesto en Anderson & Asociados. Helena se negaría en rotundo a volver a trabajar con ellos. Quería su independencia. Pues si ya la había cagado, estaba dispuesto a cagarla un poco más y, para mantener a salvo su salud mental hizo una llamada a Carlos.

- Jack, tío. Felicidades. Helena ya me ha dicho que está todo bien, que se incorpora mañana.

Así que era con él con quien Helena se había mensajado.

- Gracias, Carlos. Escucha con atención. Tengo una propuesta que hacerte y no vas a poder rechazarla.

Helena estaba algo más tranquila después de que Lucía hubiese acudido a verla igual de indignada que ella por la actitud de Jack. Desde que la conocía nunca la había visto decir una palabra más alta que otra, sin embargo, en esta ocasión había despotricado contra, y era literal, los hombres orgullosos, engreídos y pretenciosos con los que unas mujeres, como ellas, tenían la desgracia de tener que lidiar a diario. Cuando terminó su diatriba le ordenó que se retocase le maquillaje ya que se iban las dos de compras y a comer fuera para celebrar su alta médica. Se fue a recoger su bolso no sin antes advertirla de que no se le ocurriese perdonar a Jack en su ausencia.

Ni un minuto después de que Lucía saliese por la puerta de la habitación, Jack accedía a la misma por la terraza y, apoyado en el marco de la puerta del baño, la observaba pasar una brocha de manera delicada por sus mejillas.

- Helena... - ya había conseguido su objetivo y estaba más tranquilo. Ahora sólo le quedaba aplacar a su futura mujer – tenemos que hablar.

- ¿De qué? – Helena le respondió sin mirarlo mientras se aplicaba el colorete.

- Del trabajo... he hablado con Carlos...y...

Helena estalló.

- Ni se te ocurra.... ¿Me oyes?... Ni se te ocurra meterte en mi trabajo.

Demasiado tarde, pensó Jack, al ver el grado de enojo de Helena supo que no podía contarle lo que había hecho. Por lo menos, mientras estuviese enfadada. Y lo estaba. Mucho. Sus siguientes palabras no hicieron más que

confirmárselo.

- No me has dirigido la palabra desde que salimos de la consulta. Ahora soy yo la que no quiero hablar. Además tengo prisa. Me voy.

Jack se acojonó. ¿Se iba? ¿A dónde coño...?. Su madre entró sin llamar en la habitación y lo apartó de la puerta del baño.

- Cariño ¿Estás lista? – Al ver que asentía, Lucía la tomó del brazo y la arrastró fuera del baño, recogió el bolso de Helena de la cama y le dijo a su hijo – Nos vamos a celebrar el alta de Helena. No nos esperéis para comer. Luego nos vamos de compras. No sé a qué hora llegaremos.

Ahora sí que estaba cabreado.

- Helena tiene que descansar, mamá. No puedes arrastrarla por toda la ciudad de compras.

Lucía lo miró, estaba encantada de haberlo puesto aún más furioso. Pues era lo que le quedaba para el resto del día. Sabía perfectamente que Helena tenía que reposar, por eso había reservado cita en un salón de belleza para que les hiciesen la manicura y la pedicura. Luego tomarían el té y se comprarían algo caro a cuenta de Jack.

- Pensé que había criado a un hijo inteligente. Veo que me equivoqué. Quiero tener un nieto sano y hermoso en mis brazos. Antes muerta que poner a su madre en riesgo.

Y con la misma, Jack se quedó sólo en la habitación mientras dos de las tres mujeres de su vida lo dejaban sin argumentos. Decidió buscar a su padre. Quizá no fuese tan mala idea desear, como Henry había expresado, que su hijo fuese un varón.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 25

*“Al final lo que queda es abrazarse, confiar en el otro, amar y dejarse amar en medio de la balacera que es la vida”*

*Fito Páez*

Helena disfrutó con Lucía de una tarde relajada. Tras comer en un italiano y después de una larga sesión de manicura y pedicura en la que casi se queda grogui, visitaron en el mismo barrio un par de tiendas de las que Lucía era cliente habitual. La madre de Jack tuvo que reprenderla cuando Helena se negó a comprar nada. Le dijo que tanto Henry como Jack sabían que un buen bolso y unos zapatos nuevos eran el precio a pagar por disgustar a sus mujeres. Ante ese argumento, Helena no tuvo más opción que ceder. Ambas hicieron sus elecciones y terminaron su jornada de compras compartiendo una deliciosa porción de carrot cake de la que no quedaron ni las migas. Lucía estaba satisfecha de haber aprovechado el momento para estrechar su relación con Helena.

Cuando regresaron a casa Helena descubrió el coche de Carlos aparcado en el porche. No tuvo tiempo más que a descender del vehículo y a recoger sus bolsas, cuando ya tenía a Jack a su lado.

- Dame – le dijo con dulzura – no debes cargar pesos.

- No pesa – Helena estaba algo insegura sobre si debía seguir mostrándose enfadada porque, la verdad es que estaba muy relajada tras la jornada con Lucía – tu madre me dijo que tú esperarías que hiciese algunas compras.

- Está bien, preciosa. – Jack la rodeó por los hombros mientras la acompañaba hacia la entrada – ¿Lo has pasado bien?

- Sí. Tu madre es muy divertida. ¿Ha venido Carlos?

Menos cuando está furiosa, pensó Jack para sí.

- Llegó hace una hora. Estábamos esperando a que llegases. Hay un par de novedades que quería comentarte.

Jack la acompañó hasta el salón. Henry y Lucía se estaban despidiendo de Carlos ya que tenían que prepararse para ir cenar a casa de unos amigos, Anne los acompañaría. Helena le brindó a Carlos una sonrisa tan luminosa que a Jack se le retorcieron las entrañas de celos, y eso, unido a que apenas la había besado hoy y a que sabía que iba a enfadarse con él antes de que acabase el día, no lo hacía sentir nada bien.

Helena recibió un gran abrazo del que consideraba un buen amigo.

- Nena... estás guapísima... – la piropeó Carlos dispuesto a joder un poco a Jack.

- Carlos... ¡qué alegría verte!... no he tenido ocasión de agradecerte todo lo que has hecho por mí.

- No seas tonta... – La sostuvo por los brazos - Helena... se acabó todo. Es una de las cosas que venía a decirte. Los han detenido a los dos, a Harry y al vigilante. Se acabó. Mañana llegarán a Madrid y el juez los interrogará. Quería explicarte que he pedido una orden de alejamiento de Harry hacia ti. No creo que tengamos problemas en conseguirla. Por su parte, el abogado de Henry ha hecho lo propio para toda la familia. Ahora sólo queda esperar a que salga el juicio, pero para ti, todo ha terminado ya.

Helena lo miró atónita. Parecía tan sencillo. Se acabó. Sintió un alivio tan profundo que se sorprendió a sí misma al comprobar que aún tenía retenida una tensión residual por todo lo sucedido. Tuvo que sentarse de la impresión y Jack no tardó nada en aparecer a su lado y tomarle la mano con gesto preocupado.

- ¿Estás bien?

Helena asintió y le apretó la mano para tranquilizarlo. Carlos había hablado de que tenía que comentarle algo más.

- ¿Y lo otro? Dijiste que había otra cosa. ¿Es por el asalto al apartamento?

Carlos negó y miró a Jack esperando su permiso, al verlo asentir se explicó.

- La otra cosa es que voy a trasladar el despacho de ubicación. Nos mudamos a un sitio más grande y algo más céntrico.

- ¡Qué bien! – Helena se alegraba sinceramente de que su amigo prosperase - ¿A dónde nos mudamos?

- Al edificio de Anderson & Asociados. Jack ha sido muy generoso al cederme sin coste parte de una de las plantas que reformaron hace meses y que aún está sin estrenar. De hecho mañana ya empezamos desde allí con los casos nuevos. Llevo todo el día colocando los equipos y lo que vamos a necesitar estos días. La mudanza del resto de archivos la he contratado para dentro de dos días. Además de ello, llevaremos parte de los temas laborales de la empresa de Jack. Ha sido una oferta imposible de rechazar.

Jack sintió cómo Helena se tensaba y se soltaba la mano que hasta ahora había tenido entre las suyas.

Helena no daba crédito a lo que acababa de oír. Jack lo había vuelto a hacer. A sus espaldas. Influyendo en su vida sin pedir permiso. Carlos estaba encantado pero ella tenía mucho que pensar al respecto. Se levantó del sofá y le sonrió a Carlos.

- Me alegro mucho Carlos. Mañana nos vemos allí entonces. Estoy deseando empezar. Ahora, si me disculpas, estoy agotada... me retiro a descansar.

Carlos achacando el tono seco de Helena a las hormonas del embarazo le sonrió con comprensión.

- Por supuesto Helena. Que descanses. Nos vemos mañana.

Jack la acompañó hasta la puerta del salón, se disponía a cogerle la mano cuando Helena la retiró para que no la tocara. Lo esperaba pero le dolió. Le jodía que ella no viese que él necesitaba tenerla cerca. Que no podría volver a trabajar tranquilo sabiéndola sola en una oficina situada en un en el que Jack no podía protegerla a todas horas. En Anderson & Asociados sí podría. Ella trabajaría con Carlos como era su deseo, al mismo tiempo, estaba a un piso de distancia de Jack y eso para él no tenía precio y no era negociable.

- A mis espaldas, Jack. Otra vez. No te bastará con un bolso y unos zapatos en esta ocasión. No me esperes para cenar, no tengo apetito. Buenas noches.

- Helena...- Jack apretó la mandíbula algo confuso por el abatimiento que Helena mostraba – te llevaré algo para picar en un momento y, espero que no pienses lo contrario, pero pienso dormir a tu lado esta noche.

Helena lo miró derrotada por encima del hombro antes de asentir.

- No pensaba lo contrario, Jack. ¿Sabes lo peor de todo? Le debo tanto a Carlos que hubiese aceptado tu propuesta sin rechistar. Pero no me has dado la opción de hacerle juntos este regalo ¿verdad? Realmente debes de pensar que no se puede razonar conmigo. ¡Qué pena Jack! Hoy tenía que haber sido un día muy feliz, sin embargo...

Jack la vio continuar su camino con paso lento. Triste. ¡Joder!... Iba a perderla. No estaba dispuesto a ello. Despidió rápidamente a Carlos y se dirigió a la cocina para encargarle a Carmen un cuenco de fruta y un yogurt para Helena. Estaban a martes y quería que este sábado, en la cena de la Fundación, Helena luciese en el dedo su anillo de compromiso. Iban a ser unos días intensos.

Helena estaba echa un ovillo sobre la cama. Se había puesto un corto pantalón de pijama gris con lunares blancos y una cómoda camiseta blanca. Tenía la mirada fija en la pared y la mente en blanco. No quería pensar. Escuchó a Jack moverse a sus espaldas.

Jack depositó la bandeja con la cena en la mesilla y, aún vestido con los vaqueros y la camisa, se tendió en la cama con Helena. Le acarició con suavidad la cabeza para ver cómo reaccionaba. Como no sintió rechazo fue un

poco más allá y le acarició el brazo arriba y abajo con un ritmo reconfortante.

- Pequeña... Me devolviste el control y yo me prometí no usarlo sin pensar. Tú me pediste que fuese tu compañero, no tu padre. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas. Aun así hay ocasiones, y esta era una de ellas, en las que no puedo ceder o negociar. Mi salud mental, si quieres llamarla así, depende de saberte segura y de que yo pueda llegar a ti en cuestión de minutos si me necesitas. En un principio pensé en pedirte que volvieres a trabajar en la empresa. Enseguida me di cuenta de que yo no te quería como mi secretaria y de que tú te negarías a aceptar cualquier otro puesto que te propusiese. Carlos te da algo que yo no puedo darte, independencia. Saber que tendrás trabajo pase lo que pase te hace sentir bien. Contra eso no puedo competir. Lo único que puedo hacer, y no me arrepiento, es que tengas un ambiente de trabajo lo más cómodo posible. Anderson & Asociados cumplía varios requisitos, el edificio tenía un ala pendiente de estrenar, después de todo lo sucedido, necesitaba a un abogado de confianza para los temas laborales y ya había pensado en Carlos y, por último, y lo más importante de todo eras tú. Te tendría cerca de mí, de mi personal, segura, donde ni Harry ni nadie pudiesen acercarse a ti y hacerte daño. Te quería a mi lado y quería garantizar tu independencia y ésta era la mejor opción. Te quiero y voy a cuidarte. Lamento no saber hacerlo sin hacerte daño al mismo tiempo.

Helena escuchó atentamente los argumentos de Jack pero no le respondió todavía. Sintió como Jack la besaba en el pelo.

- Preciosa,..., voy a ducharme. Come algo mientras tanto por favor... Si no lo quieres hacer por mí, hazlo por el bebé. Siento haberte hecho perder el apetito.

Helena se sentó en la cama cuando escuchó el agua de la ducha correr y se dispuso a dar cuenta de la macedonia de fruta que Carmen le había preparado. Mientras masticaba poco a poco para abrir el apetito meditaba los argumentos que Jack le había dado para justificar sus actos. No dudaba de que el interés de Jack fuera su seguridad. Al hablarle de Harry se percató de que lo más probable es que éste no fuese a la cárcel por lo que había hecho. También sabía que ella era mucho más vulnerable en el despacho de Carlos, allí pasaba muchas horas en soledad mientras el abogado estaba en el juzgado y cualquiera podría acceder a él sin que ella pudiese impedir cualquier tropelía. Así que no le quedaban más objeciones a la decisión de Jack salvo el no haber participado en ella, y habiéndole cedido el control, tampoco era justo recriminárselo ahora, a pesar de que seguía entristeciéndole el hecho de que a

Jack no se le hubiese ocurrido comentárselo antes. A esa conclusión había llegado ya cuando sintió la mirada de Jack posada en ella. Levantó la vista para encontrárselo apoyado en la pared observándola con los brazos cruzados. Aún estaba húmedo por la ducha, simplemente se había puesto un pantalón de pijama negro y nada más. Estaba irresistible.

Jack pudo ver el deseo en los ojos de Helena y respiró aliviado. Había decidido esperar unos días para volver a tener sexo con su pequeña pero, con sólo sentir su mirada puesta en él, estaba tan duro que, teniendo el permiso de Laura, esperar ya no era una opción. Se acercó a la cama rodeándola y se sentó a su lado. Se había comido toda la fruta y se alegró por ello.

- Gracias – le dijo mientras le retiraba el cuenco y lo dejaba en la mesilla  
- ¿El yogurt?

Helena negó con la cabeza. Tenía la boca seca. Jack olía tan bien que le daban ganas de arrastrar su nariz por todo su pecho inhalando su aroma.

Jack aceptó la negativa de Helena y posó las manos en sus hombros descendiendo con suavidad hasta sus muñecas. Sonrió al sentir cómo se erizaba la piel de Helena.

- Este día ha comenzado muy bien con la noticia de que los dos estáis perfectamente. En vez de celebrarlo juntos, he estropeado el resto del día y mi madre te ha llevado a disfrutar de lo que merecías, distraerte tras el reposo forzado. Si me dejas, me gustaría mejorar el final del día celebrando juntos la buena noticia. – Le tomó las manos para expresar su deseo mirándola a los ojos – Me gustaría hacerte el amor, sólo si tú quieres. Podemos esperar todo lo que necesites.

Helena ya estaba excitada sólo con sentir el roce de las yemas de Jack en sus brazos. Tenía los pezones erectos y sentía humedad entre los muslos. Lo deseaba y sabía que tenían el permiso de Laura, sin embargo, estaba nerviosa al respecto. Sería la primera vez desde que todo hubiese saltado por los aires.

- ¿Irás despacio? – le preguntó bajito.

Jack posó las manos en sus mejillas sosteniéndole la mirada con firmeza.

- Voy a ir muy despacio. Voy a ser muy cuidadoso todos estos meses.

Helena pasó la lengua por sus labios reseco y escuchó el gemido de Jack. Recordó que él le había pedido permiso y sabía que no iba a mover un dedo hasta que ella le respondiese con palabras.

- Pues si es así yo también quiero hacer el amor contigo.

Jack sintió que todo su cuerpo se relajaba con la respuesta de Helena, en ella iba implícita la aceptación de sus argumentos y la voluntad de continuar

adelante dejando libertad a sus sentimientos pese a las posibles discrepancias en lo demás. La quería desnuda para tener acceso a todo su cuerpo y poder adorarla como merecía.

Helena se dejó hacer mientras Jack le quitaba con delicadeza la camiseta. Suavemente la empujó hasta tenderla a su lado. Dio un respingo, que provocó que la ceja de Jack se arquease interrogante, al sentir sus manos asir la cinturilla de sus pantalones para bajárselos, al mismo tiempo que arrastraba sus braguitas hasta quedar completamente tendida en la cama y a su merced.

Jack se tomó unos segundos para observarla y tomar nota mental de los sutiles cambios que el cuerpo de Helena había experimentado. Los pechos estaban un poco más llenos y el abdomen parecía ligeramente redondeado. Para Jack estaba preciosa, tal y como la recordaba y estaba ansioso por satisfacer su deseo de introducirse en ella y reclamarla como suya igual que un troglodita en la edad de piedra. Se obligó a refrenar su ansia y le dio permiso a sus dedos para que de manera muy delicada vagasen sin ton ni son por todo el cuerpo de Helena. Hombros, brazos, abdomen, muslos, rodillas y tobillos, en un viaje de ida y vuelta que provocaba que Helena se removiese inquieta bajo sus manos. Jack tenía la intención de que se desesperase por el ansia de que sus manos tocasen las zonas que conscientemente evitaba para que la cuerda del deseo se tensase lo más posible.

Helena tenía la piel totalmente erizada, su boca seca emitía suspiros entrecortados cada vez que los dedos de Jack se acercaban a las partes de su cuerpo que clamaban ansiosas por su caricia. Los pezones, aún más sensibles de lo normal por el embarazo, estaban tan tensos que casi dolían. El roce de las manos de Jack por la parte de atrás de sus rodillas, separándolas para recorrer lentamente los muslos hacia el palpitante y empapado centro de su ser, evitándolo en el último instante, provocó que su garganta no pudiese contener un gemido de frustración.

Jack sonrió ampliamente al escuchar lo que había estado buscando provocar, el gemido ansioso de Helena reclamando más. Su erección estaba desesperada por encontrar el camino a su refugio favorito. En un segundo fue capaz de sacarse los pantalones del pijama y de arrodillarse en medio de las piernas de Helena. La había tocado con los dedos por todo el cuerpo, ahora tocaba besarla por todas las zonas que los dedos habían evitado. Empezó por apoyarse en sus antebrazos para no cargar su peso sobre ella y la besó, intentó ser delicado pero la lengua ansiosa de Helena salió a su encuentro descartando la suavidad y buscando un baile más apasionado. Jack no quiso



resistirse y la complació unos instantes hasta que su lengua abandonó la de Helena para vagar a lo largo de su cuello y alcanzar los dos botones arrugados que tanto ansiaba probar. El grito que salió de su garganta le dio pruebas de lo extremadamente sensibles que estaban sus pezones, si normalmente era capaz de enloquecerla con su lengua en ellos, a Jack le parecía que ahora Helena estaba a punto de perder la razón.

Helena sentía que todos los puntos sensibles de su cuerpo buscaban la culminación a tanto placer tirando de ella hasta un extremo que le parecía imposible soportar. Debió de suplicar un por favor, o quizás Jack lo adivinó, porque lo siguiente que sintió es que la punta de la erección de Jack se abrió paso con mucho cuidado en su interior. Lo vio erguido entre sus piernas con la piel brillante y húmeda por el sudor y concentrado en introducirse lentamente en ella. Sabía que estaba conteniendo sus impulsos de empujar fuerte hasta el fondo y cuando finalmente lo logró, volvió a inclinarse sobre ella apoyándose en sus antebrazos y lo sintió retirarse levemente para volver a embestirla. El gemido ronco de placer contenido que le escuchó fue suficiente para liberar toda la tensión que había ido acumulando en un orgasmo que la estremeció con unas sacudidas que parecían no tener fin.

Jack tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no correrse con ella. Lo apretaba tan fuertemente mientras se estremecía que le costó un triunfo retener su orgasmo. Quería disfrutarla un poco más. Cuando finalmente el cuerpo de Helena pareció relajarse, simplemente la sostuvo levantándole las caderas hacia él y arrodillado comenzó a salir y a entrar en ella con un ritmo lento. Estaba tan resbaladiza y tan calentita que comenzó a contar sus embestidas para retener el estallido lo máximo posible. Una, dos, tres..., no pudo más y el orgasmo lo sacudió vaciándose en ella con unos fuertes espasmos que lo dejaron exhausto. A duras penas se sostenía en pie y, no queriendo caer sobre ella, hizo el esfuerzo de salir lentamente de su guarida para tumbarse a su lado arrastrándola hasta envolverla entre sus brazos.

Helena apenas era consciente de estar despierta. Estaba tan relajada que sus músculos parecían de gelatina y su mente no hilvanaba pensamiento alguno. Jack le acariciaba la espalda de arriba abajo y sus párpados no eran capaces de aguantar levantados mucho tiempo más.

Jack percibía que Helena se dormía, había sido un día intenso para ella y el increíble orgasmo los había dejado agotados a los dos. Los tapó a ambos con la sábana y la besó en los labios con delicadeza.

- He vuelto a casa. Te quiero pequeña – le susurró sin despegarse de sus

labios.

Helena lo escuchó e intentó sonreír. Nunca supo si fue capaz porque, agotada, inmediatamente se durmió.

A Jack le costó un poco más conciliar el sueño. Hubiese querido que Helena estuviese más espabilada para hacer su declaración y formularle la pregunta. Era el momento, sin embargo, tendría que esperar al día siguiente.

Debía de ser la una de la madrugada cuando el teléfono de Jack comenzó a sonar. Saltó como un resorte de la cama para contestar la llamada y que el ruido no perturbase a Helena. Se fue al baño para no molestarla ya que estaba profundamente dormida. El número era el de Françoise, su socio francés, sin embargo fue una llorosa Ivonne, su mujer, la que le comunicó entre lágrimas que su socio y amigo estaba en coma en un hospital de París tras un accidente de tráfico mientras iba en moto. Jack se espabiló de golpe y supo lo que tenía que hacer. Debía viajar a París para acompañar a Ivonne, comprobar el alcance de las lesiones y, si fuese necesario, acordar con la mano derecha de Françoise cómo proceder con los asuntos pendientes de la empresa. Tranquilizó a Ivonne diciéndole que saldría en el primer vuelo disponible y colgó mientras volvía a la habitación. Helena no se había movido ni un milímetro, realmente estaba agotada. Jack se vistió lo más rápido que pudo, vaqueros, sudadera y deportivas le valdrían hasta llegar a su casa para hacer un equipaje más apropiado. Allí tenía que recoger su maleta y varios documentos con asuntos pendientes. Debía de despertar a Helena y hacerle su propuesta, quedaban apenas tres días para la cena de la Fundación y mucho se temía que iba a llegar muy justo de tiempo al evento. Cogió de su maletín la cajita azul, se sentó al borde de la cama a su lado y la zarandó levemente para despertarla. Apenas un murmullo ininteligible salió de sus labios. Joder... pensó Jack, aquello era la cosa menos romántica que había visto en su vida, pero el tiempo apremiaba.

- Helena... preciosa... - la zarandó y sonrió al ver el esfuerzo que tenía que hacer para abrir levemente los ojos.

- Jack...tengo sueño.

- Escucha pequeña..., tengo que irme. Tengo que coger un vuelo a París. Françoise ha tenido un accidente, está en el hospital.

Helena escuchaba a Jack, pero estaba tan cansada que apenas podía responderle.

- Qué pena... pobre... claro que tienes que ir...

- Preciosa... me jode dejarte sola... a lo mejor no regreso hasta el sábado.

Probablemente llegue justo para la cena.

- No te preocupes. Estaré bien. Tu padre me llevará... - le dijo entre bostezos.

- Lo sé... cariño... escúchame... tengo algo importante que decirte – Jack ya estaba desesperado porque Helena consiguiese desperezarse.

Helena no tenía ganas de hablar en ese momento y menos de cosas importantes. Jack se preocupaba demasiado por ella y ahora tenía otras cosas más importantes que hacer, como atender a su amigo herido y los asuntos de la empresa. Así que lo calló de la mejor manera que supo. Lo besó dulcemente.

- Te quiero Jack, ve tranquilo... ya hablaremos cuando vuelvas – le dijo mientras volvía a tumbarse y cerraba los ojos para dormirse de nuevo.

Putra suerte la mía... maldijo Jack para sí con la cajita en la mano. Helena ni la había visto. Bajó la cabeza y, apesadumbrado decidió que de todos modos el anillo no iba a viajar con él. Al levantar la vista vio en el escritorio un montón de hojas con un lapicero encima. Cogió una de ellas y un bolígrafo y le escribió un mensaje rogando de nuevo, que aquel santo de los cabrones afortunados que siempre le salvaba el pellejo no lo abandonase esta vez. Ya que, si lo de proponerle matrimonio medio dormida no era romántico, aquello de dejarle una nota, realmente estaba muy por debajo del estándar del manual del perfecto caballero. Tras finalizar, repasó lo leído.

*“Estabas tan bonita dormida que no he querido volver a despertarte. Quería dejarte este regalo. Cuando lo abras sé que sabrás lo que significa. Me harías el hombre más feliz del mundo si lo llevas puesto a la cena de este sábado.*

*Te llamaré estos días para saber que estás bien. Si me necesitas, no dudes en decírmelo y volveré enseguida.*

*Te quiero.*

*Jack.”*

Tendrá que valer... pensó Jack mientras doblaba la nota y la dejaba en la mesilla con la cajita encima. Besó a Helena suavemente en los labios, ésta frunció el ceño pero no se despertó. Jack abandonó la habitación apesadumbrado por su amigo y por tener que separarse de Helena de nuevo. Apenas habían empezado a reconciliarse y ya volvía a poner kilómetros de por medio.

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 26

*“De nadie seré, sólo de ti. Hasta que mis huesos se vuelvan cenizas y mi corazón deje de latir...”*

*Pablo Neruda*

Helena llevaba por lo menos diez minutos con la mirada fija en el precioso anillo de compromiso que Jack le había dejado en la mesilla. La nota la había releído por los menos unas veinte veces. Su corazón aún latía a toda velocidad, ritmo que no había abandonado desde que, al despertarse, su mirada se fijó en la cajita azul con lazo blanco. Tras haber leído la nota que había debajo de la caja, su mente ya imaginaba en qué consistía el regalo de Jack. Aun así la abrió. No le bastaba con la sospecha, tenía que tener la certeza de que lo que Jack había escrito era lo que ella pensaba, y que, esta vez no se trataba de un regalo para compensarla por todo lo sucedido. Se quedó sin aliento al ver la belleza del anillo y no se atrevió ni a tocarlo, ni por supuesto a probárselo. Matrimonio. Familia. Ese era su deseo más oculto desde que Jack la había sostenido en brazos en aquel sofá del hospital. La duda planeaba como un pájaro de mal agüero sobre su cabeza y no le permitía dejarse llevar por la emoción. ¿Quería Jack casarse con ella o pensaba que debía casarse con ella? De las veces que habían mantenido esa conversación Jack siempre le aseguraba que antes de salir de Londres su intención era la de volver para recuperarla. Ella le creía. Pero había un trecho muy largo entre recuperar una relación a llegar a pensar en el matrimonio. Salvo por el bebé. Helena era consciente de que ese niño lo había cambiado todo. Jack estaba totalmente entregado a ella y a su cuidado. Anoche le había hecho el amor de la manera más dulce que recordaba. Le había reiterado que la quería, a pesar de estar casi dormida, Helena lo recordaba claramente. Entonces, ¿por qué dudaba de los sentimientos de Jack? Su parte racional, de brazos cruzados y golpeando el suelo con impaciencia, le recordaba que era todo tan perfecto como la primera vez y la advertía de que recordase que los príncipes azules sólo existían en los cuentos. Había otra cosa que le rechinaba. No era propio de Jack no enfrentarse a las cosas, las medias tintas y los sobreentendidos no eran santo de su devoción. Entonces... ¿Le bastaba a ella con esa nota en la que Jack insinuaba su petición de matrimonio? La respuesta era evidente. No. No le bastaba. Jack hubiera debido saber qué aquello, que por otro lado era la petición de mano menos romántica que hubiese podido imaginar jamás, no sería suficiente para obtener una respuesta. Helena no iba a aparecer en la cena de la Fundación luciendo en su mano izquierda un inequívoco anillo de

compromiso. Anillo que simbolizaba la respuesta afirmativa a una pregunta que Jack no le había formulado. Así que, cerró la caja y la guardó junto con la nota en el cajón de la mesilla. Estaba más serena tras haber tomado una decisión. Si bien esa boda era su mayor deseo no iba a ahorrarle a Jack la petición de matrimonio. Era lo menos que merecía tras haber tenido que expresar sus deseos de manera explícita en multitud de ocasiones en las que Jack le exigía que le dijera lo que deseaba con palabras. Pues bien, ahora era ella la que exigiría que Jack explicase sus deseos con todas las palabras.

Jack e Ivonne acababan de abandonar el hospital de París donde Françoise seguía en coma. Se trataba de un coma inducido por los doctores que lo habían atendido en urgencias. Era necesario para mantener su seguridad y bienestar hasta conocer el alcance del traumatismo craneal sufrido provocado por la fuerte caída de la moto. Había colisionado con un taxista que no respetó una señal de preferencia. Tras la última visita médica todos estaban muy esperanzados, el doctor les aseguró que la sedación a la que habían sometido al paciente no era profunda, fundamentalmente buscaba minimizar el dolor físico y la incomodidad que pudiese sufrir, además de garantizar que siguiese respirando con normalidad y que estuviese calmado para todas las pruebas que le habían realizado. Dichas pruebas no mostraban ningún traumatismo severo así que al día siguiente por la mañana le irían retirando la sedación, así como la respiración artificial para comprobar que Françoise era capaz de respirar por sí mismo y verificar que no tenía ninguna de sus facultades alteradas. Entre él y los padres de su socio habían conseguido que Ivonne se retirase a casa a descansar unas horas con la promesa de avisarla de cualquier novedad. Ivonne estaba embarazada de apenas tres meses y el ambiente hospitalario no era propicio para ella. Tras solicitarle un taxi y asegurarse de que la llevaba a la dirección correcta, Jack hizo lo propio para dirigirse a la sede de la empresa donde Pierre, la mano derecha de Françoise, ya lo esperaba. Almorzaron juntos y Jack se quedó muy tranquilo al comprobar que no había ningún asunto pendiente cuya solución no pudiese posponerse unos días hasta comprobar la evolución clínica de su amigo. Tras repasar con Pierre algunos encargos de clientes potenciales y de dar el visto bueno a las tarifas preparadas, Jack llegó al hotel pasadas las seis de la tarde. Estaba realmente agotado. Llevaba casi un día entero sin dormir. Cuando se despojó de la chaqueta y la corbata se dirigió a la ventana de su habitación con el teléfono en la mano dispuesto a llamar a Helena. La calle estaba atestada de parisinos y turistas a punto de dar por finalizada la jornada, ajenos al dilema

que Jack intentaba resolver en su cabeza. ¿Debía mencionarle a Helena el anillo de compromiso? Cada vez estaba más convencido de haber cometido un error de cálculo al dejar el anillo en la mesilla, por no hablar de la nota. Helena se merecía una petición de matrimonio mucho más apropiada. Sabiendo cómo le gustaban las historias románticas, hubiese debido esperar unos días para planificarla como era debido. Ahora sabía que el tiempo se le había agotado ya que como muy pronto iba a llegar a Madrid el sábado a mediodía. La secretaria de Françoise le había reservado ya el vuelo. De allí tendría que ir a su casa a ducharse y a vestirse con el esmoquin de rigor para encontrarse con su madre en el hotel y solucionar los inevitables problemas que surgirían a última hora. Eso no le dejaría margen para ver a Helena antes. Ella llegaría al hotel acompañada de su padre. Que llevase el anillo puesto iba a ser un milagro por el que no iba a dejar de rezar. Tendría que compensar su torpeza de alguna manera y desde París sólo podía hacerlo pidiéndole un gran favor al director del hotel. Así que, tras buscar en su teléfono el número, y una vez que el director le pasó con la persona adecuada, impartió sin dudar las órdenes precisas para que todo estuviese listo tal y cómo deseaba. Después llamó a Helena decidiendo que, si ella no lo mencionaba, él tampoco haría referencia al contenido de su nota.

- Hola Jack... estaba preocupada... ¿Qué tal Françoise?

- Hola preciosa... - sonrió al oír de nuevo su voz – qué ganas tenía de hablar contigo. Primero dime qué tal tú. ¿Has vomitado hoy?

- Pues sí. Como siempre, tras la ducha. Pero el resto del día he estado bien. Tu padre me ha llevado al trabajo y me ha ido a buscar a mediodía. Ni él ni Carlos me han dejado volver esta tarde.

Jack tomó nota mental de mandarles una buena botella de vino a su padre y a Carlos por hacer que tuviese una preocupación menos en su cabeza.

- Pues me alegro. ¿Te ha gustado tu oficina? – Jack esperó ansioso la respuesta de Helena que tardó unos interminables segundos en llegar - ¿Estás a gusto allí?

- La verdad es que es una oficina fantástica, muy luminosa. Me gusta mucho. Pero Jack... Cuéntame de ti por favor...

- Está todo mejor de lo que esperaba. El coma es algo inducido por prevención, pero mañana ya empiezan a despertarlo y si todo va bien, y no hay motivos para pensar lo contrario, es probable que en unos días ya esté fuera del hospital.

- ¿Y su mujer?

- Dentro de lo que cabe está bien. Está embarazada de tres meses y hemos conseguido enviarla a casa a descansar.

- Vaya... pobre...

- Ella está bien pero yo necesito saber que tú estás bien – Jack estaba encantado de hablar con Helena, pero la añoraba terriblemente. Si la primera separación había sido dura, ésta lo estaba siendo mucho más. – Te echo de menos pequeña.

- Lo sé... - Helena a duras penas estaba resistiéndose a garantizarle que el sábado luciría su regalo – Yo también te extraño. Me cuesta mucho dormirme sin que estés a mi lado.

- Preciosa... tienes que descansar... prométemelo... - Jack maldecía su suerte por tenerla a kilómetros de distancia - Debo quedarme aquí por lo menos hasta el sábado pero si sé que no te estás cuidando hago la maleta ya mismo.

- Me cuido Jack, no te preocupes. Debes quedarte y lo entiendo.

Helena no iba a hablarle del anillo, por lo menos Jack necesitaba la confirmación de que asistiría a la cena.

- Helena... ¿Tienes todo listo para el sábado?, ya sabes, el vestido... ¿Necesitas algo?

- Ruth me mandará mañana el vestido y Lola va a venir a primera hora de la tarde para peinarme. Me ha dicho tu padre que sobre las siete y media saldremos de aquí los dos. Anne está teniendo unas rabietas de campeonato porque no puede ir a la cena. Tu madre lo lleva como puede...

- Todos los años hace lo mismo – suspiró Jack resignado – mamá le ha dicho que hasta los dieciocho no irá.

Por un momento, ninguno dijo nada. Jack necesitaba decirle algo y estaba intentando encontrar las palabras adecuadas.

- Preciosa... ayer me hiciste muy feliz. Hacerte el amor de nuevo fue muy especial para mí. Quiero que sepas que valoro el esfuerzo que has hecho por olvidarlo todo y quiero que sepas que lo único que me preocupa es no ser capaz de hacerte feliz. ¿Me lo dirás, verdad?

- El qué Jack, ¿Qué quieres que te diga? – le preguntó Helena confusa.

- Quiero que me digas qué significó lo de ayer para ti. Quiero saber que no te me vas a escurrir entre los dedos – Jack suspiró – Como siempre Helena quiero saber lo que necesitas.

- Jack – Helena se tomó unos instantes para responder – La de anoche, fue la noche más dulce de mi vida.



- Pequeña... también lo fue para mí. Te llamaré todos los días – Jack se despidió. Aquella conversación no podía ser mantenida por teléfono – Te quiero.

- Te quiero – Helena sonrió ante la voz susurrante de Jack y colgó el teléfono.

Los días restantes supusieron para Jack una prueba de resistencia. Todo su ser clamaba por coger un avión y plantarse en Madrid para arrodillarse ante Helena y rectificar lo que, ya no le cabía duda alguna, era una de las mayores cagadas en la historia de las pedidas de mano. Sin embargo el deber lo retuvo en París hasta el sábado a media mañana. Françoise había despertado del coma el jueves, perfectamente ubicado y en pleno uso de todas sus facultades. Jack no pudo más que sonreír al recordar cómo, apenas a los quince minutos de estar consciente, había reprendido a una llorosa Ivonne exigiéndole que se fuese a descansar de inmediato. Después la tomó con Jack preguntándole a qué venía tanto alboroto por un simple accidente de tráfico y que si no tenía cosas mejores que hacer en Madrid. Los doctores descartaron rápidamente cualquier lesión, sin embargo, fueron inflexibles respecto al alta. Hasta el lunes siguiente estaría en observación. El viernes lo aprovecharon para estudiar algunas estrategias comerciales para la expansión de la firma y planificaron unos nuevos planes de formación para los trabajadores. La cabeza de Françoise funcionaba a pleno rendimiento y esa misma tarde le pidió que se llevase a Ivonne a cenar a su restaurante favorito y que no le permitiese volver hasta el día siguiente. Jack se apresuró a obedecer, sin embargo, Ivonne prefirió descansar en casa y él aprovechó la tarde para hacer algunas compras que tenía en mente en las exquisitas boutiques de la ciudad. Compras que estaban cuidadosamente guardadas en su maleta a la espera de ser entregadas a la persona adecuada y disfrutadas por sus ojos y por sus manos. Finalmente embarcó con retraso y llegó a Madrid con el tiempo justo de trasladarse a la suite del hotel que había reservado y a donde había ordenado trasladar su esmoquin. Aun así, antes de bajar a recibir a su madre, tuvo tiempo de repasar que todo estuviese tal y cómo había solicitado.

Helena estaba sentada en la silla del tocador, observando como las hábiles manos de Lola trabajaban sobre sus rizos realizando un recogido sencillo pero elegante. Habían decidido que era lo más adecuado para que luciese su espalda gracias al insinuante tul de la parte trasera del vestido. No iba a llevar ningún collar y había decidido no ponerse tampoco ningún anillo. Helena se había maquillado ella misma con sus colores habituales, no quería sentirse

disfrazada esa noche, ya que para ella, el hecho de llevar aquel vestido, que era una joya en sí mismo, era un acontecimiento extraordinario.

- Lista – Lola estaba muy satisfecha con el resultado tras haberla ayudado con el vestido – Estás preciosa. Jack va a tener difícil soportar toda la cena sin estar sentado contigo.

Helena sonrió, por un lado estaba deseando contarle a su amiga lo del anillo, por el otro no quería hacerlo. Tenía un sentimiento egoísta al respecto. Quería intimidad total y que nadie la hiciese flaquear en la decisión que había tomado. La nota y la cajita estaban ya a buen recaudo en su clutch, dentro de una bolsita de tela plateada de uno de los collares que Ruth le había regalado.

- Anda vete ya – le recomendó a Lola – Héctor debe estar deseando verte a ti también. Tu vestido es espectacular. El azul, sin duda es tu color y, y ese escote con los hombros al aire hace que parezcas una modelo de pasarela.

- Lo sé – le dijo Lola coqueta – Hace tanto tiempo que no me visto así que casi había olvidado lo emocionante que resulta prepararse para una fiesta. Además, Héctor me ha regalado unos pendientes preciosos para el vestido. Se ha pasado tres pueblos.

- Lola... - le reprendió Helena – no caigas tú en mi error. No le echés en cara a Héctor lo costoso de los regalos que te haga. Les hace sentir que los juzgas por su dinero.

- Tienes razón – reflexionó Lola – no lo había visto así.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron la conversación. Era Anne, estaba mucho más calmada, ya que a cambio de portarse bien esa tarde le había sacado a su padre una visita al zoo el próximo fin de semana. Lola aprovechó el momento para besar a Anne y despedirse.

- Estás... guapa – Anne acarició la tela del vestido – yo... quiero uno... así.

Helena se apresuró a tranquilizarla ante el riesgo de que se enfadase cuando estaban a punto de salir de casa.

- Y lo tendrás – le aseguró – pero cuando tengas dieciocho años.

Anne arrugó la nariz no muy convencida, pero le transmitió el mensaje que llevaba.

- Di...dice papá si... pue...puede ve...venir a verte a...ahora.

- Claro que sí – Helena estaba extrañada por la petición – ve a avisarlo mientras me calzo, anda.

Anne salió corriendo a hacer el recado y Helena escuchó a Henry golpear la puerta antes de entrar. Se quedó muy impresionada al ver al padre de Jack

con esmoquin. Estaba muy elegante y en ese instante se percató de que Jack también lo llevaría. Madre mía...va a estar irresistible... pensó, ¿Cómo iba a ser capaz de llevar a cabo su plan? Henry se acercó al tocador donde Helena seguía sentada.

- Estas muy guapa Helena, permíteme que esta noche sea el primero en decírtelo.

- Gracias Henry, tú también estás muy guapo.

Henry asintió. Desconocía si Jack ya había hecho su petición de mano pero, como los dedos de Helena lucían desnudos, supuso que no. Él había querido tener un gesto con Helena para calmar su conciencia, a pesar de que ni ella ni Jack parecían reprocharle nada, aún se sentía culpable por haber cultivado el cinismo de Jack que había traído consecuencias desagradables para todos, pero fundamentalmente para la que esperaba que fuese su nuera. Además de ello, tenía la firme intención de intentar ayudar a que la petición de su hijo no fuese rechazada. Le tendió a Helena una cajita igual a la que Jack le había comprado.

- He comprado este regalo para ti.

Helena consiguió controlar el temblor de su mano al recoger la cajita. También consiguió ocultar su turbación al respecto.

- No era necesario Henry... - le dijo mientras desataba el conocido lazo blanco y procedía a abrirla.

Se quedó sin palabras admirando los preciosos pendientes colgantes, eran dos brillantes diamantes redondos de los que partía una delicada cadena de oro blanco que finalizaba en dos perlas cultivadas que bailarían alrededor de su cara cada vez que se moviese. Cuando pudo apartar la mirada de los pendientes, se levantó y con la caja aún en la mano se dirigió a Henry para abrazarlo.

Henry estrechó a Helena en un abrazo paternal, esperaba que el primero de muchos. Nunca confesaría lo emocionado que estaba en ese momento y lo agradecido por que aquella mujer hubiese entrado en la vida de Jack.

- Son preciosos... gracias Henry. Me los pondré hoy mismo.

Henry asintió complacido. Sabía que eran el complemento perfecto al anillo de Jack, pero no podía desvelarle a Helena que sabía lo del anillo, porque todo parecía indicar que ella aún no era conocedora de las intenciones de Jack. Ante tamaño lío, sólo acertó a ayudar a su hijo de una manera.

- Me alegro que te gusten... - le sonrió – Escucha Helena, sé que tú y yo no hemos hablado mucho estos días, pero me gustaría decirte algo.

- Te escucho.

- El caso es que... no sé cómo decirlo sin desvelar demasiado... pero... debes saber que Jack tomó una decisión importante en Londres, justo antes de regresar. Puede ser que tú aún la desconozcas, y bien sabe Dios que yo no quiero entrometerme, pero la palabra clave es “antes” Helena. Tenlo presente. Antes.

Helena asintió. Aquello tenía sentido para ella. Todo el sentido del mundo. Era la respuesta a la duda que le carcomía el alma desde que Jack había conocido el embarazo. Antes, le había dicho Henry. Antes de saber del embarazo. Un tremendo alivio la inundó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Las retuvo para no estropear su maquillaje.

Henry comprobó que Helena había entendido su mensaje al ver cómo se le inundaban los ojos de lágrimas. No quiso decir más porque no sabía hasta dónde había llegado Jack, así que simplemente la abrazó de nuevo.

- Te dejo que termines. Estaré en el salón.

Helena asintió agradecida. Necesitaba unos instantes para recomponerse antes de salir al encuentro de Jack.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 27

*“Amar no es mirarse el uno al otro, es mirar juntos en la misma dirección”*

*Saint-Exupery*

Jack no hacía más que vigilar la puerta por la que se accedía al salón del hotel. Se encontraban allí reunidos para celebrar un breve acto en el que la Fundación Anderson haría entrega de los fondos recaudados, en los distintos eventos celebrados a lo largo del año, a dos casas de acogida para mujeres maltratadas. Por la eficacia de sus proyectos de integración en la sociedad habían sido los elegidos por la junta directiva. Casi todos los invitados habían llegado ya, Jack sólo esperaba que su padre llegase antes de que la alcaldesa hiciese su entrada, necesitaba unos minutos con Helena antes de quedar cautivo en su papel de anfitrión, por lo menos, hasta que comenzase el baile posterior a la cena. Finalmente Helena hizo su entrada en el salón del brazo de su padre. Jack se quedó literalmente sin palabras al verla. La palabra preciosa no alcanzaba a definir el aspecto delicioso que presentaba su futura mujer. El maldito vestido valía cada uno de los euros que costaba. Jack no sabía definir el tono del mismo, toda aquella pedrería de su cintura lanzaba destellos en todas direcciones. Helena parecía una estrella caída del cielo para iluminar su vida. Su padre escudriñaba la sala buscándolo, y a Jack se le secó la boca cuando Helena se volvió unos instantes para colocar delicadamente la falda de su vestido y le reveló la espalda del mismo. Sin los rizos que la tapasen, era una delicia ver su piel acariciada por la delicada tela que cubría la espalda. Un codazo de su madre lo hizo reaccionar. Jack la miró.

- Anda... ve. Si viene la alcaldesa conseguiré entretenerla unos minutos.

Jack le agradeció a su madre el gesto y se acercó a ellos, haciendo caso omiso de los invitados que intentaban saludarlo, sin apartar ni un instante la mirada de Helena.

Helena acababa de colocarse la falda del vestido cuando al volverse, localizó a Jack dirigiéndose con paso firme hasta ellos con la mirada clavada en ella. Henry también debió de verlo porque le dio unas palmaditas en la mano y la soltó con la excusa de saludar a un invitado que estaba cerca. Jack estaba guapísimo y sus piernas comenzaron a temblar al mismo tiempo que su corazón latía a toda velocidad, igual que la primera vez que se habían visto.

Jack llegó junto a ella y la sostuvo por los hombros besándola ligeramente en la mejilla.

- Estás preciosa – le susurró al oído – te he echado mucho de menos.

- Yo también – le respondió Helena temblando al sentir las manos de Jack sobre sus brazos desnudos.

Jack se percató de su temblor y le acarició los brazos descendiendo hasta tomarle las manos. Las miró y no vio rastro del anillo. En ese momento se le cayó el alma a los pies. Le dolía el corazón. Apretó la mandíbula para no gritar de frustración y tuvo la tentación de sentirse derrotado. Sin embargo, pensó en todo lo que había preparado para sorprender a Helena esta noche y le apretó las manos al tiempo que la miraba a los ojos.

- No voy a rendirme nunca Helena.

Helena había observado como Jack contenía su decepción. Le dolió en el alma ver cómo se reflejaba en su rostro. Sentía deseos de reconfortar su dolor y decirle que estaba todo bien. Pero iba a mantenerse fiel a su plan. Jack aún sostenía sus manos, se soltó y entrelazó sus dedos. También lo miró a los ojos al responderle.

- Nunca te he pedido que te rindas Jack.

El tiempo se detuvo mientras se miraban a los ojos ajenos al resto de invitados que los rodeaban. Jack se percató entonces de los pendientes que Helena llevaba, sabía que eran una joya valiosa y nunca se los había visto puestos.

- Bonitos pendientes – le mencionó con la intención de conocer su procedencia - ¿Un regalo?

Helena asintió y Jack se murió de celos en ese mismo instante al pensar que la única joya que lucía Helena en su cuerpo era un regalo de otro. Porque un regalo así sólo podía provenir de otro hombre.

- ¿De un hombre? – no pudo evitar que su voz sonase tensa.

Helena se hubiese reído de buena gana si no fuese porque Jack estaba realmente disgustado, quizás también algo enfadado y esta noche ella no pretendía provocar ninguno de esos sentimientos en él.

- Tu padre. Me los ha traído esta tarde mientras me arreglaba para venir – le relató con voz tranquila y sin apartar la mirada de sus ojos.

Jack se desinfló, estaba a la vez aliviado y agradecido a su padre. También valoraba el hecho de que Helena, muy dada a protestar por los regalos costosos, hubiese aceptado los pendientes. Pero le dolía el alma saber que la única joya que portaba no era un regalo suyo. Era un regalo precioso, pero no era el suyo.

- No sé qué decir en estos momentos Helena... - le dijo confuso.

Helena se apiadó un pelín del aspecto derrotado de Jack. Elevó su mano

hasta acariciar su mejilla. Estaba muy suave por el reciente afeitado. La enterneció ver cómo Jack inclinaba la cara refugiándose en su caricia.

- Lo sé – le dijo con una sonrisa.

El momento se rompió cuando Henry volvió a por Helena, la alcaldesa había llegado y Jack se debía a sus deberes de anfitrión de la gala. Tras los discursos de Lucía y de la alcaldesa y después de que los asistentes escuchasen conmovidos el agradecimiento de las directoras de las dos casas de acogida, todos se trasladaron al salón donde se celebraría la cena y posterior baile.

El salón estaba decorado espectacularmente. Todas las mesas eran redondas, sobre la mantelería, de un blanco immaculado, destacaban unos preciosos centros de mesa cuadrados de cristal repletos de dalias verdes y blancas. Los bajo platos eran dorados y la vajilla era blanca con el filo dorado, sobre ella, elegantemente dobladas las servilletas verdes armonizaban con la decoración floral. Henry escoltó a Helena hasta una mesa redonda no muy alejada de la mesa presidencial. Además de Héctor y Lola, ambos muy guapos y ensimismados el uno en el otro, estaban acompañados por Carlos y Laura. Los dos la saludaron con un gran abrazo y alabaron su buen aspecto. Helena, al verse acompañada por sus amigos íntimos, consiguió relajarse un poco y disfrutar de una charla distendida mientras cenaba. El menú era sencillo pero estaba elaborado con exquisitez, tras los aperitivos especialidad del chef del hotel, degustaron un hojaldre de verduras con salsa de queso, lomo de bacalao al pil pil de setas y jamón y roast-beef con limas y jengibre. Era difícil decantarse sólo por uno de los postres, había crème brûlée de almendras con frambuesas, coulant de chocolate y delicadas mini tartaletas de frutas, así que, simplemente y entre risas todos probaron un poco de cada uno de ellos. Mientras tomaban el café Helena decidió que era hora de poner en práctica su plan. Aprovechó para levantarse en el momento en que no estaba inmersa en ninguna conversación, ya que Henry trataba con Carlos un tema relativo a la empresa y Lola, también a su lado, charlaba animadamente con Laura ante la atenta mirada de Héctor. No esperaba que los tres hombres se levantaran a un tiempo con educación, se sonrojó intensamente y se excusó con una sonrisa.

- Por favor... - aún no se acostumbraba a tanta cortesía – enseguida vuelvo.

Aunque no lo necesitaba se dirigió al aseo que estaba fuera del salón, allí se retocó el maquillaje y al salir esperó pacientemente a que uno de los

camareros la viese y le preguntase si necesitaba algo. Le tendió la bolsa plateada.

- Necesito que entregue esta bolsa al Sr. Anderson, en la mesa presidencial.

El camarero ya se marchaba para hacer la entrega cuando se paró en seco y se dio la vuelta.

- ¿Algún mensaje?

- No – Helena negó con la cabeza – Él ya se dará cuenta. Gracias.

Helena regresó a la mesa algo más nerviosa ya que ahora sí que las cartas estaban echadas. Los hombres volvieron a levantarse cuando llegó y Henry se apresuró a apartarle la silla y a ayudarla a sentarse.

- ¿Todo bien, Helena? – le preguntó preocupado.

- Sí. Gracias Henry. Todo bien.

Helena observó cómo Henry le hacía un gesto a Jack que pretendía indicar que todo iba bien. Ella, por su parte, se negó a comprobar la reacción de Jack cuando recibiese su paquete.

Jack consiguió relajarse al ver gesto tranquilizador de su padre. Le había costado un triunfo no levantarse cuando Helena salió del salón. Supuso que iba al aseo pero él necesitaba saber si se encontraba bien, lamentablemente no podía abandonar la mesa presidencial sin más. Le hizo una petición a su padre arqueando una ceja y él, bendito fuera, lo comprendió a la primera. Seguía con la mirada fija en Helena, cuando un camarero se le acercó y discretamente y se colocó detrás de él. Jack se giró con la intención de resolver cualquier problema que pudiese haber surgido.

- Me han pedido que le entregue esto, señor Anderson.

Era frecuente que en las cenas de gala algún invitado hiciese algún donativo espontáneo y anónimo a la causa homenajeadas, así que en principio, no le causó extrañeza recibir aquella bolsa.

- ¿Algún mensaje? – le preguntó.

El camarero negó con la cabeza y se volvió para continuar su trabajo. Como su madre estaba discutiendo con la alcaldesa sobre cuáles serían las mejores causas para que la Fundación Anderson las apadrinase el próximo año, Jack aprovechó para abrir la bolsita y mirar su contenido. Lo primero que vio fue un papel doblado, discretamente lo desplegó y contuvo el aliento al ver la nota que él le había dejado a Helena. El corazón le latía errático pensando en los posibles significados que podía tener el hecho de que la nota le fuese devuelta, el primero que acudió a su mente fue que, finalmente, había sido



rechazado. Palpó la bolsita y reconoció al tacto la caja que contenía el anillo, lo que reafirmó su sentimiento de dolor. Sin embargo, recordó a tiempo que, en una ocasión anterior, ya había malinterpretado a Helena, y con consecuencias desastrosas para ambos. Así que volvió a fijarse en la nota y comprobó que bajo sus palabras estaba la pulcra caligrafía de Helena con un escueto, pero alentador mensaje.

*Si quieres recibir una respuesta, antes tendrás que hacer una pregunta.  
Helena.*

La esperanza floreció en el corazón de Jack y una gran sonrisa asomó a su rostro cuando levantó la mirada para observar a Helena. Estuvo un buen rato sin apartar la mirada de ella, pero Helena no le devolvió el gesto. Finalmente su madre le dio un codazo y le susurró.

- Jack... Estás en Babia... ¿Te pasa algo? – Su hijo estaba totalmente descentrado y le estaba costando Dios y ayuda que la alcaldesa no se sintiese ofendida por ello.

Jack tranquilizó a su madre con una sonrisa pero, afortunadamente, la orquesta contratada evitó que tuviese que responderle cuando empezó a tocar la pieza que daría comienzo al baile. Él debía inaugurarla con su madre así que elegantemente se levantó y la condujo a la zona reservada para que los invitados bailasen. Tras unos minutos, la alcaldesa y su esposo se unieron a ellos, y después alguna pareja más. Aún tuvo que bailar unos minutos con la alcaldesa antes de que su padre acudiese a su rescate, bendito fuera de nuevo, con Helena cogida del brazo. Aprovechó que la orquesta estaba finalizando el tema para, con un gesto previamente acordado, la siguiente canción fuese la que él había pactado con anterioridad. Antes de que la pieza terminase, el marido de la alcaldesa ya le devolvía a su madre para recuperar a su mujer. Henry llegó justo en ese momento y se hizo cargo de la situación, apenas dejó que Lucía saludase a Helena.

- Cariño... estoy deseando bailar contigo – y sin darle más opción, la alejó de la pareja.

La música comenzó a sonar de nuevo. La inconfundible melodía de Frank Sinatra los envolvió. La letra de la canción condensaba en una frase los sentimientos de ambos, “I’ve got you under my skin”. Jack no perdió el tiempo y sostuvo a Helena por la cintura mientras que con la otra mano cogía la suya para apoyarla en su hombro y dejarlas allí entrelazadas.

Aún con los tacones Helena tenía que elevar el rostro para mirarlo, lo hizo mientras Jack la guiaba en un suave balanceo que apenas los desplazaba del

sitio donde se habían unido. Los ojos verdes de Jack le devolvieron la mirada. Estaban llenos de amor y Helena se estremeció.

Jack sonrió al notar el escalofrío de Helena y, sin hablar, la pegó más a él. Cantó victoria cuando Helena recostó la mejilla en su pecho abandonándose en sus brazos, dejando que fuese él quien la guiase. Para Jack, ese gesto, simbolizaba la recuperación de la confianza de Helena en él. No dudaba ya de cuál sería la respuesta a su pregunta. Ello no le impediría darle a su futura mujer la petición de mano que se merecía.

Helena estaba totalmente relajada y entregada en el refugio de los brazos de Jack. Estaba disfrutando de su primer baile juntos, la canción era preciosa y el momento era perfecto. Había vaciado su mente desde el mismo instante en el que Henry le pidió que lo acompañase a la pista de baile. Estaba en sus manos de nuevo, totalmente confiada y enamorada.

Cuando la canción finalizó Jack la cogió de la mano y, sin pronunciar palabra, la acompañó hasta su mesa, él mismo recogió su bolso y abandonó con ella el salón. En el ascensor pulsó la sexta planta y pacientemente aguardó la llegada a su destino. Tras abrirse las puertas guio a Helena hasta la entrada de la suite, sacó la tarjeta del bolsillo de su esmoquin para abrir la puerta, las luces se encendieron y le cedió el paso.

Helena nunca había estado en una habitación de hotel tan lujosa, lentamente accedió a la misma observando todos los detalles de su diseño de corte clásico y romántico. Ninguno había pronunciado palabra todavía. Se volvió cuando una suave música inundó la estancia y Jack le sonrió mientras ajustaba el volumen de un aparato instalado en la consola del recibidor. El breve pasillo conducía a una estancia en la que la protagonista era una espectacular alfombra con un delicado estampado en distintos tonos de azul, beige y gris. Era como una sala de estar en miniatura, contaba con un gran sofá color topo y de aspecto muy cómodo. En una mesa de centro blanca con patas doradas habían colocado un delicado jarrón de cristal con un gran ramo de rosas rojas. En una esquina había un moderno escritorio con una silla tapizada en beige donde Helena divisó el ordenador de Jack y su maletín de trabajo, lo que le dio la pista de que Jack había llegado de París para instalarse directamente en el hotel. Sintió que Jack la sostenía por el codo y la guiaba hacia otra estancia a la que se accedía tras abrir una doble puerta corredera de madera clara. Era el dormitorio. En un principio Helena sólo acertó a ver la inmaculada blancura de la ropa de cama, rota por decenas de pétalos de rosa rojos esparcidos al azar. Contuvo el aliento ante la belleza de la imagen. En

una chaise longue de color azul había un delicado camisón de color visón con detalles de encaje negro el pecho, a su lado había una bata del mismo color con ribetes de idéntico encaje y cinturón negro.

Jack intentaba discernir el estado de ánimo de Helena, era difícil porque parecida algo cohibida mientras la veía absorber todos y cada uno de los detalles que, con sumo cuidado, él había preparado desde París. Se dirigió a una mesa auxiliar situada al lado de la chaise longue, había una botella de cava esperando en su cubitera, un cuenco de fruta fresca y una gran caja de bombones Godiva. Allí depositó la bolsa plateada que Helena le había mandado a través del camarero. El anillo estaba a buen recaudo en el bolsillo de su pantalón.

- Ven aquí – le ordenó tendiéndole la mano.

Helena observó su gesto y su cuerpo ya estaba obedeciendo antes de que su cerebro procesase la orden. Cuando llegó a él Jack le cogió la mano izquierda y se la besó con dulzura. Sin soltársela se la posó en el corazón y la cubrió totalmente con la suya. Posó sus ojos verdes en los negros de Helena.

- Hace tiempo te dije que aún no conocía a la mujer con la que quisiese pasar el resto de mi vida. También te dije que, en caso de haberla conocido ya, esa mujer tendría que pasar una prueba muy importante para mí. Que ambos tendríamos que pasar por situaciones difíciles que habríamos de superar juntos. Debo decirte que tú has superado mi prueba, te has ganado a Anne. Además has sido lo suficientemente fuerte para sobrevivir al infierno que yo mismo te he hecho pasar y, no sólo eso, sino que has mostrado una generosidad inmensa al admitirme de nuevo en tu vida. Sin embargo yo, tan exigente para elegir esposa, no he hecho nada extraordinario para merecer a la mujer a la que quiero. Esa mujer no me ha puesto ninguna prueba, no me ha pedido nunca nada material, ni siquiera me ha exigido cumplir con mis responsabilidades como hombre. A pesar de todo, aquí estoy, con la esperanza de que me permitas cuidarte, protegerte y amarte como te mereces el resto de mi vida porque, aunque sea lo único que haga de aquí en adelante, te prometo que no vas a dudar nunca más de que eres la persona más importante en mi mundo. Si quieres que me arrodille, lo haré, pero quiero seguir mirándote a los ojos y que tu mano sienta latir mi corazón para hacerte la pregunta que te dará el poder total sobre mi persona. Helena, mi amor, ¿quieres ser mi esposa?

Helena ya había empezado a llorar a la mitad del discurso de Jack. Había esperado una petición formal de matrimonio, pero nunca hubiese imaginado nada tan romántico como lo que Jack había preparado para ella. Tardó unos

segundos en reponerse y Jack se impacientó.

- Preciosa...

- Sí. Quiero ser tu esposa – le dijo de un tirón porque la garganta no le dejaba articular más palabras en ese instante.

Jack le apartó la mano del corazón y le colocó el anillo en el dedo anular, luego besó su mano y sosteniéndola por la cintura la atrajo hacia sí y la besó como hacía días que deseaba hacerlo.

- Eres mía – le susurró mientras la envolvía en un abrazo – por fin te tengo a mi lado para siempre.

- Nunca dejé de ser tuya Jack... te quiero tanto... que ni siquiera intenté ocultarlo - le confesó Helena en el refugio de sus brazos – ni cuando pensaba que quizás sólo me querías por nuestro bebé dejé de ser tuya.

Jack le sostuvo la cara con firmeza.

- Sabes que quiero a nuestro bebé con locura – no siguió hasta que la vio asentir – pero no quiero que seas mi mujer por el niño. Te quiero preciosa.... Pequeña... ¿Sabes que ese anillo vino de Londres conmigo?

- Lo sé- le sonrió Helena – casi estaba segura de ello pero hoy se despejó cualquier resto de duda. - al ver su expresión confusa le explicó – Cuando tu padre me trajo los pendientes, creo que lo que realmente quería, es que yo entendiese el significado de la palabra antes.

- ¿La palabra antes?

- Sí. Me aconsejó que recordase que tú habías tomado una decisión antes de volver de Londres, antes de saber que estaba embarazada. Sólo le faltó traer un letrero luminoso con la palabra antes parpadeando.

- ¿Le creíste sin dudar ni un momento? – Jack necesitaba saberlo.

- Ya sabía que me querías cuando al despertar leí tu nota, incluso mucho antes. Sin embargo, Henry está tan arrepentido por lo sucedido, que sé que no me mentirá nunca jamás. Además los pendientes eran tan perfectos para el anillo que entendí que él sabía la verdad, igual que yo la sabía en el fondo de mi corazón. Era el miedo a sufrir lo que me hacía tener reservas.

- No vas a sufrir a mi lado nunca más mi amor.

- También lo sé Jack. Antes, cuando bailamos, conseguí entregarme por completo a ti. Estoy en tus manos de nuevo.

Jack la besó con dulzura, pero el deseo descarnado que necesitaban satisfacer se apoderó de sus bocas y de sus lenguas. Se oyeron gemir el uno en la boca del otro. Helena notaba en su vientre la potente erección de Jack y sintió que se empapaba con la anticipación de lo que estaba por venir.

- El vestido es precioso – le dijo Jack mientras lo palpaba por todos lados - pero o me dices cómo se saca o te lo arranco de un tirón.

- ¿No tenemos que volver a la fiesta?- Helena soltó una risita ante el tono desesperado de Jack.

- No pienso volver a bajar. Mis padres se las arreglarán a la perfección sin mí. Pienso retenerte aquí hasta mañana muy muy tarde.

- No he traído mis cosas- objetó Helena sin muchas ganas de ser práctica en ese instante.

- Yo te he traído de París un montón de cosas... todo lo que vas a necesitar esta noche y mañana...- Jack entrelazó las manos tras la espalda de Helena aguardando la protesta. No tuvo que esperar mucho.

- Jack... no puedes comprarme cosas todo el rato...

- Si mi padre pudo regalarle a mi madre toda esa lencería en su luna de miel yo también puedo comprarle a mi mujer todo lo que me apetezca.

- No estamos de luna de miel todavía.

Jack estalló en carcajadas. Estaba feliz de poder volver a tener estas peleas con Helena.

- Pues prepárate para entonces – la miró fijamente a los ojos y le dijo con firmeza – El vestido. Fuera. Ya.

Helena se deshizo del abrazo y lentamente comenzó a bajar la cremallera que estaba escondida en un lateral del vestido. Logró desvestir su hombro sin ayuda y dejó que la ligera tela se deslizase hasta sus pies. Se quedó quieta únicamente vestida con la delicada braguita de encaje plateado y la pulsera de las sandalias rodeando sus tobillos.

Jack ya se había quitado la chaqueta y la camisa, ya descalzo y sólo con el pantalón puesto no pudo seguir adelante al comprobar cómo la piel morena de Helena parecía brillar como el color plateado de su ropa interior. Se le hizo la boca agua cuando la sostuvo de una mano para que saliese del vestido que había quedado arrugado a sus pies. Se arrodilló y procedió a desatarle las pulseras de las sandalias mientras le acariciaba los tobillos. Cuando se levantó la alzó en brazos y la depositó suavemente en la cama. Estaba preciosa entre los pétalos de rosa. Apenas le llevó un segundo quedarse totalmente desnudo y tumbarse a su lado.

Helena observaba cómo Jack, tumbado de costado y con la cabeza apoyada en una mano, utilizaba la otra con pericia para acariciarla por todas partes con mucha delicadeza. Él ya estaba desnudo y ella aún tenía las braguitas puestas, sin embargo, Jack parecía no tener prisa por quitárselas. La

piel se le erizaba por dónde la mano acariciaba, sólo detuvo su paseo al llegar al vientre, allí mirándolo fijamente, desplegó toda su mano abarcando el pequeño montículo que ya se podía notar.

- Al final – a Jack la voz le salió ronca – lo hemos hecho bien.

Helena decidió abandonar su actitud pasiva porque palpitaba de deseo por sentir a Jack en su interior. Alzó su mano y le acarició el rostro guiándolo hacia su boca entreabierta. Antes de recibir su beso lo detuvo unos instantes.

- Te quiero. Quiero que me hagas el amor. Ya no puedo esperar más.

Jack no necesitó que se lo repitiese dos veces. Se colocó entre sus piernas para sacarle las braguitas y su erección dio un respingo al ver lo empapada que estaba Helena. Muy suave deslizó un dedo por toda aquella humedad y luego lo probó.

- Deliciosa – le dijo con una sonrisa.

Helena contuvo el aliento ante la caricia y sintió como Jack guiaba su erección para penetrarla lentamente. Fueron unos segundos eternos hasta que consiguió llegar hasta el final. Una vez allí se inclinó sobre ella y se apoyó sobre sus antebrazos para besarla. Helena gimió al sentir que la lengua de Jack seguía el mismo ritmo que sus lentas embestidas. Dudaba de que pudiese encenderse más de lo que estaba. Pero así fue cuando Jack se sostuvo sólo sobre un brazo y utilizó la otra mano para pasar su palma haciendo círculos por sus pezones arrugados.

Jack sentía que su orgasmo se estaba formando desde el mismo instante en que consiguió introducirse en el refugio empapado y calentito de Helena. Quería que ella sintiese placer primero y sabía cómo conseguirlo en cuestión de segundos. Los pezones de su futura mujer eran como un interruptor que disparaba sus orgasmos. Y él los pulsó con pericia, sin dejar de acariciar el interior de su boca con la lengua y sin detener ni un instante sus embestidas. Fue aún más rápido de lo que pensaba y la sintió estremecerse con fuerza en un orgasmo que la hizo gritar de placer. El grito fue demasiado para él y se derramó en ella con unos espasmos interminables. Tantos días reteniendo su deseo le pasaron factura y agotado se acostó a su lado posando la mano protectoramente en su vientre mientras ambos recobraban el aliento.

Cuando pudo volver a respirar con normalidad Jack sonrió al ver a Helena adormilada a su lado, Tenían pétalos de rosa pegados por todos lados. Aquello había sido muy romántico, pero muy poco práctico. La besó fugazmente en los labios.

- Ahora vuelvo – le dijo mientras se dirigía al baño.

Helena debió de dormirse porque se despertó al sentir que Jack la llevaba en brazos. Mientras la introducía en una bañera llena de espuma con un olor muy agradable que no supo identificar se explicó.

- Vamos a bañarnos..., estamos llenos de flores.

Helena sonrió perezosa. El agua estaba a una temperatura ideal pero sabía que no podía darse baños muy largos en el embarazo. Así se lo hizo saber.

- Pues métete rápido porque no puedo estar más de diez minutos. Dicen que no es bueno más tiempo durante el embarazo.

- Joder... - maldijo Jack contrariado mientras se introducía en la bañera y acomodaba a Helena entre sus piernas – tengo que ponerme al día de todas esas cosas. No lo sabía. Lo siento.

- No pasa nada. Nos daremos un baño cortito... - se recostó en el pecho de Jack.

Jack la rodeó con sus brazos y besó su pelo, aprovechó que la tenía despierta y relajada para hablar de varias cosas que le preocupaban.

- ¿Quieres una gran boda? ¿Iglesia y toda la parafernalia?

- Noooo... - Helena se horrorizó – prefiero algo pequeño..., además lo que queda de mi familia, los hermanos de mi madre, no vendrán. Los pobres son tan mayores y están ya muy achacosos... Les haría una faena si los obligo a venir. Se alegrarán por mí por supuesto... Con el resto no tengo casi trato así que haremos lo que tú prefieras.

- Bien – Jack estaba aliviado, eso simplificaba mucho las cosas – Por mí nos casábamos mañana mismo los dos en el juzgado y que le den por el saco al resto del mundo.

- Tu madre te mata – sonrió Helena al imaginar la reacción de Lucía si su único hijo la privaba de ir de madrina.

- Lo sé. He pensado en algo. Si tú estás de acuerdo, podríamos casarnos en el jardín de mis padres. Mi tío Rex se casó por segunda vez allí, en una ceremonia muy íntima.

- Me parece buena idea. Sólo te voy a pedir una cosa Jack.

- Lo que tú quieras, preciosa... - Jack le bajaría la luna si se lo pidiese – es tu boda. Va a ser tu única boda – recalcó – tendrás lo que pidas.

- No quiero que venga mucha gente que no conozco. Sé que tendréis compromisos inevitables pero agradecería que fuesen los imprescindibles. Además no quiero que te gastes mucho dinero en la boda. – Alzó la mano para contemplar la belleza del anillo – Esto ya ha sido demasiado.

- A lo primero no pongo reparos. A lo segundo, me encantaría complacerte

mi amor... pero mi madre va a tomar las riendas de la organización y no creo que podamos meter mucha baza. ¿Por qué te importa tanto?

- Bueno... pues intentaré hablarlo con ella... Me importa porque mis padres no están y a ellos les hubiese gustado pagar su parte.... Yo no voy a aportar gran cosa a este matrimonio.

Jack la obligó a volverse de inmediato...

- ¿De verdad vamos a tener otra vez esta conversación mi amor?... El dinero es sólo eso. Dinero. Déjala hacer a su antojo, la harás feliz. Igual de feliz que me harás a mí se nunca más te vuelvo a oír ese comentario. Tú aportas lo más importante para mí en nuestro futuro matrimonio. Te entregas a mí. No quiero nada más que a ti y a nuestro bebé. ¿Estamos?

Helena estaba llorando, las hormonas le estaban jugando una mala pasada. Tenía las emociones a flor de piel tras saberse segura perteneciendo a Jack después de tantas semanas de incertidumbre. Además, tras años de soledad, volvía a tener una familia, y en apenas siete meses formaría la suya propia. Todo ellos le hizo recordar sus padres y una cierta morriña se apoderó de ella.

- Helena...mi amor... ¿por qué lloras? – Jack no soportaba verla llorar.

- Soy feliz... y me he acordado de mis padres... sólo eso – le respondió más serena y se encogió de hombros – las hormonas... ya sabes.

Jack se levantó de la bañera y cogiendo una de las grandes y esponjosas toallas del hotel la obligó a salir del baño.

- Ya ha pasado el tiempo – le dijo mientras la envolvía en la toalla para secarla.

Cuando estaban ya acostados y preparados para dormir, Jack seguía dándole vueltas a un asunto.

- Preciosa... no quiero ponerte triste... pero... mi madre será mi madrina, tenemos que buscar un padrino para que te acompañe en la ceremonia.

Habían apagado las luces y yacían desnudos en la cama en su postura favorita para dormir, Jack envolviendo a Helena con la mano en su vientre. Por eso no pudo ver la sonrisa de ella al responderle.

- Ya tengo un padrino – de hecho, lo había decidido esa misma tarde.

- ¿Si?... ¿Lo conozco? – preguntó Jack con extrañeza ya que Helena acababa de confirmarle que sus parientes eran demasiado mayores para acudir a la boda.

- Un poquito... - añadió algo de suspense – Tu padre será mi padrino.

- ¿Mi padre? – Jack estaba alucinado - ¿Y cuándo habéis hablado de ello si puede saberse?



- No lo hemos hecho – Helena no pudo reprimir un bostezo, entre el baño y el calorcito que Jack le aportaba estaba a punto de dormirse. – Sé lo pediré mañana.

Jack sonrió imaginando el regocijo de su padre y eso que ella no sabía que había sido él el que se había autoerigido en su protector ante la ausencia de su verdadero padre.

- Yo estoy completamente enamorado de ti, pero creo que mi padre caerá a tus pies mañana, si no lo ha hecho ya.

- Ha sido muy bueno conmigo.

Helena habló entre murmullos y se durmió. Como siempre, había dejado a Jack sin palabras y reflexionando sobre la fortuna de que aquel lejano día la pequeña que tenía a su lado hubiese tropezado en el vestíbulo de Anderson & Asociados. A Helena aún le esperaban más sorpresas al día siguiente, y se moría de ganas por ver la cara que se le iba a quedar cuando las descubriese.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 28

*“Amar es encontrar en la felicidad de otro tu propia felicidad”*

*Gottfried Leibniz*

Helena se despertó en la cama, escuchaba a Jack hablar tras las puertas cerradas de la habitación. Había descansado mejor que las últimas noches y se encontraba llena de energía. Tras asearse en el baño, decidió ponerse el camisón y la bata que Jack le había dejado en la chaise longue. Se ahuecó los rizos rebeldes y ya se disponía a salir del dormitorio, cuando las puertas se abrieron y Jack entró empujando un enorme carrito con el desayuno. Se había puesto un pantalón de pijama azul noche y nada más. A Helena le rugieron las tripas y se le hizo la boca agua, no supo si por el hambre o por el aspecto delicioso de Jack.

- Estás despierta... - Jack la saludó con un beso en los labios – iba a llevarte el desayuno a la cama pero si te parece lo tomamos en la salita.

Helena lo siguió hasta el sofá, antes de que pudiese sentarse Jack la sostuvo por una mano y la hizo dar una teatral vuelta sobre sí misma.

- Sin la bata por favor... - le solicitó con una sonrisa.

- Es que me pareció que hablabas con alguien – le dio la espalda mientras desanudaba la bata y la dejaba caer al sofá, luego se giró para enfrentarlo – y no era plan salir así.

Jack le acarició la clavícula con un dedo hasta llegar al encaje negro, la besó en un hombro.

- Esto es sólo para mí – recalcó – para mi disfrute personal – la sostuvo por la cintura y la besó de nuevo – Buenos días pequeña... Espero que tengas hambre pues nos espera un día largo.

- Tengo hambre – arrugó la nariz resignada – aunque luego lo vomitaré todo...

Jack la ayudó a sentarse mientras le servía fruta fresca en un plato. Él se tomó un zumo de naranja antes de su clásico café con croissant.

- Ay pequeña... un día se te pasará... ya lo verás...

- No creo que antes de que acabe el primer trimestre – Helena estaba devorando la fruta, tenía mucho apetito - ¿Por qué tendremos un día ajetreado?

- Primero porque voy a llevarte a un sitio para que veas algo. No te voy a decir lo que es... así que ni lo intentes – la advirtió mientras saboreaba su café – A mediodía he reservado mesa en la terraza de unos de los restaurantes favoritos de mi madre, te gustará. Quiero darles la buena noticia.

- Me parece bien lo de tus padres, lo de la sorpresa me gusta menos y lo

sabes – Helena estaba mordisqueando una tostada de pan tumaca – sobre todo cuando tienes esa sonrisa de suficiencia en la cara.

Jack acabó su desayuno y se levantó.

- Voy a vestirme. En el armario tienes la ropa que te compré en París, también hay un neceser con todo lo que puedas necesitar – la besó en la frente – date prisa. Estoy impaciente por salir.

Helena se apuró todo lo que pudo, Jack le había comprado un lote nuevo de cosméticos y de productos de maquillaje. Lo dio por un caso perdido mientras se aplicaba unos polvos de sol por la cara y un colorete muy favorecedor, máscara de pestañas y un bonito brillo de labios color caramelo y ya estaba lista. Admiró su aspecto en el espejo, Jack tenía un gusto impecable. El vestido que le había comprado era precioso, de manga corta y con el escote redondo, tenía la cintura caída y la falda plisada. El color menta le sentaba de maravilla al tono de su piel. Tenía el corte holgado que ella prefería en los vestidos ahora que la barriguita empezaba a abultarse. Las sandalias eran de color arena con unas tiras que se entrelazaban en el empeine y se abrochaban al tobillo. El tacón era cómodo, pequeño y cuadrado, perfecto para llevarlo todo el día. No se había olvidado ni siquiera de traerle un bolso del mismo color de los zapatos, de tipo bandolera y de tamaño mediano, con cadena dorada a juego con los apliques y el cierre de la solapa. Guardó cuidadosamente en el boso los pendientes, no se los había puesto porque eran demasiado para lucirlos a diario y volvió a admirar su anillo de compromiso, era simplemente perfecto. Al salir del baño Jack estaba cerrando la maleta. Se lo veía muy guapo con vaqueros azules y un polo del mismo color verde que sus ojos.

- ¿Ya has recogido todo?

Jack levantó la mirada y le sonrió. Se acercó a ella y la sostuvo por la cintura.

- Sí. Estás muy guapa. La dependienta de la boutique acertó con su recomendación.

- Gracias – Helena se sonrojó – Me encanta el vestido, éste y todos los demás. También quiero darte las gracias por haber preparado todo esto – le señaló con un gesto la habitación – ha sido precioso.

- Dime – Jack necesitaba saber – ¿Ha sido la petición de mano que soñabas?

- Ha sido más, mucho más. – Se puso de puntillas para besarla – Te quiero.

- Pues habrá más, mucho más. – recordó las palabras que le había dicho el mismo día en que se conocieron – Y esta vez, de verdad. Te quiero mucho pequeña. – La sostuvo de la mano mientras con la otra arrastraba la maleta – Tenemos que irnos.

El aparcacoches acercó el Range Rover a las puertas del hotel, tras guardar la maleta, Jack ayudó a Helena a subir al coche y puso rumbo a su destino. No había contado con ello, pero estaba bastante nervioso. Esperaba que Helena presentase batalla con una de esas peleas que, en el fondo, le divertían enormemente, porque de antemano se sabía ganador.

Helena reconoció la ruta que estaban siguiendo. Jack conducía camino a la casa de sus padres. Probablemente se reunirían con ellos allí, sin embargo, al llegar al que creía su destino, Jack se pasó de largo el número de sus padres y unos metros más allá accionó el botón que abría el portalón de la finca colindante. Extrañada lo miró, pero el semblante de Jack era impassible, ni siquiera le dirigió una breve mirada. Tras atravesar un jardín que necesitaba urgentemente un buen repaso, el coche se detuvo al llegar al porche delantero de una casa muy similar a la de los padres de Jack, pero de líneas más modernas. También tenía dos plantas, pero claramente era una construcción mucho más reciente. Mientras esperaba a que Jack la ayudase a bajar del coche, abrió los ojos como platos al verlo pasar de largo y de un salto, acceder al porche y abrir la gran puerta de entrada con una llave que sacó de su bolsillo.

- No habrá sido capaz... - murmuró Helena incrédula encajando las piezas en su cabeza – no puede haberlo hecho...

La puerta del coche se abrió y Helena lo miró recelosa. Jack hizo caso omiso y la cogió en brazos. Tenía la firme intención de cumplir todas y cada una de las formalidades que una mujer romántica esperaba de su futuro marido, así que, sin dudarlo hizo que su mujer traspasase en sus brazos el umbral de su nuevo hogar. De una patada cerró la puerta tras de sí y no la bajó hasta llegar a la estancia destinada a ser el salón familiar. La cogió de las manos y entonces, sí que la miró a los ojos.

- Bienvenida a nuestro nuevo hogar. – Sonrió ante la expresión desconcertada de Helena – Espero que seamos muy felices aquí. Nosotros y nuestros hijos.

- ¿Cuándo...? – Helena intentaba despejar la mente para ordenar la batería de preguntas que tenía en la punta de la lengua.

- Desde Londres, igual que el anillo, sabía que los inquilinos se mudaban y

que la propietaria, una viuda ya algo mayor, quería deshacerse de ella. La localicé la misma mañana que regresaba y cerré la compra por teléfono. Me conoce desde que nací y se alegró mucho de que la casa pasase a nuestras manos. No quiero que nuestros hijos se críen en el dúplex, lo he puesto a la venta. Además aquí estaremos cerca de los abuelos y de Anne, y al mismo tiempo tendremos intimidad.

Helena estaba terriblemente confusa.

- Pero tú no sabías..., es decir, habías roto conmigo... ¿Estabas tan seguro de que yo...?

- Sí, había roto contigo – Jack no quería que Helena rememorase aquellos días cada vez más lejanos – pero sabía que iba a intentarlo todo para recuperarte. Y no. No estaba seguro de que fueses a aceptarme de nuevo.

- Aun así... espera un momento... Has dicho “nuestras manos”... - lo miró esperando que no confirmase lo que ella estaba pensando.

Jack entrelazó las manos tras la espalda de Helena. Quería tenerla bien sujeta entre sus brazos para disfrutar de la pelea.

- La casa está a nombre de los dos. Tuya y mía. En los papeles sólo falta tu firma, mañana tenemos cita con el notario.

- No puedes hacerlo... Jack..., no lo voy a firmar.... – Helena estaba horrorizada – No lo hablamos pero debemos hacer separación de bienes, es decir, Jack... ¡Por Dios santo! No sé en qué pensabas... tienes que proteger tu patrimonio... es lo más lógico.

- No. – Le habló con dureza y con voz firme – No tengo que proteger mi patrimonio y no pienso casarme contigo en régimen de separación de bienes. Lo único que tengo que proteger es a ti, al bebé que está ahí dentro y a los próximos que vendrán. Esta va a ser la última vez que tú y yo vamos a tener una conversación respecto al dinero que tenemos. Es nuestro, tuyo y mío, y te juro que, como no dispongas de él para todo lo que creas conveniente y necesario, mañana mismo le ordeno al notario que ponga todo sólo a tu nombre, casa, coches, fondos de inversión.... – arqueó una ceja – To-do ¿Entiendes? Helena.

Helena estaba temblando por el tono en que Jack le hablaba pero tenía que insistir un poco más.

- Jack... tienes que hablarlo con tu padre... Seguro que él te hará entender que es lo mejor... Yo no quiero que nadie piense que yo...

- Alto ahí – la cortó con dureza – no se te ocurra decirlo. Has renunciado a que la empresa repare con una indemnización que merecías el daño que te

hemos causado. A mi pesar, sigues trabajando como secretaria. Ni siquiera habías pensado en negociar una manutención para el bebé, pensabas hacerlo todo tú sola. Me importa un huevo lo que digan los demás. Yo sé que me quieres por mí mismo. Me lo has demostrado mil veces desde que nos conocemos. Mi familia también lo sabe. Fue mi padre el que, desconociendo todo lo que había hecho ya, me exigió conocer las intenciones que tenía contigo. Quería que hiciese las cosas bien. Te quiero en mi vida. Ellos te quieren en la familia. Eres mía. Eres nuestra. Nunca más tú sola. Helena, esto es parte del habrá más. Te aconsejo que te acostumbres rápido. Sólo quiero pelearme contigo por la película que veremos cada noche, no quiero discutir por estos temas. Tú y yo somos uno. Anoche has aceptado ser mi esposa. ¿Vas a decirme ahora que hay algo de mí que no aceptas?

Helena suspiró resignada. Jack tenía razón, como todas y cada una de las veces que habían discutido por este tema. Hora de tirar la toalla, se dijo. Aunque estaba serena para responderle, una lágrima solitaria se le escapó.

- Te acepto a ti. Que somos uno. Aunque me cueste la vida, voy a usar nuestro dinero para todo lo que la familia que vamos a formar pueda llegar a necesitar. Lo siento mucho, Jack. No volveré a mencionar este tema. Te quiero.

Aún en el refugio de sus brazos, acertó la breve distancia que había entre ellos y le rodeó la cintura con sus brazos apoyando la cabeza en su pecho.

Jack sonrió sin que ella pudiese verlo. Misión cumplida. La besó tiernamente en la cabeza.

- Te quiero, mi amor... - quiso quitarle dramatismo a la escena que acababa de vivir – vamos a ver nuestro hogar. Puedes empezar a practicar comprando todos los muebles que vamos a necesitar. Te advierto que no cuentas conmigo. No quiero saber nada de ir de compras.

Helena no pudo evitar soltar una carcajada y unirse a su oferta de paz.

- Tu madre va a estar encantada de acompañarme.

- No lo dudo. – La tomó de la mano para guiarla en la visita – Recuerda que no quiero saber los detalles y que es conveniente que te des prisa. Tras la luna de miel quiero vivir aquí contigo aunque sólo tengamos una cama y un sofá. Calculo que tienes menos de un mes. Si puedo conseguirlo, en dos semanas serás oficialmente la señora de Jack Anderson.

Jack casi lo consiguió, no fueron dos sino tres semanas las que necesitó Lucía para, apenas sin ayuda, organizar con entusiasmo una boda sencilla pero cargada de emotividad. Decidieron que fuese al atardecer, la luz del final del día hizo que la ceremonia fuese aún más romántica de lo que ya era para todos

los invitados, al final habían conseguido reducir su número a poco más de cincuenta personas. Ya era de noche cuando se disponían a bailar el vals. Mientras Jack le sostenía la silla para que se levantase, Helena recordó el momento en el que, del brazo de un orgulloso Henry, divisó por primera vez al que se iba a convertir en su marido en apenas minutos. Jack estaba muy elegante con un chaqué con pantalón gris de raya diplomática y levita negra. Llevaba un chaleco gris perla y una elegante corbata de seda con rayas diagonales en color negro y gris, lucía un perfecto nudo Windsor sobre una imaculada camisa blanca. En los puños resaltaban los gemelos cuadrados de plata y ónix que Helena le había regalado.

Mientras conducía a su mujer hacia la zona preparada para el baile Jack recordaba el mismo momento. No era consciente de haber estado tan nervioso en ninguna otra ocasión. Su madre lo reprendía cada vez que se estiraba los puños de la camisa y se colocaba la corbata con impaciencia y eso que Helena no había sido una novia tardona. Cuando la vio aparecer del brazo de su padre, el tiempo se detuvo para él y el resto de la gente dejó de existir. Sólo veía a su futura mujer. Helena estaba preciosa. Había elegido un vestido de corte imperio con falda evasé de gasa para que no marcara su incipiente barriguita. El vestido llevaba una sobrefalda de encaje abierta por delante y con aplicaciones de pedrería bajo el pecho. El cuerpo del vestido era de escote corazón drapeado, con tirantes anchos de encaje que caían hasta mitad de la espalda en forma de pico, dejando la piel de la misma descubierta. Finalmente se decidió por llevar unas bonitas sandalias tipo Peep Toe con una elegante plataforma que compensaba el alto tacón, tenían unas tiras cruzadas en el empeine y su originalidad radicaba en el color elegido por Helena, un rosa palo precioso. Había decidido no llevar velo. Lola le había retirado el pelo de la cara con un recogido muy simple coronado por una sencilla peineta de plata vieja y pedrería. El peinado le permitía lucir los espectaculares pendientes que Henry le había regalado. No llevaba ninguna otra joya excepto el anillo de compromiso que lucía aún en su mano izquierda.

Helena sonrió cuando Jack se adelantó unos pasos para recibirla, la tomó de la mano y la acompañó él mismo por el tramo final del pasillo. Henry ya se había colocado en el altar junto a una emocionada Lucía. Anne sostenía una bonita bandeja de plata con las alianzas. Llevaba, como no podía haber sido de otra manera un precioso vestido rosa. Al final había conseguido su vestido mucho antes de lo esperado y estuvo días regodeándose con ello. El intercambio de alianzas había sido lo más emotivo de la boda para Helena.

Era lo único que había exigido Jack, comprar él mismo las alianzas. Como siempre había acertado con la elección. La alianza de Jack, era un sencillo aro de platino sin ningún tipo de adorno. En su interior había grabado el nombre de Helena y el suyo propio. Para Helena, Jack había escogido una alianza media de diamantes blancos en talla brillante y también llevaba grabado en el interior el nombre de ambos.

Los invitados los rodearon cuando la orquesta comenzó a tocar The Grand Waltz de la película Sonrisas y Lágrimas. Jack miró a su mujer a los ojos. Estaba preciosa y ruborizada, no le gustaba nada ser el centro de atención.

- Señora Anderson, eres la novia más bonita de todos los tiempos, ¿te lo había dicho ya? – Jack procuraba moverse con suavidad, no quería que Helena se marease, hacía días que no vomitaba, sin embargo, esta mañana no había podido evitarlo.

Helena le dedicó una gran sonrisa.

- Unas mil veces, por lo menos. Señor Anderson.

- ¿Eres feliz? – le preguntó besando su mano.

- Soy muy feliz – Helena decidió que no quería bailar más el vals – Abrázame cómo cuando bailamos en el hotel. Quiero sentirte más cerca. Y tú, ¿eres feliz?

- Mi amor... verte feliz me hace feliz a mí. No pido más que eso. Hacerte feliz todos y cada uno de los días.

Siguieron susurrándose palabras de amor mientras el resto de los invitados ocupaban la pista de baile.

Héctor buscaba a Lola por el jardín, no era normal que tardase tanto en el baño, Quería bailar con ella y había planeado una noche perfecta para ambos. Lola no cedió a su petición de trasladarse a vivir con él, así que seguía acompañándola cada noche en su pequeño apartamento. Sin embargo esta noche había reservado una preciosa suite. Esta noche iba a hacerle el amor por primera vez. Estaba empezando a preocuparse cuando vio que la puerta de la entrada de la finca se cerraba. Le dio tiempo a divisar cómo un taxi se alejaba y un mal presentimiento se apoderó de él. Sin perder tiempo se dirigió a uno de los dos vigilantes que Jack había apostado en la puerta.

- ¿Quién se ha ido en ese taxi? – preguntó con sequedad.

- ¿Es usted Héctor Avellaneda? – Al verlo asentir el vigilante le entregó una nota – La señorita me ha ordenado entregarle esto.

Héctor asintió con la cabeza y buscando privacidad se alejó unos pasos antes de desplegar la nota.



*Héctor, lo siento, vas a odiarme y me lo merezco. No puedo permitir que te haga daño a ti o a tus empresas. No va a dejarme en paz. Sabía que estaba aquí contigo y no sé cómo ha conseguido mi número. Me voy a casa de mis padres un tiempo. No sé si podré volver algún día. No puedo pedirte que me esperes, estoy rota y creo que nadie puede arreglarme. Eres especial para mí y no voy a olvidarte.*

*Lola.*

Héctor dobló la nota y la guardó en el bolsillo de su pantalón. Se dirigió a su coche sin despedirse de nadie. Jack lo entendería. Aquel hijo puta había firmado su sentencia de muerte. A Lola iba a concederle un par de días para que se serenase en casa de sus padres, sabía que si corría ahora tras ella, sólo iba a conseguir lo contrario a lo que pretendía, se enrocaría en su postura y él la quería de vuelta, en su cama y en su casa para siempre. Ya en el coche, y a una velocidad considerable, realizó la primera de las llamadas que tenía pensado hacer esa noche.

FIN

## **Table of Contents**

[INDICE](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[CAPITULO 21](#)

[CAPITULO 22](#)

[CAPITULO 23](#)

[CAPITULO 24](#)

[CAPITULO 25](#)

[CAPITULO 26](#)

[CAPITULO 27](#)

[CAPITULO 28](#)